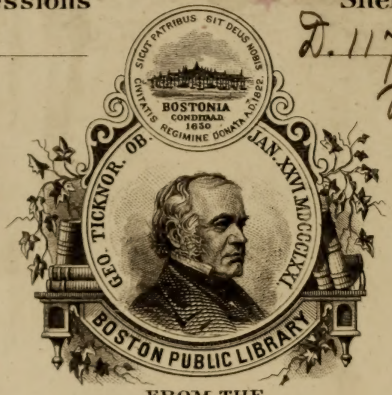
Accessions

Shelf No.

D. 117. 5
v. 3.



FROM THE

Ticknor Fund.

Rec.d

MEMORIAS

DE LA

ACADEMIA ESPAÑOLA.

MEMORIAS

DE LA

ACADEMIA ESPAÑOLA.

AÑO II.—TOMO III.

* 2. 117. 5 T. 3.

6622

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, núm. 3.

1871.

D.117
.5
vol.3

Ti.

404.137

Oct. 11, 1887

LEYENDA

DE

LAS TRES TORONJAS DEL VERGEL DE AMOR[1].

ESTE ES UN ROMANCE É UNOS POLIDOS CANTARES
FECHOS AGORA NUEVAMENTE POR D. A. D.
Á GUISA DE LOS QUE JOGLARES É CIEGOS CANTÁRAN EN EL TIEMPO VIEJO.

CONTIÉNENSE AQUÍ LAS AVENTURAS É AMORES DEL BUEN CAVALLERO DON FLORES DE TREPISONDA, ET LA MUY VERDADERA, SABROSA ET GALANTE HESTORIA QUE SE DIZE DE LAS TORONJAS DEL VERGEL D'AMOR.

MDCCCLVI.

AL ILUSTRE Y AVENTAJADO FILÓSOFO,

CRÍTICO Y LITERATO

DON FERNANDO WOLF,

Bibliotecario de la Imperial de Viena.

Sin conocernos, sin vernos ni tratarnos, y sin tener noticia aún de nuestras tareas literarias, ya me parece, ilustre y respetable amigo, que el espíritu de ambos se comunicaba desde nuestra juventud. Quizás se cruzaban en el espacio nuestras ideas, simpatías y aficiones; quizás en un mismo dia, en un mismo instante, leíamos un mismo

(1) El Sr. Durán sólo imprimió de esta curiosa *Leyenda* un corto número de ejemplares, que regaló á varios de sus amigos. Puede, pues, considerarse como inédita, pues el público no la ha gozado hasta ahora.

libro, le estudiábamos y juzgábamos con igual criterio, aunque en diversos y apartados países. ¿Qué nos faltaba para unirnos con lazos de fina amistad, sino saber nuestros nombres? Á conocer el de V. años ántes, le dedicára alguna obra más digna de su carácter, que la humilde y frívola produccion que ahora le dedico, y que le ruego acepte indulgente y benévolo, siquiera porque, atendida mi edad, acaso sea la última que escriba y pueda ofrecerle como prueba del respeto y amistoso cariño que le profesa este su afectísimo y

S. S., Q. B. S. M.,

AGUSTIN DURÁN.

PRÓLOGO.

Ya en el prólogo del *Romancero general*, por mí publicado en 1849, indiqué el proyecto de dar á luz una coleccioncita de aquellos cuentos vulgares, conservados por tradicion oral, cuyo tipo parece tomado del espíritu caballeresco de los pueblos de Occidente, modificado por el de los orientales, áun ántes de las Cruzadas. Desistí de la empresa por las dificultades que me oponia; pero despues, habiendo visto una *Coleccion de romances tradicionales* en lengua catalana (1), que ha recogido de boca de los aldea-

(1) Así este descubrimiento, como los romances viejos en portugués, publicados por el Sr. Almeida Garrett, prueban hasta la evidencia, y contra anteriores conjeturas, que semejantes composiciones corrieron y circularon por toda la Península Ibérica en sus respectivos dialectos. Tanto en los portugueses como en los catalanes que he visto, prepondera el espíritu feudal y la ruda sencillez de la Edad media occidental, áun en aquellas fablas que han corrido todo el mundo, tales como las de la *Puerca cenicienta*, la *Porquera* y otras muchas consejas de igual clase, que nosotros hemos oido narrar en prosa en Castilla á los viejos, miéntras oralmente aún se relatan en romances entre los pueblos comprendidos desde el Ebro á los Pirineos. Aunque es cierto que los trovadores provenzales no presentan hasta ahora en sus colecciones poéticas ningun romance escrito con esta intitulacion, otro tanto sucedió á los castellanos hasta fines del siglo XV, y otro tanto, hasta ahora, á los portugueses y á los catalanes. Los que hoy conocemos de Portugal y Cataluña han sido arrancados á la tradicion oral, y no bus-

nos y montañeses mi amigo D. Mariano Aguiló, he llegado á conocer que aquellos cuentos son parte de una multitud de composiciones populares de diversas clases, cuyo estudio y apreciacion son importantísimos para completar y rectificar la historia crítica, moral y literaria de nuestros siglos medios, y de los idiomas neolatinos de España (1).

---

cados en códices ni en libros dedicados á la poesía erudita, que rechazaba y despreciaba la popular y del vulgo. Las colecciones de trovas provenzales se han sacado de códices, y no de la viva voz del pueblo; si á ésta se acudiese, acaso en la Provenza se hallarian tambien romances, tan inesperadamente como se han encontrado en Cataluña, en Valencia, en las Islas Baleares y en las faldas del Pirineo limítrofe, donde se conservan dialectos de la lengua de Oc. En tal caso, bien pudiera creerse que la combinacion métrica del romance llegó á ser, en toda la Península española, y en el Mediodía de la Francia, el instrumento más general, si no el único, adoptado para conservar las tradiciones vulgares entre el pueblo que las poseia ó inventaba.

(1) El distinguido y jóven amigo mio D. Mariano Aguiló, solo y sin proteccion, exhausto de recursos, sin más auxilio que su amor á las letras y su patriotismo, ha recorrido las aldeas, las chozas, las cabañas de los Pirineos, de Cataluña y de toda la Corona de Aragon, y á fuerza de celo, de maña, de trabajos y privaciones ha conseguido descubrir una mina de datos literarios é históricos, recogiendo de boca de los aldeanos y payeses multitud de romances populares é innumerables versiones de ellos. Segun el giro que entre nosotros ha aceptado la crítica histórica y la literária, los trabajos de Aguiló parecen, no sólo útiles, sino indispensables para elevar estos estudios á la altura en que se hallan en otras naciones. En otra parte he insinuado que nuestra historia se halla incompletamente escrita, porque no se ha estudiado bastante el espíritu popular, en el cual está daguerreotipado el criterio de los hechos y las causas que los han producido. Para convertir á *Amadis* en *Don Quijote*, no tuvo Cervántes que hacer más que colocarle fuera del espíritu social que le inventó, y juzgarle con el criterio que empezaba á predominar á fines del siglo XVI. Felipe II, apreciado bajo el influjo exclusivo de las ideas del siglo XVIII, aparece, no como un gran rey, sino como un fanático. Júzgueselos á uno y á otro con el criterio de sus épocas respectivas, y se verá que, considerados como la necesidad social de ellas, son: el primero la idealidad, el mito del espíritu caballeresco, y el segundo el producto de las tendencias exclusivamente religiosas, que era preciso obedecer para dirigir bien la nacion que gobernaba. Los que juzgan á *Amadis* como Cervántes, y á *Felipe II* como Voltaire, desconocen la época histórica donde los colocó la Providencia ó la idea popular. Para evitar tales inconvenientes conviene que haya hombres celosos, activos, entusiastas de los buenos estudios históricos, que, como D. Mariano Aguiló, reunan, ordenen y publiquen con miras filosóficas los datos necesarios para que la historia sea la verdad gráfica y moral de los tiempos, y no una coleccion de hechos desnudos de enlace, ó ligados por teorías imaginarias, y formadas con ideas extrañas al espíritu que dominaba en los pueblos y á los hombres, en las épocas respectivas en que los unos se verificaron y los otros existieron. El apreciabilísimo jóven Aguiló ocupa hoy dia un destino

Estas consideraciones me han animado para presentar al público alguna muestra de mis trabajos abandonados; pero, más que todo, me ha obligado á hacerlo el instinto invencible é inexplicable que me arrastra hácia ellos, y que, áun durmiendo, lleva mi fantasía á soñar con las consejas que fueron las delicias de mi niñez y de mi juventud, siempre nutridas y alimentadas con el espíritu, la fe y los sentimientos caballerescos de nuestros antepasados. En medio de los estudios más serios, en torno de la admiracion y entusiasmo que me inspiraba la perfeccion de la literatura clásica, que con ánsia increible trataba de apreciar, trasladándome á los modos de existencia social que la produjeron, ideaba y se caia instintivamente de mi pluma una composicion empapada, si no del todo en las formas, sí siempre en el espíritu del viejo pueblo castellano; llena, como todas las de aquel tiempo, de incorreccion, si se quiere, pero tambien del candor y sencillez propios de la Edad media. Cuando armado con el escalpelo del arte analizaba los trágicos amores de Dido, y admiraba el gran genio de Virgilio, mi alma se regalaba con la memoria de los tiernos y apasionados de Tristan é Isea. En vano Minerva con austera mano me señalaba la lira de Apolo; el arpa del trovador vibraba en mis oidos y me distraia de mis estudios graves. En vano, avergonzado de mí mismo, me acusaba de gustos plebeyos y vulgares; mis instintos vencian á la ciencia. El deseo de acallar mis escrúpulos me indujo á examinar la razon de mis propensiones, y á buscar en el estudio de la poesía popular una teoría que explicase las causas de su belleza y de su utilidad. En efecto, así lo hice, y desde que publiqué mis ideas, las narraciones viejas que se han conservado muchos siglos por tradicion oral, los romances y los dramas antiguos, hijos espontáneos de nuestra idiosincrasia na-

---

subalterno en la Biblioteca de San Juan de Barcelona; siendo digno de entrar en uno mucho más aventajado, en donde, sin dejar de tener libertad de hacer de tiempo en tiempo sus excursiones científicas, tenga más medios de estudiar, y proporcion de frecuentar el trato de hombres eminentes y sabios, de quienes aprenderá lo que le falta saber, y á quienes ayudará tambien con sus luces y tesoros adquiridos.

cional, ya no sólo no son desdeñados por los sabios, sino que sirven de punto de partida, de estudio y áun de inspiracion á cuantos están dotados de espíritu filosófico ó de estro poético. Si ahora escaseamos de imitadores serviles de los clásicos, abundancia tenemos de poetas que continúan á nuestros trovadores, á Lope y á Calderon; si retrocedimos algo en la parte estética y artística, impuesta por los preceptistas extranjeros del siglo XVIII, mucho hemos atesorado de originalidad y de espontaneidad; y si hemos decaido un tanto en correccion, tambien nos hemos ensalzado en libertad de ingenio, hallando en nuestra fe y en nuestra conciencia lo que ántes buscábamos en otro espíritu de civilizacion, harto apartado del que nos era peculiar.

Entre los cuentos vulgares, de que ántes hablé, sólo uno he visto escrito y en verso, el cual perdí con el códice que le contenia, aunque despues, por reminiscencias, le restauré y publiqué en el *Romancero general*, con título de *Historia de la Infantina* (1). Los de igual clase, que me pasan por la mente, los he oido contar en prosa por los ancianos, que segun su memoria ó inventiva los narran de mil maneras, sin alterar su esencia, pero sí en gran manera sus formas de expresion, conservando, sin embargo, en ellos gráficamente algunos refrancillos ó versos intercalados, que han pasado incólumes de boca en boca desde tiempo inmemorial.

Algunos de estos cuentos, brotando sin esfuerzo de mi imaginacion, semeja que se han deslizado desde la pluma al papel, y que ántes de tener clara conciencia del pensamiento que los fraguaba, ya los tenía escritos. Cuando me ponia á escribirlos, sin saber cómo ni por qué, me reconcentraba dentro de mí mismo, abandonaba mi personalidad actual, y como si lo presente desapareciese, me hallaba trasportado á épocas remotas ya pasadas, con toda el alma impregnada del espíritu caballeresco, heróico y vagabundo de nuestra Edad media, al ménos tal como sus ideas se asimilaron á mi corazon en mi infancia y primeros juveniles

(1) Tomo primero, números 308 á 312 inclusive, páginas 163 y siguientes.

años. Entónces no era yo el hombre alimentado y nutrido por el arte enseñado en las escuelas; no era el poeta que tiene un nombre determinado: era, sí, el espíritu universal inspirado á los trovadores ambulantes, que por doquier difundian las ideas anónimas por ser de todos, verificándolas inartificiosa y repentinamente, segun las ocasiones; era el anciano que, acurrucado á la vera del hogar doméstico, trasmitia en lenguaje incorrecto y vulgar á sus nietos las consejas cuyos asuntos oyera él mismo cuando niño á sus abuelos, y cuyas formas de expresion conservaba vaga y vaporosamente en sus recuerdos; era el que, como el pueblo de aquellos tiempos, impregnado del ambiente social que le rodeaba de heroismo, de fe y áun de credulidad religiosa, empapaba en ellos su palabra, enaltecia su corazon y poetizaba su alma. Como en la de los viejos cantores y en la de los ancianos narradores, rebosaban en mi fantasía frases, pensamientos y versos improvisados, palabras balbucientes de una lengua por fijar, frases de una sintáxis vaga aún, ideas inconexas y mal ligadas. Todo esto salia de mi mente sin buscarlo, sin intencion siquiera de imitar á nadie. Tal era mi alucinacion al escribir esta clase de composiciones, y tal áun despues de escritas, que al someterlas á la crítica de la ciencia que me advertia las herejías artísticas en ellas contenidas, nunca pensé corregirlas ni áun de los yerros por mí cometidos, porque estaba temeroso de privarlas de su espontaneidad, de marchitar su lozanía y de empañar su colorido. Así es como he fraguado el cuento que ahora publico de *Las tres Toronjas* y de la *Reina mudada en paloma*, conservado por la tradicion y nunca escrito. Sin embargo, por más que me haya apartado del ambiente social que me rodea, mucho se dejará traslucir de él en la obra que publico; pero este mismo defecto demostrará que ninguna intencion artística ha empecido su espontaneidad.

Á estas pocas y últimas palabras debió reducirse el largo prólogo que acompaña mi obrilla; pero soy hombre, y como tal, vano y débil: la manía científica ha producido el disparate de que aparezcan juntas dos cosas tan heterogéneas como el cuento y su

prólogo. Uno y otro me han servido de pasatiempo; ni á uno ni á otro les doy importancia; ni uno ni otro le costarán nada al público, y sólo tendrán el inconveniente de fastidiar un par de horas á los amigos á quienes les regale un ejemplar para que lo lean si les place. Ademas, algun bien producirá lo escrito, si llama la atencion sobre el jóven D. Mariano Aguiló, para que mis amigos le conozcan y el Gobierno le proteja en los importantes trabajos literarios que ha emprendido.

ADVERTENCIA.

Respecto á la ortografía seguida en esta impresion se observará que he escrito el verbo haber con h *en vez de hacerlo sin ella; que uso de la* v *cuando suena como* b, *y cuando en medio de diccion los antiguos usaban de la* u; *que he sustituido la* z *á la* ç; *y, en fin, que la* n *doble la sustituyo con la* ñ.

AQUÍ COMIENZA LA PLÁTICA

DONDE SE NARRAN

los altos fechos et gentilezas del muy noble cavallero et leal amador D. Flores de Trepisonda, et las aventuras que hovo para conquerir las *Toronjas del Vergel de Amor*, que fueran tres encantadas princesas. Item, de verse há cómo dos d'ellas perdiera é con la otra se desposara, despues que la fizo dueña so un florescido rosal qu'ende habie á vera d'una fuente, cuyas claras aguas tenien virtud d'encender con amor sobrado á los incautos amadores. Otrosí en este sabroso romance se declara cómo la fermosa dama de la Toronja en colombica blanca fué trocada por fechizo que la puso mala et prieta mora, et cómo á la postre fue desfechizada, et qual á la mora, que se mató á sí mesma, la quemaron el su defunto cuerpo, et la su alma bajó á los infiernos: de lo que á todos los fieles cristianos Dios nos defienda.

PROHEMIO QUE FACE EL NARRADOR.

Dexando á los sabidores
El arte de poetría,
Voy narrar una conseja
Como más me plaszería.
Plászeme de lo fazer
Qual en ántes lo solian
Los viejos á los mochachos
Qu'en el fogar s'adormian.

Poco aquí fallarse há
De mi propia fantasía,
Fueras ende que cantares
En el romance ponia (1).
Todo es lembranza del tiempo
Do el vulgo coplas fazia,
Miéntra el culto trovador
Sólo en las córtes s'oia.
Plászeme imitar la fabla
Del pueblo, ruda et altiva;
Del pueblo conqueridor,
Que del arte non sabia.
Del que cantára á Bernardo
Qu'en Roncesvalles vencia
Á Carlomano et Roldan
É á sus Doce en compañía;
Del qu'en el Cid se nos muestra,
Quando firme proponia,
Et respetoso, ant'el Rey
Los tuertos qu'el Rey fazia;
Del pueblo que á Lanzarote
É á Tristan mucho queria,
Prendado de sus amores
Et alta cavallería;
Del que á Isea (2) é á Ginebra (3)
Perdonó sus fechorías
En gracia que á sus amantes
Nunca trataron falsía;
Magüer que á los sus maridos
La misma burla ponian,
Que Diana al cazador (4)
Cuando desnuda la via;
Del que á Merlin como á santo

---

(1) Sé muy bien que el cambio de metro es impropio en esta clase de antiguas composiciones; pero lo he admitido en la mia, por haber hecho romance uno de aquellos cuentos viejos en prosa que contenian multitud de cantarcillos proverbiales, que he procurado seguir como tema de los que se introducen en mi obra.

(2) La desposada del Rey Marco de Cornualla, y amante de D. Tristan.

(3) La esposa del Rey Artús de la Gran Bretaña.

(4) Diana trasformó en ciervo á Acteon, porque la sorprendió desnuda en el baño.

Adorava et bendescia,
Seyendo fijo del Diablo
É alcahoete en demasía (1);
  Del que creyendo miraglos,
En brujas tambien creia;
Del que adorando los Prestes,
Sus torpezas maldeszia;
  Del que rezando sus coplas
La su hestoria nos fazia,
Et sin haber un poeta
De todos fue su poesía (2).
  En esta fabla veredes
Cosas que hoy pocos creerian,
Et qu'en la pasada edad
Dubdarlas fuera herejía.
  Páxaros verdes que fablan,
Homes que los entendian,
Et pláticas que d'Oriente
Á Occidente nos venian.
  Veredes del Septemptrion
Las negras fechizerías;
Cavalleros que á dragones
En guerra campal vencian.
  Veredes feos enanos,
Gigantes por otra via,
Vestiglos que d'el infierno
En la tierra aparescian.

---

(1) Merlin fué el protector de los amores adúlteros de Lanzarote y de Ginebra.

(2) Los cantos, narraciones y cuentos populares conservados por tradicion oral, pueden considerarse como producciones impersonales, y que no pueden atribuirse á individuos ciertos y determinados. Cuantos las trasmitian, fiados en sus reminiscencias, nunca las reproducian con exactitud y sin alterar algunas de las palabras y frases con que las oyeran. Por eso ofrecen, comparadas entre sí, variantes tan considerables, y por eso se ve que la última version, aunque sí la emanacion, no es nunca la identidad de las anteriores. Conforme á las localidades, al tiempo y á las épocas, se iban modificando estas composiciones, al ménos en el lenguaje y en las formas de su expresion primitiva; así es que, miéntras se conservaron oralmente y no degeneraron en subjetivas, miéntras no se fijaron por escrito, pertenecieron al dominio de todos, sin ser individualmente de ninguno en particular. Despues de escritas guardaron, sin duda, el mismo carácter anónimo, mas no la posibilidad de que pasasen desatendidas las variaciones que experimentaban.

Veredes que namorados,
Sencillos é sin falsía,
Non coidando de los Prestes,
Sus desposorios fazian;
Veredes cómo las Damas
Á la merced se confian
De los nobles cavalleros
Que siempre su fe complian.
Usanzas eran d'antaño
Que mostrar me proponia,
Et de que las tradiziones
Se remembran todavía.
De boca en boca pasáran
Aquestas fazañerías,
É ansi llegáran á mí
Como á vos yo las diria.
Nin la sciencia, nin los años,
Nin ménos philosophía
Las borran de mi memoria,
Nin yo las borrar querria.
Ca magüer tan viejo sea,
Qu'he la muerte por vezina,
Curo de regar la flor
Que á la par de mí crescia.
Si alguno me lo tacháre,
Cedo le replicaria
Que los romances del pueblo
Non tienen corta valía.
Trovadores los desdeñan,
Mas yo seguiendo otra via,
Á coplas de cortesanos
Las vulgares preferia.
É digan lo que dixieren
Voy á seguir mi porfía,
Narrando aquesta conseja
Como mejor me vernia.

COMIENZA LA TROVA CON ESTE CANTAR QU'EL VULGO DEZIA DE DON FLORES.

—*Fastío siente Don Flores,*
¡Ay! ¿Qué habrá?

—Dalde amores, dalde amores,
Et sanar ha.
Donzelico sin amores
Mustio está;
Dalde amores, dalde amores
Et sanar ha.
Si viene á tomar amores,
Vevir ha
Contento, el que sin amores
Morir ha.

COMIENZA LA HESTORIA.

Mañanica de Sant Joan,
De l'alba al primer claror,
Quando rosas et jazmines
Exhalan soave odor,
É tambien las avecillas
Sospiran celos é amor,
É arroyuelos bolliciosos
Saltan entre flor et flor,
Madrugado havie Don Flores,
Fijo del Emperador,
Que fué, allá de Trepisonda
Noble é bien quisto señor.
Ívase por los boscages
Fugiendo de la calor,
Para respirar del ayre
El aplasziente frescor.
Coidando de se folgar
É dar vado á su pasion,
Ramicos iba faziendo
De cogollos de limon.
Pensoso está, muy pensoso,
É sin saber la razon
Llora et rie, como suelen
Los que han mal de corazon.
Fadígase, et los sus miembros
Non le poeden tener, non,
Ca los sentie embargados
Qual si fuesen en prision.
Aborrido se parava,

Aborrido se paró,
Et suso un árbol frondoso
En el musgo s'acostó.
Estaba entre duerme et vela,
Quando rumor que se oyó,
Sin saber de dó venie,
Muy cedo le desveló.
Ver heis un páxaro verde
Qu'allá en el árbol posó,
Do su fembra plora el punto
Triste, do sola fincó.
Don Flores que desde niño,
Fué de sciencias amador,
En la parla de las aves
Se fizo gran sabidor.
Atento á escochar se puso,
Se puso con atencion,
D'ambos los páxaros verdes
Una extraña contencion.

CANTAR DE LA QUERELLA QUE HOVIERON LOS PÁXAROS.

Esto decia á sí mesmo el páxaro viajador.

«Del vergel vengo de amor,
¡Ay del vergel!»
Vide allí las tres toronjas,
Las toronjicas fallé,
É d'esto tal solaz hove
Como dezillo non sé.
«Del vergel vengo de amor,
¡Ay del vergel!»
Torno al árbol é á la tierra
Donde mi amada dexé,
Coidando que llegarie
Muy más cedo que llegué.
«Del vergel vengo de amor,
¡Ay del vergel!»
Enojo comigo habrá;
Pero yo aplacarla he
Con caricias, con falagos,
Que somiso la faré.

« Del vergel vengo de amor,
¡ Ay del vergel! »
Héla, héla qu'en el nido
Coidosa et mustia se ve,
Asmando que muerto sea,
O qu'el su amor olvidé.
« Del vergel vengo de amor,
¡ Ay del vergel! »

COMIENZA AQUÍ LA CONTIENDA DONDE EL PÁXARO VERDE DIZE ET LA PÁXARA REPLICA.

Dize el páxaro.

—¡ Paxarica, Dios te guarde
Qual en l'alma te guardé!
Cese, cese esa tristura,
É aplasciente mírame.
« Del vergel vengo de amor,
¡ Ay del vergel! »

Replica la páxara.

—Mal vengas, el mal esposo,
Á quien en vano esperé:
Agora más te desamo,
Muy mucho más que te amé.
« Del vergel vienes de amor,
¡ Ay del vergel! »
Frio et solitario el nido
Luengos dias encontré,
Et la metad me sobrára
En noches que allí pasé.
« Del vergel vienes de amor,
¡ Ay del vergel! »
Viuda et sola me dexaste,
É á más zelosa finqué.
¿ Fuiste buscar otro dueño?
Pues otro yo fallar hé.
« Del vergel vienes de amor,
¡ Ay qué vergel! »

Dice el páxaro.

—Non más, vida, me querelles,

Ca si el cuerpo absente fué,
El alma fincó contigo,
D'al que de tí non curé.
« Del vergel vengo de amor,
¡ Ay del vergel ! »

Replica la páxara.

—¿ Qué más ventura queries
Me teniendo á tu merced ?
¿ Quién fallaste en otras tierras
Que te amase qual te amé ?
« ¿ É fuiste al vergel de amor ?
¡ Ay qué vergel ! »
Culpa das á las toronjas,
Pero yo, ingrato, bien sé
Que una paxarica blanca
Pudo mancillar tu fe.
« ¿ Del vergel vienes de amor ?
¡ Ay qué vergel ! »
É pues la fe me has falsado,
Desde agora te diré :
Donde el verano pasaste,
El invierno á pasar ve.
« ¿ Del vergel vienes de amor ?
¡ Ay qué vergel ! »
Fuye de mí, cruel esposo,
Pues sola mejor seré
Que non mal acompañada
De quien sencilla fié.
« Tórnate al vergel de amor,
¡ Ay, al vergel ! »

Dize el páxaro.

—Cese tu enojo, enojada,
Non haya más, por tu fe;
Nunca he quebrado la mia,
Entera te la guardé.
« Malhaya el vergel de amor,
¡ Ay el vergel ! »
Si perdonanza me niegas,
Por desdenes moriré;
Somiso te la demando

De cuanto contigo erré.
«Tú eres mi vergel de amor,
¡Ay mi vergel!»

PROSIGUE LA FABLA.

Sospiros que van é vienen;
Ya en el nido son los dos,
Et de verse tras absencia
Gracias mil davan á Dios.
Querellas de namorados
Nublos son de la calor.
Pasados, el sol más brilla;
Pasadas, cresce el amor.

CANTAR DE LA PÁXARA.

«Las pazes son fechas,
»La guerra finó,
»Agora dezirme has
»Lo que allende te pasó.»

CANTAR DEL PÁXARO.

«Volando, volando las tierras corrí;
»Volando, volando la mar trespasé;
»Al vergel d'amores d'alueñe le ví,
»Volando, volando al vergel entré.
»Tres lindas toronjas, toronjas fallé,
»Tres lindas toronjas qu'estaban allí;
»Tomarlas quixiera, mi bien, para tí,
»El fado lo veda, sin ellas torné.
»Mas trúxete l'alma colmada de fe
»É amor más sobrado é fiel que te dí
»La primer vegada que te conoscí,
»Et entre sospiros delicias gozé.»

AGORA PROSIGUE EL PÁXARO NARRANDO QUIÉNES LAS TRES TORONJAS ERAN, ET LA GUISA COMO FUERON FECHIZADAS.

Tres encantadas princesas
Las tres toronjicas son,
Mezquinas como fermosas,
Et de muy noble nascion.
Es l'una del Soltan fija,
Que un luszero semejó;

Del Rey de Francia es la otra,
Que más que luna brilló;
Otra del Rey de Castilla,
Más relumbrante qu'el sol
Quando aparesce bañando
Las campiñas d'arrebol.
Mal querencia las habie
Un perro d'encantador,
Moro, prieto, torpe et feo,
Sucio, et infame, et traidor.
Por mancebas las querie;
Mas repelido se vió,
É asidas de los cabellos
Por los aires las llevó.
En los fosos d'una torre
Las tres princesas cierró
Con agua fasta la cinta,
Qu'el vellas era dolor.

LETRA DEL PÁXARO.

Luxuria l'aquexa,
Quiere las violar,
Mas ciego fincava
Si lo iva intentar.
Otrosí, un leon
Las v'á defensar,
Quando el negro moro
Las iba á forzar;
Ca el fado ponie
De non las gozar
Sin el grado d'ellas,
Sin fazerse amar.

PROSIGUE LA FABLA.

Asmando ser imposible
Fechízalas el traidor,
É mudadas en toronjas
Las lleva al vergel d'amor.
Púsolas que allí estoviesen
En muy estrecha prision,
Do lloren las coitadicas
Sus penas de corazon,

Mientra non venga á librallas
Un fijo d'Emperador,
Que de agua, tierra et fuego
Haya sido vencedor.
Otrosí, que namorado
Fuese de quien nunca vió,
Et compliese la su fe
Á la que su fe le dió,
Magüer fea se tornase,
Et prieta como carbon,
Aquella á quien blanca et blonda
La diera su corazon.

COPLAS QU'EL NARRADOR FAZE EN CONHORTE DE LAS DAMAS QUE NON CREIEN HABER HOME TAL QUE DESFECHIZASE LAS PRINCESAS.

« Oh presciadas damas bellas,
» Que abrasais como centellas
» Corazones,
» Non vayades presumir
» Que poncellas
» Por tan fuertes condiciones
» Van las Princesas vevir,
» Et morir,
» Cada cual en su toronja.
» Yo vos puedo asigurar
» É afirmar
» Sin lisonja,
» Que do haya un trovador
» Presciado de gentil home
» Non fallescerá al amor,
» Nin á la fe un complidor
» Que la su defensa tome.
» Bien que fea, ó que fermosa
» La moger,
» Al varon sabe vencer
» Generosa,
» Et d'él se faze querer
» Si le dispensa plaszer
» Dulcemiente cariñosa.
» En vano tosca corteza
» D'alma entendida es prision;
» Del espíritu l'alteza

» Más cativa un corazon,
» Que non la esterior belleza.
» Por ende el que feo ama
» Non en su cariño ceja;
» Si es entendida su dama
» Muy fermosa le semeja.»

TORNA EL PÁXARO Á DEZIR LO QU'ERA EL VERGEL D'AMOR.

D'agudas tajadas rocas
El maldito encantador
Cercado fizo el vergel
Por defensalle mejor.
La puerta havie celada
Suso un lago fervidor,
Por qu'al velle desfallesca
El más audaz amador.
Del vergel et las toronjas
Un gigante es guardador,
Feo, que es miedo miralle,
Fuerte, que causa pavor.
Véla con ojos cierrados,
Et si los tiene avizor
Entreabiertos, flamegantes,
Es que duerme á más mejor.
Semejando estar en sueños
Faze presa á su sabor
En el que incauto s'allega,
Coidando duerme el traidor.
Si es en verdad adormido
Lo desmiente el resplandor
De sus ojos, é ninguno
Le acomete de temor.
Otrosí, por virtud há
Correr sin comparacion,
Más rápido que non vuelan
Nin águila nin falcon.
En cada trancada faze
Siete leguas, si más non;
Magüer de piés á cabeza
V'armado en toda ocasion.
El camino del vergel.....
— Callad, páxaro, por Dios,

Non digades del camino,
O grand mal verná á los dos.
Si Don Flores lo sopiese
Dexar há al Emperador
Por ir ganar las Toronjas
En el vergel de l'amor.
Muertos seremos estonce
Sin ayuda nin favor,
Yo, por qu'escoché,
Vos, por fablador.
Ellos en aquesto estando
Cuerno de caza sonó;
Era el guarda de los bosques
Qu'ansí cantando pasó.

CANTAR DE LA CAZA.

«Sus, las trahillas et fierros,
» Los mis canes, ¡alhilí!
» Vos quité, et por esos cerros
» Sigamos al javalí.
» ¡Alhilí, alhilí!
» En el bosque enmarañado
» Con diez puntas coronado
» Yo le vi,
» Vide al ligero venado
» Que tras su fembra enzelado
» Bramando va por allí.
» ¡Alhilí, alhilí!
» Sus, mis canes, á cazar;
» Correr, correr, más correr,
» Sin tardar,
» Por fresca vianda haver
» Et la corada ganar.
» ¡Alhilí, alhilí!
» La res viene por aquí,
» Correr, correr, más correr;
» Al atajo por allí;
» ¡Hao! ¡hao! por ahí.
» ¡Alhilí, alhilí!»

PROSIGUE LA PLÁTICA.

Al ladrido de los canes

É vozes del cazador,
Fuyen los páxaros verdes
Llenos d'espanto é pavor.
Á tal fincára Don Flores,
Á tal Don Flores fincó,
Que non sabe si es dormido,
Ó si despierto soñó.
De la selva se salie,
En la su cámara entró,
Et coidando va, coidando
En lo que al páxaro oyó.

CANTAR DE DON FLORES.

« ¡Mezquino de mí!
» ¿Quién ¡ay! sabidor
» Me dirá del caminico
» Del vergel d'amor?
» ¿Quién del mi fastío
» Me poede librar,
» Si el vergel d'amor
» Non voy á topar?
» ¡Triste, triste soy,
» É á morir voy! »

COPLA QUE SIGUE NARRANDO.

Sobre un árbol qu'ende havie
Donde las finiestras son,
En que Don Flores salie
Á querellar su pasion,
Un xilguero se ponie,
É cantaba la cancion
Que paresce respondie
Conforme á su corazon,
É d'esta suerte dezie.

CANTAR DEL XILGUERO.

« Quien coide su aliento
» Muy alto tener,
» Ponga el pensamiento
» En linda moger.
» Quien mustio, aborrido,
» Non se quiera ver,

» Que ponga el sentido
» En linda moger.
» Estonce contento
» Respira et plaszer
» Quien há el pensamiento
» En linda moger.»

PROSIGUE LA PLÁTICA EN OTRA MANERA DE ASONAR.

Pasan dias é más dias,
Luengos meses van pasar;
Muy doliente está Don Flores,
Non poede, non, reposar.
El ánimo le fallesze,
Del lecho non se v'alzar;
En la cámara se cela
Por ser más libre en plorar.
Súpolo el Emperador;
Cedo le fué á vesitar,
É ya estando en su presencia
Ansí comienza á fablar.

FABLA DEL EMPERANTE ET SU FIJO.

Dize el Emperador.

¿Qué havedes, el fijo mio?
¿Aquesto qué poede estar?

Replica Don Flores.

Siéntome, el padre, morir;
Nadie non lo ha d'empachar.
Dame el corazon latidos,
Qu'el pecho me van quebrare,
Et á pos sin se mover
Semeja ya de fincare.
La sangre fierve un momento,
É otro muy fria v'a estare;
Sin luz et secos mis ojos
Non poeden ver, nin plorare.
Lenta fiebre me consume,
Fuerzas me quieren dexare;
El mal, mi padre, qu'he,
Non vos lo sabré explicare.

Dize el Emperador.

Non vos congojedes, fijo,
Non vos vayais congojare,
Pues homes hay en el regno
Que vos sabrán remediare.

Suenan trompas é clarines,
Añafiles é atabales,
É corren por las aldeas,
É paran en las cibdades.
Los gritadores pregonan
Por mando del Emperante,
Que quien sanára á Don Flores
Grandes prescios v'á ganare.

FABLA DE CÓMO SE AYUNTARON LOS SABIDORES.

Astrólogos que venien,
Físicos que van llegar,
Jodíos, moros, cristianos,
Quieren Don Flores sanar.
Ayuntados en concejo
Se ponen deliberar
Lo qu'en tal caso farien,
Lo qu'en tal trance farán.
Unos coidan que quartanas
De Don Flores era el mal;
Otros replican que non,
Et que há gota coral.
Otros claman que há la peste,
Otros dizen non ser tal,
Et que los malos alguno
Mal queriente le fué á dar.
Quién de yervas amargosas
Ordena de le fartar,
Quién con los fierros candentes
Se propone le abruciar.
Quién qu'agua bendita trayan,
Para el Diablo conjurar
Con el guisopo et las preces,
Un preste é un sacristan.
Estando ansi querellando
Sin un acuerdo tomar,

Jodíos, moros, cristianos
Comienzan se denostar.
Juran unos por Galeno,
Et otros por Hipocrás;
Á Aberroes é á Avicena
Claman otros sin jurar.
Nadie cede en la querella,
Ninguno non v'á cejar,
Ca es de nescios el su error
Querer siempre sostentar.
Batallando está el enfermo
Con dos males á la par:
Uno es su fiebre, et el otro
Los que la quieren sanar.
Del que natura le diera
Bien se poede delibrar;
Del que le fazen dotores
Si prosigue v'á finar.
Ellos en aquesto estando,
Pobre vieja vino á entrare
Á do yacie Don Flores,
Et púsose á le catare.
Catando l'está, catando,
Et luégo sin más dubdare
Ofresce de le guarir
Si l'oyen en poridade.
Astrólogos mofan d'ella,
Médicos la van burlare,
El Emperador con ira
Á todos manda callare.
É tornándose á la vieja
Lleno de angustia et pesare,
Veredes qual del doliente
La comienza á pescudare.

Dize el Emperador.

Dime, dime, buena fembra,
Si Dios t'haya de guardare,
¿Qué remedio al mio fijo
Me consejas de le dare?

Replica la vieja.

Ocio et fastío es el mal
Qu'ha vueso fijo carnale;
Si verle queredes sano,
Faced lo que yo mandare.
Mandéisle, mandéisle cedo,
Mandéisle cedo á cazare,
É físicos é dotores
Faced d'aquí destierrare.
Los aires del campo puros
Mucho l'han de consolare,
Et muy más si se propone
Ir sus venturas buscare.
Si tal fazedes, señor,
Bien guarido tornar hae,
Trayendo la noble fembra
Con quien s'habrá de casare.
Ansi, ansi,
Lo propone el fado á mí.

Esto oyó el Emperador,
É sin más lo demorare,
Á los dotores sañosos
Del palacio faz lanzare.
Manda guarnir los cavallos,
Los cavalleros armare,
Aparexar las ballestas,
Quitar trahillas á canes.
Ayúntanse sin tardar
Los ricos-homes et pajes;
Todos quieren ser primieros,
Ninguno arriedro fincare.
Cuernos de caza que suenan
Por los bosques sin cesare,
Relinchos de los cavallos,
De falcones el cridare,
De los canes el ladrido,
Et de la turva el clamare,
Á Don Flores que tal oye
Comienzan reanimare.
Salta del lecho priado,

É pónese á cavalgare,
Et se veyendo en el campo
Guarido coida d'estare.
Con algazara et solaz
Él é su compaña parten,
Como banda de colombas
Que libres baten los aires.
Íbanse por las llanuras,
Por montañas otro tale:
Quatro dias, quatro noches
Non cesan, non, de cazare.
Ansí á un rio son llegados,
Que non es de vadeare;
Mas su cavallo et Don Flores
En él se van á lanzare.
Monteros que l'acompañan
Non osan d'allí pasare;
En la ribera fincaron
Temerosos et cobardes.
Cedo cavallo et ginete
De vista perdido han,
Et los coidando afogados,
Su muerte plorando están.
Ayuntados son en uno
Para el caso consultar,
Los que al mezquino Don Flores
Le hovieron de acompañar.
—« ¿Qué al Emperante dirémos?
» ¿Qué cuenta le havremos dar
» Quando demande del fijo
» Que nos quiso encomendar? »
Fuerte cordojo sentien,
Et non saben qué farán;
Unos de fuir proponen,
Otros consejan quedar.
En fin, fin todos acuerdan
Un buen engaño trazar,
É fengir que su señor
Aventuras fué á buscar.
Esto acordado, se parten,
Esto acordado se van,
Plorando de los sus ojos

Más aguas que mares han.
Caminando á más mejor
Al palacio van llegar,
É al verlos el Emperante
Les comienza á pescudar.
« ¿ Qué se fizo el mio fijo
» Que non le veo arribar?
» ¿ Qué fezistes del mi fijo?
» Non le querades celar. »
Todos fincaron mohinos,
Ningun'osa de fablare,
Si non fuera uno que solo
Esto pudo replicare:
— El vueso fijo, señor,
Mandónos aquí tornar,
So pena á quien le siguiere
Que le faria enforcar.
Con nusco aqueste mensaje
Le plugo vos enviar;
Escochalde, si vos plaze,
Ántes de nos condenar.

MENSAJE DE DON FLORES, QUE FENGIERON LOS DE SU COMPAÑÍA.

« Al mi padre le diredes
» Que de hoy,
» Libre como ya me vedes,
» Mis venturas buscar voy.
» Ansí quiero
» Las espuelas conquerir
» Et la espada me ceñir
» De cavallero.
» Farto tiempo ocioso fuera
» Adormido mi valor;
» Farto tiempo m'estoviera
» Sin haver gloria guerrera
» É sin amor.
» Mas vino el dia do quiero
» Coidarme d'honrosa fama,
» É ser d'una noble dama
» Campeon et cavallero. »

PROSIGUE LA FABLA.

Magüer aqueste mensaje

Su saña non fué á tiemplare
El Emperador, qu'al fijo
Por perdido ó muerto hae.
Manda venir ballesteros
Por la gente saetare;
Muchos de tropel acuden,
Ninguno lo retardare.
Home vivo non fincára
Para tal caso plorare,
Si non que á la pobre vieja
Plúgole al cielo enviáre,
Por de muerte mala et fiera
Los inocentes salvar,
Que sin haber compasion
Allí querien matar.

Lo que la vieja dezie.

« Non, Emperante, fagades
» Esa gente castigare,
» Ca es sin culpa quando al fado
» Nada puede contrastáre.
» ¡Ay de tí! perdido vas,
» Si fiducia en mí non has! »

Esto qu'oye el Emperante
Las sus iras fué á placar,
Et hovo á bien las sus gentes
De la muerte delivrar.

Esto ansí dejando
Para otro logar,
Del Príncipe agora
Tornemos narrar.

SIGUE LA FABLA EN OTRA MANERA D'ASONAR.

El cavallo de Don Flores
Era un animal fadado;
Diérasele la nodriza
Qu'á sus pechos l'ha criado.
Esta tal fuera una fada
Qu'el cielo havie enviado

Para facer á Don Flores
Cavallero fortunado.

Ya se narró cómo á un rio,
Sin algun puente nin vado,
Don Flores et su bridon
Animosos s'han lanzado.
Mientra los coidaban muertos
Quantos l'han acompañado,
El cavallo et el jinete
L'opuesta orilla han ganado.
É non bien pisan l'arena
Á correr han comenzado;
Non corrien, mas volaban
Como el sacre más presciado.
Corre, corre, vuela, vuela
El bridon nunca cansado;
Nin sudor, nin blanca espuma
El su pecho han salpicado.
Salta peñas é altos riscos,
Como si corriese en prados;
Se mete por los desiertos
Fugiendo de los poblados.
Don Flores es sin sentido
Veyéndose rebatado;
Dubdoso va de su suerte,
De fambre et sed apretado.
Al cavallo tener quiso,
Mas vano fué su coidado,
Ca de las riendas se burla,
Non le represa el bocado.
Ívase á desesperar,
Cuando el bridon ha fincado
Ant'el atrio d'una hermita
Qual si l'hoviesen clavado.
Viérades cómo á su encuentro
Les salie un hermitaño
Con barba blanca á la cinta,
Et talante asaz extraño.
Semeja que de su vida
Más d'un siglo era pasado,

Ca para andar s'apoyava
En un rústico cayado.

Dize el hermitaño.

Bien venido sea el Don Flores,
El doncel tanto presciado;
En ántes que tú nascieses
Cient años t'havie esperado.
El dia que tú nasciste
Fuérame á mí revelado;
Et el dia que llegaste
Complido está ya mi fado.

Replica Don Flores.

Buen padre, déisme un alvergue
Qu'asaz soy de fadigado:
Diez dias con onze noches
Corrí sin haver parado.
Diez dias el sol ardiente
Los mis membros ha quemado;
Onze noches las estrellas
De los cielos he contado.
Ívame á desesperar
Á non vos haver fallado:
Que m'acorrades vos ruego
Si me queredes ver salvo.

Dize el hermitaño.

¡Donzel qu'ansí te querellas,
Asaz me semejas blando!
Quien grandes empresas sigue
Debe ser muy trabajado.
Si d'ánimo eres pequeño,
Non es para tí guardado
Conquerir las tres toronjas
Del vergel d'amor fadado.
Tórnate, tórnate cedo,
Tórnate para tu estado,
É allí pasa ociosa vida,
De gloria et d'honor privado;
Pues quien cedo s'acobarda
De villanía es retado,

Magüer que ciña corona
Ó rija cetro dorado.

CANTAR DEL HERMITAÑO.

« El constante cavallero
» De nobleza,
» Jamas atrás la cabeza
» Torna en el periglo fiero :
» Ca fuir
» Será torpe villanía;
» Et más al noble contenta
» Vida gloriosa d'un dia,
» Que non mil años vevir
» Con afruenta. »

SIGUE LA FABLA EN OTRA MANERA D'ASONAR.

Don Flores qu'aquesto oyó
Mudo et mustio allí fincará,
Veyendo que de cobarde
Algun home lo retara.
Mas apos tornando en sí
Al viejo atal replicara :

Dize Don Flores.

Non m'agraviedes, buen padre,
Ca non miedo m'aquexara.
Á fazer de valor prueva
Nadie non m'aventajara,
Que nunca entró en el mi pecho
Cosa que lo deshonrara.
Fallescer el cuerpo pudo
Haviendo entera mi alma,
Que allí s'ensalza el valor
Donde muerte non alcanza.
Los riesgos et las fadigas
Sabré los tener en nada,
Nin me farán retraer
De l'empresa comenzada.
Poner quiero la mi vida
Á Dios sólo encomendada,
Et de venzer hé matando,
Ó morir en l'estacada.

« Que nadie dirá de mí
Qu'un punto cobarde fuí. »

PROSIGUE LA FABLA EN OTRA MANERA D'ASONAR.

Contento está el hermitaño
De lo que dize Don Flores,
Et para más seguralle
Darle consejos propone.

LO QUE EL HERMITAÑO CONSEJÓ Á DON FLORES.

Sus, sus, el noble donzel,
Suś, garzon de sangre noble;
Alienta, que Dios te guía
Do gloria et ventura cobres.
El valor et la prudencia
Sigue d'hora para estonce;
Non te arriedren los periglos,
Et non ciego á ellos t'arrojes.
Cuerdo et sin ira el valiente
Que tal ventaja conosce,
Sin mengua del ardimiento
Defensa et ofensa opone.
Esa más estrecha senda
Seguir has de dia et noche,
Sin coidar d'otro camino
Muy ancho que cerca corre.
Grandes et fuertes periglos
Contra tí el fado dispone;
Engaños é artes villanas
De malos encantadores.
Ansí te quieren provar,
Ca lo qu'es de grand valore,
Mucho cuesta d'adquirir,
Et más se prescia mejore.
Nada empescerte podrá,
Si non que muestres temore;
Ca los riesgos son la gloria
De los fuertes corazones.
Ve adelante, ve adelante,
El viso arriedro non tornes,
Qu'el periglo es á la frente;
El qu'á la espalda, pasóse.

Endónote estas tres joyas;
Cada qual es más mejore:
D'ellas valerte non has
Fasta en extrema ocasione.
Ca si d'ellas te valieses
Por vil miedo ó por temore,
Perder han la su virtud,
É tú la fama et buen nome.

DÍZESE AQUÍ LO QU'ERAN LAS TRES JOYAS FADADAS.

Un aniello constelado,
Una poma de cristal,
É una esmeralda presciada,
Don Flores, voyte á endonar.
Ponlas sobre el corazon,
Non las vayas á olvidar;
Nin l'amistanza del viejo
Que te las fué á presentar.
Si mal ferido te vierdes
Et cercano d'espirar,
Despues de ser vencedor
El aniello quebrar has.
Guarido en el mismo punto
Sano et salvo vas fincar,
Para seguir de l'empresa
Lo que te poeda faltar.
Si fambre et sed te fadigan
Sin podellas enturar,
Et que por tierra yasciendo
Non te poedas levantar,
La poma pon en tus labros,
La poma de buen cristal,
Et luégo la sed et fambre
Fartura s'han de tornar.
Si enemigos te persiguen,
Que prudente has d'evitar,
L'esmeralda al aire lanza,
Et vellos has y parar.
De lo al qu'acaesciere
Non me cumple de fablar:
Sigue, sigue la tu via,
Non cures d'atrás mirar.

Ea, sus, el cavallero,
Ea, sus, á cavalgar.
Esto que dixo el anciano
Sin el estrivo tomar,
Sobre el bridon impaciente
Don Flores fuese á lanzar.

SIGUE LA FABLA CON OTRA MANERA D'ASONAR, ET NÁRRASE LA GRAN BATALLA QUE DON FLORES HOVO CON UN ESPANTABLE DRAGON.

Corren, corren, vuelan, vuelan,
Sin punto descaescer,
Don Flores et su cavallo;
Nin se quieren detener.
Por el estrecho sendero
La su via van tener;
Fadiga non les empesce
Porque hayan ménos correr.
Llegados á un hondo valle
Un dragon v'á parescer
Que de su cueva salie:
¡Espantoso era de ver!
Brota flamas de sus ojos
Et de su garganta cruel;
Et su lengua, cual saeta,
Lanza ponzoñosa hiel.
Alas tiene por volar,
Garras para acometer,
Escamas duras de azero
Con qu'el cuerpo defender.
Las armas más bien tiempladas
En ellas vanse á romper,
Sin que ninguna al dragon
Poeda ferir ni empescer.
Fueras ende d'una falla
Como punta de alfiler,
Qu'há celada en un logar
Que nadie non ha saber.
Quando la fiera venie
Por Don Flores ofender,
Púsose éste sobre aviso
Para defensa tener.

Presentado l'ha el escudo
Queriéndola detener,
Mas ella entre las sus garras
Pedazos le v'á fazer.
En vano el noble adalid,
Ya de punta ó de reves,
Animoso con la espada
Pasarla quiere al traves,
C'al ferir en las escamas
Fuese l'espada á romper,
Et fincado ha Don Flores
Sin que se poeda valer.
Las sus armas et sus carnes
Desgarra el monstruo á la vez,
Et desangrado fallesze
El mal ferido donzel.
Mas non por ende s'arriedra,
Nin quiere el campo ceder;
Quanto se ve más llagado
Más pugna para venzer.
Con un agudo venablo
Al dragon v'acometer:
Dale golpes en los ojos
Para ciego le poner.
Plugo al cielo l'acertase
Do ferida podie ser
La fiera, et donde llagada,
Su vida havie de perder.
Rodando caen por las peñas
El vestiglo et el donzel,
Revolcándose en su sangre,
Firiéndose de tropel.
Con las ánsias de la muerte
Ambos se van retorcer
Qual las serpientes rabiosas
Luchando suelen fazer.
Pero aún el garzon respira
Quando el dragon muerto es:
La palma de la victoria
Dios le quiso conceder.
Estonce, magüer llagado
Et cerca de perescer,

Don Flores á levantarse
Provára una et otra vez.
Como le falleszen fuerzas
Non se poede sostener;
Cayóse sobre una Peña
Mal su grado et su querer.
En su caida el aniello
Que del hermitaño fué
Se quebrára, et en un punto
Don Flores sano se ve.
Non sabe si s'enojar
De que tal fué á acaescer;
Teme, coiden si fechizos
Allí l'hovieron valer.
Mas non s'ha por amenguado,
Porque bien es de saber
Qu'acaso et non voluntad
Fizo el aniello romper.
Et que non fuera rompido
Fasta que vencido es
Por el noble cavallero,
Dragon que yace á sus piés.

DÍZESE EN OTRA MANERA D'ASONAR LO QUE VENZIDO EL DRAGON ACAESCIÓ Á DON FLORES.

Sano et salvo es ya Don Flores,
Sano et salvo ya se mira;
Non siente ya más dolor,
Ya non siente sus feridas.
Arremete á cavalgar;
Mas el cavallo fuia,
Et semeja que le burla
É á relinchar se ponia.
Llamávale con falagos,
Mas en vano lo fazia;
Llamávalo con enojo,
Pero nada conseguia.
Si el cavallero es lexano
El bridon se detenia,
Et si cerca d'alcanzalle,
Muy más el bridon corria.

Síguele, síguele empero
Don Flores con más porfía,
Et quando coida tomalle
Muy más léjos le tenia.
Éntranse en un arenal,
Et desierto qu'allí havia;
Tan luengo, tan luengo era
Qu'el su fin no se veia.
Siete dias, siete noches
Por el desierto corrian;
Siete dias, siete noches
Nin comian nin bevian.
Don Flores muy fadigado
Ya caminar non podia,
Quando á lueñe devisó
Un vergel qu'aparescia.
Arroyuelos que le bañan,
Sabrosos frutos que cria,
Al que fambre et sed aquexan
Con reposo et solaz brindan.
Desde alueñe cobdiciava
Del jardin la frondosía;
Ve en el arenal la muerte
Cuando en el vergel la vida.
Don Flores caminar quiere,
Mas en tierra se caia;
Torna á alzarse é á caer,
Ca sus miembros fallescian.
S'arrastra como culebra,
De las arenas se asía;
Non avanza paso alguno
Por más que lo proponia.
Veyendo ante los sus ojos
Agua et frutas, perescia
De fambre et sed el donzel,
Ca se mover non podia.
Al ver sus esfuerzos vanos
Á morir se disponia;
El cuerpo manda á la tierra,
É al buen Dios el alma envia.
Estando ya de espirar
En su postrera agonía,

Lembrádose ha el buen donzel
De la poma que tenía.
De la poma de cristal
Que quando se despedia
Le diera aquel hermitaño
Por le fazer cortesía.
Sacárala muy priado,
En sus labros la ponia,
Et non bien puesto la hovo
Restorado se sentia.
Fuerzas cobra et se levanta;
Toma del vergel la via,
Fasta llegar do l'atiende
El cavallo que fuia.

Si á Dios adoras,
Alegres serán tus horas:
Si en Dios fias,
Alegres serán tus dias.

PROSIGUE LA FABLA EN OTRA MANERA D'ASONAR, ET DÍZESE COMO DON FLORES ARRIVÓ AL VERGEL D'AMOR, ET LO QU'ALLÍ VIDO ET LE PASÓ.

Llegado que hovo al vergel
Don Flores fué á contemplar
Ser cercado d'altos muros,
De torres otro que tale.
Catando, catando estava,
Catando, catando estae
Cómo podiera las cercas
Sin ser sentido escalare.
Las murallas son bruñidas
Et tersas como cristale,
É guarnidas las almenas
De puntas como puñales.
Dardos defiensan los fosos
Que non son de numerare,
Et que cierto dar han muerte
Al que los quiera asaltare.
En las torres hay enanos
Para vozinas sonare.
Si veniesen cavalleros
Por las toronjas furtare.

En conmedio del vergel
El gigante vido estare:
Los sus ojos son abiertos;
Lumbre semejan lanzare.
Conoscido havie Don Flores
Qu'en buen hora fué llegar,
Ca el gigante en sueños era,
Magüer fengia velar.
Tres vegadas el vergel
Quiso el donzel rodear;
Arrastrándose por tierra
Para se mejor zelar.
Tres vegadas le rodea
Sin que podiese topar,
Nin quiebras para sobir,
Nin portillos para entrar.
Iva y'á desesperarse,
Ívase á desesperar,
Quando oye un paxarico,
Qu'ansí se puso á cantar.

CANTAR QUE CANTÓ EL PAXARICO PARA CONHORTAR Á DON FLORES.

El cavallero qu'honor
Haya atquirir,
Et en el vergel d'amor
Las toronjas conquerir,
En aquel lago de fuego
Que allí se mira bollir
Lánzese, lánzese luégo,
Sin del periglo fugir.
Que su bienandanza cierta
Le depara el fado fiel;
Et l'entrada del vergel
Fallar ha franca et abierta
El animoso donzel
Qu'en busca va de la puerta
Por do pueda entrar en él.
Cavallero, alerta, alerta.

SIGUE LA FABLA EN OTRA MANERA D'ASONAR.

Tres vegadas l'avecica
En su cantar repetió,

Et Don Flores que l'escucha
Pensativo se paró.
Non teme de s'abruciar,
De morir non ha temor;
Mas coida que d'él se burle
El paxarico cantor.

Dize Don Flores al páxaro cantor.

Paxarico, paxarico,
Por el Dios que nos crió
Que me digas tu verdad,
Et sepa tu verdad yo.

Replica el páxaro cantor á Don Flores.

Cavallero que pescudas,
Cumple con el tu valor;
Non temas, non, pues que tienes
La fortuna en tu favor.

CANTAR DEL PÁXARO.

Via, via, el cavallero,
Via, via,
Qu'el luszero
Remanesce ya del dia;
Et del sol
Las claras luzes qu'envia
Va seguiendo el girasol:
Via, via,
Qual tu ventura la mia.
En la verde selva umbría
Ya madruga el rosiñor,
Donde sus solaces canta,
Quando l'una et l'otra flor
Despierta sobre su planta
Ventecillo volador,
Qu'á tal hora se levanta
En el vergel de l'amor.
Via, via el cavallero,
Via, via,
Qu'el luszero
Remanesce ya del dia:

Ea, sus, á pelear,
Non lo vayas retardar.

SIGUE LA FABLA.

Don Flores desqu'esto oyera,
Don Flores desqu'esto oyó,
Priado al lago se lanza,
Priado en él se lanzó.
Luégo que tal muestra fizo
De su denuedo et valor,
El agua enantes bollente
Clara et fresca se mudó.
É apénas del lago al fondo
El cavallero tocó,
Quando libre, sano et salvo,
Dentro del vergel se vió.

Por ventura aquella noche
Ebrio era Don Alcor,
Et magüer suenan vozinas
Los enanos con furor,
Non del letargo salie
Que de seso le privó;
Nin lembra de las toronjas,
Nin de Dios que las crió.
Entre villanos se suena
Qu'en el vino yervas dió
Al jayan su cara esposa,
Con las que l'aletargó.
Dizese que tal fazie
Por yazer más á sabor
Con un pajecico lindo
Que fuera su escanciador.
Quizás la buena giganta
Non fizo tuerto á su honor,
Nin el paje tal falsía
Á su dueño et su señor.
Malicias de los villanos
Despreciallas es mejor;
Al cuento basta saber
Qu'ebrio estaba Don Alcor.

De tal ventaja Don Flores
Sin dubdar s'aprovechó,
Et cedo las tres toronjas
Del árbol arrebató.
Viéradesle que priado
En su seno las celó,
Et cómo aliegre et contento
En su corzel cavalgó.
Viéradesle cómo aguija
Al cavallo corredor,
Asmando recordar poeda
El gigante dormidor.

SIGUESE LO QUE Á DON FLORES ACAESCIÓ DESPUES QUE HOVO LAS TRES TORONJAS.

Al tomar las toronjicas
Don Flores, despareció
Vergel, sus muros et torres,
Que la tierra los tragó.
En un desierto arenal
Todo aquello se mudó,
Sin al fincar qu'el gigante
Qu'azorado recordó.
Et se catando burlado
Un horrible grito dió,
Qu'al cauteloso donzel
De su periglo avisó.
Ciego d'ira et de coraje
Luégo el jayan se lanzó
Para haver entre sus manos
Al qu'ansí l'escarnesció.
En cada paso que dá
Siete leguas Don Alcor
Faze, con tanta presura
Que non puede ser mayor.
Magüer era de Don Flores
El cavallo muy veloz,
Et fadado, va perdiendo
La ventaja que sacó.
Et para más embargalle
El desierto se pobló

De vestiglos é alimañas
Qu'en vellos dava pavor.
Cavallo et ginete en uno
De sierpes cercados son,
Que por empachar su fuga
Les ponen contradicion.
Unos muerden á Don Flores,
Otros muerden al bridon;
Quál silva como culebra,
Quál ruge como leon.
Cuervos les pican los ojos,
Et mil buitres á monton
Les persiguen, por si mueren
Comelles el corazon.
Item, para si á Don Flores
Non le venziera el temor,
Parescen coros de damas
Guiados por el Amor.
Unas al buen cavallero
Plorando piden favor;
Otras risueñas l'envian
Besos de dolze sabor.
Quiénes de espaldas et pechos
Le muestran el puro albor;
Quiénes con tiernos sospiros
Querellan de su rigor.
Todas deleites le brindan
Por detenelle mejor;
Todas le dizen palabras
Llenas d'ardiente fervor.
Mas el muy cauto mancebo,
Digno de todo loor,
Aguija, aguija el cavallo,
El cavallo corredor.
Ellos en aquesto estando
Un alarido s'oyó:
Del jayan es que venie;
Es del jayan que llegó.
Sus toscas pesadas manos
Sobre el hombro desplomó
Del buen ardido donzel
Que las toronjas ganó.

Mas este qu'ansí se viera,
El esmeralda lanzó
Al rostro de su enemigo,
Qu'allí clavado fincó.
Serpientes, buitres et cuervos,
Damas del coro d'Amor,
En cerrar et abrir d'ojos
En piedras trocados vió;
Et ya libre el cavallero
La su via prosiguió,
Plasciente d'haber vencido
Los periglos que pasó.

PROSIGUE LA FABLA EN OTRA MANERA, ET NÁRRASE LO QUE Á DON FLORES ACAESCIÓ CON LAS DOS PRIMIERAS TORONJAS, ET LO QUE D'ELLAS SE FIZO.

Camina Don Flores
Por el arenal;
Él et su cavallo
Caminando van.
Aliegre porque su empresa
Á la fin logrado ha,
É acoitado, porque ignora
Lo que após de esto verná.
Sacóla del seno,
Púsose á mirar
Una de las tres toronjas
Que fué á rescatar.
Lo que la dezie
Queráislo escochar,
Ca era una fabla
Digna de notar.

¡Toronjica mia, toronja,
Quánto m'hovistes costar!
¡Quién ¡ay! la virtud que tienes
La podiese adevinar!
Et la toronjica
Le fué replicar.
Ábreme cedo, Don Flores,
Ábreme sin t'empachar,

Et lo que pescudas
Bien sabello has.
Si lo que deseo
Priado me das,
De ser he tu esposa,
Tu amiga ademas,
Et del alma et cuerpo
El dueño serás.
Don Flores desqu'esto oyera
La toronja fué á mondar,
Et d'ella nasció una niña
Qual luszero matinal.

Dize Don Flores.

¿Quién eres, fermosa niña?

Dize la Dama.

Fija del Soltan
Soy, é á tu merced
Voyme á encomendar,
Si lo que deseo
Priado me das.

Dize Don Flores.

Dí ¿qué me demandas
Que yo te poeda otorgar?

Replica la Dama.

Sólo un poco d'agua
Para mi solaz,
Que la sed ardiente
M'haya d'aplacar.

Dize Don Flores.

Agua non hé, la Donzella,
Nin sé do haya de manar.

Replica la Dama.

¡Mal venga al cavallero,
Véngale grand mal,
Ca en el arenal
Quando de sed muero

Non falla venero
D'agua perenal.
  Á las tierras do nascí
Fugir quiero,
Pues non acorrida fuí
Del mesquino cavallero.
  Via, via
Volando iré á mi Torquía.

  Qual si golondrina fuese
La Donzella v'a volar
Et Don Flores ha fincado
Como quien coida soñar.
  Mas tornado qu'hovo en sí
Comienza á andar más andar,
En busca d'algun alvergue
Do podiese reposar.

  Por devertir el fastío
De tan luengo caminar,
La segunda toronjica
Fué curioso á examinar.
  Et habiéndola en sus manos
Púsosela á contemplare,
Et en ello embebescido
Ansí la quiso fablare.

Dize Don Flores.

  Toronja, toronja,
Non t'has de enojare;
Dime de tu fado,
Dime en poridade.

Replica la Dama.

  Dezírtelo he
En tiempo et logare,
Si del mi fechizo
Me vas libertare.

  Fizo gajos la toronja
Don Flores sin demorare,

É una Ponzella aparesce
Á la luna semejante.

Dize Don Flores.

¿Quién eres, la Dama,
Dama celestiale?

Replica la Dama.

Soy del rey de Francia
La Fija carnale.

Dize Don Flores.

¿Quién aquí te truxo,
Mi señora reale?

Replica la Dama.

Non sé si la suerte
Propicia ó fatale.
Dispuesto ha la suerte
Que verné á casar
Con quien mi fechizo
Le faga quebrar.
Dame un vaso d'agua
Para me salvar,
Que la sed m'afoga
Et voy á espirar.
Dame un vaso d'agua
Sin más demorar,
Si non por los vientos
De verme has volar.

Dize Don Flores.

Agua non hé, mi señora,
Nin vaso do vos la dare,
Ca entre las secas arenas
Non poede el agua manare.
Porque bevais dar vos he
Del mi corazon la sangre;
Mas non demandedes agua,
Qu'esa non poedo criare.
Esto que dijo, la Dama
Ansí le fué replicare.

Esto es lo que replicó la Dama.

Ea, sus, mal compañero,
Amenguada de ti soy,
¡Pobre, mesquino escodero!
Volando á mi Francia voy,
Pues veyendo qu'en sed muero
Non agua me poedes dar.
Volar, volar,
Qu'en mi tierra he de fallar
Lo que quiero,
En ardido cavallero
Que mejor m'ha d'amparar.
Via, via,
Á París la patria mia.

PROSIGUE LA FABLA.

La Fija del rey de Francia
Voló cual la del Soltan,
É allí fincara Don Flores
Lleno de pena et afan.
Mas como prudente et sabio
Goza el bien, contrasta el mal
Don Flores el animoso,
El cavallero leal.
Su camino otra vegada
Sigue sereno et igual,
Fasta qu'alueñe devisa
El confin del arenal.
Et aprés que hovo pasado
El su límite fatal,
Fallóse ledo et contento
En un fresco praderal.

Vido en la campiña
Yervas verdear,
Árboles frondosos
En la umbría estar.
Frescos valles et montañas,
Arroyuelos otro tal,
Et vido una clara fuente
De perenne manantial.

Su manso mormullo
Le faze parar,
Et semeja que le brinda
De se reposar.

PROSIGUE.

Apeóse el cavallero,
Sobr'el musgo v'á posar,
Et fincó adormido
Con dolze soñar.
Sueña con la fija
Del noble Soltan,
Et con la de Francia,
Que volando van.
Sueña en la toronja
Que fué á conservar
Por premio et testigo
De tanto afanar.
Comenzavan ya los rayos
Del sol á quemar,
Et las aves en el bosque
El su querellar.
Los vientos de la campiña
Comienzan de sospirar,
Et pasando entre las ramas
Fazen un dolze asonar.
Las rubias mieses mescidas
Semejan ondas del mar,
Et cortesmiente los sauces
Semejan de s'homillar.
Estonce fuera Don Flores
Del su sueño á recordar;
En pié se puso priado,
Priado sin más tardar.
La su postrera toronja
En sus manos fué á tomare;
La su postrera toronja
Ya se dispone á provare.
Á la contiemplar se puso
Tal vez ardido, ó cobarde,
Ca lembra de lo pasado
Quand'otras perdiera enantes.

Al fin, fin resuelto está,
Echando el temor aparte,
É á la toronja que tiene
Aquesto la fué á fablare.

LO QUE DIXO Á LA TORONJA.

Toronja, toronja,
Toronjica reale,
¿Dirásme mentira,
Ó dirás verdade?
Toronja, toronja,
¿Serásme leale?
¿Fuir has de mí,
Ó conmigo has de fincare?
Si te saco del fechizo
¿Qué prez m'has de dare?
¿Qué demanda me farás,
Posible de te otorgare?
Et la toronjica
Le fué replicare:
—Rompe mi corteza
Sin más te empachare,
Pues lo que te pida
Fázil vas fallare.
Daréte por prez
Contigo casare;
Otrosí d'amores,
Mil gustos cabales.

Esto qu'oyera el donzel
Sin más en otro coidare,
Ívase sobre la fuente
Por cerca del agua estare.

DÍZESE AQUÍ DE LA FUENTE, ET DE LAS VIRTUDES QU'HAVIEN SUS AGUAS.

Tal virtud havie
Aquel agua clara,
Que quien la beviere
D'amores s'abrasa.
Dizen ser el filtro
Que diera Brangiana,

Por yerro, á Tristan
É á Isea su dama,
Quando para esposa
Tristan la llevava
De su tio Marco,
Rey de Cornualla.
En el vaso mismo
Ambos la provaran,
Et d'amor el fuego
La su sangre inflama.
Pasion tal sentien,
Sentieron tal ánsia,
Que vencer non poeden
Fechizos del agua.
Era niña Isea,
Bella, blonda et blanca,
Et donzel Tristan
Ornado de gracias.
El seso perdido
Leyes d'onor falsan,
Et yaciendo en uno
Rompen su palabra.
Ansí non queriendo,
Á tal se propasan,
Que sin ser culpables,
Culpados se fallan.
Mas luégo, d'un dia
Breves gustos pagan
Con luengos pesares,
Con luengas desgracias.
Amargos dolores
Muy amargos pasan,
Por haver bevido
Del agua encantada.
Tristan es ferido
De mala lanzada,
Que Marco su tio
Á traicion le dava.
Tarde por guarillo
Isea llegara,
Et moriendo en uno
Se besan é abrazan.

CANTAR DEL TROVADOR.

Para amor vivieron,
D'amor muerto han;
Por amor renascen
Isea et Tristan.
Sobre la su tumba
Nascido ha un rosal
Qu'exhala perfumes
En el praderal.
En vano los Prestes
Le fazen quemar;
Quanto más le queman
Más florido está.
Los amantes fieles
Lo van vesitar,
Como los romeros
Á Santiago van.
Que Dios les perdone
Le van demandar,
Plorando más agua
Qu'encierra la mar.

PROSIGUE LA FABLA DIZIENDO DE DON FLORES.

Luégo que suso la fuente
Se fué Don Flores posare,
Fizo trozos la toronja,
Trozos la toronja faze.
Una Dama alli aparesce,
Una Dama celestiale,
Más brilladora qu'el sol
Quando d'entre nublos sale.
Agua fresca al garzon pide,
Que cedo se la fué á dare;
En bevella la Ponzella
Más linda se fué á parare.

Dize el Don Flores.

¿Quién eres, fermosa
Ponzella sin par?
¿Quién, qu'el corazon
Me quieres robar?

Dize ella.

Soy del Rey d'España
Fija natural,
É á mí Rosalinda
Me suelen nombrar.
En palacios reales
Princesa nascí,
Et d'homes leales
Acatada fuí.
La dolze lisonja
Cercárame allí,
Fasta qu'en toronja
Trocada me ví.
Del fechizo odioso
Tú libraste á mí,
Et por noble esposo
Luégo t'escogí.
Via, via,
Tuya es toda l'alma mia.
Tuya, el cavallero,
Soy, é á tu mandar;
Como amiga, como amante,
Como esposa, al tu talante
Siempre somisa he d'estar.
Faz de mí lo que quisieres,
Que plaszeres
Nunca non t'he de negar.

Vanse el uno para el otro
Uno para otro se vane,
Et caricias regaladas
Et dolzes besos se dane.
Fizieron la yerva
Su lecho nupciale,
É bien se desposan
Al pié d'un rosale.
Allí paxaricos
Cantan su cantare,
Muy mejor que menestriles
En la cámara reale.

Ansí estovieron tres dias
Et tres noches otro tal,
Como buenos amadores
Que non se lembran de al.
Falagos que se fazien
Non se poeden numerar;
Non bien el uno es finido,
Mil le siguen sin cesar.
Seméjanse entramos
Á Isea é Tristan
Desque el agua fechizada
En uno bevido han.

En esto páxaro verde
S'ha parado en el rosal,
Do fazen los desposados
Pruevas d'amor sin igual.
É al verlos embevescidos
En tan contino gozar,
Estas palabras les ruega
Que les plazca d'escochar.

ESTO ES LO QUE DIZE EL PÁXARO VERDE.

« Fijo del Emperador,
» É vos, la noble matrona,
» Coidad que d'una corona
» Vos atiende el resplandor.
» La Princesa de Castilla
» Un trono debe ocupar,
» Et non la flor semejar
» Qu'en el praderal s'homilla.
» En los ornados salones
» Id á ostentar vueso ardor,
» Ca mejor triunfa el amor
» So los regios pavellones. »
Allí dolze lecho
So dorado techo
Vos acogerá,
Et la córte toda
Honor vos fará.
Gozen los pastores
Su dicha et plaszer,

Entre árboles et flores,
Pues al non poeden fazer.
Dexá el campo á los villanos,
Qu'á los reyes es mejor
Gozar deleites d'amor
Falagueros cortesanos.

PROSIGUE NARRANDO.

La fabla entiende Don Flores,
Et cedo se fué á lembrare
Que de su padre á la córte
La su esposa ha de llevare.
Palabra et fe que jurara
Non coida, non, de falsare,
Magüer complillas le cueste
Mucho duelo et gran pesare.
Irse et quedarse quixiera,
Mas non podiendo ser tale,
Dubda anonciar á su esposa
D'absencia el amargo trance.
Ella que vido el su rostro
Alegre, en mustio tornare.
De tal cambio la razon
Con planto v'á demandare.

Dize la Dama.

¿Qué has tú, el mi cavallero?
Non me lo vayas celare.

Replica Don Flores.

Ferido soy de mil penas,
Penas que m'han de matare.
Forzado soy de partir
Donde s'ha d'aparejar
La nuesa entrada en la córte,
La nuesa entrada real.
Ricos homes, ricas fembras
Traeré tu mano á besar,
Que como á Regna t'acaten
Et vengan á compañar.
Cavallos bien guarnecidos
Como se suele d'usar,

Con cascabeles de oro,
É arneses otro que tal.
Traeré galas et preseas
Con que te puedas ornar;
Atiéndeme, la mi esposa,
Que cedo voy á tornar.

Replica la Dama.

Esposico, yo te ruego
Vayamos aquí á fincare,
Que dond'hay amor sobrado
Non es más que deseare.
Hay aquí flores olientes,
Yervas hay donde posare,
Muy mejor qu'en las almohadas
É alfombras turquescas reales.
Nascer et ponerse el sol,
Et las estrellas brillare,
Aquí vemos, et testigo
El cielo es del nueso amare.
« Non sola me dexes
» En este logare,
» Que soy niña, et he miedo
» De solica estare.
» Para mí non hay tesoro
» Sinon á mi lado haver
» Al esposico qu'adoro,
» Ca temo de le perder.
» Et mi corazon
» Golpes me v'á dare
» De que si t'absentas
» Nos verná grand male.
» ¡Ay sola me dexas!
» Duélete de mí;
» Si d'aquí t'alexas
» Todo bien perdí.
» Non me dexes sola,
» Ha de mí piedade,
» Que soy niña, et he miedo
» De solica estare.»

Replica Don Flores.

Non t'acoites, mi señora,
Non te quieras acoitar,
Que si cedo á partir voy
Es por más cedo tornar.

Plañe et gime la Princesa;
Plañe et gime sin cesar,
Mientras Don Flores camina
Á su jura non falsar.

SIGUE LA FABLA EN OTRA MANERA.

Ido ya Don Flores,
La niña que plora
Por los praderales
Se pasea sola.
Enderészase á la fuente,
É á su remanso s'asoma;
Mirándose está en las aguas
Cristalinas que rebosan.
Vido allí su lindo rostro
Que se ája et descolora
Con el planto, é que á sus ojos
Marchitan cárdenas sombras.
Coida qu'á los de su amigo
Semeje ménos graciosa,
Quando venga por llevarla
Al palacio donde mora.
Lávase el rostro divino,
É aliña su blanca toca,
Et se sonrie, catando
Qu'en lindeza á Vénus sobra.
Ansí, se dize, el esposo
Quando tornará,
Al verme tan linda
Más preciarme ha

DÍZESE AGORA DE UNA PRIETA ET FECHIZERA MORA.

Por servir á los sus dueños
Una esclava et negra mora

Fué á tomar agua en la fuente
Do la Princesa reposa.
Vido la negra en las aguas
La imágen de la señora,
Et coidando ser la suya
De sí mesma s'apasiona.
Quedóse pasmada
Se viendo tan bella,
Et faze querella
De ser mal presciada.
¿É por qué, dezia
Llena de plaszer,
Regna non ha ser
Quien bella nascia?
É luégo al dezillo
Con ira arremete
Á su cantarillo,
Et le dize: «Vete,
Rómpete, rómpete, el mi cantarete.»
Non bien lo pensara
La negra orgullosa,
Quando entre las peñas
El cántaro arroja.
Al roido que faze
Luégo el rostro torna
La linda princesa,
Que coida estar sola.
É ansí sin sabello,
Asustada toda;
Se falló en un punto
Cara á cara con la mora.
Esta, qu'el su error conosce
Al ver la dama fermosa
Cuya imágen en la fuente
Priso por la suya propia,
Odio eterno la perjura,
Mucha enemiga la toma,
Como si culpa toviese
De su torpeza la otra.
Allá dentro el corazon
Cela su rabia enconosa,
Et con fengida homildad

Saluda á la que más ódia.

FABLA DE LA MORA CON LA PRINCESA.

¿Por qué tan solica,
Por qué sin compaña
Vos vedes aquí?

Dize la Princesa.

Non me coides sola;
Amor m'acompaña
Do quiera que fuí.
D'un esposo namorado
La venida atiendo ansiosa;
Hoy se partiera á la córte
Do apareja nuesas bodas.

Dize la Mora.

¿Vueso esposo es tan galan
Qual lo mereces, señora?
¿Es tan cortés cavallero
Qual eres gentil, fermosa?

Dize la Princesa.

Más lindo que Gerineldos
Todo el mundo le pregona;
Et es á los ojos mios
Un dios que mi alma adora.
Llámanle Don Flores
El de Trepisonda;
Homes le respetan
Et fembras l'adoran.
Por ser tan apuesto,
Su frente coronan
Las ponzellas lindas
De mirtos et rosas.
Por ser tan ardido,
Laureles l'endonan
Donzeles qu'acatan
Fazañas gloriosas.
Fiel á sus palabras,
Leal en sus obras,

Si ama, es por siempre
Á la su señora.
  É yo lo soy suya
Con el alma toda,
É ántes que partiese
Fízome su esposa.

SIGUE LA FABLA.

  Esto dixo la princesa,
É despues toda su hestoria
Dend'el principio á la fin
Ha narrado á la traidora.
  La qual, celando su rabia,
Astuta luégo se postra
Á los piés de la inocente,
Que l'abraza cariñosa.
  Ofréscese á la peinar,
É aliñar su blanca toca,
Porque semeje más linda
Que d'abril las frescas rosas.
  La niña cede á los ruegos
De la negra cautelosa,
Ca es muy de fembras pagarse
De falagos et lisonjas.
  Quanto más que non se coida,
Et non era rezelosa,
De qu'á quien daño non fizo
Mal la quisiese traidora.
  Un bruñido peine d'oro
L'esclava en sus manos toma,
Qu'oculto en el seno havie,
Como su invidia sañosa.
  É al ver los lindos cabellos
Que sueltos semejan ondas,
Más blondos que non el sol,
Tan luengos qu'al suelo tocan,
  Muy más la negra se ardie,
Muy más zelos la devoran,
Muy más l'invidia la roe,
É á venganza se provoca.
  Magüer esto, tanto bien
Va peinando á la señora,

Que fincára adormescida,
Et soñando amor reposa.
Quando ya la vido en sueños
La esclava en su mano toma
Un fechizado alfiler,
Tan prieto qual la traidora.
Clavádolo ha en la cabeza
Que inocente s'abandona
Á los mentidos falagos
Que zelaban tal ponzoña.
Al dolor de la ferida
La niña s'asusta toda,
É al querer fuir corriendo
Por los aires se remonta.
Sobre el terso et blanco cutis
De sus miembros, penas brotan;
Los sus brazos ya son alas,
Pico rosado su boca.
La Princesa de Castilla,
Qu'encantada fué toronja,
Con poder d'otro fechizo
Se vió mudada en paloma.
Védesla, védesla triste
Qu'en los árboles se posa,
Et cómo escarnesce d'ella
La perra maldita mora.

SÍGUESE UN CANTAR EN QUE CONTIENDEN EL TROVADOR ET LA PALOMICA.

¿Á dónde tan mustia
Vas, la mi paloma?
Á los bosques vuelo
Por gemir sola.
Querellas qu'hayas
De mí non abscondas.
¿Por qué vas al bosque
Á gemir sola?
Fechizos m'ha puesto
Una mala mora,
Et vuelo á los bosques
Por morir sola.

Héla, héla, héla
La blanca paloma,
Héla allí gemiendo
Por los bosques sola.

PROSIGUE LA FABLA EN OTRA MANERA D'ASONAR, ET NÁRRASE DE LA NEGRA MORA.

Á la vera de la fuente
Qu'entre las flores corria,
Puéstose ha la mala negra
Fengiéndose que dormia.
Pensándose está, pensando
Lo qu'á Don Flores diria
Quando de verla tan otra
La causa le pediria.
Non es que se coide fea,
Ca toda moger confia
Qu'en la beldad es sobrada
É ha lindura en demasía.
Magüer se miró en la fuente,
Non de sus reflexos fia,
Et fasta en su prieta faz
Mucha gracia presumia.
Demas, que para Don Flores
Un astuto engaño ordia
Que le fiziese dubdar
De lo mismo que veria.
En sus astucias et mañas
Et dolze fablar confia,
Que si primiero la fuye
Luégo al fin la buscaria.
Las palabras falagueras
Del alma fallan la via,
Ca oidos muchas vegadas
Tal vez los ojos vencian.
Trazando ansí sus engaños
Un rumor grande se oia,
Que semejava de ser
De solaz et d'alegría.
Era Don Flores que viene
Con su noble compañía

En qüesta de la su esposa,
Que más qu'al alma queria.
Allegárase á la fuente
Et por todo el campo mira
Por ver si su namorada
Al encuentro le salia.
Vido en su vez á la negra
Semejando que dormia,
Et para la recordar
El Príncipe la movia.
Dale vozes é demas,
De piés é brazos la tira,
Fasta que la fuerza á alzarse
De la tierra do yascia.

DÍZESE AGORA EL DEPARTIMIENTO QUE HOVO DON FLORES CON LA MALA MORA, ET CÓMO ELLA L'ENGAÑA CON PALABRAS FALAGOSAS ET SOAVES.

—¿Qué fazes aquí, la mora?
¿Mora prieta, qué fazias?
— No soy mora, mas cristiana
Baptizada en cristianía.
Atendíate, el mi esposo,
É atendiéndote dormia;
Por haver tanto plorado
Los ojos cierrado havia.
—¿Tú mi esposa? ¡Non lo mande
Nin Dios nin Sancta María;
Dime cedo ¿dónd'está
La fermosa dama mia,
La de los blondos cabellos,
La tan galana et tan linda;
La de labros de clavel,
La de rosadas mexillas?
¿Dónde celado la has?
Responde, negra maldita.
¿Fuyó al bosque por non verte,
O hasla quitado la vida?
— Esa por quien te desvelas
Está presente á tu vista;
Non fuyó al bosque asustada,
Et non moriera, qu'es viva.

Esa por quien me demandas
Presente es á la tu vista:
¡Et me buscas quando estoy
Á los tus ojos rendida!
Viva seré si me amas,
Muerta seré si m'olvidas,
Ca tu desamor ó amor
Son para mí muerte ó vida.
Sin dubda que mal fechizo
Me persigue todavía;
Ó es que m'haviendo gozado
En odio tu amor torcias.
—¡Eres mi esposa! ¿Pues cómo
Tan prieta é tal te ponias?
—Del sol los rayos abrasan,
É ansí m'han fecho cortida.
—¿Cómo los rubios cabellos
Qu'en brillo al oro venzian
Qual negra lana semejan,
Et tanto crespos se miran?
—Desluzido los ha el polvo,
Erizado las espinas;
El luto del corazon
Tan prietos los tornaria.
—¿É aquellos labros tan finos
Que claveles parescian?
—El aire los marchitó
Como las rosas marchita.
Si algun malo encantador,
Don Flores, non te fascina,
De ver has en mí l'esposa
De la toronja nascida;
La qu'en el vergel d'amor
Fasta verte fué cativa;
Á la que diste en la fuente
D'amor el agua devina.
Torna á mí dolzes miradas,
Siquiera de cortesía;
Non más me fagas penar,
Ó de muerte moriria.
Lémbrate que so el rosal
Á tu merced me ponia;

Lémbrate que de ponzella
Dueña tornado m'havias.
Cierto, yo soy la tu esposa,
La princesa de Castilla,
La que por tanto te amar
Sin tí vevir non podria.
Si otro fechizo en tus ojos
Mi fermosura empescia,
Tú, d'amor enamorado,
El fechizo quitarias.
La tosca et ruda corteza
Qu'hora mi beldad cobria,
Tu amor la fará caer
Qual el sol á niebla fria.
De lembrar has aquel tiempo
Donde fuera toronjica;
Si estonce me vi encantada,
¿Por qué non hoy lo sería?
¿Por qué, porqu'el fechizero
Qu'estonce me perseguia
Et que me mudó en toronja
Hoy negra non me faria?
Mas si non fueren encantos
Los que fea me ponian,
Et solos aire et calor
Me pararon ménos linda,
Quando á la sombra repose
Cedo desparesceria
Lo que semejar me faze
Á tus ojos ménos linda.
Llévame á los tus palacios,
Et de verme has otro dia
Ser más blanca qu'azuzena,
Et qual rosas mis mexillas.
Ver has que como claveles
Frescos los mis labros miras,
Et quanto dolzes sabrosos
Son mis besos et caricias.

SIGUE LA FABLA.

Tan blandamiente la Mora
Estas palabras dezia,

Que dubdando está Don Flores
Lo qu'en tal caso faria.
Odia á la negra al miralla,
Ama la negra al oilla,
Ca fablar blando et discreto
Amores engendra et cria.
Demas qu'el donzel se lembra
Como su fado ponia,
Que magüer se torne fea
La su esposa acataria.
Guardar quiere la su fe
Á ley de cavallería,
É de complir ha la jura
Que de fieldad fecho havia.
Resuelto el Príncipe ya
Manda que la Mora vistan
Con ropas de grana et d'oro,
Que más fiera la ponian.
Ella en tanto muy soberbia
Sus reales ropajes mira,
Coidándose más fermosa
Porque se viera más rica.
De su cavallo Don Flores
En la grupa la ponia,
Ca si por fermosa non,
Por dama ansí la servia.
Es de nobles cavalleros
Catar siempre cortesía
Á dueñas que so su amparo
É su merced s'acogian.
Magüer tanto acatamiento
Como Don Flores fazia
Á la negra, los sus pajes
De vella ansí se reian.
Ca la loca joventud
De prudencia se desvia,
Et nesciamente se paga
De burlas et joglerías.

CANTAR QUE LOS PAJES SE DEZIAN EN PORIDAD.

¿Dónde es ido el fijo
Del Emperador?

— Á buscar amores
Al vergel d'amor.
¡ Ay, si non partiese
Le fuera mejor!
— ¿Quién trajo Don Flores
Del vergel d'amor?
— Una prieta Mora,
Que nos causa horror.
¡ Ay, si non partiese
Nos fuera mejor!
¡ Ay qué pena, qué pena!
¡ Ay qué pena é dolor!
¡ Ay, que si non partiese
Fiziera mejor! —

CANTA EL NARRADOR.

En este comedio
La palomica
Con arrullos dolorosos
Su querella repetia.
De árbol en árbol
Volando iva,
Fasta que llegó á la córte
Con toda la compañía.
Al jardin del alcázar
Venido havia,
Et púsose en una torre
Labrada de plata fina.
Héla allí que gime,
Héla que plora
Los zelos que tiene
D'aquella Mora. —

PROSIGUE LA FABLA.

Luégo que llegó Don Flores
Et cuantos con él venian
Al regio alcázar, sus puertas
D'oro et de marfil s'abrian.
Entrados son en palacio
É á las cámaras sobian,
Donde son los cortesanos
Qu'homildosos l'atendian.

Viérades la prieta Mora,
Toda llena d'ufanía,
Cómo en los regios salones
Turquescas alfombras pisa.
Viérades cómo Don Flores
De su mano la tenía,
Ardiendo d'amor si l'oye,
Apagado si la mira.
—¿Es ésta mi desposada?
¡Aquella tan blanca et linda
Agora tan torpe et fiera!
¿Quién tal mudanza creeria?
La Mora al velle dubdoso
Falagalle pretendia;
Él sus caricias rescibe
Como amargosa bevida.

CANTAR DEL NARRADOR PARA CONSOLAR LA PALOMA.

—¡Ay pobre paloma,
Mísera avecilla!
Si las almas vieras
Te consolarias.
Vieras que la Mora
S'apena d'envidia,
Et cómo Don Flores
Grand mal padescia,
Et vieras qu'allí ningun
Sin penas havia.
Bienes aparentes
Coidas son verdad;
Mentidos falagos
Quiérente engañar.
Por ende zelosa
É abatida vas;
Zelos que t'aquexan
Te fazen penar,
Et non coidas que ningun
Plaszer v'á gozar.
Zelos non havries
Si fueses á ser
Dentro de las almas
Que dichosas crees;

Mas si bien lo miras
Dexa el padeszer,
Que non hay allí ningun
Que goze plaszer.
Si atiendes las tablas
Regias ocupáre,
Coida en lo amargoso
Qu'absconde el manjáre.
Si ves desposados
En tálamo reale,
Pon miente en dolores
Que quieren celare.
Via, via,
Paloma mia,
Que mañana será otro dia.

SIGUE LA FABLA EN OTRA MANERA D'ASONAR.

De lo alto d'una torre
D'oro, de blao et de plata,
Contiempla el banquete real
Esa palomica blanca.
Allí ve la su enemiga,
La qu'el su bien la robara,
De joyas toda cobierta,
Et de vestidos galana.
Cátala cómo soberbia,
De mil pajes rodeada,
Rescibe el acatamiento
De caballeros et damas.
Veyendo está los falagos
Con qu'á Don Flores engaña,
Et coida ver otros lanzes
Que más zelosa la paran.
Tan grave dolor apena
Á la mesquina coitada,
Qu'entre sí mesma dezie
Tristes querellas amargas.

LO QUE DEZIE LA PALOMICA.

« ¿Qué te fize, mala Mora?
» ¿Qué te fize, Mora mala,

» Quando fechizo me diste
» Fengiendo dolze amistanza?
» Agora avecica soy
» Mesquina et desconsolada,
» Miéntras tú, fembra ladina,
» Regna serás coronada.
» ¿Qué te fize, mala Mora?
» ¿Qué te fize, Mora mala?
» ¡Punida del cielo seas,
» Del cielo qu'ansí l'ultrajas!
» Agora, vivo el esposo,
» Vibda soy desamparada,
» Mientra gozas d'el, traidora,
» Qual si fueses desposada.
» ¡Ay de mí, ay de mí!
» En menguada hora nascí,
» Nascí en mal hora,
» Et muy buena para tí,
» La negra Mora!
» Si para non padescer
» Mal tan fiero,
» Et si para más non ver
» Mi cavallero
» En los tus brazos yascer
» Al bosque me voy volar,
» De zelos muero,
» Zelos me fazen tornar
» Los ojos do ménos quiero.
» Ansí suele
» Aquel que de zelos padesce el rigor
» Gozarse en que cresca el mal que le duele
» Por ver si moriendo le dexa el dolor.
» Ay de mí, ay de mí,
» Qu'en menguada hora nascí.
» He nascido en mala hora,
» Et muy buena para tí,
» La negra Mora!»

SIGUE LA FABLA EN OTRA MANERA D'ASONAR.

En esto por el vergel
Un hortolano venie,

Que d'azar, jazmines, rosas
Lindos ramicos fazie.
Gemiendo desde la torre
Al rústico le dezie
Este fablar la paloma,
Á qu'el tambien respondie.

CANTA LA PALOMA.

Hortolano qu' á tal hora
Cortas las flores,
Dí, ¿cómo á la Regna Mora
Le va d'amores?

CANTA EL RÚSTICO.

Muy bien, señora,
Ella se rie é aliegre canta,
Su esposo gime et triste plora,
Quando s'asienta et se levanta
La Regna Mora.

CANTA LA PALOMA.

Hortolano qu'al aurora
Te levantas,
É á toda hora
Aliegre cantas,
¿Cómo lo pasa la negra Mora?

CANTA EL RÚSTICO.

Muy bien, señora,
Mas si ella rie, su esposo plora.

CANTA LA PALOMA.

¿Será de zelos, será d'amores
La su querella?

CANTA EL RÚSTICO.

D'al non me curo, paloma bella,
Sinon de flores.

CANTA LA PALOMA.

Si Dios te diese más buena estrella
D'esos ramicos dame razon;

¿Son para ella?

CANTA EL RÚSTICO.

Paloma bella,
Para ella son.

CANTA LA PALOMA.

« ¡Muera rabiando esa traidora
Qu'ha malferido mi corazon! »

El rústico muy priado
D'allí apartado s'havia,
Mas la mísera paloma
Su querellar proseguia.

LA PALOMA PROSIGUE SU QUERELLA.

Dióme la vida
El dolze amor,
Mas hoy los zelos
Son mi dolor.
Solos tres dias
Desque nací
Entre falagos
Alegre fuí;
Si non nasciese
Fuera mejor.
Dióme la vida, etc.
Solos tres dias
Solos gozé
Del cavallero
Et de su fe.
¡Era tan lindo
El mi amador!
Dióme ¡ay! la vida, etc.
Aquesos dias
Pasaron ya,
Et su ventura
Tornar non ha;
Sofrir non poedo
Tanto rigor.
Dióme ¡ay! la vida, etc.
Agora vuelo

Por un jardin,
Et á mis cuitas
Non fallo fin;
Ningun m'acorre
Nin da favor.
Dióme ¡ay! la vida, etc.
Como en paloma
Tornada fuí,
Me desconosce
Mi amado ansí;
Otrà d'él goza
Á su sabor.
Dióme ¡ay! la vida, etc.
La fementida
Mora cruel
Cedo en su lecho
Gozará d'él.
¡Ay quién podiese
Venzer su error!
Dióme la vida, etc.
¡Torna esos ojos
Á mí por Dios!
Non de la negra
Vayas en pos.
Aquí en mí tienes
Todo dulzor.
Dióme la vida, etc.
Fuye la fiera
Que t'engañó;
La que t'adora
Esa soy yo;
Soy la tu esposa,
Noble señor.
Dióme ¡ay! la vida
El dolze amor,
Mas hoy los zelos
Son mi dolor.

AQUÍ SE TORNA Á NARRAR.

En tanto que se querella
L'inocente palomica,

Finidos son los festines
Qu'en palació se fazian.
Ambos á dos desposados
Á las finiestras salian,
Por gozar del fresco ambiente
Perfumado que corria.
Refusando ver la Mora
Que cerca de sí tenía,
Púsose á mirar Don Flores
Al sol que ya se ponia.
Estonce vió á la paloma
Cómo en la torre yascia,
É al verla tan mustia ser
Á compasion se movia.
Por non semejar grosero
El rostro tornado havia
Á la negra desposada,
Que su desden conoscia.
Díxole aquestas palabras :
—Héla una paloma linda;
Seméjame la coitada
Qu'algun favor nos pedia.—
Paróse estonce la Mora
Descontenta et desabrida,
Coidando non se declaren
Las traiciones que fazia.
Fengido ha se desmayar
Para ver si conseguia
Que más non coide Don Flores
De la mísera avecilla.
Mas notando qu'el ardid
Mal á su intento venía,
Pierde el seso et s'enfuresce
Como si fuese un'harpía.
Fiere con sus piés la tierra,
É con grandes vozes grita :
« Vengan, vengan ballesteros,
» Qu'esa páxara persigan.
» Denla muerte, denla muerte
» Sin tardar á esa maldita,
» Que con arrullos cansados
» Mis oidos martiriza. »

Á los gritos de la Mora
Cazadores acodian;
Por ferir á la paloma
Sendas saetas le tiran.
Van unos cercar la torre,
Otros la torre sobian,
Quieren haverla á sus manos,
Ya sea muerta ó bien sea viva.
Mas batiendo las sus alas
Fuye l'ave acometida,
Burlando á los ballesteros
Qu'enconados la seguian.
Primero d'árbol en árbol
Volando se defendia,
É após en los matorrales
Arrastrando s'escondia.
Se veyendo ansí aturada.
É cercana á ser prendida,
Tomó el vuelo á la finiestra
Donde el Príncipe yascia.
Echárase en los sus brazos,
En su pecho se cobija,
Et semeja demandalle
Acorro en la su agonía.
Pugnaba la mala Mora
Por afogar l'avecica,
Que para se defensar
Ya l'aruña, ya la pica.
El buen Príncipe en el seno
La paloma guarescia,
Ca dávale el corazon
Qu'allí mal secreto havia.
Apartádose ha Don Flores
Con enojo de l'impía,
Que los propios brazos suyos
Con rabia et furor mordia.
Magüer qu'esto ve Don Flores,
Más en defensar porfía
Á la misera paloma
Qu'al su amparo s'acogia.
Falágala cariñoso,
Et las pennas recogia

D'el ave, que su cabeza
Homillava gradescida.
Tocándola allí Don Flores
Un granico percevia,
Et notó que la paloma
Aleteaba et se encogia.
Era aquel negro alfiler
Qu'allí clavó la maldita
Negra, para fechizar
La rival qu'aborrescia.
Á tirarle iva Don Flores,
Et cedo á tirarlo iva,
Quando ver hedes la Mora
Qu'empacharlo pretendia.
Ya le tiene de los brazos,
Ya de sus brazos s'asia,
Ya de finojos se postra;
Planto et sospiros fengia.
Ya d'amor et ya d'honor
Reclama la pleitesía,
Et ya faze otros engaños
Propios de fembra ladina.
Mas catando que Don Flores
De las sus prezes non coida,
Con un puñal de merced (1)
Furiosa l'acometia.
Coraje que la cegaba
El golpe mortal torcia,
Et sólo ferida leve
Fecho en el Príncipe havia.
Rabiando estonce la Mora
Contra sí torna las iras,
Et firiéndose en el seno
Cayó en tierra amortescida.
Acorro non falla, non;
Los qu'en ántes la servian

(1) Puñal de merced llamaban aquel con que, á falta de espada, remataba el caballero vencedor al vencido, si éste se negaba á reconocerse y confesarse como tal.

Lisonjeros, l'abandonan
Luégo en vella ya caida.
Ansí la humana grandeza
Por malos medios havida,
Los mesmos que l'ensalzavan
La menosprecian et pisan.
En tanto el prieto alfiler,
Do el fechizo residia,
Tiraron de la paloma,
Et la suerte se rompia.
Mudado se ha en linda dama,
Qual ántes serlo solia,
La toronja del amor
Que fué tambien palomica,
La Princesa que gozára
Sólo d'amores tres dias
Suso el rosal, en la fuente
Do el agua d'amor bevia.
Conosciérala Don Flores,
Don Flores la conoscia,
Et de su error perdonanza
Afinojado pedia.
Levantárale la dueña
Con aplasziente sonrisa,
Diziendo : « Quien non ha culpa
Non menester grazia havia. »
Á la muy noble Princesa
En el trono la sobian,
É allí de la Mora fizo
Saber las negras falsías.
Ambos los enamorados
Se desposan á otro dia,
Celando lo que pasára
So el rosal en la campiña,
Por la virtud d'aquel agua
De la fuente clara et limpia,
Que culpables et sin culpa
Á Isea et Tristan fazia.

CANTAR DEL NARRADOR.

Pecados d'amor
Son de perdonar,

Qu'amor á las almas
Quita libertad.
Si Dios non perdona
Pecados d'amar,
Muy pocos el cielo
Á gozar vernan.

PROSIGUE LA FABLA.

Fechas ya las bodas,
Á Francia et Torquía
Parten mensajieros,
Via, via, via,
Porque cedo trayan
En su compañía
Del rey francés et del turco
Las presciadas fijas.
É quando venidas fueron
En la parroquia las gritan,
Por las casar con dos primos
Qu'allí Don Flores tenía.
Diéronme por encomienda,
D'estas bodas en albricias,
Qu'en pasar quinientos años
En coplas yo las pornia.

FINIDA.

De las toronjas d'amor
Da fin mi plática bella;
Ninguna fincó poncella,
Qu'es del cuento lo mejor.
Todas fueron bien casadas
En paz et gracia de Dios,
Magüer una, acá entre nos,
Bevió las aguas fadadas
Que fazen pecar á dos
Personas enamoradas.
Et de trovar muy cansado,
Qual los viejos diré yo:
« Colorin, colorin, colorado,

Ya el cuento mio es narrado,
É aquí, mi cuento finó.»

Aquí fenesce la muy apascible, plasciente et sentida fabla de las Toronjas del Vergel d'amor, fecha et compuesta por el Licenciado A. D.

Empremióse en la muy noble, coronada é heróica Villa é Córte de Madrit, por Eusebio Aguado, á XXX dias del mes de Mayo. Año de nuestra salvacion MDCCCLVI.

GLOSARIO.

Antiguo.	*Moderno.*
Abruciar.	Quemar, abrasar.
Absente.	Ausente.
Acaescer.	Acaecer, acontecer.
Acorrer..	Socorrer, ayudar.
Acorro.	Socorro, ayuda.
Al.	Otro, otra.
Alueñe.	De léjos.
Amenguar.	Disminuir, achicar, menospreciar.
Amistanza..	Amistad.
Aniello..	Anillo, sortija.
Aplasciente.	Grato, agradable.
Após..	Despues, en seguida.
Aprés.	Despues.
Arriedro.	Detras, atras.
Asmar.	Pensar.
Aturar.	Apurar, meter prisa.
Avizorar.	Acechar, atisvar.
Ayuntar.	Juntar, unir.
Ansí..	Así.
Aparesce.	Aparece.
Boscaje..	Bosque.
Ca.	Porque.
Catar.	Mirar, percibir, reparar.
Cedo..	Pronto, aprisa.
Celar..	Ocultar, esconder.
Cierrar..	Cerrar, encerrar.
Cinta.	Cintura.
Coidar.	Pensar.
Coitado..	Cuitado.
Colomba.	Paloma.
Comigo..	Conmigo.

Antiguo.	*Moderno.*
Congojar.	Acongojar.
Conhortar.	Animar, consolar.
Conqueridor.	Conquistador.
Conquerir.	Conquistar.
Corada.	Despojos del corazon de la caza, que se dan á los perros.
Cordojo.	Dolor de corazon, angustia.
Crescer.	Crecer, aumentar.
Cridar.	Gritar.
Curar.	Tener cuidado, atender.
Dalde.	Dadle.
Defensar.	Defender, prohibir.
Delivrar.	Libertar, librar.
Dexar.	Dejar.
Do, á do.	Donde, adonde.
Dolze.	Dulce.
Donzel.	Jóven.
Devertir.	Divertir.
Demorare.	Tardar.
Embargado.	Entorpecido, embarazado.
Empescer.	Dañar, perjudicar.
Endonar.	Donar, dar, regalar.
Enturar.	Sufrir, aguantar.
Escanciador.	El que da la bebida y hace la salva.
Embebescido.	Embebecido.
Escochar.	Escuchar.
Estonce.	Entónces.
Estoviesen.	Estuviesen, permaneciesen.
Fabla.	Habla, lenguaje, narracion, cuento.
Fadiga.	Fatiga.
Fadigarse.	Fatigarse.
Falsar la fe.	Romper la fe dada.
Fallar.	Hallar, encontrar.
Fallar he.	Tengo de hallar.
Fallescer.	Faltar, fallecer.
Fambre.	Hambre.
Fartar.	Hartar, saciar.
Fartura.	Hartura, saciedad.
Fastío.	Hastío, fastidio, tedio.
Fazer.	Hacer.
Fecho.	Hecho.
Fierro.	Hierro.
Fijo, fija.	Hijo, hija.
Finar.	Acabar, poner fin, morir.

Antiguo.	*Moderno.*
Fogar.	Hogar.
Frescor.	Frescura.
Fueras ende.	Fuera de, excepto, si no.
Fugir.	Huir.
Fuye.	Huye.
Fado.	Hado.
Fechizo.	Hechizo.
Fizo.	Hizo.
Grado.	Gusto, consentimiento voluntario.
Guarir.	Curar, sanar.
Guarnir.	Guarnecer.
Guisa.	Modo, manera.
Gajos.	Trozos.
Havie.	Habia, tenía.
Hestoria.	Historia.
Hipocrás.	Hipócrates.
Home.	Hombre.
Homillar.	Humillar, abajar, abatir.
Joglar.	Juglar.
Lembranza.	Recuerdo.
Lembrarse.	Acordarse, recordarse.
Luengo.	Largo.
Lueñe.	Léjos, lejano.
Llegarie.	Llegaria.
Logare.	Lugar.
Magüer.	Aunque, á pesar de.
Malquerionte.	Malévolo.
Merced (ponerse á).	Entregarse al arbitrio ó voluntad ó á la generosidad de alguno.
Metad.	Mitad.
Moger.	Mujer.
Namorado.	Enamorado.
Nascion.	Nacion, nacimiento.
Nescio.	Necio.
Nusco.	Con nosotros.
Nublos.	Nubes, nublados.
Odor.	Olor.
Ordir.	Urdir.
Pensoso.	Pensativo.
Perdonanza.	Perdon, indulgencia.
Periglo.	Peligro.
Pescudar.	Preguntar, inquirir.
Planto.	Llanto.
Plañir.	Gemir, llorar.

Antiguo.	*Moderno.*
Plasziente.	Grato, agradable.
Plaszer, *v.*	Gustar, agradar.
Plaszer, *n.*	Placer.
Plorar.	Llorar.
Poedas.	Puedas.
Poetria.	Poesía.
Poma.	Manzana.
Poner.	Determinar, imponer, establecer por condicion.
Poridad.	Secreto, puridad.
Preces.	Ruegos, súplicas, oraciones.
Prescio.	Precio, valor, premio.
Preste.	Clérigo, eclesiástico.
Priado.	Pronto, aceleradamente.
Prieto.	Negro.
Primiero.	Primero.
Priso.	Tomó.
Podiese.	Pudiese.
Poncella.	Doncella.
Querencia.	Querer, aficion, voluntad.
Quixiera.	Quisiera.
Restorar.	Restaurar.
Roido.	Ruido.
Reale.	Real.
Sabidor.	Sabio, conocedor.
Saetear.	Asaetear.
Semejar.	Parecer.
Semejarse.	Parecerse.
Sentie.	Sentia.
Si.	Así.
Sobir.	Subir.
Sobrado.	Aventajado, excesivo.
Sobrar.	Aventajar, exceder.
Sostentar.	Sustentar.
Suso.	Debajo.
Tiempo viejo.	Tiempo antiguo.
Tiemplar.	Templar.
Trayan.	Traigan.
Tuerto.	Agravio, desafuero, injusticia.
Truxete.	Te traje.
Toronja, ica.	Naranja.
Truxo.	Trajo.
Usanza.	Uso, costumbre.
Valia.	Valor, precio.

Antiguo.	*Moderno.*
Vegada..	Vez.
Verná.	Vendrá, sucederá, acaecerá.
Vesitar..	Visitar.
Veyendo.	Viendo.
Via.	Camino.
Vibda.	Viuda.
Vierdes..	Vieres.
Y.	Allí.

ORACION FÚNEBRE

QUE POR ENCARGO

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

Y EN LAS HONRAS

DE MIGUEL DE CERVANTES

Y DEMAS INGENIOS ESPAÑOLES,

PRONUNCIÓ

EN LA IGLESIA DE MONJAS TRINITARIAS DE MADRID,

el dia 23 de Abril de 1863,

EL ILMO. SR. D. FRANCISCO DE PAULA BENAVIDES Y NAVARRETE,

Obispo de Sigüenza y Académico correspondiente.

Et per illam defunctus adhuc loquitur. (EPIST. AD HEB., cap. XI, vers. 4.)

Y por la fe habla todavía, áun estando muerto.

EMINENTÍSIMO SEÑOR (1):

SEÑORES: Consagrado hace ya algunos años á las castas delicias de instruir á los fieles y alimentar sus almas en la modesta mansion de mi familia diocesana, no extrañeis, ilustres Académicos, que al aparecer en esta sagrada cátedra me halle profundamente conmovido. Fortalecida mi alma con el amor y confianza de hijos

(1) Oficiaba de pontifical el Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Sevilla.

muy reverentes, ellos recogen de ordinario mi doctrina, y sólo á ellos dirijo mis exhortaciones y consejos. Pero hoy es otro el espectáculo en este templo: hoy me encuentro ante vuestra piedad y sabiduría; hoy nobles y esclarecidas inteligencias, adornadas con el estudio, la erudicion y literatura, vienen solícitas á la solemnidad; hoy, en fin, me veo en la capital de la monarquía, rodeado de un escogido concurso, que acude presuroso al pié de los altares con devocion distinguida. Confesada así mi pequeñez personal, nada más añadiré en este sentido, por honor al santo ministerio que ejerzo y á vuestra altísima circunspeccion, Señores. Todo al contrario: el hombre aquí desaparece. La verdad es que la fe levanta al prelado, sublima al apóstol, é impide á la vez que la más potente y luminosa razon se rebaje oyendo con docilidad y aprovechamiento la doctrina católica, inspirada en la eterna Sabiduría y en la caridad del Calvario. ¿Acaso la dulce y sonora voz evangélica será extraña al progreso intelectual? ¿No llevará con igual amor sus consuelos y lecciones al ignorante y al sabio? ¿Por ventura harémos odiosas distinciones, que el divino Maestro rechazaba, entre el judío y gentil, el griego y romano, el bárbaro y el escita? Nada de eso. Así lo reconoce la tradicional ortodoxia de la Real Academia Española, dando de ello una insigne prueba con la institucion de estos cultos. ¿Qué intenta, si no, el preclaro congreso de ingenios que me escucha, reuniéndose en esta fiesta fúnebre, atrayendo sobre una memoria amantísima los méritos del sacrificio eucarístico, el perfume de la oracion comun y la fecundidad de la semilla evangélica? Jamas me consolaria si no interpretára fielmente la religiosidad de vuestro acuerdo. Pero no tengo ese temor. ¡Ah! mi corazon de apóstol se

inunda de santa alegría pesando vuestra conducta ante las aras cristianas y en presencia de la muerte; de la muerte, preciosa sí, porque es muerte en el Señor, de vuestros hermanos difuntos, doblemente hermanos, por serlo en la fe, en el cultivo y amistad de las letras y las ciencias. ¡Qué grandes, qué nobles son vuestros designios, Señores! ¡Qué hermosos son los pasos de quienes, mensajeros pacíficos en medio de las perturbaciones sociales, armonizan la razon y la fe, y piden para las letras humanas el apoyo y bendicion de las divinas! Jamas celebrará bastante la generacion presente, y aplaudirán las venideras, que haya elegido la Academia este dia para tributar honras á la alta magistratura española en el bien decir y extenso saber humano: este dia, aniversario mortuorio del humilde católico, varon insigne, soldado valiente, distinguido patricio, primero de los escritores y príncipe poderoso de los ingenios españoles, Miguel de Cervántes Saavedra. La religion hace suya esta memoria, y el Verbo encarnado, Sabiduría increada y Señor de todas las ciencias, mueve mis labios para reclamar, en nombre de ese sepulcro, ruegos devotos, muestras de ejemplo y votos de admiracion. Lágrimas de inquietud no, porque en los funerales cristianos la muerte está vencida y derrotada. *Unde est mors victoria tua?* Para las almas fieles á su vocacion providencial, nobilísima, de guiar á sus semejantes con las prerogativas del talento, de la virtud y la ciencia, no hay, mediante la misericordia divina, sino una eternidad dichosa, coronas, triunfos y palmas. ¡Dulces esperanzas, inefables consuelos, que el desgraciado materialista, el antiguo y nuevo racionalismo no admiten! ¡Ah! ¡infeliz herejía! Ella no estudia al hombre, cuyas aspiraciones tienden á la inmortalidad;

aparta la vista de los atributos de Dios para no confesar su providencia, bondad y justicia. Ella no tiene ¡qué horror! premios para la virtud; no puede ofrecer una guirnalda de lirios y laureles á las sienes del justo, ni para los finados esclarecidos, honor de la humanidad y antorchas de su siglo. Pero nosotros, nosotros, felices con la ternura y magnificencia de los misterios cristianos, repetimos con David: «En delicioso sitio me cupo la suerte: hermosa es, á la verdad, la herencia que me ha tocado. Porque yo sé que no has de abandonar tú ¡oh Señor! mi alma en el sepulcro, ni permitirás que tu santo experimente la corrupcion.» Y con San Pablo llamamos á Jesucristo el primogénito de los muertos: *Christus primogenitus ex mortuis. Christus primitiæ dormientium.* Por esto, Señores, á ejemplo del grande Apóstol de las gentes, que hubo de complacerse, escribiendo á los hebreos, en formar el largo catálogo de patriarcas, profetas, legisladores, guerreros y sabios de la antigua ley, presentándolos á la veneracion general como testigos ilustres de la fe, dignos de imitarse, entiendo que es muy propio de mi elevado ministerio recordaros algunas de sus palabras, y acomodarlas en este dia á la memoria de todos los amantes de las letras y las ciencias, inscritos en la historia de nuestra patria. Os invito sin más tardanza á fijar vuestra atencion en ese sarcófago venerando, rodeado de los más significativos emblemas. Una voz misteriosa resuena desde su fondo para instruirnos, diciendo: *Et per illam defunctus adhuc loquitur:* «Y por la fe habla todavía, áun estando muerto.» No puedo ceder á nadie, en mi situacion especial, la autoridad y honra de exponer esta divina sentencia. Pero á vosotros, Señores, y á vosotros todos, fieles mios en Jesus, corresponde otor-

garme los oficios de la más cumplida benevolencia, en mi tarea de demostrar, sostenido por la gracia, que nuestros preclaros ingenios é insignes escritores, inspirados en vida por la fe cristiana, con su divino auxilio hablan todavía desde el fondo de sus tumbas.

Señores: el evangelista del amor, tratando de la generàcion eterna del Verbo y de su Encarnacion adorable, nos ha prevenido con poderosa elocuencia contra esa ceguedad funesta, que impide ver en Jesucristo al Dios de la naturaleza, autor y consumador de nuestra fe. Y, sin embargo, no hay cosa que sorprenda tanto como el movimiento confuso, la indiferencia, la distraccion contínua del hombre, que ¡oh dolor! pasa toda la vida disfrutando el espectáculo de la creacion, aprovechando sus dones, sentado en el banquete de la humanidad, y sin levantar sus ojos al cielo, ni descubrir en el universo la sabiduría, la regularidad y constancia de sus leyes, obra magnífica, y de santo deleite á la vez, de un divino Artífice. Cúmplese aquí lo dicho por el sabio: *Fascinatio nugacitatis obscurat bona:* «El hechizo de la vanidad del siglo oscurece el bien verdadero.» Y lo que expresó San Agustin despues: «Por tan familiares esas maravillas, las miran con desprecio: *Assiduitate viluerunt.*» Pero no tengo esta queja de vosotros, egregios Académicos, que entregados al estudio, á las meditaciones sérias y á las tareas del genio, no se ha escrito ciertamente para vuestros laboriosos y bien empleados talentos lo que Ciceron aplicaba á los espíritus de su tiempo: *Neque admirantur neque requirunt rationes earum rerum quas semper vident.* Nada más propio de los bellos ingenios que complacerse en celebrar el órden y la armonía del universo y pedir inspiraciones á la suprema Causa inteligente de tan sapientísimo concier-

to. Justo será por ello sostener, con vuestro apoyo, que entre tantos prodigios, que de todas esas riquísimas galas de la creacion material, hay una que reclama, no ya la admiracion, sino el más perfecto arrobamiento. Hablo de la luz. ¡Oh! ¡cuán dulce es contemplar esa hermosa criatura, la única del mundo visible que no se deteriora, sin enfermedad ni vejez, emblema misterioso y profético, segun San Pablo, y reflejo del rostro de Dios, como enseña San Ambrosio! *Deus vidit lucèm et vultu suo illuminavit.* Pues bien, Señores: esa primera luz, de que nos habla el *Génesis*, es sólo un débil crepúsculo; es como sombra, y nada más, al lado de otra luz nueva, viva y penetrante, destinada por Dios á publicar su gloria en las altas regiones del pensamiento, de las ideas y de la palabra: ya comprenderéis sin duda que me refiero al hombre, á su noble y esplendorosa inteligencia, tal como se explica en la divina historia de los seis dias. El mismo que en el primero de ellos dijo imperiosamente: *Hágase la luz*, y la luz fué hecha, dijo en el sexto: «Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza.» Ya le tenemos. ¡Admirable criatura, que viene á eclipsar todas las riquezas, todos los encantos, todos los primores de la creacion puramente material! Faltaba un monarca al globo que habitamos, un intérprete de tantos seres mudos é inorgánicos, digno de trasmitir á la Divinidad, por su clase de ángel y pontífice, el culto de la tierra; que enlace, cual misterioso anillo, los puntos más apartados de la creacion; que llame á sí las sustancias más opuestas; que reine en el mundo exterior como en su imperio; que brille, en fin, con su virtud intelectiva, participacion nobilísima de la fuente de toda luz: *Quod anima habet à fonte totius luminis nempe Deo.* Mas ¿para qué leer esta

hermosa página? ¿quién la ignora? El hombre cayó de tan elevada altura por un pecado de soberbia. Levántase inmensurable la necesidad de satisfacer, porque es infinita la Majestad ofendida; pero ¡oh culpa feliz, que mereció tal reparador! El oráculo de David está cumplido. La justicia de Dios y su misericordia, infinitas ambas, se dieron un santo ósculo, se unieron y triunfaron presentándose al cielo y á la tierra en Jesucristo. Apresurémonos, Señores, á saludar al Sol de toda luz, que así la difunde, como de centro único, al mundo material, al mundo de la inteligencia primitiva y al mundo de la inteligencia restaurada. De esta manera el hombre vuelve al honor de ser imágen de Dios, depositario de los más tiernos misterios, y á la vez su panegirista y apóstol. Tiempo es ya, por lo tanto, de acercarnos con tan hermosos títulos á los prodigios, á los milagros de la mente humana, puesta al servicio del Verbo Divino, y considerada en sus hombres de raciocinio especial, ilustres en la república literaria y científica. Permitidme ahora que, ántes de hacer gratísima morada en el campo florido de las letras patrias, levante mis ojos con respeto á los siglos literarios de la antigüedad pagana. No es impropio de esta solemnidad que así lo ejecutemos; y, ademas, nada puede temer la enseñanza católica. Porque si contemplo la pompa de las letras y las artes en el famoso siglo de Perícles, y los brillantes resplandores del de Augusto, no es para detenerme en sus varones célebres cuando intentaron fundar con sus propias luces la verdad, los deberes y las creencias; es, sí, para admirar su poesía, su magnífica y sublime elocuencia en momentos en que no prescindian de la revelacion primitiva; es en cuanto aquellos excelentes ingenios, bebiendo en la fuente divina de lo verdadero y lo bello,

acreditaban que obedecian á una Providencia oculta, reguladora de los acontecimientos humanos.

¡Honor, pues, y justicia para las escuelas de la antigüedad y sus grandes hombres, cuyas obras inmortales sirven todavía de modelo á los espíritus de más alta comprension! ¡Honor y justicia á los hermosos idiomas de Platon y Virgilio, cultivados con esmero en remotos tiempos, para luégo emplearlos en trasmitir al género humano las letras divinas y la ciencia toda de la religion! ¿Qué son, sino ejemplo imperecedero del alto aprecio que hicieron de la literatura griega, de la latina, de la historia, de la fábula y otros conocimientos humanos, los escritos de tantos hombres ilustres del cristianismo en los primeros siglos? Lo mismo observamos en las siguientes edades. Y no podia ser otra cosa desde que San Pablo discutió ante el Areópago y citaba á Eurípides, Arato y Epiménides, y San Basilio dirigia á la juventud su obra sobre la utilidad de los autores profanos, y San Agustin compuso su *Ciudad de Dios*, y Santo Tomas consultaba los métodos de la escuela aristotélica. Prueba inequívoca del lado divino de las humanas letras, áun en aquellos tiempos de tinieblas, á los cuales haya de aplicarse esta profunda verdad de nuestros libros santos: *Lucerna lucens in caliginoso loco.* Mas trasladémonos, en alas del espíritu, á nuevos, dilatados y consoladores horizontes, á los pueblos del lado acá del Calvario; y, atravesando distancias, hagamos alto, como en una especie de clarísimo Tabor, en los reinos de nuestra España por los siglos XVI y XVII, en aquella parte que incumbe al religioso propósito de este dia. Nada más cierto, Señores, que la hermosa edad de la literatura española está providencial y magníficamente preparada á la sombra mis-

teriosa de la Cruz, bajo el cetro de antiguos y excelsos reyes. *Sabio* apellida la historia á alguno de ellos, y exactamente lo fué el décimo de los Alfonsos, celebérrimo por sus *Partidas* y por su elevadísimo ingenio, empleado más de una vez en dirigir tiernos cantares á la siempre Vírgen María. Á éste y otros sus inmediatos sucesores, que protegen y cultivan las letras, débese el ennoblecimiento de la lengua y literatura patria, la cual hace su tránsito, pasa gradualmente de los duros versos del poema de *El Cid* á los más blandos y suaves de Juan de Mena, y de la crónica sin atavío al acompasado y grave estilo de la historia. Ya, desde entónces, no decaen las glorias intelectuales en nuestra nacion; al contrario, se ensanchan y caminan á la luz viva y clarísima del Evangelio. Prodigioso es el desarrollo de las letras humanas en el reinado feliz de los monarcas católicos. Ayudados estos eminentes príncipes del admirable descubrimiento de la imprenta, ven y palpan con indecible contento hasta dónde llegan coronados los esfuerzos de su piedad ilustrada. Se publica la primera *Gramática Castellana;* se imprime luégo la *Biblia Complutense;* el mundo se asombra con el vuelo tan rápido de nuestra literatura, y contempla, entre otros muchos varones distinguidos, á un humilde hijo del claustro, del hábito franciscano, preclaro consejero de los reyes, adornado con la púrpura cardenalicia, sobresaliente en virtud y letras, Jimenez de Cisneros. Este prelado ilustre, este afamado humanista consuma su larga y piadosa carrera, entrada ya la centuria décimasexta. Y, colocados en ella, ¿se eclipsará la grandeza literaria? ¿Temerémos que se acobarde el genio y que la inteligencia abandone sus conquistas? ¿Acaso romperán su sagrado pacto la conciencia, la razon y la fe?

No hay que pensarlo. Recorred esa galería extensa de corpulentas figuras que nuestros anales presentan. Mejor que yo las conoce la Academia; porque admirais habitualmente su genio, porque son vuestros maestros y modelos en la lengua, porque profesais estudiar sus delicados sentimientos y seguir bajo su bandera la inspiracion de la suprema Verdad, Bondad y Belleza. Pero á mi santo ministerio toca detenerse en su ejemplo y presentarlo á nuestra generacion; á nuestra generacion, lamentablemente inclinada alguna vez á preferir el talento á la virtud, y á separar, como si fuera posible, de un mismo exclusivo foco divino el vivo resplandor de la razon y la antorcha de la fe. Cumple á mi deber apostólico llevar vuestra atencion hácia ese grande ejército de espíritus privilegiados, de almas verdaderamente cristianas, á quienes quiso Dios elevar y enriquecer con sus dones en la esfera intelectual. Verdad es que he de exclamar en algun sentido, con el ángel del *Apocalipsi: Vidi turbam magnam quam dinumerare nemo poterat.* ¿Cómo contar la multitud? ¡Salen tantos á mi encuentro! Teresa de Jesus, Juan de la Cruz, Luis de Granada, Luis de Leon, Hurtado de Mendoza, Estella, La Puente, Malon de Chaide, Lope de Vega, Mariana, Mira de Amescua, Diego de Arce, Sanchez de las Brozas, Calderon, Solís y mil otros, que, doblemente coronados con la aureola de la fe cristiana y del ingenio, se ennoblecieron y engrandecieron su siglo. Sabemos perfectamente que sin la fe es imposible agradar á Dios, y que la piedad es una virtud indispensable á todas las condiciones y estados. Pero cuando se hallan ambas en esos hombres que subyugan con el poder de su talento y el secreto de las ciencias, no hay duda que son incalculables sus ventajas; porque su

culto presenta al observador proporciones inmensas; resalta su magnificencia; sus homenajes, extendiéndose á mayor distancia, sirven á todos de enseñanza, y ésta es tanto más útil cuanto su dependencia era más necesaria.

Tal fué la gloriosa carrera de nuestros ingenios. Jamas divorciaron la piedad de los conocimientos literarios. Así aprendieron á ser sencillamente sublimes, y á remontarse á las eternas moradas, y á descender á las oscuras sinuosidades del corazon humano. Por eso, si aparecieron con aplauso en el teatro de la vida, fué consecuencia de un procedimiento cristiano. De esta manera vemos que Juan de Herrera levanta la *octava maravilla* en honor de un santo mártir; que los grandes maestros de la pintura consagran sus talentos á reproducir los asuntos religiosos; que los oradores y poetas se inspiran de la musa cristiana, y que los prosistas brillan en sus escritos presentando el dogma y la moral graciosamente envueltos con el ropaje esplendoroso del gusto y de la armonía, segun reclaman la alteza y fecundidad de la lengua castellana. Me ocurre, al llegar aquí, si habrá podido creerse que he dejado olvidada la veneranda sombra de Cervántes, mezclada y confundida entre tantas otras de nuestras glorias literarias. Tranquilizaos, Señores: he querido considerarla separadamente, siquiera un instante, aprovechando vuestro ejemplo, iniciado en esta sagrada ceremonia. Renovad la atencion. San Agustin, nombre querido á las letras y respetado entre los sabios, nos ha trazado el camino de toda humana grandeza en estas elocuentes palabras: *Magnus esse vis?* «¿Quieres ser grande? ¿Aspiras á coronar de gloria tu nombre, á trasmitirle sin mancha á las generaciones futuras por el buen olor de tus obras, con la pureza de tu doctrina y

los esfuerzos de tu ingenio? *A minimo incipe.* Empieza por tu abatimiento.» Así procede el sabio y prudente arquitecto. En proporcion de la altura á que piensa subir el edificio, profundiza los cimientos: *Quanto erit majus œdificium, tanto altiùs fodit fundamentum.* Ésta es, en admirable compendio, la divina teoría de la humildad cristiana. Y bien: ¿qué será de nuestro CERVÁNTES? ¿Qué uso hará de los ricos tesoros de su alma? ¿Sustraerse de Dios? ¿Emanciparse del principio de toda sabiduría? Jamas. Lo primero es abatirse, humillarse, sí, creer. *In captivitatem redigentes omnem intellectum in obsequium Christi.* Y por la fe humilde fueron tan altas las prendas de su corazon en las prácticas religiosas, en el hogar doméstico, en el amor á la patria, en la indulgencia con sus émulos, en la prueba de un valor constante, en la gratitud á sus protectores. Y por la fe elevó su fecundo ingenio, enriqueció su erudicion exquisita, no prostituyó sus talentos, no empleó su bellísimo númen en abrir abismos de duda para el entendimiento ajeno, ni en corromper con sus fábulas, ni en pervertir los ánimos con la energía de su elocuencia. Y por la fe, el soldado enfermo y manco de Lepanto fué humilde y á la par grande en las aguas de aquel memorable golfo, como es glorioso su recuerdo, simbolizado en esos humildes y valientes veteranos (1). Y por su fe todo lo arrostra en el cautiverio argelino, sin vacilar, sin decaer en el peligro ni intimidarse en la desgracia, porque harto sabe el varon cristiano que la virtud se prueba en la afliccion. *Virtus in infirmitate perficitur.* Y por la fe merece, en fin, que la ardiente cari-

(1) Alude el orador á los soldados inválidos que custodiaban la tumba de Cervántes.

dad de unos pobres religiosos sea quien le rescate para su familia y salve para su patria y para el mundo de la inteligencia.

No es otra la verdad histórica, Señores: es para mi conciencia apostólica muy grato proclamarlo desde esta cátedra, en la cual no cabe exageracion. Y es tanto así, que CERVÁNTES habla todavía despues de dos siglos y medio de terminar su mortal existencia: *Defunctus adhuc loquitur:* «Habla áun estando muerto.» Observad, si no, qué libro (1) es ése, colocado sobre el paño fúnebre, como si quisiera indicarnos su triunfo sobre la muerte. Pues bien: por él habla á todas las naciones cultas, en cuya diversa lengua está reproducido; por él se comunica á todas las edades, á todos los tiempos, á todos los gustos y á todas las clases. Por él habla á los hombres de letras con su imaginacion lozana y vigorosa, con lo selecto de la frase y la elegancia del discurso: *Defunctus adhuc loquitur.* Por él habla contra todo género de literatura que vicie las reglas del arte ó las leyes del honor, ó contraríe los fundamentos de la justicia, ó subvierta las bases sociales, á saber: la moral cristiana y la fe católica. Por él se comunica á las gentes sencillas, apartándolas de la supersticion, de aventuras increibles, de escenas idolátricas y de espectáculos gentílicos. Por él habla á los legisladores y príncipes, instruyéndolos con santas máximas y principios inalterables de gobierno. Por él habla, diré, acabando este raciocinio, á las flaquezas humanas, á los espíritus exaltados, en todos los terrenos y de todos los siglos, advirtiéndoles que retiren su ciega

(1) La bella edicion del *Quijote* publicada por la Real Academia Española en el año de 1780.

confianza de la criatura, siquiera fuera ésta la dama esbelta, reina de los pensamientos, ó el brazo del más fuerte caballero; ora sea, como en nuestros dias, la materia revestida de los encantos de la concupiscencia, y la razon individual, loca de orgullo y divinizada en ideales sistemas. Fuerza será convenir, Señores, en que, si las elocuentes páginas de ese libro hablan tan alto, que, al decir de todos los sabios en sorprendente acuerdo, es preciso reconocer en su autor el *quid divinum* de los antiguos; entre españoles, y haciendo un obispo su elogio fúnebre, habrémos de confesar mucho más: sí, la inspiracion de su alma en la fe del Calvario, que, despues de ilustrar su vida, continúa instruyendo, sin impedirlo el sepulcro. Pero, rica y pingüe, cual es esta herencia para nuestra patria, nada ménos que suponerla única. Son innumerables los testamentos otorgados á favor de las letras en los tiempos que analizamos. La imaginacion se recrea, es verdad, con la hermosura y magnificencia de tan ostentoso patrimonio; mas para mi entendimienio es el apuro, no sabiendo qué obras de nuestros ingenios deba citar á esta católica asamblea, cuando son infinitas las que demandan consideracion y preferencia. Valgan por todas, *El Castillo interior ó Las Moradas*, *La Subida al Monte Carmelo*, *La Guía de pecadores*, *La Exposicion del libro de Job*, *Los nombres de Cristo*, los *Autos Sacramentales* de Calderon, y *Soliloquios* de Lope de Vega, y las inmortales vigilias de Mariana, Herrera, con otros mil. Murieron, cierto es, tantos y tan célebres autores; pero sobreviven, están entre nosotros, y hablarán constantemente por medio de sus libros. Son, con ellos, como fanales luminosos para alumbrar las naciones y los siglos. Están retratados en sus páginas por la sublimidad del

talento y la grandeza del corazon. Cumplieron su elevada vocacion literaria, legándonos monumentos eternos de erudicion, de gusto, de belleza, de sana y sapientísima doctrina, y todo á consecuencia de haber buscado la fama y el renombre por los caminos de la fe. Yo aplico sin recelo á cada uno la divina sentencia de mi tema: *Et per illam defunctus adhuc loquitur.* ¡Felices generaciones, en que vivieron esas vastas inteligencias, honor de las letras y de la religion! pero ¡dichosa posteridad, que puede admirarlas y saciar la sed en sus producciones, con las cuales brillarán siempre como astros en el firmamento del saber humano! ¡Edad venturosa aquélla que estuvo ilustrada con el ejemplo de tantos atletas de la ciencia y la fe cristiana! pero ¡no ménos favorecida la nuestra, heredera universal de sus talentos, méritos y virtudes! Gloria fué del siglo XVI llevar su diccionario y literatura á otros países; pero es profundamente consolador recoger en legítima herencia el carácter nacional, la manera española de nuestros escritores; sí, la unidad católica, á cuya sombra los ingenios y sabios de primer órden florecieron en nuestra patria, miéntras la cruel reforma detenia el progreso intelectual, conturbaba la sociedad en varios climas, y derramaba sangre y atacaba impía la integridad de los misterios cristianos. Concluyamos, Señores, porque la materia cada vez descubre ménos su fondo, y no puedo exigir á vuestra bondad fuerzas inagotables. Complacedme ahora en meditar las verdades que dejo consignadas. Observad que, si he subido al más alto principio para hallar el noble orígen de la inteligencia humana y la grandeza de las letras, lo requeria mi deber de presentar á vuestra consideracion piadosa la buena memoria y gigantesca estatura de los

ingenios españoles. Atended, por otra parte, si está ó no justificado con mi procedimiento el inviolable amor de la Iglesia por el progreso de los conocimientos humanos, y su santa enajenacion en contemplar la preeminencia inmortal del genio subordinado á la fe. Que ceda todo en honor de vuestro instituto, y todo sirva para encarecer la importancia de la Academia Española. Oiga ésta atentamente mis postreras razones. No las expongo como el menor de sus hijos; que, en tal concepto, harto me obligan la gratitud más profunda y un respetuoso silencio. Pero soy obispo, aunque indigno, y dispensador en este instante de la divina doctrina. La Academia Española, como depositaria de la lengua castellana, como fiel y vigilante custodio de las palabras legítimas, puras, correctas, castizas y armoniosas, es incontrovertible que ejerce un gran poder en los destinos de nuestra patria. Esto, que aparece inconcuso en tiempos normales, puesto que el pensamiento y su expresion son las altas prerogativas del hombre, en dias intranquilos como los nuestros, y más aún si fueran seguidos de otros de mayor choque en las ideas y de peligro en las cosas, impone á la Academia una responsabilidad inmensa. En tales momentos, verdaderamente supremos para la lucha constante del bien y el mal, de la verdad y el error, no puede ser dudoso el digno papel de la Academia: es éste el de protestar con su estudio y discusion en defensa del idioma, guardando escrupulosamente el diccionario nacional, riquísimo tesoro que conservará siempre la genuina significacion de las voces, y verter su pureza en sazonados escritos de útil doctrina, por más que intenten su confusion y trastorno las pasiones dominantes de escuelas y partidos. ¿Dónde hallará contrapeso el genio del poeta,

si llega á perderse en el mundo de las quimeras, y la elocuencia de los oradores apoya falsos sistemas, y los grandes talentos prestan sus servicios al error? ¿Dónde? De una manera especial, en la Academia; bastante española para ser profundamente religiosa, é infatigable para resistir la invasion del neologismo y culteranismo; justa y elevada para guardar fielmente sus tradiciones. En la Academia, obligada á oponer sus libros y discursos, cristianos y bellos, á esa literatura funesta y desesperante que á nuestra vista inquieta las conciencias con obras de Satanas. En la Academia, que, guiada por los más tiernos y devotos sentimientos, suspende hoy sus fiestas literàrias para ocuparse en el templo con los antiguos cultivadores de las letras y con sus individuos difuntos. En su nombre, pues, y de la religion, mi celo apostólico no se detiene en convocar amorosamente á todos los sabios, oradores, poetas, profesores de enseñanza, escritores, talentos é ingenios españoles, para rogarles que vengan respetuosos al pié del túmulo de CERVÁNTES y de tantas otras cenizas venerandas, jurando en presencia de los altares que será siempre una la inspiracion de su ciencia, de su númen y literatura, como es uno el bautismo, una la fe y la piedad de las acciones.

Resta sólo que, á la admiracion y el ejemplo, la España literaria del siglo XIX acompañe súplicas fervorosas á favor de la España literaria antigua. Oremos todos por ella, Señores. Y pidamos tambien tiernamente por los que fueron ornamento de la Academia Española, desde su fundador, el esclarecido Marqués de Villena, hasta el pensador profundo, elocuente y piadoso, Pastor Díaz, último brillante ingenio que hoy cierra en ella la prolongada serie de ilustres almas escritas en el libro de la eter-

nidad. Ya no es posible detenernos en mencion alguna especial; pero inclinamos nuestra cabeza ante el comun recuerdo de tantas virtudes, estudios y letras. Ninguno de los eminentes obispos y sacerdotes, religiosos y personajes de las várias jerarquías sociales, miembros de la Academia, se oculta á nuestra memoria, y todos son objeto de nuestros suspiros cristianos. ¡Es tan santo, saludable y dulce orar por los difuntos! No economicemos, Señores, nuestras plegarias al trono del Altísimo. Y vosotras, vírgenes del Señor; vosotras, hijas queridas de la Órden Trinitaria, tan gloriosamente enlazada con la historia de esos signos (1) de esclavitud, sostened con vuestro espíritu nuestras oraciones. No hay temor de que os negueis á mi piadosa demanda, porque sois de la familia redentora, y puede tratarse de un nuevo y terrible cautiverio, que Dios abrevie por su misericordia, si así fuere, llevándose las almas de nuestros preclaros ingenios é insignes escritores á reinar con Jesucristo en sus eternos tabernáculos.—Así sea.

---

(1) Alude el orador á los grillos colocados sobre el túmulo, que recordaban el cautiverio de Cervántes.

DISCURSO

EN ACCION DE GRACIAS,

LEIDO EN

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

POR

DON JOSÉ MUSSO Y VALIENTE,

al tiempo de tomar posesion de la plaza de Honorario (1).

EXCMO. SEÑOR:

El honor que esta Real Academia acaba de dispensarme admitiéndome en su seno en la clase de honorario es para mí una nueva prueba de que si es grande su celo de la conservacion de nuestro precioso idioma, no es menor la indulgencia con que disimula la cortedad de las luces por atender á los buenos deseos de quien se dedica á cultivarle. No es ahora la primera vez que he tenido que agradecer favores de este sabio Cuerpo; mas el que en la actualidad reconozco, lisonjea tanto mi corazon, cuanto que por él me veo asociado á quienes trabajando de contínuo con el mayor esmero en dar á conocer la lengua castellana, reciben á un tiempo, en los aplausos de nacionales y extranjeros, la gloriosa recompensa de sus tareas, y un claro testimonio de su acierto y de su sabidu-

---

(1) Fué elegido para ocuparla el 19 de Julio de 1827. Pasó á plaza de número en 19 de Noviembre de 1831. Falleció el 2 de Agosto de 1838.

ría. ¿Qué podrá mi débil talento añadir á los esfuerzos de aquellos que, habiendo ya examinado profundamente el idioma patrio, nada dejan que desear áun á hombres de capacidad superior á la mia? Pero si el auxilio que esté en mi mano dar á sus investigaciones será bien pequeño, el que me proporcione la ilustre compañía de tan dignos individuos para comprender con exactitud y descifrar en alguna manera los primores de nuestra lengua, confieso que será muy considerable. Procurando, pues, aprovecharme del rico manantial que me ofrece la Academia, en la aplicacion de mis escasas fuerzas para que continúe aquél siguiendo el debido curso, habré cumplido con la obligacion que se me impone; en el anuncio de la satisfaccion que desde este punto me cabe por la ventaja que á mí mismo me resultará, demuestro del modo que está á mis alcances mi agradecimiento á la misma.

¿Pues qué? dirá alguno del vulgo. ¿Tan difícil es aprender lo que yo sé desde mis primeros años? Cuando bastan pocos meses, replicarán otros que no se tengan por vulgo, para entender y usar un idioma extraño, ¿tanto habrá que superar para poseer el que mamamos con la leche? Opine cada uno como guste: en mi juicio, tal estudio, así como debe ser el cimiento, así tambien el término de todos; estudio dilatado, profundo, difícil, á veces árido, á veces ameno, siempre muy propio del hombre, porque viene á ser el de sus mismos pensamientos, el de sí mismo. ¿Y qué? Siendo las lenguas la expresion de nuestras ideas, las ideas efectos de las necesidades que nos obligan á pensar, las necesidades unas mismas en quienes corresponden á una misma especie, ¿será tambien indiferente el cultivo de una ú otra entre

aquéllas? Así discurriríamos si, mirando sólo á este principio, creyésemos que sólo se diferencian en los sonidos materiales. Pero no habrá ninguno tan rebelde á la sana razon, que, si con detencion compara dos ó más de ellas, no eche de ver que cada una tiene un genio particular, una índole propia, que la distingue de todas las demas. Así que, no siendo suficiente examinar las reglas que las abrazan en comun, y que constituyen lo que se llama *gramática general*, será necesario que se aplique á conocer lo que particularmente la caracteriza el que intente adquirir completa noticia de alguna. Adelantará no poco el que así lo haga, si tratáre de averiguar las causas que han producido este fenómeno: muchas á la verdad y complicadas, sobre todo en los idiomas que vienen derivándose de otros.

Permítame, pues, la Academia hacer algunas sencillas observaciones sobre una de las que tienen más notable, y acaso la principal parte en la formacion, progresos, y áun decadencia de los idiomas, á saber, los acaecimientos políticos de las naciones. Las vicisitudes, pues, á que están expuestas las sociedades civiles influyen de tal suerte sobre las lenguas de las mismas, que les imprimen como un sello, por donde se deduce el dueño á quien pertenecen; un carácter que, sujetando el de los escritores, los uniforma hasta cierto punto y los separa, aún más que su propio ingenio y gusto, de los extraños. Notarélo, pues, ligeramente en algunas de las antiguas, despues de apuntar en qué consiste la semejanza y desemejanza de los idiomas; extendiéndome luégo más en lo que pertenece al nuestro, y pasando enseguida á hacer alguna breve insinuacion sobre el influjo de éstos en los escritores. Materia es, sin duda, espinosa y delicada, que requiere

pluma más diestra que la mia; pero no siendo en modo alguno desconocida de la Academia, la sabiduría de ésta suplirá con facilidad lo mucho que falte á las mezquinas indicaciones que yo hiciere.

Si todas las lenguas se parecen en algo, si todas tambien se diferencian entre sí, podríamos ante todo preguntar: ¿en qué se parecen? ¿en qué se diferencian? Dar nombres á los objetos, distinguir en ellos el género y el número, calificarlos, notar el modo de ser ó de obrar, expresar los términos de las relaciones, mostrar la conexion de las ideas segun sus diversos aspectos, son cosas tan inherentes á la facultad de pensar, que ni carece, ni carecer puede lengua alguna de las voces que lo signifiquen. La mutua dependencia de las ideas establece otra tan estrecha entre las palabras, que por esta razon tampoco se encontrará ninguna lengua sin concordancia ni régimen, ni variarán de una á otra las reglas fundamentales que los determinen. Pero, léjos de bastar esto para componer una lengua, necesita, al contrario, recibir tales modificaciones, adquirir tales maneras de decir, cuantos sean los semblantes que puedan tomar nuestros pensamientos, cuanta sea la facilidad con que se conciba, la viveza con que se imagine, la profundidad con que se discurra, la vehemencia con que se sienta. Todas aquellas particularidades debe sin duda saber el que pretenda hablar ó escribir una lengua, no contentándose con las primeras nociones; bien así como el buen escultor, despues de conocer las partes del cuerpo humano y sus diversas proporciones y enlace, estudia las alteraciones que en su diversa posicion sufren y pueden sufrir, para dar á sus estatuas movimiento y alma. Á fin de aclarar más lo que decimos, ¿no es cierto, por ejemplo, que para sig-

nificar relaciones de una misma idea podemos hacerlo, ó variando en la voz fundamental uno ó más sonidos, como los antiguos, ó formando una frase, como los modernos? ¿No podrémos extender la significacion de una palabra para darle una nueva acepcion, ó en su lugar inventar otra? No dependiendo, al parecer, los géneros más que de la naturaleza de los mismos objetos, ¿no vemos que sólo los ingleses la han seguido en esta distincion; que los antiguos trasladaron el masculino y femenino á las cosas inanimadas, y el neutro á los animales; que los franceses, los italianos y los españoles han desterrado el último de los sustantivos? Que se considere en los nombres y epítetos de las cósas el tamaño, y éste de diversos modos, lo testifican los antiguos, y entre los modernos, los italianos y los españoles. ¡Qué de modificaciones experimentan los verbos! Omitiendo otras, diré, en gracia de nuestra lengua, que podemos anunciar simplemente la accion, ó tambien su permanencia, su continuacion, su necesidad, y ésta de tres suertes, y en cada una de ellas la de que permanezca ó continúe; de forma que si los ingleses con justa razon cubren la falta de futuros diciendo que sus partículas denotan ó la necesidad ó la voluntad de hacer, á nosotros, por medio de una fraseología particular, nos es permitido indicar ciertos tiempos de doce maneras diferentes. Y pasando de las palabras á su construccion, observamos que en la concordancia se atiende al significado, á la terminacion, al concepto; que en el régimen se suprimen voces, se añaden, se altera su órden, se enlazan diversamente. ¿Qué si hablásemos de la vária combinacion de los sones, de los acentos, de la versificacion, del dialecto poético? No es menester que nos dilatemos más sobre este punto. Di-

gamos, pues, que esta variedad debe producirla igual en los idiomas, y que de ella nacerá, ó la mayor claridad, ó la concision, ó la fuerza, ó la delicadeza, ó la dulzura, ó la energía, ú otras prendas que, sobresaliendo más ó ménos, serán las que principalmente constituyan el verdadero carácter de aquéllos.

Á la diversidad de talentos y de pasiones humanas debemos referir el primer motivo de esta diferencia. Mas como, sin embargo de que los individuos piensan independientemente unos de otros, es forzoso que para comunicarse sus conceptos se acomode éste á los de aquél, y que con el trato y comunicacion participe cada uno de las ideas de todos, de aquí el convenio natural en formar un lenguaje que exprese el modo de pensar general de la reunion ó compañía. Ciertamente no es posible encontrar hombres fuera de toda sociedad civil, ni sociedades sin leyes, ni leyes sin magistrados, ni magistrados sin un gobierno particular. Y aunque el fin de todas las sociedades es uno mismo, siendo muy diversos los caminos por donde á él pueden llegar, han de ser, y son en efecto, como todos saben, muy diversas las formas que se les pueden dar. Y como es necesario que en sus actos, ademas del fin primario, se propongan otro que sirva de medio conveniente para alcanzar aquél, habrá de influir una de un modo, otra de otro, sobre las acciones de sus individuos; los individuos obligados á obrar conforme al impulso que reciban, al mismo blanco dirigirán sus pensamientos; los pensamientos mutuamente comunicados saldrán, por decirlo así, vestidos con el traje acomodado á la situacion comun de todos. Y hé aquí, Señor Excelentísimo, cómo los primeros pasos que da la sociedad para imponerse leyes, son asimismo los que da para inventar

el idioma en que ha de explicarse; y cómo la direccion que toma en aquéllas, atrae hácia el mismo punto esta primitiva y más preciosa propiedad suya.

Subamos, pues, si de cerca queremos tocarlo, hácia el orígen de las naciones; y ya que no se nos concede sacar de la region del olvido la lengua que interpretó los primeros conceptos del linaje humano, veamos lo que nos descubre una ú otra de las poquísimas que han sobrevivido á la pérdida de las demas. En los más remotos tiempos, cuando las artes salian ya de la infancia, divisamos un pueblo, pequeño á la verdad, separado por su misma ley de lo restante del mundo, sujeto á multitud de ceremonias y formalidades, indómito, rebelde, y, á pesar de todo, depositario de las verdades más sublimes que se han revelado al hombre, destinado para producir al que habia de dictar leyes, y leyes divinas, á toda la tierra. Y oimos á este pueblo hablar un idioma frecuente en aspiraciones fuertes, cuyas construcciones, aunque sencillas, se componen de voces tan significativas de las cosas como fecundas en sentido, revestido ademas de tal elevacion y majestad, que dudaríamos si quien reveló las sentencias de sus libros inventó tambien las frases con que se anuncian.

De Asia vengamos á Europa. Observemos á otra nacion, dividida en tantos pueblos independientes cuántas eran sus ciudades, dotada de juicio recto, de fantasía amena, de sentimientos nobles, de pasiones ardientes, por rara contradiccion del corazon del hombre fiera y humana, altiva y afable, impetuosa y sábia, inconstante y laboriosa. Notarémos que mostró en su mitología los desvaríos de su imaginacion, en sus leyes la rectitud y sabiduría de su entendimiento, en sus juegos el arte de

ennoblecer lo más vulgar, en sus espectáculos la perfeccion de su ingenio, en sus letras y artes la altura á que puede remontarse el espíritu humano; admiracion de cuantos la han conocido, ó viéndola de cerca, ú oyéndolo de la fama. ¿Qué lengua sería su patrimonio? La más rica, la más armoniosa, la más graciosa, la más flexible, la más vária, la más poética, la más sábia de cuantas hasta ahora se han hablado, y quizás de cuantas se hablen en adelante. No porque al principio estuviese enriquecida con tantos dotes; pero como aquella nacion privilegiada caminaba incesantemente hácia la perfeccion, al mismo compas procedia la lengua.

Sabido es que no puede haber ninguna especie de adelantamiento en cosa alguna sin aumento de ideas en los que le promueven, y que nuevas ideas reclaman nuevos signos que las representen. Y á la manera que los cuerpos físicos con su contínua y mutua accion pierden su aspereza y se alisan y pulen, los políticos, trabajando sobre sí mismos, se desprenden de su rusticidad y dan á sus lenguas aquella finura y primor que depone del grado de cultura de quienes las hablan. La civilizacion entónces abre á una nacion las puertas de otra; y al entablar ambas su comercio, el primero y principal género que ponen de manifiesto es el idioma. Estúdiase una á otra, enriquece cada una el suyo, procura adornarle con galas iguales á las del ajeno. Y áun cuando (lo que, por desgracia, es más comun) no tengan otra comunicacion que la de las armas, no por eso deja ésta de suministrarles medios para conseguir el mismo fin; demas de eso, encendidas con la guerra las pasiones, movidos más violentamente los ánimos, toma la lengua más brío, habla con más vigor, despide acentos que subyugan el alma,

como los dardos y las lanzas á los enemigos. La vencida suele con la libertad perder la suya, y con el yugo recibir la del contrario; ó tal vez las dos se funden, y de su mezcla resulta otra nueva que se presenta con faz distinta de las matrices. Así en el Lacio, de la griega y de otra ya para nosotros desconocida se formó la latina, que si descubre huellas del cuño donde se forjó, más se precia de ostentar facciones peculiares que anuncian la gravedad senatoria, el ceño del pueblo romano, la comision propia de guerreros, la fuerza con que aspiraba á dominar al universo.

Esta lengua hubimos de adoptar cuando doblamos el cuello á la coyunda de la soberbia Roma. Desapareció enteramente la primitiva de nuestros mayores, sin dejar más que muy débiles reliquias en algunas palabras ó frases que añadió á la latina; y de tal modo desapareció, que en vano pretendemos averiguar cómo fueron los primeros acentos que indicaron haber en esta region criaturas racionales. La lengua latina usada en los campos tartesios era testigo fiel de que ya habian pasado Sagunto, Numancia, Viriato; de que ya no habia caudillos que alentasen á sus compañeros á resistir á la tiranía extranjera; de que no se hallaban cántabros que se matasen por no caer en manos de un enemigo desapiadado; en suma, de que desde el Tíber hasta las columnas de Hércules era todo un solo imperio, cuya capital estaba allende de los Alpes. Habló España en latin hasta la irrupcion de los bárbaros septentrionales, quienes, en nuestra península, en Italia, en Francia, le desfiguraron enteramente con sus dialectos tan rústicos y montaraces como ellos. Perdió la lengua sus declinaciones, casi todas sus conjugaciones, su gracia y esplendor; vióse precisada á caminar como

con grillos; apoyóse en partículas que á cada paso la embarazaban, que la obligaban á abandonar sus elegantes construcciones, que mudaban su giro, que la hacian monótona y fastidiosa. Murió, en fin, la lengua de Ciceron y de Virgilio, que entre nosotros no habia negado sus favores á Quintiliano, á Lucano, á Séneca. No fué en esta parte tanta nuestra desgracia como la de nuestros vecinos; porque, apartados nuestros conquistadores más que los suyos de las otras tribus, que venian á asolar, no á poblar, lo demas de Europa, y unidos por medio de unas mismas leyes con los antiguos habitantes, fué menor el estrago, y el idioma quedó algo más semejante al materno. Pero, ¿qué semejanza ha de haber entre un cuerpo vivo y un esqueleto? No merecia otro nombre el grosero dialecto que aquí se introdujo; y en tan lastimoso estado debió de permanecer hasta que con la venida de los moros vino tambien nuevo idioma á reemplazarle. Hicieron los árabes lo que siglos ántes los romanos: trajeron de Oriente su lengua, la cultivaron, la pulieron, la perfeccionaron, escribieron en ella libros que acreditan su aplicacion, su talento, su saber, la sutileza de su ingenio, la pompa de su imaginacion. Confinóse á las montañas de Astúrias el dialecto latino-gótico estrechado en el recinto donde se hablaba, y más estrechado todavía por las circunstancias, que todas se oponian á que ensanchase sus límites, y á que no apareciese absolutamente incorrecto y desaliñado.

Pero aquel ardor patriótico que, sacando á los refugiados de sus cuevas, los llevó al campo de batalla, y de una en otra accion á fundar una nueva monarquía que amenazase á la mora, al paso que exaltaba sus ánimos, daba alas á su lenguaje para levantarse del abatimiento

en que yacía. Fué Toledo restituida por nuestras armas á sus antiguos dueños, miéntras doblaba Valencia la cerviz ante el héroe castellano que más ha pregonado la fama en la Edad Media; y no mucho despues sintió un poeta, cuyo nombre ignoramos, la inspiracion de las musas, y cantó sus hazañas. Entónces salió á la luz pública con el *Poema del Cid* el romance castellano; romance, esto es, romano; pero romano tan degenerado, que más parecia lengua de salvajes que empezaban á hablar, que despojos del precioso idioma usado en otro tiempo en la córte de Augusto. En sus sones duro, en sus construcciones sencillo, en sus términos bárbaro, en sus frases tosco, lenguaje todavía incierto, sin gracia, sin belleza, osaba, sin embargo, celebrar hechos gloriosos, y mandar á la memoria de los hombres capitanes esforzados, ensayándose para cambiar su miserable traje por rica vestidura. Daba pasos de niño, si bien de niño Hércules, más firmes que tiernos, robustos, ya que no elegantes.

Hablábanse en España diferentes idiomas; pero, dejando á un lado los dialectos de Galicia y de Vizcaya, y considerando sólo las otras lenguas de los españoles, podemos decir que se contaban en nuestro suelo tres naciones distintas, aunque subdivididas en varios reinos, cada una de las cuales tenía una lengua particular. Los moros, los más civilizados de todos, mejor diríamos los únicos, se explicaban en un idioma que, á pesar de sus aspiraciones y letras guturales, sonaba con fáciles y bellas combinaciones, se adornaba con profusion, manifestaba la lozanía de la naturaleza en clima ardiente y fecundo, traspasaba el fuego de éste á las palabras y frases. Los de la corona de Aragon usaban en general el lemosin, que era ó venía á

ser el provenzal; lengua á quien la galantería, los festines, los torneos, los trovadores, habian dado cierta pulidez, cierta blandura, cierta delicadeza y cierta amenidad que por no parecer grosera solia pecar de afectada, y por adelgazar el pensamiento perderse en sutilezas metafísicas. Los castellanos se expresaban en su romance, embrion de idioma, que todavía casi no se habia formado, á quien, sin embargo, reservaba el destino sobrevivir á los otros dos; y aumentado su caudal con el que ambos le proporcionaban, sobrepujarlos en cultura y en grandeza. Es, sin duda, la lengua castellana hija de la latina; pero fué su produccion á modo de lo que fingen del fénix los poetas: nació de sus cenizas, y presentó despues, aunque tambien hermoso, diverso semblante. Tomaba del provenzal, que era hermano suyo; tomaba del árabe, con quien hasta entónces nada habia tenido que ver; y á pesar de ello mostraba más aficion á tomar de éste que de aquél. No era capricho, sino necesidad; del más sabio recibe siempre la ley el más ignorante. Con los sones guturales, cuyo hábito contrajo, adquirió muchas palabras, muchos modismos; tantos, en verdad, que casi se arabizó; de modo que, á pesar del ódio inveterado y tenaz, por tantos motivos sostenido entre castellanos y moros, diríamos que llegaron aquéllos á pensar y hablar á la manera arábiga. No obstante vestian estas galas á su modo, aprovechando las ocasiones que se les ofrecian para apropiárselas. Y cuando en brazos de la fortuna rendian ciudades, añadian á la monarquía provincias ó reinos, acrecentaban su poder y su esplendor, conquistaban al mismo tiempo nuevas voces, nuevos idiotismos, nuevas construcciones, nuevos giros; con lo cual el romance iba perdiendo su antigua barbarie, y poniéndose

en disposicion de ser algun dia lengua, no sólo culta, sino envidia de otras que tampoco son bárbaras. De esta manera, en las leyes de Partida, en los escritos del infante D. Juan Manuel, en las poesías del monje Berceo mostró ya tales mejoras, que por ellas se conocia lo que habia adelantado, y ademas el rumbo que emprendia para llegar á la perfeccion. Abrian aquellos escritores el camino que los que les sucediesen habian de seguir, dejando á su cuidado allanarle y hermosearle más y más cada dia. La armonía era mayor, el ritmo más perceptible, la frase más correcta y desembarazada; la gracia empezaba á columbrarse; el decoro, ya en la primera obra, daba á entender que la dictaba la boca de un monarca. Notable es que estando el castellano todavía en la cuna, le tomaron á su cargo reyes y personajes de alta jerarquía, y que cuando se apartaba de su compañía se acogia á los misterios y hechos de la religion, puesto que el claustro era refugio comun en aquellos tiempos, y lugar donde más que en los gabinetes se trazaban los planes de campaña. ¿Qué maravilla se hiciese lengua de reyes, con quien en señorío, pompa y grandeza no puede competir ninguna entre las vivas? Lengua que crecia entre el estruendo de las armas, ¿cuánta robustez debia adquirir? ¿cuánto vigor? Lengua que apénas salida de la niñez daba leyes á los pueblos, ¿cuánta dignidad? Lengua que se complacia en ser cultivada por infantes y caballeros, ¿cuánta gallardía y soltura? Lengua, por último, que en los versos entonaba loores al Omnipotente, ¿cuánta sublimidad? Tales eran las prendas que se traslucian ya en la lengua que hoy poseemos: veamos qué efectos produjeron en ella los sucesos posteriores.

Borrascoso fué en sus últimos dias el reinado de don

Alonso *el Sabio*, y no ménos agitados los que le siguieron; violentas todavía las conmociones de Castilla en tiempo de D. Juan el II; príncipe, á la verdad, poco á propósito para sostener la corona, pero amante de las letras, en que él mismo se ejercitaba y que en otros protegia.

Mejorábase la lengua en medio de aquellos temporales ásperos y revueltos; la poesía, precursora siempre de la prosa, elevaba el tono; la versificacion iba siendo cada dia más armoniosa; la aprendida de los árabes se connaturalizaba entre nosotros y se hacia exclusivamente nuestra; la prosa se iba desembarazando de sus trabas, se afinaba en la córte, y aparecia con cierta graciosa sencillez sólo comparable á la griega. Testigos de esta verdad Juan de Mena, el Marqués de Santillana, D. Jorge Manrique, Fernan Gomez de Ciudad-Real, Alfonso de la Torre, Fernan Perez de Guzman.

Para darle la última mano sólo faltaba que se esparciese por nuestro horizonte la luz que estaba ya alumbrando en Italia; que el estudio de los clásicos antiguos avivase el ingenio y corrigiese el gusto; que se empezase á analizar el romance castellano y á fijarse las reglas de su gramática. Esta fortuna, como otras, estaba guardada para los Reyes Católicos. Á la sombra de aquellos augustos monarcas pasando las letras de Italia á España, hubo entre nosotros literatos, filólogos, gramáticos; formábanse escritores, que con la pluma granjeasen tanto lustre como con la espada granjeaban los capitanes esforzados. ¿Qué extraño era que los varones estudiosos, enamorados de la elegancia y primor de la lengua latina, y reconociendo en la castellana la filiacion de la misma, tratasen de hacerla heredera de las joyas de su madre? Era, sin duda, necesario que cuanto más examinasen el latin,

más le admirasen. No pudiendo tampoco resistir al influjo que en su mente ejercian un Ciceron, un Salustio, un Virgilio, se imaginaban vivir quince siglos ántes del dia en que habian nacido, trocaban hasta sus nombres propios por otros romanos, y á veces abandonando el idioma patrio se acogian al latino; á veces procuraban aplicar los modismos, las construcciones, el régimen de éste al primero, sin reparar en que el uno los desairaba enviándolos á otra region, el otro se burlaba de que le quisiesen tratar como hijo rebelde. No es ciertamente el castellano un dialecto del latino, sino una lengua nueva, que en su orígen le tuvo por fundamento; no un edificio antiguo y restaurado, sino otro moderno construido con las ruinas del primero. Debieron, pues, aquellos ilustres escritores conocer que no decia bien con el sayo español la toga romana, y lo hubieran conocido si hubiesen reflexionado que, aunque para escribir bien aprovecha mucho el estudio de las lenguas sábias y de sus autores, aprovecha tanto ó más el trato cortesano y la atenta observación de la senda que siguen las ideas del público. ¡Qué enorme distancia separaba á la córte de Augusto de la de Isabel! No precisamente porque hubiesen corrido años y siglos, que pueden pasar sin ruido con lento y sosegado curso; sino por las contínuas alteraciones y mudanzas que entre tanto habia probado la especie humana. Habíase olvidado ya la idolatría, aniquilada por la religion cristiana, que habiendo recibido en Oriente del mahometismo una herida cruel, recibia otra en Occidente con las recientes herejías. Derribado el imperio romano por los bárbaros del Norte, se habian erigido en su lugar várias monarquías, que alteradas luégo por el feudalismo, consolidadas más adelante á costa de éste, se disponian entónces

á luchar entre sí, y con el turco, fundador de otro imperio en Constantinopla. Ocupada, y ocho siglos despues desocupada España por los sarracenos, veia, sin embargo, en sí misma señales indelebles de su dominio. Habíanse hecho descubrimientos asombrosos en diferentes géneros, honor del entendimiento humano, que preparaban el restablecimiento de las ciencias. Estaban abiertas las puertas de Oriente por las cruzadas, las de la India por las navegaciones de los portugueses, las de América por la atrevida empresa de Colon. Renovadas con más complicada forma las sociedades civiles, resucitando las letras y las artes, y aumentando sus conocimientos y los medios de gozar cómodamente de la vida, bullian en deseo de saber y prosperar. Estrechaban mutuamente sus relaciones políticas y comerciales las naciones, echando los cimientos de un linaje de derecho público no conocido de sus antepasados. Trastornado, pues, enteramente el orbe antiguo, era preciso que se hubiesen mudado del todo los usos, las costumbres, las ideas, las lenguas. Los españoles iban á dar á la suya extraordinario vuelo; mas no como quienes en Tarragona habian dedicado aras en honor del soberano de Roma, sino como quienes, altivos y denodados, marchaban á apoderarse de la capital del mundo y hacer prisionero á su príncipe. En aquella primera concurrencia de las potencias europeas aparecia España como dominadora, y como dominadora habia de presentarse igualmente su lengua. Así sucedió. Lo que no habian logrado hombres sabios y profundos, engolfados en los libros, entre tareas literarias, conseguia un militar jóven, de imaginacion placentera, de gusto delicado, tan amable entre las damas como valiente en campaña. Garcilaso de la Vega, muy inferior á aquéllos en ciencia, fué entre nos-

otros el primero que escribió como clásico; porque en sus versos era hijo de su siglo, y no esclavo de otro ya pasado. Prodigiosamente adelantó entónces el idioma, que estaba próximo á subir á su mayor altura. Y á la verdad, por la naturaleza misma de las cosas, pues tambien iba á subir á la cumbre la monarquía.

Así es digno de observacion que miéntras Italia, Flándes y el Nuevo Mundo eran oprimidos con el peso de nuestras armas, y mal de su grado confesaban la superioridad de nuestras fuerzas, la lengua castellana, por una parte, cultivada por los doctos, admitia voces y frases de las antiguas acomodadas á su índole; por otra, en boca de nuestros guerreros, pasaba á aquellos países prohijando las locuciones que más le convenian. Durante siglo y medio, período de nuestra gloria militar y literaria, fué tambien suerte particular del idioma, que casi no dejaba el santuario sino para salir á campaña, pues apénas se encuentra autor de mérito que no fuese eclesiástico ó militar. Brillan, por una parte, los VV. Ávila y Granada; los MM. Leon y Marquez, Sigüenza, Mariana, Herrera, Argensola; por otra, Mendoza, Moncada, Coloma, Ercilla, Lope de Vega, el inmortal Cervántes. En manos de estos diligentes escritores llegó la lengua á ser, no me atrevo á decir la primera (no quiero que me tengan por arrogante los extranjeros), sí una de las principales entre las vivas, de las más preciosas entre todas. La religion continuaba infundiéndole aquella grandeza que la hacia capaz de sublimarse hasta el trono de la Divinidad; el espíritu militar, aquel brío y desembarazo con que, desenredándose de partículas, abreviando é invirtiendo la frase, marchaba con la misma bizarría que nuestros tercios y escuadrones. Con estas cualidades adquiria ó per-

feccionaba otras. La galantería que entre nosotros predominaba le inspiraba aquella urbanidad y cortesana gracia que la hacian tan suave y delicada como hermosa y elegante; la franqueza de un pueblo que, leal á su monarca, sólo á él obedecia, sin reconocer otro ningun yugo; aquel aire festivo y salado que resplandece en el *Quijote;* la primacía de la nacion; aquella soberanía que cuando insinúa manda, cuando habla domina; el fausto que á la córte proporcionaban las riquezas y vasallaje de tantos reinos; aquella magnificencia que sabe derramarse por todas sus cláusulas para engalanarlas sin superfluidad.

Decir yo ahora en qué consistian las prendas de nuestra lengua, sería repetir lo que todos saben; mas ¿no aparece claro, Excmo. Señor, que si es sonora, suave, armoniosa, rica, flexible, vária, amena, elegante, grandiosa, magnífica, lo debe, más que á otra cosa, á los sucesos que han influido en la fortuna de la nacion? Uno mismo era el idioma de España, Italia y Francia cuando la caida del imperio romano; y á lo que se infiere, uno mismo tambien, ó muy semejante, el de las naciones que vinieron del Norte: con todo eso, la diversidad de acaecimientos ha producido en los tres tan diversos efectos, que siendo cultos todos, elegantes todos, bellos todos, no habrá quien confunda á ninguno de los dos últimos entre sí, ó con el nuestro. Y áun por esta razon fundamental de donde trajo éste su carácter, vemos que cuando faltó el poder de la monarquía y su grandeza se redujo á mera apariencia, degeneró él asimismo en vana hinchazon, y pasó á ser extravagante, obscuro, confuso y ridículo. En medio de todo, como al principio del reinado de Felipe IV logramos algunas ventajas en la guerra, y aquel soberano atrajo á su palacio á las musas, particularmen-

te á la dramática, todavía se enriqueció el castellano con un buen número de frases, en especial poéticas, de que sin reparo puede preciarse. Mas la decadencia del mismo, bien así como la del reino, sólo se reparó, en verdad, en el siglo siguiente, á la sombra de los reyes de la nueva dinastía, que aplicaron la mano al remedio de los males públicos y al fomento de las letras. Las relaciones íntimas con Francia indujeron á los españoles á estudiar la literatura de nuestros vecinos, á corregir los vicios de la nuestra, y á dar al idioma cierta exactitud filosófica que algunos echaban ménos en él. Que en tiempos recientes haya hecho esta última ganancia, es debido confesarlo. Nótase en un Luzán, en un Feijóo, en un Campománes, en el elocuente Jovellanos; adviértese en Moratin y en Melendez, sin embargo de que, por ser poetas, estaban, al parecer, exentos de ella.

No juzgo yo que esta ventaja se haya inutilizado ó haya atrasado el idioma, porque, introducido el estudio del frances, se haya mancomunado una caterva de traductores ignorantes para inundarnos con obras insípidas, en las cuales no ménos se ofende el sentido comun que la gramática. Porque ni la fortuna que entre nosotros han logrado algunas voces francesas prueba otra cosa más que la flexibilidad de la lengua, ni la dislocacion y trastorno absoluto de las construcciones ha trascendido á los que la hablan y escriben con pureza, ni esas necias innovaciones han podido superar el dique opuesto á ellas por la respetable autoridad de esta Real Academia, fundada en aquel crítico instante en que, desfigurado el patrio idioma por el gongorismo, iba á sufrir los ataques de la moderna turba. Libres han estado del contagio los que han merecido algun renombre, aquellos que, examinando con

circunspeccion y llegando á conocer á fondo nuestro romance, no han podido ménos de reconocer que los pensamientos, aunque viniesen de autor extranjero, debian salir á luz con aire nacional. Así como el diestro tañedor no busca en el violin los sones que excita el viento comprimido, ni en la flauta los que producen las vibraciones de las cuerdas, el escritor hábil considera que es tan imposible hablar en español á la francesa, como en frances á la española. Y así, miéntras con la traduccion de un clásico paga tributo á la ajena literatura, con dar al lenguaje otro carácter satisface el que de justicia pide su propia lengua. Son, por tanto, éstas como moldes ya formados, que comunican á las figuras facciones y proporciones incapaces de la menor alteracion. Ciertamente, supuesto que no se dan ideas sin palabras y frases que las signifiquen, las lenguas, al interpretar aquéllas, han de avasallar el pensamiento, so pena de aparecer violento y no natural cuanto se diga.

¿Cómo, pues? opondrá tal vez alguno: ¿no es libre la mente para pensar? No necesita el entendimiento humano que le conduzcan para dirigir las ideas por el camino que elija: ¿por qué le ha de esclavizar la lengua, y no más bien él á ella? Varía ademas el talento y el ingenio en los hombres: en éste domina la imaginacion, en aquél el discurso; uno es reposado, otro impaciente; quién sublime, quién delicado; algunos aman el número y medida de los períodos; algunos, al contrario, la rapidez de las frases. Cuantos son los autores, tantos los estilos; y tanto se modifica en ellos la lengua, que casi de uno á otro parece diferente. No lo niego. Desemejantes son; y cuanto más lo sean, tanta mayor gracia de la lengua, que sabe acomodarse á la índole de cada uno. Sin embargo,

nunca es tal la diferencia que no participen todos del carácter general del idioma, que no puedan colocarse todos en cierto órden, que no se diferencien todos aún más de los que usan idioma diverso. No me toca ahora examinar y comparar entre sí la estructura de algunos de éstos; mas para acabar de disipar cualquiera duda, llévese á bien que indique de paso uno que otro punto en general. En lengua donde se multipliquen y choquen las consonantes, no campearán los escritos por la suavidad; donde abunden vocales obscuras y sordas, no por la sonoridad; donde no varíe el acento, no por la armonía. Ni es permitido á un escritor dar superlativos, diminutivos, aumentativos á la lengua culta que de ellos carezca, ni á ningun moderno introducir en la suya las declinaciones y conjugaciones de la griega. Si la lengua exige que cada palabra denote sólo una idea, ó más bien que la idea se subdivida en muchas parciales, á esta necesidad habrá de sacrificarse el laconismo; si ama el órden directo, la elegancia; si las abstracciones, la hermosura. Por tanto, el buen escritor, no perdiendo nunca de vista el carácter de su idioma, huirá de deslucirse con el empeño de prestarle lo que no admite, y pondrá su gloria en el cuidado de realzar la natural belleza de éste. Y si recordamos que, áun en el estado de mayor civilizacion, obra tambien en los individuos, cuando piensan, ó hablan, ó escriben, un mismo género de causa que en los fundadores del idioma, habrémos de confesar que el influjo de la lengua en sus escritos es más poderoso y trascendental de lo que á primera vista se creería.

Y al pasar muestra de los escritores de diversas naciones, ¿no echamos de ver que así sucede? El poeta hebreo descubre el osado vuelo del espíritu elevado sobre los cie-

los de los cielos; el griego hace gala de los frutos de un ingenio fecundísimo; el latino manifiesta lo que puede un gusto correcto y delicado; el árabe ostenta la lozanía de su imaginacion. Igual diferencia hallarémos en los modernos. Si entre otras observamos cómo pintan en sus versos la pasion del amor, la verémos, en los italianos, delicada; en los ingleses, profunda; en los franceses, tierna; en los españoles, vehemente. Si de la poesía nos trasladamos á la prosa; si en ella queremos ojear á los historiadores, repararémos que los antiguos escribian para agradar; los modernos, para enseñar. ¿Y por ventura enseñan todos de un mismo modo? No, ciertamente. Los ingleses hablan con sus conciudadanos; los franceses, con los demas hombres; los italianos, con los ministros; los españoles, con los reyes.

Pero abuso demasiado de la paciencia y bondad de V. E. La Real Academia Española, que desde su ereccion se ha aplicado con incesante afan á mantener la pureza y el esplendor del patrio idioma; que en su gramática ha enseñado sus reglas; en su diccionario, la obra más perfecta en su línea de la Europa civilizada, apura de contínuo los términos y sus significados; en las ediciones del príncipe de nuestros autores clásicos presenta el mejor modelo del habla castellana, es la verdadera maestra cuyas lecciones deben escuchar dóciles los que deseen contribuir por su parte al fin que se propone. Disimúleme, pues, que obligado en este momento á exponer algunas ideas sobre esta materia, haya parecido poco cuerdo, notando ante la misma los puntos de semejanza y desemejanza de los idiomas, deduciendo de las circunstancias políticas de las naciones antiguas el carácter de los suyos, observando que si el nuestro, en su principio dia-

lecto mezquino, restos del latin y del godo, mezclado despues con el arábigo, estaba en su niñez cuando se escribió el *Poema del Cid*, llegaba á su pubertad en los tiempos de D. Alonso *el Sabio*, á su juventud en los inmediatos á los Reyes Católicos, á su virilidad en el siglo XVI, no hizo más que seguir los pasos de la monarquía, bárbara cuando la fundaron los godos, casi aniquilada por los sarracenos, la primera de todas en la época de Cárlos V. Disimúleme, repito, que haya inferido sus cualidades por las vicisitudes de la nacion; advertido ciertas ventajas que adquirió en medio de su decadencia, y posteriormente por el estudio de varones eminentes; tocado, en fin, el influjo que las lenguas ejercen sobre las obras de los que las cultivan. En cuanto he dicho he procurado apoyarme en la razon y en los hechos, no obstante lo cual, por la cortedad de mi ingenio, habré tal vez incurrido en errores y equivocaciones. Si la Academia, con su acostumbrada indulgencia, deshace éstas y corrige aquéllos, habrá completado sus favores para conmigo, y yo quedaré más empeñado á ofrecerle cada dia mayores pruebas de mi gratitud.— He dicho.

Madrid, 2 *de Agosto de* 1827.

DEL PRINCIPIO DE AUTORIDAD

EN

EL ÓRDEN LITERARIO[1].

Señores:

Cuando imbuidos en el ámplio y generoso espíritu de que estais dando tan calificados ejemplos á todos los órganos de la vida social, tuvisteis á bien llamarme con vuestros benévolos sufragios á ocupar un asiento al par de vosotros en esta esclarecida Academia, conmovieron profundamente mi alma, con diversos afectos, una gratitud vivísima y un temor harto justo y harto sincero, al contemplar la insigne, inmerecida honra que gratuitamente me dispensábais. Porque, ora por eleccion propia, ora por cumplimiento del deber, ora por sentencia del destino, fuí yo en mis primeros años, he sido en la edad madura, y áun soy, ahora que piso los umbrales de la ancianidad, más que de especulacion y de estudio, hombre de accion y de lucha, al traves de las violentas rotaciones de la revolucion contemporánea, en medio de las tempestades y catástrofes de la vida pública. Y así, aunque siem-

(1) Discurso leido por el Excmo. Sr. D. Antonio de los Rios y Rosas al ser recibido en la Real Academia Española, como individuo de número, en la sesion pública del 12 de Febrero de 1871.

pre encendieron mi pecho é iluminaron y acariciaron mi fantasía aquellos solaces de la inteligencia, que en su estilo inmortal apedillaba el orador romano pan de la juventud, regalo de la vejez, ornamento en las prosperidades, puerto y consuelo en los infortunios, todavía nunca me fué dado consagrarme al culto de las letras con el caudal de talentos, con la inspiracion sostenida, la abstraccion intensa y la fecunda perseverancia, que produciendo á la contínua obras dignas de la posteridad, encomiadas por la edad presente, émulas y rivales de nuestros grandes modelos, os han abierto á todos vosotros, con legítimos y solemnes títulos, las puertas de este docto Senado, á cuyas sábias elucubraciones debe tan ópimos frutos la agradecida patria.

Imputad, pues, Señores, la malhadada tardanza con que acudo á recibir de vuestras manos la hermosa investidura que ilustra mi oscuridad y ennoblece mi carrera; imputadla, más que á los obstáculos que me ha opuesto y vicisitudes que me ha enviado no há mucho la fortuna; más que á las apremiantes tareas y preocupaciones enojosas con que me ha afligido á la vez la política; más que á la notoria insuficiencia de que adolezco y que en mí reconozco, no con modestia hipócrita, sino con íntimo convencimiento; imputádsela, más que á todas esas causas, ya que tan liberalmente me la habeis perdonado, á aquel miedo y reverencial temor de que os hablaba ántes, y que en este sitial y en este momento acrecienta en mi ánimo la misma novedad con que halagan y sorprenden mis sentidos el dulce ambiente, el templado movimiento, la regularidad inalterable, la serenidad majestuosa de este sosegado y pacífico recinto.

El que en otras lizas y acciones y espectáculos, donde

tan fielmente se retrata la dura condicion de nuestros tiempos, se ha avezado al oleaje y fragor y tumulto que levanta y embravece entre los hombres la discordia; el que de las ásperas impresiones que allá le asedian é inflaman, y de su persuasion tenaz, y de su preocupacion perenne, y de su patriotismo contristado, y de su espíritu de partido, y de su propia pasion, y de la pasion de sus amigos, y de la ardiente contradiccion de sus adversarios, deduce allá la mitad de su inspiracion y la mitad de su fuerza, ¡cuán helado y desconcertado no ha de hallarse aquí, donde soberanamente imperan el gusto, que es la moderacion en la forma; la imparcialidad, que es la moderacion en la sustancia; la sobria y austera razon, que es el criterio de la verdad, la piedra de toque de la belleza y el contrapeso de la fantasía!

Así, me disimularéis indulgentes que, esforzándome en no quedar del todo inferior á la difícil tarea que me incumbe, á la solemne ocasion en que me encuentro, á la espectacion benévola de este selecto auditorio, escoja para mi desempeño un tema que, sin traspasar los límites de vuestra dilatada jurisdiccion, se compadezca cuanto sea dable con el imperio de mis hábitos y con la calidad de mis estudios. Examinaré, pues, el génesis, la naturaleza, la vida *del principio de autoridad en el órden literario*, ahora que á toda influencia, á toda funcion, á todo órgano, á toda institucion, á todo poder social demanda sus títulos con tan desusada altanería la exigente y presuntuosa generacion contemporánea.

Vosotros, que concebis con más lucidez que yo la nocion compleja de la autoridad política, sabeis, Señores, que cualquiera que sea el fundamento donde descanse esta autoridad, ya el principio del derecho divino, ya el del

derecho patrimonial, ya el de la autonomía de las naciones, siempre su principio generador, único título de la autoridad misma, es superior y exterior á la autoridad constituida, siempre es una entidad distinta de ella, siempre la autoridad política es una encarnacion, una mision, una representacion, temporal ó perpétua, de su principio. Así, esta autoridad es delegada por su naturaleza.

Á este carácter de la autoridad política se allega de suyo otro. Por más que, segun es forzoso, en cada grado del órden gubernativo se deposite esta autoridad en una ó más personas; como quiera que sus poseedores no deducen su derecho de sí mismos, sino del principio que representan, la prestada autoridad que ejercen es independiente de sus condiciones individuales. Tan cumplida competencia como el magistrado justo y sabio, tiene, jurídicamente hablando, el ignorante y perverso. En este sentido técnico, la autoridad política es rigurosamente impersonal.

Pero si del exámen del principio y del organismo de la autoridad política descendemos á contemplar, en este sumario estudio, el modo y éxito con que la misma autoridad se ejerce en el Estado, hallarémos que se ejerce con fuerza, con poder, con imperio, obligando y compeliendo á la obediencia á cada uno y á todos los ciudadanos. Así esta autoridad es tambien coercitiva.

La delegacion, pues, la impersonalidad y la coercision son los caractéres esenciales de la autoridad política.

Cuán diversos de éstos, ó por mejor decir, cuán opuestos y antitéticos á ellos sean los caractéres que constituyen la autoridad literaria, para comprenderlo, Señores, basta con enunciarlo.

¿Dónde reside, Señores, el principio de esta autoridad? En el órden literario, como en el científico, como en el

artístico, como en todo órden puramente intelectual, ¿de dónde deduce su autoridad aquel que la posee? La deduce de su inteligencia y de su sensibilidad; la deduce de sus facultades naturales y adquiridas; la deduce del caudal de sus talentos, del caudal de sus ideas; la deduce de sus estudios y sudor y trabajo; la deduce de su mérito y de su nombradía. La deduce, pues, de su naturaleza, de su individualidad y sustancia; la deduce de sí mismo.

Y ¿cómo la deduce? La deduce y la manifiesta y la impone, ó más bien la insinúa y sugiere é inspira en la atmósfera en que vive, por el convencimiento, por la persuasion, por la fascinacion, por el entusiasmo, por la voluntaria aceptacion de los hombres que le rodean. Así, la autoridad literaria, al reves de la autoridad política, es esencialmente original, personal, propia y libre.

Esta verdad trivial, fértil, sin embargo, y profunda, y desconocida ú hollada durante largos siglos; esta verdad con que el sentido comun nos da en rostro á la primer somera ojeada que echamos sobre nuestro asunto, la afirma y la sanciona, con un testimonio inexpugnable, la acepcion etimológica, la acepcion primitiva y directa de los vocablos *autor* y *autoridad*. Porque en el Código de las XII Tablas, *autoridad* es sinónimo de dominio, y *autor* sinónimo de dueño; para que veamos que el que *hace*, que el que *aumenta* ó mejora, que el que *crea*, al modo que puede crear el hombre (pues todas estas significaciones encierra la raíz de aquellas dos palabras), ése es señor, ése es propietario, ya labre la vena de su entendimiento, ya labre el seno de la tierra. Así, con su ley oculta y con su intuicion maravillosa, el lenguaje humano, señaladamente en los idiomas superiores, esclarece y desata, en todo género de conocimientos, lo mismo las

más obvias cuestiones que las cuestiones más abstrusas.

Sentada, pues, la fundamental antinomia que bajo los respectos hasta ahora enumerados, existe en los principios y en los órganos y medios de entrambas autoridades, la política y la literaria, síguese de aquí que en la alta esfera de la teoría, no ya su confusion, pero áun la intrusion, áun la mera invasion de la una autoridad en el campo de la otra, sea á la vez antipática á su índole respectiva, mortal para las dos, y contraria á la naturaleza de las cosas.

Á la verdad, Señores, esta oposicion entrañable nunca ha dado de sí la division capital correspondiente en la vida real de las naciones. Porque en toda la vasta corriente de la historia, en las sociedades infantes, en las sociedades adultas y en las maduras, y hasta en las decrépitas, primero la autoridad religiosa, con grandes medios y con grandes títulos, luégo la autoridad política, usurpando los títulos y los medios de la otra, han entrado, labrado y cosechado, con desigual capacidad y vário éxito, el campo propio de la autoridad literaria (1).

Y este fenómeno, entre otras muchas causas, nacidas del espíritu y fondo de las diversas civilizaciones, lo ha traido principalmente consigo la falsa nocion que se han

---

(1) Una sola excepcion, y en verdad harto notable y elocuente, encuentro á este hecho histórico en los anales de la antigua Grecia, donde si no existió en rigor la libertad intelectual, testigo el suplicio de Sócrates, por lo ménos la enseñanza estuvo exenta de la direccion é intervencion del Gobierno, y exclusivamente entregada á la accion de los maestros, así en la Academia, como en las demas escuelas de las ciudades helenas. Roma republicana fué en el régimen científico un remedo y un apagado eco de la Grecia, donde la libertad de enseñanza constituyó, á mi juicio, una de las principales causas del inmenso vuelo de las artes y las ciencias.

forjado todas ellas de la índole, competencia y fin, ya de la Iglesia, ya del Estado, ya á la vez de estas dos esferas de la vida social.

Para no hacer agravio á vuestra sabiduría, ni agotar vuestra benévola paciencia, ni exceder los linderos de este modesto discurso, esclareceré aquella afirmacion sólo con dos ejemplos relevantes, sacados de una época en que varios de nosotros hemos vivido, y de otra que, por decirlo así, aún estamos tocando con la mano.

La revelacion cristiana, Señores, difundiendo viva luz en la penumbra donde vagaban las sociedades antiguas, distinguió clarísimamente en el hombre el espíritu y la carne, la vida temporal y la vida eterna, el fin terrestre y el fin ulterior y superior al sepulcro. Cuando bajo el imperio de esta idea madre comenzaban á desenvolverse con desusado vigor, desde el Oriente hasta el Occidente, los gérmenes divinos de la doctrina evangélica, sembrados en el mundo gentil por la mano de los apóstoles, inundó, durante siglos, á la Europa civilizada la contínua avenida de las irrupciones septentrionales. Y en las tinieblas de esta noche, falseándose y borrándose aquella distincion cardinal, la autoridad religiosa, no sin que en cierto modo la justificára la condicion de los tiempos, hubo de arrogarse, aunque en diversos grados, la realizacion de entrambos fines de la vida humana. Éste fué el sistema de la Edad Media.

La ley justa y fatal de las reacciones, trabajando á las calladas ó paladinamente, con lentitud ó con violencia, ya en forma de oposicion, ya en forma de concordia, esta confusion trascendental, y trabajándola con ahinco, no para demolerla, sino para de otro modo rehacerla y reconstruirla, arrebató á la Iglesia y atribuyó al Estado el

régimen y manejo del órden intelectual, y como hijuela suya, el régimen y manejo del órden literario. Éste ha sido el sistema del absolutismo moderno.

Pero si no incumbe á la autoridad religiosa más que el conocimiento del órden sobrenatural, y, como parte integrante de él, el conocimiento del órden moral, propiamente dicho, tampoco incumbe á la autoridad política más conocimiento que el del órden jurídico, ni más tarea directa que la realizacion del derecho en la vida temporal del hombre.

Así, Señores, al traves del incesante movimiento de las ideas, al traves de las grandes y sinuosas evoluciones y caidas y regreso de las teorías en el vário curso de los períodos históricos, la ciencia contemporánea, la ciencia que áun ayer no estaba del todo elaborada, adquiriendo un concepto distinto y completo de todos los órdenes humanos, y proscribiendo el predominio del órden religioso sobre el órden político, y el predominio de este sobre aquel órden, y la coincidencia caótica del uno y del otro, y la doble intrusion de ambos en las demas esferas sociales, ha emancipado al órden puramente intelectual por medio de una fórmula definitiva, y le ha otorgado al cabo su libertad irrevocable.

Esta solucion teórica, que, mirada á la luz de la filosofía, ostenta la densa trabazon y la incontrastable solidez del granito, porque se funda en la íntima naturaleza de las cosas, si bien no consiente al Estado que se considere á sí mismo como un órden de creacion y de produccion, tampoco le atribuye limitadamente funciones de simple represion y de simple policía. Ni tampoco le impide que armado con el tacto de la realidad, en la transicion delicada de un régimen de absorcion á un régimen de ampli-

tud, proceda gradual y pausadamente por necesarios y saludables temperamentos, no abandonándose con insensato orgullo y egoismo á pueriles, perniciosas y tiránicas impaciencias, y fiando á la accion del tiempo lo que tan solo á su muda y oculta é irresistible accion le pertenece. Ni le escatima su mision principal de mantener, por medio de una coordinacion libre y orgánica, la armonía y el equilibrio entre todas las fuerzas vivas de la sociedad, para que su respectivo movimiento de independencia no degenere en disolvente fuerza centrífuga, y para que su mutua y sana conexion, dándoles savia y lozanía, las reduzca á una totalidad integral y humana. Ni le veda siquiera que, renunciando para lo venidero á violar ó tergiversar ó dominar las leyes naturales por medio de las leyes positivas, enfrene ó extirpe, no obstante, en el órden industrial, áun á costa de la misma libertad del trabajo, abusos inmorales y crueles, nacidos á la par con los maravillosos adelantos de la industria; ni que dispense, en fin, proteccion pasajera y ayuda directa y complementaria á ciertos órganos de la vida colectiva, que hubiere atrofiado una direccion secular errónea, y á ciertas regiones de la cultura social que el maléfico influjo de causas deletéreas hubiere acaso esterilizado.

Pero áun concediendo anchamente al Estado todas estas atribuciones, preceptivas ó prohibitivas, que no le niega la legislacion de los pueblos más libres del mundo, todavía, para definir la respectiva competencia del órden intelectual y del órden político, queda en pié, vivaz y perenne, en su integridad y en su sustancia, al traves de todas las restricciones y ampliaciones, abstractas ó concretas, efímeras ó permanentes, la idea madre, la distincion cardinal del cristianismo, y con ella la libertad inte-

lectual del hombre, y con ella la libertad de enseñar y de aprender, la libertad de instruir y de instruirse.

Porque esta libertad no es la libertad de la erudicion superficial, indigesta, gárrula, declamatoria y postiza, ni la libertad de la vergonzosa negligencia, ni la libertad de la osada ignorancia; así como la verdadera libertad religiosa no es la impía y fanática repulsion y proscripcion de toda creencia en Dios, y en la providencia, justicia y misericordia con que gobierna el universo; y así como la verdadera libertad política no es ni será jamas esa pura y vana y hueca forma que imaginó la Francia del pasado siglo; esa emancipacion de todas las reglas y de todos los fines superiores de la vida, que abortó en sus ensueños una funesta escuela; esa entidad abstracta, negativa, destituida de médula moral, invasora, subversiva, destructora, que usurpando el nombre de libertad y agitándose en el vacío, ha sido donde quiera instrumento de demolicion, venero de corrupcion, soplo de muerte, que da vértigos al hombre, y á la sociedad le pone pavor y espanto. Y, sin embargo, la libertad política, conviene á saber, la libertad pacífica, defensiva, afirmativa, substancial y orgánica, así como la libertad intelectual, así como la suma de todas las libertades, es la primera necesidad de la civilizacion moderna; es la hipótesis primordial de vida para los pueblos que aman su dignidad, vuelven por sus derechos, y acostumbran seguir los dictados de su conciencia; es la condicion individual y colectiva que impide al ciudadano y al súbdito descender á la vileza del esclavo, á la destitucion del salvaje, y áun á la triste inocencia del bruto; es, ante todo y sobre todo, para las criaturas racionales, constituidas en cuerpo de nacion, la correspondencia única y la manifestacion indispensable

de su libertad moral, de su libre albedrío, ese divino privilegio que las asemeja á su Hacedor, ese misterioso punto de conjuncion real entre el mundo sobrenatural y el mundo sensible.

Aleccionados, como estamos, por el estudio psicológico del hombre, por las enseñanzas de la historia, por el espectáculo de nuestra época y por la accion y la experiencia de nuestra propia vida, acerca de la impotencia y perniciosidad y áun impiedad y locura de la represion en el órden puramente intelectual, órden independiente de suyo, y de suyo irreductible, no temamos, Señores, *en esa region abstracta* (1) á la libertad del mal; porque esta libertad es la condicion necesaria de la libertad, del mérito, de la fuerza, de la dignidad, de los adelantos y del triunfo del bien. Ni queramos tampoco fiar la defensa del bien á la accion de los gobiernos europeos, que árbitros de la instruccion en sus grados todos, no han impreso, sin embargo, mayor ni áun igual impulso á las ciencias ideales filosóficas que á las ciencias exactas y naturales, dejándose arrastrar en ese rumbo de perdicion por su negligencia, por su egoismo, por su escepticismo, por el soplo materialista del siglo, y acaso tambien por su complicidad en el mal, ó por una ceguera ominosa y culpable. Ántes, depositando nosotros una confianza infinita en la benéfica fecundidad de la libertad positiva y cristiana, esperemos, Señores, alcanzar por medio de ella, ahora como en sus más gloriosos tiempos, la caida y ruina del mal, áun al traves de la horrenda avenida de plagas y

(1) La libertad del mal, esto es, la no represion del mal en la peculiar esfera del derecho, sería la negacion y la abolicion del derecho mismo, la disolucion de la sociedad, la anarquía.

delirios que desangran y corrompen al mundo civilizado. Levantad, sinó, los ojos al inmenso horizonte que abre á nuestra espectacion, con su rápido é ímprobo trabajo, la ciencia contemporánea, y veréis despuntar, allá en el remoto oriente, la aurora del fausto dia en que contemplemos restaurado, con la ayuda y la bendicion del cielo, el perdido equilibrio entre el órden moral y el órden intelectual, y en que, abrazándose y viviendo en augusta alianza la verdad y la libertad, se iluminen en su profundidad misteriosa y se cumplan al pié de la letra, en la plenitud de los tiempos, aquellas divinas palabras del Salvador: «Y en conociendo la verdad, la verdad os hará libres» (1).

Menester era, Señores, haberme abandonado á la digresion aparente que acabais de escucharme, más que para salir al encuentro de erróneas ó torcidas interpretaciones, para poner en su punto y ofrecer á vuestra consideracion, bajo todos sus aspectos, con la claridad que permitiese mi oscura inteligencia, los términos extremos de la proposicion que desentraño, dado que, para comprender cumplidamente la *autoridad*, tésis de mi discurso, era forzoso comprender á la vez su antítesis, la *libertad;* porque en cada órden de conocimientos es ley de la humana razon que, sin comprenderlo todo, no pueda comprenderse bien nada.

Os he enunciado, Señores, las oposiciones y diferencias que bajo ciertos respectos, y en la esfera cerrada del Estado, dividen y distinguen de la autoridad política á la

---

(1) *Et cognoscetis veritatem, et veritas liberabit vos.* (*Evang. Sanct. Joan.*, cap. VIII, v. 32.)

autoridad intelectual. Investigaré ahora, para completar mi estudio, si bajo otros respectos existen acaso entre ambas autoridades, en la esfera libre de la sociedad, analogías que las aproximen sin confundirlas, y áun identidades que las concierten y conformen sin unificarlas.

Entre las innumerables teorías que en su desenvolvimiento progresivo ha elaborado la ciencia con el anhelo de fundar la autoridad política en principios inconcusos, dos han sobrenadado en el piélago de las opiniones, y al presente se disputan el imperio de los hechos, al traves del flujo y reflujo y marejada de las controversias.

Segun la una de estas teorías la sociedad civil es una mera y mecánica y atomística agregacion de individuos; la suma de sus voluntades es la fuente de la autoridad pública; y estas voluntades, así sumadas, acertadas ó erróneas, ilustradas ó ignorantes, no reconocen ni hallan á su omnímodo poderío ningun límite interior, ningun correctivo externo, ningun freno ni eficaz contrapeso, ni en las leyes del mundo moral, ni en la naturaleza orgánica del hombre. Hé aquí el sistema de la soberanía absoluta del número.

Este sistema, expuesto tan sólo por su lado seductor y aparentemente liberal, con admirable elocuencia y científico aparato, en los albores de la revolucion de Francia, y realizado en los comienzos de su rápida y tempestuosa carrera, fué tambien en modo intuitivo y confuso la fórmula y el desenlace de la decadencia y ruina de la libertad griega y de la libertad romana; porque entónces, como ahora, y como siempre, la omnímoda voluntad de todos, ó de los más, se delegó y se concentró y abdicó en la omnímoda voluntad de uno solo.

Pero el espíritu rigurosamente democrático que pre-

dominó entónces en el órden político, trascendiendo, entónces como ahora, al órden literario, erigió en este órden en autoridad soberana el uso vulgar, ó digamos el criterio y el voto de las muchedumbres. Testigo es de tan curioso é instructivo fenómeno el célebre y supuesto axioma que, coincidiendo precisamente, en su patria subyugada, con el ominoso advenimiento del cesarismo plebeyo, nos legó el gran poeta y el gran preceptor de la antigüedad latina:

. . . . . *si volet usus,*
Quem penes arbitrium est et jus et norma loquendi.

Tal es la invisible filiacion que inexorablemente eslabona los hechos á los principios, áun en aquellas esferas de la vida social entre sí más distantes y divergentes.

Ya lo veis, Señores: si fuese verdadera la teoría que acabo de exponeros, la autoridad, en todo órden humano, y en el órden literario por consiguiente, de necesidad habria de residir en muchos ó en uno solo, y jamas en los pocos; y toda autoridad que no se adaptase en su forma á uno de esos dos troqueles inflexibles, de necesidad habria de ser usurpada é ilegítima.

Por dicha este sistema, poderoso para demoler el absolutismo de derecho divino, impotente para extirparle, fecundo para remozarle y extremarle con la fuerza facticia del militarismo moderno, es incapaz de fundar la libertad normal, sana y vividera, es antipático á la índole íntima de la criatura racional, es subversivo de las leyes incontrastables de las sociedades humanas.

Porque estas sociedades, conviene á saber, las naciones formadas y asentadas, no son meras abstracciones colectivas, sino unidades reales, personalidades funda-

mentales, seres substantivos, órganos vivos de la humanidad, dotados y compuestos de filiacion, de temperamento, de fisonomía, de carácter, de espíritu, de religion, de gobierno, de instituciones, de costumbres, de lenguaje, de historia, de filosofía, de literatura, de artes, de grandezas, de miserias, de tendencias, de objetivo, de ideal, que les son peculiares y propios.

Y si es verdad que la soberanía reside virtualmente en cada pueblo, como garantía interna y expresion necesaria y adecuada de su libre personalidad y de su autonomía, eslo tambien que esta soberanía se halla subordinada á las condiciones substanciales que acabo de enumeraros, que constituyen la nacionalidad, y que son independientes en cada momento histórico, de la voluntad de algunos, ó de muchos, ó de todos, aunque se alteren con lentitud y á la larga por la labor del tiempo, por los sacudimientos de las revoluciones y por la mudanza de los hábitos y de las ideas, áun más que por la accion y la autoridad de las leyes. Y es verdad que esta soberanía se halla limitada por los derechos y los deberes naturales de que inviste y que impone á cada hombre su calidad de sér moral y sociable, llamado á construir, de consuno con sus hermanos, en la vida presente, dentro de la familia, del municipio y de la patria, su destino inmortal en la vida futura. Y es verdad asimismo que esta soberanía se halla modificada por las desigualdades de talentos, de aptitudes, de educacion, de riqueza, de cualidades físicas é intelectuales, que distínguen unos de otros, así á los individuos como á los pueblos. Y es verdad, en suma, que no obstante el combinado influjo y propagacion creciente de la caridad cristiana, de los hábitos de asociacion, del sentimiento de la solidaridad y del espíritu democrá-

tico, y á medida que se eleva con todo género de progresos el nivel de las naciones, estas desigualdades, mudando siempre de forma, persistiendo en la substancia, y persistiendo siempre proporcionalmente, no han dejado ni dejarán de coexistir con la civilizacion en ningun tiempo, en ninguna latitud, en ninguna raza, en ninguna forma de gobierno, en ninguna situacion económica, ni en ningun grado de cultura. Porque estas desigualdades, eterno escollo de los legisladores, eterna esfinge de la ciencia, eterno Proteo de la historia, son superiores á todo intento generoso, á todo impulso perverso, á todo código, á todo artificio, á toda utopia, á toda violencia y á toda tiranía; como que son hipótesis divina de la sociedad humana, y disposicion de lo alto, que sin mutilarse ó suicidarse no puede enmendar el hombre.

Y ved, Señores, cómo sin premeditarlo, impelido y llevado por la íntima correlacion de los principios, al impugnar el sistema de la soberanía absoluta del número, he bosquejado el contrario sistema de la autonomía limitada del hombre y del ciudadano, de la soberanía limitada de la sociedad, de la preponderancia de la voz de los siglos sobre *la voluntad general* contemporánea, de la sumision de esta voluntad á todas las condiciones ántes expuestas, y en suma, de la accion compleja y predominio final de los elementos morales sobre los elementos instintivos en la vida y régimen de las naciones.

Asentado de esta manera el órden político sobre sus naturales fundamentos, no descansa ya exclusivamente en las ideas, en los sentimientos y en las preocupaciones de una generacion, ni en las fluctuaciones y pasiones de la opinion de un dia, ni en el irreflexivo fallo de las muchedumbres, ocasionado de suyo á romper sus aledaños,

degenerando en fallo de la fuerza, y consagrando por esta degeneracion la legitimidad de la fuerza. ¡La fuerza!! ¡Cuán efímero y deleznable es su imperio! Recordad, Señores, lo que, hablando con uno de sus familiares, decia, á propósito de la fuerza, el hombre que más acabadamente ha personificado la fuerza en los anales del mundo. «¡Fontanes, exclamaba Napoleon, lo que en el espectáculo de las cosas humanas me afecta más, y más me asombra, es la impotencia de la fuerza!»

Constituido, pues, como os iba diciendo, el órden político en los pueblos civilizados, y más particularmente en los pueblos libres, dentro de la verdad y de la realidad, no ya por fuerza de armas, ni tan sólo por fuerza de número, sino con la trama y textura de múltiples y diversas y morales influencias, acontece naturalmente que para pesar en la gestion de los negocios las influencias homogéneas y las entre sí afines, se abren paso y se asocian y personifican en agrupaciones abiertas, que respecto de la masa de la sociedad, y áun respecto de la masa de las mismas influencias, son siempre reducidas minorías. Inician unas veces estas minorías las cuestiones de gobierno; obtemperan otras veces á la iniciativa y al impulso de las muchedumbres á quienes representan; pero siempre las minorías, segun su índole peculiar y su mision específica, dirigen el movimiento ó la resistencia, siempre acaudillan á las muchedumbres, siempre gobiernan los estados y las naciones. Minorías directoras, ó llamémoslas partidos; muchedumbres coadyuvantes, ó llamémoslas mayorías; alternada iniciativa y comunion y accion recíproca de las unas y de las otras, hé aquí, Señores, la organizacion, el mecanismo, el régimen de la política.

Pues lo que sucede en el órden político, eso sucede consentánea y adecuadamente en el órden literario. Para demostrarlo hasta la evidencia, tomemos por ejemplo el primero, el más vulgar, y á la vez el más grande, el más fecundo, el más admirable fenómeno del órden psicológico, ya que á estas favorables circunstancias acumula la ventaja singular de ser, por su estudio y manejo, vuestra vocacion privilegiada.

¿Qué sucede, Señores, en la creacion, cultura, depuracion y fijeza del lenguaje? Sabeis, Señores, que originariamente son las lenguas espontánea produccion del entendimiento humano, que en general, al formarlas, procede segun principios lógicos y racionales; y tambien sabeis que, por lo ménos en la formacion de las lenguas secundarias, nuestro entendimiento, desde los tiempos oscuros de la más remota antigüedad, procede, sin embargo, instintivamente á la ventura, casi á ciegas, por via de agregacion atomística y de aluvion indefinido, progresando, retrocediendo, regresando, sin alcanzar entónces, ni áun en muy largos plazos, la lúcida conciencia de su propia obra. Éste es el sufragio de las muchedumbres, éste el elemento democrático, ésta la accion de las mayorías en la construccion del lenguaje.

Pero sobreviene un momento histórico, en que, al calor de novedades propicias, surgen de las entrañas de este cáos, y se muestran á la luz patente, los poetas, los filósofos, los oradores, los legisladores, los grandes escritores, predestinados artífices, que, apoderándose de la masa del metal informe, la manejan, la desbastan, la ligan, la vácian, la forjan, la templan, la pulen, la reducen á formas concretas, la adaptan á miles usos, la hermosean y la ennoblecen, ora con la reposada majestad del

bronce, ora con la fortaleza, la flexibilidad y tersura y nitidez del acero. Ésta es la inspiracion y la tarea de los pocos, éste el elemento aristocrático, ésta la accion y direccion de las minorías en la construccion del lenguaje.

De manera que, segun he asentado ántes, y acabo de probaros en la ya prolija serie de mis razonamientos, la fórmula de vuestra competencia no es la máxima del muelle Horacio, cortesano de la fuerza y familiar de los Césares, sino el apotegma con que el viejo Livio caracterizó el libre y antiguo régimen de la ciudad eterna: *Ejus quod populus jussisset, deinde Patres fierent auctores;* apotegma cuya sustancia, segun un intérprete irrecusable, es que aquellas cuestiones sobre que delibera el pueblo las decide finalmente el Senado (1).

Así, Señores, por su espontáneo y necesario desenvolvimiento, me ha conducido felizmente el hilo mismo de mi discurso á hallar los títulos auténticos de la inconcusa autoridad con que ocupais estos sitiales, con que dictais vuestros veredictos, con que oponeis un veto á las usurpaciones audaces y á las irrupciones bárbaras, con que devolveis al comercio las joyas enterradas y restituís á la luz las bellezas proscritas, con que alternadamente iniciais y sancionais las reformas legítimas y las innovaciones saludables, con que dirigís siempre el movimiento y la vida de la lengua española y de la literatura patria; porque, por ley social y por derecho propio, vosotros, aristócratas de las letras, vosotros sois, Señores, la minoría directora del órden literario.

Y lo sois, ademas, por la ley positiva, bajo de cuya sombra, en la carrera insigne de vuestra ya secular exis-

(1) J. B. Vico, *Principj di scienza nuova.*

tencia, habeis vivido la acostumbrada vida de todas las corporaciones semejantes, y habeis desempeñado y áun desempeñaréis durante largos lustros, con honor propio y general provecho, el difícil ministerio que os confiára el Estado. Porque ni la inclinacion de éste á encerrarse con rigor en su peculiar estrecho campo, hija de las grandes y benéficas novedades contemporáneas, ni la fecunda libertad, dichosamente introducida en el régimen intelectual de la nacion, os despojarán nunca de vuestro carácter público; como quiera que en la moderna y culta Europa nunca podrá renunciar el Estado á mantener, á robustecer, á dilatar y perfeccionar el naciente organismo de las instituciones docentes, para dar ejemplo y mostrar dechados y abrir nuevos horizontes á la instruccion privada; para mantener despierta la saludable competencia entre la iniciativa individual y la accion gubernativa; para lograr, con la contínua correspondencia y recíproco influjo y concurso normal de ambas fuerzas concertadas, el rápido adelanto y vasto desenvolvimiento y difusion poderosa de la enseñanza y de la ciencia.

Ahora bien, acumulando, Señores, á vuestra mision oficial vuestra capacidad original y vuestra independencia orgánica, vosotros sois la síntesis de aquellos dos procedimientos, y constituís la clave del órden literario, así como á la par de las otras Academias, vuestras ilustres hermanas, os hallais en la cúspide del órden enseñante.

Usad, pues, de vuestro poder, salvos siempre la libertad y el derecho, ahora como en todos tiempos, y ahora mejor que nunca, con la franqueza, con la amplitud, con la seguridad y valerosa confianza que la conviccion y posesion de vuestra doble legitimidad deben inspiraros; porque si en nuestros dias suelen caer á mano airada las

instituciones que traspasan su esfera, más imputable y más vergonzoso fin les apareja el genio de la época á las que en medio de la universal actividad, consumiéndose en la inaccion, perecen por el suicidio.

Ni sean parte á entibiar el ardor de vuestro celo las dolorosas turbulencias en que todos somos actores, víctimas y testigos; porque los grandes períodos de movimiento intelectual y de auge literario, ó coinciden con ellas, ó vienen en seguida de las revoluciones. Y las cuitas y amarguras y pruebas y desengaños, que son su triste cortejo, son tambien acicate á las almas de temple. Recordad, sinó, la vida de los tres Académicos que en el laborioso curso de nuestras civiles discordias me han precedido en este histórico asiento. Recordad á D. Demetrio Ortiz, el profundo humanista, el sabio jurisconsulto, el magistrado integérrimo que alimentó con su ciencia, en su antiguo Seminario, á la nobleza española, y acrisoló sus virtudes y decoró sus canas, en las estrecheces de la pobreza, con la pura aureola del destierro. Recordad á D. Jaime Bálmes, el sacerdote ejemplar, el patriota sincero, el publicista independiente, el filósofo cristiano, que con sus obras magistrales alcanzó los aplausos de la Europa, y que sucumbió en la tarea de apaciguar los enemigos bandos y de concertar en una santa armonía los tres grandes principios que conducen al hombre y gobiernan el mundo: la religion, el poder y la libertad. Recordad, finalmente, á D. José Joaquin de Mora, filólogo, literato, profesor, escritor, economista, infatigable en el trabajo, dotado de las más diversas aptitudes, propagador de toda idea provechosa, familiar con todo género de conocimientos, probado en los más ásperos infortunios, que embotó las espinas de la proscripcion con

el asiduo culto de la inteligencia, y sembró con teson español, entre nuestros hermanos del opuesto hemisferio, la aficion á la lengua y á las letras de la madre patria.

Alentado con los altos ejemplos de estos insignes varones, yo seguiré de léjos sus luminosas huellas, ya que para lograr merecimientos iguales á los suyos no bastarán, Señores, á mi cansado espíritu, ni la leccion de vuestra doctrina, ni el amor al estudio, ni la noble emulacion, ni el vivo afan y ahinco de responder dignamente á vuestro benévolo y honroso llamamiento.—He dicho.

CONTESTACION AL DISCURSO ANTERIOR [1].

Venisti tandem!..... tuaque expectata Parenti.
Vicit iter durum pietas.
Llegaste..... ¡al fin llegaste!
Tu piedad, á tu Madre tan probada,
La aspereza venció de la jornada.

Perdonad, Señores, que en este momento solemne, tan deseado para mí, de ver tomar asiento en estos escaños al esclarecido patricio, al ilustre hombre de letras á quien acabais de oir; yo, que tan fuera de todo merecimiento, y sin otros títulos que los de Académico y de amigo suyo, he alcanzado la inmerecida honra de que me encargue nuestro digno Director y Presidente de saludarle en nombre de la Academia, no acierte á hacerlo sin prorumpir en aquellas sentidas palabras, que el gran poeta latino pone en boca del P. Anquíses cuando recibe en su seno al hijo amado, que despues de peligrosa y desusada peregrinacion, llega á visitarle al seno de aquella suprema felicidad pagana, donde no se acababa el deseo:

Datur ora tueri,
Nate, tua, et notas audire et reddere voces,

proseguía el Padre, y proseguirémos nosotros; que bien puede llamarse Madre del insigne orador, que hoy con

(1) Pronunciada por D. Fermin de la Puente y Apezechea.

tanto derecho llama á sus puertas, la Academia Española. Habéisle oido deslindar y esclarecer la genealogía de ésta, y discutir y establecer sus derechos, y áun, sin pensarlo, le habeis oido tambien establecer él y asentar su propia filiacion.

Esas sus afirmaciones decisivas y concluyentes con que ha aseverado otra vez (que ésta ha sido y será constantemente su empresa hasta el postrer aliento de su vida), los derechos y los límites de la libertad, de la libertad política y de la libertad de la inteligencia, ambas con su naturaleza y límites, y su correctivo y contrapeso correspondientes; esa investigacion filosófica, que tiene, sin embargo, por principio de su razon la Verdad eterna, no sólo alcanzan á fundar la más alta jerarquía del sér humano, y en su última y lógica deduccion la jurisdiccion de la Academia, sino que tienen un sello propio, que es de él, que son él mismo, sin que á nadie sea dado desconocerle.

Venció este hijo querido de nuestra Academia: le ve hoy entrar por sus puertas. ¡Dichosa ella, que al oirle pudo tambien exclamar: «Sí, eres tú, ésos tus rasgos, ésa tu fisonomía; eso, que en tributo me traes, es tu imágen querida, es tu efigie, tu retrato; pero retrato que habla, y que habla para no morir nunca; porque es tu voz, la voz de tu inteligencia y de tu espíritu, más poderosa hoy que cuando truena en las asambleas políticas, por encima de la tempestad de las revoluciones.»

Voz conocida es la que oimos, y conocidas tambien las que han de acogerla y contestarla. Los que acogen y contestan son la voz, los brazos de la Academia; voces que á toda grandeza corresponden, brazos que no hay frente tan alta que no puedan coronar; y si hay otra voz y otros

brazos, harto más débil aquélla, y más estrechos éstos, son los mios. Pero á bien que si para tan alto empleo y ocasion tan memorable sólo pueden ser proporcionados en mí el corazon y el deseo, para no ser indigno es suficiente hablar en nombre de la Academia, la cual, por fortuna, recogiendo la gloria de todos sus individuos, con la suma de todas ellas, y la suya propia, superior á todas, á todos presta tambien; recibiendo de ella, como en el caso presente, más el que más ha menester, hasta venir á eclipsarse la exigua sombra de su personalidad en el foco de tantos resplandores.

Permitidme que como causa de mi designacion, y excusa de mi atrevimiento para aceptarla (dado que esto no fuese, como es entre nosotros, asunto de abnegacion y disciplina), recuerde los títulos en que se funda. No se habia aún abierto la era de nuestra guerra dinástica, ni de nuestra memorable y azarosa revolucion; era en 1830, cuando, ambos en los umbrales de nuestra juventud, tuve por primera vez noticia del nombre del Sr. D. Antonio de los Rios y Rosas; entónces, sólo como hombre de letras, como cultivador de las galas del ingenio y de las flores de la poesía. Vivia él, á la sazon, en Ronda, su pueblo natal, y estaba en los últimos años de su carrera de abogado, cuando las cultivaba en amable consorcio con otros jóvenes, entre los cuales puedo citar á su hermano D. Francisco, á D. Manuel Martinez Bueso y á D. Miguel Hüe, prematuramente arrebatado á las letras. Era éste tambien amigo mio, y el primer vínculo de nuestra relacion y conocimiento.

Rasgo es éste característico de aquella que despues ha recibido el nombre de ominosa década, y que, en verdad, si no carecia de ayes ni de lágrimas, ni dentro ni fuera

del patrio hogar, fué notable por su fecundidad. Aquel alto, aquella parada abrupta, impuestos en un camino de precipitada, disculpable y hasta generosa irreflexion, hizo entrar dentro de sí á la juventud y la adelantó en precoz madurez, ya que Dios le reservaba tambien, si ásperos, gloriosos destinos.

¿Qué importaba que una política suspicaz y asustadiza cerrase por entónces las universidades, si el espíritu público, si el deseo de la juventud y el hambre de la ciencia, y hasta la legitimidad de sus esperanzas, abria las Academias? ¡Oh! ¡dichosa la sociedad y la época que tienen juventud, que cuentan con la juventud! Porque es la juventud la llave del porvenir, y bien puede contar con el porvenir la sociedad que las posee. Abríanse, deciamos, por todas partes las Academias: Academias eran el foro y el tribunal, y las Sociedades Económicas, y hasta el claustro; Academias y enseñanzas privadas pululaban por todas partes, ya de poesía, ya de derecho, ya de matemáticas, ya de toda literatura. LISTA, por ejemplo, tan vuestro, tan grato á vosotros, llevaba la antorcha del saber, ya para las abstracciones del cálculo, ya para los encantos de la poesía, ya para la severidad de los estudios históricos, y áun para el conocimiento de nuestro teatro, desde las costas del mar Cantábrico hasta las playas de Cádiz, no sin haber proseguido el cultivo abierto en el ilustre colegio de San Mateo, con el de la Academia del Mirto en las áridas orillas del Manzanares.

La generosa vocacion de los maestros, no sólo acogia, sino que buscaba solícita á aquella juventud sedienta de enseñanza. Debí yo la mia, por ejemplo, en medio de mi humildad, á los Padres Escolapios; y á aquel asilo pacífico bajaron tambien á buscar al niño y al jóven, y á hon-

rarle como maestros, ántes que todos, Musso, el padre de mi inteligencia, á quien debí dar despues con doblada razon tan dulce título, y el propio Lista, el sabio Reinoso, el gran Quintana, y D. Juan Nicasio Gallego, modelo acabado del más delicado gusto. Éstos, como maestros; como compañeros, aunque más aventajados ya en estudios, Ventura de la Vega, los Gomez de la Cortina, Larra, Córdova é Ibarra, Urbina, Leon Bendicho, Orive, Nuñez Arenas, Morante, Revilla, Lobo, Lopez Valdemoro y otros. Amigo me fué tambien D. Fermin Caballero, á quien conocí en las prensas de Aguado. En doña María de Aragon me precedieron D. Salustiano de Olózaga, y fueron mis compañeros Gonzalez Bravo y Moreno Lopez (D. Eugenio). Es que entónces todos los jóvenes éramos hermanos; todos abríamos el pecho á una propia vida, á una misma esperanza, lo mismo en Madrid que en Barcelona, Valencia y Aragon; en Astúrias, en Galicia y Andalucía, y áun en pueblos que no eran capitales, como en Ronda y Jerez de la Frontera; por todos los ámbitos de la patria. Brillaban entónces como maestros, entre los Escolapios, los PP. Pascual Suarez, Pío de la Peña, Joaquin Esteve, Juan Cayetano Losada, Jacinto Feliu y Ramon Valle, todos Superiores generales de la Órden; y los PP. Ambrosio Romero, Jorge Lopez, Isidro y Bonifacio Peña, Inocente Palacios y Mariano Castro, todos humanistas; el primero de ellos, elegantísimo poeta; el P. Valle, digno de comunicarse con Ciceron en su lengua patria, si tornase á la vida. Entre los Jesuitas, tambien maestros de gran número de aquella juventud, los PP. Puyal, Carasa, Gil, Montemayor, Ramon García, José Fernandez Cuevas y el arabista Artigas, honor de las letras orientales. Y á par de estos y

otros profesores eminentes, en la Universidad y en los Seminarios, en las fábricas y hasta en los talleres, forjábanse en Barcelona y otros puntos de Cataluña, Bálmes, Mas y Sanz, Bergnes de las Casas, Aribau, Monlau, Cortada, Martí y Eixalá, y Permanyer. En Aragon y Valencia, los Sres. Arolas, tiernísimo poeta; Sanz y Lafuente, Aparisi y Guijarro, Miguel y Flores, Bernat Baldoví, Quereda, Galindo, Moron y Cervino; en Alicante, aquel rayo de la tribuna D. Joaquin María Lopez. De Astúrias vinieron á Madrid el Conde de Toreno, don Agustin Argüelles, D. Evaristo San Miguel, Pidal, Caveda, Cavanilles, Campoamor, los Barzanallanas y don Casiano del Prado, ademas de su gran mérito científico, autor de un Diccionario geográfico. Galicia enviaba á don Luis Lopez Ballesteros, á Varela, el Comisario de Cruzada, munífico protector de las letras; á su protegido Pastor Diaz, á Rodriguez Vaamonde, Colmeiro, y Olloqui.

Bien quisiera, Señores, citar á todas las provincias de España; pero, fuera de que ni mi memoria, ni sobre todo vuestra paciencia alcanzáran á tanto, todas, estoy seguro, tendrán su representante al hablar de Madrid. Lo haré de Andalucía, porque hablando de ella, estoy dentro de casa. Diré, pues, que Málaga envió primero á Borrego, gran maestro del periodismo; á Salamanca, sin el cual no podrá nunca dibujarse esta época; á Egaña, que de allí y Granada nos vino, aunque tan hijo de Vitoria; y luégo, como Académicos, á Rubí, ilustre poeta lírico y dramático; á Valera, que tambien lo es lírico, y escritor erudito, á quien hoy está encomendada la Instruccion pública; y á Cánovas, que por sí sólo basta para honrar á una provincia. De Córdoba citaré, como de pasada, á

su antiguo obispo, que despues lo fué de Málaga, el señor Cascallana; al dean Lara, al P. Muñoz Capilla, á los Gracias, en fin, ilustres en el foro.

Criábanse, entre tanto, y nutríanse en Granada, brillando hasta por su ausencia Martinez de la Rosa, y dándose la mano con su grande amigo Alcántara Navarro y D. Javier de Búrgos, los Fernández-Guerra, padre é hijos, los Castros y Orozco, el propio Rios Rosas, Benavídes, Giles, Seijas, Peña Aguayo, Cueto y Herrera, y D. Nicolas Peñalver; en Cádiz, el magistral Cabrera y su discípulo y sucesor, Arbolí, despues Obispo; Urquinaona, que lo es de Canarias; D. Lúcas Tornos, D. Fernando Casas, de Chiclana; Guerrero y Esquivel, insignes letrados de Sanlúcar; Llorente, García Luna, Flores Arenas, D. Adolfo de Castro, Bello y Chacon; Montes de Oca, en fin, malograda esperanza de nuestra marina, poeta y traductor de Virgilio. En Jerez de la Frontera, D. Francisco Domecq y Víctor, D. Rafael del Rivero, discípulo de Reinoso; Lavalle, conde de Premio Real; Perez de Grandallana, Angulo, y Martel; y entre los eclesiásticos, á nadie inferior, D. Sebastian Herreros.

En Sevilla, finalmente (que de ella he de hablar más por extenso, como que más particularmente la conozco, habiendo sido la maestra de mi juventud), citaré entre el clero á D. Nicolas Maestre, al P. Sotelo, dominico; á Ramirez Cruzado, sucesor, como cura de San Andres, de Roldan, el comentador del *Apocalípsis;* á D. Manuel Lopez Cepero, al insigne Cardenal Wiseman, al Cardenal de la Puente, mi amigo, mi maestro y hermano; á su provisor en Búrgos, D. Marcial Ávila; á los PP. don Alonso Elena y D. Cayetano Fernández, ambos filipenses; á Campelo, y á Talaban y Floranes, estos dos malo-

grados en la flor de su edad. En las Academias de Buenas Letras y otras particulares de poesía, ante todo á Fernan Caballero, á quien conocimos, para admirarla siempre, en el Ateneo, de que era Minerva doña Margarita Morla; y bajo la direccion de D. Juan Nicasio Gallego ó de D. Alberto Lista, á Castillo y Ayensa, Hidalgo, Corradi, laureado por nuestra Academia; Gonzalez Nandin (D. Sebastian), Huet, Morales Santistéban, D. Leopoldo Cueto, D. Pedro Sotelo, el Marqués de la Motilla y el brigadier de Vos; García Tassara, Colom y Colom, Cañete, D. Lorenzo Nicolas Quintana y D. José Lorenzo Figueroa, que acaba de espirar; y algo, aunque no tanto, por ser más jóvenes, pertenecen tambien á esta época Justiniano, Amador de los Rios, Bueno y Fernández Espino. En el claustro universitario, como en el foro y la magistratura, hijos de aquella escuela, fundada por D. Alfonso *el Sabio*, ó de la escuela de Salamanca, importada allí por D. Toribio Nuñez, y de la cual era representacion D. Diego Suarez, la pléyada más numerosa de todas. Comprende á muchos de los nombrados, y ademas á D. Bartolomé Romero, Perez Hernandez, los Seoanes, Bravo Murillo, Cortina, Martinez Cintora, Lopez Rubio, García Gallardo, Lora, Asensio, Martin Villa, Gutierrez Laborde, Laraña, Gonzalez Andía, Bedmar, Álava, Cárdenas (D. Francisco de Paula), Rosales, Porrúa y don Nicolas María Rivero.

Bien quisiera, Señores, poder citar algunas damas; pero va larga la fecha: sólo recordaré que són y han sido en Madrid, años adelante, en alta grado dignas del laurel de Apolo las Señoras Gomez de Avellaneda, Coronado y Arenal, que no por tener dueño perderán nunca su individualidad ni sus apellidos, que tanto han ilustrado. Un

mismo año cursaban en las aulas públicas, y sobre todo en privada academia (y es hecho que merece consignarse), D. Juan Donoso Cortés, más adelante Marqués de Valdegamas; D. Joaquin Francisco Pacheco, cuyo recuerdo agolpa siempre lágrimas á mis ojos, y D. José María Claros, que por muchos títulos es, y espero lo será en adelante por otro singularísimo que no compartirá con nadie, benemérito de las letras.

¿Qué sucedia entre tanto en Madrid? En medio de la agitacion política, frecuentábase tambien con ardor el culto de las Musas. Como ántes, los ejemplos de Moratin habian atraido á Gorostiza y Enciso; despues de Breton de los Herreros, que por sí solo se trazó carrera, al *Don Álvaro* del Duque de Rivas respondian *El Trovador* de D. Antonio García Gutierrez y *Los Amantes de Teruel* de D. Juan Eugenio Hartzenbusch, el cual, insistiendo en las huellas de Calderon, de Lope y de Moreto, se lanzó á la escena con Roca de Togores, nuestro digno Director, Zorrilla, gran poeta lírico, y Escosura.

Éste, á la verdad, manejaba á la sazon la espada con la pluma, no ménos que Pezuela, que ganando allí su blason de Cheste entre otros varios, meditaba ya en hacer hablar nuestro idioma á Clorinda y Beatriz, al Tasso y al Dante. Ni uno ni otro dejaron nunca de estudiar ni de escribir; ambos veian de vez en cuando á Madrid, ya que el noble Conde de Campo Alange sólo pudo volver hácia él la vista para saludarle desde Bilbao al morir. Aquí, entre tanto, muchos de los que hemos nombrado, Donoso, Pacheco, Pastor Diaz, Roca y Somoza, frecuentaban la casa y las lecciones de Quintana. Otros recibian las literarias y académicas de Navarrete, Clemencin, Gonzalez Carvajal, Musso, Alcalá Galiano, Durán y D. Juan

Gualberto Gonzalez, no habiéndose de olvidar entre ellos al entónces Baron de Bigüezal, hoy conde de Guendulain, tambien premiado por la Academia, cuando jóven, por el *Cerco de Zamora*. Colaboraban en *El Siglo* con los Duques de Frias y Rivas y Espronceda; ó en el *Diario de la Administracion*, *La Abeja*, *El Eco del Comercio* y otros periódicos con D. Alejandro Olivan, tan jóven ahora como era entónces, á despecho del tiempo, de la enfermedad y de la contínua labor de su inteligencia, y con D. José Joaquin de Mora, que no le cedia en actividad de espíritu, ya que en años le aventajase.

Dignos eran tambien entónces de conmemoracion Gil y Zárate, Bordiu, Mesonero Romanos, Cutanda, que, aún jóven, hacia rumbo á nuestras Antillas para volver en completa madurez; en el foro, Cambronero, Argumosa, D. Santiago Tejada, Recio, Gomez de la Serna, timbre de la universidad de Alcalá; y como literatos, Ferrer del Rio, poeta, historiador, crítico, periodista, fácil para todo trabajo, y laborioso como si no tuviese aquella facilidad; su amigo D. Antonio Flores, D. Enrique Gil, Segovia, en fin, á quien citamos el último, para cerrar dignamente aquella época; el cual, ni en las empresas de la Academia, ni en ninguna de literatura, deja de poner mano, quedando en todas visibles muestras de la fecundidad de su ingenio.

Otros figuran en la Academia, que teniendo el envidiable privilegio de más jóvenes, han alcanzado á aquella generacion que ya huye, y de su gloria participan con los primeros, siendo á otros, como al que esto escribe, en inmensa desproporcion aventajados. Bastará citar sus nombres, para que todos así lo reconozcan: á ninguno quiero olvidar, que todos son hermanos, y á todos tengo

por maestros: son los Sres. Nocedal, Catalina, Tamayo, Cañete, Campoamor, Cutanda, el actual Duque de Rivas, á quien no puedo desear más gloria, ni imponer más obligacion que este nombre; Canalejas y Lopez de Ayala, por los cuales hablan en prosa y verso *La Locura de Amor*, el *Drama nuevo*, *Doloras*, *Baladas* y elegantísimas poesías, *Lúcas Fernández*, *Doña Francisca*, *El Tanto por ciento*, *La Mujer*, *El Curso de literatura general* y la *Biografía de Jovellanos*, correspondiente al asunto, y digna del que dibuja.

Perdonad, Señores, perdonen ellos esta larga y necesariamente desigual enumeracion; perdone, sobre todo, el Sr. Rios Rosas este aparente extravío. Aparente, digo, porque entre esos hombres se halla él, y áun desde léjos se deja ver: esos nombres se entretejen á su biografía, y como que forman parte integrante de la misma; esos nombres son ademas timbres académicos; esa historia es historia de la Academia, porque hijos vuestros son todos, ó hijos de vuestros hijos; ni hay nada literario en nuestra patria que de vosotros no derive, y, de más ó ménos cerca, no os corresponda.

Llamaba ya el Sr. Rios Rosas á las puertas de nuestras asambleas políticas, inaugurando sus campañas en la prensa, asociado plenamente al movimiento político y literario de la época, participando de la gloria, autoridad y recreo de los Ateneos ó Liceos, sembrando en el de Madrid joyas cuyos ecos todavía resuenan, leidas alguna vez en el último por la voz poderosa de Espronceda; oyéndose, ademas, la propia del Sr. Rios en las secciones y conferencias. No vamos á hacer su biografía, ni historiar cabe lo que, por dicha de la patria, áun en gran parte está sobre el telar. Pero séame lícito siquiera citar fechas. Y en

verdad, ¿cómo olvidar á 1840 y *El Correo Nacional;* ni á 1841 y *El Conservador;* ni á 1843 y *El Heraldo;* ni á 1848 y su lucha poderosa en medio de la conflagracion de Europa; ni á 1854, y la que estalló en nuestro seno; ni á 1856, en que la puso glorioso término con el más noble y político de los perdones; ni á 1868 y su proscripcion, funesto presagio y ocasion de nuevas catástrofes, de las cuales ¡ojalá que hubiésemos tomado asilo y puerto definitivo contra los azares del naufragio! — Pues si hablamos de nuestras Córtes, apénas en ninguna legislatura, desde 1837, en que por primera vez abordó á ellas, hasta las que acaban de espirar, ha dejado de oirse su voz poderosa, siempre afirmando el Gobierno, siempre defendiendo la libertad.

Pero aquí (ya lo habeis oido en levantada frase), á este suave y seguro recinto de las Musas no llegan, por dicha, ni el revuelto oleaje ni el tumultuoso fragor de las tormentas políticas; y por ello, no es nuestra intencion, como tampoco sería de nuestra competencia, atraer sus furores ni áun su estrépito. Viene, empero, su atmósfera; que á ello ¿cómo cerrar el corazon y los oidos, siendo españoles, y tratándose de la gloria ó de los infortunios de la patria?

Y á traves de aquella atmósfera, cercado por ella, pero no dominado, ni áun vencido, os viene el leal español, el buen patricio, el probo y el probado varon, el severo y seguro é inquebrantable hombre de estado, filósofo, jurisconsulto, escritor y orador, y eslabonándolo todo, y esmaltándolo todo, y todo coronándolo con el constantemente merecido, ya que no contínuamente profesado, pero nunca desierto, y sobre todo nunca desmentido, carácter y título de hombre de letras, de amante de las le-

tras, acariciado por su inspiracion, halagado por su laurel, que si en otro tiempo se entrelazó á sus cabellos cuando jóven, hoy es corona de su edad madura, que se asienta con majestuosa autoridad sobre la primera avenida de canas que sobre sus sienes, aunque no sobre su corazon, ciernen, ántes que la edad, los recios temporales de la vida pública.

Vedle..... ahí está, tal cual es, como su vida, y sus amigos, y *hasta la ardiente contradiccion de sus adversarios* le han hecho. El discurso que le habeis oido es la síntesis de su vida intelectual y de su vida política: diria que hasta su testamento, si no hubiese afirmado ántes que es su pabellon y su emblema; de alta importancia por esto mismo: documento político, si bien documento literario muy importante, que en ambos conceptos registrará la historia contemporánea, y durará perpétuo en la vuestra, viviendo para siempre con la vida de la Academia.

Es en efecto, bien lo sabeis, el discurso del ilustre Académico la afirmacion de la libertad y la afirmacion del poder, porque es la afirmacion del derecho en materia política; y es tambien la afirmacion de la libertad en materia literaria, puesto que es la proclamacion del principio de autoridad: en ambos terrenos, la consagracion de la idea moral, de la libertad y de la responsabilidad del hombre; es, por último, la afirmacion y proclamacion de la idea cristiana sobre Dios y sobre el hombre, y acerca de las relaciones entre uno y otro, establecidas en la creacion, y reveladas en la Antigua Ley y en la Ley Nueva.

Así aparecen á su vista tan altas verdades, como aparecen á la mia. Para ellas, por tanto, no sólo tengo aprobacion, sino aplauso; porque es para mí no sólo homena-

je que brota del corazon, sino holocausto que debo á mi fe; y á esta luz y desde este punto de vista trato de considerar tan altas cuestiones.

Desde luégo anticipo que cuanto alcance yo á decir está ya dicho por mi ilustre amigo y compañero, en su vigorosa concision, en su varonil estilo, con ese pincel enérgico y sus toques magistrales. Lo que me propongo es dar algun realce y saliente á sus propias verdades; aspiro, no con propios medios, sino con la voz divina, con la voz de las Sagradas Escrituras, con la de algunos Padres, á dar algun colorido á lo que por él está indicado, bosquejado, entrevisto ó afirmado, y tal vez no desenvuelto por los estrechos límites del tiempo, ó el punto de partida de su razonamiento.

Y aquí, Señores, ántes de entrar en materia, es bien que haga yo dos protestas sobre mi modesto trabajo. Cristiano humilde y sincero, pero cristiano viejo, por herencia, por educacion, y propio y completo convencimiento, soy tambien partidario de la libertad política, de la cual no he blasfemado nunca, aunque condene todo género de licencia: tal es mi profesion de fe religiosa; tal la declaracion de mis principios políticos. Mis aficiones literarias me han llevado á los estudios clásicos y á los del Derecho, que he tenido la honra de profesar; como cristiano, he procurado estudiar mi religion, no disputando nunca sobre mi fe, ni regateando mi obediencia. Pero ni soy teólogo, ni profeso la filosofía; si bien, como dice el ilustre Obispo de Orleans (1): «Todos hemos de tener la nuestra, que importa mucho que sea buena.» Declaro (y

(1) Carta de monseñor Dupanloup, sobre los estudios que puedan convenir á un hombre de mundo.

es mi segunda protesta) mi deseo de acertar, y mi leal sumision desde este sitio, adonde nunca se ha ejercido en ningun tiempo censura alguna, á la autoridad de la Iglesia, sobre todo en cuanto se refiere á la traduccion, interpretacion ó aplicacion de las Sagradas Escrituras, de las cuales he de valerme, citando, ó en el texto del discurso ó en el apéndice, algunos trozos en version castellana.

Disimulad que haya creido deber hablaros esto de mí, como disculpa de mi poquedad, como excusa de mi atrevimiento. Vivieran Bálmes y Donoso, y con razon llevárau hoy la voz de la Academia. Vivieran el Marqués de Pidal, y sobre todo Pastor Díaz, ó Pacheco, y nadie, y yo ménos que nadie, les usurpára hoy la palabra; y vosotros, y este ilustre concurso, tendrian en todas estas hipótesis doble ocasion de aplaudir, compartiendo entre ambos discursos vuestra ilustrada atencion, vuestra benévola acogida y envidiable asentimiento.

Pero prosigamos en nuestra tarea. Ya lo decíamos ántes, Señores. La idea del eminente discurso del Sr. Rios y Rosas es esencialmente la idea cristiana; sólo que él entra en ella á traves del campo de la política, y arrastrándola tras de sí (que ésta es su autoridad y su competencia y su indeclinable carácter), armado con las armas del Derecho, con un criterio literario severo y exquisito, y con el aparato de la Filosofía. ¡Feliz quien, como él, al revestirse esta armadura, no pierde nunca de vista la luz de la fe, brillante nube que por el dia, fúlgida estrella que durante la noche guia el paso del investigador, como los de Israel á traves de la inmensidad del desierto! Ya decia el gran maestro de la elocuencia española, comentando otra profunda sentencia del Apóstol (prefiriendo

yo citar la primera en este lugar por castiza y castellana): «El que se quiera llegar á Dios, ha de empezar por creer que en este mundo hay Dios» (1). Y el ángel de las Escuelas: «Los sabios no tienen fe de que hay Dios; tienen evidencia de ello.»

¡Oh dichosa filosofía, que de aquí parte, y con tales elementos procede! Esa filosofía nos está mandada por Aquél que quiere que nuestra obediencia sea conforme á la razon (*rationabile obsequium*) (2), y que entregó el mundo, *aunque no el cielo*, á las disputas de los hombres.

Y áun á este ordenado concierto entre la fe y la razon se refiere el gran maestro que ántes citábamos, cuando dice: «La fe nos enseña lo que debemos creer; la razon hace que con alegría lo creamos» (3).

Ahora bien: supuestos estos necesarios preliminares, abramos el *Génesis* y consideremos en él la creacion del hombre. Y por fin dijo Dios: «Hagamos al hombre á imágen y semejanza nuestra; y domine..... en toda la tierra.» Crió, pues, Dios al hombre á imágen suya; á imágen de Dios le crió; criólos varon y hembra, y echóles Dios su bendicion y dijo: «Creced y multiplicaos, y henchid la tierra y enseñoreaos de ella» (4). Y más adelante (5): «Formó, pues, el Señor Dios al hombre del lodo de la tierra, é inspiróle en el rostro un soplo, ó *espíritu* de vida, y quedó hecho el hombre viviente, con alma *racional.*» Crecer, multiplicarse, dominar la tierra, traba-

---

(1) Ven. P. Fr. Luis de Granada, *Símbolo de la Fe.*
(2) Sanct. Tom. Aquin.
(3) Fr. Luis de Granada, *Símbolo de la Fe.*
(4) *Gen.*, cap. I, vers. 26 al 28, amb. inclus.
(5) *Ibid.*, cap. II, v. 7.

jándola (*ut operaretur*) (1); la ley del progreso; vida de tránsito para continuarla en los cielos. No vamos, Señores, para entender estas palabras, á atrevernos á investigar la ciencia de Dios ni los misterios de Dios; porque esto ni cabe en este lugar, ni en la inteligencia, ni en la palabra del hombre. Singular cosa es (y esto no dejarémos de consignarlo) que aquí Dios, al criar al hombre, por la primera vez, hablando de sí, habla en plural, como quien deja rastrear algo de aquel inefable misterio de la Trinidad en la Unidad, adonde no llegáran nunca por sí, ni la mayor fuerza de la inteligencia del hombre, ni los más atrevidos vuelos de la fantasía; adonde sólo es dado alcanzar por la revelacion.

Oigamos nuevamente al maestro Granada: «Todo lo que hay en Dios, es Dios, sin mezcla de corrupcion ni de otra cosa. Dios no es ánima, ni potencia de ánima; ni cuerpo, ni forma de cuerpo; ni puede dejar de ser, ni ser más de lo que es, porque en Él está todo el ser» (2). Que es decir que todo el esfuerzo de la razon humana no puede por sí nunca llegar á saber lo que Dios es, sino lo que no es; ó bien, que adonde alcanza, á fuerza de agregacion y de segregacion, de síntesis y de análisis en esta materia, es á una idea que se está seguro que no es la de Dios (3). ¡Ah! ¡cuánta impotencia por una parte, y qué de abismos por la otra!..... ¡Qué sería del hombre, repetimos, sin la revelacion! Mas los que tenemos la dicha de

---

(1) *Tulit ergo Dominus Deus hominem, et posuit eum in paradiso voluptatis, ut operaretur et custodiret illum.* — *Gen.*, cap. II, v. 15.

(2) VEN. P. FR. LUIS DE GRANADA, *Símbolo de la Fe.*

(3) VEN. P. LUIS DE LA PUENTE, *Compendio de las Medit.*, parte VI, *Medit.* III. — *Sancti Dyoniss. Areopagitæ, de mystic. Theolog.*, capítulo III, *et de divinis nominibus*, cap. VII.

hallarnos informados por ella, vamos á rastrear algo de Dios en su obra; bien como en el cristal purísimo de una fuente contemplamos la imágen del sol, que cara á cara no podemos escrutar.

Si tan altos son los destinos del hombre creado, ¿cuáles serán los del hombre redimido..... despues que Dios haya descendido á ser hombre, despues que el hombre haya subido á ser Dios?

Pero hablemos del hombre creado y de la naturaleza de este hombre; de la imágen de Dios y del reflejo de Dios. Oigamos nuevamente al gran maestro de la lengua, al eminente teólogo Fr. Luis de Granada: «Es el hombre imágen de Dios, porque tiene libertad é inteligencia» (1). «Memoria no tiene Dios, porque tiene omnisciencia y eternidad; tiénela el hombre (prosigue el maestro), pues sólo aquello sabemos de que nos acordamos» (2).

Inteligencia, facultad del alma; razon, ejercicio de esta facultad; memoria y su autoridad; la ciencia y el consejo: libertad y voluntad; la determinacion del alma, el ejercicio de la libertad: sí, ésta es el alma, es toda el alma, es la imágen de Dios. Suprimid cualquiera de estas facultades, suprimid su ejercicio, y el alma está mutilada, y ni es capaz de llenar su destino sobre la tierra, ni de aspirar á un fin ulterior. No hay en sus actos moralidad, no es responsable. Estudiad ahora el alma en sus relaciones con Dios, estudiadla en la generacion y en la realizacion del derecho, del derecho público como del derecho privado; en la esfera de la penalidad y en la de la

(1) Granada, *Del símbolo de la Fe.*
(2) Idem, *Ibid.*

contratacion. Consideradla en todo juicio, y en toda manifestacion de este juicio; en todo recuerdo, y en la autoridad y en la apreciacion de este recuerdo; en toda determinacion de la voluntad, y en todo acto humano y moral, tanto en materia política como en literaria; en las ciencias, como en las artes, y áun en toda actividad y ocupacion que sea propia del hombre. Veréis que en todas ellas es preciso que tenga de sí conciencia, y que á sí propia se corresponda, realizándose el gran principio del SIBI CONSTET, que á otro propósito en verdad, aunque no con ménos razon, exigia el eterno legislador del buen gusto. Por cierto que éste tambien llamaba al alma *divinæ particulam auræ* que el cuerpo apesga á la tierra (1), y que tambien asentando como principio la constitucion interna del hombre, para deducir de ella los derechos y obligaciones de la palabra y del estilo, asentaba esta admirable sentencia:

Format enim natura prius nos intus ad omnem
Fortunarum habitum.....
Post effert animi motus interprete linguâ (2).

Pero á filósofos y cristianos ha de satisfacer más oir cómo los Libros Sagrados explican los misterios de esta constitucion, las relaciones del hombre con Dios, su libertad, su responsabilidad, sus altos destinos.

Ved el capítulo XVII del *Eclesiástico*, sobre todo desde el versículo primero al noveno inclusive. No os referiré sus palabras, porque otras tendré que citar. Y á propósito de estas citas de los libros sapienciales que haya de haceros, repito que las haré en verso castellano, ya

---

(1) HORAT., lib. II, *Sat.* II. (Véase el apéndice.)
(2) ID., *Epist. ad Pisones.*

porque así creo que os fatigarán ménos, á vosotros y á nuestro auditorio, ya porque tambien así me parecen en alguna manera más adecuadas á este lugar, y más literarias en la forma. Son parte de un trabajo á que he dedicado los ocios de varios años de mi vida, y á ellos debo, entre otros bienes, el de poder dirigiros hoy estas palabras.

¿Quereis ver cómo, despues de referida la creacion y enumerados los dones y facultades que en ella recibe el hombre, se consigna su libertad, se le asegura el libérrimo ejercicio de la voluntad, sin el cual no podria haber lugar á su responsabilidad futura? Pues oid parte del capítulo xv del *Eclesiástico*, versículos 14 al 18 inclusive:

Dios crió al hombre en la tierra
Al principio de los dias,
Y en manos de su consejo
Le dejó, porque se rija.
Dióle, sí, sus mandamientos,
Y sus preceptos le intima:
Si guardándolos constante
Con fidelidad contínua,
El uso de su albedrío
Tan sólo en cumplirlos cifra,
Ellos son su salvacion,
Y serán su garantía.
Delante de tí está el agua
Y está el fuego; determina:
A lo que más te agradare
Tu mano extiende y afinca.
Delante del hombre está
La muerte, como la vida:
Ahí está el bien; allí el mal:
Tendrá lo que quiera..... ¡elija!

Ya habeis oido del hombre. Para rastrear algo de lo que dice de Dios, de su alteza, y sobre todo, de su bon-

dad y altísima misericordia, recorred el capítulo XI del libro de la *Sabiduría*, desde el versículo 21 hasta el fin (1), y el primero, desde el versículo 13 hasta el 15 inclusive (2).

Pero volvamos al hombre, aunque ya vemos que los Libros Santos nunca le olvidan. Ya hemos visto que tiene naturaleza y destino, deber de realizarlos, libertad para hacerlo, voluntad para quererlo, y hasta para rechazarlo tambien. Ya lo habeis visto: *está en manos de su consejo.*

Veamos ahora qué medios le da la Bondad divina para llenar estos grandes fines, regirse él y regir la tierra. Este medio es la sabiduría. Ved cómo ella establece sus títulos. Quisiera leeros todo el capítulo VIII de los *Proverbios;* pero me remito al original. Con tales títulos, con sus palabras, que la Iglesia aplica á María, á la Madre Vírgen, la Sabiduría envia un mensaje á los hombres en general, y luégo en particular á los reyes y á los poderosos de la tierra, á los que dirigen las inteligencias. Ved cómo les habla en algunos de los versículos del capítulo VI del libro de la *Sabiduría* (3). A éstos no los invita sólo; los conmina.

Y hé aquí cómo un Rey, Salomon, el hijo adoptivo de la Sabiduría, despues de haberla preferido á todos los bienes, él, tan grande, tan poderoso, corresponde á su llamamiento, confesándose mortal y sujeto al dolor, como los demas hombres. Es en el capítulo VII del propio libro:

---

(1) *Apéndice*, núm. 1.
(2) *Apéndice*, núm. 2.
(3) *Apéndice*, núm. 3.

Soy yo en verdad tambien hombre mortal,
A todos semejante;
Del linaje de aquel que, original,
Fué hecho de tierra en el primer instante;
Y recibí de hombre la figura,
Del vientre de mi Madre en la clausura.
Y luégo que nací, respiré el aire,
¡El aire, que es de todos!
Caí en la tierra con los propios modos;
Mi voz primera, el llanto:
¿No hacen todos los hombres otro tanto?
Envuelto fuí en pañales,
Criado con desvelos maternales:
Ninguno entre los reyes
Tuvo para nacer distintas leyes.
El grande y el pequeño
Iguales son lo que les dura el sueño.

(Permitidme que os cite estos versos de nuestro Quevedo, que vienen como nacidos, y acaso de aquí se inspiraron.)

Y en nacer y en morir y otros *atales*
Todos somos iguales.

¿Dónde habeis visto reyes poderosos que hablen de esta manera, sino en la religion de nuestro Dios?—Continúa el Rey dando cuenta de porqué prefirió la sabiduría y lo que ella es en sí. No es ménos admirable, ni lo que habla de su espíritu:

Por eso preferí la inteligencia,
Y me fué concedida,
Pedí al Señor espíritu de ciencia,
É iluminó mi espíritu encendida.
Preferíla á los tronos y grandezas,
Y de ella en parangon no tuve en nada
La pompa y las riquezas.
. . . . . .
Sin ficcion aprendíla y sin engaño,

Y sin envidia así la comunico;

. . . . . .

Á mí es lícito, hablando,
Decir con claridad cuanto percibo,
Y cuanto pienso y siento,
Y dignos de los dones que recibo,
Los conceptos formar y el pensamiento.
De Dios somos en manos,
Con los discursos nuestros, los humanos

. . . . . .

Él me enseñó la ciencia
Verdadera de todo lo excelente;
Él me mostró la esencia
Y la constitucion del ancho mundo,
Porque los elementos del profundo
Y su interna virtud diga á la gente.
El principio, medio y fin
De los tiempos y estaciones,
Mudanzas, vicisitudes
De las eras y del orbe.
Del año el curso, en los astros
Su situacion y derrote;
De los animales todos
La naturaleza y prole.
La braveza de las fieras,
De los vientos bramadores
La no domada violencia;
Las índoles de los hombres.
La variedad de las plantas
Con bálsamos y colores,
La virtud de las raïces
Y sus prodigiosas dotes.
Cosas aprendí no vistas,
Y otras que no se conocen;
Que fué la sabiduría,
Su autor, quien me dió lecciones.
De inteligencia el espíritu
Su mansion en ella pone;
Espíritu santo, único,
Y con serlo, multiforme.
Sutil, discerto, elocuente,
Siempre inmaculado, móvil,

Infalible, suave, amante
Del bien, de paz y del órden.
Perspicaz, irresistible,
Bienhechor que ama á los hombres,
Constante, estable, seguro,
Que todo puede y dispone.
Sutil, puro, inteligente
Que á lo demas en sí absorbe,
Porque es la sabiduría
Más que lo *movible*, *móbil*.
Y á todas partes alcanza
Sin que ninguno lo note,
Por esa pureza misma
Que su espíritu infundióle.
Siendo exhalacion de Dios,
De sus virtudes y dones;
Emanacion de la gloria
Del que hizo y mueve los orbes;
Por lo que en ella no cabe
Nada que mancha ó corrompe,
Pues es de la luz eterna
Clarísimos resplandores.
De la majestad divina
Espejo sin mancha torpe,
Y de la bondad de Dios
Imágen que al mundo asombre.
Es una, y todo lo puede;
No hay nada donde no toque,
Y con ser ella inmutable,
A todo vuélvelo jóven.
Y se extiende entre los santos,
Y cunde por las naciones,
Formando amigos de Dios,
Y profetas y doctores.
Por eso Dios solamente
Ama al que con ella more;
Porque es la sabiduría
Que el sol más bella y más noble.
Vence al ordenado ejército
De las estrellas y soles,
Y si á la luz se compara,
La supera en perfecciones.

Que es visto que á la luz clara
Sigue en pos la negra noche;
Pero á la sabiduría
No hay malicia que la estorbe (1).

Algo larga ha sido la cita, cierto; pero ¿no es verdad que la dais por bien empleada?

Prosigue en el capítulo VIII demostrando que la sabiduría viene de Dios y abraza todos los bienes; y ensalza la dicha de quien la posee. Por cierto que pudiera traeros algunas frases como en parangon de las del célebre orador romano en loor de las letras humanas, que con tanta oportunidad como belleza cita el Sr. Rios. Ni se satisface el divino Creador con declarar á su criatura la libre voluntad; le da la ley, que es una emanacion de su esencia, y que ha de hacer meritorio el ejercicio de aquella voluntad. No le basta tampoco proponerle el bien, haciéndoselo amable. Tiene que darle á conocer el error: esto lo hace en varios lugares, y entre ellos en el capítulo X de los *Proverbios*, con copia de sentencias, que van alternando sobre la virtud y el vicio, sobre el sabio y el necio (2). Y luégo, en el capítulo XII del propio libro, insistiendo sobre el tema del anterior, pero más marcadamente acerca de la correccion de la lengua y de la lima del lenguaje, expresa conceptos que, por tanto, más particularmente os pertenecen. No los citaré, sin embargo. Ved en el capítulo XIII cómo inculca de nuevo el gobierno de la lengua. Ved cuánto encarece la actividad. Quisiera citar aquí algunas de las máximas que contiene; pero no es posible (3). ¿Qué nos resta, pues, en este exámen? Ver

(1) *Sapient.*, cap. VII.
(2) *Apéndice*, núm. 4.
(3) *Apéndice*, núm. 5.

cómo combate la principal fuente del error, la idolatría. É ídolos hay tambien en todas las edades; hoy más que nunca. Llamaba el Apóstol servidumbre de los ídolos á la avaricia. ¿Qué son sino ídolos, y muy temibles, los que, no con sus manos precisamente, pero con su soberbia y sus pasiones se forma el hombre, hasta adorarse á sí propio como á Dios, proclamando con impío orgullo: *Homo sibi Deus;* ó bien aspirando en el delirio de ciega y vana filosofía, á *elaborar* á Dios? « Vamos á crear á Dios », exclamaba con pueril y absurda jactancia uno de sus principales y más renombrados adeptos; y Dios llamaba, si no á lo que forjaron sus manos, al caprichoso engendro de su limitada y enfermiza inteligencia. Véase algo de lo que en el capítulo XV de la *Sabiduría* se dice de los forjadores de dioses (1).

¿Qué nos queda, por último, que tomar de estos libros divinos para completar el estudio de nuestra tésis? Nada, sino el llamamiento, no ya de la filosofía sana, que ésta ya hemos dicho que de Dios es y de Dios viene, y la ponemos sobre nuestra cabeza; ni áun de la filosofía séria, por presuntuosa que fuere, y por más descaminada que nos parezca; sino de la falsa, que llamarémos filosofismo, si ha de tener nombre; de la corrupcion del entendimiento y la perversion de la voluntad que anda por esos mundos cegando á muchos, extraviando á muchos y perdiéndolos para la virtud y tambien para las letras. Á ella representa el mismo inspirado autor del *Libro de los Proverbios* (capítulo IX, versículo 17 y siguiente) en una gran meratriz, sentada en lo más alto de la ciudad, y que así solicita á los transeuntes:

---

(1) *Apéndice*, núm. 6.

¡Aguas que son furtivas,
Mucho más suaves;
Y el pan, que está escondido,
Más rico sabe!

¡Vén..... pasajero!
Yo te daré esas aguas.....
De ese pan tengo.

Mas ¡ay! que ella no lo sabe:
Los gigantes allá van,
Y en el fondo del infierno
Sus convidados están.

Quisiera que oyeseis los lamentos de los engañados, de los que usaron mal de su albedrío. Se hallan en el *Libro de la Sabiduría*, capítulo v, desde el versículo 6.° Pero la cita no es corta, aunque sea la última, y prefiero omitirla (1).

Perdonad, Señores, que haya sido harto prolijo este exámen. No creais, sin embargo, que por ello esté siquiera recorrida la miés, ni áun de estos libros que más he estudiado al traducirlos; ni ménos los inagotables tesoros de todo el Antiguo Testamento. No he entresacado las citas de entre lo más florido, ni de lo más poético; ni siquiera os he hecho una de David, ni del libro de Job, donde tan principalmente se presenta el hombre en toda la verdad de su vida y sus dolores, tal como es su ser en el mundo de la peregrinacion, y su divina esperanza para el otro advenidero.

Pero saliendo de las eras bíblicas, pasemos ya al cumplimiento de la promesa, á la venida del Salvador, á la Ley de gracia. Y bien pudiéramos llamarla mejor, desde

(1) *Apéndice*, núm. 7.

el punto de vista en que la consideramos, el reino y la era de la voluntad y del libre albedrío, por lo que en ella más principalmente prevalece, y más gallardamente campea, y más soberanamente se sobrepone. Pocas palabras bastarán á demostrarlo.

Y en efecto, Señores. Recordad cómo se inicia el augusto misterio de nuestra santa Redencion. Aquel primer FIAT que creó la luz y la difundió por el universo, ha de resonar tambien ahora, no ya emanado de la omnipotencia de Dios, sino saliendo de los purísimos labios de una humilde doncella, hija de los hombres, en quien se resume la humanidad entera. FIAT MIHI SECUNDUM VERBUM TUUM; que es decir que sin ese SÍ, sin esa libre voluntad y soberano asentimiento, la Redencion no se hiciera, ni la humanidad fuera restaurada. Mas ¿quién anuncia á la tierra y cómo le anuncian que está ya aquélla cumplida en el tiempo? ¿Á quién ántes que á todos se trae la Buena Nueva? De los cielos baja, tráenla los ángeles; pero ¿á quién? repito. No á las altas inteligencias, no al poder ni á la riqueza, ni á la magnificencia, ni á la hermosura. A la voluntad, á la voluntad que es buena, á los hombres de buena voluntad. *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonæ voluntatis.*

No creais, Señores, que es nueva, ni ménos que es mia esta importante observacion. Con todo el alcance con que la digo, la percibió el Ven. P. Luis de la Puente, insigne jesuita, que no lo es ménos como director de la vida espiritual que como maestro del habla castellana, y con cuyo parentesco, probablemente con doble vínculo, me honro. Permitidme que os repita sus conceptos, que, como otros no ménos elevados, que resaltan en sus obras, he procurado recoger en verso, porque así hieren más, y me-

jor se fijan en el corazon y en el entendimiento. Hállanse éstos en la Meditacion de aquel dia, recogidos en un soneto, que no voy á leeros todo entero.

«¡Gloria á Dios en lo alto, y en la tierra,
De buena voluntad, paz á los hombres!»:
Tal los Ángeles cantan; y á estos nombres
Renace el mundo, el báratro se aterra.

Prosigue el soneto expresando que no se hace este anuncio á los grandes, ni á los poderosos del mundo, ni á los fuertes en la guerra; es, dice,

Es á la voluntad..... cuando no yerra!

Y continúa de esta suerte:

Con que, ¡es la voluntad llave del cielo!
¡Oh gran misterio!..... ¡Oh cántico profundo!.....
¡Dios une á su poder el querer mio!
Levanta ¡oh libre humanidad! tu vuelo:
Por tí, no por el ángel, Dios al mundo
Viene..... y Él te da leyes..... y ¡ALBEDRÍO!

Y en verdad, Señores. Abrid el Evangelio, y veréis si en todas sus páginas no resalta tambien esta gran verdad; si no se sella en él todavía con más encarecimiento que en la ley antigua esta alianza. Por ventura en aquella misma oracion divina, en que se nos enseñó á pedir por el mismo que ha de dar, ¿no se nos invita á decir: HÁGASE TU VOLUNTAD? Que es decir que siempre se nos reconoce el FIAT; que esta misma voluntad de Dios..... ¡oh qué alteza de nuestro sér!..... ni se hace nuestra, ni nos es meritoria hasta que por acto libre nos la apropiamos, y queremos y pedimos que así como en el cielo se realice en la tierra.

¡Siempre á Dios el sacrificio del corazon, siempre el

holocausto de la voluntad! Y esta voluntad está en todo y en todas las cosas, dice San Agustin; ni todos los hombres son otra cosa que voluntades (1). Con razon, pues, dice al hombre el propio Santo Doctor esta enérgica sentencia, que contiene á la par sus más altos títulos y su obligacion: *Qui te creavit sine te, non te salvabit sine te.* ¡El que te crió sin tí, sin tí no te salvará!

Mas no es esto pretender, ni por asomo, que esta libertad sea completamente desligada ni absoluta; nada ménos que eso. Muy por el contrario: porque existe esa obligacion, hay esa libertad; de otra suerte no existiria. Porque ante todo, ¿habeis visto en el mundo algun derecho que no tenga su obligacion correlativa? Y luego, esto hay de singular entre los derechos de Dios y para con Dios, y los derechos puramente humanos; que bien sabido es que sólo el sér inteligente y libre es capaz de derecho y obligacion.

Advertid, Señores, decimos, una diferencia esencial en la generacion del derecho que viene de Dios, y el que crean los hombres, como emanado únicamente de una ley positiva. Porque entre los hombres, la ley positiva que sólo por sí crea el derecho, es necesaria y esencialmente una limitacion de libertad. Y en los derechos que vienen de Dios, por el contrario, hay libertad, porque hay ley. Por donde con cumplida razon dice un filósofo cristiano: «¿Decís que no hay sancion, que no hay recompensa divina? Pues entónces, ¿qué es, ni para qué sirve la libertad? ¿De qué sirve el poder elegir entre el bien y el mal?» (2).

---

(1) *Voluntas est in omnibus: immo omnes nihil aliud quam voluntates sunt.* (Sanct. Agust., lib. xiv *De Civit. Dei*, cap. vi.)

(2) P. de Ravignan, *L'immortalité sanction de la liberté*, conférence 47. — *Œuvres complètes*, tomo iii, pág. 227.

Y ántes lo habia dicho tambien San Agustin, á quien no negará nunca el título de filósofo ningun género de filosofía. *Libertas si tollitur, omnis humana vita subertitur: frustra leges dantur, frustra objurgationes..... neque ulla justitia.....* (Div. Aug., lib. v *De Civ. Dei.*, cap. ix.)

¡Sí, es verdad! Hay derechos del hombre á Dios; que él nos los dió, y ése es nuestro patrimonio y nuestra gloria. Por ello exclama el alma enamorada del Apóstol: ¡Señor, deseo, ansío ser desatado y disuelto, y estar contigo! Sé bien á quién he creido y á quién me he entregado. Guardada está para mí la corona, que en el dia aquel me entregará el justo Juez; y no sólo á mí, sino á todos los que aman y desean su venida (1).

Que hay obligaciones en el hombre para con Dios, para consigo mismo, para con los demas hombres, para llenar todos los fines que le impuso como sér racional, como sociable, como nacido y regenerado para el cielo, ¿quién podría negarlo sin cerrar los ojos á la luz, sin desconocer la idea primordial de todo derecho? «Dios reina cuando yo creo, dice el P. de Ravignan (2), y en la fe es donde plenamente descanso. Y así debia ser, ni puede ménos de ser, porque de no ser así, Dios me habria abandonado, dejándome, sí, la libertad, pero la libertad de la duda y el derecho de la desesperacion.»

Ahora bien; sólo Dios es absoluto, y por lo mismo absolutos son sus dones, los derechos que confiere; y absolutas son tambien las obligaciones que les corresponden. Y ¿sabeis por qué? Porque eterno es Él, y eternas son sus sanciones, é inmortal, á su imágen y semejanza, el

(1) Div. Paul, *ad Timoth.*, cap. iii, versículos 7 y 8.

(2) P. de Ravignan, *Les Droits de Dieu*, conférence 40.— *Œuvres complètes*, tomo iii, pág. 23.

sér que recibe aquéllos y ha de incurrir en éstas. Dios, pues, tiene el derecho de exigirme un convencimiento libre y racional para salvarme, porque me ha impuesto la obligacion de la fe. ¿Sabeis, ahora, cuál es el fruto de esta dependencia y altísima comunicacion recíprocas? Es una vida nueva, una vida divina. El hombre y la sociedad se hallan creados, alimentados, robustecidos, acrecentados, curados, purificados, regidos y multiplicados (1).

Ahora bien; esta vida y esta sociedad tenemos nosotros, hombres racionales, libres, sociables; y estos conceptos, ya los habeis oido al ilustre Académico, asegurándolos con autoridad que, como suya, es tan grande; con la de la razon y la filosofía, que es mayor; y con la idea cristiana, que á todas sobrepuja, y que yo he procurado esclarecer y apoyar en los dos pactos, en las dos alianzas entre Dios y los hombres, ó más bien, en la iniciacion y el complemento, en la Creacion y en la Redencion.

Tenemos al hombre con libre albedrío; pero le tenemos con ley: con leyes humanas, para las cuales y la funcion de la autoridad se funda y ejerce el poder público, y para actos cuya sancion está más allá de la vida, los cuales dirige Dios en la tierra por la fe y por el principio de autoridad. Porque, aparte de la realizacion de los fines del hombre, de los cuales sólo debe cuenta á Dios, dos grandes cosas hay en la vida espiritual de la sociedad (segun el gran filósofo cuya doctrina hemos expuesto), dos grandes objetos: regirse y propagarse en Dios y segun Dios (2).

---

(1) P. de Ravignan, *Les Droits de Dieu*, conférence 40; *Œuvres complètes*, pág. 23.

(2) Idem, *Ibid.*

Dos grandes esferas hay tambien en ella: la esfera judicial y política, y la esfera intelectual, ambas concéntricas, pero de diverso diámetro, de distintos medios y densidad. En la primera, privilegiadamente humana, nada hay absoluto, ni los derechos, ni los deberes. En ello está de acuerdo la filosofía. Cierto es que á los derechos, que con razon no se admiten como absolutos, —y ¿qué pudiera ser ni llamarse absoluto entre los hombres?— en la categoría de los que llama derechos personales, la escuela individualista los califica de absolutos é incondicionales, y afirma que nadie puede ni debe limitarlos. Si sólo se contrajera á la conciencia y al pensamiento, nadie en verdad puede hacer esto por sí en el mundo. Dios solo, que dió estos derechos, puede reclamar su obligacion correlativa; él tiene sanciones á que los hombres no alcanzan, porque bien dice Job: «Por ventura, ¿tienes tú ojos de carne, ni son tus dias como los dias del hombre, ni como los años de éstos son tus tiempos?» (1). Absoluto, pues, no hay ni puede haber nada entre los hombres; lo absoluto siempre es de Dios, ó con relacion á Dios.

Ahora bien; traspasando esta valla, la escuela individualista pura considera los derechos del individuo como incondicionales ó ilimitados, y sólo limitables por sí. Mejor hiciera en llamarlos, cuando mucho, indefinidos (que alguna vez lo son, aunque no siempre); pero ni áun entónces se definen ni se limitan por sí. Pero de absolutos é ilimitados é ilimitables, se dejan ir á calificarlos de *ilegislables;* pasadme la palabra, aunque por primera vez suene entre vosotros, porque es técnica y se deja enten-

(1) Job, cap. x, versículos 4 y 5.

der; ¡así se explicase tan bien la idea! Pero á buena dicha que su análisis no es de este sitio. Yo me contentaré con decir, á propósito de estos derechos, lo que de los imprescriptibles decia el ilustre Bentham, cuya autoridad en estas materias no puede recusarse: «¡Derechos imprescriptibles!..... ¡contra los que siempre se ha prescrito!» Y contra aquéllos se legisla y legislará tambien siempre, por esa delegacion necesaria, impersonal, ó en muchos, ó en pocos, ó en uno, de que nos habla con tanta lucidez el Sr. Rios Rosas, se legislará siempre y en cuanto el derecho individual invada otro derecho individual, y más si invade y perturba la suma de otros derechos individuales. Lo harán los gobiernos en nombre del Estado; pero ni éste ni aquéllos deben hacerlo de una manera absoluta, que sería la absorcion de la individualidad y la supresion de toda libertad, conduciendo á la tiranía en lo político, y en lo económico al socialismo, mutilando al hombre y la obra del Criador; que lo que éste creó á su imágen, fué al individuo, al hombre, no á la sociedad: la sociedad hizo para el hombre sociable; pero á éste no le creó absoluta ni expresamente para la sociedad (1).

Obren, pues, la sociedad y el Estado y los gobiernos, no absolutamente, sino con la medida y en el límite de la necesidad, rechazando nosotros la doctrina de Krausse y sus prosélitos, así como la de Hobbes, Hegel y los suyos. Una y otra conducen á diversos extremos, igualmente peligrosos. Nosotros estudiamos la obra de Dios en la creacion y en el Evangelio, sobre el hombre y sobre la misma sociedad, que han salido de las manos de

---

(1) Véase al Sr. Cánovas del Castillo en su excelente prólogo del tomo IV de las *Obras de D. Nicomédes Pastor-Díaz.*

Dios, y no de las suyas propias: *Ipse fecit nos, et non ipsi nos* (1).

Esta solucion es la de nuestro docto Académico; «el Estado no se considere á sí mismo como un órden de creacion y de produccion; pero tampoco se le atribuyan limitadas funciones de simple represion, ni de simple policía.» La solucion, pues, está en un sistema medio, sobre el cual domina la idea cristiana, que, como dice tambien el Sr. Rios, «establece la libertad intelectual del hombre, proclamando el sistema de la autonomía limitada del hombre y del ciudadano, y la soberanía limitada de la sociedad, con la preponderancia de la idea divina, proclamada por la voz de los siglos sobre la voluntad general contemporánea.» Es un sistema completo, que conserva los derechos del individuo y los de la sociedad, y asegurando el imperio de la Religion, huye tanto de la tiranía, adonde conduce la lógica del uno de dichos extremos, como del socialismo, última consecuencia del Dios-Estado y de sus secuaces y partidarios.

Vengamos ahora al principio de autoridad en materia literaria, que es, por el contrario, de toda nuestra competencia y jurisdiccion.

¿Qué hay en el mundo, Señores, qué hay en la sociedad, en el mundo de las letras, como en cualquiera otro? Ademas de la inteligencia que le creó y le rige, ademas de los hombres que le pueblan, «el mundo (dice un filósofo, el propio P. de Ravignan) vive de hechos y de testimonios: ni la familia ni la sociedad tienen otros fundamentos» (2). Sí, es verdad; el mundo vive de hechos,

---

(1) Psalm. XCIX, v. 3.

(2) P. DE RAVIGNAN, *Les Droits de Dieu*, conférence 40.

y vive de autoridad (de testimonios); y esto en materia literaria áun más que en otra alguna. Permitidme recordaros que el hombre, dotado de inteligencia, de memoria (ciencia ó consejo ó autoridad), de libertad (accion ó voluntad), aplica estos elementos á la realizacion de todos sus actos. Sobre ellos funda el derecho la teoría de los contratos; que se vicie cualquiera de estos elementos, y faltará el contrato; si no hay clara nocion del hecho, si no hay conciencia de él, si no hay libre voluntad para realizarle, la contratacion es imposible; y si se efectúa, viciosa y nula. Aplicad esta teoría á los principios de gobierno y de administracion; si no hay deliberacion (el entendimiento); si no hay consejo (la memoria, la ciencia, la autoridad); si no hay, finalmente, la accion única, la voluntad que decida, ni habrá gobierno ni administracion.

Pues bien, Señores; en materia literaria, si al lado de la inteligencia y de esa libre voluntad (que con razon proclama el Sr. Rios personal y directa), no hay la memoria, es decir, la ciencia, y la autoridad y su consejo, ese libre albedrío funcionará mal; su accion estará llena de peligros é incertidumbre. ¿Sabeis, en efecto, cuál es la memoria de las sociedades? Pues esta memoria es la autoridad. Con ella sabemos lo que saben los más sabios de nuestros contemporáneos, lo que ellos nos recuerdan de los que nos precedieron, propios y extraños; porque (ya lo hemos dicho) «sólo sabemos aquello de que nos acordamos.»

Y con esto solo, ¿quién puede desconocer, ni cómo cabe rechazar la autoridad en el órden literario?

Pero esta autoridad, ¿la tienen todos? ¿la tiene uno? ¿Quién la ha de ejercer? Ya habeis oido la importante

y magistral asercion del Sr. Rios. Si es social y no delegada, claro es que uno no la puede ejercer, porque ni puede hacerlo por cuenta propia (que él es solo, y la sociedad la forman todos), ni, como queda dicho, cabe en ella la delegacion universal. Y en verdad, si á esto ha aspirado alguna vez en el mundo el veleidoso capricho de alguna tiranía, nunca ha sido propósito serio de ningun sistema político, aunque en una mano y una sola voluntad se haya concentrado. Lo que sí tenemos ahora delante de la vista es un grande imperio, que se empeña en proscribir la lengua de la mártir Polonia, bien seguro de que, si lo consigue, con ello matará la religion, la nacionalidad y la patria.

Pero es un hecho social, se dirá, y por tanto, á la sociedad entera corresponde ejercerle. Verdad sería ésta absoluta, si el principio, el supuesto, fuese absoluto. Veamos ahora por qué razon este derecho, que aparentemente es de todos, se ejerce por lo ménos, por las minorías, por cierta especie de aristocracias. Viene esto, á mi entender, de su propia naturaleza. El derecho es de todos, pero no es absoluto, porque nada en el hombre por el hombre puede serlo. Sin negar, pues, á este derecho la alteza de su orígen, Dios, que le dió al hombre como á ser sociable, para dirigirse á Él y para entenderse con sus semejantes, para regirse y regir, y propagar sus conocimientos, le limitó su esfera y ejercicio por la esfera y el ejercicio de igual derecho en otro. Y de la suma de estas segregaciones ó limitaciones, no ejercidas por uno solo, ni acumulables á ninguno en particular, pero existentes necesariamente en alguna parte, y por tanto, en los muchos ó en los ménos, ó en unos y otros, puesto que no pueden ejercitarse ni por todos

ni por uno, formóse como un grupo, una entidad de derecho, que hubo de formalizarse en algunos y de ejercitarse por ellos. Ya verémos cuándo es por los ménos, cuándo por los más. Eslo por los ménos cuando primitivamente se mostraron de ello más capaces, ó por mision ó inspiracion divina, ó por asentimiento de sus contemporáneos, ó, finalmente, porque se halló medio de perpetuar esta tradicion y de acumular estos tesoros. Los hechos sociales pasan así: no se asiste á su generacion primera; pero cabe seguir su curso rio arriba, hasta investigar sus fuentes, ó deducir sus hipótesis. ¿Quién se atreve á trazar su itinerario á la Providencia, ni quién fué su consejero? Pero cabe, sí, recorrer sus sendas y estudiar sus caminos.

¿Sabeis, Señores, por ejemplo, cuáles han sido los sistemas acerca del orígen de las lenguas? Si hoy no hay apénas quien en ellas no reconozca el sello de su orígen divino, ó á lo ménos no convenga en su propia é imprescindible necesidad, ¿cómo se explicaría la disgregacion del lenguaje primitivo en otros diversos, si no fuese por la confusion y el castigo que nos refiere la Biblia, ó cuando ménos, por una necesidad absoluta é indispensable, impuesta por el mismo Dios? Porque cierto es y evidente que sin aquella disgregacion, acaso no cabria explicar la de las razas y las naciones, cuyos principales términos y aledaños forman las lenguas. Son éstas, como hemos indicado, el primer signo y la condicion más especial de toda nacionalidad. Y, por tanto, ni son nunca completamente hermanos, áun á despecho de la topografía, los que no se entienden en una propia lengua, ni hermanos dejarán de ser, por apartados que se hallen, los que la hablan uniforme.

Nosotros, pues, por todas estas consecuencias venimos á parar á la aceptacion del principio que con tanta razon proclama el Sr. Rios Rosas; el principio de libertad en el órden literario, y su necesaria y laudable limitacion, sobre todo en el lenguaje, que es su expresion, por el principio de autoridad que le rige y propaga, ejercida con derecho propio por las minorías, por esos que con tanta elegancia llama el propio San Agustin los pocos y mejores, *pauci optimates.*

Ni crea nadie que por tener el libre arbitrio esta guía, á la cual con tanta razon llama contrapeso el Sr. Rios, es ménos libre; ántes al contrario. Ya lo dice el gran doctor y Obispo de Hipona: «No se quita, no, ni se suprime el libre arbitrio porque recibe asistencia y ayuda; ántes al contrario, porque no se quita es por lo que recibe este auxilio» (1). Ni hay en esta ordenacion y direccion y obediencia nada que sea difícil ni complicado; que no es ménos filosófica y profunda la sentencia con que el propio doctor afirma que nada es tan obvio y natural y fácil á la buena voluntad, como ella á sí misma (2); á que se añade, por último, que para gloria de nuestro sér, y enaltecimiento de nuestra voluntad, no cumplimos con la ley, ni recibimos la justificacion, por imperio de la ley, sino por nuestro libre albedrío (3).

Pero dejemos de comprobar más con citas lo que está en nuestra conciencia y nos es completamente averiguado. El libre juicio en materia literaria reside en todos, y se rige y desenvuelve y se acumula y propaga por mino-

(1) Div. August. *Ad. Hilar.*, Epist. 157.

(2) Idem., Serm. 67.

(3) *Homo justificatur, non per legis imperium, sed per liberum arbitrium.* — Id., *Lib. de spirit. et litt.*, cap. x.

rías, que son cierta especie de aristocracias, cuyo derecho y legitimidad, y orígen y manera de agrupacion hemos ya expuesto.

Estas agrupaciones son las Academias, que con nosotros comparten tan gloriosa tarea y peligrosa obligacion. Y á la nuestra, Señores, á la que por su antigüedad y su asunto es y se llama ESPAÑOLA por excelencia, incumbe el estudio y esplendor y progreso del patrio idioma, que, por desgracia, todavía no se llama *español* sino en el extranjero, siendo aún para España, *castellano*. Aunque, á decir verdad, algo ha adelantado en nuestros dias hácia el deseado objeto de tomar el nombre nacional que le corresponde, debiendo, para cooperar á ello, conservar esta Academia, ante todo y sobre todo, aquel honroso título, que desde su institucion la simboliza (1). Cuánta sea su importancia, ya lo ha oido este ilustrado concurso, que por dicha nuestra nos circunda, y que es para nosotros la representacion de nuestro pueblo, de la nacion entera, ó más bien, de cuantos hablan nuestro idioma, de este lado y del otro lado de los mares, sea cual fuere la agrupacion política, la nacionalidad á que correspondan.

Sí, Señores, nosotros representamos para la sociedad española en materia de lenguaje cuanto hay de permanente, y cuanto debe admitirse de lo que legítimamente llama á sus puertas.

Es éste, en verdad, derecho, carácter y obligacion de

---

(1) Áun en el extranjero, en Francia, por ejemplo, donde no existe esta distincion oficial, es popular, porque es legítima, entre los hombres de letras, y empieza por ser de todos usada hasta que acabe por entrar en la ley. De l'Académie Française es el timbre soberano del hombre de letras que del idioma frances hace estudio profesional.

las sociedades y corporaciones todas, científicas y literarias; pero que ya sabeis cómo y por qué, con derecho propio, y ademas con autoridad impartida y acrecentada, lo ejercen las Academias. Ya lo decia el eminente escritor y filósofo á quien tantas veces hemos citado, pero algunas de cuyas palabras á este propósito no podemos ménos de repetir (1). Sí: los hombres gozamos de razon, podemos y valemos por el lenguaje, pasamos pronto, uno á uno, con rauda muerte, á quienes llega tarde la sabiduría; mudables somos en generaciones que se suceden; pero, sin embargo, en conjunto, colectivamente tomados, perpetuos, y hasta eternos; *cuncti tamen universo genere perpetui.*

Mas, ¿procedeis para ello sin regla ninguna de conducta? ¿Cómo pudiera ser que los que de autoridad y para la autoridad viven, careciesen de ella para ejercer sus funciones? Teneis, Señores, un código, en gran parte escrito; en otra, tradicional: aplicaisle ante todo con el ejemplo, que es la más poderosa de las enseñanzas; y sois ademas y obrais como gran jurado; en el cual, deduciendo vuestra fuerza, parte de vuestro orígen y de vuestro nombramiento, y parte de la acumulacion de doctrina y ejemplos, estudiais el uso y le depurais, decidiendo cuando á decidir sois llamados, proponiendo tal vez, áun cuando directamente no se os pida consulta; aconsejan-

---

(1) *Homines..... ratione gaudentes, oratione pollentes, immortalibus animis, moribundis membris, levibus et anxiis mentibus, brutis et obnoxiis corporibus, similibus erroribus, pervicaci audacia, pertinaci spe, cassoque labore, fortunâ caduca, sigillatim mortales, cuncti tamen universo genere perpetui, vicissim sufficienda prole mutabiles, volucri tempore, tarda sapientiâ, citâ morte, querulâ vitâ terras incolunt.* (Div. August., libro xix *De Civit. Dei*, cap. viii, *ex Apuleio.*)

do, rectificando, nunca imponiendo; que no hay aquí fuerza coercitiva, por lo mismo que el abuso del derecho individual aquí no lastima ni suprime directamente el de ningun otro, y ménos el de la sociedad; lo cual ya hemos visto que acontece en los del órden judicial y político.

Aquel código es el buen gusto, en cuya parte escrita se hallan los preceptos y las teorías y los monumentos y obras de los buenos escritores, y entre ellos, Señores, los de aquel antiguo y buen Horacio, no sólo cortesano de la democracia y de los Césares, que, segun la historia y vuestro Diccionario, son los tiranos que aquélla inconsciente entroniza, desposeyendo á los reyes; sino viva representacion de la cultura y de los vicios de su época. Escarmentado del flujo y reflujo de tantas estériles avenidas políticas, sin otra causa que la perpétua ambicion de las clases patricias, ni más efecto que la proscripcion y la confiscacion, cuando de la antigua República no quedaba más que el nombre, ¿qué valía hacer, como dice Lista y ha querido comentar Vega,

Si era forzosa ya la tiranía?

Porque ¿cómo no acudian á defender la libertad las clases altas, que son su antemural y su guarda?— Horacio es, ademas, por decirlo así, la encarnacion del espíritu académico, ó más bien su adivinacion y pronóstico, y al cual, por lo mismo, parece que en este recinto es debida la defensa, ó cuando ménos, la explicacion ó la excusa (1).

No sé si indirectamente habré acertado á hacerla con el recuerdo de alguno de los vigorosos toques y valederos principios de su inmortal *Epístola* y de alguna otra de

(1) *Apéndice*, núm. 7.

sus obras, en las cuales se muestra hasta espiritual, que no suele ser su más frecuente carácter: séame lícito, ademas, dedicar breve espacio ante el cánon magistral que ha citado nuestro nuevo compañero, y que viene á ser el tema obligado de nuestras tareas. Hablamos del orígen y de la depuracion del lenguaje, cuyo orígen, cuyo arbitrio, cuya norma atribuye él al uso, y por tanto al uso vulgar, al de los más.

Pero ante todo, nótese que el gran legislador habla del renacimiento de los vocablos antiguos, y de que se irán anticuando los corrientes si lo quiere el uso. De esto solo habla; y sólo incidentalmente le atribuye todo aquel poder y autoridad en la materia. Téngase así presente; porque entendida en toda su generalidad, con razon repugna el nuevo Académico tan absoluta jurisdiccion; y siendo así como hasta ahora se ha aplicado la máxima, no es dado sostenerla. Por el contrario, creemos que nada habrá que censurar en ella si el derecho de hacer la lengua se reconoce siempre en todos los que la hablan, y el de darle norma se reserva á esa porcion más escogida, que de hablarla mejor hace profesion. En cuanto al *arbitrium*, es decir, en cuanto á la definitiva decision, no sabemos que pueda negarse tampoco á quien evidentemente la ejerce.

Y si no, ¿cómo se explica que, no ya sólo ciertos vocablos, pero algunas frases, con régimen vicioso se introduzcan y adquieran carta de ciudadanía en el lenguaje, cuando ni nadie las abona, ni nada, en manera alguna, las justifica? Decimos, por ejemplo, á *ojos vistas*, á *pié juntillas*, *en volandas*, *quien ahí te puso ahí te estés*, y otras várias, á las cuales nadie pretenderá echar de la lengua, y que sin embargo, no presentarán pasaporte. *Ovacion*,

el menor de los triunfos que se concedian en Roma, á despecho de toda razon histórica y etimológica, y áun de la Academia, pasa hoy y se entiende, y emplea, aunque viciosamente, no sólo por el más solemne triunfo; por el desusado y descomunal. Así lo quiere el uso, que en resúmen no es juez, pero sí introductor y árbitro del lenguaje. En tiempo, pues, cuando se presentan, ó más bien, ántes de que se asienten palabras nuevas, deben ser consultadas las Academias, las cuales acaso pueden impedir que prevalezcan, si en buena sazon protestan, no sólo proponiendo lo mejor, sino condenando, ó más bien censurando lo vicioso, y expresando con claridad la forma que aconsejan y la que rechazan, con los motivos en que fundan la preferencia y la exclusion. Y así lo ha hecho ésta en estos últimos años, por ejemplo, con las palabras *doks* y *bulevar* que en mal punto y hora trataron de introducirse, y de las cuales la primera fué excluida, por lo ménos, de la ley y del lenguaje oficial; la segunda hasta del vulgar, que la ha sustituido con los nombres de calle, carrera ó corredera, y coso, más castizos y adecuados. Hablára á tiempo la Academia, y la *confeccion* se hubiese quedado relegada en las boticas para las pócimas, y no hubiese usurpado su lugar á la *hechura*, ni áun en las tiendas de modas, donde se ven *almacenes de confeccion*, y se vende la *confeccion* entre las prendas de vestir; ni ménos ¡qué horror! en el lenguaje literario, donde hay *confeccion* de dramas, y de leyes y de reglamentos. *Desapercibido* decíase ántes en España al que estaba desprovisto ó desprevenido; hoy se empeñan, y á poco más lo logren, en que llegue á significar *ni visto ni oido*. *Avalancha* quieren llamar muchos á lo que en Castilla se ha llamado siempre *muelda*, y *alud* en Aragon, constando esto

último en notables escritores contemporáneos (1). *Express*, y áun *expré*, dice hoy la moda á los trenes que, usando la voz castellana heredada de nuestros padres, y que aplicaban á los correos y postillones que iban, como aquéllos, á la ligera y sin detenerse en los puntos intermedios, debiéramos llamar *trenes expresos*. *Talweg* llama hoy la ciencia á lo que en Castilla se llama *vaguada* (por donde va el agua), y esta palabra, con consejo facultativo, hala restituido nuestro *Diccionario*, definiéndola de esta suerte: «El camino por donde va el agua, la línea fundamental que marca el curso del agua en los rios: vale lo mismo que *talweg*, voz alemana que modernamente emplean algunos físicos y geólogos.» ¿Porqué hemos de llamar *piston* á lo que siempre ha sido *émbolo* entre nosotros? Y como éstas, ¡pudieran citarse tantas! ¿A qué buscar gratuitamente signos bárbaros y exóticos, cuando los tenemos propios y castizos?

Pero dejemos estas que parecerán pequeñeces, aunque no lo sean, ni deban serlo para la Academia. A otro terreno de mayor importancia nos llama por despedida de su discurso el Sr. Rios y Rosas, y adonde no pueden ménos de seguirle nuestra afectuosa solicitud y nuestra cortesía. El cual, despues de establecer en el alto puesto que les corresponde, á las Academias, diciéndoles que constituyen la clave del órden literario, y se hallan en la cúspide del órden enseñante, contrayéndose particularmente á la que hoy tiene la dicha de abrirle sus brazos, dirige á sus hermanos estas graves y sentidas palabras, que repetimos textuales por no desvirtuarlas:

---

(1) Y todavía hay otras palabras, *Lurte*, aragonesa; *pellon*, castellana, y áun alguna más que puede registrarse en nuestro Diccionario.

«Usad, pues, de vuestro poder, salvos siempre la libertad y el derecho, ahora como en todos tiempos, y ahora mejor que nunca, con la amplitud, con la seguridad y valerosa confianza que la conviccion y posesion de vuestra doble legitimidad debe inspiraros; porque si en nuestros dias suelen caer á mano airada las instituciones que traspasan su esfera, más imputable y vergonzoso fin les apareja el genio de la época á las que, en medio de la universal actividad, consumiéndose en la inaccion, perecen por el suicidio.»

Estas nobles y levantadas palabras, á la par que compendian vuestra historia, os denuncian graves deberes. Pues bien, Señores; yo creo que es de mi obligacion ahora recordar vuestros antecedentes, exponer cómo á vosotros mismos os los habeis explicado, y qué vida os habeis deducido de ellos, para cumplirlos.

Sois, en verdad, una aristocracia; no sólo porque así, dentro de los fines de la Providencia, cumple á vuestra institucion, y áun á la de toda junta ó grupo que por la eleccion se depura, por la cual á la fuerza propia se acumula la representada; sino porque nacísteis en el seno de la aristocracia espñola, y de su inspiracion, en casa del Señor D. Juan Manuel Fernandez Pacheco, Marqués de Villena, que fué vuestro primer Director.

Era la ocasion adecuada y solemne. Veníais despues de la suma postracion, producida en España por el sucesivo enflaquecimiento é inanicion final de una monarquía poderosa, aunque no española, y la confusion que de ella se reflejó en el idioma, pervertido ademas por la perversion del gusto literario. Entraba asimismo en España otra dinastía, entónces en el apogeo de sus glorias, y entre otras, de una altísima, literaria; pero ambas ex-

tranjeras tambien. Nacíais, pues, en momentos de lucha, y para luchar, así contra la invasion extranjera, como en pro de la patria resurreccion. Os reclutásteis de todas partes; y así, si patriótica y española fué vuestra empresa, y aristocrática vuestra mision, fué democrático vuestro orígen. La nueva dinastía tuvo el buen tino de aceptaros plenamente, y la noble delicadeza de no usurparos, sin embargo, vuestra historia ni vuestra cuna. La Real cédula de 3 de Octubre de 1714, de Felipe V, á quien por ello reconoceis como vuestro fundador, perpetuando su imágen bajo el sólio, como perpétua presidencia de vuestras Juntas, así lo expresa textualmente, haciendo constar que para vuestro establecimiento, «el cual procuraban sujetos de calidad y consumada erudicion, que deseaban trabajar en comun en dicho objeto, el Marqués de Villena habia ofrecido su casa y persona; y que habiendo sido aquél uno de los principales designios que concibió el Rey en su ánimo desde que Dios, la razon y la justicia le llamaron á esta monarquía, aceptaba la representacion hecha por el Marqués de establecer la Academia Española, la cual habia de estar inmediatamente debajo de su amparo y Real proteccion.»

Y en efecto, el Rey honró á los Académicos como parte de su casa, y desde el nido materno de la muy ilustre de Villena, la pasó á otros albergues, hasta que Fernando VI se la dió propia, en la cual nos hallamos hoy conmemorando el dón, que fué merced señalada á las letras.

En aquel propio insigne documento se ordena y dispone cuáles han de ser las tareas de la Academia; é importa no ménos conocer sus palabras, porque de ellas, en rigor, derivan nuestra competencia y jurisdiccion. No puedo citarlas textuales por no alargarme demasiado. «Es,

se dice, el objeto de la Academia estudiar las voces y frases más propias que han usado los autores españoles de mejor nota, advirtiendo las anticuadas y notando las más bárbaras y bajas.» Estos preceptos se vaciaron en los Estatutos que se le dictaron, en los cuales, ademas de la perpétua, inagotable tarea del Diccionario y de la Gramática y demas estudios conexionados con su objeto, se le prescribió por el estatuto segundo del capítulo v lo siguiente: «Que se encargára de examinar algunas obras de prosa y verso, para proponer las reglas que parecieran ser más seguras para el buen gusto, así en el pensar como en el escribir.» Se ve, pues, claramente deslindado y limitado el objeto de nuestra Academia, algo estrecho tal vez, si hoy se dictára; muy bastante, atendida la época en que se proponía y designaba.

Nació la Academia, no sin envidias y contràdicciones; que, ¿cuándo ha dejado de tenerlas cosa que nazca con medros y con indicios de acrecentarlos? Pero nació, sin embargo, con aceptacion pública, con el favor del público. Repasad la cronología de estos sillones, y veréis que en ella está compendiada la historia literaria y áun la política de nuestra nacion, desde que existe la Academia. Y, sin embargo, hay que decir muy alto, para gloria de la misma, que nunca, ni por propia iniciativa, ni traida por sus individuos, ha penetrado en este recinto la política. Cierto que alguna vez ha sentido las garras de ella dentro de su seno: la primera, cuando el decreto de proscripcion de los Jesuitas arrancó de él á beneméritos individuos; ejemplo de triste recordacion, que alguna otra vez ha tenido imitadores. La Academia ha protestado siempre contra estas injusticias y violencias, viniesen de donde vinieran. En ella nunca ha habido partidos, no digo políticos, pero ni

literarios siquiera. Todos han cabido aquí, todos han trabajado juntos en bien de la patria y de la lengua, con más ó ménos gloria de cada uno, con grande y cierta y merecida alabanza del Cuerpo.

Decíamos que la Academia ha caminado siempre con el favor público; debemos añadir tambien que con la confianza de todos los poderes. Del trono ya hemos hablado; nunca se ejerció censura sobre nada de cuanto aquí se elaboró y publicó; la Iglesia, por Breve de la Santidad de Pío VI, de 2 de Abril de 1777, autorizó al Director de la Academia para que concediese á sus individuos facultad de leer toda clase de libros. Y, sin embargo, ni este, ni ningun otro género de privilegios ha solicitado nunca este Cuerpo.

Los hombres de letras se apresuraban á concurrir á sus certámenes, dóciles á su llamamiento: por ellos pasaron ambos Moratines, Meléndez y Forner, haciendo en ellos sus primeras armas, ántes de venir á sentarse en sus escaños, ó de adquirir el merecido puesto que ocupan en la república de las letras.

Esta confianza, en verdad, si bien fué congénita con la Academia, ni fué gratuita, ni dejó de ser debidamente agradecida y justificada. Laboriosos fueron, en efecto, y en gran manera, los primeros años de la Academia. Iniciada, como hemos visto, en 1713, á poco tiempo aparecía ya la primera edicion de su Diccionario; en 1720 veía la luz pública el de Autoridades, que consta de seis tomos en fólio, abultados, de esmerada impresion, á expensas de su Real Patrono y fundador, cuya edicion cedió en beneficio de la propia Academia; y cuya aceptacion fué tal, y tan rápido su consumo, que, concluido su último tomo en 1739, pocos años despues, en 1753,

era necesario acordar otra nueva, que en efecto se emprendió, aunque por desgracia hubo que suspenderla despues.

Los acontecimientos políticos que desde la muerte de Cárlos III sobrevinieron á España, y cuyos tristes recuerdos no necesito evocar; la gloriosa guerra de la Independencia y las convulsiones interiores que la prepararon y siguieron, fueron causa de que en algun tanto aflojase aquel primero y generoso ímpetu; pero el fuego sagrado no se apagó ya jamas. Menudeaban y sucedíanse las ediciones del *Diccionario* vulgar, de la *Gramática* y de la *Ortografía;* veían la luz pública la del *Fuero-Juzgo*, las esmeradas y enriquecidas del *Quijote*, entre otras, la famosa que en 1780 ennobleció á la Academia é ilustró las prensas de Ibarra, y las de otros escritores clásicos, reproduciéndose con más ó ménos intervalo, pero sin olvidarse nunca, los certámenes y concursos; hasta que en la aurora de 1820 creyó la Academia ver mejores dias para la patria y para sus profesionales tareas, y la saludó tambien, haciendo de su parabien asunto de público certámen, que ganó Musso y Valiente, que tanto habia de enaltecerla despues. Volvió despues á recaer la Academia en su abatimiento, hasta que en ella tuvieron eco los graves acontecimientos de 1833 á 34.

Un notable discurso de su actual Director ha hecho observar que el ingreso en ella de D. Manuel Breton de los Herreros fué la señal de una verdadera, aunque pacífica revolucion. Era esto en Junio de 1837. La justicia exige que yo haga constar aquí que siete meses ántes le habia precedido en la Academia el propio D. Mariano Roca de Togores, de quien ha partido en nuestros tiempos el impulso y la reforma de la Academia.

Como quiera, con uno y otro abríase paso en ella el

espíritu contemporáneo, y prescindíase de rancias candidaturas. En pos de ambos penetraban Bigüezal, Seoane, Vega, Escosura, Pacheco, el Duque de Rivas, Durán, Mesonero Romanos, Pidal, Ochoa, Segovia, Olivan, Hartzenbusch, Pastor Díaz, Bálmes, Donoso, Baralt, otros muchos, en fin, cuyas elecciones tuvieron tan gloriosos efectos y clarísimas significaciones.

Pero hablemos de la reforma. El espíritu moderno, despues de haber penetrado dentro, arreglaba ya en la esfera del Gobierno la planta y traza de la Academia, y la adaptaba á nuevos empleos. Cupo la gloria de esta reforma al Marqués de Molins, que, como Ministro de Comercio, Instruccion y Obras públicas, preparó y refrendó el Real decreto de 10 de Marzo de 1847. Y lo primero á que en él dió libertad fué al sistema de eleccion. La Academia, desde entónces, se reclutó donde quiera. Venían á ella, unos como término y coronacion de largas y honrosas carreras; otros recibian su investidura como premio de brillantes servicios; tal cual, como poderoso estímulo para mayores medros literarios; algunos, finalmente, vinieron, si no exclusivamente traidos por la política, sí acompañados ó introducidos por ella. Lo cual tienen algunos por falta, sin que á nosotros lo parezca, siempre que de ello no se abuse: el elemento político es, á nuestro ver, indispensable en el dia, en una Corporacion que, para ser útil, y vivir á la altura de su institucion, necesita poseer en su seno y reflejar de él todas las fuerzas vitales de la sociedad. Para ello se amplió el número de los Académicos, y se suprimieron todas las categorías. Todos su individuos entran desde entónces por la misma puerta, y sin perder cada uno su individualidad en el Cuerpo colectivo; todos son iguales;

todos participan de su responsabilidad y de su gloria.

Llena la Academia su encargo, no inventando nuevos caminos, ni giros, ni palabras, sino como guardadora de la lengua, recontando sus tesoros, visitando sus archivos y rebuscando en sus arsenales. Para el objeto y para la idea antiguos, ántes de darse á discurrir nuevas y peligrosas innovaciones, ó de erigirse en árbitra, busca el signo antiguo, la frase autorizada. Aunque del uso reciba datos, los aquilata y contrasta, sin que por ello sus individuos dejen de usar de la iniciativa que, como á todo español, les compete, ensayando de su cuenta y riesgo cualquier innovacion. Al uso toca fallar acerca de ellas; á la Academia, en tarea que ya hemos dicho que no acaba nunca, avalorar estos ejemplos y autoridades, y admitir ó no la palabra ó la frase, venga de donde venga; aunque naturalmente dé más fácil entrada á las que nacen en casa, con genuina ascendencia, y meditada y consultada y bien contorneada formacion.

Ahora, para los signos de las ideas nuevas, ó de los nuevos objetos y descubrimientos, no es con mucho tan severa, ni debe serlo, la Academia. Rara vez usa en ello de iniciativa propia; hácelo más frecuentemente en virtud de requerimiento ó pregunta del Gobierno, ó de alguna otra autoridad, cuando han tenido el buen tino de consultarla. Es, pues, visto que la Academia es tribunal de apelacion para quien á ella recurre; criterio vivo en materia literaria, que ni se impone ni tiraniza; pero que responde fiel y lealmente cuando es consultada.

Ahora bien; ¿de qué medios se vale la Academia para realizar estos fines? Su primera y más indispensable condicion es la de vivir en paz consigo misma y con todas las instituciones del Estado. Deferente al Gobierno, pero

con vida propia, y distante de él: un enlace demasiado estrecho la ahogaría; pretendiendo darla fuerza, le quitaría, en efecto, libertad y autoridad.

La Academia, pues, nunca ha pretendido favores del Gobierno, ni para ninguna de sus costosas ediciones ha pedido el apoyo del presupuesto; ántes ha preferido no hacerlas. No ha solicitado privilegios; ni, aceptándolos agradecida, ha reclamado nunca su cumplimiento, ni áun privada y confidencialmente, para su Gramática, su Ortografía y Diccionario. Por medio de las dos primeras influye poderosamente en la enseñanza y sobre las nuevas generaciones, sin perjuicio de hacerlo en los adultos que se prestan á consultar y estudiar. Por el Diccionario influye sobre todos los que le manejan, lo cual hacen sin afrentarse, instruidos é ignorantes, tanto los que aprender desean, como los que sólo necesitan recordar ó fijar sus ideas.

Cuánta haya sido la influencia que estos medios han ejercido, fácil es de apreciar. No hay más que ver cuánto se ha purificado de pocos años á esta parte el lenguaje escrito, cuántas monstruosas é incoherentes formas se han abandonado, y cuánto ha contribuido la reforma á la claridad y permanencia de la palabra escrita, poniéndola á cubierto de bárbaras invasiones, debajo de las cuales estuvo ya á punto de perecer. Y sobre todo, si áun así hay tanto que desear, ¿qué sería si no hubiese existido ó no existiese la Academia?

Ademas de esto, la Academia á todos oye, y á ninguno desdeña, ni propios ni extraños; y cuando se busca la verdad con desinteres y sin preocupaciones de escuela, abriendo los ojos á la luz, y cerrando los oidos á las sugestiones del amor propio, la verdad no puede ménos

de hallarse, si no absolutamente siempre, á lo ménos, de seguro, la mayor parte de las veces.

¿Puede la Academia errar ni extraviarse por este camino? Ciertamente que no, porque no le lleva á solas con su propio consejo, sino que va con el de todos, á la luz del dia, pidiendo á todos su concurso, para con todos dividir su responsabilidad y la gloria del acierto. Pero veamos cómo á él contribuyen de consuno la direccion que por nueva via le ha abierto el Gobierno, y la que ella á sí propia se ha labrado y desenvuelto.

Los Estatutos de la Academia, nuevamente reformados en 25 de Agosto de 1859, por quien de dentro la conocia, y gloriosamente de sus trabajos participa, el señor D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, la han traido vida más laboriosa, pidiéndole diferentes obras (1). Todas se han puesto en planta. De algunas ha visto muestras el público, como de la *Biblioteca de escritores clásicos* (2). De otras, como las de Cervántes y Lope de Vega, se han hecho trabajos importantes, que no se pueden publicar por falta de recursos. Para llevar estas tareas, la Academia comprendió desde luégo que necesitaba VIVIR VIDA PROPIA, VIDA COMUN Y AL AIRE LIBRE.

Vamos á explicar brevemente estas frases. Por la primera significamos vida independiente del Gobierno y de toda bandería política, y de cualquier otra Corporacion. Nada de afiliarse en ningun partido, nada de discusion sobre estas materias, ni áun en lo más íntimo de su hogar; nada, finalmente, de renunciar á su autonomía. Vi-

---

(1) Refrendó el Decreto el Sr. Marqués de Corvera.

(2) Van publicados siete tomos; se hallan dispuestos para la estampa otros muchos, que no salen á luz por falta de fondos.

vir lo más posible fuera de la esfera oficial, ser hermana de todas las demas Academias, la hermana mayor (sólo por la edad), pero sin absorber á nadie, ni ser de nadie absorbida.

Vida comun. La propia de las demas Corporaciones: es más, la de los demas ciudadanos; participar, sí, de la accion y responsabilidad colectiva, sin lo cual no habria Academia; pero dejando á salvo la iniciativa y la actividad individual; ántes excitándolas y respetándolas siempre; poniéndolas á rédito, pero sin absorcion del capital, ni áun de todos sus productos, y sí sólo tomando de éstos en justa medida y proporcion.

Así, pues, ante todo, estar en contacto con el mundo y la sociedad, atento el oido á cuanto de fuera viniere. La Academia por esto, y llamando así la participacion de todos, vida comun hace, con todos vive, y por ello prevalece y dura. Y porque tiene la razon de todos, y no sólo la suya propia, puede aspirar á ejercer más autoridad en las materias de su competencia que cualquiera otra individualidad, por alta y caracterizada que fuere.

Vida en público, vida al aire libre: por lo cual se significa que todos sepan sus principios, y tomen cuenta de sus actos, para que á todos conste la verdad de cuanto hace y cuanto dice. Y esto no con afectacion, que siempre implica artificio, sino con plena naturalidad, como quien haciéndolo vive en su atmósfera, fuera de la cual perecería, ó de asfixia, ó de inanicion.

Así, pues, ha sido uno de los primeros cuidados de la Academia en nuestra época, estudiar y exponer al público sus antecedentes, trazar la historia de todas y cada una de sus sillas, publicar sus Memorias, dando en ellas á conocer lo que fué en su interior en aquellos tiempos

en que no se daba á luz; lo que es hoy, que por todas partes se transparenta. Públicos son sus gozos y sus alegrías, sus sufragios por los muertos, sus concursos entre los vivos, la admision de sus nuevos miembros, la inauguracion anual de sus trabajos con un discurso literario y el resúmen de sus actas del propio año, que hace su Secretario, así como el exámen trienal, que verifica su Director; en cuyo período le es obligatorio volver la vista atras para mirar luégo adelante, contemplar el camino andado, ántes de ver el que se desenvuelve á su vista. Al público pone en la confianza de sus trabajos; y nada importa que éste, ó distraido ó preocupado, ni atienda ni entienda. A la manera que el encerrado en una habitacion, si le es negada la libertad, á lo ménos se procura ventilacion, abriendo las ventanas para tener aire y luz con que respirar y ver y vivir, el primer é indeclinable efecto de la publicidad se obra sobre el que la profesa y la busca. Si le importa ser oido, todavía le importa más haber hablado; no estar en secuestro, ni voluntario; ni áun el hecho importa tanto como el deseo.

Siendo éstos los principios reguladores de la Academia, veamos cómo los ha realizado en la práctica.

Lo primero fué formarse un plan de tareas literarias, y distinguir entre éstas, unas que le son esenciales, de otras, que, estando conexionadas con su institucion, no son parte de ella misma.

Las primeras son la Gramática y el Diccionario, comprendiendo en esta categoría el *vulgar*, repertorio de la lengua contemporánea, y el *de Autoridades*, arsenal de donde aquél toma gran parte de sus tesoros. Pues la Gramática y estos Diccionarios, háselos reservado para sí, y los trabaja en cuerpo la Academia, aunque por sus comi-

siones los prepare. Otros trabajos, muy importantes sin duda, pero ménos directos, los confia á la actividad individual, estimulándola con el aliciente poderoso de dejar al escritor la honra y áun parte del provecho de su trabajo, que ve la luz pública con su nombre propio, aunque bajo el manto de la Corporacion.

Consulta en ello ésta hábilmente, así el espíritu de nuestra generacion, como los resortes del corazon humano. No es ésta, no, época de grandes abnegaciones. Léjos de eso, lo que hay que moderar es el predominio de la individualidad. Podrá censurarse cuanto se quiera este egoismo; mas como quiera, si no es única palanca de nuestra sociedad, es por lo ménos rueda eficaz que conviene no desaprovechar; y donde ya se exige á los hombres que trabajen en cómun, bien es dejarles su parte de accion en la esfera privada, retirando de ella, como ya hemos dicho, gran cosecha de bien público, y alguna parte de acrecentamiento al acervo comun de lustre y de gloria y de importáncia para la Academia.

Ni es ménos singular en ella la imparcialidad con que recibe las críticas que se le hacen, unas veces admitiendo en su seno, y otras premiando á escritores, que han tenido á bien censurarla, no siempre con justicia, y áun alguna vez con amargura; y dando el laurel en los concursos á escritos en que contra ella se ejercia una crítica justa y mesurada, aunque fuese algun tanto severa. Quien de esta suerte busca la verdad, bien merece encontrarla, logrando público auxilio y general asentimiento.

Falta, sin embargo, otro rasgo característico de esta Academia: el justificar siempre con constante afan su título de Española.

Su gran principio es no tener por extranjero á nadie

que como propio hable nuestro idioma. A través de los mares, y por encima de las discordias y rencores, que todavía separan más que los mares, los pueblos de América que hablan la lengua de Cervántes, son para sus hijos, son nuestros hermanos. Áun en tiempos en que ardia la guerra con mayor encarnizamiento, en el seno de esta Academia se han sentado siempre como correspondientes, ciudadanos de las Repúblicas americanas, que si en Madrid residieran, fueran de número, como lo han sido ó son D. Ventura de la Vega, D. Rafael María Baralt, el Conde de Cheste y el que en estos momentos dirige su voz á la Academia (1), todos cuatro americanos, nacidos en aquel continente; y D. José Joaquin de Mora, que, aunque nacido en España, era en cierta manera americano más que español. Consúltense los anales de la Academia, véanse sus catálogos.

Hoy, que entre otras desdichas, á lo ménos por aquel lado parece sonreirnos la paz, el deseo de algunos ilustres literatos de aquellos países se ha encontrado con el nuestro, abrazándose en el camino con ósculo de verdadera fraternidad. Ese ósculo ha sido fecundo; y España y Améca y el orbe civilizado deben saber que en adelante la Academia Española, es decir, la lengua y la literatura españolas, comun patrimonio de cuantos hablan aquélla, se reflejarán, ó más bien se hallarán reproducidas en aquellos apartados países, por medio de Academias correspondientes de la nuestra, cuyo núcleo serán los que en ellos fueren ya académicos nuestros, y los que ellos propongan.

Nada de dependencia, nada de intervencion de los go-

(1) El autor de este discurso nació en Méjico.

biernos, ninguna mira política. Son los intereses de la lengua y de la literatura, que por sí solos son ya una patria y verdadera fraternidad, los que en comun cultivamos, los que tratamos de proteger y de fomentar. No; ni Madrid ni España son por sí solos bastantes para regir ni imponer el idioma que fuera de nuestra Península hablan más de veinte millones de habitantes; es decir, mayor número de los que lo usan en España. Se necesitan el cultivo y la adhesion de parte tan principal de la comunion española, que ademas de ser de nuestra raza, adoran al mismo Dios, y, en su inmensa mayoría, con la propia religion. No: para la lengua no habrá ya entre España y las Américas que españolas fueron, ni aduanas ni fronteras. Volvemos á repetirlo: para la Academia Española no es extranjero nadie que como propia hable la lengua española ó castellana, la lengua de Cervántes; esa lengua, de que (como enérgicamente, y con su bizarro natural desenfado decia, en el memorable informe que ha producido este inmortal acuerdo, el Sr. D. Patricio de la Escosura) usábamos hasta para maldecirnos, y que de hoy más sólo emplearémos para amarnos, para proteger nuestras relaciones é intereses filológicos y literarios, y finalmente, para acrecentar sus tesoros, de que unos y otros, no con mengua de ninguno, sino con mutuo crecimiento, todos participamos. Digno es, en verdad, este rasgo de cerrar el cuadro que apresuradamente bosquejamos (1).

Tal es, en suma, la Academia Española. ¿Cumple con su objeto? ¿Va por el buen camino? ¿Acierta á realizarlo? Dígase con imparcialidad. Áun siendo afirmativo el

(1) *Apéndice*, núm. 9.

fallo, no se dirá con ello que no quede mucho que hacer, que no quepa perfeccionar. Ésta es condicion imprescindible de todas las instituciones humanas, y especialmente de las que, nacidas de antiguo, tienen que amoldarse á otro espíritu y otra época, tan diferentes de los que las vieron nacer. Entre la Real Academia palaciega del nieto de Luis XIV, y la Academia Española de 1871, si permanecen idénticos el nombre y el objeto y la razon de ser, gran diferencia hay en verdad; sin que por ello haya la última ni abjurado de su gloria y de su primogenitura, ni roto la menor de sus tradiciones.

Una y otra son la colmena que abriga laboriosos huéspedes; una y otra LIMPIAN, FIJAN Y DAN ESPLENDOR al habla castellana, y promueven el culto de toda buena literatura; ambas, en fin, ó más bien una misma, la Academia Española, llena su objeto de representar y ejercer el principio de autoridad en materia literaria, en cuanto dice relacion con la lengua, que, con el Manco de Lepanto, hablaron Santa Teresa y los dos Luises, y Calderon y Mariana.

En tal situacion, resuena en su recinto una voz amiga y eminentemente autorizada, que la llama á mayores destinos, que le denuncia estrechas y apremiantes obligaciones en nombre de su propia institucion. ¿Qué ha de hacer, ni qué responderá la Academia? Ante todo, saludar á quien tan digna y levantadamente la saluda y apostrofa, tendiéndole los brazos y abriéndole ella su propio corazon. Despues, por esta puerta, salir hácia él, y hácia el público tambien, á la España de dos mundos, y al público del mundo civilizado, mostrándose tal cual es, y diciendo en resúmen: «que si mayor autoridad ha de ejercer, esta autoridad no se impone ni áun se exige, sino

que se agradece y se acepta. Esta autoridad nueva, de fuera le ha de venir; de parte del Gobierno, únicamente con la confianza; de la de la nacion, con el favor público; con que éste dilate las fronteras de la Academia; con la confianza tambien; con cooperacion y deferencia; con el crédito y la adhesion. Y esto tambien en gran manera han de asegurárselo candidaturas tan legítimas y caracterizadas como la del Sr. Rios y Rosas, que aparte de sus bien asentados títulos literarios, trae la incontrastable autoridad de su conviccion y de su palabra, de su proverbial desinteres y significacion elevadísima.

Bien llegado, pues, sea á estos escaños, como dije al principio de este desaliñado discurso; donde en nombre de la Academia, y llevando la voz de su ilustre Director, salgo á darle la bienvenida. Y ya que mi abrazo no pueda nunca equivocarlo con otro abrazo, piense que es eco mi voz de las de Pacheco y de Pastor Díaz, y que con éstos, asisten á recibirle cuantos Académicos he nombrado, sus maestros, amigos y contemporáneos, los que le precedieron en su sillon, y que él ha retratado al final de su elocuente Discurso con tan vivos colores, con tan verídicos lineamientos. Yo, finalmente, pienso que á esta solemnidad sonríe benévola la Academia toda desde su creacion, y entre ella el inmortal autor de la *Ley Agraria*, D. Gaspar Melchor de Jovellanos, con quien tiene más de un punto de contacto el nuevo Académico, entre otros, por la firmeza de sus propósitos, por la consecuencia en sus principios y la inquebrantable rectitud de su ánimo. Por lo cual, si no es ilusion del deseo ó acaloramiento de la fantasía, parécenos como que se levanta y le hace hueco para asentarle á su lado.

He dicho.

APÉNDICES.

NÚMERO 1.

Tú, Señor Dios, Tú todo lo dispones (1)
En número cabal, medida y peso;
Tú siempre tienes tu poder á mano:
¿Quién tu brazo á arrostrar vale soberbio?
Un grano en fidelísima balanza
Es todo el mundo ante tu faz, entero;
Ó leve gota de sutil rocío,
Que el alba, al despuntar, desciende al suelo.
Mas tú tienes ¡oh Dios! misericordia
De todos; Tú, magnánimo y eterno;
Y al hombre sus pecados disimulas
Porque haga penitencia de sus yerros.
Que amas, clemente, á cuanto tiene vida,
Y nada odias, Señor, de cuanto has hecho,
Tú..... nada, aborreciéndolo, criaste;
De no..... ni hecho lo hubieras, ni dispuesto.
¿Qué cosa durará si Tú no quieres,
Ó cuál puede vivir sin tu precepto?
Mas sois, mi Dios, perdonador de todos;
Que las almas amais y ¡todo es vuestro!

NÚMERO 2.

El Autor de la vida soberano (2)
No es quien hizo la muerte; de las cosas
Él no en la perdicion goza inhumano:
Él las crió para vivir hermosas,
Para eternas durar en su presencia,
Inocentes y al hombre provechosas.
No en ellas inficion ni pestilencia

(1) *Sapient.*, cap. II, v. 21 *ad finem.*
(2) *Sapient.*, cap. I, v. 13 *ad* 15, *amb. inclus.*

Puso, ni nunca al cetro del infierno
Este mundo entregó su providencia.
Ántes, dón de bondad, cual padre tierno
El trono alzó de la justicia santo,
Como Dios inmortal, cual Dios eterno.

NÚMERO 3.

Más vale sabiduría (1)
Que no el poder ni las fuerzas;
Más vale el varon prudente
Que el que de fuerte se precia:
Escuchadme pues, ¡oh Reyes!
Prestadme la atencion vuestra,
Y aprended los que juzgais
Los ámbitos de la tierra.
Dad oido á mis palabras
Los que gobernais sus riendas,
Ó bien de muchas naciones
Os gozais con la obediencia.
Porque por Dios os fué dada
La autoridad y su alteza,
Y sólo de Dios proviene
Ese vigor que os rodea.
Él pesará vuestras obras;
Pedir há razon y cuenta,
Inquirirá el pensamiento,
Escrutará las ideas;
Por cuanto, siendo ministros
De su imperio y grey inmensa,
De ese imperio universal
Que todos los orbes cerca,
Con rectitud no juzgasteis,
Ni ley guardasteis derecha,
Ni á su voluntad conformes
Anduvísteis vuestras sendas,
Dios caerá sobre vosotros,
Como tempestad que truena;
Que juicio muy apretado
Se hará á aquellos que gobiernan.
Que cabe misericordia
Con gente pobre y pequeña;
Mas contra los poderosos
Rigurosa cuenta espera.
No hay acepcion de personas,
Del Señor en la presencia,
Y Él á grandeza ninguna
Ningun miramiento observa.
Porque el grande y el pequeño

(1) *Sapient.*, cap. VI, v. 1 *ad* 9 *et* 13 *ad* 21, *et* 24 *ad finem.*

Hechuras son de su diestra :
Del uno y del otro cuida;
Pero al más fuerte, más fuerza.
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
Luz es la sabiduría
Que no se apaga ni cesa;
Se aparece al que la ama,
Y quien la busca, la encuentra.
A los que en pos de ella salen
Tómales la delantera,
Ella les sale al encuentro
Y propicia se les muestra.
Quien por hallarla, madruga,
No habrá fatiga ni pena;
Que se la hallará sentada
En el umbral de su puerta.
Tenerla en el pensamiento
Es consumada prudencia,
Y presto entrará en reposo
Quien por amor de ella vela.
Ella va por todas partes
Buscando á quien la merezca,
Y por todos los caminos
Preséntase placentera.
A sus amigos saluda
Y en toda ocasion ó prueba
Cariñosa le sonrie
Y á su lado se les sienta.
Fuente de sabiduría
Es viva sed de tenerla;
Y procurar instruirse,
De amarla segura muestra.
Amarla es guardar sus leyes,
Y guardar sus leyes rectas
Es la pureza del alma,
Que es su más rica presea.
Ahora bien; con Dios, su centro,
Une al alma la pureza,
Con que de sabiduría
La sed al cielo nos lleva.
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
De Dios los altos misterios
Callaros mi voz no piensa;
Que subiré hasta su orígen
Y hasta su causa primera.
Pondré en claro su noticia
Sin robar ápice ó letra;
La verdad no ha de callarse;

Gran joya, que siempre es deuda.
Lo que haré es no acompañarme
Con quien de envidia se seca;
Que no tendrá el envidioso
De este saber, ni centella.
La muchedumbre de sabios
Es corona de la tierra,
Y un Rey sabio firme apoyo
Del pueblo que señorea.
Recibid, pues, la instruccion
Con mis palabras: son perlas.
¡Venturoso el que las oye.....
Y más..... si las aprovecha!

NÚMERO 4.

Dios romperá las tramas del malvado (1);
Pero no al justo afligirá con hambres:
Mano floja, miserias acarrea;
Oro la activa, crea y lo reparte.
Quien en mentiras fútiles se apoya,
De vientos se alimenta y tempestades,
E incierto va, como el que vago giro
Quiere seguir de voladoras aves.
El que hace parva en miés es hijo sabio;
Quien ronca en la cosecha es un cobarde.
. . . . . .
. . . . . .
Al necio han de azotarle por sus labios
Y las desdichas que con ellos cause.
Vena de vida y manantial de bienes
Es la boca del justo si la abre;
La del impío, por su mal y afrenta,
Es de maldad sin fondo oculto cauce.
Rencillas mueve el ódio y las levanta;
Cubre la caridad todos los males;
Saber hay en los labios del prudente;
Al insensato, el látigo delante.
Los sabios, cual recóndito tesoro
El saber guardan sin hacer alarde;
Mas la boca del necio tiene juntas
La confusion y la vergüenza infame.
Las riquezas del rico son su alcázar,
Do su poder y fortaleza labre;
La miseria es el susto de los pobres,
Que sus dolientes ánimos abate.
La obra del justo hácia la vida tiende;
La del impío á la maldad, su imágen;
Senda de vida á quien lecciones guarda;

(1) *Proverbior.*, cap. x, v. 3 *ad* 5, *et* 10 *ad* 21.

Mas quien las abandona, vaga errante.
Del embustero vil los propios labios
Odio esconden en todos sus disfraces,
Y es necio y es cobarde é insensato
Quien siembra agravios y los echa al aire.
No faltará pecado donde quiera
Que, aunque sin intencion, mucho se hable;
Mas se acreditará de muy prudente
El que siempre á sus labios pone cárcel.
Es la lengua del justo tersa plata
Ú oro de subidísimos quilates;
Mas..... polvo el corazon de los impíos.....
Ménos que polvo vil..... que á nada vale.
Á muchos enseñanza son del justo
Los labios, y hácia el bien á muchos traen,
Del corazon en su pobreza, el necio,
A todo estéril, desfallece y cae.

NÚMERO 5.

Quien su lengua custodia y tiene en calma (1),
Ese guarda su alma;
Mas aquel que á su hablar no pone coto,
Sentirá el mal, ó próximo ó remoto,
El perezoso entre deseos muere,
Porque quiere y no quiere;
Mas aquel que trabaja,
Ese logra ventaja.
. . . . . .
. . . . . .
Hay quien rico parece, y que le sobre,
Aun cuando viva pobre;
Y otro al que pasa pide que se apiade,
Aunque en riquezas nade;
Que al avaro le falta lo que tiene
Y lo que nunca obtiene.
. . . . . .
. . . . . .
Breve merma el caudal que se hace presto
Y con ímpetu loco;
Crece y se multiplica bien dispuesto
El que se va agregando poco á poco.
Aflige el alma triste la esperanza
Que diferida veo;
Árbol de vida, en contra, es el deseo
Que cumplimiento alcanza.
El que de algo murmura
Para el tanto se obliga en adelante;
Quien del precepto cura

(1) *Proverbior.*, cap. XIII, v. 3, 4, 7, 11, 13 *et* 17.

Y le cumple constante,
Del acierto en la senda va delante.
. . . . . .
. . . . . .
Procede en todo el cuerdo con consejo;
El necio desde luego suelta prenda;
Su propia necedad pone en concejo.
Pobre y rico se hallarán;
Que se necesitarán
Ambos á dos,
Porque á ambos los hizo Dios (1).

NÚMERO 6.

LIBRO DE LA SABIDURÍA.

CAPÍTULO XV.

Tu autem, Deus noster, suavis et verus es, patiens, et in misericordia disponens omnia.

Mas tú eres veraz, benigno (2),
Y sufrido, ¡oh Dios eterno!
Y con gran misericordia
Riges de este mundo el cetro.
Si pecamos, tuyos somos,
Sabiendo, como sabemos,
Tu saber y tu grandeza,
Que no han espacio ni tiempo.
Si no pecamos, nos cuentas
Entre tus hijos ó aceptos;
Con fe viva conocerte
Es de justicia el extremo;
Y conocer tu justicia
Y tu poder tan excelso
Es el principio seguro
Para vivir en los cielos.
Ni humana invencion alguna
Nos ha inducido á estos yerros,
Ni un a te mal empleado,
Ni el vano artificio hueco
De sombras de una pintura,
Ni estatua de escultor diestro
Que entalla el cincel, y esmaltan
Colores de hábil concierto,
Cuya vista al insensato
Mueve á criminal deseo,
Que la vana compostura

(1) *Proverbior.*, cap. XXII, v. 2.
(2) *Sapient.*, cap. XV, v. 6 *et* 9 *ad* 12, *et* 15 *ad* 17.

Ama de un retrato muerto.
  Los amadores del mal
Dignos en tales objetos
Son de poner su esperanza;
Que por Dioses los hubieron.
  Dignos tambien sus artífices
Y lo que labraron ellos;
Los amantes de estas obras
Y los que culto les dieron.
  Mas como la blanda greda
Manipula el alfarero,
Y á costa de su trabajo
Fabrica vasos diversos,
  Unos para nobles usos,
Otras á más vil empleo,
Y es árbitro del destino
A que le place traerlos;
  Que si con el barro mismo
Le agrada con vano esmero,
Hacer un Dios, á él..... mortal,
Que tambien de tierra hecho
  Fué hace poco, y volverá
A dar á la tierra el cuerpo,
La deuda en tanto del alma
A quien se la dió volviendo;
  El no se cura jamas
De su trabajo, ni, cierto,
La brevedad de la vida
Ocupa su pensamiento;
  Sino con otros artistas
Va á competir por el premio;
Con los que labran el oro,
Los orebzes y plateros.
  Y á los broncistas emula,
¡Infeliz!..... todo su empeño
Poniendo en cosas inútiles,
Que cifra su gloria en esto.
  Porque es polvo ó vil ceniza
Su ánima; la tierra, el centro:
Puso en tierra su esperanza
Y su vida es barro ó cieno.
  Como que él bien no conoce
A su Hacedor y á su Dueño,
Que ese alma que trabaja
Le dió y el vital aliento.
  Piensan esos ¡desgraciados!
Que nuestra vida es un juego,
Y el amontonar riquezas
Nuestro destino y objeto;
  Y que es forzoso ganarlas
A cualquiera costa y riesgo
Aunque malo el medio sea,

Y sin reparar en medios.
  Bien conoce aquel artífice,
Que con el barro ligero
Frágiles vasos fabrica
Y simulacros perversos;
  Bien conoce que así peca
Aun más que sus compañeros:
Son, pues, necios, desgraciados,
Y más que nadie soberbios
  Los enemigos, Señor,
De tu casa y de tu pueblo,
Que avasallado le tienen,
Y el pié encima de su cuello.
. . . . . .
. . . . . .
  Porque en los ídolos todos
De otras naciones creyeron;
Que ojos tienen y no ven,
Aunque los llevan abiertos;
  Narices, y no respiran;
Oidos, y nunca oyeron;
Ni para palpar les sirven
Ni las manos ni los dedos.
  Ni sus piés jamas han sido
Aptos para el movimiento;
Que un hombre mortal los hizo
Y el fabricador proterVo
  Recibió prestado espíritu
Para formarlos; que es ello
Que hombre mortal no ha podido
Hacer un Dios cual él mesmo;
  Que siendo, como es, mortal,
Lo de sus manos es muerto,
Y mejor que lo que adora
Es el que adora, aunque necio.
  Porque, aunque mortal, al cabo
Tiene él vida y tiene ingenio;
Mas su Dios no sabe qué es
Ni vida ni sentimiento.

NÚMERO 7.

. . . . . .
  ¿Con que erramos el camino (1)
Que conduce á la verdad,
Donde no hay caminos dos?
De justicia el sol divino
¡Nos negó su claridad!.....
¡Terribles juicios de Dios!

(1) *Sapient.*, cap. V, v. 6 *ad finem*.

¡Ay de nos!..... ¡Ay de nos!
Despeñámonos fogosos
De iniquidad por la via,
Que es via de perdicion:
Por caminos bien fragosos
Fuimos, dejando el que guia
Del Señor á la mansion.
Aquella soberbia nuestra,
Tan desatentada y loca.....
¿Qué nos vale?..... ¡Vino abajo!.....,
De riquezas hacer muestra,
Y el ciego afan que provoca.....
¿Qué nos trajo?
Pasaron ¡ay! ¡sombra vana,
Todas las cosas aquellas
De tal costa!
Cual correo que se afana
Por llegar, sin dejar huellas.....
¡Que va en posta!
Ó como el mar ha surcado
Sobre el agua movediza
Presta nave.....
Tan luégo como ha pasado,
El surco con que la riza.....
¡Ni áun se sabe?
Ó como el ave ligera
Que sin camino trazado
Cruza el viento:
Éste gime que le hiera
Ó repite acompañado
El rasgar del movimiento.
Pues ella bate las alas
Para abrirse su camino
Tan veloce,
Que por las etéreas salas
Su rastro ni el adivino
Ya conoce.
O cual la aguda saeta
Que es contra el blanco certero
Dirigida:
Corta el aire bien sujeta;
Llega y clava..... ¿y el sendero
Por do es ida?
¡Ay! que nosotros así
Cuando nacemos, partimos;
Y apénas nacidos fuimos,
Cuando dejamos de ser.
¡Somos cosa baladí!
Virtud propia no tenemos;
Ni por nosotros podemos
Viviendo sino caer;
Y aquí en Dios permanecer

Sólo para padecer.....
Padecer..... y ¡padecer!
Así en el infierno siempre
Los pecadores se quejan:
La esperanza del impío
Es cual pelusa ligera;
Como vilano impalpable
Que el menor viento se lleva,
Ó como liviana espuma
Que arrebata la tormenta;
Humo que bate la ráfaga,
Ó memoria pasajera
De huésped, que cruza..... y sigue
A lo largo su vereda.
Mas los justos vivirán
Con vida feliz y eterna;
Que Dios es quien de ellos cuida
Y está en Dios su recompensa.
De Él recibirán la gloria
Y una brillante diadema;
Los defenderá su brazo,
Los amparará su diestra.
De su celo se armará
Y á sus criaturas selectas,
Por tomar de sus contrarios
Venganza terrible y cierta.
La justicia por coraza;
Yelmo el juicio que no yerra:
Por escudo impenetrable
Su rectitud, que no quiebra.
De su cólera inflexible
Hará el Señor lanza enhiesta;
Y contra los insensatos
Por Él pugnará la tierra.
A ellos irán de los rayos
Las descargas bien certeras
Que los arcos de las nubes
Clavan donde los asestan.
Y de la ira de Dios,
Cólera que lanza piedras,
Los tesoros del granizo
Caerán en lluvia muy densa.
Contra ellos la mar sus olas
Embravecerá violentas,
Y los rios, desbordados,
Se darán cita en sus tiendas.
El huracan, brazo de ira,
Desatará su braveza,
Y un torbellino de viento
Los arrastrará con ellas.
Por su iniquidad, en yermo
Quedará toda la tierra,

Y los ejes de sus tronos
Y los tronos mismos ruedan.

NÚMERO 8.

Hablamos de Horacio. Hé aquí la cita á que se alude en el texto:

. . . . . *Quin corpus onustum*
Hesternis vitiis animam quoque prægravat unâ,
Atque affigit humo divinæ particulam auræ?

HOR., lib. II, *Satyr.* II.

Suspirando siempre por la era pasada, maldice de la contemporánea. Así, en otra sátira pone en boca de un padre, aconsejando á su hijo, estas palabras:

. . . . . *mî satis est*
Traditum ab antiquis morem servare, tuamque,
Dum custodis eges, vitam famamque tueri.

Lib. I, *Satyr.* IV.

El amigo de Bruto, el tribuno de sus tropas, aunque vencido en Filipos, no sólo suspira por la libertad perdida, sino que, como filósofo profundo, sabe llevar la sonda á las llagas de la Patria, midiendo toda su intensidad y ofreciéndoles el remedio. Pudiéramos multiplicar las citas; pero nos contentarémos con recordar algunas estrofas de la oda *Ad Romanos* (VI del libro III). No parece sino que se escribieron estos versos para nosotros y nuestros tiempos:

Delicta majorum inmeritus lues,
Romane, donec templa refeceris
Ædesque labentes Deorum, et
Fœda nigro simulacra fumo.
Dîs te minorem quòd geris, imperas;
Hinc omne principium, huc refer exitum.
Dî multa neglecti dederunt
Hesperiæ mala luctuosæ.
. . . . . .
Fecunda culpæ sæcula nuptias
Primum inquinavere, et genus et domos.
Hoc fonte derivata clades
In patriam populumque fluxit (1).
. . . . . .
Damnosa quid non imminuit dies?
Ætas parentum, pejor avis, tulit
Nos nequiores, mox daturos
Progeniem vitiosiorem.

(1) ¿No es esta estrofa digna de Tácito?

Finalmente, en vez de haber hecho axioma en materia de lenguaje el verso famoso que establece la jurisdiccion del uso, ¿por qué no haber elegido estos dos de la *Oda* IV del libro III, que parece que condensan nuestra tésis y la jurisdiccion de la Academia?

. . . . . .
. . . . . .
Vis consilii expers mole ruit suâ.
Vim temperatam Dî quoque provehunt
In majus. . . . . . .

Lo cual traduce así don Javier de Búrgos:

A sí sola fiada,
La fuerza con su peso desfallece;
Por la razon guiada,
El cielo la sublima y robustece.

Basta ya de citas. Creemos que con las hechas sobra para conocer á Horacio. Añádase que éste, segun algunos biógrafos, se negó constantemente á ser ministro de Augusto, y se limitó á ser su secretario privado, y se formará idea exacta de él. Y era hijo de un liberto..... ¡Así hubieran hecho tanto muchos patricios!

NÚMERO 9.

Hubiéramos deseado publicar íntegro el informe de la Comision de la Academia, que produjo el acuerdo de ésta creando las Academias correspondientes en América; mas esperando á que la Academia lo verifique, nos limitarémos á citar algunos párrafos. Ya hemos dicho que es obra del Sr. D. Patricio de la Escosura.

« Los lazos políticos (entre España y las naciones americanas) se han roto para siempre; de la tradicion histórica misma puede en rigor prescindirse; cabe, por desdicha, la hostilidad hasta el ódio entre España y la América que fué española; pero una misma lengua hablamos, hasta para maldecirnos, como desatentadamente lo hacemos con sobrada frecuencia unos y otros.

» Nuestros correspondientes hispano-americanos, no son pues, *extranjeros*, académicamente hablando, por más que legalmente no sean más que extranjeros.

. . . . . .
. . . . . .

» De los cuarenta millones de habitantes que, aproximadamente, se le calculan al Nuevo Mundo, veinte, poco más ó ménos, son de raza

indígena, anglo-sajona, germánica, francesa, rusa ó portuguesa; los otros veinte descienden todos de españoles, y español hablan.

» Dos millones, contando siempre en números redondos, son todavía en las Antillas súbditos de la monarquía española; los restantes, es decir, diez y ocho millones de hombres, que hablan como propia la lengua castellana, pueblan desde la Patagonia al Missisipí, las repúblicas de Buenos-Aires, del Uruguay, del Paraguay, Chile, Bolivia, Perú, Ecuador, Venezuela, Colombia, Costa Rica, San Salvador, Honduras, Nicaragua, Guatemala, Méjico y Santo Domingo.

» Como la Academia lo ve, y lo sabía sin que su Comision se lo dijera, son unos dos millones más de almas los que hablan el castellano fuera que dentro de España.

. . . . . .

. . . . . .

» La Comision no vacila en declarar á la Academia que, á su juicio, hay grave riesgo de que si pronto, muy pronto, no se acude al reparo y defensa del idioma castellano en aquellas apartadas regiones, llegue la lengua en ellas tan patria como en la nuestra, á bastardearse de manera, que no se dé para tan grave daño remedio alguno.

. . . . . .

. . . . . .

» Creyéndolo así, Señores, la Comision os propone, en la forma que detallará luégo, que autoriceis en las diversas repúblicas americanas la creacion de Academias de la lengua castellana, como *correspondientes* de la nuestra y á su semejanza organizadas.

» Si la Comision, en su buen deseo, no se engaña de medio á medio, y su pensamiento merece vuestra aprobacion, va la Academia española á realizar fácilmente lo que para la diplomacia y para las armas mismas es ya completamente impracticable.

(Sigue aquí la parte dispositiva del proyecto.)

» Madrid, 12 de Noviembre de 1870.»

(Siguen las firmas.)

Son individuos de la Comision, que ha sido declarada permanente, los Sres. Marqués de Molins, como Director; Escosura, Ochoa, Hartzenbusch, Ferrer del Rio, y Puente y Apezechea, Secretario.

Á LOS ESPAÑOLES

EN SUS DISCORDIAS CIVILES.

Composicion hecha en uno de los primeros meses de 1823, en Gibraltar, donde el autor se hallaba emigrado.

¿Qué no oïdo furor en vuestras venas
Arde, españoles, hoy? ¡Áun humeänte
En sangre ajena y vuestra toda España,
Ya os apedaza con rabia devorante
Las entrañas, de fiera crueldad llenas,
Y en sangre, toda vuestra, ora se baña,
Vuelta contra vosotros vuestra saña!
¿Dó vais?..... ¿Dó vais, frenéticos y airados?
¡Proclamais libertad, y dais la muerte!
¡Oh dura, infanda suerte!.....
De furias infernales agitados,
Volveis en torno centellantes ojos,
Haciendo muestra del puñal sangriento.
Sólo se escucha fúnebre lamento;
Sólo se miran pálidos despojos.
¿Dó os precipitan ya vuestros enojos?
¡Hispano á hispano!..... ¡Oh bárbara miseria!.....
¡Hermano á hermano!..... ¡Oh despiadada Iberia!
Ajena de consejo generoso
Presto el brazo sacudes enemigo,
Y á tus piés yace todo derribado:
El amigo demándate el amigo,
La esposa dulce el malogrado esposo,
La tierna madre el hijo regalado.
Mas tú, moviendo el pié desatentado,
Los oïdos cerraste empedernida,
Y con feroz sonrisa respondiste
Á su gemido triste.
Mientra el claro varon cayó sin vida,

Al rozagante jóven marchitaste;
Robaste el brío al ínclito guerrero,
Y á los sabios la lengua.
¡Oh ceguedad!..... ¡Oh vilipendio!..... ¡Oh mengua!
¿Dó tus glorias están?..... ¿Dó tu corona?
¡Vano clamor!..... ¡El cielo te abandona!
Cubre, nuncia de ïra poderosa,
De Gádes á Pirene espesa niebla;
Horrísono fragor el alma en hielo
Torna, y súbito rasga la tiniebla
Llama fugaz; con furia estrepitosa
Cárdenas ondas alza el mar al cielo;
Hendiendo el aire vago en presto vuelo,
Lanza el infierno funeraria tea:
Con amarilla faz y ensangrentada
Tiende la mano osada
Contra tí, Hesperia, y llama á la pelea,
Y acuden á su voz monstruos horribles.....
¿Adónde están tus hijos invencibles?
Voces «¡herid! ¡matad!» la lengua suelta;
Vibra el hierro sediento,
Buscando ansioso en quién sus iras cebe;
Muertes escupe el bélico tormento,
Y á tierra viene, en polvo y humo envuelta,
La robusta ciudad, ceniza leve.
No así, al mover cartaginés aleve
Tenaz ariete contra tí ¡oh Sagunto!
En la hoguera que intrépida encendiste,
Leäl te consumiste;
Que con tu fin lloró su escarnio junto.
No así cuando cansaste la arrogancia
De Roma ¡oh gran Numancia!
Uno vió y otro ejército deshecho,
Domada la del mundo domadora,
Sintiendo al fin su diestra vencedora
Por muro opuesto tu esforzado pecho.....
¡Cómo tan alto honor hoy calla mudo!
¿De vos un pueblo igual nacer no pudo?
¡Oh de antigua virtud triste memoria!
¡Oh ilustre sangre, en vano derramada!
¡Oh altivo sólio!..... ¡oh sólio ya humillado!
¿Por qué la augusta sien mostraste ornada

¡Oh excelso fundador! de nueva gloria?
¿Por qué sobre el ausonio, derrocado
Al brazo tuyo, en su ruïna armado,
Noble Ataülfo, el trono godo alzaste?
Cual otro sol de Hesperia resplandeces,
Si loa no mereces
Mayor, ¡oh Recaredo! que doblaste
Á Jehová en culto cierto la rodilla.
¡Oh tú, de quien, depuesto el ceño torvo,
La gótica nacion leyes recibe,
Y á mover el arado se apercibe
La diestra, que vibrara el hierro corvo!
¡Oh tú, que los pendones de Castilla
Tremolas en la espléndida Sevilla,
Á dó tus pasos victoriosos lleva
Dios, que á su seno desde allí te eleva!
Virtud preciada esta region dichosa
Con argentada luz vivificaba,
Y de sus labios con la voz süave
Los corazones fuertes alentaba;
El alma la aclamaba congojosa,
Rendido el sufrimiento al peso grave,
Porque el rigor de inquieto afan acabe.
Luégo, postrada ya la media luna,
Escalar presto la sublime esfera
Vuestra ambicion quisiera,
Y robar el timon á la Fortuna.
No el dique, por el dedo omnipotente
Á la soberbia puesto de los mares,
Frenos bastó á poner al pensamiento;
Desafiar del húmedo elemento
Osais en quilla frágil los azares;
Do sus rayos sepulta el sol luciente,
Tierra buscais por otro floreciente;
Y quebrando sus puertas eternales,
Hollasteis de otros orbes los umbrales.
Monarcas de vosotros ignorados
Vieron sobre sus cuellos la cadena
Que del cielo enviados,
Pusiéronles allí vuestros soldados.
¿Qué pueblo no lloró su fin presente,
Si vuestra saña le amagó inclemente?

¿Qué trono quedó en pié? Ni ¿cuál escudo
Pudo bastar á vuestro embate rudo?
Oprobio ahora, escarnio de naciones,
¿Cómo cogido ignominiosa afrenta
Habeis, en estas horas, por laureles?
No Iberia agravios reparar intenta;
Que empaña más sus timbres y blasones.
De ódio mutuo sus hijos beben hieles,
Al rencor inhumano sólo fieles.
¡No hay fe, no hay más amor! Léjos ya vuela
La Justicia, y la Paz el rostro esconde;
Mas al clamor responde
La Discordia, y sus términos asuela.
¡Ved cuál yace de España la grandeza!
¡Ved cuál por vos la Patria resplandece!
¿Es este su vigor, su fortaleza,
Y el santo fuego que la mente inflama,
Y gloria y dichas perennal derrama?
¡Oh cielo! ¡Oh Dios! Al descubrir apénas
Su lumbre en un abismo la esperanza,
¿Salteadora venganza
Á que los suma en otro los condenas?
Cual númida leön, á quien, dormido,
Astuto cazador con hierro oprime,
Despierto ya, revuelve la guedeja,
Iracundo abalánzase, forceja,
Y el lazo desatar que le reprime
Queriendo en vano, atronador rugido
Despide, y cäe de su furia herido;
¡La ira, que vuestros ánimos enciende,
Miéntras más la agitais, más os ofende!
¡Tenedla, suspended el loco intento!.....
¡Desventurado error! ¡Mísera España!
Sombra que aún no tocada, ya es perdida,
Adorais..... ¿Qué ilusion así os ensaña?
¿Ó qué mentido bien finge el acento?
¿Fué nunca el frenesí quietud cumplida?
¿La cárcel, libertad? ¿La muerte..... vida?
¿Blandiendo el hierro crudo, las dulzuras
Quereis gozar que el cielo niega justo
Al delito y sus lágrimas y sustos,
Miéntras las hán seguras

El limpio corazon y manos puras?
Para tan tristes hados ominosos
¡Nunca Pelayo el ánimo encendiera
Al astur; sus alfanges
Nunca envainára el vencedor tirano!
¡Oh!..... Preso siempre el cuello del cristiano
Al yugo, de las líbicas falanges
La aborrecida ley triunfado hubiera!....
El godo á impulso bárbaro muriera;
Mas sus nietos la hazaña no borráran,
Ni hoy contra sí insensatos maquináran.
¿Quién á ruïna tal tendrá su llanto?
Escándalo seréis á las edades,
Y vendrán de entre bárbaras regiones,
Diciendo: «¿Qué se hicieron las ciudades?
¿Dónde está el trono que se alzaba tanto?
¿Dónde paran los fuertes campeones?»
Mas oirán repetir lúgubres sones:
«¡Á España fin los españoles dieron!»
Unióse el deshonor á la perfidia,
Hija de seca envidia;
Y maldades sin número nacieron.
Siglo en culpas fecundo trajo al nuestro,
Harto de sangre y oro; el albedrío
Rindió el guerrero en tálamo manchado,
Á bellezas inmundas desbocado;
De iniquidades caudaloso rio
Arrebata el denuedo y vigor vuestro;
En vano en són siniestro
Invoca, libertad, tu poderío
Gente dura al honor, al vicio blanda:
¡No hay libertad do la virtud no manda!

José Musso y Valiente.

SOBRE LA FORMACION Y PROGRESOS DEL IDIOMA CASTELLANO.

DISCURSO LEIDO

POR DON MARTIN FERNANDEZ DE NAVARRETE,

al tomar posesion de su plaza de Académico Honorario (1).

Excmo. Señor:

Cuando la necesidad de expresar las ideas, las pasiones ó sentimientos del alma con distincion y claridad no hiciera al estudio de la lengua propia la primaria y más importante ocupacion de nuestra vida, la filosofía que le considera como el medio más eficaz para desenvolver nuestro espíritu y disponerlo á la adquisicion de los profundos conocimientos en las ciencias y artes, que ve en la Historia de los siglos seguir constantemente la perfeccion de los idiomas, la prosperidad de los imperios, siendo aquéllos un signo seguro del carácter de los pueblos, así como éste ha decidido tambien de la ilustracion de su gobierno; la filosofía, vuelvo á decir, que lastimada de ver siempre á los hombres divididos por señores ó por tiranos, interesados en aislarlos, se goza al contemplarlos unidos en sociedad desde un cabo al otro de la tierra bajo la dominacion de una misma lengua, ofrece

(1) Fué elegido en 15 de Marzo de 1792. Obtuvo plaza de número á 31 de Enero de 1797. Falleció en Madrid el 8 de Octubre de 1844.

un espectáculo tan halagüeño y tan digno de ella, que debe arrastrar en pos de sí el ánimo de los buenos patricios, á fin de que mereciendo su idioma esta predileccion, dilate un imperio tan uniforme y benigno sobre tanta variedad de pueblos, y conspire así á estrechar los vínculos de su union y sociabilidad: consideraciones todas que obligan á calificar el estudio de la lengua propia como el primero y más necesario en todo ciudadano, y como el principal ornamento en todo hombre dedicado á las letras.

La naturaleza, que dicta por sí la expresion ó el auxilio para satisfacer las primeras necesidades, no suele bastar cuando, más despejada la razon, halla el entendimiento ideas más grandiosas y sublimes, que es necesario adquirir y manifestar. De aquí la necesidad del estudio para darse á entender con voces claras y precisas, y con modos de decir enérgicos, puros y convenientes; medio único para uniformar y perfeccionar el idioma de una gran nacion, y suplir así el quimérico y anhelado proyecto de una lengua universal.

Esta obligacion debe acrecentarse más en aquellos que, reunidos en una misma dominacion, aunque repartidos por todo el ámbito de la tierra, gozan de un idioma hermoso que los estrecha en mutua correspondencia é interes, hallando en su riqueza y fecundidad satisfecha la expresion de todas sus ideas y sentimientos, así como en su precision y pureza las maneras de hablar más breve, clara y elegantemente; cualidades que recomiendan la lengua castellana, haciéndola la más armoniosa de las vivas, la más parecida á la rica y abundante de Grecia, y la más dócil para recibir todos los adornos de la elocucion: cualidades en que no sólo convienen los imparciales extranjeros y los maestros de la lengua, sino que

advertirá cualquiera que con fina crítica y discernimiento la examine en sus partes, y la vea manejada por los Garcilasos, Mendozas, Cervántes ó Granadas.

Pero no es dado á todos el cultivo de un idioma en toda su extension, ni la autoridad de un particular bastaría á fijar la propiedad y los modos del bien hablar. Y ved aquí, Señores, la necesidad y objeto de vuestro instituto: instituto á cuyas tareas soy asociado por vuestra bondad, que dispensándome tan honrosa distincion, debería al mismo tiempo eximirme del empeño de manifestaros mi gratitud, puesto que embargándome hoy tan deliciosamente, en vano buscaría expresiones que igualasen á mi modo de sentir ó de agradecer, áun cuando la consideracion de hablar delante de un Cuerpo tan respetable y de unos individuos tan beneméritos no me contuviese del temerario arrojo de comparar mi desaliñado decir con su castizo estilo y conveniente elocuencia.

Tal es la precision en que hoy me veo, y tales los límites que me prescriben mi debida gratitud ó mi respetuosa consideracion. Para satisfacer plenamente ambos deberes, quisiera fuera dable poder tejer mi discurso con la amenidad, pureza y elegancia de los que han pronunciado en esta silla los que ántes que yo se contaron entre vosotros; pues animados igualmente del reconocimiento á tan apreciable distincion, no habria expresiones más oportunas para este dia. ¡Pero qué! ¿Mi reconocimiento acaso no debe exceder en intension al de estos esclarecidos ingenios? Sí, Señores; ellos vinieron por lo comun á recibir en este asiento el galardon debido á su talento, á su laboriosidad, á su mérito: quién desde la cátedra sagrada baja á obtener de vosotros el premio de su elocuencia ardiente y encendida; quién desde el santuario de Thémis

viene á participar de vuestras glorias por su estilo dulce, enérgico y elegante; quién, conocido ya del mundo literario, corre aquí á consagrarse á la patria y fijar su reputacion. Yo solo, desnudo de merecimientos, sin erudicion, sin saber, desconocido aún del público ilustrado y sabio, soy el que vengo á recoger los frutos de vuestra bondad, pues sólo ella puede haberos inspirado las esperanzas ó el concepto con que me favoreceis. Si la aplicacion á un estudio no ménos propio del militar que del magistrado, del político y del literato, es suficiente mérito para tener lugar entre vosotros, no seré yo tan indolente que desperdicie una oportunidad que Ciceron buscaba en Aténas entre los más célebres oradores de la Grecia. Considerando ahora la formacion y progresos de nuestro idioma, deduciré la importancia de vuestro instituto y el caudal de erudicion que requiere su cabal desempeño, para persuadiros cuánto disto de poder llenarlo debidamente, y cuánto me resta que aprender en vuestras sesiones académicas. Este prévio conocimiento os debe preparar para no buscar en mi narracion y estilo la perfeccion y pureza de lenguaje que vengo á buscar entre vosotros. ¡Dichoso yo si á costa de mi aplicacion y estudio puedo, siguiendo vuestras huellas, hablaros otra vez con mayor energía, pureza y dignidad!

Las lenguas que se forman de la corrupcion ó de los restos de otras muchas, encuentran, por lo mismo, grandes obstáculos en su formacion y progresos, porque de la dulzura de unos dialectos, de la rudeza en las inflexiones de otros, de la distinta sintáxis, construccion y carácter de cada uno de ellos resulta un todo disforme, incapaz de admitir la analogía y órden que tanto contribuye á la claridad del estilo en los grandes escritores. Poseida Es-

paña de los rodios, los celtas, los fenicios, los cartaginenses y otras naciones codiciosas de sus riquezas, admitió tanta diversidad de idiomas, que aún en tiempo de Augusto y de Tiberio se hablaban diez distintos, segun el testimonio de los historiadores antiguos.

Éstos nos han transmitido algunas de las voces que recibió el latin de estos lenguajes. Uniformóse el de los romanos en todo su imperio, y se esmeraron particularmente en que los españoles le usasen, ya por medio de colonias y tribunales que con este designio fundaron, ya por la comunicacion y trato de casi tres centurias, y ya por haber militado gran número de españoles debajo de sus banderas.

Á pesar de esto, perdió la lengua latina en España la pureza que conservaba en Roma. Adulteróse nuevamente con la venida de los wándalos, suevos y alanos, que todos tenian lenguas propias, y los godos, procurando más conservar la latina que extender la suya, acabaron de estragarla y corromperla. Tomaron los nombres latinos, pero no los variaron como su natural pedia, sino que acomodándolos á la forma que en sus vocablos godos usaban, los hicieron indeclinables con preposiciones que distinguian un caso de otro, introduciendo al mismo tiempo gran número de ellos en nuestra lengua. La irrupcion de los árabes limitó el habla castellana al corto número de españoles que se refugió en las provincias septentrionales. El resto de la Península abrazó el idioma de sus conquistadores, cultivó en él algunas ciencias cuyas voces conservamos aún, y el castellano se menoscabó al fin, ya haciendo dura y desapacible su pronunciacion, ya dando á muchas letras un sonido áspero y gutural, desconocido en los suaves idiomas de Grecia y Roma.

De tal confusion y tanta diversidad de lenguas y dialectos resultó necesariamente un conjunto de voces bárbaras, que poco análogas á la índole del castellano y del latin, debian alejar de él aquel órden y giro en las oraciones y períodos que auxilia á la memoria, que da claridad á la locucion y coadyuva á desenvolver los grandes talentos. Así es que estuvimos tanto tiempo sin escribir en el castellano vulgar, pues áun fijada la época de este idioma, ya distinto del latino, en el siglo VIII, no se puede extender la de su escritura hasta el siglo XI ó XII.

Esto bastaría á demostrar que la lengua de los pueblos groseros es un obstáculo á los progresos del espíritu, y que nunca acaba de desenvolverse sino con el auxilio de grandes escritores. Los poetas suelen ser los primeros que puliendo un idioma fijan la época de sus progresos, y nosotros contamos ya desde el siglo XII el *Poema del Cid*, lleno de candor y naturalidad, y en cuyas voces se nota la manera con que empezaban algunas á formarse entónces del latin. Del siglo siguiente son las poesías de Gonzalo de Berceo, naturales, sencillas, claras y elegantes, si bien con mezcla de muchas voces, frases y terminaciones navarras y lemosinas, que, como riojano, era natural que en su país las hubiesen tomado de sus vecinos. Más puro el dialecto leonés y lenguaje de Castilla, que se usaba entónces en ambos reinos, nos le conservó el autor del *Poema de Alejandro*, áun cuando las *Poesías de Don Alonso el Sabio* y las leyes de sus *Partidas* no bastasen á ser un testimonio indeleble de la riqueza y majestad que habia adquirido la lengua castellana hasta aquella época.

Cultivóse, aunque con lentitud, en los dos siglos intermedios hasta el reinado de los Reyes Católicos, en que la

prosperidad de las armas y la reunion á su dominio de toda la Península hizo circular en ella un idioma hermoso, que luégo dilató sus límites más allá de las Columnas de Hércules. El enlace con la Casa de Austria le preparaba mayor extension, y Cárlos V, prefiriendo con razon el idioma castellano á su natural aleman, le hizo cultivar en todas las córtes de Alemania, Italia y Flándes, llegando así á ser el idioma universal y el intérprete de las más poderosas naciones del mundo. Cultivado en todas partes con esmero, adquirió en breve un caudal inmenso de voces y expresiones llenas de gracia y majestad. Si observamos los grados de perfeccion que obtuvo desde que Garcilaso y Boscan, con nuevos adornos y exquisito gusto, contribuyeron á sacarlo de su antiguo desaliño, hasta que Cervántes publicó en su *Quijote* el mejor dechado de la lengua castellana, verémos que no hubo ciencia, que no hubo arte que no cultivásemos con esmero, y que nuestro Diccionario científico daria á conocer el caudal de ideas y conocimientos que albergábamos, puesto que la inmensa erudicion de aquella época en las lenguas sábias nos formó una nomenclatura española en todas las facultades, hoy dia desconocida vergonzosamente, y que deberían consultar los que, dedicándose á traducir obras facultativas, achacan con frecuencia á esterilidad del idioma lo que sólo es achaque de su ignorancia en la lengua nativa.

El conocimiento de las voces facultativas, no sólo es necesario al profesor, sino al orador, al poeta, y á todo aquel que desea leer con inteligencia y escribir con acierto y exactitud. Las descripciones que hacen D. Diego Hurtado de Mendoza y D. Cárlos Coloma en las guerras de Granada y de Flándes, de tanto armamento, pertrecho,

fortificaciones y de otros lances de la guerra, con tan singular copia de voces del arte militar, agradarán siempre al verdadero inteligente por la oportunidad y destreza con que están traidas, por la templanza y discrecion con que se hallan usadas, y por la propiedad que en todas ellas se advierte. Ercilla y otros de nuestros clásicos escritores usaron tambien muchas voces náuticas para describir una navegacion, un combate naval ó una tormenta; y su significacion no debe ignorar quien busque en la *Araucana* y en aquellas obras la propiedad, la valentía y entusiasmo que encantan á los conocedores en tan hermosas descripciones.

Una comision que me ocupa en la actualidad (1) me ha precisado á formar una coleccion de voces náuticas anticuadas para inteligencia de los manuscritos antiguos de nuestra marina. Por el exámen que he hecho del orígen ó etimologías de algunas de ellas, se ve cómo las naciones que han tenido el imperio del mar han sido las árbitras en su nomenclatura. De las república del Mediterráneo ántes del siglo xv, y de las navegaciones de los portugueses por la costa de África, y de los españoles por el Océano, se formaron muchas voces propias y significativas de analogía con otras del castellano, que el uso ha ido desechando, sustituyendo otras ménos legítimas, y generalmente ásperas, arbitrarias y caprichosas.

Con igual buen éxito se enriquecieron los vocabularios de las demas facultades en aquella época feliz en que nuestra nacion era la más sábia de la Europa toda. Hiciéronse familiares los célebres escritores de la antigüe-

(1) El reconocimiento de los archivos del reino, para formar una coleccion de todos los manuscritos de nuestra antigua marina.

dad, y en las traducciones tuvimos un comercio lucroso que adornó la lengua castellana con todas las bellezas propias de la latina y de la griega. Los traductores son, segun su ingenio y erudicion, los que más contribuyen á acrecentar ó empobrecer, á pulir ó desfigurar un idioma. Por eso el docto Fr. Luis de Leon, para mostrar que nuestra lengua recibe bien cuanto se la encomienda, que no es dura ni pobre, como algunos creen, sino dócil y abundante para los que la saben tratar, se dedicó á enriquecerla con sus excelentes traducciones; y Gregorio Hernandez de Velasco, en medio de algunas versiones poco exactas ó lánguidas de Virgilio, introdujo en su traduccion de la *Eneida* muchas voces propias, que ha fijado ya felizmente el uso y la autoridad. Así se enriqueció tambien nuestro lenguaje poético, que hubiera llegado al colmo de perfeccion, si, imitando á Fernando de Herrera, hubieran cultivado los poetas la lengua castellana dando á su poesía toda la alteza y sublimidad de la latina, griega y hebrea.

Pero á semejanza de aquellos terrenos feraces que en los primeros años de su cultivo agotan todo su vigor y feracidad, así la nacion desde principios del siglo pasado empezó á debilitarse, á decaer de su imperio, á enervar su carácter entero y vigoroso, á perder el buen gusto y la sólida erudicion, y á desfigurar su lenguaje. Producciones llenas de hinchazon, faltas de claridad y exactitud, afectadas de voces estrepitosas y latinizadas, con imágenes extravagantes y metáforas violentas; un estilo, en fin, que contagió no ménos á los italianos que á los españoles, vino á corromper y desfigurar el hermoso lenguaje y correcto estilo del siglo XVI.

Así continuó en los reinados de Felipe IV y Cárlos II,

hasta que la venida de Felipe V causó nuevas alteraciones, no ménos en nuestras costumbres que en el idioma. La comunicacion y estrecha alianza con los franceses hizo ver á los españoles los adelantamientos que aquellos habian hecho en las ciencias y en su literatura en el feliz reinado de Luis XIV, miéntras nosotros apénas conservábamos vestigios de lo que habíamos sido en tiempos igualmente felices. Ansiosos, pues, de trasladarnos al español tantos conocimientos, olvidando el estudio de nuestros antiguos maestros, deslumbrados con la novedad, se apresuraron á traducir al español multitud de obras francesas de todas clases. Cundió la plaga de traductores, que, sin conocer la diversidad de carácter de ambos idiomas, corrompieron el lenguaje nativo sin adornarlo con las bellezas del extranjero: no de otro modo que aquellos forasteros de quienes se queja Ciceron, que se dejaron ver en Aténas, y hablando con poca exactitud desfiguraron las lenguas griega y latina. Así es que, abandonando la leccion de nuestros buenos maestros, los conocimientos sólidos de su doctrina, los textos puros y castizos del lenguaje español, se ha corrompido éste con voces y construcciones francesas, y se ha adulterado miserablemente, sin dignidad y pureza, con el bárbaro galicismo.

Si he recorrido, aunque ligeramente, las épocas de la formacion y alteraciones de la lengua castellana, no ha sido tanto para conocer la necesidad á que vinimos de cultivarla por vuestro medio, cuanto porque viendo la infinita variedad de mezclas que ha recibido, se conozca cuánta debe ser la dificultad de estudiarla sin vuestro auxilio, bebiendo en sus orígenes la propiedad de cada palabra. Sólo así se podrá adquirir aquella exactitud peculiar y característica de los insignes escritores; sólo así

aprender á discernir el genuino significado de aquellas voces, que, aunque comunes á una misma idea, la expresan con distintas relaciones ó con otras ideas accesorias que la modifican, y suelen comunmente confundirse como *sinónimos;* sólo así comprender la elegancia que, segun Horacio, resulta de aquellos nombres compuestos de vocablos usados y comunes, combinados acertada é ingeniosamente; y sólo así lograr aquel sublime en el estilo que nace de la acertada eleccion de las palabras.

Pero para adquirir estos conocimientos, no sólo es menester la atenta leccion de los maestros de la lengua y de la oratoria castellana, sino profundizar el idioma filosóficamente, analizando sus vocablos y examinando su naturaleza y propiedad. Nada contribuye más á proporcionar esta perfeccion que el conocimiento del orígen de las voces. Por eso Platon, llamado de Sócrates el *Cisne de la Academia* por su elocuencia y melosidad ática, se dedicó tan de propósito al exámen de las etimologías, y por eso los estoicos, singularmente Chrisipo, pusieron tanto esmero en rastrear los orígenes de los vocablos. Trabajo útil que ofreceis en vuestro *Diccionario*, no sólo como muestra de la riqueza y fecundidad de la lengua castellana, sino como un téstimonio durable y permanente de vuestra constante laboriosidad.

Cuidadosamente he refrenado mi imaginacion al tocar la época del establecimiento de esta Academia, porque un aspecto halagüeño que me seduce, me haria entrar en la historia de sus trabajos y del influjo que han tenido en la cultura nacional: trabajos que circulan en todas las provincias con tan conocida utilidad y general estimacion, que no pueden adquirir en mi pluma más calificada nombradía. Ademas, que cuando lleno de gratitud os tributo

gracias por un beneficio distinguido, la enumeracion de vuestras tareas, el modo con que han contribuido á la ilustracion y las alabanzas que os son debidas, serian acaso miradas con ceño de algunos hombres nimiamente severos ó circunspectos, que, teniendo por sospechosas las expresiones que dicta la gratitud, no conociesen en las mias la verdad austera y sencilla que forma mi carácter. Es demasiado grata á la Academia la memoria de su fundador Felipe el Animoso, la de su primer Director el Excmo. Sr. Marqués de Villena, Duque de Escalona, y sus sucesores, para recelar que mis recuerdos pudieran darles mayor recomendacion. ¿Ni cómo podrá jamas desentenderse del que en la actualidad la dirige tan sábia y atinadamente? Un jefe que desde la confianza del Monarca, desde los cuidados de la educacion del Príncipe, escucha los estímulos de su aplicacion hácia el cultivo del idioma propio y direccion de este Cuerpo: aplicacion tanto más gloriosa, cuanto ni en los esplendores de su cuna, ni en la opulencia de su casa, ha encontrado motivos de entregarse al ocio é inaccion, sino de adquirir nuevos y más apreciables timbres. Y vosotros, que dedicados al ímprobo trabajo de ilustrar á vuestros conciudadanos habeis tenido la bondad de escucharme y de admitirme entre vosotros, recibid estas demostraciones de mi gratitud: demostraciones escasas, cuando los sentimientos exceden á la expresion, ó cuando no poseyendo la filosofía de la elocuencia no pueden retratarse con coloridos propios las impresiones de una sensacion tan dulce y lisonjera.

Madrid, á 29 *de Marzo de* 1792.

MARTIN FERNANDEZ DE NAVARRETE.

ORACION FÚNEBRE

QUE POR ENCARGO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

Y EN LAS HONRAS

DE MIGUEL DE CERVÁNTES

Y DEMAS INGENIOS ESPAÑOLES,

PRONUNCIÓ EN LA IGLESIA DE MONJAS TRINITARIAS DE MADRID,
el dia 23 de Abril de 1864,

EL Ilmo. Sr. D. FRANCISCO DE PAULA JIMENEZ,
OBISPO DE TERUEL.

Beati mortui qui in Domino moriuntur, amodo jam dicit Spiritus ut requiescant à laboribus suis, opera enim illorum sequuntur illos.

(S. Joann., *Apoc.*, cap. xiv, v. 13.)

Y oí una voz del cielo que me decia: «Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor; ya desde ahora dice el Espíritu que descansen de sus trabajos, pues que sus obras les siguen.»

1. Si siempre que el orador cristiano sube á esta sagrada cátedra para anunciar al pueblo fiel la verdad, de la cual es oráculo y testigo irrecusable, experimenta en su espíritu la turbacion del respeto debido al augusto ministerio que desempeña, no extrañaréis, ilustres Académicos, que en la presente ocasion, una de las más solemnes en que me he encontrado en todos los dias de mi vida, me halle conmovido y hasta embarazado para pronunciar delante de vosotros mi discurso.

2. Y no es, por cierto, porque no me complazca la asistencia de este numeroso concurso, que, sin distincion de clases, estados y profesiones, viene á derramar al pié de los altares lágrimas de ternura por los piadosos fina-

dos, y enviar al cielo humildes plegarias por su eterno descanso; no es que no me aliente y estimule vuestra presencia, que sabe acoger con la benignidad propia de la ilustracion las ofrendas de amor y respeto que se tributan á la memoria de cuantos cultivaron y cultivan las letras; ¿qué otra cosa puede apetecer el último de los prelados de la Iglesia española, que hallarse en medio de los magistrados del saber, y confesar con ellos la vanidad de la ciencia, si no es la ciencia de Dios, la esterilidad de la ciencia cuando no va unida á la virtud, que la fecunda y la hace útil y provechosa al género humano? Lo que hace difícil y embarazosa mi posicion es que, al levantar mis ojos y fijarlos en ese venerando túmulo funerario, donde tan al vivo están representadas las inmarcesibles glorias de ese ingenio, más grande que su siglo y que cuantos en él florecieron; de ese soldado, que vierte gustoso su sangre por la gloria de su patria; de ese fervoroso creyente, que sufre por su religion los crueles tratamientos del más horroroso cautiverio; de ese escritor, tan fiel á su mision especial, que no le retrajeron jamas de su noble propósito ni las injurias del tiempo en que vivió, ni las várias vicisitúdines de su vida, ni áun el abandono de tantos Mecénas como, por desgracia, encuentra fácilmente la torpe adulacion de las medianías; de ese..... de Miguel Cervántes Saavedra, paréceme que tantos talentos, tantas virtudes piden de justicia un orador que, igualando en mérito al héroe literario que nos ocupa, y asegurándole la inmortalidad prometida al sabio en la memoria de las generaciones venideras, le propropusiera á la presente como digno y acreedor á los honores religiosos que hoy le tributa la ortodoxa piedad de la Real Academia Española.

3. Así sería únicamente como el príncipe de nuestros ingenios recibiria, en parte, el justo premio debido á los eminentes servicios prestados á la religion y á su patria, y su gloria, afianzada en los elogios del panegirista, sobreviviria en la memoria de los amantes de las letras, como sobrevivirá sin duda con los elocuentes discursos pronunciados por los dos eminentes prelados que me han precedido en tan honroso como delicado encargo.

4. Léjos de mí la presuncion de excederles ni áun igualarles en tan difícil empresa. No he venido á dirigiros la palabra del Señor, como decia el apóstol San Pablo (1), *en sublime lenguaje, ni en palabras persuasivas del humano saber.* Yo abandono con gusto la tan ambicionada reputacion de orador por la de predicador sencillo del Evangelio, y si no consigo que Miguel de Cervántes adquiera nuevos títulos de reconocimiento y gratitud, de que son deudores cuantos aman la gloria de su patria y la de las letras, al ménos su virtud, la virtud que encierra en sí misma tantos atractivos para su universal aprecio; la virtud que siempre halla en los corazones nobles y generosos un santuario en que ofrecerle el culto del amor y del respeto; la virtud de Cervántes, probada en la tribulacion como el oro en el fuego, conseguirá imitadores celosos en el cultivo de las letras, y en el ardiente empeño de darlas á conocer con su propio semblante en la rica y armoniosa lengua castellana; así contribuirémos todos con nuestros votos y esfuerzos á justificar la sentencia del sabio, cuando dice (2): *La sabiduría del humillado le-*

(1) Apost., 1 *ad Cor.*, cap. II, v. 1.
(2) *Eccle.*, cap. XI, v. 1.

vantará la cabeza, y hará que se siente en medio de los magnates.

5. Ésta es y será siempre la verdadera gloria de Cervántes, y la de todos aquellos que consagran de buen grado los talentos recibidos del cielo en *honor* de la ciencia y de la virtud; así es que la religion augusta del Crucificado, á cuya penetrante vista no se oculta jamas el verdadero mérito, y que agradece las tareas y vigilias de los amantes de las letras, cuando recorren la vasta órbita de las ciencias para ofrecer sus conocimientos y adelantos en beneficio de sus semejantes, les señala agradecida el justo lugar que merecieron, repitiendo su nombre, como se repite el de los bienhechores del género humano.

6. No tienen, pues, otro objeto estos piadosos honores que hoy dedica la Real Academia Española á esa grata memoria y á la de cuántos han seguido fielmente sus venerandas huellas; ni otro puede ser tampoco el que me propongo en este breve discurso, que presentar á grandes rasgos á vuestra cristiana ilustracion el verdadero mérito de Miguel de Cervántes, en el que brillan al propio tiempo la vasta ciencia que poseyó de todos los conocimientos humanos, hermanada con la virtud, que tanto respetó y de la cual tan admirables ejemplos nos dió en el discurso de su vida. Éstas son las obras que siguen y acompañan al *justo cristiano* despues de su muerte, y éstas son las que me han autorizado para aplicarle las palabras de mi tema: *Beati mortui qui in Domino moriuntur.*

7. *Vanidad, y no más, son ciertamente todos los hombres en quienes no se halla la ciencia de Dios* (1). Con estas

(1) *Sap.*, cap. XIII, v. 1.

expresiones califica el autor inspirado del *Eclesiastés* la inutilidad de los trabajos y desvelos de aquellos que, esforzándose en buscar al autor de las maravillas que embellecen al universo, no pudieron encontrar al verdadero Dios. En su deplorable ceguedad y corrupcion, deslumbrados con la aparente y prestada hermosura de las criaturas, confundieron torpemente al Supremo Artífice con sus obras, y aplicaron el incomunicable nombre de Dios *al fuego*, *al aire ligero*, *á las constelaciones de los astros*, *á la gran mole de las aguas*, *al sol*, *á la luna*, *teniéndolos por dioses gobernadores del mundo. Infelices*, les llama, *y malaventurados*, *asemejando sus esperanzas de salud á las de los que han muerto para no volver jamas á la vida* (1).

8. Yo podria deducir de este hecho histórico incontestable la esterilidad de la ciencia que, desconociendo la primera causa en quien se halla la razon de todos los seres, la razon de su orígen y de su noble destino, no puede producir otra cosa que teorías brillantes, que la razon, ilustrada por la fe, calificará siempre de brillantes absurdos; pero, ¿quién se complace en dirigir una mirada retrospectiva hácia aquella degradacion moral en que se hallaba el género humano, demostrando su verdadera impotencia para encontrar una felicidad digna de la nobleza de su espíritu? No, la humanidad no marchará siempre á merced de desorganizadas pasiones en la noche tenebrosa de la vida, ni quedará envuelta en las tinieblas de la ignorancia la inteligencia del hombre, destello de luz de aquella que *ilumina á todo el que viene á este mun-*

---

(1) *Sap.*, cap. XIII, v. 1.

do (1); los siglos pasan, las tradiciones primitivas se renuevan, los pueblos se mezclan y se comunican sus costumbres y conocimientos, los códigos del pueblo hebreo adornan la biblioteca de Tolomeo Filadelfo, pasan de mano en mano, recibe la chispa no extinguida de la razon humana, y en su sorpresa de tanta luz no esperada, conoce y confiesa que hay un Dios, principio y fin de todas las cosas.

9. ¡Con qué placer resuenan todavía en nuestros oidos, y en los de cuantos aman las glorias de las letras, los nombres de Homero y Demóstenes, de los Sócrates y Platones, de los Cicerones y Virgilios, y de cuantos ilustraron la Academia, el Pórtico y el Liceo! ¿Cómo no recordar los eminentes servicios que prestaron á su patria con sus inmortales producciones literarias, extendiendo las luminosas nociones de Dios Criador, de su providencia, de la existencia de la otra vida, como necesarias para la conservacion de todas las sociedades? ¿Quién no admira en los primeros apologistas de la religion cristiana aquel ardor científico en recorrer el Egipto, la Grecia, la Persia y la India, para consultar sus sabios, meditar sus obras y nutrir su espíritu con la verdad, que buscaban con tanto anhelo? Los Justinos y Atenágoras, los Clementes y Lactancios, ántes filósofos que cristianos, no entraron en el cuerpo místico de la Iglesia sino cargados de los despojos de Egipto, para adornar con estos tesoros el santuario de la nueva religion, que los acogia como madre cariñosa para darles la vida, que en vano buscaban fuera de su maternal regazo. El apóstol San Pablo

---

(1) Joann., cap. I, v. 9.

nos asegura, escribiendo á los romanos (1), que por la luz natural de sus sabios conocieron de Dios cuanto puede conocerse, y que el mismo Dios, por medio de esta luz, les comunicó cuanto puede saberse de su Trinidad y soberanos atributos. Pero ¡oh Dios mio, qué profundos é inapelables son vuestros juicios! Estas mismas inteligencias privilegiadas que conocieron á su Criador, y que llegaron á merecer los nombres de justos y de divinos, ni le glorificaron como debian, ni ajustaron sus acciones á las reglas de la moralidad que predicaban, sino que, cediendo al impulso de sus pasiones, se cegaron en su orgullo, manchando su nombre ilustre con los más vergonzosos vicios. Observacion triste y desconsoladora, que no me he permitido presentar á vuestra religiosa discrecion para disminuir en lo más mínimo el mérito de esos talentos extraordinarios, verdaderos faros en las tinieblas del paganismo, sino para que, reconocidos á la gracia del Señor por habernos colocado despues de la plenitud de los tiempos en esta tierra de Jesen, iluminada con los esplendores de la fe, pudiéramos recoger el fruto de las ciencias y el de las virtudes cristianas.

10. Así se verificó con la ciencia de Miguel de Cervántes. Derivada del conocimiento claro de Dios, fuente inagotable de la verdadera sabiduría, y asegurada con las verdades del cristianismo, conoce muy luégo que, llamado por una vocacion especial á aumentar con el estudio y la aplicacion los cinco talentos que habia recibido del cielo, debe emplearlos para gloria de su patria, honor de las letras y provecho de sus conciudadanos. Y en verdad, el que desde niño leia cualquier papel que encontraba en

(1) Apost., *Ad Rom.*, cap. 1, v. 21.

la calle, ¿con qué afan, con qué intencion no pasaria el tiempo en las nacientes bibliotecas, robando á la antigüedad sus secretos, para dárnoslos despues dulcemente desleidos en tantas obras como publicó? ¿Qué género de conocimientos sagrados ó profanos, verdaderos ó fabulosos, antiguos ó contemporáneos, no embellecieron aquel sublime talento, que á todos sabía dar esa novedad, ese encanto que formára siempre las delicias del espíritu? ¿En dónde halló sentencias de tanta gravedad, máximas morales, políticas y sociales tan acomodadas y oportunas, lo mismo á las condiciones elevadas de grandes y reyes, que á toda clase de estados y profesiones, sin que en su aplicacion faltase jamas al respeto y al decoro debidos á sus respectivos rangos? ¿Quién, en fin, dió al idioma español toda su perfeccion deseada, propiedad en las palabras, estilo conveniente á los asuntos, gracia y armonía al período, fijando, puede decirse, la legislacion imprescriptible del buen gusto?

11. Pero ya me olvidaba, ilustrados Académicos, que no soy yo el que puede hablar con el debido acierto del mérito eminente de la ciencia de Cervántes, en la que brilla admirablemente la ciencia de Dios con el conocimiento del corazon humano, el de las enfermedades morales de su época con los remedios oportunos para curarlas radicalmente, los nobles esfuerzos de su ingenio con el feliz triunfo con que coronó su cristiana empresa de purgar su patria de aquellas ideas y sentimientos exagerados, que tanto afeaban la característica hidalguía española.

12. Vosotros, que, fieles depositarios de sus obras las, manejais como modelos acabados, á los que ajustais la expresion de vuestros vastos conocimientas; vosotros sois

los únicos jueces de la ciencia de este portento literario, que al propio tiempo que abarcó en su extension todos los ramos del saber, no excluyó ninguno de cuantos podian adornar su espíritu y servir á la mayor gloria de su nacion.

Por lo que á mí toca, como fiel intérprete de la sábia economía con que Dios, nuestro Señor, distribuye á sus criaturas los dones de su bondad infinita, diré solamente que bien se le pueden aplicar las palabras del *Eclesiástico* en elogio del sabio (1): *que si aquel gran Señor quisiere, le llenará del espíritu de inteligencia, y derramará sobre él como lluvia, máximas de su sabiduría..... No perecerá su memoria, y su nombre será repetido de generacion en generacion..... Miéntras viva, tendrá más nombre que mil otros, y en muriendo, tambien le aprovechará.*

13. ¡Miéntras viva, tendrá más nombre que mil!! Y porque en la esfera de los conocimientos humanos brillára Cervántes con tantos títulos á nuestra admiracion y aprecio, ¿no se han de mentar siquiera tantos y tan esclarecidos varones en la república de las letras, que dieron al siglo XVI el envidiado título de siglo de oro? ¿Dejarémos sepultados en criminal olvido tantos trabajos literarios empleados, en los cuatro anteriores, para sacar de un verdadero cáos á nuestro hermoso idioma, formarlo, perfeccionarlo y elevarlo á tal altura, que pudiera servir para cantar dignamente la epopeya de ocho siglos de cruzada no interrumpida? Fernando *el Santo*, el *Sabio* Alfonso, las Isabeles y Fernandos, figuras colosales en la historia patria y en los anales de nuestras letras, que en medio de tantos cuidados como ocupaban su gigantes-

(1) *Eccle.*, cap. XXXIX, v. 8.

co espíritu, no creian hacer nada en favor de la nacion si no la enriquecian con todo género de conocimientos, ¿pasarán desatendidos, cuando les debemos todo el poder, toda la grandeza, y esa nombradía literaria tan justamente reconocida por todos? Yo me complazco, como os complaceréis vosotros, en pronunciar tan gloriosos nombres; y si me atrevo á citar los inmortales de tantos otros, como los de las Teresas y Juanes de la Cruz, los venerandos Luises de Granada y de Leon, los Hurtados y Estellas, los Marianas y Lopes de Vega, Calderones y Solises, no es porque tenga necesidad de traerlos á vuestra memoria, sino porque es muy justo ofrecerles el tributo de admiracion y respeto debido á tan elevadas inteligencias, que, formando el mejor floron de nuestras glorias literarias, iluminaron á su patria con los fulgores de su saber, y la edificaron con la sublimidad de sus ejemplos y virtudes.

14. ¡Felices siglos, en que nuestros piadosos reyes, los Cárlos y Felipes, pudieron, mejor que el gran Filipo, tributar gracias al Señor por haberles concedido nacieran en su tiempo lumbreras tan refulgentes, que mejor que los Aristóteles y Platones, pudieran ser los maestros de todos sus súbditos! ¡Felices dias, en los cuales la madre patria tenía en sus queridos hijos gobernadores para sus reinos, oráculos para la Santa Sede, padres eminentes para los concilios, teólogos y foristas para las cátedras, santos para los altares y apóstoles para todo el mundo! ¡Feliz época, en la que el genio, inspirado al pié de la cruz y sostenido en alas de su fe, contemplaba de hito en hito el verdadero tipo de la belleza, para trasladarlo despues en todas las producciones de las letras y de las artes!

15. Así es, señores Académicos, como nos asombra Herrera levantando la octava maravilla del universo; así es como nos extasiamos ante los valientes cuadros de Murillo, Morales y Velazquez; así es, en fin, como se llega á la perfeccion deseada en todos los ramos del árbol majestuoso de las ciencias, cuando, desconfiando de nuestros propios esfuerzos, ponemos en Dios todos nuestros talentos y trabajos, para que su mano benéfica los bendiga y haga que den frutos de duracion eternal.

16. Y éste es el verdadero punto de vista desde el que es preciso considerar el singular mérito de nuestro Miguel de Cervántes. Sabía muy bien que el talento, este precioso dón del cielo, que nos hace semejantes á la Divinidad, es un funesto presente si no se emplea en conocer la verdad, amarla y propagarla hasta hacer de los hombres otros tantos adoradores de su gracia y hermosura. Por esta razon, léjos de emanciparse del suave yugo de la fe, ni dejar correr libremente su rica é inagotable fantasía por esas vanas teorías que esterilizan tantos ingenios sin provecho de ninguno, y tal vez con daño de todos, se limitó á deleitar instruyendo, á instruir moralizando, y á moralizar formando los hombres tales como deben ser para utilidad propia y de su patria. ¿Puede haber otro empeño más noble ni más digno de un escritor?

17. De este empeño constante, que jamas se apartó de su memoria ni de su corazon, nacia aquella humildad cristiana, que se revelaba en la práctica de todas las virtudes. ¡Qué amor tan decidido por su patria! ¡qué dulce y pacífico en el hogar doméstico! ¡qué generoso con sus amigos! ¡qué indulgente con sus émulos! ¡qué agradecido á sus protectores! ¡qué paciente en la adversidad!

¡qué resignado en la pobreza y áun en el abandono! Todas estas grandes cualidades embellecian su alma y le daban aquella serenidad que la virtud sola posee para contraste y escudo contra los infortunios de la vida. Léjos de prorumpir en queja alguna contra tantos desaires é injusticias, sensibles siempre para el hombre de mérito reconocido, ni exclamar, como aquel severo romano: «¡Oh virtud, virtud, no eres más que un vano nombre!», lo espera todo de esa misma virtud, que encierra semillas de inmortalidad venturosa, que Dios concede siempre y los hombres vienen por último á otorgar al valor, á la virtud y al talento.

Alimentado y fortalecido su espíritu con estas virtudes, ¿extrañaréis verle en la célebre batalla de Lepanto oponer á la furia musulmana su valor y denuedo para librar á la Europa de su tiranía, hasta gloriarse de verse herido ó mutilado, y poder decir con el Apóstol: «Por la fe yo llevo en mi cuerpo señales indelebles de mi amor á la patria»? ¿Os admiraréis de contemplarle en Argel, amarrado á esas cadenas, que forman nuestro orgullo y ufanía, sufriendo los horrores de un cautiverio, que solamente pudo soportar aquella cristiana intrepidez, que no conoce ni peligros ni privaciones, ni la muerte misma, si es necesario sufrirla por Dios y por su patria?

Así es como con la fe en su espíritu, con la fe, para la cual nada hay imposible; con la esperanza puesta en Dios, que salva siempre á los de corazon recto, y con los auxilios de los pobres hijos de San Juan de Mata, alcanza volver al seno de su familia y de su patria, para levantar despues un monumento que no consumirán las injurias del tiempo, ni se apartará jamas de la memoria de los hombres.

18. Bien adivinais mi pensamiento, y que me dirijo á ese precioso libro colocado sobre ese paño fúnebre: rico é inestimable tesoro, de que hace heredera á la nacion española. No tiene otra prenda de más estimacion ni valía, ni intereses, ni reputacion, ni áun hijos que perpetúen su nombre; pero bien pudo decir lo que respondió el caudillo de un pueblo victorioso á los que le manifestaban que era lástima muriese sin sucesion. Yo dejo dos hijas, contestó, que me harán vivir en la posteridad: las dos ilustres victorias con las cuales he salvado á mi patria. Yo dejo ese libro, fruto de mis trabajos y desvelos, entre los mayores disgustos y sinsabores de la vida; libro que me hará vivir en la posteridad, y con el cual he salvado á mi patria. Sí, la he salvado, arrebatando sin violencia de las manos de todos, esos libros tan funestos á la religion como á las costumbres; reduciendo el valor á los justos límites, el honor á la observancia de las leyes, el pundonor á las severas reglas del decoro, la vana credulidad al desprecio, la verdad y la justicia á su verdadero culto. Ahí os lego ese libro, en cuyas páginas encontraréis principios inalterables de buen gobierno, máximas para los príncipes, lecciones para los sabios, modelos para los escritores, recreo inocente y grandes provechos para todos. España, España, ya tienes asegurada la gloria que te corresponde en los anales de las letras; por la originalidad y mérito de ese libro serás conocida en todo el orbe, y los sabios de todos los tiempos y lugares vendrán á ofrecerte el tributo de veneracion y de justicia que supo merecer para tí este esclarecido hijo tuyo, elevándose hasta los Homeros y Virgilios, sin haber imitado á ninguno. ¡Gloria y honor á las letras españolas! ¡Gloria y honor á tantas otras obras como produjo el bello suelo

de la nacion católica en esos dias de nuestra grandeza, de nuestra piedad y de nuestro profundo saber!

19. Pero ¿me detendria yo en recordaros que en las *Moradas* de la inmortal Teresa hallaréis pensamientos cuya sublimidad envidiarían los profundos pensadores Leibnitz y Malebranche; que en la *Guía de pecadores* del Ciceron español están reproducidas las tan renombradas *Filípicas* de Demóstenes; que en los *Nombres de Cristo* y la *Perfecta casada* del dulce Luis de Leon, y en las de tantos otros, encontraréis el lenguaje que usarían los ángeles, si los ángeles hubieran de alabar á Dios con lengua humana? Vosotros, ilustrados Académicos, habeis experimentado más de una vez la fuerza de aquella suavidad, de aquella uncion suave: la uncion que entrañan aquellos sentimientos delicados, que conmueven y arrebatan el corazon que no es insensible á la verdadera belleza.

20. Es verdad, ¿y para qué negarlo? que en la centuria siguiente se eclipsa algun tanto esta gloria adquirida con los esfuerzos y trabajos de los escritores españoles, y como si las letras hubieran de seguir la prosperidad ó decadencia de la monarquía, pierden aquella hermosura y encanto que las habia distinguido en los anteriores siglos. Pero ¿qué consuelo tan lisonjero no inspira la aparicion de aquel rey tan bondadoso y magnánimo, de aquel Felipe V, tan amante de las letras y de los literatos? ¿Quién no recuerda con entusiasmo aquella piedad, aquel celo por promover entre sus súbditos todos los conocimientos humanos, persuadido como estaba de que con la fundacion de esta noble Academia Española habian de lucir las ciencias de su reino? ¡Oh presentimientos dignos de la fe viva que alimentaba aquella grande alma!

21. ¿Y no se han cumplido á la letra tan nobles deseos? Sin duda alguna. Así es que desde el erudito y esclarecido Marqués de Villena, primer director de Corporacion tan egregia, sus ilustres miembros hasta nuestros dias han correspondido á su elevada mision; y á sus fatigas y desvelos, empleados sin tregua ni descanso, debemos la rectificacion deseada del buen gusto, la pureza en nuestro lenguaje, los adelantos en los diferentes ramos del saber, y el rumbo fijo para conservar el carácter nacional en la historia, en la oratoria, en la poesía y en todo género de literatura; trabajos ímprobos, que aprovechamos todos, y que tal vez no agradecemos segun su merecimiento, pero que la posteridad, extraña al amor y al ódio de las personas, que no conoce sino por las producciones de su ingenio, los juzga en la fiel balanza de la imparcialidad, y está encargada de darles la inmortalidad á que se han hecho acreedores por sus relevantes méritos.

22. Por esta razon, ilustres Académicos, abandonad á esas frívolas medianías el cultivo de esas teorías vanas, llamadas filosóficas, que extravian tantas inteligencias, vagando en un océano de dudas y negaciones; dejadles el alimento de esa gloria que se forma en el fugaz ruido de los semisabios, verdadera escoria de la república de las letras; vosotros, al tomar la pluma en vuestras manos, fijad vuestras miradas en el tribunal de la posteridad, de cuyos justicieros labios saldrá el inapelable fallo del mérito de vuestros trabajos literarios. Sois españoles y fieles custodios de nuestro idioma; pues conservad en vuestras producciones, á Dios los bellos nombres de Criador, Omnipotente y Señor, con que se le ha nombrado siempre; á la verdad los venerandos fueros de reinar sola en el mundo; á la justicia sus eternales derechos; á la filosofía

sus inmobles principios, y á la ciencia el influjo que debe tener en la prosperidad de la patria. Sois religiosos; pues confesad en el templo del Dios de las ciencias, delante de cuya majestad todos somos bien pequeños, que toda sabiduría viene de lo alto; que sin la virtud, la ciencia es afliccion de espíritu, vanidad y orgullo, que quedará sepultada con la misma losa que cubra nuestros despojos. Trabajos ímprobos tendréis que emplear, rudos combates que sostener, y hasta persecuciones que sufrir; pero acercaos á ese modesto, pero glorioso túmulo, y alentaos con la gloria inmortal que rodea al príncipe de nuestros ingenios; gloria siempre creciente, despues de trascurridos dos siglos. Su constancia, su valor, su desinteres, su resignacion cristiana, su saber y su humildad sean vuestro modelo; que por este camino seguro se llegan á merecer las bendiciones de Dios y de los hombres.

23. Y pues en nuestra memoria y en nuestro corazon están presentes tantos preclaros talentos que conservaron incólume la gloria de nuestras letras, elevemos al trono del Excelso, á quien están presentes todas las cosas, nuestras fervientes plegarias, para que, en su piedad infinita, les conceda cuanto ántes el premio debido á sus trabajos y virtudes. No estamos solos en esta piadosa demanda; oran por ellos tantos parientes y deudos como dejaron á la hora de su muerte llenos de amargura, y que hoy renuevan su dolor al recuerdo de sus merecimientos; ora por ellos la católica nacion española, que, como buena madre, no abandona á sus hijos ni áun más allá del sepulcro; oran por ellos esas angelicales almas, que, ocultas al mundo, pero presentes á su celestial Esposo, recabarán con el mérito de sus ruegos y mortificaciones la libertad de sus espíritus, así como en otro tiem-

po con sus limosnas libertaban la vida de los que padecian por la fe. Y pues el Señor escucha siempre á los humildes, confiemos en que su misericordia infinita habrá coronado su frente con la aureola de la inmortalidad, debida á sus eminentes virtudes, pudiendo llamarlos nosotros bienaventurados y felices, porque murieron en el Señor.

DE LA INFLUENCIA EJERCIDA
EN EL IDIOMA Y EN EL TEATRO ESPAÑOL
POR LA ESCUELA CLÁSICA
QUE FLORECIÓ DESDE MEDIADOS DEL POSTRER SIGLO (1).

SEÑORES:

El alto honor que me dispensa la Academia Española al acogerme en su seno, excita en mí un vivo afecto de gratitud, sin el más leve impulso de engreimiento.

Ni un solo instante he dudado acerca de lo que, en mi sentir, significa distincion tan inmerecida.

Deseoso este ilustre Cuerpo de demostrar que tambien rige en la república literaria lo que los jurisconsultos llaman derecho de representacion; y comprendiendo cuánto es digno de estimularse el no interrumpido culto tributado por tres generaciones, dentro de una misma familia, á la hermosa lengua castellana, en la tribuna, en el foro, en las aulas y en la prensa, ha venido á premiar con mi eleccion, más bien que personales propósitos de laboriosidad, merecimientos heredados. La Providencia, á quien sin cesar bendigo, me favoreció con un padre, cuyo in-

(1) Discurso leido ante la Real Academia Española por el EXCELENTÍSIMO SR. D. MANUEL SILVELA, al tomar posesíon de su plaza de Académico de número, el dia 25 de Marzo de 1871.

cesante anhelo fué allanarme con sus lecciones los escabrosos senderos de la vida. Desde las nociones de la idea religiosa y los principios de la más austera moral en la infancia, hasta la revelacion, dolorosa, pero conveniente, de los artificios del mundo en la edad de las pasiones; desde la exposicion rudimentaria de los orígenes del saber, hasta la más elevada generalizacion de la ciencia, todo lo debo al que me estimulaba á la aplicacion, buscaba incentivos que me aficionasen al estudio, y si alguna vez me asaltaba el desaliento, ponia ante mi vista por espejo la memoria de su propio padre.

En la tierna edad, en que del estudio solo se sienten las asperezas, y en que el libro de texto nos parece el tirano de nuestra existencia, aprendí con placer y con cierto orgullo en la *Historia antigua hasta los tiempos de Augusto*, de mi docto abuelo (así le calificó Moratin) D. Manuel Silvela, la serie de grandiosos hechos que constituyen la civilizacion antigua, modificada despues por la revolucion, á la vez que religiosa, moral y política, del cristianismo. En su *Compendio histórico de la literatura española* cobré amor á las letras; sus *Noticias biográficas* despertaron mi interes hácia nuestros grandes ingenios; en su *Biblioteca de Autores Españoles*, llevada á término en las angustias de la emigracion, hallé ocasion de estudiar y admirar los mejores modelos del buen decir, y por último, en sus *Obras literarias* encontré amena y provechosa lectura [1].

Emprendida la carrera del Derecho, más que por vocacion, por consejo de mi amadísimo padre D. Francisco Agustin Silvela, hallé ocasion natural de aprender en sus *Estudios prácticos de administracion* (punto de partida de los demas tratados, y áun de las leyes hechas en la ma-

teria) esa ciencia de los tiempos modernos, que, en verdad, no podia desarrollarse en épocas antiguas, en que los ciudadanos delegaban todos sus derechos y, lo que es peor, no pocos de sus deberes, en un monarca absoluto.

En el tratado *De la pena capital*, en su *Proyecto de ley de procedimiento del Senado como tribunal de justicia*, en sus numerosos trabajos sobre recursos de casacion, y en otros, aún inéditos, completé mis estudios jurídicos, y bajo su direccion entré de lleno en las nobles y brillantes tareas del foro.

En la enumeracion de las obras de estos dos varones (si no de preclaro y extraordinario ingenio, dignos al ménos, por su celo y sus luces, de figurar en el catálogo de los hombres útiles á su patria) he andado acaso un tanto prolijo; mas sírvame de excusa que considero sus desvelos como los únicos títulos que han podido hacer se fije en mí este docto Cuerpo; y perdónenme si en ocasion tan solemne, de la propia manera que en todos los instantes prósperos de mi vida, dedico, con los ojos arrrasados en lágrimas, un recuerdo de filial ternura al que, al darme la existencia, me consagró la suya por entero.

Satisfecho este impulso de mi alma, tiempo es de que cumpla el primer deber que vuestra eleccion me impone: el elogio del Dr. Seoane, afamado en las ciencias médicas; autor, en tiempos de verdadero candor político, del célebre folleto *La Exaltacion y los exaltados;* insigne diputado de las Córtes de Cádiz; fundador de la acreditadísima revista inglesa, *El Ateneo*, y autor del *Diccionario anglo-hispano y español-inglés*, que alcanzó nueve ediciones; Consejero de Instruccion pública, de Sanidad y de Beneficencia; individuo de la Academia de Ciencias Naturales y de la Sociedad Económica Matritense, mere-

cería formar el tema exclusivo de mi discurso, si recientemente pluma mejor cortada que la mia no lo hubiese escrito con tanta delicadeza como ternura, y publicádolo en las MEMORIAS DE LA ACADEMIA. Vano empeño sería aspirar á competir con el docto y elegante panegirista del Sr. D. Mateo Seoane [2]; y no ménos innecesario que vano, dado que este varon insigne, en los veintinueve años que ocupó la silla ilustrada por Cienfuegos, acreditó su nombradía científica y su reputacion de lexicógrafo eminente, en términos que hacen tan irreparable su pérdida para las letras, como dolorosa para los que pudieron, en la intimidad del trato, apreciar las nobles prendas de su alma.

Fué el doctor Seoane uno de los muchos ingenios que, desde el agitado campo de la política y desde el vasto terreno de la ciencia, vinieron á dar eficaz impulso á las letras españolas.

Igual es mi procedencia, aunque menor, incomparablemente, mi importancia. Tambien yo he pasado mis mejores años en los elevados, pero áridos estudios de la ciencia del Derecho; tambien he gustado los pasajeros goces, y las amarguras sin cuento, y los azares sin término de la vida política; y tambien vengo hoy gozoso al apacible campo de la literatura, á que me inclinaron siempre mis tranquilos deseos y las irresistibles tendencias de mi espíritu.

Dando tregua á los graves estudios del foro, procurando olvidar los acontecimientos políticos que conmueven el orbe, dejando á un lado las preocupaciones que me asaltan acerca del porvenir, hoy tan oscuro, de esta patria querida, me propongo disertar ligeramente ante esta ilustre Asamblea, acerca *de la influencia ejercida en el idio-*

ma y en el teatro español por la escuela clásica, que floreció desde mediados del postrer siglo.

Negar en absoluto el benéfico influjo de una escuela en que figuran como escritores Cadahalso, Meléndez Valdés, Jovellanos, Iriarte, Cienfuegos y Moratin, y como preceptistas y críticos Luzan, Mayans y Capmany, fuera un absurdo, en que nadie que se precie de amante de las letras ha podido todavía incurrir; pero es indudable que, á consecuencia de la revolucion literaria llevada á cabo por la escuela romántica, que se enseñoreó de España desde 1835, se han desconocido los servicios prestados á la ilustracion patria por los llamados clásicos, contra quienes se han dirigido cargos, que aún subsisten, y que con facilidad pasmosa se reproducen sin reflexion ni crítica.

Ante todo, hay que establecer una completa separacion entre las enseñanzas de la escuela clásica, en lo que hace relacion á la poesía lírica, á las composiciones en prosa, al lenguaje en general, á las formas externas del pensamiento humano, y en lo que se refiere á la teoría sentada por la misma escuela en cuanto al teatro.

Respecto al primer extremo, los servicios prestados por los escritores que ilustraron el reinado de Cárlos III y florecieron en el de Cárlos IV son punto ménos que indiscutibles.

En cuanto á los preceptos de la dramática, ofrece, sin duda, márgen á abundante controversia el prurito de aclimatar en nuestro suelo la exótica planta de la tragedia, y se presta á justa censura el fervoroso y rígido culto tributado á las famosas tres unidades, sin que por esto sea merecedora aquella escuela de los severos cargos de muchos escritores modernos, que, en su exagerado encono, llegan, como llegó el erudito D. Agustin Du-

rán, hasta imputarle la decadencia de nuestro teatro.

Para vindicar en mucha parte á los clásicos del largo capítulo de cargos que en su daño se han formulado, basta restablecer la verdad histórica, con deplorable frecuencia olvidada en nuestras contiendas literarias.

No parece, en efecto, cuando se escuchan ciertas declamaciones, sino que á nuestro siglo de oro sucede sin solucion de continuidad el reinado de Cárlos III; no parece sino que al fenecer el brillante período de Garcilaso, Herrera, Cervántes y Lope, vinieron los clásicos, preceptistas ó escritores, á atajar el vuelo majestuoso de la inspiracion española, ahogándola con el dogal de reglas impertinentes. Se olvida demasiado, al juzgar en nuestros tiempos la restauracion clásica llevada á cabo en el siglo XVIII, el estado de abatimiento, de postracion, de mal gusto en que cayeron las letras españolas.

Ni Jovellanos, ni Meléndez, ni Moratin, fueron antagonistas de Cervántes, Herrera y Lope, ni se dirigió su regeneradora empresa contra tales ingenios, ni desconocieron las glorias de España, ni pretendieron nunca posponerlas á las de Francia, ni hay para qué contraponer, como suele hacerse cuando de ellos se habla con tanta ignorancia como injusticia, la escuela popular ó patria de los buenos tiempos, á la extranjera ó galicista.

Al contrario de lo que en la nacion vecina acontece, donde el siglo XVIII parece el predilecto de sus historiadores, entre nosotros apénas se conocen los sucesos, ya políticos, ya literarios, que llenaron el mismo período: así que considero como un eminente servicio prestado á la historia literaria de España el erudito trabajo que, con el modesto título de *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo* XVIII, aparece al frente del tomo LXI

de la *Biblioteca de Autores Españoles;* trabajo que, honrando á su autor, honra tambien á la Academia Española, que le cuenta entre sus individuos.

La decadencia política en que cayó España al terminar la dinastía austriaca, ejerció, como no podia ménos de ejercer, pernicioso influjo en la literatura; y perdidas la severa sercillez y la robusta entonacion de nuestros grandes escritores, empezó á dominar el estilo culto-metafórico-altisonante del caballero Marini [3], que, para desdicha de las musas españolas, habia alcanzado el favor de Góngora y otros ingenios, y que, en manos de sus imitadores degeneró en el conceptismo y discreteo, para venir, de degradacion en degradacion, á terminar en el retruécano y la chocarrería.

Ántes, pues, de motejar la severidad de la escuela clásica; ántes de combatir la reforma que intentó llevar á cabo, preciso es tener en cuenta el estado en que se hallaban las letras españolas, y el linaje de escritores contra cuyos excesos esgrimieron los clásicos el sangriento látigo de la sátira, ó levantaron el valladar fortísimo de las reglas.

Bajo el torrente incontrastable de la moda vense desaparecer casi por completo las voces que tienen en nuestro idioma la significacion de un objeto claro y determinado. Ya no se habla más que por metáforas y perífrasis: La Vírgen no es la Vírgen, dulcísimo nombre que invocaron los españoles en su gloriosa empresa de reconquista; la Vírgen es un *sacro asombro animado* ó el *epítome de Dios;* el sol no es el sol, astro esplendoroso del firmamento, sino el *presidente del dia;* la Iglesia católica es la *Infanta real de Cristo;* la nieve, *candidez hermosa*, *caida del cielo;* la medicina es la *facultad apolinaria;* las

nubes son las *cándidas holandas del ambiente;* el puñal, *áspid de acero;* los ángeles, *océanos cerúleos del empíreo;* los labios, *muros de coral viviente;* el gusano de luz, *relámpago vivo;* la nave es un *roble alado*, y los apóstoles.....

participio
Del Verbo que se perora.

¿Qué expresion de afectos, qué pintura de la naturaleza es posible con ese lenguaje hiperbólico, con esas anfibologías, con ese propósito deliberado de huir de la exactitud y de la claridad, para obtener, como supremo elogio, el que prodiga el preceptista de la secta, Gracian, al celebérrimo Góngora, calificando de *aliñado*, *elocuente y recóndito poema* su *Polifemo?*

Los que censuran á Luzan por su excesiva severidad, por su rigidez, por su estilo frio, por su locucion casi matemática, olvidan por completo los tratadistas que tenía por émulos, y los desvaríos que contribuyó á atajar, para bien del arte y de la razon en España.

Sin detenerme á analizar el *Epítome de la elocuencia española*, *ó arte de discurrir y hablar en todo género de asuntos*, *de orar*, *predicar*, *argüir*, *conversar*, *componer embajadas*, *cartas y recados*, *con chistes que previenen las faltas*, *y ejemplos que muestran los aciertos*, compuesto por don Francisco José Artiga, *olim* Artieda, que fué el *vademecum* de todos los malos copleros del siglo XVIII; sin molestar á este ilustrado concurso con el recuerdo de la metralla culta de *metáforas*, *sinécdoques*, *metonimias*, *antonomasias*, *onomatopeyas*, *catacresis*, *metalepsis*, *paronomasias*, *astismos*, *augesis*, *parresias*, *parasceves* y *aposiopesis* [1], con que el buen Artiga entiende que es fácil superar y oscurecer la tosquedad de un Fr. Luis de Leon; sin

pararme á admirar la ingeniosa invencion de las *Tablas retóricas de palabras de alabanza y vituperio*, donde el alma agradecida, ó el espíritu más enconado puede hallar en correcta formacion alfabética el elogio ó el dicterio que su situacion especial requiere; sin consagrar más que un recuerdo á las *pinturas diversas*, con que remata su obra y hace aplicacion cumplida de todas las recetas cultas que contiene; sin dar importancia alguna á ese libro baladí, producto de un pobre ingenio, permitidme que examine algo más despacio el verdadero código del culteranismo, el *Arte de agudeza é ingenio*, compuesto por Baltasar Gracian.

Fué, sin duda alguna, escritor de distinguido mérito; su *Criticon*, aunque salpicado de anfibologías y conceptos ampulosos, que lo deslucen, contiene trozos selectos, y revela un ingenio y una instruccion nada vulgar. Es en un todo superior al ramplon Artiga, y tuvo, por lo mismo, mayor influencia; pudiendo decirse que desempeñó el cargo de dogmatizador de la secta, y que su *Agudeza y arte de ingenio* fué por dilatados años el Coran á que se atenian los que ansiaban ganar fama de poetas recónditos.

Examinemos el libro. Desde el primer discurso ó capítulo, que se titula *Panegírico al arte, y su objeto*, se lamenta de la falta de un prontuario que enseñe por reglas á desvariar en culto, en estos términos: «Censúrase en los más ingeniosos escritores la agudeza, ántes por unas, que por únicas y homogéneos sus conceptos; ó todos crísis ó todos reparos, correlaciones ó equívocos, y en que falta el arte, por más que exceda el ingenio.»

En el discurso segundo, *Sobre la ciencia de la agudeza ilustrada*, hace la siguiente sincera, á la vez que encres-

pada profesion de fe: «Si el percibir la agudeza acredita de águila, el producirla empeñará en ángel; empleo de cherubines y elevacion de hombres, que nos remonta á extravagantes jerarquías.»

Síguense varios capítulos, consagrados á las reglas y ejemplos de la *armonía conceptuosa*, la *agudeza por improporcion y disonancia*, *por ponderacion misteriosa*, *por paridad conceptuosa*, y al llegar al discurso XV, en que explica, si es que explicacion admite, *el careo condicional*, *fingido y ayudado;* la fuerza mágica de la verdad, rompiendo las ligaduras del culteranismo, le hace confesar que *es tanta la valentía de algunos ingenios*, *que llegan á discurrir lo que no es*, *como se ve en este modo de sutileza.*

Sigue despues disertando ¡oh sombra de Horacio! acerca de los conceptos por *disparidad*, de las *ingeniosas trasposiciones*, de las *prontas retorsiones*, de las *ponderaciones juiciosas*, *críticas y sentenciosas por exageracion*, de la *agudeza paradoxa*, de la *improporcion disonante*, del *jugo de la paronomasia*, acumulando ejemplos lucidísimos, del caballero Marini, precursor de la secta; de Góngora, su gran pontífice, y de otros maestros, como el *conceptuosamente bizarro* D. Gabriel Bocángel, ó el *ocultamente elocuente* Fray Hortensio Paravicino, ó como el *divino* Ledesma, digno de este dictado, que la posteridad, equivocada, ha conservado á Herrera, pero que de derecho ganó el Ledesma con su *Laurel de la vencedora Huesca.*

Despues de un gran número de citas de poetas *recónditos* y oradores *ocultamente elocuentes*, que entónces, por lo visto, se ufanaban con calificaciones que hoy motivarian, por parte de los citados, el inmediato envío de dos padrinos, entra de lleno el buen Rector del Colegio de

Tarragona en la ardua explicacion de las *crísis irrisorias.*

No vaya á entender el auditorio, dejándose llevar del sentido vulgar que hoy tiene la palabra, que el excelente Fr. Baltasar, haciendo una brusca salida de sus literarias trincheras, haya pretendido, al tratar de crísis irrisorias, arremeter con la política y hablar casi por adivinacion de algunas escenas del mundo moderno, ni aludir á ministerios frustrados, á combinaciones ahogadas en gérmen; ni á aspirantes á carteras, que, puesta ya la corbata blanca, emblema de su pureza de intenciones, tuvieron que desceñirla por haber variado de propósito el Monarca, en su ardua tarea de hallar consejeros bastante dóciles para seguir sus inspiraciones, y con bastante abnegacion para ser, esto no obstante, responsables.

Nada de esto; las *crísis irrisorias* del P. Gracian no ofrecen la menor analogía con las que sirven de pasto á la prensa periódica en el siglo XIX.

Para persuadirse de ello, basta ver que el autor empieza diciendo «que es tan fácil esta agudeza cuan gustosa; pues sobre la ajena necedad todos discurren, y todos se adelantan ántes al convicio que al encono.» Más adelante añade «que con muchas crísis conglobadas se hace un discurso satírico»; y por último, concluye con un apotegma, que es la quinta esencia de la poética de los cultos.

Doblar el desacierto, es doblar el concepto.

Aún hay en la obra didáctica que analizamos otros discursos no ménos curiosos, tales como el consagrado á la *agudeza por una rara ingeniosa ilacion*, que consiste en sacar una *consecuencia extravagante y recóndita*, ó á la *agudeza nominal*, que es *una hidra vocal, pues á más de su propia y directa significacion, si la cortan ó trastruecan,*

de cada sílaba renace una sutileza ingeniosa, y de cada aserto un concepto. Tambien puede el lector extasiarse con la *primorosa equivocacion*, *que es como una palabra de dos córtes* y *un significar á dos luces*, con el tratado de la *Acolucia*, y trabazon de los discursos, ó la *ingeniosa aplicacion* y *uso de la erudicion noticiosa.*

Cuando hombres de envidiable ingenio (que mucho y muy envidiable debia Gracian á la Providencia) así se extravian y desbarran; cuando así ponen en el potro la hermosa lengua de Cervántes; cuando por tal extremo ofenden la razon y atentan al buen sentido, ¡qué de excesos no habría que lamentar en sus infinitos imitadores, escasos de entendimiento y faltos de inspiracion y de estilo!

Y ¿qué dirémos sobre la corrupcion y el mal gusto difundidos por el culteranismo, que tanto arraigó en España (cuando áun en nuestros dias nos sorprenden algunos retoños de esa planta maléfica, de esa grama literaria, no del todo descuajada por la escuela clásica restauradora del buen gusto en España), si nos fijamos en que, al propio tiempo que tenía preceptistas como Gracian y apóstoles como Góngora, contribuian á enaltecerla personajes como Fr. Félix Hortensio Paravicino, predicador de S. M., ó tipos cortesanos como D. Juan de Tássis, Conde de Villamediana?

En las *Obras póstumas, divinas y humanas*, de D. Félix de Arteaga, seudónimo bajo el que parece ocultarse el celebérrimo orador sagrado (á quien hubo de escocer tan sin mesura la calificacion dada á sus panegíricos, de *sermones de Berbería*, por boca de un gracioso de Calderon en *El Príncipe Constante*), hay inserta una comedia, intitulada *La Gridonia ó cielo de amor vengado, invencion Real*

ofrecida á la Majestad é imperio de Filipo el Grande, nuestro señor, IV de este nombre.

La tal *invencion Real* es de lo más peregrino que cabe imaginarse; y para dar una idea del estilo de esta produccion, joya del culteranismo, me permitirá el ilustrado Concurso que me presta su benévola atencion, citar sólo los primeros versos.

Habla Rosicler, y habla en estos términos:

No hay cautelar defensas al destino;
Puesto está en armas todo el horizonte
En horrible precepto, si divino.
Rayos engendra el aire, el monte fieras,
Al riesgo va á parar cualquier camino:
¡Oh tú, deidad, que enojos reverberas
Desta montaña en el altivo ceño,
Que temores achaca á tus esferas,
Temple á tus iras el sagrado empeño,
Ó muestra luz de las ofensas mias!
Si en tu no libertad ofende el sueño,
No me arrogue yo locas fantasías;
Que apénas las sentí, cuando vi el fuego
Mal acusado en las cenizas frias.

Aunque la deidad interpelada en tales términos debió quedar anegada en un mar de confusiones, no dejaría de reconocer, sin embargo, que en estos versos hay cierta entonacion, cierto lirismo, que recuerda, aunque vagamente y entre conceptos ininteligibles, algo del estro de los grandes poetas del siglo de oro de nuestra literatura.

Hay, en efecto, una gradacion entre el culteranismo y el conceptismo propiamente dicho; hay, entre los extravíos de Góngora y Villamediana y los discreteos de ingenios que ya se avecinan más á la restauracion clásica del siglo XVIII, un escalon que descender.

Ved ahora con qué resolucion le desciende el canóni-

go Fuster, citado como modelo de excelente gusto é ingenio por uno de los dogmatizadores de la secta.

La cruel lanzada recibida por el Salvador del mundo, como supremo ultraje de sus feroces verdugos, inspira al canónigo, hombre piadoso, el siguiente soneto:

Longínos hiere á Dios, tres veces ciego:
Ciego del cuerpo, como se ve claro;
Ciego del alma, sin buscar reparo,
Y ciego de la cólera y su fuego.
Llegó á la cruz, con gran desasosiego,
Para acabar un hecho feo y raro,
El cual, aunque costarle pudo caro,
Le dió la vida y le causó sosiego.
El hierro de la lanza que llevaba
Le sirvió de eslabon, Cristo de piedra,
La cruz de yesca para sus enojos;
Hirió el pedernal con furia brava,
Sacó fuego de amor, y tanto medra,
Que vino á ser la lumbre de sus ojos.

Preciso es hallarse inficionado de la lepra del conceptismo, para que un hombre religioso y que sentia, sin duda, la grandeza de la escena que aspiraba á reproducir, rebajase, sin embargo, al divino Redentor hasta el punto de compararle al pedernal, y tratase de equiparar aquella horrenda accion con una de las más vulgares de la vida.

Todavía se marca más la degradacion que experimentaba por entónces la poesía española, al ver que ni Santa Teresa de Jesus, la ilustre doctora, se libra de que uno de sus más ardientes panegiristas le aseste la siguiente agudeza:

Como hasta el cielo presume
Llegar de un salto veloz,
Prueba Teresa, *descalza*,
Si puede saltar mejor.

Y como ejemplo sin igual del extremo á que puede conducir el extravío del mal gusto y el afan de aplicar á todo la agudeza y el retruécano, nada existe comparable á las reflexiones que, en tiempos de exaltacion y de intolerancia religiosa, inspira al *divino* Ledesma el sublime martirio de San Lorenzo.

Así apostrofa al santo mártir:

Seréis sabroso bocado
Para la mesa de Dios,
Pues sois *crudo* para vos,
Y para todos *asado.*

No ménos inficionadas del mal gusto del conceptismo aparecen las obras en prosa que desde mediados del siglo XVII arrojaban las prensas españolas.

Véanse las *Luces de la aurora*, *dias del sol*, *en fiesta de la que es Sol de los dias y Aurora de las luces* [5], libro escrito por D. Fernando de la Torre y Sebil, y dígase si puede llevarse más allá la exageracion y el mal gusto. Sólo para expresar que un personaje, á quien encomia, habia aprendido la Mitología, se cree en la necesidad de consignar «que no satisfecha su sed en el ma»nantial abundante de las Sagradas Escrituras, se va á »chupar las aguas muertas de las fábulas antiguas, sa»cando de ellas el poco jugo que conservaron desde su »orígen, de aquellas vivas que, por el contacto del uni»cornio divino, se quedaron siempre inmunes del vene»no del primer pecado.»

En este mismo libro va inserto, celebrándolo como prodigio de elocuencia, un sermon, en el que se sienta que, en verdad, estuvo bien á María que aplaudiese su pureza original el Excmo. Sr. Marqués de Astorga, y se

elogia á éste porque «con más singularidad que el fénix, »gastaba, en la lumbre de los guisados, no otra leña que »la de canela.»

Y tan comunes y corrientes se hicieron estas ridículas y bajas declamaciones, que pasaba por estilo severo lo que hoy se considera como afectacion intolerable.

Aunque el título de *Colirio del Zelador del Manná Eucharístico* [6] habia prevenido desfavorablemente mi ánimo contra la obra del licenciado Casbas y Ainsa, al leer en la censura que se le aplaudia sentando «que el que »enseña lo necesario ha de huir de todo afectado adorno, »juzgando más conveniente estilo de un autor piadoso, »no el afectado, sino el ménos compuesto», creí con la mejor fe que hallaría una sana exposicion de la doctrina católica y del dogma de la sagrada Eucaristía.

Juzgue este respetable Auditorio de mi asombro, al tropezar desde el prólogo con la sencilla y por todos conceptos llana declaracion que hace el autor, de excitar la devocion de los fieles «mediante la devocion de la Ar- »chicofradía de Minerva, con que de lo ínfimo asciende »el Zacheo humilde á lo supremo del sicomoro, quinta »esencia del más virtuoso empleo, con que se evita el »mayor precipicio de dar en el infierno, que, en forma »de mar, metafóricamente describe San Mateo.»

Á riesgo de molestar la atencion de tan ilustrado como benévolo Concurso, me permitiré llamar su atencion acerca del curioso libro titulado *El Genitivo de la Sierra de los Temores, contra el Acusativo de el Valle de las Roncas*, de cuya notable portada me limitaré á insertar por nota un facsímile [7], y que publicado en 1760, marca el último período de la degradacion de las letras españolas. Consta de dos tomos en 4.°, consagrados, al parecer, á la

defensa de los Colegios mayores, y dedicados, en realidad, á catalogar insipideces y necedades, sin el menor enlace y cohesion: dos tomos en que se abusa del estilo figurado hasta el punto que evidencia la adjunta muestra:

«Así es que mi generoso patron, con la dulzura de su »genio, con el almíbar de su voz y con la confitura de »sus insinuaciones, procuró satisfacer dicho argumento »de ajenjo, como al de las otras expresiones de acíbar, »con tan destilada moderacion de su talento, y alambi»cada suavidad en su discurso, que, enamorado dulce»mente de la mermelada de su raciocinio, fué gratamente »haciendo una conserva de desengaños, á aquel reciente »amigo, que se hallaba amargamente engolosinado con »el rejalgar, con que se inficionaba la venenosa anti»colegial acusacion. Tanto pudo obrar la azucarada con»ducta de mi patron, con la miel rosada de su oportuna »facundia, que prorrumpió el novicio amigo, hecho un »azúcar rosada de derretida condescendencia, haciendo »profesion con tres votos de propósito: ¡Oh, qué polvos »de canela tan oportunos para la caridad cristiana!»

Salvas algunas llamaradas de verdadera inspiracion, que se hallan en las obras de D. Ignacio y D. Gabriel Álvarez de Toledo, del doctor Torres, D. Francisco Benegasi, y Gerardo Lobo, superior á los autores ántes que él citados, todas las producciones de principios del siglo XVIII adolecían de la misma extraña mezcla de altisonancia y chabacanería, dominando unas veces el estilo de *rosicleres*, como lo apellida Luzan, y otras la jerigonza de *claves*, *paronomasias*, y retruécanos más vulgares.

La reaccion en favor del buen gusto literario apuntó con la publicacion del *Diario de los Literatos*, se levantó

valiente con la *Sátira de Jorge Pitillas*, se redujo á cuerpo de doctrina con la severa *Poética* de Luzan, y recibió consagracion oficial con la justa preponderancia y merecido crédito que alcanzó la Academia Española, con su acierto al proponer las *Reglas de buen gusto en el pensar como en el escribir.*

Como acontece siempre con todas las reformas, hubo un largo período de predicacion, de apostolado, de lucha; y á esto se refiere Inarco Celenio al decir en una carta á Conti que Luzan, en su *Poética*, impresa en 1737, habló á sordos.

Hay en este concepto exageracion evidente: Luzan habló á gentes preocupadas, prevenidas; pero su ejemplo labró en muchos, y terminado el período de elaboracion, de doctrina y de polémica, ya en el reinado de Cárlos III se presentan como sazonados frutos de la nueva escuela, Cadahalso, D. Nicolas Fernández de Moratin, fray Diego Gonzalez, Iglesias, y luégo el dulce Meléndez Valdés, el insigne Jovellanos, el áspero Iriarte, el irascible y batallador Forner, y por último, D. Leandro Fernández de Moratin, dechado y modelo de escritores castizos, que señala el apogeo del clasicismo.

La Derrota de los Pedantes, composicion que no cede la primacía más que á la prosa inmortal de Cervántes, es, bajo apariencias frívolas, la síntesis de la lucha sostenida por la escuela clásica. Empleando una fábula discreta, sostenida y desarrollada con sin igual ingenio, no sólo luce Moratin toda la gallardía de un estilo, que es siempre castizo sin arcaismo, al rendir entusiasta homenaje á las glorias refulgentes del Parnaso español, sino que, con una gracia y un donaire inimitables, satiriza los excesos del culteranismo y prosaismo. Las arengas en prosa y

verso, que pone en boca del enviado de los copleros que intentan el asalto de la morada de Apolo; la donosa enumeracion de los proyectiles en cuarto y en fólio de que echan mano los Argensolas, Ercilla, Lope y Garcilaso para repeler la agresion; las contusiones que reciben las Musas, y hasta los detalles más insignificantes de la pelea, sirven á Inarco para derramar la vena inagotable de su ironía sobre los que estaban, de un siglo atras, empeñados en rebajar y envilecer las letras españolas.

El discurso magistral puesto en boca de Apolo contiene naturalmente la exposicion de los dogmas de la escuela clásica, entre los que, á la verdad, no se hallan todos los que el vulgo de las gentes le atribuye.

Léjos de decretarse la imitacion preferente ó exclusiva de literatura extraña, con desden y vilipendio de la propia, se aconseja el incesante estudio (que harto revela cuanto ha producido la pluma de Inarco) de los grandes escritores de nuestro siglo de oro. Léjos de anteponer á todo el culto de las reglas, se confiesa que «yerran los que gradúan el mérito de sus producciones por los defectos que evitan y la escrupulosa nimiedad en la observancia de los preceptos, cuando falta en ellas la invencion, el talento peculiar de cada género, y aquel fuego celestial que debe animarlas.»

Oportuno es hacer notar aquí la trascendental diferencia que separa el movimiento literario producido respectivamente en España y en Francia por la imitacion del ideal griego y romano.

El siglo de Luis XIV fué el de las glorias literarias de Francia, produciendo escritores como Racine, Corneille, Molière, Bossuet, Labruyère, Lafontaine y Boileau. Estos insignes ingenios, todos enamorados de la musa grie-

ga, pudieron destruir con facilidad el culteranismo, cuyos apóstoles fueron Mlle. Scudéry y la Calprenède, y cuyo templo representó por algunos años el *Hôtel de Rambouillet*[8]. Pero, extremándose los clásicos franceses en su empresa, no sólo desarraigaron la planta del culteranismo, sino que, llevando la exageracion hasta sus últimos límites, dejaron arrumbados y sin uso multitud de vocablos empleados por Rabelais, Marot y Montaigne, despojando á la lengua francesa de gran parte de su pompa, y consiguiendo, con la ayuda de Voltaire y otros escritores, hacer de ese idioma el más preciso, claro y matemático, pero al mismo tiempo el ménos poético del universo.

Muy distinto fué el objeto que se propuso la escuela clásica española, y muy diversa su influencia en el idioma patrio.

Nuestro siglo de oro tuvo, sobre todo en el teatro, un carácter más romántico que clásico; nuestros grandes escritores del siglo XVII, léjos de empobrecer el idioma, le enriquecieron, dándole una pompa y majestad, que alguno, como Góngora, llevó hasta el abuso; el culteranismo vino, á diferencia de Francia, despues, y no ántes, de ese período brillante; el culteranismo y el conceptismo, que en la nacion vecina señala la aurora de su esplendor literario, fueron en España la fórmula de la decadencia de las letras; y la restauracion clásica, iniciada á mediados del siglo XVIII, llevó por norte el restablecimiento del idioma patrio, despojándole de ridículos atavíos, pero conservándole en lo posible la hermosura esplendorosa que ostenta en Herrera ó en Cervántes. Buena prueba de esta verdad son la jugosísima prosa de la *Derrota de los Pedantes*, tan rica en hermosas locuciones y castizos giros como en ingeniosos pensamientos, ó las celebradas

quintillas de la *Fiesta de Toros*, de tan gustoso sabor á legítimo castellano.

En suma, los clásicos franceses fueron los que dieron á la literatura de su patria el carácter que áun hoy ostenta, y al idioma la forma que todavía conserva. Los clásicos españoles, realizando una aspiracion, ciertamente más modesta, se limitaron á ejercer una reaccion saludable contra los extravíos literarios de un siglo de decadencia, y á restaurar las letras, que ya otros, con más vigor, con más inspiracion, pero ménos delicado gusto, habian creado en España.

Más difícil es la cumplida defensa de la escuela clásica, en cuanto á los rígidos preceptos con que pretendió limitar la esfera de accion en que ha de moverse el poeta que se consagra á escribir para el teatro.

El empeño de aclimatar en nuestra escena la tragedia griega ha resultado vano, esterilizándose los esfuerzos de los más notables ingenios, que en el pasado y en el presente siglo han acometido tan heroica empresa.

El drama griego es antipático á los españoles en su estructura y en su esencia. Aplicado á asuntos de la antigüedad, sólo perciben sus bellezas los eruditos, y el público, en general, presencia con asombro y disgusto el desarrollo y el choque de pasiones y creencias que desconoce ó condena.

El sacrificio de Ifigenia, los furores de Bruto, los crímenes de Medea no aciertan á conmover al público moderno, que ni aprecia la situacion, ni se penetra de los afectos, ni se aterra ante la invocacion de deidades gentílicas, jubiladas y reducidas, en forma de estatuas, á adornos de jardin ó de relojes de sobremesa, ni se sobrecoge con los vaticinios de los augures, que no le merecen

mayor crédito que la buenaventura de una gitana, ni se preocupa con el hado fatal é inexorable, limitado hoy á presidir la extraccion de los números de la lotería, ni puede, por último, considerar á la familia de los Atridas sino como seres tocados de monomanía homicida, que los hace merecedores, más que de un suplicio afrentoso, de un aposento tranquilo en cualquiera cosa de orates.

Y si, huyendo de este escollo, se elige para la tragedia un asunto inspirado en la historia pàtria, se advierte muy luégo la imposibilidad de acomodar las vehemencias de carácter, las creencias y los arranques, que constituyen el genio nacional, al corte de escenas, al metro pomposo y al desarrollo lento y majestuoso del drama griego. La combinacion de la tragedia griega y el héroe moderno se estrella, en suma, ante la imposibilidad de calzar el coturno á varones tan vivos y tan inquietos como el Cid Campeador, Hernan Cortés ó Pizarro.

Ésta es ya una verdad demostrada en nuestra historia literaria.

D. Agustin de Montiano y Luyando, en sus dos tragedias *Virginia* y *Ataulfo*, publicadas en 1750 y 53, y calificadas por Moratin mismo de intolerables, inició la empresa de aclimatar en la escena española el género griego y romano; D. Nicolas Fernández de Moratin, en su *Lucrecia* y su *Hormesinda*, tampoco logró los aplausos de su severo hijo; la *Jaira* y la *Raquel* de Huerta, como la *Numancia destruida* de Lopez de Ayala, alcanzaron, aunque por poco tiempo, el favor del público; D. Gaspar Melchor de Jovellanos, en su *Munuza*, ensayó sin éxito el mismo género; posteriormente Cienfuegos, en *Idomeneo* y en *Pítaco*, no fué más afortunado, levantándose algo en su *Condesa de Castilla*, porque, con apariencias

de tragedia, es, en la esencia, esta composicion un drama moderno. Más cerca de nuestros dias, Quintana en su *Pelayo*, y Martinez de la Rosa en *La Viuda de Padilla*, hicieron esfuerzos por sobresalir en género tan ingrato. Y no obstante el éxito alcanzado por el *Edipo* y recientemente por la *Virginia*, excepciones lisonjeras, que, por lo escasas, confirman la regla, bien puede considerarse ya como abandonada definitivamente la tragedia por las musas españolas desde que *La Muerte de César*, del inolvidable Ventura de la Vega, vino á demostrar que, por grande que sea el conjunto de bellezas literarias que encierre una obra trágica, por más que entusiasme á un auditorio erudito que en la lectura las saborea, raras veces alcanza á penetrar en el público, y no resiste á la prueba decisiva y suprema de la representacion escénica.

Pero, prescindiendo ya de ese prurito de introducir la tragedia en nuestro teatro, empresa seguramente infeliz, no es tan exacto como supone el respetable y docto don Agustin Durán y como han repetido muchos, que la ruina de nuestro teatro nacional se deba al rigorismo é intolerancia de los clásicos, empeñados en medir con el mismo compas y regla á que se adaptaban las obras de griegos, romanos y franceses, las sublimes creaciones dramáticas del siglo XVII.

En el estimable discurso de Durán sobre el influjo que ha tenido la crítica moderna en la decadencia del antiguo teatro español, se advierten exageraciones que, puesto que se expliquen por la época en que aquél apareció, han sido adoptadas por el vulgo de los escritores, y circulan de libro en libro como moneda vulgar y corriente.

Ni es exacto que Luzan y los escritores clásicos desconocieran las altas y peregrinas dotes de Lope, Calderon

y nuestros grandes dramáticos, ni que la decadencia del teatro nacional deba atribuirse á que el culto de las reglas y la observancia de los preceptos enfrenase la imaginacion y sofocase el estro de los escritores dramáticos del siglo XVIII.

Véase en que términos el severo Luzan hace plena justicia á nuestro gran escritor dramático, D. Pedro Calderon de la Barca. «Por lo que mira al arte (así dice), no se puede negar que, sin sujetarse Calderon á las justas reglas de los antiguos, hay en algunas de sus comedias el arte primero de todos, que es el de interesar á los espectadores ó lectores y llevarlos de escena en escena, no sólo sin fastidio, sino con ánsia de ver el fin: circunstancia esencialísima, de que no se pueden gloriar muchos poetas de otras naciones, grandes observadores de las reglas.» Y más adelante: «Pero á quien tiene las cualidades superiores de Calderon y el encanto de su estilo se le suplen muchas faltas, y áun suelen llegar á calificarse de primores, hasta que viene otro que, igualándole en virtudes, carezca de sus vicios. Como éste no se ha dejado ver todavía entre nosotros, conserva Calderon casi todo su primitivo aplauso; sirvió y sirve de modelo, y son sus comedias el caudal más redituable de nuestros teatros.»

Otro tanto puede decirse del severo Moratin. No sólo se hallan en todas sus obras frases que revelan el altísimo aprecio que hacia de las preclaras dotes de Lope, Calderon y todos nuestros insignes dramáticos, sino que, en vez de las críticas acerbas que se permite contra los copleros de su época, les tributa verdadero homenaje, y en ocasiones los cita como modelos. Hállanse entre sus *Obras póstumas* unas extensas notas á *El Viejo y la Niña*, en las

cuales se desarrollan las bases de un arte dramático, y allí es curioso ver cuán distintas son las opiniones verdaderas de Moratin de las que algunos le atribuyen. No sólo sienta la máxima templada de que los preceptos deben ilustrar y dirigir al talento, no esterilizarle ni oprimirle, sino que invoca inmediatamente un ejemplo tomado de Calderon. «¿Quién podrá culparle, dice, porque en la última jornada de *El Tetrarca de Jerusalen* dejó sólo el cuarto de Mariene? Aquella interrupcion, aquella soledad, aquel silencio; la salida del Tetrarca, su agitacion, sus dudas, la sorpresa que le causa ver esparcidos por el suelo los adornos, las *arrastradas pompas* de su esposa infeliz, y entre ellas un puñal que le anuncia estragos y muerte; todo prepara la catástrofe horrenda que va á suceder dentro de muy pocos instantes. Para enfriar bien este desenlace, y despojarle de todas sus bellezas, no hay más que llenar aquel vacío de escena que las motivó; y observando escrupulosamente lo que la regla manda, todo se echará á perder.»

No es, pues, exacto que sistemáticamente negasen los clásicos las bellezas del teatro nacional. Tal vez no las sintieron con la viveza que nosotros, tal vez dieron sobrada importancia á los defectos y lunares de que ni Lope, ni Calderon, ni Tirso, pudieron ver libres sus obras, que al cabo son producto de la imperfeccion humana; pero no es dado atribuir por eso, como lo hacen Durán y otros escritores, á la escuela crítica de los clásicos la sensible é incontestable decadencia del teatro español. Hay que distinguir en sus juicios lo que una persona de las que en este momento me escuchan llama crítica negativa y crítica afirmativa; en lo que censuran, tienen generalmente razon; la moralidad dudosa de algunas fá-

bulas, el desórden en el desarrollo, el exceso de lirismo en muchas escenas, la procacidad de los graciosos, la preferencia dada al enredo sobre la exposicion y lucha de caractéres, todo, en suma, cuanto critican es acertado; y prueba concluyente de la exactitud de estas críticas negativas es que la mayor parte de las obras maestras de nuestro antiguo teatro no pueden presentarse hoy en la escena sin un arreglo prévio, que ha recibido el nombre, por demas significativo, de *refundicion*. Aplauso, y no escaso, han merecido poetas contemporáneos por haber refundido obras del antiguo teatro; es decir, por haber vaciado en moldes correctos un metal riquísimo, separando préviamente las escorias que lo afeaban.

En lo que la escuela clásica se muestra insuficiente, y no pocas veces injusta, es en la exposicion de las maravillosas bellezas que, entre deformidades incontestables, brillan en nuestro antiguo teatro; es, en suma, en la crítica afirmativa en la que hace resaltar, sentir y gustar los aciertos, y lucir y brillar las inspiraciones y las grandezas del pensamiento.

Pero de esto á ser causa de la decadencia del arte en España hay un abismo.

Decayó la dramática, de la misma forma y por las mismas causas que produjeron la decadencia de la poesía lírica y de todos los géneros de literatura en nuestro siglo XVIII; decayó la poesía dramática, porque ella, ménos que ninguna, puede sustraerse al influjo de los grandes acontecimientos que abaten y postran las naciones. La prueba decisiva de que en esto no hubo de influir el clasicismo, es que los autores que marcan en sus obras el período de corrupcion de nuestro teatro son cabalmente los que con más frecuencia y resolucion atropellan las

tres famosas unidades y los preceptos todos de la escuela restauradora de Luzan.

Cualquiera creería, al terminar la lectura del discurso de D. Agustin Durán, que la inferioridad de Cañizares, Añorbe, Moncin, Valladares, Comella y Zavala estriba en que, dóciles á los preceptos de la escuela clásica y esclavos sumisos de sus reglas, sacrificaron á su observancia la inspiracion y la fantasía. Pues cabalmente acontece lo contrario: léjos de imitar á la escuela griega, romana y francesa; léjos de sujetarse al yugo de las tres unidades, se ve que desprecian constantemente en sus fábulas, no ya preceptos sobrado rígidos, reglas en demasía estrechas, sino las inspiraciones todas del más vulgar y comun sentido.

La lectura de *La Comedia nueva* habia excitado en mí, hace tiempo, el deseo de conocer las obras dramáticas de fines del siglo pasado y principios del actual, cuyos autores merecen cierta gratitud, áun cuando no sea más que por haber dado ocasion á Inarco para enriquecer las letras españolas con una joya literaria sin rival en nacion alguna. Las preciosas notas publicadas entre las obras póstumas de Moratin acrecentaron ese deseo, y hube de fijarme en Comella, ya porque para muchos es tenido como el original de D. Eleuterio, ya porque críticos de nota le suponen superior á Zavala y Valladares, sus contemporáneos [3], ya porque entiendo que para llegar á ser la personificacion de un período, por deplorable que sea, en las artes ó en las letras, como acontece á Churriguera en la arquitectura, se necesita un conjunto de cualidades excepcionales.

Un ligero estudio de las obras de Comella, estudio tan somero como lo consienten la índole de este escrito y las

premiosas circunstancias en que me hallo, ha llegado á persuadirme por completo de la absoluta sinrazon con que ha querido atribuirse cierta complicidad, moral cuando ménos, á la escuela clásica en la serie de atentados perpetrados en la escena española, con premeditacion, reincidencia y todas las circunstancias agravantes imaginables, por el infeliz Comella.

Con mayor resolucion que Ticknor, el cual no se atreve á confesar en sus notas el número de producciones de este autor que ha leido, por el único placer de entretenerse en sus extravagantes fábulas [10], declaro á la faz de este ilustrado concurso que me he engolfado en la lectura del fárrago completo de *comedias heroicas*, *piezas modernas*, *dramas trágicos*, *comedias de costumbres*, *melodramas trágicos*, *óperas sérias*, *drama joco-serios*, *óperas jocosas* y *comedias de música* que produjo la demasiado abundante vena de D. Luciano Francisco Comella.

Con no ménos diligencia he tratado de averiguar noticias de su vida; mas en esta parte, confieso humildemente que ha sido escaso el fruto de mis tareas.

Por de pronto he hallado absoluta unanimidad en Ticknor, D. Ramon de Mesonero Romanos, el actor García de Villanueva, y el autor del *Catálogo biográfico-bibliográfico del teatro español*, en cuanto á ignorar por completo el punto, hora y dia del nacimiento de dicho autor.

No ménos unánimes se muestran en cuanto á desconocer su prosapia; y por lo que hace á su descendencia, parece ser que tuvo una hija, que le auxiliaba en sus tareas literarias [11], y un hijo, músico apreciable de la orquesta del teatro del Príncipe, que, ya fuera por seguir una costumbre frecuente en la vida teatral, ya por no cargar con la nombradía literaria unida al apellido,

tuvo por oportuno cambiarle, sumiéndose en la más completa oscuridad.

Lo que en resúmen se sabe es, que D. Luciano Francisco Comella mereció los apláusos del público por espacio de más de veinte años, á contar desde el último decenio del pasado siglo; que, segun cierto autor, «fué todo un hombre de bien y un honrado ciudadano, por más que como escritor adquiriese tan mala fama», y que, no obstante la larga serie de sus repetidos triunfos en España y en el extranjero, donde se representaron várias de sus obras, arrastró una vida por demas desventurada.

Así lo confirma la anécdota referida por el distinguido compositor Barbieri, quien asegura que, siendo su padre director de escena y alcaide del teatro de la Cruz, y en ocasion en que buscaba á Comella para que le escribiese el apropósito ó despropósito que habia de titularse *La batalla de los Arapiles*, tuvo que registrar las márgenes todas del canal del Manzanares, adonde D. Luciano concurria con frecuencia para entregarse á la tranquila faena de la pesca, más que por distraccion y entretenimiento, con el fin de proporcionarse el sustento, que no le daban sus producciones literarias. Añade más Barbieri, y esto contrista el alma: que era tal la miseria del infortunado y flaco Comella, que habiéndole propuesto tomar un bocado en uno de los bodegones ó ventorrillos próximos, y no hallando manjar más escogido que unos empolvados y rancios arenques, sació en ellos su apetito con tal exceso, que le produjeron una enfermedad, término de su triste existencia, pero no de sus triunfos, puesto que pudo concluir su *Batalla de los Arapiles*, obra póstuma, que, como funcion de pólvora, alcanzó fugaz y estrepitoso éxito.

Dejando á un lado al hombre; lamentando su desdichada suerte, que compartió con no pocos esclarecidos ingenios; haciendo justicia á la bondad de sus sentimientos y áun á la pureza de sus intenciones, tiempo es ya de decir algo del autor dramático y de sus obras.

Dotado Comella de inventiva, cualidad inapreciable para la poesía dramática, pero falto de instruccion, sus comedias son novelas dialogadas pésimamente, en las que á veces el enredo de la fábula entretiene el ánimo y hace olvidar la falta de caractéres y la absoluta inverosimilitud de los lances escénicos. Tiene, por este lado, alguna semejanza con el moderno novelista Ponson du Terrail, cuya pluma calenturienta ha extremado hasta el absurdo la novela histórica de Walter Scott y Dumas, y la de costumbres de Balzac y Dickens.

Por de contado los personajes de las ficciones de Comella llevan los apellidos más estrambóticos y enrevesados que cabe imaginar: *Miladi Jacoba*, *Milor Tolmin*, *el Conde de Beutiff*, *Apragin*, *el Sargento Mecknoff*, *el General Stoffel*, *Zastrow*, *Potemkin*, *Sir Thoward*, *Oranno*, *Gudenouff*, *Soltikoff*, *Shannon*, *Nadasti*, *Conde de Colloredo*, *el Duque de Roswick*, *Basilio Morosow*, *el Conde Kruger*, *Rotuski*, *Mollendorff*, *el cadete Kenverhuller*, *Pelealogo* (sic, por Paleólogo), *Tecumba*, *Atomante* y *Temisto*.

Al recorrer semejante catálogo de nombres estrafalarios, antipáticos á toda garganta española, no se concibe siquiera cómo ha podido calificarse al autor de escritor nacional, al propio tiempo que se apellida galicista al inmortal creador de *El Sí de las Niñas*, de *La Mogigata*, y de otras producciones de tan hermoso sabor castellano como las mejores obras de Lope, Tirso ó Moreto.

Y todavía, si Comella, al realzar á sus personajes con

nombres tan extravagantes, introdujera en sus obras la observancia de costumbres de países extraños; si manifestára propósito, conato siquiera, de amoldar sus creaciones á los estilos, hábitos y preocupaciones de cada uno de los pueblos donde coloca la escena, cabría perdonarle su decidida aficion á héroes extraños, en gracia de la enseñanza que al espectador poco instruido podia suministrar su teatro. Pero ni por asomo sucede nada de eso: sus tipos no son ingleses, ni rusos, ni alemanes; sus héroes no tienen patria.

En *La Eselava del Negro-Ponto*, una de sus producciones más celebradas, y uno de los triunfos escénicos de la incomparable Rita Luna, que se hizo retratar vestida del correspondiente traje, hay cierta sultana, que en todas partes se halla, excepto en el Serrallo; que acompaña á su esposo al asalto de ciudades, que anda en rondas y galanteos, que colma de desvergüenzas delante de toda la córte al Sultan, que tiene ayudantes de órdenes á quienes manda

> Que pongas sobre las armas
> Al ejército; que cerques
> El Serrallo, y que las guardias
> Dobles en mi cuarto;

y hace tales extremos de envidia y celos, que el bravo general Soliman no puede ménos de exclamar que aquello es una fiera y no una mujer;

> Supuesto
> Que siéndolo, era preciso
> Obrase lo racional.

Todo el drama es por el estilo. El parlamentario anuncia al sitiado Peleálogo, príncipe del Negro-Ponto, que

Cien mil infantes y veinte
Mil de á caballo le cercan;

anunciando, ademas, que es mensajero de

Mahomet Segundo, invicto
Emperador de la excelsa
Constantinopla y del mundo,
Hijo del Sol y de Marte.

Este Sultan mitológico no invoca una vez siquiera el Coran; pero, en cambio, al requebrar á la esclava que tiene en el Serrallo, falto, por supuesto, de cerrojos y aldabas, puesto que en él no permanece nadie, dice:

Amor, si logro ver fácil
Este divino imposible
Á mi ruego, en tus altares
Sacrificaré holocausto.

Más todavía: superior el sultan de Comella á toda preocupacion musulmana, al volver el general Soliman vencedor del Negro-Ponto, le llama el *Atlante de su corona;* le ofrece sucesivamente, en recompensa, su hermana, su real sello, facultad ilimitada de dar empleos; y viendo que nada le basta, agrega:

Puerta franca en el Serrallo,
Que de todas mis grandezas
Es el dón más soberano.

¿Cabe más soberano desatinar?

Por supuesto que el buen D. Luciano Francisco, en quien no hizo jamas mella la funesta escuela clásica, causa de la decadencia de nuestro teatro, se permite en esta misma pieza todas las libertades de lugar y tiempo que son imaginables, y lleva á los espectadores á salones con dosel, galerías de palacio, jardines cortos con verjas, es-

calinatas, miradores de cristales, murallas con torrecitas y almenas, y hasta exige, en una de las decoraciones (ó mutaciones, como él las llama), que por encima del muro se vea parte de la ciudad, que *empezará á arder con la mayor propiedad que se pueda.*

Hay en el mismo drama verdadera prodigalidad de combates al arma blanca, y entre cuchillada y cuchillada, mucho de aquello de *villano*, *venenoso áspid*, *traidor cocodrilo*, y finales de acto, como el siguiente, inspirados, sin duda, por el funesto clasicismo:

EURINOME. En tanto desconsuelo.....,
ZAIRA. En tan confusa duda.....,
SOLIMAN. En lance tan funesto.....,
MAHOMET. En tan aleve insulto.....,
LOS CUATRO. Pues no hay otro remedio,
ZAIRA. El cielo abra caminos.
MAHOMET. Venganza, amor supremo.
SOLIMAN. Para morir callando.....,
EURINOME. Para vivir muriendo.....
LOS DOS. Cielos, dadnos paciencia,
Constancia y sufrimiento.

Á esta invocacion me asocio de todas véras para rogar á mis ilustrados oyentes que me permitan terminar la reseña de *La Esclava del Negro-Ponto*, la cual, despues de salir incólume del asalto é incendio de la ciudad, de los arrebatos amorosos de Mahomet, de los celos de la Sultana y de las sublevaciones de los genízaros, concluye por casarse con Soliman invicto, y éste, para tranquilidad del patio, declara que sigue la ley cristiana; sin que el hecho de haber sido treinta años terror y azote de sus hermanos en Cristo signifique otra cosa más que un profundo disimulo.

Sin detenerme en el exámen de *La Moscovita sensi-*

ble, que presenta grandes analogías con la pieza anterior, ni en el de otras várias que Comella titula *de costumbres*, aunque ni rastro dé ellas se encuentre; sin fijarme en *El Abuelo y la Nieta*, en que erróneamente se supone que quiso retratar á Moratin; sin hacer mérito tampoco de *La Cecilia*, drama representado en casa de los excelentísimos señores Marqueses de Mortara, en que desempeñó el papel de protagonista el autor, y que lujosamente impreso, empieza:

> Aunque el hombre y la alfalfa,
> Sin contratiempo,
> Disfruten verdor.....;

versos que dan triste idea del manjar literario servido á tan nobles y egregios protectores; séame lícito detenerme un tanto en *Federico II*, *rey de Prusia*, ya que ésta es la produccion capital del autor, y que recorrió con aplauso los principales teatros de España y del extranjero.

Federico II, *rey de Prusia*, drama en tres actos, exige once decoraciones ó mutaciones, y entre ellas una espaciosa llanura con vista del castillo de Spandau, debiendo salir de él, en correcta formacion, el cuerpo de tropas que se pudiere, haciendo evoluciones y formándose con las banderas en el medio.

Empieza la representacion por una escena de hambre. Enrique Treslow, coronel degradado, por suponerle autor de unas cartas dirigidas al enemigo, se encuentra en la mayor miseria y sin pan que suministrar á su mujer y dos niños que le acosan, y no halla mejor arbitrio que poner un memorial al rey Federico y llevárselo al campo de Spandau. Despues de esta exposicion, presenta Comella á su héroe augusto con la mayor naturalidad, los rizos

caidos, el uniforme usado, levantándose de su cama de campaña y diciendo:

Ya estoy vestido: ahora bien,
Las botas ponerme es fuerza.
Aquí están: ¡oh, pésia á tal,
El trabajo que me cuesta!

Á continuacion el gran Rey escribe un parrafito de la *Historia de Bramdembourg*, y despacha con su consejero Manfeld, que es precisamente el causante de la desgracia de Treslow. Síguese una visita al campamento, en que prueba el rancho y gasta bromas con los soldados, y luégo una audiencia, en que da una moneda de oro á una actriz, explicándola de paso que desde que es rey se ha vuelto muy económico en bien de sus vasallos; y por último, influido por el calumniador Manfeld, rompe el memorial de Treslow y le llena de improperios. Este desdichado, en vez de pedir un leve préstamo á Quíntus, favorito del Rey, que intenta consolarle, vuelve furioso á su casa, donde los hijos *in continenti* le piden pan. Presa su alma de la más negra desesperacion, sale resuelto á vengarse del Rey poniéndole un pasquin, y á dar de puñaladas al villano Manfeld, cuyo hijo, que parece estar al tanto de las picardías de su padre, se lo estorba y le facilita la huida.

Vuelve á presentarse á la vista del público el campamento, y Federico decide

.....que es ya hora
De que á este relox del cuerpo
Le demos la cuerda justa
Del necesario sustento.

Aplauden los generales, comen, y al final del banquete,

el capitan de guardia le sirve, á guisa de postre, el pasquin vengador:

Es, ademas de raro,
Federico II un rey avaro.

Revuélvesele la bílis en el cuerpo al Monarca, viendo que es blanco de un dístico de aleluyas; se apresura á sincerarse ante el público en una serie de liras furibundas, y hecho un basilisco, jura vengarse.

De nuevo aparece la choza de Treslow, y los dos niños obstinados en pedir pan, y la situacion se complica con acometerle á la madre un desmayo. Enterado el infortunado Treslow por una carta de Manfeld, hijo, de que el gran Federico ofrece cincuenta monedas de oro al que descubra el autor del pasquin, resuelve denunciarse, y así lo ejecuta. Su mujer recibe dicha suma de manos del gran Federico, el cual le encubre el motivo de esta liberalidad. Las exclamaciones de Carlota labran en el ánimo del gran Rey, quien empieza á recelar que Treslow se haya sacrificado á su familia, y para distraerse, toca con su favorito Quíntus un duo de flauta, y luégo se engolfa en el despacho de varios arduos expedientes, entre los cuales es digno de especial mencion el formado á una augusta princesa, que, no sólo se ha negado á pagar los derechos de arancel de unos trajes, sino que, llevada de la viveza de su carácter, ha dado de bofetadas al funcionario que le exigia el descubierto.

Hé aquí lo que Federico, evidentemente de Comella, no de Prusia, resuelve:

..... Para que no haya
Quejas, resuelvo que sean
Los derechos de la Aduana

De mi cuenta, que la estofa
La tenga libre Madama
La Princesa; que se quede
Levitz con las bofetadas;
Y en cuanto al imaginado
Deshonor del que demanda,
Le relevo de él, respecto
De que una mano tan alta
No puede infamar á un
Administrador de Aduanas.

Sosegado el estro gubernamental y poético de Federico, vuelve á meditar sobre el conato de asesinato de su consejero Manfeld, cuyo virtuoso hijo está preso por negarse á revelar el culpable, y sobre la delacion de Treslow, y confiesa que las circunstancias

Le llenan de dudas várias.

Viene á acrecentarlas Carlota, mujer de Treslow, que, con el cabello suelto, con un hijo en los brazos, con otro asido de su falda, y todos los síntomas de la más horrenda desesperacion, devuelve al Rey las cincuenta monedas de oro, precio de la delacion de su marido, al cual defiende, asegurando

Que tenía á su familia
Entre el hambre sepultada,
. . . . . .
. . . . . .
Que á su infelice consorte
Le acometian mil bascas.....;

y en suma, que por eso adoptó

Esta heroicidad insana.

En vano Federico interroga al jóven Manfeld, que en-

mudece por no perder á su padre; en vano interroga á Treslow, que no tiene pruebas para sincerarse, y que, llevado de la desesperacion, parece desear la muerte.

Forman las tropas, Carlota se desmaya al ver á su marido en el centro de un piquete y con todos los síntomas de un fusilamiento inminente; pero traen un pliego al gran Federico; le abre; resulta ser del secretario de Manfeld, que tiene la oportunidad de morirse y de revelar, á manera de manda piadosa, que él fué el autor de las cartas que motivaron la degradacion de Treslow. En el acto el gran Federico nombra gobernador de Spandau al perseguido Treslow, condena á un castillo á Manfeld, y sólo se echa de ménos para el triunfo completo y acabado de la inocencia que salgan los tiernos niños con un panecillo en la mano.

Pues esta produccion extravagante, en que corren parejas lo ramplon de la forma con la ridiculez de la fábula, obtuvo un éxito extraordinario y sirvió de modelo á ingenios inferiores aún á Comella, marcando el desventurado rumbo y la desastrada corriente que á fines del pasado siglo llevaban las letras españolas.

Hora es ya de poner término á la enojosa tarea de citar composiciones extravagantes y conceptos alambicados ó chabacanos, evocando el recuerdo de autores menguados que alcanzaron pasajera fama, y que hoy son verdaderas momias literarias sepultadas y petrificadas por el olvido público. Si, al parecer, me he excedido, téngase en cuenta, no sólo la observacion vulgar de que en literatura, como en moral, el más poderoso incentivo para la virtud es el recuerdo de la fealdad del vicio, sino tambien que la índole del asunto exigia imperiosamente todas esas citas.

Para apreciar los servicios prestados al habla castellana por los insignes escritores que capitanearon el movimiento clásico, preciso era recordar á qué extremo la habian llevado los que les precedieron en el campo de las letras; para estimar en lo que valen los esfuerzos de Cadahalso, Meléndez, Moratin (el padre), Jovellanos, Forner y otros ingenios por devolvér á la poesía el brío, la majestad y la dulzura, y á la prosa la sencillez, el nervio y la elegancia de sus buenos tiempos, indispensable era poner á la vista los versos y la prosa en que escribian sus émulos y adversarios; para aquilatar, en fin, la importancia de los *Orígenes del Teatro* y de las obras dramáticas de Inarco, importaba sobremanera traer á la memoria lo que eran las representaciones escénicas de su época. Hecho esto, queda demostrado el inmenso servicio prestado á las letras españolas por la restauracion clásica iniciada al mediar el siglo XVIII.

No pretendo, sin embargo, sostener que la empresa se llevára á cabo con perfeccion cumplida, ni he de negar que ingenios de condicion inferior intentaron, como sucede siempre, extremar el movimiento, ya exagerando la imitacion de modelos extraños, ya intentando pasar desde los encrespados excesos del culteranismo hasta el más frio é intolerable prosaismo [12]. Y ¿á qué negarlo, si he calificado yo mismo ese movimiento literario con el nombre de restauracion? ¿Quién ignora que en esos grandes impulsos de avance ó de retroceso del ingenio humano, que en la república literaria, como en el mundo político, se llaman revolucion ó restauracion ó reaccion, se cometen siempre excesos que manchan el gran pensamiento que los preside? Semejan esas grandes conmociones de la humanidad al flujo y reflujo de los mares;

y cuantos hayan contemplado absortos el inmenso Océano avanzando impetuoso sobre la costa y alzando sus hinchadas olas, habrán observado que al romperse éstas se coronan siempre de espuma, y al dilatarse sobre la blanda arena de la playa dejan delineados sus contornos con un negro feston de algas viscosas y de restos inanimados y putrefactos.

Vindicada la escuela clásica de cargos inmerecidos, bien quisiera entrar de lleno en el exámen concreto de las bellezas literarias que debemos á los preclaros ingenios que, en un período de depravacion, de abatimiento y de ruina, acometieron la regeneradora empresa de devolver á las musas españolas la hermosura, la pompa y el ornato que ostentaron en el siglo de oro. Pero ni lo consienten los límites del discurso, ni á ello alcanzarian mis fuerzas. El exámen, siquiera fuese somero, de las producciones de uno solo de esos escritores, sería tésis suficiente para una disertacion académica. *El Sí de las Niñas*, joya del arte, en que la regularidad no daña nunca al interes, en que la verosimilitud de la ficcion dramática alcanza á confundirse con la realidad de la vida, en que la diccion y la forma rivalizan con el pensamiento, en que el crítico más severo no puede señalar con justicia un lunar, y en que el público saborea bellezas incomparables, prestaría, por sí solo, materia para un estudio literario tan extenso como el que dejo terminado.

Reservando esta grata tarea para escritor más competente ó para ocasion más propicia, séame lícito, al ménos, concluir rindiendo el tributo de mi admiracion á Moratin, que aparece más grande y más digno cuando se recuerdan las miserias de la época que le vió nacer, y cuando se le ve levantar entre semejantes escorias y repug-

nantes ruinas un monumento al arte español, con sus cinco comedias,

Cinco no más; pero de luz tan pura,
De juventud tan fresca y tan lozana,
Que vivirán cuanto en la edad futura
Viva la hermosa lengua castellana (1).

He dicho.

(1) Ventura de la Vega.

NOTAS.

' La publicacion, hecha en 1845, de las obras que dejó inéditas D. Manuel Silvela, fué acogida con aplauso público. Aún recuerdo que la circunstancia de llevar el mismo nombre de mi abuelo dió entónces lugar, no obstante mis pocos años, á que más de una persona, á la verdad indocta, me felicitase, no sin cierta estupefaccion de mí parte — y el caso no era para ménos — por el éxito lisonjero de mis obras *póstumas*.

En cuanto al aprecio que merece á los eruditos, séame lícito insertar aquí unos párrafos del *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana*, del Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto:

«Entre aquellos varones ilustres se distinguió asimismo *D. Manuel Silvela* por su saber, por la pureza y elevacion de sus doctrinas morales, y por la sencillez patriarcal de sus costumbres de familia. Lanzado de su patria por el huracan de las desgracias públicas, halló en su laboriosidad y en su talento amparo contra la adversidad para sí, para su esposa y para sus hijos. La perseverancia, el acierto, el sano y trascendental espíritu, la delicada solicitud con que dirigió, así en Burdeos como en París, un establecimiento de educacion para la juventud es-

pañola, son títulos de gloria verdadera para el nombre honrado y honroso de *D. Manuel Silvela.*

» En su casa pasó *Moratin* los últimos años de su vida, mirando como suya propia la interesante familia de su amigo. Aquel insigne escritor exhaló el último suspiro en brazos de Silvela, y éste pagó la deuda del cariño y admiracion, erigiendo á su costa, en el cementerio del *Père Lachaise*, un monumento fúnebre al esclarecido poeta cómico, entre *Molière* y *Lafontaine.*

» En el notable discurso histórico-crítico que publicó *Silvela* al frente de su *Biblioteca selecta de la literatura española*, en la *Vida de Moratin*, y en los varios escritos suyos, ya históricos, ya jurídicos, que han sido dados á la estampa, demostró *Silvela* que era docto investigador, hombre de sano criterio y hablista fácil y correcto. La sensatez prepondera sobre la fantasía en sus escritos, y por eso es mejor prosador que poeta. Su sentido crítico era perspicaz y seguro; y es curioso verle empeñado en eterna y amistosa polémica con *Moratin* sobre los principios del arte dramática, sosteniendo, contra el inexorable clásico, «que la nimia aus-»teridad de las reglas ha esclavizado el ingenio; que el mismo Moratin »era prueba de esta verdad..... y que en las letras los pecados verdade-»ramente irremediables son: la frialdad, la insipidez, la falta de accion, »de interes.» Tal doctrina aparece ahora llaña y corriente; pero debe recordarse, para gloria de *Silvela*, que esto lo decia á Moratin un hombre educado con las ideas clásicas francesas, muchos años ántes de que se hubieran propagado y madurado en Francia y en España los amplios y tolerantes principios de los Lessing y de los Schlegel.»

[2] Bien distante me hallaba, al hacer esta alusion al Ilmo. Sr. don Pedro Felipe Monlau, de creer que la muerte habia de arrebatar á los pocos dias á tan distinguido Académico, modelo de laboriosidad, de modestia y de ciencia. Sirva esta nota de testimonio de alto respeto y acendrado cariño á su memoria.

[3] No me propongo hacer un extracto de las extensas biografías antiguas, ni áun de los mismos artículos biográficos modernos, que se han consagrado á la memoria de Juan Bautista Marini.

Sabido es que nació en Nápoles en 1569, y que prófugo del foro, no obstante los ruegos paternales, se echó en brazos de las Musas, ingresando en la academia *Degli Oziosi* (que, á juzgar por el título, no debe haberse extinguido por falta de prosélitos), y llevando en Roma, al lado del cardenal Aldrobandini, y luégo en la córte de Saboya, esa vida aventurera, mezcla extraña y confusa de la existencia del cortesano y del trovador, fértil en sonetos, rica en cuchilladas, ocasionada á las más extrañas peripecias, y habitual en los poetas de aquellos azarosos tiempos.

Debió Marini la reputacion que alcanzó en vida, y la nombradía que ha conservado despues, más que á las dotes de su ingenio, que no eran extraordinarias, á la circunstancia de haber sido uno de los primeros y más activos propagadores del culteranismo, usando y abusando singularmente de las metáforas más extravagantes, y sustituyendo la expresion sencilla de los afectos con formas hinchadas y ampulosas.

No satisfecho con la propaganda ejercida en su propio país, pasó á Francia, y protegido y pensionado por la reina María de Médicis, escribió en París su obra capital, el *Adone*, dedicada al rey Luis XIII, la cual puso el sello á su reputacion, y ejerció el más pernicioso influjo en la poesía francesa de aquel período. Entre nosotros alcanzó igual favor, y así es que nuestro Gracian invoca su nombre repetidas veces, como una autoridad de las que, aceptadas por el mundo literario de entónces, no podian ponerse en tela de juicio.

[4] Á estas hay que agregar, segun Artiga, varios primores de lenguaje, como las *conduplicaciones*, *reduplicaciones*, *conglobaciones*, *similicadencias*, *similidesinencias*, *compares* y *parisones*, *conmutaciones*, *discrímenes*, *aporias*, *erotimas*, *epistrofes*, *noemas*, y otras figuras no ménos discretas y elegantes.

[5] Lvzes | de la aurora, | dias del sol, | en fiestas | de la qve es sol de los dias, | y avrora de las lvces, | Maria Santissima. | Motivadas | Por el nuevo indulto de Alexandro Septimo que concede octava con precepto de rezo de la | Inmaculada Concepcion. | Celebradas por la antigva piedad del | Excelentissimo Señor Marques de Astorga, y | San-Roman, Virrey, y Capitan General | del Reyno de Valencia, etc. | A cvya proteccion | Las dedica, el que las escrive, | Don Francisco de la Torre, y Sebil, Cavallero del | Abito de Calatrava, y en la voz de dicha Orden | substituto del Excelentissimo Señor | Marques de Aytona. | Impresso en Valencia por Geronimo Vilagrasa, junto al molino | de Rovella. Año de 1665. | A costa de Vitoriano Clapès Mercader de libros, junto a S. Martin.—En 4.°

[6] Colirio | del Zelador del Manna | Evcharistico. | En el qval se le enseña al alma | lo qve mas le conviene saber, para dexar la cvl- | pa, y lograr la Gracia. | Contiene dos partes. En la primera | se explica en verso la Doctrina Evangelica. En la segun- | da se pone la Fundacion practica de la Cofadria (*sic*) | de la Minerva. | Dalo a la Estampa | el Licenc. Migvel Casbas, y Aynsa, | Beneficiado en la Villa de Alguayra, y aora habitante | en el Lugar dê Antillon. | Dedicalo a la Magestad de Christo | Consagrado, Maria Santissima, y Santos de | la Gloria. | *Con licencia:* En Huesca: Por Joseph de La- | rvmbe, Impressor de la Vniversidad, Año 1704.—En 4.°

EL GENITIVO

DE LA SIERRA DE LOS TEMORES,

CONTRA EL ACUSATIVO

DE EL VALLE DE LAS RONCAS :

O UN LICENCIADO EN CERRO, EN PELO SIN OTRA Sociedad, y por sí solo: contra un Doctor, Don, Padre, Fray, ó Frey, graduado en la Universidad de Comospoli (*sic*); y enjaezado con la brillante secular Compañía de varios Tertulianos Pseudo-político-literatos.

ALIAS

DEBIDA PROPULSACION NOVISSIMA CONTRA VARIAS Acusaciones Modernas, y Decanas; que como de raíz infecta pullularon en la primavera de el tiempo más florido de nuestro Catholico Monarcha: con que se procuró lastimar el buen nombre, y merecida gloria de las Comunidades Mayores de España segun el sucesso, que en el Prologo se aclarará.

A QUE SE AGREGA EN ESTE, NO TANTO POR INcidencia, quanto por principal de la obra, una *invectiva* contra varias bocas maldicientes, y muchas plumas mordicantes, que no menos ofenden, y denigran varios cuerpos colectivos insignes, y otras personas expectables: proponense varios remedios contra todas; y especialmente contra las que debilitan, y extenuan las Regalìas de nuestros Reyes invictos.

DIVIDESE EN DOS TOMOS.

POR

EL LICENCIADO DOMINGO SERRANO, OPOSITOR, que pudo ser à las Cathedras de la Universidad de Salamanca, y no lo fue; porque segun sus méritos siempre creyó su humildad no le tocarìa alguna.

DEDICASE

AL HOMBRE JUSTO, AL ESPOSO DE MARIA, A SAN Joseph, sin mas Panegyrico fulgente, ni otra Dedicatoria coruscante,

TOMO I.

Año 1760.

Las Aprobaciones dadas de orden de ambos Tribunales, Eclesiastico y Real, se pondrán, quando se dè al público.

[8] Léese con frecuencia en libros extranjeros, que así como el sello distintivo de las letras italianas es la propension á las frases alambicadas (*concetti*), en España puede considerarse la hipérbole como un vicio nacional.

Sin desconocer que, por tradicion, por raza ó por clima, hay entre nosotros tendencia marcada al culteranismo, séame lícito hacer notar que esa grave afeccion literaria, que en España tiene efectivamente algo de endémica, ha tomado en períodos históricos determinados el carácter de verdadera epidemia, invadiendo y asolando las naciones más sesudas y prosáicas.

Recuérdese, si no, el lenguaje hiperbólico y amanerado que dominó en la córte de la reina Isabel de Inglaterra, donde pasaban de mano en mano la *Arcadia* de Sidney, y sobre todo el *Euphues, the anatomy of wit*, ó sea *La Anatomía del ingenio*, de John Lilly, y forzoso será reconocer que, en punto á afectacion, metáforas y ponderaciones de todo género, poco tenían que echarnos en cara los ingleses.

Pues otro tanto cabe afirmar de Francia, si se recuerda lo que era la tertulia literaria, con ribetes de política, que ocupaba el histórico *Hôtel de Rambouillet*, y que estuvo dictando, durante los reinados de Enrique IV y Luis XIII, las leyes del buen decir.

La noble Catalina de Vivonne y la bella y honesta Julia d'Angennes, celebrada bajo el nombre de *Artenice*, no sólo por los copleros de la época, sino hasta por el mismo Fléchier, en un sermon de honras, ocuparon, en el célebre salon azul, el sólio del buen gusto, y agruparon á su alrededor á otras nobles damas, que se dieron á desvariar en culto, hasta que la musa de Molière vino á poner en ridículo la extravagancia de ideas y de conceptos que dominaron en Francia cerca de medio siglo.

Verdad es que el *Hôtel de Rambouillet* ejerció saludable influjo en las costumbres públicas, creando la exquisita urbanidad francesa; verdad tambien que Bayle lo calificó de *Palacio del Honor*, por más que aludiera, sin duda, al honor frívolo y quisquilloso, que estriba en rendir tributo á la belleza y desenvainar la espada á la vuelta de cada esquina; verdad, en fin, y éste es el principal título á la pública consideracion, que las nobles damas y los fervorosos adeptos de la tertulia difundieron la aficion á las letras y al estudio en las altas clases de la sociedad francesa; pero, concedido todo esto en elogio de las *preciosas* ó *cultas*, no puede negarse que se hicieron dignas de las censuras de los grandes clásicos, á quienes hay que agradecer que pusieran correctivo á un período literario, que reunía los defectos del conceptismo italiano, del gongorismo español y hasta del eufuismo de los ingleses.

Las preciosas ó cultas elevaron altares al amor puramente intelec-

tual, despojado de terrenales apetitos; crearon una verdadera ideología sentimental, con un tecnicismo apropiado á ella, que forma la base de la *Astrea*, *Clelia*, *Cyro*, *Cleopatra* y otras producciones extravagantes de d'Urfé, la Calprenède y Mlle. Scudéry; así como las poesías de Chapelain, Ménage y Voiture son un débil eco de aquella algarabía á la moda, que exigia que se llamase al espejo *consejero de las gracias*, y que consentía que el gran Richelieu llevase el culto apodo de *Séneca*.

[9] D. Ramon de Mesonero Romanos, cuya competencia en la materia es notoria á cuantos me escuchan, en un curioso trabajo que, con el título de *Rápida ojeada sobre la historia del teatro español*, dió á luz en el *Semanario Pintoresco Español*, segunda serie, tomo IV, año 1842, dice en la pág. 390, col. 2.ª: «Al frente de toda aquella turba de escritores descollaban por su laboriosidad, cuando no por su mediano ingenio, D. Antonio Valladares de Sotomayor, D. Vicente Rodriguez de Arellano, D. Gaspar Zavala y Zamora y *D. Luciano Francisco Comella*.» Y más adelante: «Por último, D. Luciano Francisco Comella, tan célebre desde entónces, más que por sus muchas obras, por las despiadadas sátiras de Moratin, bastaba él solo para surtir el teatro de novedades diarias en el género altisonante y de bambolla, que entónces chocaba tanto al público y levantaba tan alta la fama de los amanerados actores. *Catalina II*, *Federico II*, *Luis XIV* el Grande, *María Teresa de Austria*, *Cristina de Suecia*, *Gustavo Adolfo*, y otros monarcas más ó ménos contemporáneos, eran para Comella otras tantas minas de enredos dramáticos, colgándoles cualquiera anécdota más ó ménos sentimental, poniendo en su boca todos los partes de las gacetas, haciéndoles pasar revistas ostentosas, montar á caballo, asistir á batallas, tomar plazas, perdonar reos y coronar tiernos amantes, con gran satisfaccion del público y no poco lauro de los actores *Manuel García Parra*, *Antonia Prado*, *José Oros* y la célebre *Rita Luna*, que, como todo el mundo sabe, supo dar tan alta importancia á *La Moscovita sensible*, *La Esclava del Negro-Ponto* y otras piezas de Comella.»

Por su parte Ticknor, en la *Historia de la Literatura española*, traduccion de los Sres Gayángos y Vedia, tomo IV, pág 134, escribe: «Algo mejor que los dos anteriores (Valladares y Zavala), y seguramente más aplaudido por la clase culta de sus contemporáneos, fué Comella que igualó en fecundidad de ingenio á Valladares. Su facilidad en escribir y en inventar nuevas é inesperadas situaciones parecia haber producido en sus oyentes el mismo encanto que Lope y Calderon produjeron en su tiempo. Pero, por desgracia, Comella carecia del ingenio de estos grandes hombres. Sus fábulas son tan enmarañadas y á veces tan interesantes como las de aquellos poetas; pero, generalmente hablando, rayaban en el más alto grado de necedad y de absurdo. Aun

tratando asuntos tan conocidos como los de Cristina de Suecia, Luis XIV y Federico el Grande, Comella prescinde completamente de la verdad histórica, de la verosimilitud y áun de la conveniencia. Su versificacion es tambien pobrísima, pues aunque empleaba tambien el género de metro que tan popular fué siempre en Castilla, carece de la variedad, riqueza y energía que tanto distingue á los antiguos poetas. Con todo, es preciso confesar que con sus diálogos en romance, con la ternura y honradez de sus sentimientos y la buena eleccion del asunto, Comella supo de tal manera ganarse el favor de su auditorio, que más de ciento de sus disparatados dramas (unos en prosa, los más en verso, ya sobre asuntos históricos, ya sobre anécdotas amorosas de su propia invencion) fueron recibidos con grande aplauso; y produjeron más ganancia á los teatros que todo cuanto por entónces podían ofrecer á la multitud de quien dependia su existencia.»

[10] Hace notar Ticknor que la popularidad de Valladares, Zavala y Comella no fué bastante á conseguir que se coleccionasen sus obras, y dice poseer algunas sueltas de estos y otros autores de aquella época, añadiendo: «Solo de Comella tengo treinta, y no me atrevo, por vergüenza, á confesar cuantas de ellas he leido por el único placer de entrenerme con sus extravagantes fábulas.» De mí sé decir que pasan de sesenta las que he recorrido, cuando no completado su lectura; y don Manuel Óvilo y Otero, en su *Catálogo biográfico-bibliográfico del teatro español*, cita setenta títulos de obras de Comella, sin contar *La Esclava del Negroponto* y alguna otra que, siendo notoriamente de este autor, no se publicaron con su nombre.

[11] García Villanueva, en su *Orígen, épocas y progresos del Teatro Español*, dice en una nota, pág. 318, hablando de algunas poetisas españolas: «..... y en los tiempos presentes hemos visto composiciones dadas á los mismos (á los teatros) por doña Gabriela Moron, doña Rosa Gálvez, y *áun de doña Joaquina Comella, hija del actual D. Luciano.*»

[12] No conozco documento más importante para fijar la trascendencia del movimiento iniciado por los clásicos españoles, así como para comprender los efectos de la exageracion á que algunos intentaron arrastrarle, que la carta dirigida por Moratin desde Burdeos, con fecha 4 de Agosto de 1824, á D. Mariano y D. Pedro Nougues, é inserta en el tomo III, pág. II, de sus *Obras póstumas*. Hé aquí cómo se expresa este eminente escritor:

«Yo, para escribir versos, segun el género á que quisiera aplicarlos, estudiaria á Garcilaso, á Herrera, los Argensolas, Luis de Leon, Francisco de la Torre, Arguijo, Rioja, Lope (el extravagante Lope), Valbuena y otros del siglo XVI y XVII, y en sus obras (separando á un lado lo que es defectuoso) hallaría el régimen, la propiedad, la gracia, la

energía, la robustez, la abundancia, el giro poético y la armonía de la versificacion. Nada de esto han hecho los jefes del moderno culteranismo: han estudiado de prisa, ó por mejor decir, no han estudiado ni conocido los autores de Grecia y Roma; apénas emancipados de los nominativos, se han dedicado á la literatura francesa exclusivamente, sin cuidarse de cultivar la lengua con que los arrullaron en la cuna. Oyeron decir que en nuestros poetas (tomados en monton) se hallaban defectos considerables de juicio y de gusto, y tomaron el partido de no leerlos y despreciarlos, como si un español pudiese hallar en otra parte el lenguaje de las Musas. Con esta voluntaria privacion empezaron á hilar versos y á filosofar en consonantes, supliendo el idioma patrio, que ignoraban, con otro que ni es frances ni castellano ni esgüízaro, ni perteneciente á nuestro siglo ni al de Berceo, porque de todo participa. Formaron una especie de masonismo literario dirigido á desacreditar cuanto se aplaudía ántes que ellos naciesen, á perseguir y aniquilar á los que no fueran sus devotos, y á elogiarse y rascarse mutuamente, recomendando sus opúsculos á la presente y á las futuras generaciones. Hallaron para esto un pobre hombre, que, ajeno de todo buen estudio, sin más prendas de literato que las de saber leer y escribir, tradujo del frances, en jerigonza bárbara, lo que Blair había compuesto en inglés para los ingleses, y acudió al auxilio de sus amigos, á fin de suplir el gran vacío que resultaba en aquella obra relativamente á nuestra litetura. Esto proporcionó á sus colaboradores la ocasion de lucir su crítica y su exquisito gusto, y aquel buen hombre se halló de repente convertido en un delicadísimo Aristarco, que con una mano de hierro y otra de lana dispensó á diestro y siniestro los arañazos y las cosquillas. No hay para qué decir á ustedes cuánto disparate amontonó en sus miserables adiciones; baste decirles que con el apoyo de sus fautores logró ver su obra trasformada en libro elemental, de órden del Consejo (corporacion que de todo entendía), el cual mandó que se aprendiese en las escuelas el buen gusto de Munárriz, como lo dice el Fiscal. En efecto, por tal autor se aprende á juzgar y á componer, siendo el resultado que la estudiosa juventud ha llegado á perder el tino con guía tan pérfida, y que el gusto de las buenas letras ha desaparecido de nosotros y lleva camino de no volver en mucho tiempo. Toda esta homilía puede reducirse á dos proposiciones: primera, que no será buen poeta en español el que no se familiarice con el estudio é imitacion de los buenos poetas antiguos españoles, en los cuales, y sólo en ellos, encontrará los primores del lenguaje, del estilo y de la armonía; segunda, que los modernos han corrompido el gusto, el idioma y la frase poética, y que el que los siga se confunde y se pierde.»

CONTESTACION AL DISCURSO ANTERIOR [1].

Señores:

El discurso que se acaba de oir plenamente justifica la última eleccion de esta Academia. La claridad del lenguaje, la frescura del estilo, el acendrado buen gusto, el juicio y saber crítico que en él brillan, muestras son claras de que no podia caer en mejores manos la causa de nuestros clásicos del siglo anterior. Y aunque otros motivos faltáran, que no faltan, este notable trabajo bastaria á probar cuán digno sea D. Manuel Silvela del honor que hoy recibe, y de llevar el nombre de una familia benemérita de las letras españolas, así por su propio valer, como por la generosa asistencia que á D. Leandro F. de Moratin prestára en los postreros y más tristes años de su vida.

Con tiernas y elegantes frases ha invocado el nuevo Académico el recuerdo venerable de su abuelo, cuyo nombre lleva, y el de su padre D. Francisco Agustin; y entibiarian quizá el efecto de ellas, otras mias, ménos sentidas. Ociosos, ademas, fueran mis elogios cuando no

(1) Pronunciada por el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

hay quien desconozca aquí el *Discurso preliminar* de la *Biblioteca selecta de la literatura española*, publicada en Burdeos en 1819; ni el *Compendio de historia antigua*, ni la interesante *Biografía* de Moratin, obras todas del íntimo amigo de éste, D. Manuel Silvela; así como los apreciables *Estudios prácticos de Administracion*, que en 1839 dió D. Francisco á la estampa. Baste decir, pues, que ambos eran señalados varones; y no es mucho que, con el ejemplo de los dos y la inmediata direccion del último, temprano adquiriese el autor del discurso á que respondo, las singulares dotes que le permitieron comenzar bajo tan felices auspicios. Daba yo á la sazon principio á mi propia carrera literaria y política, y tengo bien presente el éxito desacostumbrado de los primeros artículos, que salieron á luz con el seudónimo trasparente de *Velisla*. Muchos, en verdad, esperaron que la acerada pluma de Larra encontrase en el novel adalid digno dueño, y que nuestra lengua, mejor que otra alguna formada para los chistes, la ironía y la sátira, por los incomparables maestros de otro tiempo, Mendoza, Cervántes y Quevedo, tornára á ser, cual en manos de ellos, eficaz y justo azote de los vicios sociales. Sinceramente ha explicado el Sr. Silvela las causas de que tales presunciones quedasen en parte, que no por entero, burladas. Porque hay, de todos modos, en el volúmen cortísimo que, con el título de *Sin nombre*, ordenó en 1867 el Sr. Silvela, páginas, si ménos amargas, capaces de rivalizar en gracia con las del propio Larra; rasgos no indignos de Paul Louis Courier, aunque sembrados en obrillas más espontáneas y cortas, y de menor intencion y alcance; escenas, en fin, de costumbres, de tanta verdad llenas, que no las habria pensado mejor ni escrito tan bien el ingenioso Zabaleta

(de alegre y celebrada memoria) á haber viajado de Madrid á Castro-Urdiales por los años de 1859, ó meditado en las mañanas de la Granja, ó tenido á mano los modernos asuntos de las sabrosas obrillas intituladas *Salir de Madrid*, *Literatura infinitesimal* y *Cuatro capítulos de una novela inédita*. Pero al cabo el Sr. Silvela no hizo del difícil arte de pintar las costumbres y vicios sociales asiduo estudio; no ejercitó sus disposiciones felicísimas sino en las horas ociosas; no ha escrito, en suma, ni tanto ni tan bueno cuanto habria podido, por razones que no pocos de los presentes deben de haber oido, cual si les leyeran parte de su propia historia. ¡Oh, y cuán pocos son, dentro ó fuera de esta Academia, los que debieron á la fortuna suficientes favores para no tener que apartar nunca la vista del delicioso campo de las letras! Por este motivo la administracion pública en sus ramos diversos, el foro ó la política han ocupado, ni más ni ménos que del Sr. Silvela, los años mejores del mayor número de los que aquí nos sentamos; de manera que pocos acertaríamos á censurar, aunque quisiésemos, la escasez de sus obras. Quien tiene gran motivo de queja en tales casos no es sino la literatura nacional; y ella se aplacará fácilmente si, llegado al término de sus afanes, comienza ya á resarcirla nuestro nuevo colega del abandono involuntario en que hasta aquí la ha dejado. Así unirá él tambien muy pronto á sus notorios timbres de abogado y orador político, altas y duraderas glorias literarias, más apetecibles, por cierto, que otras ningunas de las que ofrece España en los oscuros tiempos que alcanzamos.

No creo que á nadie le haya parecido largo el amenísimo discurso del Sr. Silvela; pero de mí sé decir que si

algo lamento, es que no haya debido serlo más, por razon de su objeto. Pudiera yo excusar en tal caso consideraciones, que sólo por falta de espacio cabe echar en él de ménos. Mi tarea ha de reducirse, de todas suertes, á acabar de poner en claro el estado en que se hallaban nuestras letras pasados los dos primeros tercios del último siglo; exponiendo brevemente mi juicio, tanto sobre la índole, principios y consecuencias de la restauracion clásica de aquella época, como acerca del mérito personal de sus dos principales representantes. Que no es dudoso, Señores, que fuese loable empresa luchar con el culteranismo hasta rendirlo y reemplazarlo con ventaja, único modo de triunfar de véras en todo linaje de lides; y si demostracion faltaba aún, la da cumplidísima el erudito y curioso discurso del Sr. Silvela. Pero, bien que la enfermedad sea sabida de todos, no es igualmente incontrovertible que los que la curaron acertasen con los más eficaces ni los más inocentes remedios; pues hay quien repute mayor que el beneficio el daño. Contra esta opinion, á no dudarlo errónea, está principalmente enderezado el discurso del Sr. Silvela, en el cual patentiza que peor que mucho de lo que hubo, ya no era posible que hubiese nada; por lo ménos en el teatro, donde al más agudo ingenio le fuera difícil exceder de burlas los desatinos que el buen Comella muy formalmente ponia en las tablas. Lo que resta examinar es si son tales, como algunos suponen, las faltas de nuestros últimos clásicos; y qué parte de ellas corresponde á las circunstancias políticas ó sociales, cuál á las doctrinas críticas reinantes, cuánta, por fin, á sus propias y personales flaquezas. Todo esto manda considerar la recta crítica de nuestra época, que no gusta de imponer sino merecidas censuras;

y mi propósito es no infringir sus justísimas leyes en el somero estudio que del asunto he de hacer.

Grave error sería deducir de los falsos principios y extraños ejemplos citados hoy por el Sr. Silvela, que fuera el décimoctavo siglo, no ya á los fines ó á la mitad, sino ni áun al comienzo, período de general decadencia de la cultura patria. Es ésta de aquellas cosas que se dicen más que se piensan, pasando tal vez de boca en boca por pereza de analizarlas. Porque la poesía lírica habia ya caido del todo hácia la segunda mitad del siglo XVII, sin que el brillo de ésta ni el de la dramática pudiera renovarse en los dos primeros tercios del siguiente, se suele condenar de plano una época, por otros conceptos digna de honrada memoria en nuestros anales literarios. Sabido es, por demas, que el cultivo de las ciencias entónces conocidas, de la erudicion, de las lenguas, fué no ménos asiduo que el de las bellas letras en los reinados de Cárlos V y Felipe II; debiéndose, á no dudar, el maravilloso vuelo que tomaron aquí á un tiempo todos los ramos de cultura al frecuentísimo trato que tenian á la sazon nuestros compatriotas con los pueblos más civilizados del mundo. Vióse á los españoles, durante el siglo XVI, aprender y enseñar en las sábias universidades de Francia ó Flándes; rimar y construir estrofas en la ribera de Nápoles ó las orillas del Pó, al tiempo mismo que el Ariosto y el Tasso, estudiando á la par con ellos al Petrarca y al Boccacio; predicar en Inglaterra la verdad católica á los mal convertidos súbditos de la reina María; disputar doctamente en Alemania, secundando con sus silogismos los golpes de la temida espada de Cárlos V; plantear, profundizar, ilustrar en Trento las más complicadas cuestiones teológicas; contribuir más que nadie á extender el

imperio de la filosofía escolástica, produciendo con arreglo á su método y principios, abundantes y preciados libros, no ya sólo de teología, sino de derecho natural y público, de jurisprudencia canónica y civil. Ni los estudios lingüísticos, ni los escriturarios, ni las matemáticas, ni la astronomía, ni la topografía, ni la geografía, ni la numismática, ni la historia en general, materias tan descuidadas más tarde, dejaron de florecer tampoco durante el período referido, con ser aquel mismo el que vió nacer, por causa de la oculta y amenazadora invasion del protestantismo, los mayores rigores de la censura real y eclesiástica en España. Pero desde los dias de Felipe III hasta ya bien entrados los de Cárlos II, la decadencia en todo género de estudios graves, eruditos y profundos fué luégo rápida, palpable, total, precisamente á la hora misma que con rayos más altos resplandecia en nuestras letras la inspiracion dramática. Plena prueba es de este aserto una consulta, que poseo inédita, acerca de las personas que deberian acompañar á Inglaterra á la infanta María, presunta mujer del Príncipe de Gáles, y en la cual el Consejo de Estado recomendó muy particularmente á Felipe IV, que comenzaba á reinar entónces, cierto jesuita escocés, «porque tenía (dice textualmente el documento citado) todos los estudios que *allá estiman* y *acá no se usan*, como son lenguas, controversias y matemáticas» [1]. Hablando en secreto al Rey sobre asuntos de público interes, y siendo los que tal hablaban sabios ministros, no hay más remedio que prestar fe á esta mala noticia literaria. En el postrer reinado de la dinastía austriaca, los primeros diez y seis años del cual iluminó Calderon, como espléndida luz de ocaso, notóse otra vez cierto calor en los buenos estudios, comenzando por los

históricos, cuyas excelencias ya habia celebrado, mejor que nadie, Fr. Jerónimo de San Josef, en su conocida obra intitulada *El Genio de la historia*, y continuando por los de lenguas y controversias, erudicion y crítica, derecho civil y canónico; cual se echa de ver en las obras insignes de D. Nicolas Antonio, Ramos del Manzano, don Juan Lúcas Cortés, el Arcediano Dormer y el Marqués de Mondéjar, predecesores ó maestros de Macanaz, Ferreras, Berganza, Burriel, Florez, Mayans, Velazquez y Perez Bayer, útiles faros aún de la literatura nacional. El Santo Oficio, siempre inflexible con los judaizantes y moriscos, ni vigilaba, ni asustaba mucho realmente á las personas de calidad y fama en los dias de Cárlos II, porque el poder real, de donde tomaba su fuerza, andaba tiempo hacia en manos flacas; y en el entre tanto el espíritu de exámen, dejando en paz por de pronto las cosas divinas, y ocultándose bajo el manto de las ciencias positivas, se abria fácil paso por todas partes, llegando á penetrar inadvertido hasta en la misma España. Á tales causas se debió, en mi concepto, aquel inesperado renacimiento literario. Mas, sea cualquiera el orígen del fenómeno, su realidad no puede negarse; y no será culpa mia, sino de la verdad estricta, que falte en esta ocasion tambien aquella rigurosa unidad ó simetría, tan pretendida por algunos teóricos, y que tanto suele escasear en la sucesion verdadera de los hechos humanos.

Resulta de aquí, pues, que la íntima y sustancial decadencia de la cultura española pertenece, mal que nos pese, al brillante período dramático y artístico del tiempo de Felipe IV; decadencia no imputable al personal influjo de aquel mal conocido monarca y su gobierno, que no dejaron de hacer esfuerzos laudables por establecer en

Madrid una grande escuela científica [2], sino hija de causas complejas y combinadas, cuyo análisis toca á la historia nacional. Ni siquiera la poesía lírica dió de sí mucho con que deba envanecerse la musa española desde el primer tercio del siglo XVII en adelante; siendo su última expresion elevada las *Epístolas morales* y *Sátiras*, donde nada se ensalzaba ya, y casi todo lo existente se reprendia. Lo único que en las soledades literarias de los últimos años de Felipe IV se quedó á hacer compañía á la poesía dramática, fué la prosa castellana; y si observamos bien, Señores, el estado que ésta alcanzaba al terminar el siglo, verémos que en los libelos políticos, ya en prosa, ya en verso, que en tanta parte forman su caudal, ninguna de las calidades que resplandecieron en Quevedo ó Saavedra falta aún, así como los defectos no son otros que los de aquellos singulares ingenios. Solís, que escribió por entónces, tambien es un prosista que en fama y mérito rivaliza con el mejor de España; y el libro que más fielmente retrata la condicion infeliz de nuestro gobierno en las honradas, pero débiles manos de Cárlos II, es á saber: la *Relacion histórica del proceso criminal fulminado contra el reverendísimo padre maestro Fr. Froilan Díaz*, será dechado siempre de lenguaje y estilo castellanos. Vivia, por tanto, la buena prosa á pesar de los preceptos de Gracian y de los desdichados ejemplos que ofrecian á la imitacion vulgar los autores culteranos; vivia asimismo la antigua musa dramática, porque, si bien Calderon era ya muerto, nadie puede decir que faltase su sistema, como su genio faltaba, en las obras de D. Antonio de Zamora; vivian, por último, y con nuevo y renaciente brío, la crítica histórica, la erudicion, el derecho, en los libros de los claros varones ántes nombrados, cuan-

do ocupó la casa de Borbon, tras larga y empeñadísima guerra, el trono de España. No tardó luégo en recobrar Salamanca el estudio de la astronomía y de las matemáticas, *misterioso*, *temido*, *olvidado* hasta entónces, segun dijo literalmente su inesperado restaurador D. Diego de Tórres Villarroel, aquel fecundo prosista y poeta, que, con el mote del *Piscator* ó su propio nombre, divirtió tanto los ocios de la aristocracia y la plebe de su edad [3]. Y dado el empuje, á la celebridad de Torres hubo que añadir inmediatamente la de Feijóo, en mucho mejores títulos radicada. Fué éste, cual se sabe, oráculo de su siglo; y aunque no le faltáran graves censuras, así extranjeras como nacionales, en vida, no ha sido del todo menospreciado sino más tarde por la fácil suficiencia de escritores, que no nacieron quizá con más ingenio, sino en mejor tiempo. Las caidas de la fama, como de cualquier sitio encumbrado, son más peligrosas á medida que se cae de más alto. Pero Feijóo era hombre de gran talento sin duda alguna; y en realidad poseia un caudal de conocimientos útiles y prácticos, si no profundo, tan copioso, que ningun otro español lo habia reunido tal desde los dias de Felipe III. Bastáran, cuando otras faltasen, las obras de aquel constante, valeroso y fecundo escritor, con sus frecuentes errores y todo, para determinar una época, no ya de decadencia, sino de adelanto, lento y difícil seguramente, mas no por eso ménos cierto.

De lo que en el entretanto continuó careciendo España por toda la primera mitad del siglo décimoctavo fué de verdadera poesía lírica. Uno de nuestros doctos compañeros acaba de ponerlo en evidencia, reimprimiendo, ó de nuevo dando á luz, las principales obras poéticas de dicho siglo, con muy discretos y eruditos comentarios. Que

esta ruina de nuestra poesía lírica se debiese al *culteranismo*, nadie lo ignora; mas importa descubrir la razon del largo y absoluto imperio de aquel infeliz sistema poético. Para mí no fué otra que el estar ya agotado el ideal, ó sistema clásico adoptado por los poetas líricos, como por los artistas todos del *Renacimiento*. Cuanto buena y sencillamente podia tratarse ó decirse entre los árcades artificiales, estaba dicho ó tratado de sobra, y tan felizmente, que apénas era posible mejor. No hay ideal ó sistema lírico que no se agote y muera de todos modos en más largo ó breve plazo; porque naciendo al calor de las ilusiones ó esperanzas de una época, desaparecen con el frio de la realidad y el análisis. Dió, en verdad, al renacimiento clásico en la poesía lírica, vida mayor que su remoto orígen prometia, el régimen político y eclesiástico de la sociedad en que floreció nuevamente; poseida ya del espiritualismo cristiano, pero falta de libertad y expansion, lo mismo en los países protestantes que en los católicos, puesto que el dogmatismo y la intolerancia reinaban en todos á un tiempo. La soberbia de la razon rebelde, la melancolía de la fe vacilante, las intuiciones profundas, las penosas contradicciones, los deseos ilimitados, la desesperacion, el egoismo, todos los varios fenómenos, en fin, del individualismo característico de nuestra edad, que tan copioso alimento han dado á la moderna poesía lírica, faltaban en los vates del décimosexto y décimoséptimo siglos, ya obedientes á una iglesia, ya á otra, ya sujetos á ésta, ya á aquella forma de gobierno, mas nunca independientes ni entregados á merced de su libre albedrío. Eso que solemos llamar *lo convenido* ejercia un imperio entónces por todas las esferas de la vida, de que apénas sabemos darnos cuenta hoy en dia. Natu-

ral era, de consiguiente, que no hallase otras inspiraciones espiritualistas la poesía que la rigorosamente teológica, ó bien un platonismo artificial y convencional, que, de sutileza en sutileza, tenía que degenerar por fuerza en conceptuoso y monótono. Aprovecháronse algunos de nuestros poetas de los dogmas y doctrina cristiana para escribir piadosos y áun sublimes versos; supieron imitar otros el amanerado platonismo italiano, produciendo tambien en este género composiciones excelentes; pero, en resolucion, no estaban agitadas las almas de entónces de bastante recias tempestades, para que la poesía lírica espiritualista ofreciese interes por sí sola. La Edad Media se hallaba harto reciente, de otra parte, con la desconsoladora realidad de sus instituciones, de sus costumbres, de sus ideas, para que se estimáran en el justo precio todavía los tesoros de inspiracion que encerraba. Aquellos poetas, pues, que, aunque buenos cristianos, no eran precisamente ascetas de pensamiento, y cuantos no acertaban á contentar sus deseos con el espiritualismo petrarquesco de los divinos versos de Herrera, se vieron irresistiblemente impulsados á cantar los afectos externos, sensuales, paganos, que el genio griego y el latino embellecieron tanto. Para la expresion de tales pensamientos, ocasionadísima al exceso, y áun al extravío, como nadie ignora, la hipótesis de una libertad de costumbres verdaderamente primitiva, aunque se estableciera en el campo, no dejaba de ofrecer sus ventajas; por ejemplo, la de que disfrazados de pastores pudiesen escribir muy tiernos versos amatorios, como si estuviesen desligados de los estrechos y santos lazos que vedan el amor terrenal, los muchos sacerdotes de señalada piedad y virtud sin mancilla que registran nuestros anales poéticos. Pero á

la larga todo esto se concluyó y agotó, cual he dicho, porque ni ya quedaba que decir en la materia, ni tal vez á la antojadiza y vária voluntad humana le satisfizo la sola forma de decirlo que el clasicismo empleaba.

Fuera lo mejor, sin duda alguna, que miéntras el espíritu humano (para bien ó para mal, y justa ó injustamente) rompia tales trabas, se hubiesen dado á las Musas verdaderas treguas; y nada perdieran ciertamente las letras patrias con que corriesen las treguas en tal silencio, que, desde que murió Quevedo, por lo ménos, hasta que nacieron D. Nicolas Moratin y Melendez, ningun hombre tuviese en España vocacion de poeta lírico. Pero eso no podia suceder, y no sucedió en efecto. Hablaban ó cantaban á sordos; mas no por eso dejaron de hablar ó cantar sobremanera los tristes versificadores, que cifraron su gusto por más de un siglo en ejecutar variaciones sobre los manoseados temas clásicos. Ni el público estaba para oir, ni hubo quizá uno solo de ellos digno de ser oido, áun en tiempos mejores; dicho sea sin mengua de los notables talentos de D. Diego de Torres, de D. Eugenio Gerardo Lobo y otros de sus contemporáneos, entre los cuales hay que contar tan eminentes varones como el dean de Alicante, Martí, ó el P. Isla. Los grandes corruptores de la escuela de Góngora, ricos en vena poética, pero faltos de ideal, abandonaron el fondo por la forma; y á fuerza de atormentar ésta, convirtiéndola en fuente única de invencion y originalidad, crearon el *culteranismo*. Sus desdichados sucesores del tiempo de Felipe V, no teniendo ya nada poético que hacer en el fondo ni en la forma, se dieron á tratar asuntos de todo punto indignos de las Musas, profanando con ellos los retumbantes, mas siempre armónicos, instrumentos que en sus rimas ó

romances legáran Góngora y Quevedo á la lengua española.

No impidió, con todo eso, la ausencia de verdadera poesía lírica, tan lamentada siempre por los pueblos latinos, y casi insoportable en España, que la teoría general de las buenas letras, la retórica, la poética y la lexicografía, se cultivasen cual nunca desde los albores de la dinastía Borbónica. Cierto es que no pocos de los libros en prosa, dados á luz en los dos primeros tercios de aquel siglo, ostentaban todavía en su disposicion y lenguaje las ridiculeces tan áticamente satirizadas por el Sr. Silvela, ni más ni ménos que las pobrísimas obras de los versificadores de entónces. La lucha con el mal gusto tenía que ser penosa y larga, pues que, por decirlo así, estaba éste connaturalizado con la nacion española, y hasta venía más de antiguo que de ordinario se piensa. Ya Antonio Perez fué un escritor bastantemente oscuro y afectado para merecer no pocas de las censuras que se prodigan á los prosistas de época más reciente; y en nuestros poetas del mejor tiempo, como, por ejemplo, Herrera ó Valbuena, no sería difícil señalar rasgos propios del cultísimo Villamediana ó de D. José Antonio Porcel, último de los declarados imitadores de Góngora. Ni faltan doctos extranjeros que se inclinen á considerar el *culteranismo* á modo de planta espontánea y parásita, y por tanto de extirpacion imposible donde quiera que florece el ingenio español [4]. Pero, á despecho de esta idea paradógica, y á despecho tambien de los diálogos infelicísimos en verso, de las extravagantes tablas retóricas, y de los hinchados modelos descriptivos que encierra el *Epítome de la elocuencia española*, de D. Francisco José Artiga (ántes Artieda), menudamente analizado por el Sr. Silvela, es

indudable, Señores, que ya no halló paz ni tregua el culteranismo desde que la guerra de sucesion tuvo término.

Nada iguala á la naturalidad y llaneza de Feijóo, que, si todavía aparece en verso conceptuoso, no sin razon pasa en prosa por sobrado vulgar; y en realidad más se advierte esta falta que las de afectacion ó hinchazon en los primeros escritores que conoció la nueva dinastía. Nacida aquella llaneza del gusto frances, no aguardó, no, á Luzan para penetrar en España; ántes bien la gallarda aunque artificiosa forma con que solian expresar sus pensamientos los españoles del tiempo de la casa de Austria comenzó rápidamente á modificarse de consuno con las instituciones, las costumbres, la administracion, las leyes y hasta la manera de vestir, desde el punto y hora en que cerró los ojos Cárlos II. Ni se contentó Feijóo con abandonar la manera antigua de ordenar y aliñar la prosa castellana, sustituyendo el régimen natural y sentido recto á las ingeniosas combinaciones gramaticales, y las metáforas intrincadas de casi todos los anteriores prosistas, inclusos los más excelentes, sino que combatió directa y enérgicamente los principios hasta allí aceptados en la materia. Para él, por ejemplo, la introduccion de voces nuevas ó extranjeras en el idioma propio no era vicio, como generalmente se pensaba, sino virtud muchas veces; comparando á los puristas con los pobres soberbios, que más quieren hambrear que pedir. Las locuciones ó voces de uso entre la gente plebeya, queria él tambien que se entrometiesen oportunamente en el estilo, sin miedo á la nota de *vulgarismo*. Era, por otro lado, adversario de los preceptos minuciosos de la escuela de Boileau, en lo cual demostraba su genial independencia de juicio; y defendió ántes que nadie *la libertad*

en las artes, declarando que, á la proporcion en que por entónces se hacia consistir la belleza, nadie arribaba por medio de la relacion del todo con las partes, sino buscando una regla superior en la mente, dado que «sólo sabía hallarlas con su valentía, la sublime idea del artífice» [5]. Dotado de poderosa intuicion en la ciencia de lo bello, bien que no la tratase sino de paso, grande enemigo de las reglas rutinarias, resuelto partidario de la naturalidad en el estilo, y atrevido innovador en el lenguaje, fué, pues, Feijóo un preceptista de muy distinta índole que el P. Artiga, y de mucho más influjo que alcanzó ya el último; así como de mayores miras que mostrase Luzan en su *Poética*, por más que las de éste tampoco fueran tales cual se supone ordinariamente. Y en resolucion, Señores: despues que escribieron Feijóo y Luzan; despues que se publicó el *Diario de los literatos de España*, que contaba entre sus redactores al insigne humanista y crítico don Juan de Iriarte; despues que dió á luz el P. Isla su famoso *Fray Gerundio de Campazas;* despues que publicó su sábia *Retórica* Mayans y Siscar, ni el ya antiguo Gracian, ni el moderno Artiga, gobernaron el gusto de las clases ilustradas de la nacion; quedando definitivamente vencido el culteranismo, en la teoría, en los preceptos, en los puros dominios de la ciencia y el arte. Que todavía se observase en la prática mucho mal gusto y mayor ignorancia; que hubiese aún prosistas oscuros, ridículos predicadores y detestables poétas líricos, cosas son que no cabe negar, ni es preciso, porque ¿cuándo ó dónde se han visto, ó tan esparcida la cultura, ó tan sobrado el juicio, que no acontezca otro tanto? Para mí (no temo decirlo) el mal gusto es tan constante como la humana imperfeccion que lo origina.

No opinarian así, por cierto, nuestros caudillos clásicos del pasado siglo, puesto que pretendieron acabar hasta con el mal gusto en las comedias, siendo, sin disputa, el teatro donde tengo por más imposible que desaparezca, en ningun tiempo ni nacion alguna. ¿De qué aberraciones, de qué ridiculeces, de qué escándalos no se ha hecho reo, por ejemplo, el teatro frances contemporáneo; y eso en medio de la universal prosperidad y del florecimiento de todas las ciencias, letras y artes? Mas, sin ir tan léjos, Señores, ¿no sería torpe injuria á vuestro saber, y tambien injusticia grande para la nacion entera, medir hoy el gusto literario de España por la mala calidad del mayor número de las piezas que vemos representarse diariamente? ¿Tan seguro es que falten *Comellas* en el teatro español contemporáneo? Defiéndese más fácilmente el buen gusto en los libros de prosa y verso; porque al ménos son personas que saben leer, y tienen aficion á leer siquiera, quienes los compran; pero en el teatro basta para salvar y áun sostener una obra, con que acierte á contentar su autor los instintos de mucho número de personas, aunque casi todas sean groserísimas. Moratin debia de recelar algo de esto, supuesto que al cabo y al fin aspiraba á que fuese la autoridad civil, no el público, quien eligiese el caudal de comedias que se habia de representar. El perenne apetito de novedades del pueblo; sus preferencias hácia lo desconocido, bueno ó malo, sin contar con que lo malo suele deleitarle más que lo bueno; su voracidad, por decirlo así, estorbarán eternamente que basten pocos poetas á proveerle de comedias, á no ser que hubiese muchos Lopes, y que todos ellos se resignáran, con sus obras, á aquello de

Y más de ciento en horas veinte y cuatro
Pasaron de las Musas al teatro.

Como no puede contarse con eso, ni produce por docenas la naturaleza los buenos autores dramáticos, es inevitable que les caiga siempre mucho que hacer á los malos. Por otra parte, no cabe negar que aunque ciertos grandes ingenios logren dominar en ocasiones al público, lo ordinario y más natural es que sea el público quien lleve como por la mano á los autores. Porque hay dos artes, Señores, en que no es posible prescindir de él, apelando del injusto fallo contemporáneo al tribunal de la posteridad; y son la oratoria y la poesía dramática. En buen hora que el escultor, el pintor ó el poeta lírico miren con desden los infundados juicios de la multitud, fiando la inmortalidad de sus libros, cuadros y estatuas á otros jueces mejor inspirados; que si el orador ó poeta dramático se contentára con imprimir sus obras, nada le empecería para hacer otro tanto. Mas cuando un autor ú orador convoca y reune al público, si sólo es su intento divertirlo ó conmoverlo, obligacion precisa tiene de realizarlo; si llega su ambicion hasta pretender persuadirlo de algo nuevo, justo ó grande, todo su trabajo, sin el éxito, sería vano. Dado el caso de que entre el orador ó autor dramático, y la multitud ansiosa de impresiones, que le escucha, no se establezca aquel género de corriente magnética que despierta las emociones vivas y produce los grandes efectos, ¿quién dirá de una oracion que fué elocuente, ó buena del todo una obra dramática? No sin razon, no, se toma al éxito en tales artes por verdadera piedra de toque del mérito. Y si de aquí no se deduce fatalmente que haya obligacion de hablar en necio al público, como afirmó con sorna un dia el más fecundo de

los escritores dramáticos, claro, clarísimo, por lo ménos, es que estos últimos están obligados á contemporizar con el gusto del vulgo, á fin de que no se frustren sus intenciones, y sean sus ideas desechadas de plano. Pues si esto hay que tomar en cuenta á los buenos oradores y á los buenos escritores dramáticos, ¡qué no habrémos de perdonar fácilmente á la turba multa, que en todos tiempos ha reputado por mero oficio y manera ordinaria de vivir el arte dificilísimo de componer comedias? Ni ¿cómo han de extinguirse estos últimos, miéntras haya quien les emplee ó quien les pague? Todo, en puridad, nace de que siempre ha dado en esto leyes el *sufragio universal*, no ménos en el antiguo que en el nuevo régimen. La popularidad es aún más necesaria por eso á los autores dramáticos que á los hombres de Estado, si bien debemos confesar que la gozan más duradera y pacíficamente que no estos últimos, así como en mucha mayor cantidad que ningun otro género de ingenios. Ni Cristóbal Colon, ni Gonzalo de Córdoba, ni mucho ménos Cervántes ó el padre Mariana, lograron nunca lo que de Lope cuenta el predicador de sus exequias, Fr. Francisco de Peralta [6]; á saber, que, residiendo en Madrid por tantos años, no pisaba calle cuyas puertas, ventanas y balcones no poblase al punto el vecindario, parándose á mirarle todos los transeuntes, y hasta «los que ruaban en coche.» Pero la popularidad tiene sus contras, como pocos ignoran; y no es la menor la obligacion que impone de contentar al mayor número, jamas compuesto de los mejores. Los críticos que han pretendido convertir en un placer delicado ó sublime la asistencia al teatro, como Luzan, Montiano, Nasarre ó Moratin, querian, por lo mismo, una quimera. Debieran contentarse con desear que entre muchas co-

medias malas y afeadas por el mal gusto, dejase ver la escena, de vez en cuando, alguna que otra buena comedia; que es con lo que á la postre tenemos todos que contentarnos.

Importuna, y quizá incongruente, me parecería á mí propio esta digresion tan larga, si no me la hubiese sugerido la conviccion que abrigo, de que el injusto desprecio en que suele ser tenido el estado intelectual de España durante los dos primeros tercios del siglo XVIII, se debe, por mucha parte, á la indignacion excesiva de don Leandro F. de Moratin contra las malas comedias y los defectos indudables de las buenas, que alimentaron nuestra escena hasta su tiempo. Preciso es colocarse, aunque sea á costa de otra nueva digresion, en el punto de vista estrecho desde donde Moratin contemplaba las letras, para dar el justo valor, y no más, á aquel aserto suyo de que los preceptistas, personificados en Luzan, apénas lograron remediar nada el antiguo mal gusto. Moratin veia, si es lícito decirlo, por los ojos de la comedia, y miéntras no andaba ella bien, todo igualmente le parecia perdido. Harto demuestran, así el viaje á Inglaterra y á Italia, como las cartas de Francia, que comprende la *Coleccion de sus obras póstumas* [1], que el teatro en general, y en especial los autores de comedias, eran los únicos objetos capaces de inspirarle amor ó entusiasmo. De ver es la delicia con que refiere cuándo y cómo supo que le sería posible visitar en París al viejo Goldoni, y el calor con que pinta las menores circunstancias de su entrevista con aquel poeta cómico italiano. Pues al llegar luégo á Roma, la gran ciudad debia de estar llena de la fama reciente de Monti; aquel versificador incomparable con otro ninguno, en las lenguas romances ó románicas;

aquel sublime lírico de la *Bassvigliana*, y trágico insigne en el *Aristodemo:* no obstante lo cual, ni siquiera tuvo, segun parece, el menor deseo de tratarle. Monti es, con todo, harto mayor gloria de Italia que Goldoni. Singular exclusivismo éste de Moratin, cuyos versos líricos parecen cortados por el patron admirable de Monti, sin que estimára gran cosa ni los de Monti ni sus propios versos: que amando con tanta pasion al teatro, apénas hizo caso del mismo Monti como trágico, y no buscó su amistad ni áun la del famoso Alfieri, alta gloria tambien de Italia cuando él la recorrió de viajero [8]. Verdad es que tampoco apreció mucho los esfuerzos laudables, si no siempre felices, que se hicieron por aclimatar en España la tragedia francesa; grande y hermoso género, dígase lo que quiera, que no sería privativo de aquella nacion, sino universal, á no ejercer tanto imperio, como ántes dije, el gusto del público en los teatros. Paréceme á mí, en suma, que á Moratin, en todo su viaje, no debieron de causarle horror sino dos cosas: los sangrientos excesos de 1792 y 1793 en Francia, que le obligaron á marchar precipitadamente á Inglaterra, y las malísimas piezas dramáticas que solian representarse por todas partes, y en especial en Nápoles y Florencia. Si en algo más recayó su ódio, fué, sin duda, en la ópera italiana, género que ofendia altamente su espíritu positivo, naturalista, incapaz de prendarse de lo inverosímil, aunque anduviese en tan buena compañía como la música. Con ser Moratin hombre pacífico y de instintos nada tiránicos, no tan sólo pretendió más tarde que decretase el Gobierno las comedias que debian representarse y las que no, cual ya he indicado, sino que aplaudió altamente la prohibicion de los *autos sacramentales;* echando todavía de ménos que la

prohibicion no se extendiese á obras tales como *El Convidado de piedra*. Era, pues, D. Leandro F. de Moratin, para lo demas indulgente, conciliador y hasta frio, un verdadero fanático por las buenas comedias; es decir, por aquellas, y no más, que consideraba él tales. ¿Y qué tiene de extraño que un hombre así mirase con injusto desden aquella parte del siglo en que por entero faltó el arte de componer comedias, ni siquiera al estilo antiguo, como acontecia desde Cañizares hasta su tiempo? Resulta siempre, sin embargo, y es lo que he querido poner en claro, que Moratin exageró por lo dicho, y exageraron tras él otros muchos, que quizá no osaron desmentirle, así el mal gusto como la esterilidad de nuestras letras, sobre todo de Luzan en adelante. La verdad es que, cuando Moratin y Meléndez comenzaron á escribir, no era ya ilustracion general, ni buen gusto, ni doctrinas, ni reglas lo que faltaba, sino grandes autores, que dignamente representasen la nueva escuela predicando con el ejemplo, y sometiendo sus producciones al juicio, ya bien preparado, del público, con la reconocida autoridad de su nombre.

Y esto último, Señores Académicos; esto, y no otra cosa, es lo que hasta Meléndez y D. Leandro F. de Moratin no se logró. Por eso merecen con justicia los títulos de restauradores, el uno de la poesía lírica, y el otro de la dramática, si bien no hay que olvidar que tenian los dos muy estimables predecesores, como el autor de la *Fiesta de toros en Madrid*, D. Nicolas Fernandez de Moratin, y el del *Señorito mimado*, D. Tomas de Iriarte.

Mas, entrando á exponer ya concretamente mi juicio acerca de nuestros últimos clásicos, ¿es tan verdad, Señores, como vulgarmente se piensa, que lo que ellos apellidaban regeneracion ó restauracion del buen gusto con-

sistiese tan sólo en arreglar á los principios franceses del tiempo de Luis XIV, así la poesía lírica como la dramática? ¿Es cierto, por ventura, que los sistemas poéticos de Moratin y Meléndez en todo fuesen opuestos al genio de la lengua y de la cultura españolas? ¿Atribuyó formalmente á Luzan y Montiano, y con ellos á toda su escuela, la muerte del genio nacional, y en especial la ruina del género dramático, de que fuimos inventores, el nunca bastante llorado D. Agustin Durán, en su *Discurso sobre el influjo que ha tenido la crítica moderna en la decadencia del teatro antiguo español?* [9]; sentencia injusta, que ha influido sobremanera en la eleccion del tema del Sr. Silvela. Para aquel sabio académico «no fué otro el resultado obtenido por los esfuerzos de los críticos del siglo pasado y el presente», y del que llama *partido antinacional*, «que sustituir al antiguo, un edificio pobre, mezquino y caduco, fundado sobre arena movediza y extraño á los hábitos, costumbres, creencias y modo social de existir de sus compatriotas.» Es el edificio tan tristemente descrito en estas frases, el teatro de Moratin, sin duda alguna; y si contra el lírico Meléndez no han llegado á formularse tamaños cargos, aún ha experimentado mayor rigor: el del olvido. Ni al uno ni al otro poeta, en quienes principalmente brilla aquella escuela, se les trata así con razon. Llámaseles *afrancesados* en literatura, como si con serlo en política no hubieran ya padecido bastante, y con muchísima ménos causa. No es, por cierto, mi ánimo aprobar las estrechas doctrinas críticas que ambos profesaron. Contra ellas he disertado aquí mismo largamente, en ocasion distinta, y fuera inútil repetir lo que dije. Cúmpleme recordar sólo que si entónces califiqué tambien de intolerante y estrecha á la crítica román-

tica, hoy me hallo al paso con una demostracion concluyente y fácil de aquel aserto. Á Moratin, por ejemplo, se le acusa de poco español por no haber tenido en cuenta los hábitos, las costumbres, las creencias y el modo social de existir de sus compatriotas; y estos compatriotas deben de ser los del tiempo de Felipe IV, puesto que lo que se echa concretamente de ménos es el espíritu de nuestro teatro antiguo. Y ¿no es claro como la luz, Señores, para quien haya examinado atentamente la monarquía Austriaca y la Borbónica, que se rompió el hilo de la tradicion y de la historia, al saltar de una á otra, en todos los principales elementos de la sociedad española? Pues ni Meléndez ni Moratin pudieron ya tener en semejante desgracia, si lo fué, la menor parte, ni tampoco la tuvieron muy grande Luzan ó Montiano. Paradoja ha de parecer á muchos, y miéntras pienso más, ofrece mayor evidencia á mis ojos, que lo más español que aquí hubo en el siglo décimoctavo fué la poesía, lo mismo la lírica que la dramática. Lícito debe serme, para probarlo, explanar un concepto anterior.

No cabe duda en que el contínuo roce y amalgama en que por tanto tiempo estuvieron dentro de la Península los ejércitos franceses y españoles, á causa de la guerra de sucesion, dió lugar á que, no ya la organizacion únicamente, sino el vocabulario entero de la milicia española, tan rica en buenos libros, se olvidára, afrancesándose todo lo concerniente al ejército y áun á la marina, bases fundamentales del Estado. Afrancesáronse tambien más y más que estaban la etiqueta y empleos de la córte, que, á la verdad, tenian ya muy poco de castizos desde que se introdujo el ceremonial de Borgoña. Afrancesóse, sobre todo, la administracion pública, tanto la civil como la

económica, segun pregona todavía la *Novísima Recopilacion* en tantas y tantas de sus confusas páginas. Y en medio de esta inundacion general, que, como era de esperar, alcanzó tambien á las ideas y costumbres de los particulares y del pueblo, ¿quién fué, Señores, quien acudió con más presta y fuerte mano á resguardar lo mejor y más íntimo de la cultura nacional? Toca tal merecimiento á esta Real Academia, y con ella, al fundador mismo de la nueva dinastía, que la dió vida y medios con que realizase tan altos fines. Ahí está aún vivo y glorioso, desesperando nuestra emulacion y desafiando nuestro propio valor, el gran monumento levantado por los primeros académicos de la *Española* á la madre patria con el *Diccionario* de 1726 á 1739, comunmente llamado *el de Autoridades*. No podia, no, perecer ya el habla hermosa de nuestros antepasados, por primera vez dibujada de cuerpo entero en aquel léxico inmortal; y como el más importante elemento nacional de toda literatura sea la lengua, tampoco hubo ya riesgo, desde que ella estuvo á salvo, de que pereciese realmente la literatura patria. Si por algo se censuró á los autores del *Diccionario de Autoridades*, con viso de fundamento, fué por no haber desdeñado considerar tales á autores de poca nota, sin ver que lo que nuestros antepasados pretendian no era dar patentes de celebridad ó de ingenio, sino juntar en ancho cauce comun cuantos hilos y manantiales de agua formaban el majestuoso rio de nuestra lengua [10]. Pero, dicho ademas sea en honor de los críticos y escritores sueltos del siglo décimoctavo, ¿cuál de ellos desdeñó ú abandonó el cultivo del idioma patrio, y la lectura de los libros del *siglo de oro* de nuestras letras? Aunque Feijóo, obligado á escribir sobre tantas cosas, á la sazon desconocidas en

España, defendiera osadamente la introduccion de *neologismos*, ¿no están ahí los *Orígenes de la lengua castellana*, del severo Mayans y Siscar, publicando con cuánto amor recogian otros de las fuentes mismas el caudal de la lengua española? Pues la locucion y la construccion de los versos líricos ó épicos de D. Nicolas Fernandez de Moratin, ¿no peca tambien, si de algo peca, de arcaica? Ni ¿quién se atreverá á calificar de afrancesado á aquel gremio poético de Salamanca, en el cual se contaba un maestro Gonzalez, que servilmente imitaba á Fr. Luis de Leon, hasta el punto de merecer por ello de D. Leandro Fernandez de Moratin las más ásperas censuras que quizá trazó su pluma, y donde Iglesias mereció el descrédito de plagiario por sus incesantes imitaciones y hasta clarísimos hurtos de nuestros poetas del buen tiempo? Isla ó Iriarte no eran tampoco galicistas ciertamente. Y á Moratin mismo, ¿podría el mayor de sus enemigos negarle uno de los más encumbrados puestos de nuestra literatura, por lo que hace á la pureza de la diccion y al arte de manejar en todos los estilos nuestro idioma? No tan purista como él, Meléndez formó asimismo su estilo y lenguaje con la lectura asidua de Garcilaso, la Torre y Villegas. No, no hay modo de desconocer, sin injusticia, que la restauracion del gusto en España se intentó y llevó á cabo siguiendo lo más de cerca posible las huellas de los autores del tiempo de Mariana, Cervántes y Alarcon, que es el que merece el dictado de *siglo de oro*.

Lo que hay de verdad es, que si la lengua y el estilo castellano podian restaurarse con sólo estudiar libros viejos, á nadie era dado resucitar los sentimientos muertos ó las extinguidas costumbres, ni sustraerse al más ó mé-

nos oculto y lento, pero siempre irresistible, influjo del espíritu general del siglo en que se vive. ¿Por qué ya en la córte de Cárlos III ninguna persona culta creia, pensaba, amaba ni vivia al modo que en la de Felipe IV? Por obra de los años y de los sucesos, que ni unos ni otros pasan en balde; obra siempre más fácil de lamentar que de impedir. Entre el gobierno que mandaba escribir *autos sacramentales* y el que los prohibió por escandalosos, habia tan grande abismo como el que media entre el auto de fe de 1680 y la *Oda al fanatismo*, de Meléndez; ó entre las plumas, ropillas, ferreruelos y broqueles de los caballeros de Lope y Calderon, y los prosaicos casacones y sombreros apuntados de los personajes que Moratin sacó á plaza. No es de olvidar, sobre todo, que la aparicion de Moratin y de Meléndez coincidió con el extraordinario y profundísimo cambio político, social, moral y científico que el mundo entero experimentára en el último tercio del siglo antecedente. No era ya en parte alguna, ni siquiera en España, la teología, que tan altos conceptos inspiró á los poetas sacerdotes, como Calderon y Tirso, la ciencia tenida por madre y de moda; ántes bien eran ya las matemáticas ó la física, poderosa y felizmente protegidas y cultivadas desde Fernando VI en adelante; ni ya imperaba tampoco el escolasticismo cristiano en las cátedras ó en los libros de filosofía, sino el sensualismo, ora escéptico, ora tradicionalista, que por igual desdeñaba al platonismo en todas las esferas; ni aquella ciega lealtad monárquica á los príncipes católicos y legítimos que tan severamente recomendaba Domingo de Soto en su conocido tratado *De Justitia et Jure*, puesta en escena por los personajes de *La Estrella de Sevilla* y *García del Castañar*, cabia ya en la mente ni en el corazon de nadie; andando

sobrado vecinos, para esto último, los terribles atentados de la revolucion francesa, y los atrevidos debates de las Córtes de Cádiz. El mundo, en suma, era otro, y otra España, que cuando vivian Fr. Luis de Leon ó Rojas. Y fuerza es estar muy preocupado para pretender que la nueva literatura española se encerrase en aquellos ya borrados, aunque legítimos y gloriosos linderos.

Bastante, Señores, se ha lamentado por muchos que no pudiera salvarlos del todo la poesía lírica. No era tiempo, cuando floreció Meléndez, de abandonar aún el sistema lírico del Renacimiento, dando rienda suelta á la imaginacion por el ancho campo abierto más tarde á las íntimas, contradictorias, fecundas ó peligrosas nociones de la razon, y los oscuros fenómenos de la conciencia humana. Aventurándose en tales pasos, hasta allí no tentados, se ha formado en nuestros dias un nuevo y brillantísimo sistema de poesía lírica; pero al aparecer Meléndez en Salamanca, era para eso muy temprano. De aquí el que bastára á la ambicion del novel vate hacer mejores versos anacreónticos y bucólicos, ó por lo ménos, iguales que nuestros grandes poetas clásicos. Para dejar atras á todos los que inmediatamente le precedieron, tenía de sobra con las cualidades que no le disputa nadie: con su talento de describir, con la originalidad y gracia de su estilo, y el profundo conocimiento de la lengua que por instrumento empleaba. Dió así nueva, aunque brevísima, vida á aquel sistema lírico, ya en el fondo estéril; mas ¿cómo habia de acertar á componer versos que contentasen el gusto poético de las generaciones sucesivas? Por eso mismo, Señores, no hay tan difícil cosa como convencer á los aficionados de estos tiempos de que las anacreónticas, letrillas y romances de Meléndez merecie-

ran nunca el aplauso, que, sin duda alguna, obtuvieron de hombres y mujeres, muchachos y ancianos, cuando vieron la luz por primera vez. No se persuaden de que en aquella sociedad, humilde y devota sierva de la autoridad en todas las esferas; comprimida, simétrica y convencional, la hipótesis de la libertad, hasta en los oteros y las chozas pastoriles, tenía que excitar interes y producir tambien sus emociones. Resístense más que nada á comprender que penetrasen muy hondamente en los corazones juveniles de entónces, tan sencillos y uniformes, ó tan externos y poco ideales, afectos como los que expresaba Meléndez, en compañía de los buenos clérigos Iglesias y Gonzalez. Porque es de advertir que las almas de aquellas pastoras y aquellos pastores, tan cándidas, tan desnudas de contrastes, tan ajenas á toda rebelion, tan libres de los vagos ó inaccesibles deseos que suelen acalorar las de ahora durante los años juveniles, eran en cambio por extremo indulgentes con los afectos externos y sus naturales expansiones, hasta el punto de herir el esmerado pudor de los lectores y lectoras de nuestra época. Y todo esto junto hace que el mérito de Meléndez sea no ménos ininteligible para muchas almas poéticas modernas, que lo habrian sido para la juventud sensible de Salamanca, en otro tiempo, los primores exquisitos de ciertos poetas, hoy en moda, por ejemplo, Alfredo de Musset ó Enrique Heine, para no citar los de casa. El gusto vulgar, nacido como planta espontánea y viciosa, y expuesto siempre al influjo de la atmósfera intelectual y moral de cada época, que es como quien dice á la intemperie, ofrece tales alternativas constantemente. Sirva de alivio, con todo, á los apasionados de Meléndez, si aún existen, que ni Gesner, ni Saint Lambert, extranjeros

faros de su pasada edad, son hoy más leidos que él lo sea, porque el espíritu que los animaba era uno mismo, y tampoco están en predicamento con los lectores de ahora. Si Thomson brilla algo más que los otros aún, no tan sólo se debe á lo extraordinario de su talento descriptivo, sino tambien á que escribió para una sociedad rigurosamente protestante y amiga de la vida del campo, que todavía es rigurosa en su protestantismo y es amantísima del campo todavía. Lo que es en España, se le tradujo en verso, como á Gesner y á Young, y nadie piensa siquiera en ninguna de las tres traducciones.

Ya los grandes talentos críticos de Forner y Jovellanos sospecharon sagazmente el triste porvenir de aquel sistema lírico, y por eso quizá quisieron desterrar de él los amores y las ambiciones pastoriles, y reemplazar tales asuntos con los filosóficos, empujando á Meléndez por tal camino. Mas era la que á la sazon preponderaba, una filosofía sensualista, y solamente apasionada, por tanto, de los espectáculos externos, de que dan, al parecer, los sentidos razon plena; la cual no sabía admirar en el universo, sino la grandeza, la proporcion, la armonía de sus partes, ó la sublimidad y belleza de sus fenómenos; ni hallaba otra cosa interesante en el hombre, que la imperfeccion física y aparente flaqueza de su sér, comparado con el de las más altas montañas, con el Océano, con el sol y hasta con la misma sociedad civil, comunmente reputada injusta y arbitraria. En resúmen: aquel mezquino tipo de hombre que trazó la filosofía de Condillac de una parte, y de otra la naturaleza, que forzosamente aparecia más rara y maravillosa á medida que se creia ménos en su divino Autor, constituian entónces los únicos manantiales de la poesía filosófica; y no fueron otros los de

Meléndez, que apénas conocia más libros que los que ya informaba el escepticismo europeo. Pero, lo mismo en aquel gran poeta, que en muchos de los pensadores españoles del pasado siglo, lo de escéptico y enciclopedista no dañaba tanto á lo católico como pudiera sospecharse; y de este modo carecian á un tiempo del entusiasmo que produce la fe, y del que experimenta tambien la razon cuando está poseida de sí misma y soberbiamente rebelada. No era así fácil que prestase Meléndez á sus composiciones filosóficas, ni calor ni colorido poético; que si pudo gozar Inglaterra algunos sublimes arranques de poesía filosófica en las *Noches de Young*, tal vez se deba á que el libre exámen protestante y las revoluciones políticas tenian ya mucho más familiarizado allí al espíritu con semejantes asuntos. Aquí en España, donde habia vuelto á no ser del todo inofensiva la Inquisicion en los postreros años del siglo anterior, y donde no querian ser los pensadores, ni teólogos, ni críticos, necesariamente habia de parar, como paró, la poesía filosófica en declamaciones pomposas y sentimientos tibios, que es cuanto encierran las más de las composiciones sérias de Meléndez, poco apasionado de suyo, lo mismo que las de igual índole de Cienfuegos, por naturaleza tierno y vehemente. Para abrir de par en par á la poesía lírica las regiones por donde luégo la hemos visto correr triunfante, preciso era que estuviese ya mucho más adelantado el racionalismo, y más libre de todo género de trabas la fantasía. Era, en fin, indispensable que sobreviniera la tremenda crísis de 1789. En medio de ella acertó á escribir Andres Chenier las profundas estrofas de su *Oda á Carlota Corday*, y otras tiernísimas á una *Jeune Captive*, que suenan cual ningunas hasta entónces en Francia; y dentro

de España misma, la altiva mente del gran Quintana osó ya remontarse en las tinieblas del secreto hasta á cantar la apoteósis del rebelde Juan de Padilla ó el soberano poder de la imprenta. Tanto Andres Chenier como Quintana ardian en ideas y sentimientos cuya inspiracion fuera locura buscar en cualquiera de los poetas anteriores, incluso Meléndez, á pesar de su constante lectura del *Tratado de la educacion* de Locke, del *Emilio* de Rousseau, del *Espíritu de las leyes* de Montesquieu, y sin duda de la *Enciclopedia* y el *Contrato social.* La huella de tales estudios bien aparece, á la verdad, cuando se fija la atencion en las poesías filosóficas de Meléndez, por lo general impregnadas de sentimentalismo humanitario, y todavía más en Cienfuegos; pero siempre escondida en flores. No era, con todo, aquella poesía filosófica, ni siquiera la que el espíritu revolucionario inspirára á Chenier y Quintana, la destinada á constituir nuevo sistema en un tiempo futuro, que para nosotros ha sido presente, y será ya pretérito para nuestros sucesores. Más allá de la libertad filosófica y poética de que usaron los referidos poetas, habia otra libertad, de ellos todavía no conocida: la libertad personal, interior, y mayor, por lo mismo, que otra alguna de la conciencia humana, á la cual no le bastaban ya las rudas batallas que se reñian en la esfera de la religion ó la del Estado, sino que pretendia poner en tela de juicio todo cuanto hasta allí habia el hombre temido ó amado, reverenciado ó sufrido en paz. Para este otro período de historia literaria guardaba en el secreto la Providencia inexcrutable los genios soberbios de Byron y de Espronceda. ¡ Y estos poetas líricos sí que supieron herir con mano cierta, treinta años hace, los corazones juveniles de los despreciadores de Meléndez y de su sis-

tema poético! ¡Éstos sí que encuentran aún fáciles ecos en las pocas ó muchas almas que no están sordas á toda ilusion y á toda poesía! El mundo moderno halló al fin, en las obras de tales poetas, el sistema lírico que le convenia; cual habia poseido el suyo la Edad Media, aunque con rudos poemas; como lo tuvo, sea como quiera, el *Renacimiento*, en la imitacion pagana. Meléndez, en el entretanto, sólo fué poeta de transicion; y en tal concepto, no podia alcanzar sino una gloria limitada y pasajera, que algo habrian acrecentado seguramente, mas no todo lo que se piensa, las pocas cualidades que le faltaban.

Mucho más original que la restauracion lírica en el fondo, bien que lo aparentase ménos en la forma, fué la que Moratin llevó á cabo en la poesía dramática; y con razon ha dado á entender el Sr. Silvela que, de las dos empresas, prefiere con mucho el éxito de la dramática. Otro tanto hará siempre la buena crítica. ¡Ley singular, Señores, de la poesía dramática en España, ésa de ser siempre superior, en sus manifestaciones, á todos los demas géneros de poesía! Á contar con más espacio, quizá acertára á demostrar, no ya sólo que nuestros dramáticos, en general, aventajan en mérito á líricos y épicos, sino que nuestras antiguas comedias, particularmente, encierran los mayores rasgos épicos y los más exquisitos primores líricos que diera Apolo en dote á las musas españolas. La fe, el amor, el pundonor, aquellos tres asuntos perpetuos de nuestro teatro antiguo, sólo allí fueron poderosamente tratados; es decir, dramática y épica y líricamente á un tiempo; y hasta en el siglo último, el teatro de Moratin y el de D. Ramon de la Cruz, cada uno por su estilo, contienen casi todo lo que de propio y nacional hay en nuestras letras.

Tanto he hablado ya de Moratin accidentalmente, de sus principios, de su carácter y de su influjo, que al tratar ahora de él en especial mucho de lo que queria decir lo encuentro dicho. Lo que más en él se ha censurado, quizá sea el rigor de las reglas, en que basó su sistema dramático; y sin embargo, es lo cierto que, pasado el período crítico del romanticismo, han vuelto á regir las más de ellas en la disposicion de las comedias de costumbres, favorita y áun casi exclusiva aficion de su vida. Bien puede afirmarse sin rebozo que las obras cómicas que más estimacion merecen de los contemporáneos distan poco, en su forma, de la regular y templada que Moratin introdujo. El drama caballeresco moderno, póstumo hijo de nuestro teatro antiguo, que nació al calor del *romanticismo*, siempre ha usado mayor libertad, porque la necesitaba, mas ni él siquiera hace ya alarde de sistemática licencia. No ha sido, pues, del todo estéril ni pasajera la reforma por Moratin realizada en el teatro nacional. Ni debe pasar por preceptista rutinario quien confesó altamente, en su traduccion del *Hamlet*, que «el ingenio era lo más en las obras de ingenio» [1]. Ocioso sería ahora detenerme mucho á demostrar ante semejante auditorio, que Moratin poseia singularísimas dotes para escribir comedias. La perfeccion de estilo de sus diálogos, sencillos, cultos, graciosos y limpios del falso lirismo con que han tratado de velar luégo algunos la pobreza de sus asuntos y la de los caractéres que inventáran, no ha menester, por de contado, elogio alguno. Su seguro instinto dramático le dió á conocer cuán á propósito sea la buena prosa para la comedia de costumbres, y escribió por eso en prosa la mejor de las suyas. Por desquite de lo mucho que hay que concederle, dicen algunos que Moratin imi-

tó á Molière; y en absoluto, ni esto importa, ni puede negarse. Trozos hay, por ejemplo, y hasta una situacion íntegra en *La Mogigata*, que son copia literal de *Tartuffe*, y en todas las obras de nuestro poeta se echa de ver el profundo estudio que tenía hecho del gran maestro frances. Pero es la verdad pura que Moratin mejoró siempre, ó casi siempre, lo que tomó de su predecesor, aprovechándose, á todo tirar, mucho ménos de las invenciones de éste, que éste mismo ú otros de sus compatriotas se aprovecháran de las de nuestros fértiles poetas del décimoséptimo siglo. Son tambien los recursos dramáticos de Moratin más escogidos y naturales que los del propio Molière; así como los caractéres de sus personajes resultan más consecuentes, y no tan exagerados ni violentos. La jóven Clara, haciendo el papel de *Mogigata* por burlar los propósitos paternales, á los cuales no era entónces costumbre que resistiesen las niñas bien criadas, está mucho más dentro de la verdad que *Tartuffe*, y en la situacion idéntica y capital de ambas comedias, harto más verosímil parece el engaño de D. Martin, deslumbrado á un tiempo por el interes de que doña Clara se haga monja, por sus falsas ideas sobre la buena educacion de las mujeres y por la ordinaria falibilidad de los paternos juicios, que no aquella ciega credulidad y aquella terquedad infundada con que un esposo ofendido niega crédito á lo que tan fácilmente suelen darlo todos, bien que se lo dijesen, no ya sólo su hijo, sino tambien su virtuosa mujer, á quien reconocia por tal y respetaba. El *Misántropo* mismo, dicho sea con la debida consideracion, ántes presenta un ejemplar de locura que no un tipo natural y cómico; y entre su absurda severidad contra las condescendencias, y hasta contra la cortesía que el estado social exige,

y su incurable indulgencia respecto á las constantes é inexcusables flaquezas de *Celimène*, hay una contradiccion patente, que priva de unidad y áun de realidad á su carácter. Algo tiene del *Misántropo*, aunque no hable con hiel sino de los desatinos dramáticos, el D. Pedro de la *Comedia nueva;* pero ¡cuánto más racional, más compasivo, más verdadero tipo de hombre, no es este D. Pedro con los objetos de su ódio (es á saber, los que dan á la escena malas comedias y los que las celebran), que no Alceste, cruel con todo el prójimo, á excepcion de la coquetuela que le tiene sorbido el seso hasta el punto de querer huir, en su mala compañía, de un mundo que por tales y áun menores faltas detesta! Filinte es mejor carácter y más sostenido que el del *Misántropo;* pero no supera en cordura, benevolencia y generosidad al D. Diego de *El Sí de las Niñas*. No es, ni con mucho, mi intento preferir el buen sentido, el poderoso instinto y gusto delicado de Moratin, al genio, quizá incomparable en su línea, del cómico y poeta frances: bástemè demostrar que, ni Molière está exento de lunares, ni falto Moratin de grandes aciertos. La vena satírica de este último no es ciertamente tan amarga, ni tan abundante y profunda como la del primero; la trascendencia de miras de nuestro poeta, limitado á describir costumbres de su tiempo, no es tampoco tanta como la del autor de *El Avaro*, y en la invencion era éste, asimismo, muy superior á aquél, juzgando por el número de obras originales que dejaron [12].

Fuera del asunto de *La Comedia nueva* (que viene á ser el de toda su propia vida, es decir, la lucha de su intolerante buen gusto con la ignorancia, la corrupcion y el desarreglo dramático de la época), no contiene en realidad el teatro de Moratin más que uno solo, tratado ba-

jo diferentes aspectos en otras cuatro comedias. Parece como si de la sociedad en que vivia no le maravillase otro fenómeno que el de lo mal que salia dar estado á las doncellas sin contar con su gusto. Cualquiera diria que el flaco de Moratin fueran las jóvenes por tomar estado; mas como al fin y al cabo murió soltero, no parece fundada esta sospecha. Sea como quiera, es indudable que las niñas son lo mejor que hay en todas las casas donde Moratin nos lleva, y áun si pecan, nunca pecan sino por culpa de los que las guian ó las guardan. Mariquita es la única persona discreta de cuantas rodean al asendereado autor de *El Gran cerco de Viena*, y por poco no la casan con aquel mal pedante de D. Hermógenes, so pretexto de que su marido debia ser erudito y saber mucho. El padre de la *Mogigata* tuvo muy mala intencion, y no mejor acierto al destinarla á monja, no logrando sino mal casarla al fin; cuando su prima, en cambio, tan sólo porque la dejaban obrar á su albedrío, resulta nada ménos que una heroína. La doña Mónica de *El Baron* estuvo á dos dedos de casar con un malhechor vulgar, que se fingia ilustre, á su hechicera y enamorada hija. Si doña Isabel, la de *El Viejo y la Niña*, fué desgraciada, y á su marido, D. Roque, no le hizo muy feliz con ser tan buena, á nadie pudo imputarse sino al D. Roque mismo, ó cuando más, al astuto y tramposo tutor, que interesadamente le otorgó tal esposa. Por último, la honrada doña Irene de *El Sí de las Niñas* puso á su hija al borde de un precipicio, del cual se libró, gracias á la singular generosidad del provecto D. Diego; mas no sin que la madre pasára por la mortificacion de ver que aquella doncella inexperta la aventajaba singularmente en el difícil arte de hallar buen novio. Para salir por primera vez las

madres al teatro español, no quedaron muy medradas.

Sobra con lo expuesto para comprender que el ejercicio del principio de autoridad en la familia, consagrado por las leyes y costumbres antiguas, tenía en Moratin un inexorable censor; y que aquel prudente poeta, que no se atrevió á elegir cónyuge para sí mismo, tenía mucha fe en el acierto con que sabrian elegir siempre los suyos las muchachas solteras. Presumió, sin duda, ejecutar muy buena obra en favor del bello sexo, haciéndole libre para tomar estado; pero la libertad, que es, realmente, mucho más inevitable que útil en el moderno régimen social, no basta por sí sola á remediar mal ninguno. Y con efecto, el derecho á seguir los consejos del corazon, dejando los de la razon aparte, por sólo una vez en la vida otorgado á la mujer que no enviuda; de ordinario ejercido á una edad en que, sobre escasear el juicio, de todo punto falta la experiencia; y con falsos ó incompletos datos, ni es tan importante en sí mismo como pretendia Moratin, ni disminuye el número de los malos casados. Aunque todavía falten datos estadísticos acerca de este punto, poco se arriesga al afirmar que tanto abundan aquéllos hoy, por lo ménos, como cuando escribia Moratin, y se inventó *el recurso de irracional disenso*. El exceso de autoridad en la familia antigua, si bien tenía sus inconvenientes, no carecia de algunas ventajas. Mas el teatro y la ley obedecieron ya en esto á la corriente del racionalismo y la independencia individual, latente á la sazon, y de todo punto irresistible en nuestros dias. Moratin, hombre de su tiempo, lo estudiaba y seguia en su espíritu; y áun por eso es tan injusto el cargo que contra él se funda en el prosaismo monótono de las costumbres y de los caractéres que pinta. Autor de

dramas de costumbres, ni quiso, ni debió hacer Moratin otras que eran las de su época. ¿Y ha de culpársele por eso? Para hacerlo con justicia se necesitaria probar, entre otras cosas, que cabe satisfacer al público, presentándole costumbres ideales en las comedias. Y ¿cómo habia de suceder tal cosa en parte alguna, ni ménos en España, donde si la tragedia clásica no logró aclimatarse, fué, más que nada, por contener ideas y costumbres desconocidas del público? Tal vez se opondrá el ejemplo de nuestro teatro antiguo; pero sin fundamento, porque para mí todos los elementos dramáticos de que Lope y Calderon se valieron, existian realmente en su tiempo. Lo único que ellos hicieron fué embellecerlos, poetizarlos; y para aclarar este punto, que tiene especial importancia, tratándose de determinar lo que hizo y pudo hacer Moratin en el teatro, dadas las circunstancias de su época, ruego á la Academia que me tolere una breve digresion más, ya que contiene tantas este discurso.

Todo el mundo sabe que las costumbres del Madrid de Calderon están descritas con colores vivos, y al parecer, verdaderos, por Van Aarsens de Sommerdyck y por madame d'Aunoy, personas que en la segunda mitad del siglo décimoséptimo visitaron detenidamente esta villa y córte; sin contar otros autores ménos conocidos, entre los cuales tengo por el más imparcial al que publicó en París, en 1670, ciertas *Memorias* sobre las fiestas de toros, la jura de los Príncipes de Astúrias, los matrimonios de las Infantas, y los refranes, máximas y carácter de la nacion española [13]. Comparando tales relaciones unas con otras, y todas ellas despues, con las diversas colecciones de *Avisos* que poseemos, ora manuscritos, ora impresos, así como con la interesantísima serie de cartas de

jesuitas (no há mucho dada á luz por la Real Academia de la Historia), puede ya formarse exacto juicio de la sociedad en que se compusieron y representaron las comedias de nuestro teatro antiguo. Y lo que resulta es, en suma, que los más de los caballeros de aquel tiempo, valientes y discretos, á la verdad, pero poco dados al estudio y á la guerra, pasaban sus dias y sus noches enamorando damas libres, ó de vida alegre, que abundaban en Madrid extraordinariamente á la sazon, ostentando sin rebozo en público los galanteos con que las favorecian, arruinándose y hasta acuchillándose frecuentemente por ellas. Estos tales caballeros toreaban personalmente todavía; rondaban embozados por las esquinas; tenian que ver á cada paso con la justicia; cometian homicidios; prodigaban tanto las serenatas, que Mad. d'Aunoy las calculó nada ménos que en quinientas, una noche con otra. Lo cual quiere decir que en realidad poseian los hombres de calidad de aquella época las prendas varoniles y poéticas que esmaltan los caractéres de los personajes del teatro antiguo, bien que no tanto las que en tiempo de Moratin se exigian ya, y hoy exigimos á los caballeros pacíficos y honrados. Sucesos narran, efectivamente, los *Avisos* de Pellicer [1], que más que reales, parecen literalmente copiados de algunas *comedias famosas;* y no hay ponderacion en decir que durante el reinado de Felipe IV se contaban por semana tantos lances verdaderos de desafíos, muertes por celos, criados sorprendidos con amorosos mensajes, amigos que se comprometian por acompañar y hacer espalda á otros, y todo lo demas que pasa en las comedias, como por igual espacio de dias pudieran fingir ellas en las *tablas.* Lo único que aderezó, pulió y mejoró mucho, si no me engaño, la musa de Lope

y Calderon, fué la condicion y calidad de las damas que asistian de verdad en tales lances. Al ver la pintura que el juicioso, y sin duda verídico, viajero holandes, Van Aarsens de Sommerdyck, hace de las damas que solian servir en público por entónces los caballeros españoles, quien gana crédito de exacto es Quevedo, ó cuando más Tirso; no los autores dramáticos, que de pulcros y espirituales se precian. Hasta aquel feo vicio de pedir, con que tantas zumbas dió Quevedo al bello sexo, se encuentra, por desdicha, bien probado en las relaciones contemporáneas. Pero hay que observar, Señores, que las verdaderas damas españolas, léjos de figurar en semejantes historias, apénas eran vistas ni visitadas entónces por la luz del dia, cuanto más por los galanes de capa y espada; viviendo ordinariamente retiradas en casa, donde solian tener oratorio y oir misa, ó tapándose con las cortinas de sus sillas de manos, que casi nunca dejaban si, por raro acaso, salian á la calle. Esto lo dice Sommerdyck; y fácil de advertir es, ademas, en los *Avisos* y cartas de la época, que al paso que duques, condes y marqueses aparecen acuchillándose cada dia, ni punto más ni punto ménos que los caballeros particulares, ninguna mencion se encuentra allí de las señoras de calidad que los unos y los otros debian tener por madres, hijas ó esposas. ¿Cómo se explica, no obstante, que en mujeres de poco más ó ménos se emplease por lo comun aquel finísimo galanteo tan poéticamente representado en nuestras comedias antiguas? De tal singularidad, aparentemente inverosímil, nos dan cumplida cuenta todos los viandantes extranjeros, en este punto conformes. Para nuestros hidalgos bastaba con ser mujer, como dicen á cada paso las comedias; pues toda mujer, cualquiera que fuera su

valer, con tal que pareciese dama, y no villana, tenía casi un derecho á su amor, y pleno derecho á su espada. La fábula de D. Quijote y Dulcinea no fué más, segun parece, que ingeniosísima exageracion y caricatura de un hecho frecuente y verdadero. Lástima era que el alto ideal de mujer que aquellos caballeros pundonorosos tenian en la mente, llevados de su imaginacion exaltada, pensasen encontrarlo en quien quiera; pero apénas es lícito dudarlo. Consta positivamente por los autores citados que los celos, los acuchillamientos, todas las singulares pruebas de estima y hasta de adoracion que se prodigaban entónces al bello sexo, se tributaban sin discernimiento y eran muy de ordinario desperdiciadas. Y en resúmen: lo del ventaneo y las escapadas de ciertas damas parece fielmente tomado de las costumbres; y el pundonor de los galanes y la metafísica delicadeza de sus amores tampoco se aparta de la verdad probablemente: por manera, que aunque no fuesen de tan puro metal como se suena los hermosos ídolos del teatro antiguo, como la galantería suplia en esto cuanto faltaba, no hay ninguna razon para dejar de tener por verdaderas comedias de costumbres á las que solemos apellidar de capa y espada.

Mas, tornando ahora á Moratin y su tiempo, bien fácil es comprender que no hubiese rastro siquiera de tales costumbres en la sociedad decente y culta que él puso en escena. Los grandes, títulos y principales caballeros que conoció y trató Moratin, ó vivian tranquila y honrada y acaso tiesamente en sus casas (ni más ni ménos que sus austeras y piadosas mujeres), ó daban lugar, con los nuevos devaneos y vicios, que con exactitud pintó Jovellanos, á aquella invocacion tremenda, mucho más eficaz que éste acaso imaginára:

¿Qué importa venga, denodada, venga
La humilde plebe en irrupcion, y usurpe
Lustre, nobleza, títulos y honores?

Y miéntras la plebe aguardaba, con efecto, su hora, que ya estaba tan vecina, cuanto existia del Madrid de Calderon, descrito ántes, donde habia que buscarlo era, no en las tertulias que frecuentaba Moratin, sino allá por los barrios de Lavapiés y el Barquillo, nuevos Parnaso y Pindo de D. Ramon de la Cruz. Los *manolos* hacian entónces, á modo de parodia histórica, lo mismo que los galanes de Calderon en otro tiempo: torear, rondar, reñir, y padecer persecuciones por la justicia. Hoy ya la alegre musa del buen D. Ramon todos los barrios de Madrid los visitaria en vano, porque de lo que él vió y oyó, únicamente quedan reliquias en las más apartadas provincias de España. Y es, Señores, que los caractéres históricos, que se hacen viejos en las naciones, van borrándose gradualmente y de arriba abajo, así como de arriba abajo penetran y se extienden tambien los que han de sustituirlos. El mundo que conoció Calderon se acabó con el siglo decimoséptimo, y con el décimoctavo el que peculiarmente conoció y pintó D. Ramon de la Cruz; así es que puso este último en escena la antigua España, que se extinguia, miéntras Moratin sacaba por primera vez al teatro los tipos de la España nueva y de la nueva Europa. Tan ambicioso y sutil fué, con todo eso, el espíritu del siglo, que, no contento con apoderarse del genio de Moratin, se entró tambien calladamente por los sainetes de manolos y majas de D. Ramon de la Cruz, depositando en ellos muy tempranos y prolíficos gérmenes de ideas democráticas. Hizo obligacion del caballero, nuestro teatro antiguo, el ser valiente y pundonoroso, y pre-

cisas condiciones del criado villano, las de gracioso y cobarde. En el teatro de D. Ramon de la Cruz, por el contrario, todo se lo llevan ya caldereros, taberneros, castañeras y gente del bronce: la gracia, el valor, y hasta el pundonor de cierta especie; quedando reservadas á *Las Señorías de moda*, y la turba multa de marqueses, abates, petimetres ó abogados, petimetras, marquesas, ó beatas, todas las ridiculeces humanas. Y nada prueba tan decisivamente cuán otra fuese la sociedad española del siglo XVIII de la del siglo antecedente, donde entre la aristocracia y la plebe mediaban abismos, como el que les deleitase ver representar, y áun el hacer papeles ellas mismas, en semejantes cuadros de costumbres, á las señoras más encopetadas. Dedúcese de todo lo expuesto, con harta evidencia, á mi juicio, que si las costumbres de las comedias de Moratin no son en sí propias, ni muy interesantes ni muy poéticas, la culpa no es suya; es de su tiempo. Por primera vez en España aparece en sus comedias la familia honrada toda entera, con padres, madres, hijos ó hijas, maridos y esposas. Si colocó siempre á sus personajes en los primeros grados de la clase media, y no en otra, fué porque no se le escondia ya, sin duda, que aquélla era el instrumento, providencialmente apercibido, para llevar á cabo la gran revolucion social y política de la época. No quiso pintar, por lo mismo, á aquella clase con fines satíricos, como D. Ramon de la Cruz en ciertos sainetes, sino con propósitos morales y sociales mucho más altos. Dejó á Jovellanos, á quien la toga autorizaba para tamaña empresa, la reprension de la aristocracia, y la apoteósis de las clases inferiores á D. Ramon de la Cruz, que no parece sino que por su parte presintió ya tambien el gran papel que á sus hé-

roes reservaban las futuras constituciones políticas. Lo que D. Ramon de la Cruz hizo en aquellos sainetes, donde nos retrató costumbres históricas de los barrios bajos, fué algo parecido á lo que intentaron las comedias llamadas *de figuron* en el teatro antiguo. Lo que Moratin, en cambio, pretendia era retratar á los caballeros de su época, como retrataron á los que conocieron, Lope, Calderon ó Alarcon. De todos ellos, es este último, sin duda, con quien, por la índole de su talento, puede mejor ser comparado Moratin; y sufre la comparacion dignamente. Alarcon tenía, en verdad, más profunda intencion dramática, más invencion y más facundia; pero Moratin le excedió mucho en la disposicion de sus fábulas, y en la verosimilitud y naturalidad de los caractéres y de los recursos dramáticos. Alarcon seduce más y contenta mejor la fantasía por el brillante colorido poético de sus comedias; pero esto, en gran parte, consiste en que, tratando y todo asuntos llanos, son todavía sus galanes quisquillosos y reñidores, y atrevidas y callejeras sus damas; lo cual brinda con mucho mayores recursos para la accion, y con mucha más gallardía para los diálogos que la timidez y formalidad de las damas, ó la parsimonia de aquellos buenos señores con que tenía Moratin que tejer sus fábulas para producir verdaderas comedias de costumbres.

No quiero terminar este ya largo discurso, donde, no sé si acertadamente, he personificado nuestra escuela clásica del último siglo en D. Juan Meléndez Valdéz y don Leandro Fernandez de Moratin, sin decir algunas palabras acerca de la extraña semejanza, ó más bien identidad, de fortuna de aquellos dos ilustres españoles. Ni el maestro Gonzalez, ni Iglesias, ni Jovellanos, que no hizo nunca de la poesía su principal ejercicio; ni Moratin, tan

desdeñoso para sus versos líricos; ni Cienfuegos, superior en sensibilidad, aunque tan léjos estuviera en lo demas de igualarle; ni el propio Cadalso, que habia sido su maestro, disputaron nunca á Meléndez el cetro de la poesía lírica; y no hubo uno solo de sus sucesores, hasta que sobrevino el *Romanticismo* con su irreverencia sistemática, que no le rindiese alto tributo de admiracion y respeto, comenzando por el gran Quintana, que fué su indulgente apologista, cuando con tanto motivo pudiera ser su censor ó su émulo. Para mí bastaria esto solo á patentizar que el ideal ó sistema lírico del siglo décimo-octavo fué bien comprendido y encarnado por Meléndez en sus poesías; pues si dentro del gusto y las opiniones en su tiempo reinantes le quedára mucho por hacer, no habria satisfecho tan fácilmente á todos los que de aquellas opiniones y del gusto aquel participaron. Tampoco halló rivales Moratin por su lado, y ni siquiera tuvo censores, miéntras vivieron las doctrinas y los hombres del siglo décimoctavo. Quedó muy por debajo de la reputacion de Moratin la de los trágicos que le precedieron, Montiano, Ayala y Huerta, lo mismo que la de su contemporáneo Cienfuegos; y no sin razon, porque *El Sí de las Niñas* está seguramente más cerca de cualquiera de las mejores comedias de Molière, que estén de las de Corneille ó Racine ninguna de las tragedias de los referidos autores. Tampoco habrian osado comparar con las de Moratin sus propias comedias Iriarte, Jovellanos ó Gorostiza. La estimacion que las de Moratin alcanzaron fué entre sus contemporáneos tan unánime, que el buen abate Estala no vaciló en calificarlas de excelentes, al tiempo mismo de escribirle á Forner que detestaba al autor; que bosquejando Puigblanch la vida de éste con su ordinaria

mordacidad y ódio ciego á los afrancesados, le intitulaba todavía «justamente celebrado poeta cómico» [15]; que Gallardo, poco admirador de su erudicion, sin reparo alabó su ingenio; que Lista, en fin, el juicioso y cultísimo Lista, al observar que ya no se representaba su teatro, exclamó indignado en cierto artículo: «Tanto mejor; con eso lo cogerá más á deseo la generacion que empieza.» Oidos estos juicios de los críticos de más estima, por su buen gusto, con que se haya quiza honrado aquella escuela, ¿se necesita más para comprender que, dentro de su criterio dramático, alcanzaron las comedias de Moratin casi toda la perfeccion imaginable? Júzguese, pues, lo que quiera del mérito absoluto de Moratin y Meléndez, lo cierto es que uno y otro ocuparon, por comun consentimiento, los primeros lugares entre sus contemporáneos; el uno en la poesía lírica, y en la dramática el otro.

Á esta igualdad de concepto literario hay que añadir otras semejanzas, no todas envidiables ó lisonjeras. La primera es que, á juzgar con entera imparcialidad, fueron más estimados los dos por algun tiempo, de lo que realmente merecia su respectivo mérito, comparándole con los sumos poetas dramáticos ó líricos, á quienes se les juzgó superiores. Luégo, al reves, han sido tratados entrambos con palpable injusticia, negándoles calidades indisputables. Grandes, felices y eternos maestros fueron tambien los dos del habla castellana, sobre todo el último, que en la naturalidad y culto gracejo de los diálogos no tiene igual, ni igual en la estructura de los versos sueltos; siendo él, ademas, quien más se acerque á Cervántes, de todos nuestros escritores, en el hábil manejo de la prosa castellana. Por último, lo propio Moratin que

Meléndez vivieron ya dias oscuros y perturbados, y en ellos la fortuna los visitó, á las veces, con efímeros favores, no sin cobrar cada favor en largos padecimientos. Sacáronlos de entre sus libros, unos poderosos para ensalzarlos, y otros poderosos para perseguirlos, experimentando alternativamente, ya el gárrulo aplauso, ya el fácil aborrecimiento de la muchedumbre. La casualidad les colocó cerca del poder público, sin disfrutar ni apetecer sus insanos placeres, y compartieron, no obstante, las terribles y ciegas responsabilidades que con frecuencia impone. Fué, en suma, la mayor desdicha de ambos alcanzar una época en que la luz de la conciencia no bastaba á distinguir el bien del mal; época en que sólo llevaban la voz las pasiones, miéntras ellos obedecian á los preceptos de la razon únicamente. Vióseles, por eso, en la invasion injusta y la sangrienta guerra extranjera, seguir la parte que prudentemente pensando debia obtener el triunfo, y fué á la larga vencida; vióseles detestar la iniquidad de los invasores, y creer con todo en el buen éxito de aquella iniquidad avasalladora; vióseles amar, como todos los hombres de bien, la independencia nacional, y temblar ante el tumulto, la irregularidad y la violencia de los medios, con que habia que sacarla adelante. Débiles sí, pero inocentes desertores del ódio de la patria; burlados en sus maduros juicios y en sus honradas y pacíficas intenciones; vencidos por sus hermanos, perseguidos y anatematizados por sus propios admiradores; ignominiosamente echados, al fin, del nativo suelo, que idolatraban, ambos, por último, acabaron sus dias en suelo extraño.

Y al ménos hallaron los dos allí sepultura honrosa y epitafios elocuentes, que anunciasen ó recordasen á los pasajeros sus nombres y glorias literarias, así como el

comun infortunio en que éstas pararon. Pero trascurrió el tiempo, y en horas malhadadas fueron traidas unas tras otras sus cenizas á la córte de España, donde hoy por igual están olvidadas; ofreciendo inútil prueba, por lo frecuente, de la imprevision y negligencia con que se comienzan y prosiguen las *cosas de España*. Más fácil, á la verdad, es consentir que al cabo huellen nuestros descendientes el polvo de todos los grandes hombres españoles, poco á poco reunidos en Madrid con grande estrépito, que no guardarlos, como bien ó mal hacian nuestros padres, ménos generosos tan sólo en ofrecer apoteósis y monumentos. Si alguna vez (cual deseo más que espero) se trata de remediar esa falta, séame lícito pedir desde ahora que Meléndez Valdés y Moratin no queden para los últimos, porque, tales como ellos fueron, constituyen verdaderas glorias nacionales; y bien que el período literario que personifican se preste á censuras y aplausos, nunca deben escatimarles su respeto los que todavía no es seguro que hayan creado otro mejor. — He dicho.

Antonio Cánovas del Castillo.

NOTAS.

[1] Archivo de Simáncas, E., 2516-52. *Controversias* se llamaban entónces especialmente aquellas materias teológicas y morales que daban lugar á dudas graves. Véase *Controversista* en el Diccionario de Autoridades.

[2] La lista del número de cátedras de estudios reales que en 1675 mandó fundar y dotar el rey Felipe IV en el Colegio Imperial de Madrid, prueba que su gobierno no olvidaba las ciencias; pero no encontró ya quien las enseñase de véras en España, y fué aquél un ensayo frustrado.

[3] *Vida, ascendencia, etc., del Dr. D. Diego de Torres Villarroel*, escrita por él mismo.—Cuarto trozo.

[4] De esta opinion, que atribuia ya una especie de *gongorismo* á nuestros escritores latinos de Roma, fué el autor de un libro escrito hácia 1665, y bastante imparcial, que se publicó en París en 1670, intitulado *Mémoires curieux envoyez de Madrid*, el cual se cita en el texto. Más conocidas son aún las indicaciones de Tiraboschi acerca de Séneca el Retórico, que dieron lugar á tan viva réplica por parte del Abate Lampillas. Véase el lib. I, cap. III, con las notas, de la segunda edicion de la *Storia della Letteratura italiana*, de Tiraboschi.

[5] Sobre las ideas literarias de Feijóo me ha hecho fijar la atencion últimamente el libro de D. Gumersindo Laverde, intitulado *Ensayos críticos*. Lugo, 1868.—Páginas 435 y siguientes.

[6] *Oracion eclesiástica funeral en las solemnes exequias del príncipe de la poesía española, Frey Lope de Vega Carpio.*—Madrid, 1635.

[7] *Obras póstumas de D. Leandro F. de Moratin*, publicadas de órden de S. M. Madrid, 1867.—Tomos I y II.

[8] Moratin conocia, seguramente, las obras trágicas de Alfieri y de Monti, como se ve en su *Viaje á Italia*, y juzgó, no sin acierto, al primero; pero sin manifestar tocante á ellos ningun entusiasmo, segun se dice en el texto.

[9] *Discurso sobre el influjo que ha tenido la crítica moderna en la decadencia del teatro antiguo español, y sobre el modo con que debe ser considerado para juzgar convenientemente de su mérito peculiar.* Madrid, 1828.—Páginas 3-56 y otras.

[10] *Del estado presente de la literatura en España*, etc., por D. Manuel Sanz de Casafondo. Tomo XXVIII del *Semanario erudito*.

[11] Decia Moratin esto para explicar el éxito de las tragedias de Shakespeare y de las comedias de nuestro teatro antiguo, así como su superioridad sobre las obras correctas, pero sin ingenio, que solian representarse en su tiempo.

[12] Contradice esto, respecto á nuestro poeta, la opinion de su biógrafo Silvela; pero, miéntras más reflexiono en ello, y con sus obras delante, más me persuado de que la inventiva de Moratin era escasa.

[13] *Mémoires curieux*, etc.; libro ya anteriormente citado. Lo mismo este libro que los de los demas viajeros del siglo XVII, contienen muchos datos para la historia de las letras y de las costumbres españolas en aquel tiempo. Alúdese más de una vez en el texto á otro de tales libros, intitulado: *Voyage d'Espagne*, etc., *avec une Relation de l'estat et gouvernement de cette Monarchie, et une relation particulière de Madrid;* Colonia, 1666. Al año siguiente se publicó de nuevo el viaje

que forma la primera parte del tomo dicho, en la misma ciudad de Colonia, ya con el nombre del autor Van Arsens de Sommerdyck, si no mienten mis noticias, aunque no he visto más edicion que la anónima. Este viaje de Sommerdyck y sus compañeros, que tuvo lugar en 1655, es el más interesante y el más imparcial de todos los de su clase. Los capítulos IX, XX y XXI encierran noticias muy curiosas, y de cuya exactitud no hay el menor motivo para dudar, respecto á los galanteos de Madrid en aquella época. Lo poco conocida que es tal obra me mueve á copiar aquí algunos de sus párrafos.

Dice Sommerdyck, tratando del gran número de cortesanas de Madrid, cap. IX, pág. 51, de la edicion de Colonia, 1666.

« Il n'y a ville au monde, où l'on envoye plus à toutes les heures du jour, les rües et les promenades en sont pleines, elles vont avec des voiles noirs, et les replient sur le visage, ne se laissant qu'un œil découvert. Elles parlent au monde hardiment, et on les trouve autant impudentes que difsolües. En Italie elles ne le sont pas tant, car elles ne vont pas chercher le monde comme icy. Mais si la corruption est universelle, les maux qu'elles causent sont presque infaillibles. *Cependant ces pecheresses se sont enteriement acquises toute la liberté de Madrid, car les grandes Dames et les femmes de bien, ne sortent presque point, et ne vont ny à la promenade ny au Cours ; la plûpart d'elles, ont la Messe au logis, et hors quelques visites qu'elles se rendent, elles ne se voyent point en public, et quand elles y vont, c'est presque toûjours en siege.* »

En el cap. XIII, pág. 83, describe el mismo autor, como testigo de vista, una fiesta que se celebraba por entónces el 1.° de Mayo, en las afueras de la puerta de Toledo, con las siguientes palabras:

« La galanterie de cette feste consiste principalement en l'ajustement des femmes, qui s'étudient d'y paroistre avec éclat: aussi mettent elles leurs plus beaux habits, et n'oublient ny leur vermillion, ny leur ceruse, dont alors elles empruntent tous les traits. Ou les voit en diverses façons dans les carrosses de leurs amants, les unes ne s'y monstrent qu'a demy, et y sont ou à moitié ou à rideaux tirez, ou s'y monstrent à découvert, et font parade de leurs habits, et de leurs beautez, celles qui ont des Galans qui ne peuvent ou ne veulent pas leur donner des carrosses, se tiennent sur les avenües du Cours et bordent les rües ou les les chemins qui y menent, on ne parle point à elles, aux autres on peut dire tout ce que l'on veut de doux, de hardy, et de libre, sans qu'elles s'en offencent. C'est icy une partie de leur liberté, ou libertinage de demander indifferament á ceux qu'il leur plaist, qu'ils leur payent des limons, des oublies, des pastilles de bouche, ou autres friandises que l'on porte par le Cours. Elles l'envoyent dire par celles qui les vendent, et c'est une incivilité de ne leur pas dire qu'elles leur

en portent, et qu'on les payera, et aprês il en couste souvent pour cinq sols de marchandise, plus d'un écu. On voit de plus en cette feste quantité de beaux chevaux, qui font parade de leurs selles, et des rubans, dont ce jour là on leur a paré le dos et le crin, ceux qui les montent sont ou les Galans des Dames à qui ils ont presté leurs carrosses, ou personnes qui viennent á cheval joüir des Cours, n'ayant point de carrosse. Après qu'on a fait divers tours, et qu'on à parcouru toutes les files des carrosses comme la nuit vient, on commence à s'arrester et à manger dans les carrosses qui pour la plûpart portent de la provision. Ce n'est pas seulement dans cette Feste qu'on le pratique, presque tous les jours et surtout les Dimanches, ou ne voit que collations et goutez, qu'ils nomment *Meriendas*, au lieu oû l'on se promene, tant les Espagnols se plaisent de festiner à la campagne, quand ce ne seroit que d'un oignon, d'une salade, d'un jambon, ou de quelques œufs durs, car ils font par tout tres mauvaise chère. On y voit aussi quelques femmes d'honneur qui y viennent avec leurs maris, ou quelques Galantes qui y viennent avec leurs Galans, mais estant ainsi sous leurs yeux, elles s'y comportent si modestement, qu'apeine ozent elles regarder le monde, et rendre le salut.»

Madame d'Aunoy pinta esta propia fiesta del 1.° de Mayo en su carta de 29 de tal mes de 1679, que es la primera del tomo III de la *Relation du Voyage d'Espagne* (La Haya, 1692), en los términos siguientes, por lo general conformes con la relacion antecedente:

« Pour vous parler d'autre chose que des Maisons du Roi, je vous dirai, ma chere Cousine, que le premier jour de Mai l'on fait le cours hors la porte de Tolede. Cela se nomme *el Sotillo*, et personne ne se dispense d'y aller. J'y ai donc esté, bien plus pour y voir que pour y estre veüe, quoique mes habits á la Françoise me rendent assez remarquable, et m'attirent bien des regards. Les Femmes de grande qualité ne se vont promener en toute leur vie que la premier année de leur mariage, j'entens aux promenades publiques; et encore c'est teste á teste avec leurs epoux, la Dame au fond, mari au devant, les rideaux tout ouverts, et elle fort parée. Mais c'est une forte chose à voir que ces deux figures droites comme des cierges, qui se regardent sans se dire en une heure un seul mot. Il y a de certains jours destinez à la promenade; tout Madrid y va, le Roi s'y trouve rarement: mais excepté sa Majesté, et un petit nombre de gens que font leur Cour, tout le reste du monde n'y manque jamais. Ce qui incommode fort se sont ces longs traits qui tiennent un si grand espace de païs, que tous les chevaux s'y embarassent. Il y a beaucoup de Dames qui ne sont pas de celles du premier rang, qui vont á ces promenades leurs rideaux tout fermez. Elles ne voyent que par des petites vîtres qui sont attachées aux mantelets

du carrosse. Et le soir il y vint aussi des grandes Dames *incognito*. Elles se font même un plaisir d'aller au Prado á pied, quand la nuit est venüe. Elles mettent des mantilles blanches sur leur teste: ce sont des especes de capes d'une etoffe de laine, qui les couvrent. Elles les brodent de soye noire. Il n'y a que les femmes du commun *et celles qui cherchent des avantures* qui en portent; mais *quelquefois*, comme je vous le dis, *il y a des Dames de la Cour qui vont en cet équipage*. Les Cavaliers de leur côté mettent pied á terre, et leur disent mots nouveaux: mais à bien attaqué, bien défendu.»

Madame d'Aunoy afirma, como se ve, que aunque las señoras principales no tomaban parte en la galantería general de la época, haciendo por lo comun vida retiradísima y virtuosa, se daban casos de algunas que, disfrazadas, y burlando indudablemente la vigilancia de sus padres, hermanos ó maridos, corrian tambien aventuras en el Prado. De las palabras mismas de la autora se deduce que era aquélla una excepcion facilísima de concebir y de explicar, y que nada prueba contra la regla general que asiento en el texto de mi discurso. Bien podia ser tambien (y de esto abundan los indicios en toda la literatura contemporánea) que muchas de las tapadas cortesanas se fingiesen señoras principales para engañar con más fruto á los galanes, sobre todo si eran ellos extranjeros. Ni es difícil que los extranjeros mismos, como el Conde de Berka, citado por Mme. de Annoy, se vanagloriáran de recibir visitas de duquesas disfrazadas, cada vez que se averiguase que habian tenido de secreto en casa alguna dama con manto. Lo cierto es, de todos modos, que si en toda regla cabe excepcion, en la materia de que tratamos son mucho más frecuentes que en otras materias las excepciones, por lo cual no trato de negarlas. Bástame probar de una parte, con el texto de Sommerdyck y el mismo de Mme. d'Aunoy, «que en Madrid habia entónces millares de tapadas de aventura, venidas de todas las provincias de la vastísima monarquía española, las cuales eran públicamente obsequiadas por los principales caballeros y tratadas como verdaderas damas; y de otra, que las señoras de calidad y honor hacian una vida de todo punto diferente. La sociedad pintada por nuestros dramáticos, fué, sin duda alguna, la de las primeras; que, si alguna verdadera dama, por excepcion, se mezclaba con ellas, no altera eso seguramente la verdad de tal aserto.

Terminaré esta larga nota copiando párrafos de otra obra, semejante á las ya citadas, y de la misma época, porque en algunos puntos completa los cuadros de costumbres que quedan ya dibujados. Esta obra se intitula *Relation de l'estat d'Espagne*, y se publicó en Colonia, juntamente con el *Viaje de Sommerdyck*. Habla así de Madrid su autor anónimo:

« Ce n'est pas estre homme que de ne pas accoster une femme que l'on rencontre, soit dans l'Église, soit dans la rüe, pourveû qu'elle n'ait point d'homme avec elle, car en ce cas là, cela est contre l'ordre et il y a du danger; outre qu'une femme en cette occasion ne regarde pas les gens, et c'est pour cela que ce sont les querelles, et dés que le jour arrive, on ne va point, ni à Madrid, ni ailleurs sans cotte de maille, et sans broquel, qui est une Rondache; pour les femmes, elles ne sortent point qu'emmentelées d'une mante noire, comme le duëil des Dames de France, et elles ne se découvrent qu'un œil, et vont cherchant et agaçant les hommes avec tant d'effronterie, qu'elles tiennent à affront quand ou ne veut pas aller plus loing que la conversation..... Autour *d'un estang qui es derriere* la Casa del Campo, *aussi bien qu'à* la calle Mayor, *où l'on se promene en Automne, et en Hyver, on trouve tous les hommes, mais guere des honnestes femmes, ni de Dames de qualité, encore que l'on y voye une infinité de carosses de femmes; car les femmes de qualité ne sortent guere, que pour se visiter les unes les autres, et alors elles sortent en chaises avec un escuyer à cheval, et elles ne vont gueres entendre la Messe aux Eglises, ayant des chapelles dans leurs maisons.* (Páginas 53 y 59 de la *Relacion* referida.)

Como se ve, conservo, por mayor exactitud, en todos los trozos copiados la antigua ortografía francesa, y hasta algunas que me parecen erratas de imprenta. Nada de esto daña á la inteligencia de los textos, por fortuna; y si dejo de copiar otros muchos, igualmente interesantes, es por no alargar demasiado mis *Notas*.

[14] Me contentaré con citar aquí, porque basta, el caso que contiene el tom. XXII, páginas 39 y siguientes, del *Semanario erudito*.

[15] *Opúsculos gramático-satíricos*, tomo I, prólogo. Obra impresa, como es sabido, en Lóndres.

LA VERDAD DIVINA

DA EMINENTE ESPLENDOR A LA PALABRA HUMANA.

DISCURSO

DE

DON CAYETANO FERNANDEZ,

PRESBÍTERO (1).

Señores: Con razon se ha dicho que estas solemnidades son solemnidades de muerte. Por grandes que fueren sus merecimientos, no os es dado, no, levantar á persona alguna á la honra de ocupar una de estas envidiadas sillas, sin que ántes hayais tenido que acompañar al sepulcro un cadáver querido. Ved por qué, en semejantes casos, la presencia del que viene despierta al punto el recuerdo del que desapareció; y en seguida, y como para hallar consuelo, pasamos naturalmente á la comparacion entre lo que se ha perdido y lo que viene á reparar la dolorosa pérdida: comparacion, Señores, que está pesando ahora sobre mí como una montaña de plomo. Porque, ¿quién era el Excmo. Sr. D. Ventura de la Vega, á quien llorais aún, y quién soy yo, que tengo la fortuna de suce-

(1) Leido en Junta pública, al tomar posesion de su plaza de Académico de número, el dia 16 de Abril de 1871.

derle? Él, escritor gallardo, floridísimo ingenio, fecundo en la inspiracion y clásico en las formas entre los más brillantes de nuestro tiempo. Yo..... coplero humilde, gracias si tengo ingenio para recordar el suyo con entusiasmo. Él, uno de los hombres más aplaudidos, más amados, más requeridos del mundo y de vuestra sociedad, que arrojaba sobre su cabeza coronas á millares. Yo..... si soy conocido, si se me nombra en algun paraje, no es ciertamente donde los aplausos atruenan, y regocijan los vítores; mas allí (1) donde el silencio es la alabanza, el sufrimiento es la gloria, y donde las coronas no deslumbran á nadie, porque son coronas de espinas. Él supo conquistarse puesto luminoso en lo porvenir, y su nombre durará lo que *El Hombre de mundo*, *La Muerte de César*, y muchas de sus poesías líricas, obras destinadas á la inmortalidad. Yo..... nada tengo hoy que legar á lo futuro, y mucho desconfio de tenerlo mañana, á pesar de mis tenaces esfuerzos, recordando con oportunidad este donaire de un crítico:

Que, si eres piedra en lo duro,
Aunque te lances con bríos,
No dejarás en los aires
Ni señal de tu camino.

Luego son dos, si no me engaño, las cosas que hay que deplorar aquí: la ausencia del que no tornará, y la presencia mia..... ¡Ah, Señores Académicos! no soy responsable de ninguna de ellas. La primera la ha hecho Dios; la segunda la habeis hecho vosotros. ¿Seré yo quien deba contradecir y oponerme á vuestra obra? El heroísmo no

---

(1) Se alude á la vida religiosa.

es, por lo comun, un deber que se impone á nadie. Y, si es verdad que las honras no merecidas gravan y hasta remuerden en lo interior al que las detenta, yo he querido más bien sufrir este secreto martirio, que demostrar que el fallo de la Academia no era justo, ó que se habia engañado tristemente en mi eleccion. Pero ¿qué digo, Señores? No: la Academia no se engaña, la Academia no se equivoca, ni de ligero partir pudo nunca en negocio de este tamaño. Es que ella ha visto en mí una cosa, ha considerado en mí una circunstancia, que me enaltece, que me sublima, que me transfigura á sus ojos, porque la guarda en sus recuerdos, porque la conserva entre sus glorias, y áun me atrevo á decir que la echábais de ménos entre vosotros: es, Señores, este traje; este traje que visto, que con tanta honra llevaron Calderon, y Lope, y Herrera, y Rioja, y Rodrigo Caro, y Lista, y Bálmes, y Nicasio Gallego, y tantos y tantos otros, que sería en extremo difícil enumerar, que en todos tiempos han sido gloria de las letras españolas. Y ante esta circunstancia, os habeis revestido de benignidad tan discreta, de indulgencia tan justificada para con mi insignificante persona, que os han hecho, en concepto de muchos, hasta dignos de aplauso en mi llamamiento. ¡Oh! no diréis que no he adivinado perfectamente vuestros designios. Permitidme, pues, que os dé las gracias, Señores Académicos; y os las doy de todo mi corazon, y con la sinceridad propia de unos labios consagrados por la divina palabra.

Y esta actitud humilde, en que me presento hoy á vosotros, no es, no, por manera alguna, artificiosa. Hombre soy, y como, de lo que es propio del hombre, nada está léjos de mí, suponer debeis que me cuesta gran trabajo y mucha pena publicar cuán poco soy entre los que valen

tanto, y confesar que debo puramente á la indulgencia lo que otros tienen por galardon de la justicia. Verdad, que raro fuera hallar discurso de este género en el que protestas análogas, y áun más calificadas, no hayan tenido su lugar muy preferente; pero de esta pena ¡se han desquitado tan bien sus autores con unos discursos tan llenos de sabiduría, tan subidos de interes, tan ricos de belleza!..... Han mostrado así que tenian excelente corazon y privilegiado entendimiento. Yo, Señores, no puedo alcanzar ni este consuelo; porque (dígolo así como lo conozco y lo siento) si lo que voy á leer en este acto solemnísimo merece, por dicha, la aprobacion de todos y la complacencia de muchos, es á la materia, no al artífice; á la doctrina, no al maestro, á quien hay que atribuirlo en puridad. Porque ¿quién, que sea católico, y español por añadidura, permanecerá extraño, indiferente, al ver á la poesía cristiana, desdeñada un tiempo, escarnecida otro, salir triunfante de las censuras y de los desprecios, resistir las comparaciones más arriesgadas, y ostentarse por cima de todas las literaturas, en la cumbre del humano ingenio, única poseedora de la verdad, depositaria fiel de lo bueno y manantial inagotable de lo bello; pensando divinamente, sintiendo divinamente y hablando como ha hablado tantas veces la misma Divinidad? Pues hé aquí, Señores, mi asunto, que, á fin de que abarcarse pueda de una sola ojeada, condensaré en esta breve síntesis, muy en armonía con el lema y objeto de nuestra Academia: *La verdad divina da eminente esplendor á la palabra humana.* Y ahora, Señores Académicos, dejadme proceder con la ilusion de que lo simpático del asunto no os permitirá fijaros en lo incorrecto y desabrido de las formas.

Lo que se ha escrito hasta ahora, comparando la poesía cristiana con la no cristiana, dista, en mi juicio, de ser completo y en manera alguna satisfactorio. Hanse dicho, por lo comun, generalidades y pronunciado aseveraciones absolutas, que tan peligrosas son en lo que es de suyo variado y muy complejo. Y ésta es, sin duda, la causa de que en todo lo que sobre la materia he logrado haber á las manos y leído con avidez, me ha parecido encontrar error unas veces, confusion otras, y siempre exageraciones, que hacen tambien daño grande á la verdad. Para Boileau la poesía cristiana es imposible (1); para Chateaubriand es sólo tan bella como la mejor (2), y para el abate Gaume debe anatematizarse cualquiera otra (3). Yo, Señores, en presencia de tal desconcierto de pareceres, que respectivamente conceden nada, algo y más que todo en la cuestion, tengo necesidad de abrirme paso, fijando ideas, definiendo voces, sentando principios, á favor de los cuales sea luégo fácil confutar la primera, corregir la segunda y poner justos límites á la tercera de aquellas opiniones.

Dos palabras, pues, sobre lo que entiendo por belleza, arte, inspiracion, ingenio, y para bien declarar estos dos términos, que han de contraponerse á menudo en todo el curso de mi trabajo: *poesía cristiana*, *poesía pagana*.

Dios, que es la infinita hermosura, pero que es tambien la infinita bondad, permite que la luz de su rostro, soberanamente bello, reverbere en las inteligencias, en nuestro corazon y hasta en el mundo físico; es decir, en

---

(1) *Art. Poét.*
(2) *Gén. du Christ.*
(3) *Ver. Rongeur.*

el cielo, en la tierra y en el hombre, que es todo lo que Dios ha hecho. Por eso á estas cosas Él mismo llamó bellas desde el principio, como espejos que son de su increada belleza. *Vidit Deus cuncta quæ fecerat, et erant valdè bona* (1). De aquí la tan sabida division, que hacen algunos autores (2), en belleza intelectual, belleza moral y belleza física, segun que el encanto estético resulta de la conformidad de las ideas con la verdad, ó de la conformidad de lo que es con lo que debe ser, ó del espectáculo magnífico de la naturaleza. (Nota I.)

Ahora bien; cuando un sér, por privilegio raro, descubre con singular luz esas bellezas, tiene, digámoslo así, intuicion de alguna ó de todas ellas en medida superior, extraordinaria, muy por cima de como la alcanza el comun de los mortales, y se extasía al contemplarlas, dilatando inmensamente las propias facultades, exaltadas con la celestial vision; y al punto, como quien ansía libertarse de un gran peso, busca en alguna manera de expresion el desahogo de tan divino entusiasmo; esto, esto es lo que constituye el alma del poeta; esto es el *ingenium..... mens divinior..... acer spiritus ac vis* (3).

Proceder luégo á sacar del variado y rico cuadro de la creacion tipos, símiles, imágenes, colores; y del lenguaje galas, cadencias y armonías, haciendo ver y sentir y admirar á otros, con tan eficaces medios, todo lo que el genio ha visto, sentido y admirado con anterioridad; esto, esto es lo que constituye propiamente la forma, que es tambien una belleza, pero belleza creada, la belleza artística, el arte:

---

(1) *Gen.*, I., 31.
(2) Lista, *Ensay. Liter.*, I.
(3) Horat., *Sat.* I, IV.

Descriptas servare vices operumque colores

. . . . . .

Post effert animi motus interprete linguâ (1).

Finalmente, aquellas bellezas típicas, reflejos de Dios, que es la belleza esencial, y esta otra especie de belleza creada que realiza el hombre, la belleza artística, ¿han de ir siempre, por naturaleza, unidas, ó es, cuando ménos, posible su divorcio, dándolo todo á la idea, como quieren unos; dándolo todo á la forma como quieren otros? Yo sostengo, Señores, que Dios abomina hondamente esta separacion. Porque Dios ha ordenado todo lo que es bello en el mundo para expresion y humano ornamento de la verdad, inefablemente bella. *Pulchrum splendor veri.* Y hasta su mismo Verbo, con sus infinitas magnificencias, es, dice San Pablo, *splendor gloriæ et figura substantiæ ejus;* el esplendor de su gloria y la expresion de su infinita esencia. Dadme, pues, el órden, dadme el mundo como Dios lo quiere, como Dios lo hizo, ó como el cristianismo lo regenera, y yo os presentaré siempre al artista universal, que es el poeta, cumpliendo sin alteracion los fines de su altísimo encargo, revelando todas las fuerzas de la inteligencia y todo el calor del sentimiento; animando la religion, las ideas, las pasiones, los sucesos, la naturaleza, la sociedad; encantándolo todo, sublimándolo todo con el destello de la hermosura ideal, que arrebatado contempla; ó, para decirlo con más exactitud, dando terrestre esplendor á la belleza típica, por medio del arte, en beneficio de los que no la alcanzan, como prisma que convierte en humanos colores los divinos rayos del sol que le ilumina. Y en este caso, Señores, sus

(1) Horat., *Epist. ad Pisones.*

obras, las obras del poeta, serían siempre la poesía cristiana.

El mal, empero, cosa que Dios no ha hecho, inundó bien pronto la tierra; y sus negros vapores, como en humareda densísima, han nublado la verdad en los entendimientos y llevado la peste al corazon; y si no logra afear y ennegrecer cuanto hay hermoso y sublime en la obra divina, esfuérzase en cautivar de ella todo lo que puede, haciéndolo servir, cuando ménos, á la vanidad. Y hé aquí cómo ha habido y hay poetas que cantan lo que creen, pero creen y cantan el error; que cantan lo que sienten, pero sienten y cantan el vicio; que cantan la naturaleza, pero, olvidando al divino Autor, no llevan sus encantos al sapientísimo fin que Aquél les puso. *Decipimur specie recti*, decia Horacio, confesando harto posible el desacuerdo entre la belleza esencial y el arte. Y no se nos arguya con que esos cantores no son verdaderos poetas, y sus cantos no son verdadera poesía. ¡Oh! quien tal creyere, sepa que borra de un solo rasgo los nombres más esclarecidos de los anales literarios, obligándose á arrojar al fuego sus más amados volúmenes. Pero no: el mundo entero aplaude á los unos y guardará eternamente los otros; porque, al cabo, no fué poderoso el mal, en la primera ruina, lo bastante á cegar los ojos del humano ingenio respecto de todo linaje de esencial belleza; y el arte, ademas, la belleza artística, ha hecho en manos del hombre prodigios, que honrarán por siempre á nuestra naturaleza. Llamémoslos, pues, poetas, y á sus obras llamémoslas tambien poesía; pero, mirando al rigor de los principios, no olvidando la esencia de las cosas, para darles el nombre que les cuadra, ¿llamarémos á esta última..... poesía espuria?..... ¿poesía bastar-

da? no; poesía pagana: así, de este modo la distinguirémos, con cierta propiedad, en adelante.

Ya con estos precedentes, que son, dicho sea de paso, mi profesion de fe literaria; sabiendo en qué y por qué y de cuántos modos puede ser bella una ú otra poesía, nos es dado fijar en concreto nuestras aserciones, abandonando, por decirlo así, algun terreno dudoso para quedar en posicion inexpugnable; concediendo lo que pudiera ser discutible, para defender mejor lo que nadie debe disputarnos. Ya no puede intimidarnos, en nuestra comparativa tarea, el recuerdo inevitable de tantos y tantos autores de la gentilidad antigua y de la impiedad moderna, cuyo solo nombre lleva consigo grande y ruidosa celebridad. Nosotros desde ahora decimos: Enhorabuena; el ingenio es dón puramente natural, que Dios otorga sin distincion á los hombres, como hace nacer el sol para alumbrar á justos é injustos. Ni nos espanta, por cierto, el largo índice de las bellas obras del paganismo, con toda su regularidad, con toda su perfeccion, con todo su atildamiento. Norabuena, decimos tambien: ya sabemos lo que hacer pueden por medio del arte, el genio, el entusiasmo y el estudio; no negamos al paganismo lo que en justicia le corresponde: la belleza artística. Y en vano se opondrán textos, y se registrarán pasajes, en los que la misma naturaleza se reconoce vencida, sobrepujada, idealizada, en descripciones soberbias, en cuadros magníficos, que, sin tener nada cristiano, no obstante pasan por bellos de una en otra generacion: hemos confesado que la belleza sensible, como el ingenio, como el arte, como todo lo puramente natural, es, ha sido y tendrá que ser accesible al hombre de todos los tiempos y de todas las creencias.

Tres grandes cosas quedarán siempre — y estamos ya en nuestro terreno firme — en las cuales la poesía cristiana es superior á todas y única: que posee exclusivamente la belleza intelectual; que ostenta en grado altísimo la belleza moral, y que hace el uso providencial de la belleza física; miéntras que la poesía pagana desconoce por completo la primera belleza, ofende casi siempre á la segunda, y emplea vana ó torpemente la tercera.

Hacer ver ahora, Señores Académicos, la superioridad de la poesía cristiana bajo los tres indicados conceptos de la belleza intelectual, moral y física, sería mi gusto, y, en todo rigor, la única manera de obtener en el asunto demostracion cumplida. Conozco, empero, que el vastísimo plan alarma desde luégo, y con razon, á vuestra paciencia, que, de cierto, no viene preparada á oir la lectura de un libro, sino un pobre discurso de regulares proporciones. Por lo que, dejando para el libro, que en silencio aguardará su hora, los dos aspectos últimos de mi indicacion, he de concretarme aquí al primero, al de la belleza intelectual, más arduo por lo que tiene de absoluto, más importante por lo que de trascendental encierra. Así y todo, como que la belleza no es más que una, y despues de todas nuestras definiciones y subdivisiones, ella es la verdad, y verdad divina, la cual tiene poder omnímodo de levantar el arte, ó sea la palabra del hombre, hasta lo sumo, el término de nuestro trabajo será siempre justificacion de lo que asentado hemos desde el principio: que la verdad divina da eminente esplendor á la palabra humana.

Dios, Señores, es el primer poeta, y su primer cántico es el Verbo, por quien todo ha sido hecho. Paréceme no es posible colocar en mayores honras la alcurnia de los

ingenios. Mas ni es preciso ir tan alto á buscar el apoyo de nuestro razonamiento. Abramos la Biblia, que es el segundo poema de Dios, como que es el verbo del Verbo, y, por lo mismo, *plenum gratiæ et veritatis*, tambien lleno de belleza y de bondad. Abramos la Biblia, que es el gran libro cristiano; interroguémosle por el Dios que canta nuestra poesía, y responderá sencillamente: *Él es el que es.* Y no pregunteis más. Con esta sola frase, el más grande de los historiadores y el más sublime de los poetas, Moisés, nos ha dado la solucion de todos los problemas que agitan al espíritu humano: lo infinito, lo finito, y las relaciones de lo infinito con lo finito. Ya no tenemos que entrar en averiguaciones sobre la antigüedad de ese Dios: *Él es*, y esto es su tiempo, la eternidad; ni respecto de su morada: *Él es en sí*, y esto es su espacio, la inmensidad; ni en lo que toca á su movimiento: *Él es*, y esto es su historia, la inmutabilidad. Todo lo que no es *Él*, lo infinito, ya sabemos que es lo finito, que vive un instante, que habita un punto, que se apaga con un soplo. ¡Qué grande, qué excelsa es la gloria del Dios de la poesía cristiana! Gloria llena de misterio y de infinito; y el misterio y lo infinito es, en algun modo, á la belleza intelectual lo que el tipo ideal es á la belleza física. Gloria, en fin, que permite á ese Dios usar para con los hombres de un lenguaje en todo extremo magnífico y conmovedor. Por eso pudo, aludiendo á su eternidad, decir á Job, en el libro más poético que han leído ojos humanos:

4. Dime, ¿dónde estabas cuando yo echaba los cimientos de la tierra? Dímelo, ya que tanto sabes.

5. ¿Sabes tú quién tiró sus medidas? ó ¿quién extendió sobre ella la primera cuerda?

6. ¿Qué apoyo, di, tienen sus basas? ó ¿quién asentó su piedra angular,

7. Cuando me alababan los nacientes astros y prorrumpian en voces de júbilo todos los ángeles ó hijos de Dios? (1).

Él es inmenso tambien, y la idea de la inmensidad de Dios pesa sobre David como el Océano. Encuéntralo en todas partes: en el cielo, en el mar, en los abismos. Oid, oid al rey de los líricos, que rodeado de esos manantiales de altísima poesía, y estremeciéndose en sus manos el arpa divina, arrebata nuestro espíritu, hiere profundamente la imaginacion, al traducirnos el asombro que esa inmensidad le causa, valiéndose de la misma inmensidad de la naturaleza.

7. ¿Adónde iré yo, que me aleje de tu espíritu? Y ¿adónde huiré, que me aparte de tu presencia?

8. Si subo al cielo, allí estás tú; si bajo al abismo, allí te encuentro.

9. Si, al rayar el alba, me pusiere alas, y fuere á posar en el último extremo del mar,

10. Allá igualmente me conducirá tu mano, y me hallaré bajo el poder de tu diestra (2).

Pero el Dios de la poesía cristiana es inmutable ademas; es decir, que, miéntras aquí abajo todo se desliza y pasa, y el hombre, y sus obras, y la naturaleza entera, no son más que nacimiento, sucesion, desmayo y muerte, Dios, en medio de este flujo y reflujo eterno de las cosas, ofrece á nuestra alma el espectáculo sublime de un reposo inalterable, mas sin oposicion á su infinita actividad. ¡Un sér permaneciendo inmóvil á vista del universo, que sin cesar se desmorona y renace; sér inmortal, entre infinitas sombras, que huyen y desaparecen!..... ¡Oh, esto es, á no dudarlo, el ideal de la poesía! Por lo

(1) Cap. XXXVIII.
(2) Psalm. CXXXVIII.

que, al venir á la expresion humana, á los labios del hombre, no ha podido ménos de producir una belleza de tan alto timbre, que no tendrá acaso semejante. Oidla en este pasaje del mismo rey poeta:

26. ..... *opera manuum tuarum sunt cœli.*
27. *Ipsi peribunt, tu autem permanes: et omnes sicut vestimentum veterascent. Et sicut opertorium mutabis eos, et mutabuntur:*
28. *Tu autem idem ipse es, et anni tui non deficient* (1).

Los cielos, dice, perecerán; ¡los cielos, Señores! lo más grande y asombroso de cuanto existe; pero tú, añade, eres inmutable: ellos vendrán á gastarse como un vestido; y los mudarás como quien muda una capa, y quedarán mudados. Mas tú eres siempre el mismo: tus años no tendrán fin.

Bellezas de este linaje no se encuentran, ni hallarse pueden, sino en la poesía que recibe su esplendor de la divina verdad. Homero, Virgilio, Horacio, Píndaro y todos los grandes poetas de las edades antiguas, ¿qué belleza intelectual semejante podian ofrecernos, con unos dioses como Pálas, como Júpiter, como Apolo? No busqueis en ellos la eternidad; porque ha habido un momento en que pudo decirse que no eran; y en verdad que el orígen ó aparicion de algunos es más á propósito para excitar la risa que para inspirar conceptos dignos de los inmortales. La inmensidad no les pertenece; y sería por demas comprometido querer sacarlos de sus selvas, de sus rios, de sus bosques, de su Olimpo, donde exclusivamente imperan, como si dijéramos, en su respectivo territorio. Por lo que á inmutabilidad respecta, los dioses de

(1) Psalm. CI.

Grecia y Roma no la quieren; la abominan y protestan contra ella en la historia, harto dramática, de sus aventuras, de sus devaneos y de sus escándalos. Y omitimos, en gracia de la dignidad del hombre, hacer mencion del cocodrilo, del puerro, de la cebolla, y de tantos otros dioses como criaba el Egipto en sus huertos. No hay que extrañar, pues, que la poesía cristiana, llena de filosofía, de elevacion, de verdad, al considerar á Dios en sí mismo, eclipse con su esplendor, su pompa y su belleza á cuanto en lo antiguo se inspiró en otras ideas y en otras creencias falsas, extravagantes, absurdas.

Pero consideremos tambien al gran Jehovah de la Biblia en sus obras *ad extra*, como gráficamente dicen los teólogos; esto es, obrando al exterior, ostensiblemente, en sus relaciones con lo finito. Y limitándonos á aquel divino atributo, que más que ningun otro se presta á producir lo sublime en el arte, oigamos con qué augusta sencillez, con qué fuerza de verdad nos canta la sagrada lira el primer acto de la omnipotencia en la creacion del mundo, que es la gran maravilla de la diestra del Altísimo.

Por de contado, Señores, y es buen preludio anticiparlo aquí, no hubo jamas ocasion ni punto en que tanto hayan delirado los hombres como al imaginar el primitivo orígen de las cosas. Así, cuando se nos dice que un secreto soplo, no se sabe de quién, hizo brotar del mugiente cáos al universo entero, como creia la Fenicia; cuando descubrimos al Brahma de los Indios, su gran potencia creadora, saliendo de las entrañas de un huevo, y formar con las dos mitades el cielo y la tierra; ó al gigante primordial de los Eddas del Norte, cuya sangre vino á ser el Océano, su carne la tierra, sus huesos las

rocas, su cabellera los bosques y las plantas, etc., etc.; cuando vemos ya en las producciones de un gran pueblo, en los *Metamorfóseos* de Ovidio, despues de la soberbia descripcion del original desórden, atribuirse miserablemente la edificacion de la asombrosa fábrica á un sér desconocido, *Quisquis fuit ille deorum;* cuando recorremos, en fin, sin exceptuar una sola, las diversas teogonías de los antiguos poetas, obligados nos vemos, con muy fundado desden, á exclamar á una voz, con cierto sabio de nuestros dias: *¡ Cuentos de niños!;* que así es como en literatura calificamos á lo que no es sino mezcla de lo extravagante, divertido y absurdo. ¡ Tan léjos está de aquellos ingenios la verdad, y, por lo mismo, tan ajena de sus obras la belleza intelectual, primera de las bellezas!

No sucede así con el Dios que cantan los poetas cristianos. Él no necesita más que pronunciar una palabra, y la nada se convierte en mundos, y los mundos se pueblan de seres innumerables. *Fiat lux*, dice, y la luz fué hecha. ¡ Oh, cómo sacia esta belleza al entendimiento, y cómo trasciende su encanto al corazon! Diríase acaso que, para historiar ese momento, en que del seno mismo de las tinieblas brotó la luz, embelleciendo con los colores, de que es madre, á la naturaleza, y sacando otra vez al mundo de la nada, puesto que lo sacaba de la oscuridad, deberia haberse extremado el ingenio y agotado las figuras, las imágenes, los adornos de todo género; que así obran siempre, en ocasiones análogas, los autores paganos, teniendo que suplir con la abundancia del arte el ominoso desierto de sus ideas. Pero Moisés, que tiene la vision clara de la Divinidad; Moisés, que penetra en los arcanos de aquel poder y de aquella sabiduría eterna, que, como jugando, han hecho todas las cosas, *ludens in orbe*

terrarum (1); Moisés no podia emplear más que una palabra para historiar lo que no habia costado más que una palabra: *Fiat lux, et facta est lux.* Y esto señala una diferencia entre los santos libros históricos, cuyo único objeto es enseñar, y los proféticos, cuyo principal fin es el mover. Moisés, que ni como historiador deja de ser un gran poeta, se expresa con una majestad y una sencillez que asombran, porque así es como se enseña. Job y todos los demas profetas han brillado con el lujo y riqueza de las imágenes, porque así es como se mueve. Moisés condensa la historia de la creacion en estas palabras: *In principio creavit Deus cœlum et terram;* miéntras que David, contemplando embebecido la aparicion ordenada y sucesiva de la naturaleza, y ansioso de llevar al Criador bendiciones y alabanzas, nos hace en todo el salmo CIII una pintura tan llena de verdad como rica de pompa y de magnificencia, segun puede traslucirse algo todavía en este trozo de mi desmayada version:

1. ¡ Oh cuán engrandecido
Yo te encuentro, mi Dios, en la creacion!
De gloria y majestad te ves henchido.
2. Cubierto de la luz cual de un vestido,
Los cielos extendiste en pabellon.
3. Poblado has sus alturas
Con aguas, y las nubes
Son el carro en que subes,
Y en alas de los vientos te apresuras.
4. Á tus ángeles haces
Como el viento fugaces;
Y como activo fuego
Á tus ministros, que te sirven luégo.
5. La tierra cimentaste
Sobre su propia basa, tan potente,

(1) *Prov.*, 8, XXXI.

Que no se ha de inclinar eternamente.
6. Cual velo, los abismos
De las aguas cubríanla en redor:
Sobre los montes mismos
Alzaban su oleaje bramador.
7. Y al increparlas Tú, precipitadas,
En fuga se despeñan,
Á la voz de tu trueno amedrentadas.
8. Y van formando montes,
Ó ya valles profundos,
Hasta hundirse en sus senos infecundos.
9. Tu mano las encierra
Con límites que no traspasarán;
Para inundar la tierra
Jamas se tornarán. (Nota II.)

¿No es verdad, Señores, que es un Dios magnífico el que llama á la luz para que le sirva de traje; que extiende los cielos como quien desdobla una tela; que asienta el globo sobre base firmísima; que ahonda el cauce de los mares y los condena á mugir en él eternamente? Sí, Señores; todo esto es sublime, y tanto más sublime, cuanto que todo es sabio: llena el entendimiento y exalta la imaginacion, porque es la viva luz de la verdad, que se deja traducir por el arte, comunicándole sus eternos resplandores.

Vemos la grandeza de Jehovah en la creacion de los seres. Pero ¡cuán sublime no se ostenta, ademas, en el imperio que sobre ellos conserva, ó sea en las relaciones de lo infinito con lo finito! No es, no, como la divinidad pagana, que, al decir de Lista, suponíase dividida entre los grandes señores del Olimpo, como la soberanía en el régimen feudal, limitado su poder á determinadas partes del universo. ¿Qué belleza de órden superior ha de hallarse, por ejemplo, en la *Eneida*, cuando la misma reina de los dioses, Juno, la esposa de Júpiter, tiene que hu-

millarse á Éolo, sin cuyo auxilio no le es dado enfurecer el mar Tirreno para sumergir en él á los Troyanos? Pero el Dios de la Biblia, el Dios de la poesía cristiana, es otra cosa. No hay punto en el universo adonde su imperio no alcance: los seres todos le están sujetos; y como no titubearon en salir de la nada cuando Él los llamó, á esa manera, hasta los más insensibles cumplen siempre su voluntad, sin resistencia. Un ligero soplo suyo es bastante para que el mar Rojo se trague á Faraon con todo su ejército, cuando, fulminando la espada, perseguia al pueblo santo, en la necia seguridad de hacerle piezas. Lo canta así Moisés (1):

9. *Dixit inimicus: Persequar et comprehendam, dividam spolia, implebitur anima mea: evaginabo gladium meum, interficiet eos manus mea.*
10. *Flavit spiritus tuus, et operuit eos mare: submersi sunt quasi plumbum in aquis vehementibus.*

Y yo me atrevo á romancear en esta forma:

Iré, dijo el contrario en su locura,
Caerá en mis garras el inicuo bando:
Repartiré el botin; y hasta la hartura
Henchido ya, la espada desnudando,
Mi mano le dará muerte segura:
Pero, vos, ¡oh Señor! un soplo dando.....
Tragóselos la mar; se hundieron como
En las revueltas aguas se hunde el plomo.

¿Puede darse una actitud más solemne y majestuosa que la que los sagrados poetas atribuyen á Dios, y eso, que la muestra se ofrece debilitadísima, ya sea en la traduccion latina de la Vulgata, ya sea, con doblada razon, en la mia. Mas surge, Señores, de esto mismo una nueva

(1) *Éxodo*, xv.

excelencia, que Rollin cree comun á todos los cantos bíblicos, pero que hay que reconocer muy especialmente en David; y es que de la oda pagana, siquiera sea de Horacio ó de Píndaro, poco ó nada queda al pasar por el fuego de las traducciones, porque casi todo su encanto estriba en el colorido, en el número, en la cadencia y melodía; miéntras que las de David, áun despues del empobrecimiento y desmayo de la forma, conservan lo que acertaríamos en llamar el nervio, la médula y la vida; esto es, las ideas y la verdad, que pasan sin dificultad á todas las lenguas.

Tarea larga, muy larga, sería por cierto la de ir con la *Biblia* en la mano, recogiendo en abundante cosecha esas purísimas flores de la belleza intelectual, que forman la basa y más preciada riqueza de la poesía cristiana. Pero tambien, al concluirla, si tanto fuese dado á mi indigencia, habria terminado una obra, de que al presente—y es gran lástima—carecemos todavía; un tratado completo de estética sagrada, supuesto que los ensayos hasta ahora hechos no dan siquiera por acometida la gloriosa empresa. (Nota III.) Séame, empero, lícito, ya que no otra cosa, poner fin á estas citas con algunos pocos versos del asombroso salmo XVII. Y lo tocaréis, Señores: David ha visto en este pasaje la idea clara, la verdad de la ira del Dios grande y magnífico contra los enemigos que persiguen á su siervo: quiere bosquejarla con su divino pincel, y no acierta á ello. Su mente conturbada, cogida del pavor, sumida se halla en una especie de vorágine, de la cual pretende salir á la luz, asiéndose acá y allá de las imágenes más terroríficas que hay en la naturaleza; y es vano su intento. El poeta ha visto más de lo que explicarse puede con instrumento humano. Y es ma-

ravilla que con nada lo exprese, al fin, mejor que con la manifestacion de su impotencia; á punto de que esta gran belleza intelectual, de seguro recibe la mayor parte de su esplendor de haber sido realizada por el arte con caractéres apénas inteligibles. ¿Qué diréis, por tanto, de mi atrevimiento, al presentaros su traduccion en verso castellano? Conste, Señores, que es ajena, no propia voluntad la que impera en este presuntuoso rasgo. (Nota iv.) Dice la traduccion:

Pronto la tierra, trémula de espanto,
Cruje, y retiemblan pávidos los montes,
Viendo sus iras.
Torva humareda levantó su enojo:
Fuego el semblante brota; y en sus llamas
Arden carbones.
Baja los cielos: súbito desciende,
Raudo la niebla tenebrosa oprime
Bajo sus plantas.
Sube al querub, y lánzase en la altura;
Rápido en alas de aquilon sañudo
Cruza el espacio.
Puso entre sombras lúgubres su asiento:
Velan su trono, péndulas del aire,
Hórridas aguas.
Ora, á la ardiente luz de sus fulgores,
Huyen las nubes, que al pasar se tornan
Fuego y granizos.
Ora espantada truena la alta cumbre,
Voz del airado Altísimo; y llovian
Ascuas y piedra.
Lanza sus flechas, hiere, los deshace:
Cien y cien rayos mándales; y al punto
Son aterrados.
Muestran las aguas su secreto orígen,
Y hasta el cimiento sólido del mundo
Queda patente,
No más, Señor, que al escuchar tu estruendo,
Y el huracan, que forma la terrible
Voz de tus iras. (Nota v.)

¿Qué os parece, Señores? Mejor dicho: ¿qué es lo que adivinais al traves de estas oscuras notas? ¡Oh! que La Harpe no exageraba, sin duda, cuando, en vista del original, exclama con entusiasmo que hay tanta distancia de este sublime á cualquier otro, como del espíritu de Dios al espíritu del hombre; que aquí se ve la concepcion de lo grande en su principio; que todo lo demas es una sombra, como la inteligencia creada no es más que una débil emanacion de la inteligencia creadora; como la ficcion, cuando es bella, no es tampoco más que una sombra de la verdad.

Pero ¿acaso, dirá alguno, la poesía pagana no tiene tambien bellezas? ¿no hay en Homero, Virgilio, etc., pasajes que son admirados de edad en edad, y tendrán que serlo miéntras haya hombres? ¿Y quién lo duda? Por mi parte, Señores, voy en esta materia tan léjos como puede irse, creyendo que los clásicos griegos y romanos llegaron no ménos que hasta el límite de cuanto es dado al hombre con luz y fuerzas humanas. Y prueba es de ello la tarea que han tenido que tomarse, primeramente Lowth, despues Rollin, Bossuet, Fleury, Chateaubriand, y por último Mr. Plantier (que ha aprovechado todos los trabajos anteriores), para demostrar la superioridad de la poesía bíblica en los pocos lugares en que algunos creyeron ver rivalidad. Lo que yo digo es, que esas bellezas paganas, como inspiradas en el error ó la mentira, no pueden sufrir, ni en calidad, ni en número, comparacion con las que la percepcion clara de la verdad ha producido en la cítara de los sagrados poetas. Y en esto, Señores, cabe la demostracion.

Limitándome, por abreviar, á la idea de Dios, ¿qué tiene que ver el tan ponderado verso, que Virgilio tomó

de Homero, para expresar el poder de una mirada torva de Júpiter:

Annuit et totum nutu tremefecit Olympum,

y que ya tiene su equivalencia en el libro de Job; con el *Respicit terram, et facit eam tremere—Montes sicut cera fluxerunt à facie ejus—Tangit montes et fumigant*, de David, y con otros infinitos pasajes que pudieran añadirse? ¿Qué comparacion cabe entre el cántico de Moisés, y todo cuanto Virgilio dice en alabanza de Augusto en el comienzo del libro III de sus *Geórgicas*, y cuanto hace cantar, al fin del VIII de la *Eneida*, á los coros de los sacerdotes de Evandro en honor de Hércules? Bellísimos son estos pasajes, dice Rollin; pero Virgilio nos parece de hielo al lado de Moisés, que es todo fuego. ¿Cómo asimilar el poder de Júpiter, cuando Ovidio le presenta derrocando con sus rayos á los soberbios Titanes, que escalan el cielo para hacerle la guerra,

Tunc pater omnipotens misso perfregit Olympum
Fulmine, et excussit subjecto Pelio Ossam (1),

con la grandeza del Dios de David, que, en la seguridad de sus fuerzas, se rie y hasta se burla de la impotente rabia de sus enemigos,

Qui habitat in cœlis irridebit eos: et Dominus subsannabit eos (2),

y que por tal manera destruye al impío que le ofende, que

(1) *Metamorph.*, lib. I, vv. 153 et 154.
(2) Psalm. II, 4.

en un instante no queda ni el lugar donde se levantaba orgulloso?

Vidi impium superexaltatum et elevatum sicut cedros Libani: Et transivi, et ecce non erat: et quæsivi eum et non est inventus locus ejus (1).

No hay esa soñada rivalidad, Señores; y para demostrarlo plenamente, no hay para qué seguir paso á paso á aquellos críticos en sus apreciaciones sobre belleza y belleza. Nos basta con preguntar, y preguntamos: ¿qué hay, hecha abstraccion del número, armonía y elegancia de estilo, en los autores paganos? ¿qué hay de verdad en el fondo de sus creaciones? ¿qué hay espiritual? ¿qué hay razonable? ¿qué hay para los goces de la parte nobilísima del hombre? Nada. Nos cansarémos en vano si hallar queremos en ellas la belleza intelectual, que sólo con la fe irradia del cielo.

Todo es al contrario en los bíblicos cantores. Verdad, que éstos tienen que proceder tambien por medio de ficcion ó imágenes, porque si no, no habria poesía, y atribuir á Dios cuerpo, y miembros, y pasiones, y actitudes altamente dramáticas, exigiéndolo así la imbecilidad propia de la humana naturaleza; pero en el supuesto siempre de que todo cuanto de las cosas visibles se traslada á Dios, jamas se debe entender en sentido natural y propio. Siempre en sus ficciones el poeta sacro conduce al entendimiento desde la sombra á la verdad; no se adhiere precisamente á la imágen, sino que busca, investiga y escoge aquello en que la naturaleza divina es más análoga á la imágen: todo es figurado, todo alegórico. Y como

(1) Psalm. xxxvi, 35, 36.

propio es de la alegoría el llevarnos más allá de lo que dice, las de la Biblia nos lanzan con tal fuerza á la region de lo infinito, que no es posible idear siquiera placer mayor para nuestra alma ni sentir belleza más exquisita. Al paso que todo lo que Homero y demas poetas paganos, llevados de sus vanísimas doctrinas, atribuyeron á sus dioses, por absurdo é impío que parezca, lo hacen en sentido propio, no pudiendo ni concebirse, en casos semejantes, el uso ó empleo de la alegoría. Ésta es puntualmente la razon de que Longíno acuse á Homero de haber hecho á sus dioses más perversos que los hombres. Por manera que todas aquellas historias nefandas, aquellos escándalos olímpicos, áun aquellos dos pasajes, que se citan como el último esfuerzo del sublime, el uno en Homero — cuando Júpiter declara á los demas dioses que pueden tomar parte en el combate en que Aquíles se propone vengar á Patroclo — y el otro en Ovidio — y es la lucha de los Titanes, que citábamos hace poco — no son en esencia más que grandísimos desatinos, que así pueden satisfacer al entendimiento, y de rechazo, al corazon, como los cuentos de hadas y las diabluras de las *Mil y una noches.*

Hasta los mismos defectos literarios que una delicadeza ática pudiera hallar en la Biblia, conviértense en nuevo argumento á favor de nuestra tésis. Porque, si los Libros Santos, en medio del aparente desaliño y de la constante sencillez que forman su carácter, encierran tantos pasajes bellos, asombrosos, superiores á todo lo que es humano; esto, Señores, nace, no de una elocucion trabajada y exquisita, sino de la naturaleza misma de las cosas que tratan; de las verdades, que son de suyo tan levantadas y tan grandes, que arrastran en pos de sí, como

por necesidad, las magnificencias de la expresion y los recursos del arte. Por eso, miéntras la literatura pagana, ha dicho algun escritor, es el culto de la forma para disimular, digámoslo así, la pobreza del fondo con su lujo y opulencia, la poesía bíblica descuida y desprecia, por lo comun, la forma, á fin de que aparezca en todo su brillo la majestuosa belleza de la verdad. Hay, sin embargo, escenas, pinturas y descripciones en los Libros Santos, tales y tan bellas, que, sin otro valor que el de la forma, consideradas aisladamente, todavía superan á cuanto la poesía pagana puede ofrecernos semejante. Sirva de ejemplo, entre millares, la pintura del caballo, que se lee en el *Libro de Job* (1), la cual ahora mismo arrostra sin cuidado la competencia con las bellísimas que hicieron Virgilio en sus *Geórgicas*, Lucano en su *Farsalia* y el cordobes Pablo de Céspedes en su *Poema de la Pintura*, no obstante lo mal parada que queda la primera en la traduccion que me atrevo á presentaros.

¿Sabes dar al caballo la pujanza?
¿Y que, al relincho, encorve el ancho cuello?
¿Que salte cual langosta? Aterroriza
El resoplar de su fogoso aliento.
Hiere la tierra con robusto callo,
Encabrítase audaz; corre al encuentro
De la enemiga hueste en la llanura.
No conoce el temor; no cede al hierro.
Óyese encima golpear la aljaba;
Siente el vibrar del asta y del acero.
Ni refrena el ardor, ni aguarda, ansioso
De sorberse la tierra, el clarin bélico.
Resuena al cabo, y ¡sús! de léjos huele
La matanza, el rumor y el clamoreo.

(Nota vi.)

(1) xxxix, 19, etc.

Pero que la Biblia sea, por lo comun, pasmosa y no imitable alianza de sencillez y de grandeza, no tenemos inconveniente en confesarlo: ántes era lo natural que así fuese; que el Verbo de Dios, al comunicarse al hombre, viene siempre humillado, ora venga revestido de la debilidad de nuestra carne, ora venga envuelto en la indigencia de nuestra palabra. Y digo de nuestra palabra, porque, aunque en la Sagrada Escritura la palabra interior sea enteramente divina, la exterior es siempre humana, es palabra del hombre; á punto de que, sin quitar nada de su poder al soplo del divino Espíritu, hay que reconocer, sin confundirlas, dotes muy peculiares á la naturaleza é ingenio de cada escritor. «Pues no se transforma, dice Lowth (1), con el divino fuego la mente del vate en tal manera que ya la índole del hombre no aparezca: las facultades del natural ingenio se levantan, crecen, se subliman, pero no se extinguen ni se anonadan.» Por lo que, al paso que los escritos de Moisés, de David y de Isaías transporan ese no sé qué altísimo y celestial, que demuestra estar todos ellos inspirados divinamente, sin embargo, siempre y sin equivocacion, distinguimos al profundo Moisés, al esplendoroso David, al dulcísimo Isaías.

Pero hasta aquí no hemos hablado sino de la poesía bíblica. ¿Es ésta, por ventura, la única poesía cristiana? No, Señores; y recordar podeis cuál es la inteligencia y extension que dábamos á ese término al comienzo de este discurso. Mas al hablar tan detenidamente de la belleza intelectual de la Escritura, que es la verdad, que es la

---

(1) *De sacra poesi hebræorum.*

religion, que es el cristianismo, creo haber abrazado en mi interes la generalidad de la causa. Porque, ¿cuál poesía cristiana, que merezca tal nombre, no se ha inspirado en la Biblia, que es el libro donde, en frase de nuestro Donoso, «leemos todos los dias, leemos todas las noches, y nunca se acaba su lectura», y es, por lo mismo, manantial perenne de esplendor, de verdad y de belleza? «Suprimid la Biblia con la imaginacion, añadia nuestro malogrado amigo, y decidnos qué queda grande, espiritual y bello en la literatura de los últimos veinte siglos.» Hasta en filosofía, en las artes, en las lenguas, en toda intelectual cultura, dice Schlegel, ha sido grande la influencia de la Biblia respecto de todos los pueblos cristianos. ¡Cuánto más debió serlo en la poesía, «con su carácter hermosamente figurado y profundamente simbólico!» (1). Una sola diferencia, empero, habrá siempre entre los cánticos de la Escritura y lo que no sea más que cristiana composicion; y es, Señores, que para producir los acordes bíblicos se unieron en apretado lazo la inspiracion divina, el genio y la augusta santidad de los cantores; razon por la que no hay ni puede haber jamas quien los supere; miéntras que, en las producciones puramente cristianas no hay, en lo comun, respecto de accion sobrenatural, sino la mediata ó indirecta, que viene de la divina Verdad, en que se inspiran sus autores, y, á veces, de una gracia especial, que es como necesario reconocer asistiendo con superior virtud, en sus fervorosos cantos, á Prudencio, á San Gregorio Nacianceno, Santo Tomas de Aquino, San Buenaventura, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, el Maestro Leon, y muchos otros.

---

(1) Chateaubriand.

Mas esto solo es bastante para que la poesía cristiana, poseedora de la verdad, embellecida de grandiosos misterios, de dulcísimas esperanzas, de consoladoras creencias, se ostente, con mucha gloria, rica de intelectual belleza, y no admita, en prerogativa tan alta, ni comparacion siquiera con las demas obras del humano ingenio. Sí, Señores: merced á la religion, gracias á la Biblia, el poeta cristiano sabe que el hombre no ha existido siempre; que es de raza divina, mas obra de Dios, hecho á su imágen y semejanza: sabe todo lo acaecido en los dos mil años primeros del mundo, período en que los profanos no han podido ver sino tinieblas, fábulas, ignorancia: sabe que todos los hombres, no sólo son entre sí iguales, sino hermanos; que tienen facultad de obrar, no esclavos del destino, no vil juguete de celosas deidades, sino con propia voluntad y albedrío: sabe que venimos, por la falta primera del primer hombre, de un estado de ominosa ruina; mas que caminamos, como individuos, á la restauracion de nuestra naturaleza, á la conquista del cielo; y, como pueblos, á la consumacion dichosa del triunfo universal prometido al Cristo: sabe, en fin, que todo esto se realiza y va cumpliendo bajo la economía tutelar de la Providencia, que, sin hacer fuerza á la libertad del hombre ni de las naciones, lleva en sus manos el hilo de todos los acontecimientos de la historia, preparándolos en sus causas, desarrollándolos en sus vicisitudes, ligándolos en sus incoherencias, empujándolos, en fin, como á centro único, á la divinizacion del hombre y á la gloria de la Divinidad. Por manera que así como Moisés, al descubrir divinamente la verdad de la omnipotencia creadora, no podia ménos de ser enérgico y profundo; como David, penetrando en los arcanos de la magnificencia y de la mi-

sericordia, no puede ser sino grandioso y á la vez humilde; como Job, al experimentar los estragos de la justicia de Dios, tenía que ser fúnebre y doliente; como á Jeremías, tocando las ruinas de su amada Jerusalen, no era dado dejar de ser trágico y sublime; como Isaías, viendo en lontananza el martirio acerbo y las humillaciones del Hombre-Dios, habia necesariamente de ser sentimental y dulcísimo; así, guardando la indicada proporcion, los poetas cristianos, puesta la vista en el sol de la verdad, no han podido ménos de producir la más sublime, la más profunda, la más espiritual, la más íntima, la más verdadera de todas las literaturas.

Recorred, si no, una por una las obras de los ingenios cristianos que han llevado con honor este título, y notaréis desde luégo qué fácil, qué naturalmente se levantan á inusitadas alturas, desde las cuales nos arrojan en abundancia nuevas y maravillosas luces acerca de Dios, del hombre, de la sociedad, de la naturaleza. Pues todo es debido á esa fuerza de vista superior, divina, que la fe pone en los ojos de su inteligencia, que, como los del águila, penetran hasta los abismos.

La *Divina Comedia*..... ¡oh! de seguro, Señores, estabais todos recordándola, y con sobrada oportunidad. El entendimiento purísimo de un ángel habria podido realizar mejor, pero acaso no concebir un plan más vasto ni más espiritual ni profundo que el de esa epopeya con que el Dante inmortalizó á la Italia. No parece sino que *l'altissimo poeta*, como se lee sobre su tumba, se propuso sensibilizar hasta donde humanamente es posible, para llevarlo á toda humana capacidad, aquel rasgo grandioso y por extremo conmovedor de San Pablo á los de Filípos: *In nomine Jesu omne genu flectatur, cœlestium, terrestrium et*

infernorum (1): tal es el torrente de sublimes verdades, terribles unas, de esperanzas otras, y otras de inefable dicha, que el poeta ha derramado en la asombrosa trilogia del Infierno, el Purgatorio y el Paraíso, que no es, en suma, otra cosa que un triple cántico, inspirado por la verdad divina, como para dar testimonio de la belleza intelectual de la poesía cristiana. Porque, Señores, cuanto al fondo, ¿qué puede haber más levantado, más filosófico, ni más agradable al entendimiento, que un poema que recorre todas las fases posibles del hombre, penetrando con igual destreza así en las mazmorras del infierno, como en el océano de luz de la vision beatífica? ¿Dónde se quedan la *Ilíada* y la *Eneida*, raquíticos abortos, si se las compara con ese parto gigantesco? ¡Qué! ¿es lo mismo cantar las guerras de un héroe y los viajes de un hombre, que cantar esos inmensos mundos, en donde el espíritu humano se hunde, se acrisola ó se diviniza? Ni ¿qué comparacion cabe entre el infierno y el *Tártaro*, el purgatorio y el *Leteo*, y el cielo cristiano y el *Olimpo* de los falsos dioses? Mas, cuanto á los accidentes, sus imágenes conmovedoras, su relacion pintoresca, su estilo enérgico, ¿no nos hacen á cada paso recordar á Moisés? Si fuese la comparacion posible, ¿no añadiríamos con verdad que Moisés fué para la poesía hebraica lo que, cuarenta siglos despues, ha sido Dante para la poesía italiana? ¡Y eso que el poeta tenía que habérselas con áspero y rudo instrumento; pues lo son todas las lenguas en su período de gestacion, siempre laboriosa! ¡Y eso que la inspiracion del Dante se ahogaba no pocas veces bajo el peso de la erudicion teológica, cuyas precisas y ajustadas fórmulas, si

(1) II, 10.

para la ciencia son luz, se amoldan con dificultad á los arranques del genio poético! Hoy, por dicha, es ya posible en España leer la *Divina Comedia* sin los citados inconvenientes. Traducida está en magníficos tercetos, en muy castizo lenguaje y con sapientísimas notas, que llenan de claridad los más intrincados lugares del poema: las gracias al escritor insigne (1) que, con gallarda y erudita pluma, ha añadido, en tan feliz manera, nuevos timbres á su nombre, mucha gloria á esta Academia, y una joya más á nuestros literarios tesoros.

Y ¿qué dirémos del *Paraíso perdido* de Milton, otro de los grandes poemas, que son en cuerpo y alma propiedad exclusiva de la cristiana inspiracion? Increíble parece, Señores, cómo el sin ventura y desdichado autor pudo morir sin recoger en vida un solo laurel de la obra en que fabricado habia su inmortalidad. Rechazada sin leerse por los buenos, que la creian mala, y desdeñada por los malos, que la creian buena religiosamente hablando, el hecho es que no logró tener acogida sino allá cuando Addison, un año despues de la muerte del poeta, hizo ver al mundo que Milton se habia inspirado sincera y cordialmente en la fe cristiana. Desde entónces acá el *Paraíso perdido* se distingue en la historia de la literatura por el sobrenombre de *Poema divino*. Y en efecto, ¿cómo no decir más que humano al poema que, inundado de purísima luz con los resplandores de la divina verdad, teje la historia de todo cuanto es grande en la tierra, en la humanidad, en el individuo? En él vemos nacer el culto con la primera oracion de Adan; la filosofía, con su primer pensamiento; el amor, con su primer sueño; la

(1) El Excmo. Sr. Conde de Cheste.

lucha, en su primera tentacion; el remordimiento, en su primer pecado; la expiacion, en su primera sentencia, y la esperanza en el primer movimiento de la misericordia. (Nota VII.) Y como la religion, la filosofía, el amor, la lucha, el remordimiento, la muerte y la esperanza son realidades vivas, que, á la vez que la sangre y los huesos, recibimos en irremisible herencia, de aquí que el *Paraíso perdido*, al colorar con inimitables tintas esa *suma* de la humanidad, esas verdades que viven en cada uno de nosotros, ha hecho un libro, ha levantado un monumento de intelectual belleza, que no puede olvidarse miéntras sean hijos desdichados de Adan los que pueblen la tierra. Traed á la memoria la figura de Satanas increpando al sol, que le recuerda su primitiva grandeza; la de Adan solitario, en su desesperacion profunda y en su dudar angustioso sobre el principio imperecedero que en él se anida; recordad al ángel Rafael, purísimo, bellísimo, radiante de virtud é inundado de gloria; aquel encantado eden, mansion de la inocencia, «cuyos tipos no han podido recogerse sino en los jardines del cielo»; y, en fin, todo ese drama colosal, donde se ventilan nuestros más altos intereses, y en el que «con el principio y fines de la naturaleza, se encierra toda la sublime razon del cristianismo» (1). ¿Qué hay en las literaturas conocidas que se asemeje á esta creacion cristiana, llena de belleza y santidad? ¡Oh! Lo diré sin titubear: todo poema, despues de este poema, no es más que un episodio; todo personaje es raquítico; todo escenario se nos figura pobre, y toda situacion dramática nos parece de escaso interes.

---

(1) Chateaubriand.

Otra gloria de la poesía cristiana y de la Italia es la *Jerusalen libertada*, de Torcuato Tasso. Inspiracion hija de la fe y de las sublimes verdades que ella ilumina, ¿cómo no habia de ser tambien noble, levantado y brillante un poema que narra el sin par asombroso acontecimiento de lanzarse la Europa entera sobre el Asia, sólo para rescatar una piedra, porque en esa piedra habia descansado el cadáver de nuestro Redentor? Si, como dicen, la idea gobierna al mundo, esto es, al hombre, ¿quién desconocerá que esa tan grandiosa idea cristiana fué la que movia las alas del genio para hallar un torrente de poesía donde quiera acertaba á posar su vuelo? Ved por qué no es al Olimpo mentiroso, no es á lúbricas deidades, á quienes invoca el poeta para obtener sus *celestiales ardores:* es á aquella musa santa

che di caduchi allori
Non circondi la fronte in Elicona,
Mas su nel cielo infra i beati cori
Hai di stelle immortali aurea corona;

es á la fe, á la religion, á cuya luz altísima, como en su orígen, descubre el cantor cristiano lo más bello, lo más puro, lo más grande, lo más sublime de la verdadera estética. Y cuenta, Señores, que si la *Jerusalen* es una gloria poético-cristiana sólo por lo que es, lo es todavía más por lo que pudo ser, á no haber sido el Tasso tan jóven cuando la escribió, á no haber privado á la imaginacion de espontaneidad, á haberse aprovechado mejor de todo lo que la religion le ofrecia, á no haberse plegado tanto á las exigencias paganas del Renacimiento.

Klopstock, con su *Mesiada*, viene, en fin, á cerrar la lista de los principales poemas cristianos. En él cantó el poeta aleman, ora con abundancia y grandeza, ora con

brillantez y dulcísima ternura, el advenimiento, vida y muerte del divino Salvador. Y hé aquí otra vez el talento ó el ingenio del hombre lanzado en mundos infinitos por irresistible impulso de una religion que es todo espíritu, inteligencia y verdad. El lector, en su pequeñez humana, quédase absorto al contemplar aquella inmensidad de globos habitados, aquella multitud de ángeles, de espíritus, ya de luz, ya de tinieblas, y de almas que han vivido en la tierra ó que no han hecho aún por ella su tránsito; y no puede ménos de concluir por glorificar á Aquel *qui dedit potestatem talem hominibus* (1); que dió á la palabra humana tanto esplendor con la luz de la verdad divina.

Hé aquí, Señores, en brevísimo resúmen lo que son, como belleza intelectual, los cuatro grandes poemas del cristianismo (Nota viii), que, á ser posible, yo llamaria sus cuatro evangelios poéticos; calificando á Dante con el emblema del *águila*, porque nadie como él vuela tan alto; al Tasso con el del *leon*, puesto que refiere hazañas y gloriosas empresas; á Milton con la figura del *hombre*, cuya historia sintetiza y narra; y á Klopstock, en fin, con la del *toro*, ó sea la víctima, cuyo sacrificio canta, á los desmayos del sol y al estremecimiento de la naturaleza. Pero, no: son obras humanas, y, como tales, ni merecen tan alto nombre, ni exentas se hallan de lunares filosóficos, literarios, y, lo que es más, hasta de ortodoxia, hijos del tiempo, de las circunstancias y de la índole particular de sus autores. Pero el pensamiento es siempre cristiano, cristiana la inspiracion, cristianos todos los accidentes.

---

(1) Matth., ix, 8.

Basta, pues, de citas, que no nos dejarian acabar nunca; siendo, ademas, cosa averiguada que todo queda dicho en materia de poesía cuando se ha hablado del poema épico. ¡Oh, si pudiéramos descender y divertir la atencion á géneros diferentes! No tendríamos necesidad de salir de nuestra España para cautivar regaladamente y por largo tiempo vuestros oídos. Porque, si, como sienta M. Humboldt del lenguaje poético, debe éste brotar del presentimiento de esa armonía misteriosa que existe entre el mundo visible é invisible, ¿quién mejor que nuestros clásicos ha comprendido las relaciones entre ambos mundos? ¿Quién ha sentido mejor la intimidad, la dependencia contínua de las dos esferas de la creacion y de la eternidad? ¿Tendré necesidad de recordaros á nuestros primitivos poetas, que daban principio á sus sencillos cánticos

> En el nombre del Padre, que fizo toda cosa,
> Et de Don Jesuchristo, Fijo de la Gloriosa? (1).

¿Os citaré á Calderon, águila de los ingenios, que se remontaba á las *eternas moradas sobre las plumas de los vientos;* á Fr. Luis de Leon, sublime en la sencillez é inimitable en la sublimidad; á Santa Teresa y San Juan de la Cruz, admirables cantores humanos de los amores divinos; á Fernando de Herrera, el de entonacion alta y robusta; á Rodrigo Caro, el de melancólico y fúnebre estro; á Francisco de Rioja, el de los conceptos profundos; y..... tantos y tantos otros que, en las obras con que nos inmortalizaron, no se avergonzaban de poner la cruz sobre el papel ántes de asentar la primera letra? ¡Oh! bien

(1) Gonzalo de Berceo.

sabeis vosotros, y no lo ignora nadie, que sus obras son la verdadera poesía, ó no hay poesía en el mundo; porque lo verdadero, lo santo, lo divino está en ellas, si me lo dejais decir, como transfigurado. Y así es como nuestra patria debe á la inspiracion cristiana el siglo de oro de su literatura, no ménos que sus héroes, sus sabios, sus artistas, sus monumentos, y la epopeya, en fin, de su admirable historia.

Mas ¿qué mucho, Señores, si hasta los mismos incrédulos han tenido, para sobresalir en poesía, que pensar como creyentes, y hablarnos en cristiano para producir sus obras maestras? Prescindiendo de unos pocos, como Byron, como Schiller, como Göethe, que, por cierto, anublan el alma y desgarran el corazon con sus ecos desesperantes; Voltaire, Señores, el cínico mofador de toda cristiana creencia, ¿no debe á la religion, que persiguió, los trozos más bellos de su *Enriada* y las escenas más hermosas de sus tragedias? Hasta los protestantes protestan en literatura contra la aridez de sus errores, y aceptan la forma católica que aborrecen, á fin de que, sin confesarlo y sin agradecerlo ellos, la verdad divina venga á dar esplendor á su palabra humana.

Y aquí, Señores, no me es posible ocultar el temor, y temor grande, que, en los corrientes tiempos, me desalienta y me angustia; y es que, si la filosofía moderna no cambia diametralmente de rumbo, y la juventud, en tan visible parte, continúa siéndole devota, buscando la verdad en las tinieblas, y la belleza en el cáos, ó vamos á asistir á los funerales de la poesía, ó para resucitarla tendrémos que retroceder al Olimpo. Dígolo, Señores Académicos, porque es hasta inconcebible que brotar pueda una chispa de entusiasmo en el cerebro del hom-

bre, cuyo entendimiento no está iluminado sino por la *idea* ó *ser* de Hegel, por el *yo absoluto* de Fichte, por el *absoluto* é *identidad universal* de Schelling, por el *infinito* de Espinosa y por el *infinito absoluto* de Krause, con otros términos no ménos abstrusos y tenebrosos, que así dejan frio el corazon como desolada la mente. Y el ominoso oráculo de Boileau tendrá entónces su cumplimiento; porque, cerrados al genio sus verdaderos y celestiales caminos, plegará necesariamente el vuelo sobre los olvidados escombros de la vieja mitología; allí donde, segun el autor citado,

La fable offre à l'esprit mille agréments divers;
Là, tous les noms heureux semblent nés pour les vers;

y el mundo verá con mengua retoñar una poesía tan vana, tan artificiosa, tan falsa, como la que nos regaló el ponderado Renacimiento, ahogando el rico gérmen de nobles ideas, de sentimientos generosos, de espontánea y original poesía, productos exclusivos de la fe, de la verdad divina; haciéndonos, en fin, como á nuestros abuelos, greco-romanos en la composicion y paganos en el lenguaje.

Y es perfecta la disyuntiva, Señores, porque no admite medio, toda vez que no se ha de llamar nunca poesía á lo que ciega las fuentes de ella, á lo que la mata en su orígen, al asqueroso realismo, que, con pretensiones de fotografiar á la naturaleza, no ofrece sino su cadáver envuelto en el sudario de todos los vicios. Y vedlo, Señores: el realismo avanza al paso que la divina verdad nos abandona. ¡Y nadie clama, y nadie se estremece..... cuando la historia está ahí diciendo á gritos que el realismo en literatura no llega sino con la injusticia en el poder,

con la negacion en la ciencia, con el fango en las costumbres, con el oprobio en los hombres, y con la muerte en los pueblos!.....

Creo, Señores, haber dicho ya, si no lo mucho que es posible, al ménos lo poco que basta para poder formular victoriosamente estas preguntas: ¿No es verdad, Señores Académicos, que es blasfemia—dejadme expresarlo así —blasfemia literaria, lo de aquel atildado preceptista, Boileau, cuando enseñaba:

De la foi d'un chrétien les mystères terriŭles
D'ornements égayés ne sont point susceptibles?

¿Y no es asimismo cierto que el buen Chateaubriand anduvo remiso y se quedó muy corto cuando se limitaba á decir en loor del cristianismo, literariamente considerado: *Il peut enchanter l'esprit aussi divinement que les dieux de Virgile et d'Homère?*

¿Y no es indudable, en fin, que en cuanto he traído y allegado en torno de mi grave asunto, no me alcanza por manera alguna la nota de rigidez y de oposicion destemplada en que á las veces incurre, por exagerado celo, en su *Gusano roedor*, el erudito abate Gaume, respecto de las clásicas producciones del gentilismo y de todo lo que no es severamente cristiano?

Juzgadlo vosotros, Señores: el plan que me propuse con las distinciones, acaso prolijas, que tuvisteis la paciencia de escucharme en el principio, me ha permitido sin embarazo dar á cada escuela lo que en justicia le corresponde; y, sin peligro alguno para la cristiana poesía, reconocer y hasta aplaudir los muy grandes primores que atesora el arte en la pagana. Al cabo, siempre será cierto que la primera realiza en el mundo la belleza inte-

lectual, que en vano se querria hallar en la segunda; y, por lo mismo, que aquélla es la verdad revestida de sus naturales atavíos, y ésta es el error, que se disfraza con todo lo más rico y bello que ha podido haber á las manos, y que en rigor no le pertenece.

Y ved aquí otra ventaja, no efímera, del sistema que hemos seguido; y es, que desaparecen ó se disminuyen con él los inconvenientes, más graves de lo que generalmente se piensa, de las apologías poéticas que se han hecho hasta ahora de la religion cristiana; sin excluir *El genio del Cristianismo*, por más que el generoso fin de su eminente autor quedase cumplido sólo con vindicar á nuestras creencias de aquellos calumniosos epítetos de bárbaras y hostiles á toda belleza é ilustracion, con que la filosofía del siglo XVIII las habia impíamente calificado. Porque, Señores, empeñarse en demostrar la certeza de una religion por su hermosura en general, por la pompa de su culto y lo augusto de sus ceremonias, es cosa que tiene sus peligros; porque el paganismo ya sabemos que es bello tambien, bellísimas y asaz pomposas muchas de sus solemnidades, y los templos de Egipto, de Grecia y de Roma podian competir en poesía con el de Jerusalen. Y aunque cosa sea universalmente reconocida, que Mr. de Chateaubriand y otros han hecho incontestable en todo y por todo la superioridad poética de nuestra religion respecto de las mitologías de los paganos, creemos, sin embargo, que, con la mejor y más sana fe del mundo, han puesto al incrédulo en la ocasion de forjarse, para su mal, este razonamiento: «Luego, si despues de tanto hablar, el paganismo no es sino ménos bello que el cristianismo, con esto ni se me prueba la verdad del uno ni la falsedad del otro; porque entre la ver-

dad y el error no es la cuestion el *más* y el *ménos*, sino el *todo* ó la *nada.*» Y yo, Señores, no sabria qué contestar á este silogismo, si no creyese, como creo y juzgo haber demostrado, que, en punto á belleza intelectual, el cristianismo es único, excluye la competencia, se ofende hasta del parangon; porque la tiene toda, miéntras el paganismo carece absolutamente de ella. La belleza augusta, que en la verdad se inspira y que del rostro del verdadero Dios emana, no podia hallarse sino en la religion verdadera. Y ésta, ésta es la belleza que transportaba á San Agustin, inconsolable por no haber llegado á descubrirla sino en la mitad de su carrera, aunque sin duda, y como pocos, habia conocido ántes la belleza de todas las profanas literaturas; ésta, en fin, la que ha rendido y cautivado á tantas almas poderosas al leer nuestros sagrados libros y al saborear sus celestiales conceptos. Y ¿qué sería, Señores, si la verdad del cristianismo fuese siempre poética, es decir, siempre representable con imágenes? Pero no; no lo es más que hasta cierto punto, y en ello está su principal corona. Su belleza es á las veces tan alta, se remonta tanto, que se escapa al dominio del arte, dejándose sólo ver por cima de la fantasía, en la region más pura é inmaterial del pensamiento. Entónces su única expresion posible es el arrobamiento, el éxtasis y un silencio elocuentísimo, que no es dado interrumpir sino para exclamar, con el antiguo Saulo, embebecido ahora en contemplaciones altísimas: *Audivi arcana verba quæ non licet homini loqui.* He oído cosas que no puede el hombre explicar. Y es, que oia de la verdad de Dios lo que no podia expresar con palabras de hombre.

La belleza intelectual es, pues, patrimonio exclusivo de la cristiana poesía.

La verdad divina da eminente esplendor á la palabra humana.

He concluído, Señores; y al terminar, no se me oculta que, con la gloriosa insignia que vais á colocar sobre mi pecho, recibo una nueva consagracion: la del sacerdocio de la lengua; carga y honra para las cuales me siento tan impotente como indigno. Conozco, empero, que con ellas, mis obligaciones se extienden, se dilatan, sí, pero en manera alguna se diversifican. Como sacerdote católico, guarda y custodia soy de las cosas sagradas que á la religion atañen: como académico, os ayudaré, segun mis fuerzas, á guardar el patrio idioma, al que llamo sin temor tambien *sagrado*, diciéndolo entre vosotros, que sabeis en qué moldes se ha fundido, con qué fuego se ha clarificado, y qué manos ó qué plumas le han dado su pulimento, hasta hacerle, como ha dicho alguno, el más propio, entre los que hoy se hablan, para dirigirse á Dios, y por lo mismo, refractario naturalmente á esa terminología bárbara, invencion de la herejía y del filosofismo antireligioso. En calidad de sacerdote, soy tambien, aunque algunos así no lo entiendan, defensor nato y constante de esta patria heroica; porque defiendo lo que le dió la vida, lo que la hizo una, lo que la hizo grande: ¡la fe, Señores! que, al ausentarse de entre nosotros, se llevaria consigo cuanto le pertenece en esta noble tierra, dejándonos como el cuerpo cuando se le ausenta el alma. Y como académico, ¿qué otra cosa haré yo, sino defender la madre patria, y procurar su brillo, trabajando con vosotros por la fijeza, nitidez y esplendor de nuestra lengua, siendo así que la lengua propia es muro y antemural, arma y escudo de todas las nacionalidades? Conoceis las fuerzas que para ello os consagro en este dia: son escasas,

son muy pobres. Así que, extrañar no podréis mañana el no hallarme á la altura de vuestras discusiones y al alcance de vuestros estudios; mas caminando muy detras de todos en el desempeño de nuestros trabajos. Yo me consolaré entónces, como me consuelo ahora, con esta idea, que siento venga á ser á menudo el refugio de la impotencia; y es, que en punto á celo, noble intencion, grandes deseos, en todo lo que de la voluntad depende, vais á encontrarme siempre disputándoos la delantera.

NOTAS.

(I.) Página 365, línea 10.

Dejo á los filósofos, que nunca se entenderán en la materia, discurrir sobre la naturaleza ó esencia de lo bello, con todas las demas cuestiones que la nocion de la belleza arrastra consigo; yo señalo su orígen y distingo sus especies, y esto me basta para mi intento.

(II.) Página 367, línea 15.

Benedic, anima mea, Domino: Domine, Deus meus, magnificatus es vehementer. Confessionem et decorem induisti:

2. *amictus lumine sicut vestimento. Extendens cœlum sicut pellem:*

3. *qui tegis aquis superiora ejus. Qui ponis nubem ascensum tuum: qui ambulas super pennas ventorum.*

4. *Qui facis Angelos tuos, spiritus: et ministros tuos, ignem urentem.*

5. *Qui fundasti terram super stabilitatem suam: non inclinabitur in sæculum sæculi.*

6. *Abyssus, sicut vestimentum, amictus ejus: super montes stabunt aquæ.*

7. *Ab increpatione tua fugient: à voce tonitrui tui formidabunt.*

8. *Ascendunt montes, et descendunt campi in locum, quem fundasti eis.*

9. *Terminum posuisti; quem non transgredientur: neque convertentur operire terram.*

(III.) Página 378, línea 21.

En estos momentos se publica en España en la revista católica, *La Ciudad de Dios*, el libro intitulado La Belleza y las Bellas Artes, escrito en aleman por el P. José Yungmann, y puede pasar por un magnífico tratado de Estética, que llenará, en gran parte, el vacío de que nos hemos quejado.

(IV.) Página 379, línea 8.

El deseo de presentar tantas estrofas castellanas cuantos son los versículos del original latino, me ha hecho sin reparo faltar á la costumbre de poner tres sáficos y un adónico en cada estrofa.

(V.) Página 379, línea última.

8. *Commota est, et contremuit terra: fundamenta montium conturbata sunt, et commota sunt, quoniam iratus est eis.*

9. *Ascendit fumus in ira ejus: et ignis à facie ejus exarsit: carbones succensi sunt ab eo.*

10. *Inclinavit cœlos, et descendit: et caligo sub pedibus ejus.*

11. *Et ascendit super cherubim, et volavit: volavit super pennas ventorum.*

12. *Et posuit tenebras latibulum suum, in circuitu ejus tabernaculum ejus: tenebrosa aqua in nubibus aëris.*

13. *Præ fulgore in conspectu ejus nubes transierunt, grando et carbones ignis.*

14. *Et intonuit de cœlo Dominus, et Altissimus dedit vocem suam: grando et carbones ignis.*

15. *Et misit sagittas suas, et dissipavit eos: fulgura multiplicavit, et conturbavit eos.*

16. *Et apparuerunt fontes aquarum, et revelata sunt fundamenta orbis terrarum, ab increpatione tua, Domine, ab inspiratione spiritûs iræ tuæ.*

(VI.) Página 384, línea última.

19. *Numquid præbebis equo fortitudinem, aut circumdabis collo ejus hinnitum?*

20. *Numquid suscitabis eum quasi locustas? gloria narium ejus terror.*

21. *Terram ungulâ fodit, exultat audacter, in occursum pergit armatis.*

22. *Contemnit pavorem, nec cedit gladio.*

23. *Super ipsum sonabit pharetra, vibrabit hasta et clypeus.*

24. *Fervens et fremens sorbet terram, nec reputat tubæ sonare clangorem.*

24. *Ubi audierit buccinam, dicit; Vah: procul odoratur bellum, exhortationem ducum, et ululatum exercitûs.*

(VII.) Página 391, línea 4.ª

Sospecho haber leido algo muy semejante á este pasaje, no recuerdo dónde.

(VIII.) Página 393, línea 16.

¿Para qué hablar de *Los Lusiadas*, de *La Araucana* de nuestro Ercilla, *La Muerte de Abel*, *La Cristiada*, *El San José*, y otros ménos importantes?

CONTESTACION AL DISCURSO ANTERIOR [1].

Ya lo habeis visto, Señores: el nuevo Académico, con modestia propia del hidalgo, natural en el docto, con humildad meritoria para el cristiano y precisa en el sacerdote, declina todo merecimiento personal en la solemnidad á que asistís; llama merced á vuestra justicia, y no ve en su persona cosa digna de vosotros, sino es el traje que viste y el estado á que pertenece.

No, señor Académico, en esto andais completamente equivocado. La Academia, es cierto, ve siempre con cariñoso respeto el traje que vistieron Mariana y Solís, Lope y Calderon: todos sus individuos, y yo más que otro alguno de ellos, cuando, al comenzar nuestras sesiones, invocan labios profanos la asistencia del Divino Espíritu, echamos ménos la autorizada voz de los que aquí han alzado santas oraciones á Dios y han prestado honor inmarcesible á la patria: Interian, Casani, Ferreras, Silva, Gonzalez, Lista, Gallego, el cantor del Dos de Mayo, Bálmes, más admirado allende que aquende el Pirineo, se presentan á nuestra memoria..... Todo esto es evidente; pero si habeis sido llamado á recibir algo de su herencia, ni aquella veneracion ni este recuerdo han sido

(1) Pronunciada por el Excmo. Sr. Marqués de Molins, Director de la Academia.

parte en ello; sino la experiencia que la Academia tiene de que, quien fué primero en el foro y luégo en el púlpito orador elocuente y correcto, quien aunó á los arduos estudios de la ciencia teológica la cualidad de poeta ingenioso y fácil, sobre todo quien es hablista puro y acreditado, será colaborador útil para sus tareas, autoridad respetable para sus fallos, guardador concienzudo del tesoro que le está confiado. Y por eso, no por vuestros hábitos, sino con ellos y todo, os ha destinado la silla que ocupó el festivo y profano autor de *El Hombre de Mundo;* doble motivo, Señores, para que yo esta vez cumpla personalmente el honroso y arduo encargo de contestar en vuestro nombre. El nuevo compañero me va á desposeer de la más piadosa de las prerogativas presidenciales, llevando ante Dios mismo la voz de la Academia, invocando su inspiracion y dándole gracias por su asistencia; ademas, viene á ocupar el puesto de aquel que yo amaba con fraternal cariño, y cuyos religiosos y cristianos afectos conocia.

Debo, pues, dar la bienvenida al sacerdote, á quien hasta ahora he suplido indignamente, y ofrecer el parabien al escritor insigne, á quien por serlo, y no por otra causa, habeis llamado para suceder, si no para reemplazar, al inspirado imitador de los Salmos.

Deshecho así el único error que, en mi entender, contiene el bello discurso que acabais de oir; error grave sin duda, pero tan somero y aparente, que cada uno de los oyentes lo desmentia con la razon, al propio tiempo que lo percibia con el oido; error, ademas, tan poco vividero, que le estaba dando muerte con su propio razonamiento el mismo que lo propalaba con su modestia; debo confesaros un singular efecto que en mi mente ha producido.

¿Habeis notado alguna vez, cuando otro lee en un papel demasiado tenue, cómo, trasparentándose los renglones, vais acompañando la lectura, bien que percibais inversas las letras y las palabras? ¿No os ha acontecido otras veces, al mirar reflejada en un espejo una persona cualquiera, por ejemplo, un caballero de hábito, sorprenderos de ver trocado su ademan, bien que reproducida su figura, llevar á zurdas en el trasunto la espada, aunque la tiene en la mano diestra, la venera que ostenta sobre el corazon aparecer en el cristal bordada sobre el lado derecho?

Pues eso cabalmente me aconteció la primera vez que tuve la honra de escuchar el bello discurso que os estaba dedicado. El orador probaba que *La verdad divina da eminente esplendor á la palabra humana;* y yo, reconociendo la razon que le asistia, y sintiendo las bellezas de que hacia larga muestra, veia tambien, invirtiendo los términos, que *La palabra humana daba eminente esplendor á la verdad divina.*

Sobre esto habeis de consentir que os presente algunas observaciones, no con ánimo de disertar, ni siquiera de responder, sino para recoger algunas flores que, como al descuido, pero con caritativa prevencion, ha dejado á mi alcance el piadoso sacerdote.

Sí: su discurso mismo, su ejemplo, es una prueba del glorioso esplendor que presta á la divina verdad la palabra del hombre, y áun esto es un motivo más para que nosotros nos dediquemos con afan á perfeccionarla, y un justo título de orgullo para los españoles, que poseen desde la infancia el idioma del cual se ha dicho que es el más adecuado para hablar con Dios.

Que la palabra es el cántico más propio para celebrar

á la Divinidad, fácilmente se comprende; ni hay necesidad de remontarse mucho por las asperezas de la mística, ni de profundizar hondamente en los secretos de la Biblia.

Cœli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus annuntiat firmamentum, dice el cantor sagrado..... Pero tambien añade: *Ex ore infantium et lactentium perfecisti laudem.*

Que si los cielos narran las glorias del Hacedor, y el firmamento se confiesa obra de sus manos, para hallar alabanza digna de Él, es decir, perfecta, es menester recurrir á la palabra, oyéndola áun de los labios de los pequeñuelos.

Imitad sino el manso susurro de las cristalinas fuentes, y el apacible murmullo del aire entre las frondas, y el armonioso gorjeo de las pintadas aves, y quizá os parecerá todo un himno de alabanza á la divina hermosura; y paraos luégo al espantable rugido de las fieras, y al horrísono bramido de los huracanes, y al estallar del trueno, y al pavoroso estruendo de los mares, y pensaréis que os hablan acordes de su eternal grandeza.

Pero ¿quién cantará lo que es en Él primero? Su bondad. ¿Quién hablará de su justicia? ¿Quién invocará su misericordia? Cada una de aquellas voces y todas ellas juntas no lo dicen, y si Dios no abre los labios del hombre, ¿qué boca anunciará dignamente su alabanza?

¿Qué voz hay, ni en dulzura, ni en extension, ni en poder, comparable con la humana palabra? Gorjeo que en cada uno de sus sonidos lleva una idea; trueno tan profundo, que arranca desde los abismos de la inteligencia; tan extenso, que se comunica á las naciones que caen al otro lado de la tierra; tan duradero, que lo oirán las ge-

neraciones que áun no han nacido; tan simpático, que hace correr por extraños ojos las lágrimas que brotan de lo íntimo de nuestro corazon; y tan poderoso, que desarma la ira misma de Dios allá en lo más elevado de los cielos.

Bien se me alcanza que todos estos encarecimientos se refieren al dón de la palabra, y no hacen relacion á idioma de pueblo determinado, ni ménos á género alguno de poesía. Pero ¿qué es cada idioma, sino una voz que se aduna al concierto universal con que la humanidad entera celebra á su supremo Hacedor, y cada pueblo al sumo Legislador de las sociedades, y cada criatura al misericordioso Artífice de la belleza increada?

¿Qué es la poesía, sino como una nota más alta ó más tierna de esa misma voz; que penetra, por tanto más, y se perpetúa mejor en la memoria de los pueblos?

Pero áun concretando nuestras observaciones al amadísimo y rico idioma cuya pulcritud, fijeza y brillantez os están encomendadas, saltará fácilmente á la vista que, como ha dicho el nuevo Académico, la verdad divina le ha prestado vivífico esplendor, y que, cual yo pretendo, su habla armoniosísima y potente ha prestado esplendor á la verdad religiosa.

Tres son las principales fuentes en que se bebe la inspiracion poética, relacionadas (¡cosa admirable!) con las tres facultades más poderosas de nuestro espíritu, y áun hasta cierto punto con los tres géneros de belleza que el Sr. Fernandez ha examinado.

Unas veces recordamos personajes, dichos, sucesos ya pasados, y agrupándolos con arte, los narramos con verdad y belleza; la memoria es en tal caso nuestro principal agente; á la memoria de nuestros venideros determi-

nadamente nos enderezamos: entónces la manifestacion poética de nuestra inspiracion es la epopeya, la leyenda, el romance histórico.

En otras ocasiones nuestra razon se afecta con el espectáculo de las pasiones humanas y de sus risibles accidentes y de sus pavorosas catástrofes; damos á lo que vemos esparcido en la sociedad (como el oro entre arenas) forma plástica y fin moral; rematamos (segun dice un gran filósofo) la obra más acabada y grata del sentido comun, es decir, del entendimiento, y ofrecemos á los contemporáneos su manifestacion poética en una de las múltiples ramas del poema dramático.

Otras veces, en fin, nuestra fantasía se exalta con el anhelo de lo ideal, zarpa en busca suya desde este puerto de la realidad, en que está amarrada durante la vida, se lanza por rumbos desconocidos y por mares sin término en demanda de nuevos climas y de nunca visitados horizontes. Obra es ésta de la voluntad sobreexcitada, esto es, del entusiasmo, que impele al hombre hácia la contemplacion de tipos perfectísimos, los cuales sólo existen á la parte allá del mundo material: la poesía lírica es la expresion de este sentimiento. Casi pudiera decirse (si no se temiese el gongorismo) que la lírica es el libro de derrota de esta interminable navegacion del espíritu hácia la belleza ideal.

La poesía, pues, no tiene en su cítara sino tres cuerdas: la épica, la dramática, la lírica; á compas de ellas, ora narra, ora imita, ora canta.

¿Y no hay tambien alguna, aunque remota, analogía con los tres géneros de belleza de que ha hablado el nuevo Académico? La belleza material, que preside á los hechos y reina en la epopeya; la belleza moral, que escoge

los ejemplos é impera en el drama; la belleza intelectual, que no reside sino en la parte más elevada de nuestro espíritu, y que inspira la oda.

Pues, ahora bien, poco debe haber estudiado la historia de nuestra poesía quien desconozca el gran lugar que en cada uno de sus tres géneros ocupa la verdad católica. Abrid nuestros historiadores, nuestros críticos, nuestros preceptistas, y ellos os dirán que el poema español fué concebido en las celdas de nuestras abadías ó narrado en los claustros de nuestros monasterios. Ellos os referirán cómo las bóvedas de nuestras catedrales y las lámparas mismas del tabernáculo alumbraron el nacimiento del drama; y no ocultarán que el salterio y el órgano acompañaron los primeros cánticos de la poesía lírica castellana; y habrá quien se adelante á decir que el fin y propósito principal, el solo digno de todas esas obras de ingenio, es el de encaminar el alma del individuo y guiar el progreso de los pueblos por los senderos de la civilizacion cristiana, única verdadera, única liberal, única digna del hombre y de la humanidad.

Yo, sin poder ni deber consagrarme á tésis tan vasta, me limito á recordar que lo mismo los poetas de relacion, que los de imitacion, que los de aspiracion, los épicos, los dramáticos y los líricos, han tomado á su cargo, por íntimo convencimiento y por tributo de gratitud, *dar esplendor con sus obras á la verdad católica;* es decir, tornarla más clara, más fácil, más popular.

Hubo un tiempo en que coexistian en España los restos de la cultura romana ya corrompidos, y las feudales costumbres de los visigodos, y el sensualismo importado por los musulmanes, resultando de todo aquello un conjunto abigarrado y deforme, que degradaba al individuo,

que desorganizaba la familia, que tornaba imposible la nacionalidad. Y con todo, existia en medio de nuestro país un principio fuerte y vivificador, capaz de remediarlo y fundirlo todo; pero existia oculto en el santuario, como la lámpara del tabernáculo, sin arrojar su claridad á la parte afuera de aquellas bóvedas. *Et tenebræ eam non comprehenderunt.* Era preciso que una voz popular predicase aquel principio en las plazas, y que un familiar dialecto le abriese las puertas del hogar, y que el mágico encanto de la rima lo grabase en la memoria como en el corazon de todos.

Y entónces la poesía comenzó aquella grande obra..... la obra de dar con la palabra castellana esplendor popular á la verdad católica; y aparecieron los poemas de *El libro de los Reyes d'Orient* y la *Vida de Madona Santa María Egipçiaca.* El *de los Reyes*, á pesar de su título, tiene por protagonista al bueno y al mal ladron; y lo mismo esta leyenda que la otra de la *gran pecadora de Egipto* se dirigen á probar, y prueban en efecto, la regeneracion de uno y otro sexo por virtud de la penitencia, la posibilidad de purificar las escorias de aquella sociedad con el fuego vivificante de la fe.

Por aquellos dias tambien vino á luz el *Poema de mio Cid.*

La crítica escéptica del siglo pasado ha puesto en tela de juicio, no como quiera, sino la existencia misma del héroe Rui Diaz. En cambio, los progresos de la erudicion y de la filología en el presente la han demostrado hasta la evidencia; no alcanzando, sin embargo, á poner en claro el nombre del autor de aquel célebre códice.

Ni aquella negacion ni esta oscuridad dañan, con todo, á nuestro propósito. ¿Qué prueba aquella duda, sino que

el Cid es, ademas de una personalidad real y verdadera, un tipo ideal, una encarnacion unipersonal de la nacionalidad española? ¿Qué se deduce del velo que oculta el nombre del poeta, sino que su obra, más bien que parto de un ingenio, es agregacion espontánea y premeditada de las tradiciones de un pueblo entero, ó quizá de las dos razas rivales en valor y enemigas en religion?

¿Y qué demuestran, pregunto yo á mi vez, qué glorifican de consuno héroe y poema? Que la religion, que la verdad católica era el gran móvil de las individuales proezas, y el mejor escudo de la independencia patria, y la espada mejor templada para la reconquista de nuestro suelo. Cierto, Señores, que el poeta que tales trofeos colgó junto al altar, prestó grande esplendor á la verdad inefable que en él lucia.

El camino estaba ya comenzado; pero ni estaba anunciada su extension, ni señaladas las jornadas que habian de hacerse. Pocos años despues, un poeta, no ya anónimo, sino conocido y venerado, marca con su ejemplo los límites vastísimos adonde la musa religiosa habia de llevar su jurisdiccion. Me refiero al preste Gonzalo de Berceo.

Que los poetas sacros popularicen las tremendas verdades del Antiguo Testamento, como él cantó *De los signos que aparecerán ante del Juicio;* que narren y bendigan las consoladoras verdades que se desprenden de la nueva Ley de gracia como él lo hizo en *Los loores*, y en *Los milagros de Nuestra Señora*, y en el *Duelo de la Vírgen el dia de la Pasion de su Fijo;* que perpetúen en la memoria de los hombres las hazañas de los que vertieron su sangre por la fe y los merecimientos de los que fundaron en nuestro suelo la doctrina y la civilizacion católicas,

como él lo realizó en *El Martirio de San Lorenzo* y en las *Vidas de Santo Domingo de Silos y de San Millan de la Cogolla*; que, en fin, se extiendan hasta explicar en lenguaje vulgar y rima fácil los más inefables sacramentos del dogma y las más augustas ceremonias del rito, como él lo consiguió en *El sacrificio de la Misa*. Tan vasto es el campo y tan largo el camino que el poeta del siglo XII, Gonzalo de Berceo, abrió á la musa religiosa de su patria.

Como triunfadora, que no como peregrina, lo ha recorrido ciertamente; pero ni puedo yo en breve rato compendiar la obra de siete siglos, ni me lo consentiria mi escasa erudicion y vuestra probada benevolencia; con todo, habiendo el Sr. Fernandez elocuente y justamente recordado á Klopstock y á Milton, sería en mí faltar al patriotismo y hasta á la cortesía no indicar siquiera que ántes que el luterano protegido del antiguo ministro Moltke escribiese su *Mesiada*, un sacerdote español habia consagrado su númen, en armoniosas, fáciles y sentidas octavas, á la Pasion del Redentor del mundo.

La *Cristiada* de Hojeda es por sí sola una joya que podria enriquecer la musa religiosa de cualquier pueblo.

Citaré sólo algunos trozos del libro VIII, canto de *Los Azotes*.

Jesus está resuelto á morir por los hombres. Pilato, para evitarlo, lo ha condenado á ignominiosa flagelacion. Los espíritus infernales resuelven en asamblea venir á la tierra para aumentar los tormentos del Hombre Dios.

Lucifer dice á este propósito :

«Mucho se encubre aqueste Dios humano,
Mucho se encubre, no lo he conocido:
Ya me parece un hombre soberano,

Ya un Dios á mil bajezas abatido:
En vano he trastornado el mundo, en vano
Estorballe la muerte he pretendido;
Si es Dios, parece que morir procura;
Si es hombre, de la vida no se cura.
»Sea quien fuese, claramente vemos,
En lo que habeis con trazas intentado,
Que impedille la muerte no podemos,
Pues todas, todas, nos las ha frustrado:
. . . . . .
. . . . . la muerte quiere,
Muera, pues, con mil muertes, ya que muere.
»Tomemos de él una mortal venganza,
En él hagamos un furioso estrago:
De quitalle el morir no hay esperanza;
Muera, y de sangre vierta un grande lago.
Cada cual tiña en su dolor su lanza;
Del mal que nos ha hecho lleve el pago.
¡Sús! mis bravos leones, id apriesa
Al mundo en tropa oscura y banda espesa.»
Dijo; y los furibundos escuadrones
De espíritus á rabia condenados
Suben á las diáfanas regiones
De los aires, en clara luz bañados,
Y en centurias, cohortes y legiones
Partidos van, sin órden concertados,
Y todos juntos al pretorio llegan,
Y allí alborotan cuerpos, y almas ciegan.

Desconfia Lucifer de su empresa por el favor con que el pueblo miraba á Jesus; pero luégo dice:

Ni en mudos bultos la triforme luna,
Ni en turbulento mar veloz galera,
Ni en rodar con presteza la fortuna,
Ni al recio vendaval hoja ligera,
Ni á la corriente de aguas importuna
Delgado junco en húmeda ribera,
Es tan presto, tan fácil, tan instable,
Como es el vulgo en elegir mudable.

Al cabo se mezclan los demonios entre los enemigos de Jesus, y comienza el suplicio de éste:

Llegan, pues, los verdugos cohechados,
Y comienzan con ímpetu furioso
A desnudar los miembros delicados
Del Señor de señores poderoso:
Con modo vil y agravios nunca usados
El vestido le quitan religioso
Y hecho por las manos virginales
De la Reina de reyes inmortales.
Allí le dan crueles empellones
Y le dicen palabras desmedidas;
Oféndenle con duros bofetones
Y desprecios y burlas atrevidas:
Afrentas buscan, buscan invenciones
Nunca pensadas y jamas oidas,
Con que dalle dolor, causalle pena,
Y el infierno las halla y las ordena.
Todo lo sufre con amor suave,
Y callado, el mansísimo Cordero,
Que del supremo bien tiene la llave
Y es de Dios puro el resplandor sincero.
. . . . . .
Obedeciendo á la canalla cruda,
Que desnudarle manda, se desnuda.
Descubre aquellos brazos admirables
Que de los orbes ciñen la gran rueda,
Y los divinos hombros incansables
Adonde está como en su centro queda;
Y aquellos pechos á la esposa amables,
Do mora la beldad graciosa y leda,
Y las columnas sobre basas de oro,
Fábrica celestial, sumo tesoro.
Bien así cual doncella generosa,
Que al limpio estanque da su carne pura,
En el agua se mira vergonzosa
Cuando retrata en ella su figura;
Y si tropa de gente maliciosa
La vido y codició su hermosura,
Torna, con la vergüenza que la mueve,
En grana carmesí la blanca nieve;
Así Cristo, mirándose desnudo
A los ojos de aquella infame gente,
De la vergüenza el sentimiento agudo

No reprimió y brotó sensiblemente :
Habló con lengua roja el licor mudo,
Que comenzó á teñir su blanca frente,
Y el cuerpo bello del marfil preciado
Fué con ardiente púrpura ilustrado.
Los ángeles, que á Dios desnudo vieron,
En la tierra temblando se postraron,
Humildes gracias por su amor le dieron,
Y dignas alabanzas le cantaron;
Y aquella santa desnudez sirvieron,
Y los divinos miembros adoraron
Con aquestas dulcísimas razones,
Nacidas de admirados corazones :
« Salve, tú, que de luz hermosa el cielo,
Y de arreboles vistes la mañana,
De flores várias el pintado suelo,
Y de ilustre candor la nieve cana :
Salve, desnudo y general consuelo
Del alma pobre y con su Dios ufana,
Que por vestir al hombre despojado
Desnudas hoy tu cuerpo venerado. »
. . . . . .
Llegan á la columna el cuerpo santo,
Y átanle con rigor los brazos nobles,
Y los estiran y adelgazan tanto,
Que á fuerza tal rompieran secos robles :
El humor de las venas sacrosanto
Revienta y tiñe los cordeles dobles,
Y las manos se hinchan abrasadas,
Y gimen las muñecas apretadas.

Jesus levanta entónces los ojos al Eterno Padre, y dice :

« Tú, por el hombre, por el hombre fiero,
Que así me afrenta, mi afliccion recibe ;
Azotes de su cruda mano espero,
Y á dármelos sañudo se apercibe :
Aunque son de tu Hijo dura ofensa,
Admítelos ¡oh Padre! en su defensa. »
Dijo ; y ya dos verdugos rigurosos,
De fuertes hombros y robustos pechos,
Dos azotes alzaban espantosos.

De gruesas varas cimbradoras hechos :
Mostrábanlos alegres y furiosos,
En los brazos blandiéndolos derechos,
Y á la bendita carne amenazaban,
Y á los divinos miembros se encaraban.
Con bravo són crujieron, sacudidos
De aquellas manos, por su mal valientes,
Y llegaron á dar, descomedidos,
En los miembros de Dios resplandecientes :
Parad, parad, verdugos atrevidos,
Parad, parad los brazos insolentes;
Que no es razon que ese castigo infame
La furia sobre el mismo Dios derrame.

. . . . . .

Yo pequé, mi Señor, y tú padeces;
Yo los delitos hice, y tú los pagas :
Si yo los cometí, tú ¿qué mereces,
Que así te ofenden con sangrientas llagas?
Mas voluntario tú, mi Dios, te ofreces,
Tú, del amor del hombre te embriagas,
Y así, porque le sirva de disculpa,
Quieres llevar la pena de su culpa.

. . . . . .

Hierve la sangre y corre apresurada,
Baña el cuerpo de Dios y tiñe el suelo,
Y la tierra con ella consagrada
Competir osa con el mismo cielo :
Parte líquida está, parte cuajada,
Y toda causa horror y da consuelo :
Horror, viendo que sale de esta suerte;
Consuelo, porque Dios por mí la vierte.

Dice Jesus :

«Por esta noble sangre, ¡oh Padre mio!
Con mi persona y su valor unida;
Por esta voz cansada que te envio,
Apénas de los labios despedida;
Por este de mi rostro sudor frio
Y por mi caridad jamas vencida,
Te suplico, buen Dios, que los perdones
Y ablandes con amor sus corazones.»

. . . . . .

Queda Cristo sin fuerza respirando,
Que al un aliento alcanza el otro aliento,
Y pobre ya de anhélito, acerando,
Del resuello le priva el sentimiento:
Aun el aire ¡oh gran Dios! te va faltando
Para el usado y propio movimiento.
¡Qué más pobreza, oh Rey, qué más pobreza!
Y para el hombre, ¡qué mayor riqueza!

Aquí se dirige á la humanidad el fervoroso Hojeda, y clama:

No te digo ¡oh cobarde! que padezcas
Semejante pasion, igual trabajo,
Ni que á la muerte por su amor te ofrezcas,
Si eres de ánimo vil, de pecho bajo;
Sólo pido ¡oh cristiano! que agradezcas,
Y será un breve y provechoso atajo,
Su gran pasion, y pienses con gran pausa
Quién la lleva, y por quién, y por qué causa.

Bien se conoce con cuán amorosa solicitud estudió este pasaje el insigne Académico, maestro comun del ilustre recipiendario, de su inolvidable predecesor y mio tambien, Lista, cuando dice en la mejor de sus composiciones:

Cesad, cesad, crueles;
Al justo perdonad, muera el malvado;
Si sois de un justo Dios ministros fieles,
Caiga la dura pena en el culpado;
Si la impiedad os guia
Y en la sangre os cebais, verted la mia.

Como por la mano y sin intencion nuestra nos ha traido el asunto á hablar del gran preceptista, compatriota del nuevo Académico y antecesor suyo, no en es tesitio solamente.

Pues él tambien casi comenzó su carrera poética can-

tando el mismo asunto que Milton; y si su corta edad, y (no puede dudarse) su estro inferior al del Homero inglés, le dejaron vencido, no por eso prescindió de aumentar con los primeros destellos de su númen el vivo esplendor de la verdad bíblica.

Hízolo con una riqueza de colorido y una exuberancia de estilo que no alcanzó luégo en los mejores frutos de su ingenio.

Lo prueba, entre otros pasajes, éste, tomado al acaso, en que pinta el poeta la formacion de Eva:

Glorias tantas la tierra ya gozando,
Otra nueva, gran Dios, añadir quieres,
En nueva imágen tuya al hombre dando
Una fuente ignorada de placeres;
Infundiendo en sus miembros sueño blando,
Su pecho con benigna mano hieres,
El duro hueso animas, y de él labra
La mujer bella tu eternal palabra.
Cual la lumbrosa frente coronada
De oro radiante y pura argentería,
Rompe el mar de la aurora sonrosada
El claro sol, iluminando al dia;
Ante su rostro el aura regalada
Los bulliciosos céfiros la envia,
Que en juegos mil girando mansamente
Vuelan por las campiñas del Oriente.
Así ve amanecer naturaleza
A la que de sus ámbitos señora,
De majestad ornada y de belleza,
Con más templada luz los orbes dora;
En torno con graciosa ligereza
Vaga el gozo y la risa encantadora;
Y amor, el santo amor, al lado brilla
Del placer puro y la virtud sencilla.
El hombre, al verla, dulce fuego siente
Dilatarse en su seno, y la sincera
Gratitud rinde al Sér omnipotente,
Y su esposa la llama y compañera.

Me es, Señores, hasta cierto punto sensible dejar de hablar de la epopeya castellana sin decir cosa alguna de muchos poemas piadosos que la ilustran, ni mencionar siquiera uno de los más bellos, *el San José*, de Valdivieso, cuyas armoniosas y robustas octavas recitaba en su agonía nuestro inolvidable compañero Pastor Diaz. ¡Que tanto esplendor difunde áun en los umbrales de la muerte la clarísima luz de nuestra poesía religiosa!

Pero, á decir verdad, no es la cuerda épica la más abundante y sonora de la lira española: la corona dramática es, á no dudarlo, la que nos da, no ya la soberanía en la república literaria, sino carácter especial y distintivo en el certámen de los pueblos cultos.

Quizá eso que hoy se llama la concentracion de las grandes nacionalidades, ó el sacudimiento providencial de las revoluciones, logre como el huracan que disipa el humo de la pólvora, borrar de la memoria de los estados europeos las hazañas de los Leivas, Toledos y Córdovas; quizá tambien, como se perdió en el mar el surco de las famosas caravelas, desaparezca el rastro de toda gratitud, y hasta el recuerdo del pueblo que llevó á un nuevo mundo el conocimiento del verdadero Dios, y trajo al regazo de la civilizacion la mitad de la familia humana. Quizá, cosa que parece aún más difícil, la raza de los panzistas se multiplique sola en el mundo, y sobreviva y entierre y olvide al pueblo ingenioso é hidalgo, religioso y valiente, amparador de los desvalidos, enderezador de entuertos, amante casi desrazonable de todo lo noble, de todo lo bello, de todo lo justo..... y entónces los pensadores preguntarán en sus escritos: ¿qué debe la civilizacion de la humanidad al cetro de Alonso el Sabio, á la nave de Colon y á la pluma de Cervántes?

Pero todavía despues que eso haya pasado, y ántes que Mr. Guizot haya formulado esta injuriosa pregunta, acontece que allí cerca del Sena el mayor de los ingenios franceses, Corneille, ha dado carta de naturaleza al *Cid* del humilde español Guillen de Castro..... y acontece tambien que ántes que el victorioso emperador germano surcase con sus cureñas las alamedas de Luis XIV y alumbrase con sus bombas el teatro de Richelieu, allá en su nebulosa Alemania sonaba al par que su nombre el de Goëte, y este genio del Norte se ufanaba con su *Fausto*..... Fausto..... que si en concepto de unos es de raza pura anglo-sajona, en opinion de otros tiene parentesco, y no por cierto muy oculto, con *El Mágico prodigioso* de Calderon; y áun despues, mucho despues de que la Europa nos olvide y que la América nos desconozca, no habrá nacion alguna donde no viva y triunfe aquel D. Juan Tenorio que engendró en su pobre celda de Madrid el célebre mercenario Tirso de Molina; ni se hallará pensador que deje de admirar esotro hijo del mismo ingenio, *El Condenado por desconfiado*, drama esencialmente religioso, apoteósis de la fe, que salva á los pecadores, y sentencia de la codicia y de la desconfianza, que condena áun los justos.

¡Extraña coincidencia! siete siglos há que la basílica toledana prestaba sus bóvedas para dar, al compasado són de una recitacion salmódica, en lengua vulgar esa misma leccion moral, y un nuevo espectáculo escénico de la *Vida del buen Ladron;* y no há muchos años que en nuestro teatro volvia á aparecer igual personaje y á predicarse la propia enseñanza, bien que con lengua ya rica y en majestuosa y culta poesía.

Providencial circunstancia, la de principiar y terminar

el catálogo de nuestros dramas religiosos con el propio argumento y el mismo personaje. Noble y santa inspiracion, la de nuestro compañero en consagrar una de sus más bellas coronas como en ofrenda á la fe inalterable de nuestros padres.

Pero este preclarísimo ingenio se sienta entre nosotros, y la más vulgar delicadeza me aconseja apartar de sus oidos la merecida alabanza, y de mis labios hasta la sombra de la lisonja.

Ni puedo tampoco insistir más en el análisis del drama religioso, porque éste fué asunto de un discurso inaugural que la Academia aplaudió años hace, y porque su infatigable y erudito autor, juntando las pruebas á los asertos, y los datos históricos á las conjeturas críticas, ha publicado ya con vuestra direccion y patrocinio, numerosos y preciosísimos códices, que ponen en claro los orígenes religiosos indudables, y hasta hoy no bien apreciados, de nuestra literatura dramática.

Por otra parte, no hay para qué allegar pruebas; cada cual puede escogerlas á su gusto: elija la época que le agrade y el autor que le plazca, y seguro está de ser fácilmente satisfecho. No hay libro alguno, del Antiguo ni del Nuevo Testamento, que no haya hallado en nuestra escena doctos y amenos expositores; no hay confesor de la fe ni bienaventurado Patrono que no haya tenido en las tablas su panegirista, ni máxima ó parábola evangélica que no haya tomado forma plástica..... y lo que es más, ni misterio inefable, ni sacramento santo, que no haya logrado forma perceptible, y material y poética demostracion.

Y aquí no es posible pasar en silencio los autos sacramentales, privilegio exclusivo del teatro español, género

admirable, consagrado puramente á dar esplendor visible y real á la verdad eucarística, la más oculta sin duda y la más dulce de cuantas enseña el dogma católico. Estas representaciones no han desaparecido del todo de la vista del público; id, si no, á Valencia en la estacion florida en que embalsama su ambiente el perfume del azahar, y veréis en sus plazas y encrucijadas representarse ante la apiñada muchedumbre los *Milagros de San Vicente.*

Era Ferrer penitente y virtuosísimo dominicano, hijo del pueblo, más elocuente con su ejemplo que con su palabra; era el orador sagrado de que dice Vega:

> Cuya elocuencia milagrosa es fama
> Que mueve á gentes de diversas lenguas,
> Cual si en la suya propia les hablára.

Era ademas diputado en las Córtes del Reino, compromisario en Caspe de la soberanía nacional..... y de tal modo administrador de aquella soberanía, que hizo, usándola, el mayor milagro. Dió un reino á quien no lo deseaba, elevó á un trono español un rey español, puso la corona de Aragon en las sienes del más virtuoso príncipe de Castilla.

Pues bien, los afectos y depositarios de la soberanía nacional no han erigido monumento á ese su preclaro modelo; los apasionados y alumnos de la elocuencia han olvidado á ése, que conmovia con la suya los pueblos y daba coronas..... Sólo la Iglesia, madre cariñosa y no olvidadiza, ha erigido un altar al hijo bienaventurado..... y sólo el teatro popular aumenta anualmente en escénicas representaciones el esplendor de aquella fama verdaderamente perdurable.

Casi las mismas palabras que hemos dicho hablando de la poesía dramática, pueden aplicarse á la lírica; la misma nobleza en su orígen, la misma extension en sus asuntos, la misma santidad en sus fines. Sacerdotes fueron los primeros autores del drama, y un rey es el primero que encontramos en la historia de la lírica; como si en aquel tiempo en que para defender la patria se recibia la espada al pié de los altares, sólo manos ungidas con el óleo santo fueran dignas de pulsar la cítara que civiliza los pueblos.

Alfonso se llamaba el rey, con el nombre del conquistador de Toledo y del vencedor de Las Navas; sus contemporáneos le llamaron *el Desventurado*, la historia le da renombre de *el Sabio:* sabio y desventurado fué en verdad, ¡y cuántas veces en el mundo han ido juntos esos dos epítetos!

Su inteligencia, verdaderamente *soberana*, cuando queria poner á prueba su razon y ejercitar su cálculo, medía el curso inmutable de los astros y describia las esferas estrelladas del firmamento, legándonos esos magníficos *Libros del saber*, que nuestra hermana la Academia de Ciencias ha dado lujosamente á la estampa. Cuando evocaba su tenaz memoria y ordenaba el vastísimo tesoro de las tradiciones, escribia la *Crónica general de España*, que es justo objeto de admiracion á nuestra hermana de la Historia. Si luégo intenta por su derecha voluntad enderezar la de sus súbditos y reducir á reglas el difícil arte de reinar y de juzgar, levanta el imperecedero monumento legal de *las Siete Partidas*, que los doctos Académicos de Ciencias Políticas estiman como el patrimonio de sus padres y la honra de su patria.

Pero cuando, amén de eso, su sér entero se transfigu-

ra, cuando su corazon late con desusado impulso y su mente quiere alzar el vuelo más alto, entónces da de mano á los terrenales cuidados y al estudio de humanas escrituras; entónces elige de entre los dialectos de su reino el más dulce; poeta y músico, toma la cítara y eleva al cielo esas admirables *Cantigas*, que ahora mismo trata nuestra Academia de sacar modesta, bien que dignamente, á la admiracion pública.

¿Y hay que decir cuál es el único objeto de aquel inspirado libro? ¿Quién la señora de los pensamientos, de la cual pretende ser trovador y por cuyo amor desprecia toda otra pasion? Pues oigámosle.

Esta dona que tenno por Señor
É de que quero seer trobador
Se eu per rem poss aver seu amor
Don ao demo os outros amores.
Rosa das rosas é flor das flores,
Dona das donas, señor dos señores.
(Cantiga x.)

Desde entónces puede con razon decirse de los líricos españoles que arreglaron su inspiracion *ad exemplum regis.*

Verdad es que *el renacimiento* de las antiguas artes y literatura sobrevino siglos adelante y trajo al comercio intelectual la mitología pagana y las formas clásicas. Verdad es tambien que la poesía lírica entre nosotros se plegó más á esa influencia que los otros géneros de poesía, y que Apolo fué su divinidad y Horacio su pontífice.....

Pero esto, que afectó la forma extrínseca, no entibió siquiera el intrínseco fuego de nuestras creencias, ni torció el rumbo de nuestra inspiracion poética.

Dos escuelas nacieron á la verdad: la una apasionada

de lo antiguo y de lo romano, imitadora de lo clásico; la otra defensora de lo contemporáneo y de lo español, entusiasta del patrio romance..... En cuanto á católicas, no hicieron diferencia.

Para probar que los poetas clásicos no dejaron de ser piadosos, basta citar algunos de sus preclaros nombres. Los venerables Malon de Chaide y Luis de Leon, segun algunos San Francisco Javier, para admiracion de todos San Juan de la Cruz. ¿Qué habian de ser tales sujetos en sus escritos sino lo que eran en sus acciones, pregoneros de la eterna verdad? ¿Qué habian de ser sus obras literarias sino lo que eran sus obras humanas, holocausto de justa alabanza al Dios verdadero, cuyos templos vivos eran ellos mismos en la tierra?

Pues la otra escuela, la que tenía por principal instrumento las coplas y el romance vulgar, no procedia de otra manera; entre sus alumnos cuenta á varones tan ejemplares como Jorge Manrique, Fr. Pedro Padilla, Calderon y otros; y verdaderos serafines del amor divino, como Santa Teresa de Jesus y Sor Marcela de San Félix; y aunque así no fuera, la misma sencillez del estilo, el anónimo guardado casi siempre, indican bien que aquellos cantores no hacian de su lira instrumento de propia vanidad, sino de sobrehumano culto; que para ellos la religion no era, como la mitología pagana, incentivo y adorno del estro, sino que, por el contrario, el estro mismo no era otra cosa que manifestacion sincera de su fe; accidente, por decirlo así, y adorno de su piadoso culto. De ellos hubiera podido con razon decir Horacio:

Non fumum ex fulgore, sed ex fumo dare lucem.

De aquí se origina un fenómeno poético, que ha dado

mucho en que entender á los críticos, y que contradice en parte los cánones de los preceptistas. Con pedestre y vulgar romance se han expresado los pensamientos más altos y los misterios más sublimes; y el verso, y la forma que no desdeñára el sensual Horacio y el enamorado Ovidio, se han prestado á los éxtasis y arrobamientos del místico amor divino.

Si de ello se necesitasen pruebas, bastaría recordar el romance anónimo en que se define y analiza el más augusto y el primero de los misterios : la Trinidad:

Es Dios un sér sin mudanza,
Un acto puro sin mezcla,
Sustancia sin accidente,
Tres personas y una esencia.
En las tres hay un poder,
Un querer y una grandeza,
Un saber, una bondad,
Una misma providencia.
El Padre de nadie tiene
Principio ni descendencia,
Y al Hijo en su entendimiento
Eternamente lo engendra.
El Espíritu divino,
Que es la persona tercera,
De entrambos á dos procede,
Siendo una sustancia mesma.
Sale dos veces del Padre
El Verbo, y en él se queda :
La primera es *ab æterno*,
Y la segunda en la tierra.
Tomó un tiempo carne humana
Por obra divina y nueva,
Quedándose Dios en Dios
Y con dos naturalezas.
Al Hijo dan el saber,
Y á su Padre la potencia,
Para mostrar ser iguales
En el saber y en las fuerzas.

El amor eterno y puro
De gracia las almas llena;
Que como Dios es amor,
Hace amorosas empresas.
En lenguas de fuego baja
Sobre las doce cabezas
Oradores de la fe,
Que por eso baja en lenguas.
. . . . . .
Pero tente, pluma mia,
¿Adónde volar deseas? etc., etc., etc.

Dar esplendor al misterio soberano de la Trinidad está fuera del alcance de la luz de nuestra razon, cierto; pero ¿no procura su brillo y claridad quien lo reduce á fácil lenguaje y armoniosos versos?

Veamos brevemente ahora con qué virgiliano estilo San Juan de la Cruz habla del buen Pastor, Redentor del mundo, enamorado del alma, su pastora:

Un pastorcico solo está penado,
Ajeno de placer y de contento,
Y en su pastora firme el pensamiento,
Y el pecho del amor muy lastimado.
No llora por haberle amor llagado,
Que no se pena verse así afligido,
Aunque en el corazon está herido
Y el pecho del amor muy lastimado.
Mas llora de pensar que está olvidado
De su bella pastora con gran pena;
Se deja maltratar en tierra ajena
El pecho del amor muy lastimado.
Y dice el pastorcico: «¡Ay desdichado
De aquel que de mi amor ha hecho ausencia,
Y no quiere gozar de mi presencia,
Del pecho por su amor muy lastimado!»
Y al cabo de un gran rato se ha encumbrado
Sobre un árbol, do abrió sus brazos bellos,
Y muerto se ha quedado, asido de ellos.....
El pecho del amor muy lastimado.

¿Conoceis, Señores, más dulce alegoría de la peregrinacion de Jesus sobre la tierra, ni más delicada y tierna pintura del cruento sacrificio del Gólgota?

Quizá me responderéis que sí, que habeis visto más gala de poesía y más enamorada expresion. Es cierto; pero es en la *Noche oscura* del mismo santo poeta.

Una y otra escuela, la latina importada y la española ingenua, han coexistido y se han propagado hasta nuestros dias; una y otra han tributado filial culto á la verdad católica, y una y otra tambien (dígolo sin vanagloria) han recibido fraternal acogida en esta Academia. No há muchos años ocupaba uno de sus sillones Pastor Diaz, á quien ya he nombrado; era romántico declarado en sus formas, neologista impenitente en su lenguaje, y con todo, publicaba en el festivo periódico *El Belen* aquella magnífica coleccion de romances, que en vez de ser broma de Navidad, son una cabal y profunda apología de la civilizacion católica, una poética demostracion del progreso de la humanidad por el cristianismo, y del gobierno directo de la Providencia en el mundo. A este fin divide el poeta la humanidad, y aún la naturaleza, en otros tantos grupos como son las secretarías del despacho, ó ministerios, en nuestra nacion, y recorre y analiza lo que en cada una ha influido la venida del Mesías.

Oigamos lo que dice de Hacienda, cuyo romance escojo, no por el más poético ni por el más profundo, sino por el más corto:

La Hacienda tiene un *Gran Libro*
De la deuda universal,
Escrito en dos anchas hojas
De dos árboles, no más:
En la del árbol de Eden,

Bajo una poma falaz,
Estampó DEUDA INSOLVENTE,
Con sus lágrimas, Adan.
Y en la del leño del Gólgota,
Una sangrienta señal
Entre una Cruz y un Cordero
Rubrica: ¡PAGADA ESTÁ!
Las arcas de su tesoro
No encierran caudales más
Que una diminuta cédula
Con esta promesa Real:
«Inagotables riquezas
En el cielo ha de encontrar
Todo aquel que en nombre mio
Su hacienda á los pobres da.»
Y más abajo con signos
De la garra de Satan,
Entre un azadon y un túmulo,
Este registro infernal:
«En el centro de la tierra
El oro guardado está;
A mi reino ha de acercarse
Quien lo quisiera encontrar.»

El insigne poeta cuyo asiento ha heredado el Sr. Fernandez, el inolvidable Vega, tenía modo muy distinto de sentir y de expresar, pero no tenía distinto modo de creer. En él el buen gusto era un instinto, el clasicismo un rito. Yo os lo fio; la fe era igualmente católica, y la esperanza estribaba en los mismos cimientos.

Allá, en los primeros años de su juventud, por estudio más que por inspiracion, imitaba en los sagrados libros el *Cantar de los cantares*..... pero yo le vi en el ocaso de la vida, cuando su mano no tenía ya fuerza para volver la hoja de un libro, ni su pecho aliento para recitar una octava; yo le oí repetir con voz apagada y enternecidos ojos:

¡Ah! ¡no vuelvas, Señor, tu rostro airado

A un pecador contrito!
Yo abandoné, de lágrimas bañado,
La senda del delito;
  Y en tí, humilde, ¡oh mi Dios! la vista clavo,
Y me aterra tu ceño,
Como fija sus ojos el esclavo
En la diestra del dueño.
  Que en dudas engolfado, hasta tu esfera
Se alzó mi orgullo ciego,
Y cayó aniquilado cual la cera
Junto al ardiente fuego.
  Si en profano laud lanzó mi boca
Torpes himnos al viento,
Yo estrellaré, Señor, contra una roca
El impuro instrumento.
  ¡Levántate del polvo, arpa sagrada,
Henchida de armonía!
Y tú, por el perdon purificada,
¡Levántate, alma mia!

Hé aquí, Señores, que, contra lo que me habia propuesto, he caido en relatar sucesos de que he sido ó parte ó testigo.

Achaque es éste de los años: envejece el estilo como el cuerpo; y con la edad, nuestros escritos aparecen llenos de episodios y digresiones, como los árboles viejos se cubren de plantas parásitas.

¿Qué remedio? Coged el líquen, que es saludable, y el musgo, que es bello, y perdonad á la pobre encina hasta que el implacable leñador corte por el pié el añoso tronco.

Visitaba yo en cierta ocasion, más por oficio que por virtud, un establecimiento de beneficencia. Admirábame el órden que en él reinaba, el aseo esmeradísimo que le embellecia, el puro y santo ambiente que le animaba. Cada enfermo junto á su blanco lecho tenía una mesa en que se le prevenian los remedios del cuerpo, una imágen á quien encomendaba el remedio del alma; cada sala os-

tentaba con devocion elegante el altar, cubierto de flores, que atraia las dolientes miradas y embalsamaba el aire.

Y yo, pasando de sala en sala, iba diciendo para mí mismo: ¿Qué milagro es éste, que guarda comodidad y abundancia para la pobreza? ¿Cómo aquí el dolor no es quejumbroso, ni el insomnio impaciente, ni la agonía misma pavorosa? ¿Quién infunde cordura al demente y gratitud al descreido?

Y cuando llegó al extremo el divagar de mi espíritu, fué cuando entré en la parte de la Inclusa, allí donde santas vírgenes dan vida á criaturas á quienes sus madres condenaron á muerte.

Y volvia los ojos á aquellas religiosas, jóvenes, bellas (sí, ¿por qué no lo he de confesar?), y me decia á mí mismo..... Hé aquí unas criaturas que guardan intacta la virginidad de su cuerpo, y que embriagan el alma en las delicias de la maternidad; su labio purísimo no ha sido nunca profanado con el aliento del amor, y ya brilla fecundísimo en maternal sonrisa..... Así renuevan ellas, en cuanto humanamente es posible, el inefable misterio de Nazaret y de Betlen.

Pero es el caso que, discurriendo en estas imaginaciones (como á menudo acontece), habia olvidado la realidad..... ni pensaba que es forzoso sembrar en la tierra la semilla de la limosna para cosechar en el cielo los divinos frutos de la caridad.

Y así llegué á la puerta de salida, que era diversa de la del ingreso..... Una preciosa imágen estaba allí colocada como cerrando el paso y dando el último adios á los curiosos. Era la Vírgen de la Misericordia; la habia modelado el cincel y la habia colorido la paleta de Zarci-

llo, á quien yo me atrevo á llamar el Murillo de la moderna escultura en madera.

La Vírgen no estaba vestida de púrpura, ni con manto recamado de flores, ni coronada de estrellas..... tenía sólo ¡extraña fantasía! el hábito mismo de las religiosas hospitalarias, y sobre sus cabellos de oro una guirnalda de frescas rosas, las cuales diariamente renuevan los que cobran la salud en aquel asilo.

El niño Dios tampoco estaba desnudo, como lo representan los artistas del Renacimiento, ni vestido de terciopelo ó brocado, como lo atavian los devotos, mas envuelto en pañales, ni más ni ménos que los pobres expósitos; las fajas azules de aquella Inclusa lo ceñian. Sin embargo, tenía libres los ternezuelos brazos y la divina cabeza; una corona de espinas rodeaba el rubio y rizado cabello, y en su rostro habia retratado el murciano escultor las dos naturalezas..... porque miéntras dos humanas lágrimas brillaban en sus mejillas, una sonrisa verdaderamente *divina* contraia su boca. Tendia en ademan demandante la diestra, prematuramente llagada ya con el clavo de la pasion, y de la siniestra pendia un cartel que decia de este modo:

¿Cómo el que hasta aquí llegó,
Sin dar limosna se va?
Sin duda no reparó
Que es mi madre á quien la da,
Y quien se la pide, Yo.

Señores Académicos, no os recomiendo ni la versificacion ni el estilo; pero de mí sé decir, y el público lo comprenderá, que lo que hice fué poner mano al bolsillo y depositar, en compañía de cuantos me rodeaban, mi ofrenda de caridad á los piés de aquel bellísimo y devoto grupo.

¿No es verdad, Señor Académico, que el oscuro autor de aquel no muy correcto epigrama habia dado esplendor á la más grande y más esencial de las virtudes cristianas, la caridad? (1).

¿No es verdad que la palabra poética ha dado esplendor á la religion; porque con el poema ha popularizado sus héroes, y con el drama ha explicado sus misterios, y con la cancion ha enfervorizado sus afectos, y hasta con el epigrama ha promovido la práctica de sus virtudes, esclareciendo así cuanto debemos creer y saber y prac ticar?

Pero, ¿cómo podemos nosotros apelar al nuevo compañero, haciéndole juez de causa en que es parte muy interesada? Él, Señores, trae en la mano, por decirlo así, la probanza más cabal de la tésis que yo mantengo.

Hay un género de poesía en el cual se desarrolla una accion interesante y moral por la mediacion de diversos personajes y el contraste de opuestos caractéres, como en el drama; en este género, con todo, conserva el poeta mayor influencia, porque interviene para describir, para narrar y hasta para moralizar sobre los sucesos, como en el poema épico; tiene, ademas, mayor libertad y anchura, porque puede emplear todos los tonos de la poesía lírica; exige, en fin, cierta brevedad y agudeza, como el epigrama..... y, sin embargo, no es el drama, ni la epopeya, ni la oda, ni el epigrama: es la *fábula*.

¿Quién hubiera podido pensar que aquel género de ficciones con que Esopo entretenia á los sensuales atenienses, que el liberto Phedro introdujo en la Roma politeista, y con que en nuestros tiempos Lafontaine y Samaniego

(1) El Sr. D. Adolfo de Castro, erudito y generoso Académico correspondiente, ha dilucidado este punto, demostrando el orígen de la anterior quintilla.

instruian, si no criticaban, las córtes, no por cierto muy austeras, de Luis el Grande y de Cárlos IV; aquel género, con el cual Iriarte (por un esfuerzo de ingenio) habia enseñado las reglas literarias, se habia de prestar ahora, en manos del sacerdote poeta, á la enseñanza, no ya de la moral cristiana, sino de la vida ascética? Y sin embargo, nada más cierto.

La Banda de estorninos *demostrará que el que se aparta de la unidad católica perece miserablemente.*

La Azucena, *que el pecador debe poner su esperanza en la proteccion* de *María Santísima.*

Los dos Potros, que se solazan en la llana senda del ferro-carril, nos acreditarán que *quien no huye de la ocasion caerá en el pecado.* Y así todas las demas.

¿Quereis ver cómo la más festiva y popular de nuestras combinaciones métricas se presta con brevedad á un poderoso ejemplo y á una sublime enseñanza? Pues oid:

FÁBULA XIII (lib. II).

Un severo monarca
Hubo en lo antiguo,
Que tal condena puso
Al asesino:
¡Llevar á cuestas
El horrendo cadáver
La vida entera!
Con sistema tan raro,
El buen difunto
De víctima pasaba
A ser verdugo.
¿Con la conciencia
No sucede lo mismo
Cuando se peca?

¿Habeis olvidado que *el consejo, sin el ejemplo, no edifica?* Pues oid á *El Esquilon y el Gato:*

FÁBULA IX (lib. I).

Un esquilon muy ladino,
Asomado á su tronera,
Con limpio acento argentino
Llamaba al culto divino
Al pueblo de esta manera:
«Parroquiano,
Mal cristiano,
Vén á misa,
Pues te avisa
Que ya es hora
Mi sonora
Voz del alto serafin.
Tin, tin, tin.
»¡No te pasma
Y entusiasma
Mi desvelo
Y este celo
Con que llamo,
Cual reclamo
Del empírico confin?
Tin, tin, tin.»
Oyó el sonsonete un gato
(El rubio Marramaquí)
Desde el tejado inmediato,
Y sin pizca de recato
Hubo de argüirle así:
«¡Linda pieza!
¿No es rareza
Que con tanto
Són de santo,
Nunca al templo,
Dando ejemplo,
Descendió tu beatitud?
Miaú..... miaú.
»Así, digo
Que conmigo
Tu palabra
Poco labra,
Pues no tiene

Lo que viene
A dar peso á la virtud.
Miaú..... miaú.»
Quien las virtudes predique
Sin dar á la vez ejemplo,
Que no muy alto repique;
No sea que se le aplique
Lo que al *Esquilon* del templo.

¡Con cuánta razon exclama el sacerdote *Vanitas vanitatum et omnia vanitas* (fáb. XI, lib. I), luégo que el poeta ha pintado con magistral delicadeza el cuadro de

LAS POMPITAS.

Con espuma de jabon
Por un canuto de caña
Soplaba un niño con maña
Pompitas desde un balcon.
En la calle un zagalon,
Viéndolas bajar tan bellas,
Presuroso iba á cogellas;
Mas al tocarlas su mano,
Tornábanse en aire vano,
Sin quedar ni rastro de ellas.
«¡Zagalon, ¡qué necio eres!
(Dice un quidam), pues ¿no ves
Lo que indica y lo que es
Ese globo que asir quieres?
Es tipo de los placeres
Por que los hombres deliran,
Que, cuando léjos se miran,
Cautivan el corazon;
Mas se ve que nada son
Cuando, al tocarlos, espiran.»

Quizá se arguya que estas máximas son de moral razonable, y no de perfeccion *ascética*..... ó quizá que no hay aquí cualidades nuevas de objetos físicos, aducidas en prueba de verdades metafísicas. Los que así arguyan,

no tienen más que abrir el libro para encontrar respuesta.

El Armiño, el Castor y el Jabalí (actores nuevos en el teatro de la fábula), les enseñarán que *el reino de los cielos padece violencia.* Las fotografías del corazon (ved si puede haber cosa más nueva) acreditarán que el mundo no es más *que concupiscencia de la carne y soberbia de la vida;* y el Caracol y el Cigarron, actor tambien poco conocido, le enseñarán hasta con palabra nueva, que el *progreso de la virtud no ha de ser efecto de* fervoretadas *de espíritu;* hasta aquel *guiñapo*, que conoció Quevedo, saldrá á plaza en diálogo ó en doblon, *para que nadie juzgue temerariamente á su prójimo.* ¿Quién dudará que pertenece á la ciencia ascética aquel principio de que *la virtud de* la presencia *de Dios hace al hombre recto;* y el otro, que lo es, por decirlo así, correlativo, de que *el alma que está siempre asomada á los sentidos pierde las virtudes más excelentes?* Pues si álguien lo ignora, no necesita para aprenderlo estudiar las obras de Fr. Luis de Granada ó de Santa Teresa; bastan las dos fábulas de El Girasol y La Ventanera.

Dice la fábula viii:

EL GIRASOL.

Tres flores de un vergel,
Las más hermosas,
Rosa, nardo, clavel,
Presuntuosas,
Preguntaban con ánsia á sus señores,
Cuál fuese la mejor entre las flores.
Quién responde «el jazmin»,
Quién «la violeta»,
Quién «la rosa», y en fin
Para completa

Variedad de sentir en el concurso,
No faltó quien les hizo este discurso:
«Prefiero el girasol
Gallardo y recto,
El amante del sol
El más perfecto,
Que con virtud ajena de una planta,
A la altura del hombre se levanta.
»¿No lo veis con qué afan
A toda hora
Sigue el regio galan
A quien adora,
Y reverente la cabeza inclina
Desde que ve su lumbre matutina?
»¡Vosotras, al reves,
Del bajo suelo
No levantais dos piés!
Y mustio duelo
Os abate y enoja entre desmayos,
Cuando derrama el sol ardientes rayos.
»Por eso con rigor
Y ceño os trata,
Las galas y el primor
Os arrebata;
Y vuestro cáliz, que el aroma encierra,
A la tarde ¡infeliz! ya está en la tierra.
»—¡Hermanas, es verdad!
Mas no os asombre;
Que igual calamidad
Sucede al hombre»,
La rosa dijo, y terminó la escena
Con aquesta leccion, de moral llena:
«El mísero mortal
Que á Dios no mira,
En abismos de mal
Al fin espira;
Mas del justo que vive en su PRESENCIA,
Recta, noble y feliz es la existencia.»

La Ventanera (fáb. XIV) dice así:

Era hermosa mujer la doña Juana
Y de mucho caudal; pero tenía

El achaque, el desbarro, la manía
De estar siempre asomada á la ventana.
Cuanto ocurre en la casa más lejana
No se esconde á su atenta policía;
Mas con esto la pobre no sabía
Lo que pasa en la suya, tan cercana.
Todo en ella es desórdenes y olvidos;
En fuerza de lo cual, á competencia,
Le robaban sus bienes más queridos.
Luego el alma que pasa su existencia
Asomada al balcon de los sentidos,
Recoja esta leccion de la experiencia.

Con razon, como veis, llama el autor á sus fábulas *ascéticas;* lo son sin duda, y asimismo morales. Ni ¿cómo podrian llegar á lo uno sin abundar en lo otro? Pero son ascéticas con aquel ascetismo que hizo á Hojeda poeta épico, que levantó á Calderon hasta el trono de la poesía dramática, y que constituye á Fr. Luis dè Leon en príncipe de nuestros líricos. Son ascéticas en cuanto, inspiradas por Dios, de cuyo soberano sol procede la luz de toda inteligencia, tienden á devolverle lo que de Él reciben, y procuran poéticamente aumentar con la palabra humana el esplendor de la verdad divina.

No tema nadie, sin embargo, adquirir con su lectura aquel espíritu mezquino, aquella devocion rezadora que consiste en desgastar sin fruto las cuentas de un rosario, ó repetir con los labios las oraciones que el corazon no acompaña. Estos tales encuentran su retrato en las siguientes redondillas, con que quiero despedirme:

FÁBULA XXI (lib. II).

Érase un loro maldito,
Que se gloriaba de santo,
Porque siempre era su canto
El Santo-Dios y el Bendito.

«¡Calle el necio y no eche plantas!
(Dijo un grillo). ¡No te alabes!
Pues si cantas lo que sabes,
Nunca sabes lo que cantas.»
Y tuvo razon el bicho;
Y áun sus tiros se enderezan
A esos que rezan y rezan
Sin saber lo que se han dicho.
Pues la cristiana oracion
Jamas se remonta al cielo,
Si no le prestan su vuelo
La mente y el corazon.

Lo mismo, Señores, sucede con la poesía.

He dicho.

EL LIBRO IV DE LA ENEIDA,

TRADUCIDO EN OCTAVA RIMA

POR D. MIGUEL ANTONIO CARO,

Académico correspondiente en Santa Fe de Bogotá (1).

I.

Herida en breve de dolencia aciaga,
Pábulo da la Reina en cada hora
Al placer mismo de enconar la llaga,
Y de fuego secreto se devora.
Del héroe, su valor, su alcurnia, halaga
El pensamiento, y de su voz sonora
El eco, y de su faz guarda el trasunto;
Y tregua el vivo afan no sufre un punto.

II.

Húmida el alba sonrió, y el dia
Con luz roja entre nieblas despuntaba,
Cuando á su amante hermana el paso guia
Dido, y con ella así coloquio traba:
«¿Qué sueño tentador, Elisa mia,
El sueño fué que de agitarme acaba!

(1) La Academia ha creido conveniente insertar en sus MEMORIAS esta version española del bellísimo libro IV del inmortal poema de Virgilio, tanto por lo que es en sí, cuanto por dar idea de cómo estudian é interpretan hoy las grandes creaciones de la antigüedad clásica nuestros hermanos de América.

Mas este huésped que tenemos, dime,
¿Cuál corazon habrá que no le estime?

III.

»¿Qué brío á su alma y brazo no acompaña?
¡Cuál se pinta en su frente su destino!
Yo, si mis ojos la ilusion no engaña,
Que desciende de dioses adivino;
Pues torpe miedo, que el semblante empaña,
Siempre delata al corazon mezquino;
Y él, tras tanto conflicto y prueba tanta,
¡Qué de combates concluidos canta!

IV.

»Eterno, irrevocable es mi desvío
De un nuevo enlace al criminal deseo,
Que mi esperanza en flor y el amor mio
Yacen con las cenizas de Siqueo.
Mas si á mis ojos sin fulgor sombrío
Pudiese arder la antorcha de Himeneo,
Sólo de este héroe la gentil presencia
Capaz fuera á vencer mi resistencia.

V.

»Confesártelo quiero: desde el dia
Que el doméstico altar fué enrojecido,
Por la venganza del hermano impía,
Con la inocente sangre del marido,
Sólo aqueste extranjero á simpatía
Ha logrado moverme, y su latido
Volver al corazon, que ya se inflama;
El calor siento de la extinta llama.

VI.

»Mas hiéndase y sepúlteme en su seno
La tierra; el padre del Olimpo santo
Me precipite al retumbar del trueno
En la mansion de noche eterna y llanto,

Si es ¡oh Pudor! que mi deber no lleno,
Si tu sagrado código quebranto.
Pues de todo mi amor hice á él promesa,
Amar debo su sombra, honrar su huesa!»

VII.

Dice; y baña en sus lágrimas, vencida,
El seno amigo. Respondió la hermana:
«Tú, á quien más amo que mi propia vida,
Qué, ¿pasarás la juventud lozana
Sin coger flores con que Amor convida,
Sin lograr frutos de que Amor se ufana?
¿Piensas que de los vivos los cuidados
Van el sueño á inquietar de los finados?

VIII.

»Fuese así, ¿qué les debes? No hubo amante,
Ni hoy en esta nacion, ni ántes en Tiro,
Que tu pecho ablandase de diamante:
Á Iarbas desdeñaste, y el suspiro
De tantos de que al África arrogante,
Claros guerreros, alabarse miro:
¿Mas á tu amor y utilidad te opones?
Oye á ese amor y mira á estas regiones.

IX.

»Las gétulas ciudades aguerridas
De una parte amenazan al Estado;
Ves allá los indómitos Numidas,
La Sirte inhospital: por otro lado
Los Barceos errantes y homicidas,
El árido desierto y abrasado;
¿Y lo que ha de venir de Tiro sabes?
¿Qué, si el airado hermano apresta naves?

X.

»Fué de los dioses voluntad, no dudo,
Favor de Juno, que en tu bien se esmera,

Que frigios buques tras embate rudo
Saludasen al fin nuestra ribera.
¿Qué no promete tan dichoso nudo?
Con la troyana juventud guerrera,
¡Cuánto en gloria y poder la patria gana!
¡Qué gran nacion la que verás mañana!

XI.

» En tanto á la deidad en los altares
Inclina en tu favor con sacrificios,
Miéntras al extranjero en tus hogares
Obligas con benévolos oficios.
Causas proponle de aguardar: los mares
Agitados de vientos impropicios,
La flota inhábil para alzar el vuelo,
El pluvioso Orion y ambiguo el cielo. »

XII.

La voz de Elisa el reprimido fuego
Torna de Dido en llamas encendidas,
Y en esperanzas del amor más ciego
Las timideces de pudor nacidas.
Juntas, altares visitando, el ruego
Cantan de paz, y ovejas escogidas
Ofrecen, segun rito, á Febo, á Céres
Que leyes da, y al dios de los placeres.

XIII.

Más que á todos á Juno, la que enlaza
Cuellos de amantes con feliz cadena,
La Reina acude, y si ofrecerle traza
Blanca novilla, que inmolar ordena,
Entre uno y otro cuerno ella la taza
De espumoso licor derrama llena;
Y si, ornado el altar, favores pide,
La sacra ceremonia ella preside.

XIV.

Torna á iniciar con cada nueva aurora

Nueva fiesta. Con labios anhelantes
Su destino en las víctimas explora,
Consultando las fibras palpitantes.
La ciencia del augur ¡oh cuánto ignora!
Ni ¿cuál rito sanó pechos amantes?
Consume fuego halagador la vida,
Fresca recata el corazon su herida.

XV.

Tal la Reina abrasada incierta gira:
Así tambien en la selvosa Creta
Algun vago pastor de léjos tira
Á cierva incauta rápida saeta;
Él, que clavó el arpon tal vez no mira;
Ella en bosques y valles huye inquieta,
Y en vano huyendo de librarse trata,
Que va con ella el dardo que la mata.

XVI.

Y ya á Enéas á ver los muros guia
Y primores le muestra por do viene;
Empezados proyectos le confia,
Va á hablar tal vez, y al pronto se detiene:
Ó ya en festines, en cayendo el dia,
Con preguntas, cual ántes, le entretiene;
Que lances torne á referir le agrada,
Y torna á oirle, de su voz colgada.

XVII.

Tambien á veces la infeliz, hallando
El semblante del héroe en su semblante,
Estrecha á Ascanio contra el seno blando,
Por si engañado Amor duerme un instante.
Y cuando todos se retiran, cuando
Su móvil faz, á trechos radïante,
Con velo funeral cubre la luna
Y se hunden las estrellas una á una;

XVIII.

Cuando todo á los vivos aconseja
Tomar descanso, en la desierta sala

Pasea sus congojas, y honda queja,
Consigo á solas, de su pecho exhala;
Ó en el lecho tal vez caer se deja
Que ocupó en el festin, y se regala
Con el amado, que el amado ausente
Presente le ve allí, le oye, le siente.

XIX.

Suspensa en tanto la comun tarea,
Ni en ejercicios de armas se solaza
La juventud, ni en concluir se emplea
Nadie ya el puerto, ni en murar la plaza:
No se alza más la torre gigantea;
Inconcluso, ruinas amenaza
Todo el muro, y la máquina que osa
Hasta el cielo empinarse, asombra ociosa.

XX.

La hija de Saturno, la que al lado
Reina de Jove, ha visto á la infelice:
Ve que el amor inmola ya el cuidado
De su fama, y á Vénus llega y dice:
«Rica presa hijo y madre habeis logrado;
Que una mujer la planta en red deslice
Que dos dioses le armaron de concierto,
Es gran victoria y memorable, cierto!

XXI.

»Mal pudiera ignorar que sospechosas
Tú de Cartago las mansiones hallas;
Yo sé que en tus recelos no reposas
Cuando ves de Cartago las murallas.
Mas ¿no habrá fin á tan acerbas cosas?
¿Siempre hemos de reñir duras batallas?
Justo es ya que finquemos, si te place,
Eterna paz en venturoso enlace.

XXII.

»Cuanto pudo halagar tu fantasía,

Todo lo tienes á sabor cumplido:
Dido muere de amor: la llama impía
Cala y consume el corazon de Dido.
Que esta nacion rijamos tuya y mia
Con igual potestad es lo que pido:
Dido al troyano obedecer se vea;
Dote, fïada á tí, Cartago sea.»

XXIII.

Vénus, cual si no hubiese en sus razones
La mira penetrado traicionera
De llevar á las líbicas regiones
El reinado feliz que á Italia espera,
«Acojo, respondió, lo que propones;
Que en vez dello altercar demencia fuera:
Falta sólo que el vínculo que dices
Efectos logre, cual preves, felices.

XXIV.

»Yo, yo temo del hado los arcanos;
Ni decir sé si Júpiter se paga
De que, uniéndose tirios y troyanos,
Sólo un pueblo la union de entrambos haga.
Mas tú los pensamientos soberanos
Del mismo Jove suplicante indaga;
Que es derecho de esposa; y de consuno
Obrarémos despues.» Respondió Juno:

XXV.

«Fíalo á mi prudencia que lo aplaza
Para su tiempo. Á lo que está primero
Por el pronto atendamos: con qué traza
Lograrémos el fin, decirte quiero.
Salir han concertado al monte á caza
Dido y Enéas: que saldrán espero
Cuando el sol tienda desde el alta cumbre
Los primeros destellos de su lumbre.

XXVI.

»Yo, en viendo que las plumas de colores
Bate el viento y que empiezan la espesura
Con cuerdas á ceñir los cazadores,
Recia borrasca moveré en la altura,
El cielo en torno asordaré á rumores,
Granizo lanzaré de nube oscura;
Dispersos correrán, y á todos lados
Con ciega sombra toparán cerrados.

XXVII.

»Dido y el Rey de la troyana gente
En una gruta entónces á deseo
Reparo buscarán: seré presente,
Y haré, si tu favor cordial poseo,
Que á consorcio se obliguen permanente,
Y el juramento sellará Himeneo.»
Tal su ardid Juno expone á Vénus; y ésta
Sonrisa de adhesion dió por respuesta.

XXVIII.

Aurora en tanto de la mar salia
Hermosa; y redes ya de claros hilos
La alegre juventud trae á porfía,
Y lonas y venablos de anchos filos.
Á la vez llegan con sagaz jauría
Á caballo los ágiles Masilos;
Y á Dido que en la régia alcoba aún tarda,
Legion florida en el umbral aguarda.

XXIX.

Soberbio de oro y grana el campo huella,
Y espumoso un bridon tasca el bocado;
Ya ella sale á montarle, y va con ella
El juvenil cortejo alborozado.
Su clámide purpúrea franja bella
Borda; es áureo el carcaj que lleva al lado;

La veste ciñe en áureo broche; en oro
Coge de sus cabellos el tesoro.

XXX.

Asoma ya la juventud troyana;
Gozoso llega Ascanio, Enéas llega
Radiante de hermosura soberana,
Y las bandas, cual príncipe, congrega.
No en gentileza ó majestad le gana
Apolo, cuando hurtándose á la vega
Del Xanto, ó á la Licia envuelta en hielos,
Fiestas instaura en la materna Délos.

XXXI.

Entónces el altar ciñendo santo
De Cretenses y Dríopes el coro
Y Agatirsos pintados, danza y canto
En torno inician en tropel sonoro;
El del Cinto en las cumbres vaga en tanto;
Orna el suelto cabello, á par del oro,
Con tiernas hojas de gentil guirnalda,
Y los dardos retiemblan á la espalda.

XXXII.

Cuando al monte llegaron y al sagrado
De hojosos laberintos, á deshora
Del risco descolgándose empinado
Ven la silvestre cabra saltadora.
Mueve á los ciervos súbito cuidado,
Y la manada el campo voladora
Cruza; nube de polvo en torno crece,
Y los montes dejando, desparece.

XXXIII.

Ascanio revolviendo va á doquiera
Su brioso caballo por el llano,
Y ya á los unos en veloz carrera,
Ora á los otros se adelanta ufano.

Entre inermes rebaños, aplaudiera
Un jabalí espumoso haber á mano,
Y ruega que del áspero boscaje
Algun rojo leon al campo baje.

XXXIV.

Hé aquí el cielo amenaza, óyense truenos,
Sigue granizo y tempestad oscura;
Y, tirios y troyanos de afan llenos,
Cada cual por su lado huir procura.
Ni de Vénus al nieto acosa ménos
El cielo: albergues van por la llanura
Buscando: de las sierras eminentes
Se despeñan las aguas á torrentes.

XXXV.

Iba el troyano capitan con Dido,
Y á una gruta se acogen á deseo:
Presagia la alma Tierra con ruido,
Y Juno, al rito atenta, el Himeneo.
El cielo, en los misterios instruido,
Alumbró con siniestro centelleo;
Las ninfas á que el monte da moradas,
Gimieron en las cumbres elevadas.

XXXVI

¡Oh raíz de infortunio, hora funesta!
No alimenta en su amor furtiva llama
La Reina ya, ni miramiento presta
Á lo que honor ó la opinion reclama:
Por velo da á su culpa manifiesta
Nombre de matrimonio. Y ya la Fama
Por cuantas villas la África numera
Canta con voz los hechos pregonera.

XXXVII.

Fama aquella malvada se apellida
Que es veloz como igual no ha visto el cielo;

En su movilidad está su vida,
Y le crecen las fuerzas con el vuelo.
En los primeros pasos va encogida;
Luégo se alza ambiciosa: por el suelo
Humildemente rateando empieza;
Luégo esconde en las nubes la cabeza.

XXXVIII.

Llena de ardor contra los dioses, creo,
La Tierra hubo á la Fama hija postrera,
Póstuma hermana á Encélado y á Ceo,
Ágil de miembros y de piés ligera.
Cuantas plumas, enorme monstruo y feo,
Ciñendo al cuerpo va, ¿quién tal creyera?
Tantos debajo oculta ojos despiertos,
Tantas bocas y oidos siempre abiertos.

XXXIX.

Estridente en la sombra mueve el ala
De noche, y entre tierra y cielo vuela;
Nunca el sueño sus párpados regala!
De dia, misterioso centinela,
En techo ó torre altísima se instala;
Y asombro dando á las ciudades vela,
Y con ardor igual, doquier que gira,
Publica la verdad y la mentira.

XL.

Lo mismo agora, ufana, diligente,
Mezcla verdades y ficciones vanas,
Y esparciéndolas vuela entre la gente,
Corriendo las provincias comarcanas:
Que ha arribado, de Troya procedente,
Enéas á las playas africanas;
Que le acoge, y consiente en ser su esposa,
La soberana de Cartago hermosa.

XLI.

Más: que olvidando públicos cuidados,

En la red del placer entretenidos,
Gozan los dias del invierno helados
Por amor, lo que duren, encendidos:
La ímpia diosa por campos y poblados
Va esto poniendo en bocas y en oidos,
Y al rey Iarbas torciendo, llega en breve,
Le inflama el alma y á furor le mueve.

XLII.

Robó á la ninfa Garamanta un dia
Jove Amnon; destos hijo Iarbas era;
El cual cien templos dedicado habia,
En los vastos dominios en que impera,
Á su padre, y cien aras donde ardia
Velador fuego que morir no espera:
El suelo en sangre víctimas coloran;
Tiernas guirnaldas el dintel decoran.

XLIII.

El rumor revolviendo que le aqueja
Iarbas allí, entre estatuas tutelares
Gime alzando las palmas; ni se aleja
Sin fatigar á ruegos los altares.
«¡Oh Jove omnipotente, á quien festeja
Con obsequios del dios de los lagares
La gente maura en recamados lechos!
¿Ves, di, la iniquidad de humanos pechos!

XLIV.

»¿Ves? ¿Ó cuando á las nubes rompe el seno
El fuego, y tiembla el hombre, asombro es vano?
¿No es voz de tu furor el ronco trueno?
¿Ciegos salen los rayos de tu mano?
Vino aquí errante una mujer: terreno
Compró para ciudad pequeña: un llano
La dí que cultivado la abastase;
Á su dominacion yo eché la base.

XLV.

»Y ella ayer rechazóme por marido,
¡Ah! ¡Y ella á un huésped hoy sienta á su lado!
Y éste que unge el cabello y va servido
De eunucos, nuevo Páris, y el tocado
Meonio ciñe en vergonzoso olvido,
Gozando libre está de un bien robado;
¡Y yo, que en darte culto no reposo,
Llevo infeliz renombre de dichoso!»

XLVI.

Tal, asido al altar, Iarbas gemia;
Y oyendo el Padre su clamor prolijo,
Vió la copia de amantes que yacia
En torpes lazos, y á Mercurio dijo:
«Óyeme, y cruza la region vacía;
Los céfiros te ayuden, vuela, hijo;
Vé al rey troyano que en Cartago olvida
Mansiones do Fortuna le convida.

XLVII.

»Que no así, le dirás, su madre hermosa
Me le ofreció; ni para fin tan triste,
Cuando la muerte entre la lid le acosa,
Una vez y otra á remediarle asiste;
Mas para que su raza gloriosa
Restaure, y entre á Italia, y la conquiste
Henchida de poder, hirviente en guerra,
Y leyes dicte al orbe de la tierra!

XLVIII.

»Que si no le da impulsos la memoria
De sus altos destinos, ni se afana
Por ceñirse el laurel de la victoria,
Débele á Ascanio la ciudad romana.
¿Y querrá á un hijo defraudar su gloria?
¿Ó qué entre gente á su mision profana

Proyecta? ¿Por lo suyo no suspira,
Ni allá los campos de Lavinio mira?

XLIX.

» Tú vé; intímale, pues, mi mandamiento;
Yo mando, en suma, que se dé á la vela! »
Dijo; á su voz el mensajero atento,
Cumplir el cargo presuroso anhela;
Y la sandalia calza en el momento,
La áurea sandalia con que alado vuela
Cual soplo de los céfiros, lo mismo
Sobre la tierra y sobre undoso abismo.

L.

Cobra en seguida el dios su caduceo:
Con él las sombras pálidas evoca
Que yacen en el Orco, y al Leteo
Lleva tambien las ánimas: provoca
Y disipa los sueños á deseo;
Los mustios ojos abre si los toca:
Con él nublados trata, auras domina;
Y hé aquí volando á Atlante se avecina.

LI.

El cual con pinos hórrida levanta,
Y de hoscas nubes guarnecida ostenta
Su anciana frente, y con soberbia planta
El alto cielo sobre sí sustenta:
Nieve arropa sus hombros; se quebranta
En sus flancos rugiendo la tormenta,
Y á trechos en arroyos se desliza
El bronco hielo que su barba eriza.

LII.

Allí el cilenio dios descanso toma;
Paz da á las alas que al igual batia;
Y luégo al mar con fuerza se desploma;
Y cual ave que al pez la gruta espía

Y en las playas, rasando el alga, asoma,
Tal á las costas líbicas venía,
Distante en breve del materno suelo
Entre agua y tierra el dios á salto y vuelo.

LIII.

No bien chozas tocó su planta alada,
Muros trazando y casas al caudillo
Troyano vió, cuya ceñida espada
Puntas de jaspe esmaltan amarillo,
Y á quien clámide en púrpura bañada
Los hombros cubre con ardiente brillo:
Obsequios de la rica soberana
Que con oro sutil bordó la grana.

LIV.

Fué uno verle y ponérsele delante:
«¿Tú á echar las bases de Cartago atento?
¿Tú ornando esta ciudad, postrado amante?
¿Tú de tus hados sordo al llamamiento?
Pues dime,—que de Olimpo radïante
Me envia á tí por sobre el raudo viento
El que el mundo gobierna y las esferas —
¿Qué es lo que en Libia descuidado esperas?

LV.

»Que si no te da impulsos la memoria
De tus altos destinos, ni te afanas
Por ceñirte el laurel de la victoria,
Mira á Ascanio crecer: las italianas
Comarcas son su herencia; allí su gloria.
¿De un hijo harás las esperanzas vanas?»
Calló, y la vista deslumbrada deja,
Y cual sombra en el aire huye y se aleja.

LVI.

Quedó Enéas absorto, híspido el pelo,
Hecha un nudo la voz en la garganta.

Ya en dejar piensa aquel amado suelo,
Que la divina inspiracion le espanta.
Mas ¡duro trance! ¡amargo desconsuelo!
¡Ir á anunciar que el áncora levanta
Á aquella que por él de amor fallece!.....
Cómo, no sabe, ni por dónde empiece.

LVII.

Propónese mil cosas, y cuan presto
Se fija en una, á esotra vuelve en tanto;
Vacila: al fin resuelve, y á Segesto
Y á Mnesteo convoca, y á Cloanto:
Que hagan, les manda, sin rumor apresto
De embarcaciones; que su gente á canto
Reunan de zarpar; armas prevengan,
Y sus intentos bajo llave tengan.

LVIII.

Que él entre tanto con mesura y tiento—
Pues la espléndida Dido nada sabe,
Ni espera que en eterno alejamiento
Aquel tan grande amor tan presto acabe—
Para hablarle, buscando irá momento
El más propicio, y modo el más suave:
Ésta es su voluntad. Todos aprueban,
Y alegres el mandato á cabo llevan.

LIX.

¿Cómo engañar á un corazon que ama?
Ella todo lo sabe, lo adivina;
Fué quien primero descubrió la trama,
Y áun, en horas serenas, de Ticina
Amagos presintió. ¿Qué más? La Fama
Sus ocultos recelos amotina,
Maligna susurrando que aparejan
Naves los Teucros, que á Cartago dejan.

LX.

Fuera de tino la soberbia amante,

Corre por la ciudad, como se agita
En las órgias solemnes la bacante
Cuando oye en torno la vinosa grita,
Y los tirsos descubre, y resonante
Á sus misterios Citeron la invita:
Tal va la Reina, y tal sin más recato
Vuela á afrontar al amador ingrato.

LXI.

«¿Disimular ¡oh pérfido! pensaste
Tu malvada intencion, tu alevosía?
¿Y tu nave en mi puerto imaginaste
Que en silencio las velas soltaria?
¿Cosa no habrá que á disuadirte baste,
Ni mi amor, ni la fe jurada un dia?
¿Ni reparar en Dido sin ventura,
Que por tí morirá de muerte dura?

LXII.

»¡Y que en lo crudo de invernales meses
Quieras de presto aderezar tu flota!
¡Que tanto en levar ferro te intereses
Cuando más Aquilon la espuma azota!
Dime, crüel, si en lejanía vieses,
No extraños campos ni ciudad ignota,
Mas renaciente á Troya, ¿á tus hogares
Cruzando irias procelosos mares?

LXIII.

»¡Huyes de mí! Mas nuestra union te pido
Que recuerdes; y este único tesoro
Que reservé, mi corazon herido,
Mírale aquí, y las lágrimas que lloro!
¡Si algo te merecí, si hallaste en Dido
Algo de amable, tu clemencia imploro!
¿Mi trono hundirse ves sin sentimiento?
¡Ah! ¡Si áun vale rogar, muda de intento!

LXIV.

» Nómades reyes, gentes confinantes
Me odian por tí; mi pueblo me desama;
Por tí inmolé el pudor, y la que ántes
Me alzaba á las estrellas limpia fama.
¡ Oh huésped ! en mis últimos instantes
Me abandonas; y ¿á quién? Mi voz te llama
Huésped; fuiste mi esposo. Mas ¿qué tardo?
¿ Al extranjero, ó al hermano aguardo?

LXV.

» ¿ Iarbas feroz, que mi persona aprese ?
¿ Pigmalïon, que mi nacion arrase?
¡ Oh ! ¡ Si ántes desta fuga al ménos dese
Amor alguna prenda me quedase:
Un tierno Enéas que en mi hogar corriese,
Que en su rostro infantil tu faz copiase !
¡ No tan desamparada me veria;
No fuera tan crüel tu accion impía ! »

LXVI.

Él, que de Jove, miéntras ella hablaba,
Guarda en su mente el mandamiento impreso,
Fijos los ojos en el suelo clava,
Mudo resiste del dolor al peso.
« Mi gratitud tu esplendidez alaba. »
Esto al fin dijo apénas; « y confieso
Que si arguyes ¡ oh Reina ! con mercedes,
Muchas y grandes recordarme puedes.

LXVII.

» Yo llevaré al recuerdo de esos dones
La imágen tuya dulcemente unida,
Miéntras guarde mis propias tradiciones,
Miéntras mi pecho aliente aura de vida.
Mas oye, en la cuestion, breves razones:
No pensaba ocultarte mi partida,

Ni de union conyugal te hice promesa;
No así te engañes: mi mision no es ésa.

LXVIII.

»¿No ves que si el destino me otorgára
Guïar las cosas, reparando males,
Ya hubiera visto por mi patria cara?
¡Podria de sus héroes los mortales
Restos honrar; al golpe de mi vara
Se alzáran sus alcázares reales,
Y poderosa, como enántes era,
Troya de sus cenizas renaciera!

LXIX.

»Mas ¡ay! la voz de oráculo divino
Fuerza mi voluntad; Febo me guia;
Navegar para Italia es mi destino;
Ya éste es mi amor, y ésta la patria mia:
Cual hoy troyano á Ausonia me encamino,
Tiria á Cartago tú viniste un dia;
Ya en paz la riges; en igual manera
Buscamos, do reinar, zona extranjera.

LXX.

»Mi padre Anquíses, cuando en alto vuelo
La noche entolda el orbe de la tierra
Y brillan las estrellas por el cielo,
En sueños me habla y su actitud me aterra:
Mi hijo Ascanio me es causa de desvelo,
Y en él mirando el corazon se cierra;
Que aquí, distante del confin hesperio,
Yo le defraudo el prometido imperio.

LXXI.

»Ni há mucho el nuncio de los dioses vino;
¡Por vida de ambos que le vi te juro,
Enviado por Júpiter, camino
Por los aires abrir y entrar el muro:

Estoy mirando su esplendor divino;
Oyendo estoy su mandamiento duro!
¡No me des más, no más te des tormento;
Llévanme á Italia, y con dolor me ausento!»

LXXII.

Miéntras hablaba, fiera y desdeñosa,
Con ardiente inquietud ella le mira;
Mirándole en silencio, ira rebosa,
Y luégo á voces se desata en ira:
«No fué tu madre ¡oh pérfido! una diosa;
Que desciendes del Dárdano es mentira;
Cáucaso te engendró entre ásperos lechos,
¡Hircana tigre te crió á sus pechos!

LXXIII.

»Ya ¿qué hay que disfrazar? ¿Qué más espero?
Ve llorando á su amante, ¿y se contrista?
¿Le merece una lágrima, un ligero
Signo de compasion? ¿Volvió la vista?
¡Cielos! ¿De cuál me quejaré primero?
¿Qué dios habrá que á vindicarme asista?
Ni Juno ya, ni Jove, ¡oh desengaño!
Con justa indignacion ven en mi daño.

LXXIV.

»¡Oh justicia! ¡Oh lealtad! ¡Nombres vacíos!
¡Yo náufrago, desnudo, falleciente
Le recogí, le abrí los reinos mios,
El imperio con él partí demente!
¡Yo los restos salvé de sus navíos,
Yo libré de morir su triste gente!
¿Adónde me despeña el pensamiento?
¡Llevada de furor, arder me siento!

LXXV.

»¡Y ahora la voz de oráculo divino
Fuerza su voluntad! ¡Febo le guia!

Ni há mucho el nuncio de los dioses vino,
¡Y es heraldo que Júpiter le envia!
¡Y en los aires abriéndose camino
Le trae la órden fatal! ¡Quién pensaria
Que así hayan de alterar cuidados tales
La alta paz de los dioses inmortales!

LXXVI.

»Nada te objeto ni partir te impido:
Vé, y por medio del mar, en seguimiento
Camina de ese imperio prometido;
¡Busca esa Italia con favor del viento!
Mas si justas deidades, fementido,
Algo pueden, te juro que el tormento
Hallarás, entre escollos, que mereces,
Y á Dido por su nombre allí mil veces

LXXVII.

»Invocarás; y Dido abandonada,
Con tea humosa aterrará tu mente.
Y cuando á manos de la muerte helada
Salga del cuerpo esta ánima doliente,
Yo, vengadora sombra, á tu mirada
En todas partes estaré presente.
Tu crímen pagarás; sabráse, oirélo;
¡Eso en el Orco irá á acallar mi duelo!»

LXXVIII.

Ella súbito aquí la voz detiene,
Y huye la luz odiosa con gemido.
Él, que á oponer razones se previene,
Queda atónito, absorto, atontecido.
Y hé aquí un grupo de esclavas la sostiene
En brazos; y la llevan sin sentido
Al tálamo, de mármoles labrado,
Y la reclinan sobre el regio estrado.

LXXIX.

Cierto que con palabras de dulz

El religioso Príncipe quisiera
Mitigar de la triste la amargura
Y el dolor suavizar que la exaspera.
Gime él de corazon su desventura,
Que amor le oprime con angustia fiera;
Todo, empero, lo vence, y determina
Recto cumplir la voluntad divina.

LXXX.

Ya á revistar su flota acude al puerto,
Y ya las altas popas de la orilla
Los troyanos alanzan de concierto;
Flota liviana la embreada quilla.
Remos y tablas da, de hoja cubierto,
Tronco informe, áun no bien la hacha le humilla;
Y en este afan, por coronar la empresa,
Salen de la ciudad todos de priesa.

LXXXI.

Tal las hormigas próvidas saquean
Riquezas que en sus antros acumulan;
Y, en la hierba cruzándose, negrean,
Y en senda angosta, por do van, pululan.
Unas á empuje granos acarrean,
Otras, á la que tarda ora estimulan,
Corrigen ora á la que pierde el tino;
Con tanta agitacion hierve el camino.

LXXXII.

¡Tu pobre corazon qué sentiria!
¡Cuán grande hubo de ser, Dido, tu pena,
Cuando herviente la playa en lejanía
Atalayabas desde la alta almena!
¡Qué, al sentir la confusa vocería
Con que al mar asordaba la faena!.....
Tú ¿á qué un alma no obligas, amor ciego?
Por tí ella al lloro vuelve, y vuelve al ruego.

LXXXIII.

Con interpuestas súplicas ensaya
Ir á amansar rebeldes sentimientos;
Que morir no es prudente sin que haya
Esforzado los últimos intentos.
«Elisa, ¿ves bullir toda la playa?
Míralos: corren, vuelan; ya contentos
Las popas adornaron de coronas;
Ya convidan al céfiro sus lonas.

LXXXIV.

»Yo que pude esperar dolor tan fiero,
Lo sabré soportar, hermana mia.
Este solo favor te pido, empero,
Pues te preciaba en tanto, y ser solia
El pérfido contigo verdadero,
Y tú hallabas sazon de entrarle y via;
Vé ahora, y doblar con súplicas procura
Esa cerviz cual de enemigo dura.

LXXXV.

»Que no con griegos, le dirás, la guerra
Juré en Áulide; naves á hacer riza
No envié á Troya, ni moví la tierra
Que cubre de su padre la ceniza.
¿Pues por qué oidos á mi llanto cierra,
¿Y huye azorado así? ¿Quién le hostiliza?
Buen viento espere y que la mar se ablande:
Es gracia, y la postrera que demande.

LXXXVI.

»No ya que vuelva por su fe de esposo
Ni á ese Lacio renuncie tan querido,
Que le costára asaz, pedirle oso;
¡Tiempo (nada le cuesta) es cuanto pido!
¡Tregua al dolor, momentos de reposo
Dé, en que el pecho á sufrir se avece herido!

Esto ruego; sé, hermana, compasiva;
Haz esto, y soy tu esclava miéntras viva.»

LXXXVII.

Tal la triste con lágrimas decia;
Tal á Enéas con lágrimas la hermana
Habla, y vuelve, y retorna, y su porfía,
No hay con él argüir, fatiga es vana;
Que ni por llantos su intencion varía,
Ni á ruegos ya su voluntad se allana;
Rigor del hado: al penetrar su oido
Embota un dios la fuerza del gemido.

LXXXVIII.

Cual recio, antiguo roble, á quien trabada
Legion de vientos en el Alpe embiste;
Braman; cruje la rama atormentada
Y de hoja el suelo en derredor se viste;
Mas él, asido de peñascos, nada
Teme, y á opuestos ímpetus resiste,
Y el cielo con su copa hiriendo altiva
Con raíz honda en el Averno estriba,

LXXXIX.

Él así de querellas golpeado,
Cuando su angustia divertir no pueda,
Tenaz resiste de constancia armado;
Inútil llanto por la faz le rueda.
Mas Dido, á quien temblar hace su hado,
Morir quiere que el cielo la conceda;
Ni la bóveda espléndida celeste
Torna á mirar sin que pesar le cueste.

XC.

Fortuna, que en su daño se encruelece,
Porque su infausto fin seguro sea,
Hace que á tiempo que devota ofrece
Dones en la ara do el incienso humea,

Note el agua lustral que se ennegrece
Y en sangre el vino corromperse vea.
¡Oh vista horrible! Atónita, confusa,
Aun á su hermana declararlo excusa.

XCI.

Dedicado á Siqueo un templo habia,
Todo de mármol, al palacio adjunto:
Ella le ama, ella le honra, y le atavia
Con velos blancos como nieve, junto
Con tiernas ramas. En la noche umbría
Parecióle que el cónyuge difunto
La llama del oscuro monumento
Con misteriosa voz, con hondo acento.

XCII.

Oyó á un buho tambien que se lamenta
Solitario en los altos torreones
Con lloroso clamor; su duelo aumenta
El recuerdo de aciagas predicciones.
Enéas mismo en sueños la atormenta,
Y por largo camino, por regiones
Áridas, siempre sola, peregrina,
Ir buscando á los suyos imagina.

XCIII.

Tal las huestes de Euménides Penteo
Y dos soles, dos Tébas mira insano;
Tal Oréstes con ciego devaneo
Comparece en la escena huyendo en vano:
Con fuego y sierpes tras el hijo reo
Arma una sombra la terrible mano,
Y vengadoras Furias las entradas
Sitian del templo, en el umbral sentadas.

XCIV.

El dolor la ha vencido; la despeña
El furor: el partido extremo abraza;

Y en su mente los trámites diseña,
Acuerda él modo y el momento aplaza.
Su intento oculta, y con la faz risueña
Dice á la triste hermana: « Hallé la traza
Como al ingrato á reducir acierte,
Ó dél mi atado corazon liberte.

XCV.

»Me des la enhorabuena, hermana, espero;
Mas oye el caso. En el país lejano
Que ve del sol el resplandor postrero
Y el límite final del Oceano,
Allí demora el último lindero
Que posee atezado el africano;
Allí el cielo con fuegos rutilante
Rueda en los hombros del eterno Atlante.

XCVI.

»Hija de esos incógnitos confines,
Con fuerte encanto vindicarme fia
Negra maga que el templo y los jardines
Guardó de las Hespérides un dia.
Ella daba sustento á los mastines
Y el árbol milagroso defendia,
Y de amapola soporosa, y blanda
Miel, esparcia la eficaz vïanda.

XCVII.

»Que ardores hiela con sus cantos jura,
Y da al helado fuego en que se queme;
Ataja los torrentes, y en la altura,
Suspenso el astro, sus hechizos teme;
Sombras evoca entre la noche oscura,
Y oirás bajo sus piés cuál muge y treme
La tierra; y cuál, verás, los fresnos bajan,
Que al conjuro del monte se descuajan.

XCVIII.

»Tú en lo interior, si mi salud deseas,

Alza al raso una hoguera sin testigo
(Séalo el cielo, y tú, mi bien, lo seas,
Que á usar desta arte á mi pesar me obligo).
La espada que dejó pendiente Enéas,
El lecho que en mi mal nos fuera amigo,
Ponlo allá todo; la adivina aguarda
Que no quede reliquia sin que arda.»

XCIX.

En sus labios aquí se heló la risa,
Y ocupa el rostro palidez funesta;
Mas dello á sospechar no alcanza Elisa
Que nuevo estilo funerario apresta;
Ni, al traves del semblante, aquel divisa
Mental furor; ni la imagina expuesta
Á golpe más crüel, dolor más crudo
Que en muerte del marido estarlo pudo.

C.

Y así ignorante la infeliz jornada
Va á preparar. La Reina, en cuanto mira
Á cielo descubierto levantada
En el patio interior la triste pira,
Con leños resinosos solidada
Y con rajas de roble, en torno gira
Tendiendo hojosa amenidad, y al muro
Guirnaldas cuelga de verdor oscuro.

CI.

Y sobre el lecho con fingido intento
La efigie y armas del traidor coloca:
En torno hay aras: con su horrible acento
La hechicera en cabello al cielo toca;
Y deidades allí tres veces ciento,
Y al negro Cáos y al Erebo invoca:
Y, vírgen en tres fases conocida,
En tres formas á Hécate apellida.

CII.

Con aguas ya que del Averno el cieno
Mustias figuran, libacion se hizo;
Y alléganse, cargados de veneno,
La hierba adolescente, el tallo rizo
Que de la luna al esplendor sereno
Cortó segur de cobre; y el hechizo
Que, hurtado á la cerviz de potro tierno,
Falto dejóle del amor materno.

CIII.

Dido misma la sal ofrenda y trigo,
Un pié descalzo, desceñido el manto,
Y á los númenes toma por testigo,
Y á las estrellas, de su tumba al canto:
Ellas su historia saben, y si amigo
Hubo algun dios á quien moviese el llanto
De amantes mal pagados, ése pide
Vea en su causa y de vengarla cuide.

CIV.

Era la noche: al medio del camino
Iban los astros por el alto cielo;
Calla el bosque y el piélago marino;
Yacen los brutos que sustenta el suelo;
Ni en breñas ni por lago cristalino
Se ve de ave esmaltada salto ó vuelo:
Todo está en calma, y todo mal se olvida;
Naturaleza yace adormecida.

CV.

Sola Dido sus penas no adormece;
No se hizo el sueño para angustia tanta;
Ni sus ojos ni su alma favorece
Muda la noche con su sombra santa:
Amor entre su pecho se embravece
Y nuevas olas sin cesar levanta;

Y dellas combatida, desta suerte
Torna consigo á disputar su muerte.

CVI.

«¿Qué he de hacer? ¡Oh tormentos inhumanos!
¿Buscaré mis antiguos amadores?
¿Iré humilde á los reyes comarcanos?
¡Yo pisé su esperanza y sus amores!
¿Seguiré, triste sierva, á los troyanos?
¡Harto gratos han sido á mis favores!
¿Ni á bordo su altivez me sufriria?
Qué, ¿aún no he probado bien su alevosía?

CVII.

»De esa de Laomedonte infame raza
Sola iré tras su pompa? ¿Ó con los mios
Volaré armada en pos á darles caza?
Mas si á éstos de sus términos natíos
Arranqué á viva fuerza, ¿con qué traza
Los moveré á tornar á los navíos?
No, no; mi salvacion la muerte sea;
¡Calle á hierro el dolor de un alma rea!

CVIII.

»Tú, hermana, tú á mis llantos indulgente,
Márgen diste á tan grande pesadumbre;
Tú doblaste al amor mi dócil frente!.....
¡Yo que pude, ejerciendo la costumbre
De la bestia del campo independiente,
Libre vagar de acerba servidumbre!.....
Muere, oh infiel de tu esposo á la ceniza!.....»
Ella así querellándose agoniza.

CIX.

En tanto Enéas, todo ya dispuesto,
Ajeno él mismo de temor, dormido
Quedóse en la alta popa: al dios en esto
Torna á mirar, que en las murallas vido;

Con la propia actitud, la voz, el gesto
Viene, en todo á Mercurio parecido;
Aureo cabello y juvenil belleza
Ornan sus blandas formas, y así empieza:

CX.

«¡En mal hora en sus brazos te entretiene
El sueño, hijo de Vénus! ¡Alza y mira;
Torna el daño á mirar que sobreviene,
Y oye á Favonio que oportuno espira!
¿Los lazos sabes tú que ella previene?
Fragua es su pecho de furente ira;
Y ya, de perecer determinada,
Nada respeta, ni le espanta nada.

CXI.

»¿Y no será que por el ponto vueles
Ganando estos momentos? ¡Guay si esperas
Á la luz de la aurora! ¡Hachas crueles
Arder verás y levantarse hogueras,
Y en la mar encontrarse los bajeles,
Y ocupar el incendio las riberas!
¡Acude, iza la vela, corta el cable!
Sér vário es la mujer siempre y mudable.»

CXII.

Dice; y si ántes radioso, se incorpora
En las lóbregas sombras. El durmiente
Con la total oscuridad se azora,
Abre los ojos y álzase impaciente.
«¡Sús, clama, compañeros! ¡Á la hora
Acorred á los bancos! ¡No consiente
Tardanzas la ocasion: las velas pronto
Dad á los vientos y la flota al ponto!

CXIII.

»¡Otra vez de los reinos celestiales
Esto nos manda santo mensajero:

Quienquier seas ¡oh Númen! con triunfales
Aplausos otra vez el fausto agüero
Seguimos de tu voz. ¡Así señales
El deseado rumbo al marinero!
¡Así hagas por el cielo que nos rian
Las lumbres bellas que al errante guian!

CXIV.

Dice; y vuela, y la amarra del navío
Corta de un tajo de fulmínea espada;
Á su ejemplo, á su impulso, el mismo brío
Á los pechos de todos se traslada.
Ya arrancan, ya se llevan; ya vacío
Quedó el playon: debajo de la armada
La mar se oculta, y al batir contino
Cubren de espuma el líquido camino.

CXV.

El áureo lecho de Titon la aurora
Tímida deja, entre celajes raya,
Y ya su lumbre, que horizontes dora,
Ve la reina infeliz de la atalaya.
Ve la armada alejarse voladora
Con las velas parejas; ve la playa
Desamparada, y el desnudo puerto,
Y todo siente estar mudo y desierto.

CXVI.

Y el tierno pecho ofende y los cabellos:
«¿Y esos advenedizos mi esperanza
Burlarán, dice, con erguidos cuellos?
¿Impune al ponto el pérfido se lanza?
¿No corre en armas mi ciudad á ellos?
¿Naves no parten á tomar venganza?
¡Id, hachas menead, asid los remos!
¡Soltad las velas! ¡Por el mar volemos!

CXVII.

»¿Qué digo? ¿Dónde estoy? ¿Qué desvarío

Trastorna mi razon? ¡Dido infelice,
Ya el peso sientes de tu sino impío!
¡Cuando partija de mi cetro hice,
Convino este furor; ya, ya es tardío!
¡Traidor! ¡Y luégo dél que va se dice
Con los patrios penates, que de escombros
Salvo al anciano padre sacó en hombros!

CXVIII.

»¡Ah, sus cuerpos hacer trozos sin cuento
Pude, y de ellos sembrar la onda bravía!
Matar al hijo, y el manjar sangriento
Pude al padre servir: ¿quién lo impedia?
Peligro, ¿cuál? ¡Morir era mi intento!
¡Yo á sus tiendas llevára llama impía;
Yo al padre, al hijo, á todos, muerte fiera!
¡Yo los matára allí; luégo, muriera!

CXIX.

»¡Sol, cuya luz los ámbitos visita,
Tú que todo descubres, nada ignoras!
¡Juno, que viste mi amorosa cuita
Nacer, y hoy mides mis finales horas!
¡Hécate, á quien en calle Tripartita
Claman de noche! ¡Furias vengadoras!
¡Oh dioses, cuantos veis mi afan postrero!
¡Yo imploro compasion, justicia espero!

CXX.

»Mi ruego oid: si firme persevera
El hado que á ese infame lleva á puerto,
Si en esto Jove su querer no altera,
Que el fijado confin le aguarde cierto;
Mas tribu audaz contrástele siquiera,
Y en peligro se mire y desconcierto,
Y parta, el corazou vuelto pedazos,
Del dulce suelo y los filiales brazos.

CXXI.

»Y vague, auxilios mendigando; y vea
Á los suyos caidos con mancilla;
Ni el reino goce y calma que desea
Paz ajustando que su honor humilla.
¡Herido sin sazon de muerte sea!
¡Yazga insepulto en solitaria orilla!
Esto ¡oh númenes! pido; ved en ello:
Yo mi demanda con mi sangre sello.

CXXII.

»Vosotros, cual leales corazones,
Tirios, haced de vuestros odios prueba
Sobre esa raza en cien generaciones,
Y honra tan grande mi ceniza os deba.
Nunca amistad entre las dos naciones;
No haya quien pactos de concordia mueva;
Mas nacerá sobre mi tumba, fio,
Quien aplaque la sed del furor mio.

CXXIII.

»Álzate, vengador amenazante,
Acelera los tiempos; y ahora, y luégo,
Tu sombra por do vayan los espante;
Arróllalos feroz á sangre y fuego.
Y muro contra muro se levante;
Y un mar contra otro mar se ensañe ciego;
Y pueblo contra pueblo alce la frente;
Y guerra eterna mi rencor sustente!»

CXXIV.

Dice; y buscando al ánima salida,
Á todas partes la atencion convierte;
Y de Siqueo á la nutriz convida
Al misterio, que encubre, de su muerte:
(De Siqueo; la suya, reducida
Yace, há tiempo, en la patria á polvo inerte).

« ¡ Barce, mi fiel nodriza, vuela! » exclama:
«Vé, y á mi Elisa al sacrificio llama.

CXXV.

» Con agua rociándose primero,
Que traiga, di, las víctimas, y ofrenda
Cual pide la expiacion: así la espero;
Y tú ciñe á la sien piadosa venda.
Ya celebrar la ceremonia quiero
Que á Pluton ofrecí: mi pena horrenda
Hoy debe de acabar; que de ese injusto
Hoy tiro al fuego el ominoso busto. »

CXXVI.

Dice; y mover esotra el paso intenta
Con senil priesa; mas la audaz amante,
Terrible con la idea que apacienta,
Temblorosa la faz, la vista errante,
Torva en el ceño, en el mirar sangrienta,
Variado de tintes el semblante,
Pálida de la muerte ya cercana
Vuela al recinto funeral insana.

CXXVII.

La alta hoguera con fiero desenfado
Monta; la espada desnudó con ira
(Dón no á tal ministerio destinado);
Mas cuando el lecho y los vestidos mira,
Memorias ¡ay! de tiempo fortunado,
Repórtase y con lágrimas suspira;
Y arranca así, postrándose en el lecho,
Los últimos sollozos de su pecho:

CXXVIII.

« ¡ Oh dulces prendas con mejor fortuna!
¡ Dulces por siempre cuando Dios queria!
¡ Mi espíritu os entrego, y mi importuna
Memoria cese con la vida mia!

La senda anduve que emprendí en la cuna;
Viví las horas que vivir debia:
Hoy, fin logrando á míseros afanes,
Van á otro mundo mis augustos manes.

CXXIX.

»Fundé yo una ciudad, ciudad preclara,
Murallas propias coronó mi mano;
Vengué la sombra del esposo cara;
Yo tomé enmienda del malvado hermano.
¡Feliz, harto feliz si no tocára
Mis costas, nada más, bajel troyano!»
Y aquí, á par que en el lecho el rostro imprime,
«¿Moriré inulta? ¡Mas muramos!», gime.

CXXX.

»¡Así á la eternidad partir me agrada!
El dárdano este fuego á ver acierte
Volviendo de la mar una mirada,
Y el triste agüero lleve de mi muerte!»
Dijo; y herida en esto, derribada,
La mano en sangre tinta, el hierro fuerte
Manando sangre las doncellas notan,
Y el palacio á gemidos alborotan.

CXXXI.

Ya la Fama fatídicos rumores
Va furiosa esparciendo en giro vago;
Todo es lamento y llantos y clamores;
Todo es alarma de espantoso estrago.
Parece cual si entrasen vencedores
La antigua Tiro ó la imperial Cartago,
Ó que incendio voraz llamas crueles
Tendiese por los altos capiteles.

CXXXII.

Oye el caso la hermana, y rostro y pecho
Desesperada hiere en modo rudo.

Al funéreo lugar vuela derecho
Y á Dido llama con lamento agudo:
«¡Y esto significaba el ara, el lecho!
¡Esto intentabas! ¡Y ofenderte pudo
Que te hiciese en la muerte compañía!
¡Tú me engañabas, ay! ¡Yo te creia!

CXXXIII.

»¿Por qué no me invitaste, á ley de hermanos?
¡Contigo á un tiempo con placer muriera!
No que hora abandonada..... ¡Y por mis manos
Yo propia ¡ay infeliz! alcé esta hoguera!
¡Yo invocaba á los dioses soberanos
Porque, espirando tú, yo léjos fuera!
Te perdí, me perdí: ¡pueblo, senado,
Patria, todo lo hundí! ¡Nada ha quedado!

CXXXIV.

»Agua traed y lavaré la herida;
Yo sus heridas lavaré..... ¡Si errante
Vaga en su labio un hálito de vida,
Yo le recoja con mi labio amante!»
Ya en el estrado fúnebre subida
Tal dice; y á la hermana agonizante
Ella al seno fomenta entre gemidos,
Ella aplica á la sangre sus vestidos.

CXXXV.

Los mustios ojos con fatiga vana
Trata de alzar la moribunda Dido:
Fáltanle ya las fuerzas; sangre mana
Del pecho abierto con cruel sonido.
El codo apoya, y por alzar se afana
Tres veces, y tres veces sin sentido
Cae sobre el lecho. Con errante vista
Busca la luz, y al verla se contrista.

CXXXVI.

La excelsa Juno de mirar se duele

*

El largo padecer, la ardua agonía,
Y porque á desatar vínculos vuele
Que áun detienen el alma, á Íris envia:
¡Ah! ¡Loco amor á perecer te impele,
No el hado; éste, infeliz, no era tu dia!
Proserpina tu rubia cabellera
Aún no ha cortado, ni Pluton te espera.

CXXXVII.

Vuela Íris vaporosa, y en su vuelo
Brillan las plumas con el sol enfrente;
Y posándose encima: «Manda el cielo
Que esta ofrenda á Pluton quite á tu frente.
¡Alma, sal fuera!», dice; el rizo pelo
Corta aquí con la diestra, y juntamente
El calor cesa que en el seno mora
Y la vida en los aires se evapora.

FIN DEL LIBRO IV DE LA ENEIDA.

NOTICIA

DE

DON DIEGO VELAZQUEZ Y SILVA

COMO ESCRITOR,

OFRECIDA Á LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

POR EL INDIVIDUO CORRESPONDIENTE

DON ADOLFO DE CASTRO (1).

Don Diego de Velazquez y Silva fué tambien escritor, y escritor digno de perpétua estimacion, porque á su pincel igualaba su pluma.

Y ¿cómo y así ha estado oculta semejante noticia? ¿Cómo tan desviada de nuestro pensamiento?

(1) El *Acta* de la junta que celebró la Academia Española el 23 de Marzo último, contiene los siguientes párrafos:

«Á nombre de nuestro correspondiente en Cádiz D. Adolfo de Castro, y con oficio de remision que se leyó, presentó el Sr. Fernandez-Guerra un precioso y raro ejemplar de un folleto que contiene, segun su título, una *Memoria de las pinturas que la Magestad Cathólica del Rey N. S. D. Phelipe IV envia al Monasterio de San Laurencio el Real del Escorial este año de MDC.LVI. Descriptas y colocadas por Diego de Sylva Velazquez*, etc.; y con este impreso un escrito del mismo señor Castro, dedicado á la Academia, y dirigido á probar que no es el citado opúsculo el único dato que hay para acreditar al pintor Velazquez de buen escritor. La Academia quiso oir sin tardanza el catálogo razonado de Velazquez; y con él se ocupó en efecto el resto de la sesion,

¿Velazquez escritor, y escritor preclaro? ¡Oh! Sí: aquel Velazquez de incansable ardimiento para las artes, aquel que no perdonaba estudio, no excusaba fatiga ni casi se perdonaba un instante de vida que toda no la aprovechase en ellas; aquel que parecia tener en su mano sujeta la misma naturaleza para trasformarla en lo que queria; aquel, en fin, á quien jamas salieron perdidos los pensamientos ni desleales á sus designios, pues cual los imaginaba, así los trasmitia al lienzo.

Y ¿cómo cayó sobre la obra ú obras de su pluma un ingrato y, en la apariencia, general olvido?

D. Antonio Palomino [1] dejó escrito que en 1656 Felipe IV ordenó á Velazquez que dispusiese la traslacion de várias pinturas de gran mérito al monasterio de San Lorenzo del Escorial, «de las cuales, dice, hizo Diego Velazquez una descripcion y memoria, en que da noticia de sus calidades, historias y autores, y de los sitios en que

---

no sin que fuese interrumpida muchas veces la sabrosa lectura con demostraciones de aplauso, observaciones y comentarios de casi todos los Académicos presentes. Y como en la discreta y lacónica descripcion y juicio crítico de las pinturas se encontrasen naturalmente voces y locuciones técnicas del arte, magistralmente usadas por el autor, se acordó incluir á D. Diego Velazquez entre las autoridades del lenguaje reconocidas por la Academia.

»Fué tambien acuerdo unánime que se den las más expresivas gracias al Sr. Castro, y que tanto el citado impreso como el manuscrito de nuestro celoso correspondiente se publiquen en nuestras *Memorias.*»

La Academia acordó tambien que al pié de las descripciones de Velazquez se anote, á ser posible, dónde existe ahora cada cual de las pinturas descritas, y dió este encargo al académico de número D. Manuel Cañete.

En cumplimiento de dicho acuerdo, se inserta aquí la curiosa *Noticia* del Ilmo. Sr. D. Adolfo de Castro, é inmediatamente despues el precioso opúsculo de Velazquez.

quedaron colocadas para manifestarle á S. M., *con tanta elegancia y propiedad, que calificó en ella su erudicion y gran conocimiento del arte*, porque son tan excelentes, que sólo en él pudieron lograr las merecidas alabanzas.»

Y sin embargo del mérito del escrito que tanto proclama Palomino, ningun recuerdo le dedican Fr. Francisco de los Santos en su *Descripcion del Escorial*, ni en la *Cuarta parte de la Historia de la órden de San Jerónimo* en la prosecucion de la de Sigüenza, ni Nicolas Antonio en su *Biblioteca Nova*, ni Fr. Andres Ximenez, ni Fr. Damian Bermejo, ni D. José Quevedo en las descripciones del mismo monasterio, ni Arana de Varflora en sus *Hijos ilustres de Sevilla*, ni Cean Bermudez en su *Diccionario de los Profesores más ilustres de las Bellas Artes en España.*

Ha roto este profundo silencio de cerca de dos siglos el Ilmo. Sr. D. Pedro Madrazo en un excelente discurso acerca de Velazquez, para decir que de la colocacion de los cuadros destinados por Felipe IV al Real monasterio del Escorial, escribió aquel pintor una noticia *que creemos lastimosamente perdida.*

Perdida no está, no, seguramente. Impresa, sí, y conocida se halla casi toda; pero huérfana de su autor. Y ¿cuál ha sido la precisa causa de que con el escrito no vaya juntamente el agradable y contínuo recuerdo del nombre de Velazquez?

Velazquez poseia las más excelsas prendas de escritor, y aunque era un gran escritor, él mismo lo ignoraba. Desde muy jóven amó con perseverante deseo cuanto pudiera ilustrar su ardiente, discreto y generoso pensamiento.

Con sincera y tranquila modestia aprendió á ser pintor al lado de Francisco Pacheco, literato y artista, y apren-

dió igualmente á ser literato con la conversacion frecuente de los más ingeniosos y doctos sevillanos: con el espíritu alentado de D. Juan de Arguijo, con la regalada elocuencia del P. Pedro Valderrama, con la tierna y sublime filosofía poética de Rodrigo Caro, con la severa razon y gentil estilo de Francisco de Rioja. Y cuando al trasladarse á Madrid, lugar de sus triunfos artísticos, el trato con Lope de Vega, de tan dulce y admirable facilidad, con D. Pedro Calderon de la Barca, de tan grave al par que florido lenguaje, D. Agustin Moreto, de tan lozanos bríos, y muchos otros no ménos esclarecidos ingenios, más y más perfeccionó su inteligencia, no por eso creyó que podia hablar á la humanidad con su pluma. Por más que se sintiese grande, sólo imaginaba que podia escribir con sus pinceles.

No aspiraba á la gloria de un Alberto Dürero y de un Leonardo de Vinci, de enseñar con el ejemplo y con el precepto. Temeroso con injusta desconfianza, no pretendió alcanzar nueva é igual gloria en las letras, para no aventurarse á una vana y errante fortuna, al ardor malévolo de la detraccion, y al desprecio de los hombres, si sus obras de escritor fuesen indignas de él como artista.

Oscurecida su perfecta inteligencia, se consideró inmerecidamente pequeño para las letras; y al contemplar á tantos como habian anhelado y anhelaban engrandecer su pequeñez en lo inmenso del abismo de sus errores, se dejó, sin duda, llevar de la falsa opinion que de sí tenía, entregándose al silencio.

No pensaba tal Felipe IV. Por eso le ordenó que de los cuadros que habian sido llevados al Escorial escribiese una *Memoria;* cuadros procedentes unos de la almone-

da del desdichado rey Cárlos I de Inglaterra; y otros, de los donativos, hechos al Monarca español por D. Ramiro Nuñez de Guzman, duque de Medina de las Torres, del almirante de Castilla D. Juan Alfonso Enriquez de Cabrera, del Conde de Monterey y del Conde de Castrillo, Virey de Nápoles.

La esterilidad literaria de D. Diego Velazquez quedó desatada ante el mandato de Felipe IV, al par que su modesto temor vencido. Escribió en 1656 una preciosa y delicada *Memoria*, singular en el estilo, con ánimo sencillo y verdadero y esperanza confiada y leal en la benevolencia de su Príncipe.

Con afectuosísimas y entusiastas palabras, descubridoras del amor y respeto con que veia las obras de Rafael, de Andrea del Sarto, de Ticiano, de Tintoreto y de Pablo Veronés, dé los más grandes maestros, en fin, de Italia, manifestó que cual las apreciaba en su pensamiento, así las encarecia en su pluma. Al contemplarlas supo dibujar con primor y gallardía allá en su espíritu todas sus perfecciones, para formar más acertado juicio por sí mismo, y para tributarles las más animadas, más dignas y más supremas alabanzas.

Pero hé aquí que la obrita inédita pasó de las manos del rey Felipe IV á las de Fr. Francisco de los Santos, Lector de Escritura Sagrada en el Colegio del Monasterio de San Lorenzo del Escorial. Por órden de Felipe se ocupaba el P. Santos por aquellos dias en terminar una Descripcion de tal maravilla en elogio de la obra del panteon y traslacion de los cuerpos reales, dispuesta por aquel soberano, cuidadoso de su gloria.

Publicó el P. Santos su libro el año de 1657 [1], libro en unos pasajes compilacion de lo que escribió el elocuente

Fr. José de Sigüenza, en otros, y más especialmente en los juicios de cuadros de autores famosos, copia exacta de aquel célebre monje [3].

La novedad del libro estaba sólo en la Descripcion de los cuadros colocados por mandato de Felipe, en la de los frescos de Lúcas Jordán, y en la de las ceremonias de la traslacion de los mortales restos de los príncipes al panteon, recientemente terminado.

Pero en cuanto escribió el P. Santos sobre los cuadros últimos no hizo otra cosa que hacer lo mismo que habia hecho con los antiguos: si allí copió las cláusulas de fray José de Sigüenza sin ir diciendo cúyas eran, aquí se atuvo á reproducir los galanos razonamientos de Velazquez sin una satisfactoria declaracion del autor legítimo de tan floridos y admirables juicios [4].

Así el valor de la doctrina de Velazquez se presentó al mundo sin la autoridad y estimacion del que la enseñaba.

Ahora bien: Velazquez, olvidado de sí y sin aprecio de su *Memoria*, ó por bizarro desprendimiento, ¿autorizó al P. Santos para disponer de ella á su albedrío y cual de cosa propia?

No creo ni puedo creerlo. Al año siguiente el escrito de Velazquez se publicó en un cuaderno de 16 hojas, en 8.°, con esta portada:

«Memoria de las pinturas que la Magestad cathólica del Rey nuestro Señor don Phelipe IV embia al Monasterio de San Laurencio del Escorial este año de M.DC.LVI, Descriptas y colocadas por don Diego de Sylva Velazquez, Cauallero del Orden de Santiago, Ayuda de Cámara de S. M., Aposentador Mayor de su Imperial Palacio, Ayuda de la Guardaropa, Ugier de Cámara, Su-

perintendente extraordinario de las Obras reales y Pintor de Cámara, Apeles deste siglo. *La ofrece, dedica y consagra á la posteridad* don Juan de Alfaro. Impresa en Roma en la Oficina de Ludouico Grignano año de M.DC.LVIII.»

Si Velazquez cedió su *Memoria* al P. Santos para que se utilizase de ella, ¿cómo más ó ménos declaradamente permitió que se diese á luz su opúsculo, que venía á revelar el verdadero autor de parte del libro publicado por aquel monje?

D. Juan de Alfaro era un mozo de diez y ocho abriles, discípulo de Velazquez, igualmente aficionado á las artes y á las letras é imitador de su maestro. No consta que residiese en Roma: al contrario, los postrimeros años de Velazquez asistió en su estudio.

Ó la *Memoria* se entregó á la estampa en Roma verdaderamente, ó en Madrid con la data de la ciudad Eterna. Analicemos uno y otro caso: ¿qué conocimientos tenía Alfaro, casi niño, para publicarla en Roma? ¿Qué autoridad para imprimirla en la córte con fingido lugar de impresion para huir de aprobaciones y esquivar el peligro de no obtener licencia? ¿Qué impresor se aventuraba á una pena á no mediar ciertos poderosos valedores ó una persona en cuyo obsequio, por gran afecto, se rompiese por todo temor?

Mi opinion es que la *Memoria* no se publicó en Roma, sino en Madrid. Don Nicolas Antonio, que residia desde 1654 ó principios del año de 1655 en la capital del orbe cristiano, como agente general de Felipe IV, y que hasta 1670 se dedicó á escribir su *Biblioteca de Autores nuevos*, ¿es posible que no alcanzase la menor noticia del escrito de un español, y de un español como Velazquez, sevilla-

no cual él, escrito dado á luz en la misma Roma, casi á su vista; en Roma, donde tantos amigos habia dejado Velazquez, tantos amigos en sus dos viajes á la ciudad Santa, donde pintó dos de sus más famosos cuadros, y donde permanecia solemnemente su recuerdo en el sublime retrato del papa Inocencio X, admirado entónces, y admirado y áun admirable aún en competencia de los retratos de otros pontífices, debidos al pincel de Rafael de Urbino, de Sebastian del Piombo y de Ticiano?

Evidentemente se trató de frustrar el designio de fray Francisco de los Santos. Si Felipe IV le dió, como se infiere con invencible argumento, la *Memoria* de Velazquez, autorizándolo para emplear sus juicios en la Descripcion del Escorial; si al pintor insigne desplació sobremanera tal proceder, ¿qué vindicacion más noble que declarar al mundo y sin palabras de menospreció ó desagravio, para más cumplida gloria de su grandeza, el nombre del autor verdadero del escrito tan artificiosamente usurpado?

El que ántes no sabía igualar á su sér su pensamiento, no teniéndose en más, sino en ménos, ya al considerar el tan feliz ensayo de su pluma y el aplauso leal de sus amigos, no se juzgó indigno de la obra de que le desposeian, y no quiso que permaneciese oculta la usurpacion por medio de un inviolable silencio, ni el escrito excluido de su nombre y sin toda la fuerza, todo el valor y la autoridad toda que éste podia prestarle. Por eso él, caso de que no fuera el desagravio obra de sus amigos, fió al despejo, al apasionamiento y al juvenil brío de don Juan de Alfaro la publicacion de su *Memoria*. Si alguno quisiese censurar el acto de la publicidad, y más si ese alguno fuese el Rey, hallaria Velazquez disculpa razona-

da en el espíritu inflamadísimo del discípulo por la gloria del maestro.

La frase altisonante de Alfaro, cuando dice que *ofrece, dedica y consagra á la posteridad* el escrito de Velazquez, única en loor de la obra, encierra verosímilmente todo el arcano de su historia.

Pero impresa la *Memoria* en Roma ó en Madrid, es evidente que la prudencia de Velazquez impidió que se dijese cosa alguna en declarada ofensa del P. Santos. Supo contener el ánimo de su discípulo y el fuego de su mocedad impetuosa en dignos límites, porque la razon le obligaba á ello. Y no hablo así por encarecer más y más y mucho más el mérito de Velazquez, no: Velazquez procedia con la inspiracion de los cuerdos desengaños que la edad y la experiencia llevan consigo. Ademas, ya por debajo de las sombras de los árboles de la muerte se dirigia á la eternidad y no estaba distante. Dos años despues recurrió tierno y afligido á Dios en su agonía, arrojándose en los amorosos brazos de su providencia.

Sobrevivió muchos años el P. Santos á Velazquez, y pudo noblemente manifestar que muchos de los juicios de famosos cuadros que en sus libros se leian eran de aquel pintor insigne. En 1680, siendo historiador general de su Órden, publicó la continuacion de la obra del padre Sigüenza.

En complemento de ella debió repetir la noticia de los cuadros que éste no conoció y que modernamente habian sido llevados al Escorial. Pero, falto de valor ó malamente cuidadoso de su fama adquirida por trabajos ajenos que daban vida verdaderamente de ingenio á sus escritos, omitió con estudiado desvío el recuerdo para no tocar en nada que trajese el de Velazquez, si bien no dejó en el

olvido copiar de su *Descripcion del Escorial* todo lo referente al entierro de los reyes de España y loor de Felipe IV, *aprovechándome de aquel trabajo propio*, cual decia, para prevenir sin dolo y ambigüedad á los lectores, á fin de que no lo acusasen de hurto literario, como si por él hablase el remordimiento de su conciencia y oyese aún el temeroso eco de algunas censuras.

Lo pequeño del volúmen de la *Memoria* de Velazquez, fácil de pérdida y destruccion, y la fama del libro del P. Santos hicieron que se malograse por más de dos siglos el intento del artista, y que su nombre no se haya contado entre los de los más preeminentes escritores patrios.

En medio de todo, el juicio público no pudo serle más favorable. El mérito de la obrita fué conocido.

Si la posteridad hubiera hecho un estudio detenido en los escritos de Santos, quizá hubiera comprendido que en muchos de sus pasajes habia una virtud elocuente y una fuerza mayor de inteligencia, y no suya, que en su trabajo se escondia, y que aquel gratísimo encanto que al leerlos se sentia en el alma, no era originariamente de aquel que hablaba, sino de algun espíritu más superior y divino que hablaba por él, llevando tras sí la admiracion y el deseo.

El año de 1756 [5] se publicó en Lóndres toda la obra de Santos en lo que se referia á cuadros y estatuas; en 1764 [6] Fr. Andres Ximenez, del órden de San Jerónimo, dió á luz otra *Descripcion del Escorial*, compilando á veces, y á veces reproduciendo, juicios de Sigüenza y de Santos, y consiguientemente los de Velazquez.

No hay historia de un escrito comparable á la de aquela breve descripcion del gran artista, tan peregrina en

sus varios casos y tan constante en su fama, sin que el legítimo autor fuese conocido.

Por su pequeño libro nos muestra Velazquez su excelso mérito como escritor de poderosa elocuencia y de dulce y fácil estilo.

Las mismas prendas que tenía como pintor, esas mismas allegaba cuando fió sus pensamientos á su pluma. Si Velazquez alcanzaba como artista una fogosa fantasía, una inteligencia sagaz y sublime, un juicio inmenso y profundo, no ménos que admirable, un colorido armonioso y esplendente, un pincel grato, audaz, dulce y agraciado, al par que seguro, lleno de majestad y animacion, ¿qué de tan eminentes cualidades no se hallará en este ensayo, y ensayo y no más y único de las fuerzas de su ingenio como escritor y de sus conocimientos en el idioma patrio?

Me parece oir en Velazquez cuando juzga á artistas afamados, ya á Filipo, escribiendo ante la estatua de Júpiter Olímpico: «Ó Júpiter ha descendido para mostrarte su semblante ¡oh Fidias! ó te has elevado al cielo para ver al dios.» Ya á Juliano cuando ponia en labios de Prometeo: «Yo he dado el fuego como auxiliar á las artes, y las artes y el fuego me han representado en medio de tormentos eternales; ¡qué ingratos son los hombres, pues por mis beneficios recibo el castigo de los artistas!» Ya á Glauco, cuando decia al retrato de Filoctetes: «¡Oh el más hábil de los artistas, eres maestro en tu arte, pero te falta emplear tu poderío en calmar los dolores del héroe malaventurado!» Ya á Juliano de Egipto cuando refiere que luégo que Tinomaco pintó su Medea y animó su pintura con la union de dos almas, «habiendo juntado á la pasion de la mujer la ternura de la madre, ostenta en sus ojos que se encuentra poseida

de dos contrarios sentimientos.» Ya á Polion ante la estatua de Polycleto, exclamando: «La infeliz pide la vida, y en sus ojos de vírgen se pintan todos los dolores de la guerra de Troya.» Ya á Pablo el Silenciario, cuando á presencia del retrato de María la citarista prorumpia en estas frases: «Ojalá que el pincel hubiese podido representar la dulce melodía de su voz.» Ya, en fin, á Luciano, cuando decia, hablando por un artista: «¡Oh Vénus, yo te he dedicado la brillante imágen de tu beldad; nada hay más hermoso que ofrecerte que tu propia imágen!»

El estilo de Velazquez es un estilo ático, digno de competir por su sencillez sentenciosa y su ingeniosidad sorprendente y fluida con lo mejor que se debe á las inspiradas musas griegas en entusiasta contemplacion de las obras del arte.

Cuando Velazquez ve un cuadro de Pablo Veronés, ¿cómo nos expresa su delicado sentimiento? «Cristo, acompañado de los padres del Limbo, visita á su Madre, que la halla en aquella ausencia y afliccion orando. Es de gran afecto el rostro de la Vírgen, y se ven en él á un tiempo exprimidos el del dolor y la alegría.»

¿Se quiere admirar á Velazquez con su pluma, pintando en victoriosa emulacion del pincel de Ticiano? Pues léase esta galanísima descripcion de tanta vivacidad y de tan verdadero colorido.

«Otro de Ticiano de la huida á Egipto en un natural y hermosísimo país; Nuestra Señora, sentada con el Niño en los brazos mirando á San Juan, que le trae unas cerezas alcanzadas de un árbol por un ángel; al otro lado está San Joseph, risueño, mirando al Niño, en pié y arrimado á el báculo; entre los árboles del país se ve la ju-

mentilla paciendo, y en lo más léjos otros animales; entre las matas, donde hay unos terrazos, que parecen de tierra verdadera, bullen varios conejuelos; de la otra parte, en un charco, unos ánades, todo maravilloso.»

Con expresion que da todo el movimiento, y toda la vida, y todo el esplendor, cuanto pudiera anhelar el deseo, Velazquez pinta al par de Pablo Veronés, el martirio de un santo.

«El santo está (dice) de rodillas, ya puesto en el sitio donde ha de ser degollado: el verdugo con una mano le desembaraza el cuello, y con la otra tiene la espada: el santo, con los ojos en el cielo, huye el oido á las persuasiones de unos sacerdotes que le señalan una estatua de bronce de una diosa.»

Descripciones hay de Velazquez que no son ya descripciones ni pinturas, son rápidos bocetos. Parece como que ha robado á la fantasía de Pablo Veronés la siguiente idea de un cuadro, y en vez de trasladarla al lienzo en borrones magistrales, la ha trazado en el papel para más facilidad y mayor memoria: «Cristo entre los dos ladrones, y Longínos en la accion de herirle; desmayada Nuestra Señora, teniéndola San Juan, la Magdalena y otros: los soldados sorteando la vestidura.»

¡Con qué majestad y tino forma Velazquez en breves palabras el juicio del cuadro de Rafael conocido por la *Vírgen del Pez!* «Es notable la devocion, reverencia y afecto de ambos mirando á la imágen y al Niño. Todos parece tienen vida.»

«La invencion es rara, el capricho es nuevo, y el concierto y armonía del historiador superior al encarecimiento.» Tan breve es el juicio y elogio de un cuadro de Pablo Veronés.

Luis Viardot, que tanto ha escrito y conoce las artes españolas, decia que si se pudiera caracterizar con una palabra á Velazquez, lo llamaria cual se llamaba á Juan Jacobo «el hombre de la naturaleza y la verdad», porque en los asuntos que no *exigen grandeza de pensamiento, ni elevacion de estilo, ni sublimidad de expresion*, por bastar lo verdadero, le parecia sin rival Velazquez; y hasta venía á negarle cualidades para tratar asuntos religiosos, *porque es un género que pide ménos la exacta imitacion de la naturaleza, en que él se aventajaba, que la profundidad del juicio, el fuego del sentimiento y la idealidad de la expresion.*

¡Qué error el de Viardot! Si Velazquez pintó muy pocos asuntos religiosos, fué porque las exigencias de la córte lo ocupaban constantemente en otros. Cuando quiso presentarnos á Cristo durmiendo el sueño dè voluntaria muerte en la Cruz, en purificacion de la original culpa y en precio y redencion de nuestros delitos, ¿quién aventajó á Velazquez?

¿Que Velazquez no atesoraba el fuego del sentimiento y la idealidad de la expresion? Véase cómo al describir un cuadro de Veronés sabe sentir y sabe idealizar. «La Vírgen arrodillada, dice, con el Niño en las manos sobre un paño blanco, todo él desnudo, bellísimo, tan tierno y al parecer con una inquietud tan propia de aquella edad, que más parece vivo y de carne que pintado..... El rostro de la Vírgen, que se ve de medio perfil, es divino, hermosísimo y modesto.»

Esto se llama ver con el entendimiento de la fe: esto es hablar con espiritual afecto, propio de un alma anhelante de ir adonde no hay dias de muerte.

Pero tiempo es ya de poner término á estas noticias;

lo demas sería copiar una por una todas las bellezas de la descripcion de Velazquez. Basta lo dicho para mi intento.

La Real Academia de Nobles Artes de San Fernando cuenta el nombre de Velazquez al par de los de Juanes, Zurbarán, Rivera y Murillo.

Razon es ya que la Real Academia Española inscriba el de Velazquez con los de Cervántes, Mariana, Lope de Vega, Calderon de la Barca y tantos escritores eminentes.

¿Que lo inscriba? ¿Que dé su fallo sobre el escrito de Velazquez? Oh, no: ya lo tiene proferido. Al publicar en 1729 el segundo tomo del gran *Diccionario*, colocó en el número de los escritores clásicos de cuya autoridad se valia para comprobacion de sus definiciones al P. Fr. Francisco de los Santos, y por su *Descripcion del Escorial*, dicha tan lejana de su mérito.

El nombre de Santos debe legítima y gloriosamente para España sustituirse con el de D. Diego Velazquez y Silva.

Cádiz, 18 *de Marzo de* 1871.

Adolfo de Castro.

NOTAS.

1 Don Antonio Palomino y Velasco en su *Parnaso laureado.*

2 «Descripcion breve del monasterio de San Lorenzo el Real del Escorial, única maravilla del mundo, fábrica del prudentísimo Rey Philippo Segundo, ahora nuevamente coronada por el catholico Rey Philippo Quarto el Grande con la magestuosa obra de la capilla insigne del pantheon y traslacion á ella de los cuerpos reales, dedicada á quien tan illustremente la corona por el Padre Fr. Francisco de los Santos, Lector de Escritura Sagrada en el Colegio Real de la misma casa. Con privilegio.—En Madrid. En la Imprenta Real, año 1657.»

En la dedicatoria dice: «con la insinuacion de su gusto ha sido causa principal de que la egecute la obediencia.»

3 Véanse los siguientes pasajes en confirmacion de la verdad que he dejado escrita.

Fr. José de Sigüenza (tomo III, 1605).

El mayor en que está el martirio de San Lorenzo de mano del Ticiano tan al natural y tan bien entendido que parece que se ve como ello fué. Toda la luz de la pintura se recibe de unos fuegos ó luminarias que están puestas en la piaña ó pedestal de un ídolo y de las llamas que salen debajo de las parrillas, que por haber sido de noche el martirio del Santo, consideró como valiente artífice la naturaleza del caso. El Santo, aunque vivo, parece tiene ya medio tostadas algunas partes y levanta el brazo á recebir una corona de laurel que le traen unos ángeles del cielo: las figuras más cercanas son algun tanto mayores que el natural, con tan lindo artificio puestas que todas tienen luz y se veen que son muchas.

Fr. Francisco de los Santos.

En el altar mayor está el martirio del invicto martir San Laurencio, tan al natural y tan bien entendido que parece se ve como ello sucedió. Es cuadro muy grande y toda la luz de la pintura se recibe de unos fuegos ó luminarias que están puestas en la peana ó pedestal de un ídolo y tambien de las llamas que salen debajo de las parrillas; que como fué de noche el martirio del Santo, el artífice advirtió, considerado y estudioso, la naturaleza del caso. El Santo vivo, aunque ya en parte tostado, levanta el brazo á recibir una corona que le traen unos ángeles del cielo: las figuras más cercanas de los que le atormentan, y le revuelven en las parrillas y atizan y soplan el fuego, que son muchas, son algo mayores que el natural con notable artificio puestas, y se ven todas, aunque son tantas.

Sigüenza.

En el colateral del evangelio está la adoracion de los Reyes del mismo Ticiano, obra divina, de la mayor hermosura y (como dicen los italianos) vagueza que se puede desear, donde mostró lo mucho que valia en el colorido; y tan acabado todo, que parece iluminacion, lindos rostros y hermosas ropas y sedas, que parece todo vivo y la misma naturaleza.

Santos.

En el altar colateral de la parte del evangelio está la adoracion de los Reyes de la mayor hermosura y como dicen los italianos vagueza que se puede desear: los coloridos, róstros, ropas y sedas no pueden mejorarse.

Sigüenza.

El uno es de San Gerónimo en la penitencia y desierto y ya en la edad de viejo, figura de grande relievo y fuerza, una carne tostada, mágra, enjuta, tan natural cual el mismo Santo nos dice que la tenía, y allí como vivo nos lo muestra. El risco, árboles, leon, fuente, y los demas paños y adornos del cuadro tan redondos y tan fuertes que se pueden asir con la mano.

Santos.

Una de San Gerónimo en la penitencia y desierto y otra de la oracion del huerto, puesto á la misma sazon de tiempo que ella sucedió, de tanto artificio y relievo y fuerza, que las figuras, árboles, riscos, fuentes, paños y adornos se pueden asir con la mano, y no hay ponderacion para tanta valentía.

Sigüenza.

En el zaguan de la sacristía hay otros dos cuadros grandes del mismo (Ticiano): el uno es otra oracion del huerto, muy en lo escuro de la noche, porque aunque era el lleno de la luna, no quiso aprovecharse de su luz, y así está cubierta de nubes: la del ángel que da en la figura de Cristo está muy léjos, aunque con ella se vee muy bien: los apóstoles dormidos, apénas se divisan; y aun así muestran lo que son. Júdas es la persona más cerca y la que más se vee por la luz de la linterna, que como adalid va delante y reverbera en el arroyo de Cedron la lumbre: valentísimo cuadro.

Santos.

Tras ella el lienzo de la oracion del huerto de mano del Ticiano: represéntase en lo obscuro de la noche, porque aunque era el lleno de la luna, no quiso aprovecharse de su luz, y así está cubierta de nubes: la del ángel que da en la figura de Cristo está muy léjos, aunque con ella se ve muy bien. Los apóstoles dormidos apénas se divisan, y con todo eso muestran lo que son. Júdas es la persona más cerca y la que se ve por la luz de una linterna, que como adalid va delante y reverbera en el arroyo Cedron la lumbre: es valentísimo.

Basta con estos ejemplos. Santos no se propuso copiar á Sigüenza. «No sería pequeño premio de mi trabajo, decia, si le *pareciese yo algo* en esta obra.» Y de procurar imitarle y compendiar ó *reducir á más breve tomo sus dos libros* para

facilitar más las noticias, pasó á trasladar íntegros muchísimos pasajes, dándolos como propios.

4 Véanse los siguientes lugares de la *Memoria* de Velazquez y de la *Descripcion* de Santos.

Dice Velazquez.

Merece el lugar primero, sin admitir competencia, una tabla de RAPHAEL SANCIO DE URBINO, que se llevó de Mantua á Inglaterra, en que está pintada Nuestra Señora con el Niño, Santa Isabel y San Ioan con un Pays bien aplicado á las figuras y en su segundo término un San Ioseph, excellentissimo todo ello, asi en el debuxo como en el colorido, la accion y rostro de la Vírgen mas que humano: faltan palabras para explicar su mucha gracia la del Niño y el San Iuan: tiene el Niño el pie sobre una almohada que está en una cuna formada de mymbres; los paños della son verdad: no ay encarecimiento que iguale a el gusto y diligencia desta obra: puedese asegurar sin riesgo que hasta oy no se ha visto en España cosa igual de su autor.

Dice Santos.

..... tomando el rumbo desde el altar, donde está una tabla de Rafael de Urbino que sin admitir competencia merece el lugar primero..... á los pies de este crucifixo está la tabla de Rafael en que se ve pintada nuestra Señora con el Niño, Santa Isabel y San Juan con un pais bien aplicado á las figuras, y en su segundo término un San Ioseph, excelentisimo todo ello, asi en el dibujo como en el colorido; la accion y rostro de la Virgen mas que humano: faltan palabras para explicar su mucha gracia y la del Niño y San Juan: tiene el Niño el pie sobre una almohada que está en una cuna de mimbres; los paños de ella son verdad: no hay encarecimiento que iguale al gusto y diligencia de esta obra. Puedese asegurar sin riesgo que hasta hoy no se ha visto en España cosa igual de su autor.

Velazquez.

Vaya en segundo lugar (pero no como inferior) el lienzo del labatorio de Christo á sus discípulos la noche de la cena: excedióse á si mismo aquí el gran Iacobo Tintoretto; es de excellentissimo capricho, y en la invencion y execucion admirable: dificultosamente se persuade el que lo mira á que es pintura: tal es la fuerza de sus tintas y disposicion de su perspectiva que juzga poderse entrar por él y caminar por su pavimento enlosado de piedras de diferentes colores que disminuyéndose hacen parecer grande la distancia en la pieza y que entre las figuras ay ayre ambiente: son de vivisima aptitud todas, segun

Santos.

Vaya en segundo lugar (pero no como inferior) el lienzo del Lavatorio de Cristo la noche de la cena, que está sobre los caxones en medio de aquella banda hasta tocar en la cornixa: excedióse á si mismo aquí el gran Tintoreto, es de excelentísimo capricho en la invencion y execucion: dificultosamente se persuade el que lo mira que es pintado: tal es la fuerza de sus tintas y disposicion en la perspectiva; parece poderse entrar por él y caminar por su pavimento y que entre las figuras hay aire ambiente: son todas de vivissima aptitud segun a lo que atienden: Los discipulos por toda la capacidad se disponen para el

a lo que atienden: la mesa, assientos y un perro que está echado son verdad, no pintura: la facilidad y gala con que está obrado causará asombro á el mas despejado y práctico pintor; y por decirlo de una vez quanta pintura se pusiere junto á este lienzo se quedará en terminos de pintura y tanto mas él será tenido por verdad.

Velazquez.

La tabla de *Andrea del Sarto Florentino* es muy digna deste lugar y de ser obra de tan gran Maestro. Está Nuestra Señora sentada sobre unas gradas, tiene el Niño con una mano y con la otra levantado el manto: el Niño está en pie, mirando á un Angel vestido de una tunicela verde, divinamente labrada; tiene un libro abierto en las manos y mira á el Niño que tendiendo los brazos con rara viveza pareze se arroja á él: de essotro lado ay una figura (en lo principal de el Quadro) sentada en las gradas: puedese entender es San Iuan Evangelista, bien que no tiene señas proprias que lo manifiesten: a lo ultimo de las gradas, se vé otra figura pequeña de muger con un Niño de la mano y todo ello sobre un pays de tintas bien á proposito para la composicion de el quadro. Llevóse tambien esta á Inglaterra de la almoneda del Duque de Mantua.

Velazquez.

Junto á él está una tabla de mano lavatorio admirados y confusos de ver aquel extraño exemplo de humildad en su Maestro, que con un rostro celestial, puesto á los pies de Pedro, le está mirando y como diciendo: *Si non lavero te, non habebis partem mecum.* La facilidad y gala con que está obrado todo causará assombro al mas despejado y práctico pintor: la mesa que está enmedio y los assientos y un perro echado en el suelo son verdad no pintura; y por decirlo de una vez, cuantas obras se pusiesen junto á este lienzo se quedarian en terminos de pintadas y tanto mas él seria tenido por verdad.

Santos.

Al lado derecho de este tiene su lugar una tabla de Andrea del Sarto obra que muestra bien la valentia de tal maestro: Nuestra Señora sentada sobre unas gradas tiene al Niño con una mano y con la otra levantado el manto: el Niño está en pie desnudo, mirando á un Angel, vestido de una tunicela verde, divinamente labrada: tiene un libro abierto en las manos y mira al Niño que tendiendo los brazos con rara viveza parece se arroja á él: de esotro lado hay una figura en lo principal del quadro sentada: puedese entender es de San Juan Evangelista, bien que no tiene señas proprias. A lo último de las gradas se ve otra figura pequeña de muger con un niño de la mano, y todo ello sobre un país de tintas bien á propósito para la composicion del quadro. Este y la tabla de Rafael que está en el altar, y el lienzo de el lavatorio y otro de las bodas de Caná de Galilea, que está en los capítulos y otros de su mismo aprecio vinieron de Inglaterra á España de la almoneda del Rey Carlos Estuardo que fué de rico y singular despojo.

Santos.

Junto á él está una tabla de Rafael

de Rafael de Urbino en que está pintada Nuestra Señora sentada en una silla alta y delante en lo bajo un cajon ó peana de madera: a el lado derecho está el mancebo Tobias de rodillas con el pez en la mano que refiere su historia y el angel que le acompañó: es notable la devocion, reverencia y afecto de ambos mirando á la imagen y a el Niño: todos parece tienen vida. El rostro de la imagen es hermoso y grave como tambien el de el Niño aunque risueño: tiende el brazo hacia ellos y el otro carga sobre un San Geronimo arrodillado a el otro lado en abito cardenalicio con el leon á los pies. Desta pintura hace memoria Giorgio Vasari en la vida de Rafael, etc.

de Urbino en que se representa á Nuestra Señora sentada en una silla alta y á los pies un cajon ó peana de madera. Tiene la Vírgen al Niño en los brazos y al lado derecho está el mancebo Tobias de rodillas con el pez en la mano que refiere su historia y el angel que le acompañó: es notable el afecto de entrambos mirando á la imagen y al niño. Parece que mueven la respiracion. Tiende el niño el brazo hacia ellos cargando el otro sobre un San Geronimo, arrodillado al otro lado en hábito cardenalicio con el leon á los pies y un libro en las manos, que sin duda es el de la Sagrada Escritura, en que trabajó tanto este gran Doctor, abriendo los ojos al mundo para la inteligencia de sus misterios; y en esta conveniencia le debió de hallar el que en esta historia le pintó con Tobias, que se los abrió á su padre. Hace memoria el Vasari de esta pintura en la vida de Rafael, etc.

Demas parece allegar pasajes en confirmacion inequívoca del plagio de Santos.

5 Al hablar de la muerte de Velazquez, no puedo ménos de recordar que el célebre pintor palaciego de Luis XIV, Cárlos Lebrun, trazó la escena de la entrega de María Teresa de Austria á aquel rey por su padre Felipe IV. Retrató á los principales personajes, así franceses como españoles; pero el pintor se olvidó del pintor. Velazquez no aparece en la obra de Lebrun, sin duda por rivalidad á la memoria gloriosa de un artista, ya muerto, cuando diseñó su obra.

6 «Las ciudades, iglesias y conventos en España donde ay obras de los Pintores y Estatuarios eminentes españoles, puestos en órden alfabético con sus obras puestas en sus proprios lugares por don Palomino Velasco y Francisco de los Santos.» — Lóndres. Impreso por Henrique Woodfall. MDCCXLVI.

El editor dice en el prólogo: «La otra parte de este Libro es una descripcion cumplida de las más famosas pinturas y estatuas que hay en el Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial, y es de mano *de aquel nombrado conociente* Francisco de los Santos.» ¿Qué hubiera sido del sabio conociente sin Fr. José de Sigüenza y sin Diego Velazquez?

7 «Descripcion del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial, su magnífico templo, panteon y palacio, compendiada de la descripcion antigua..... por el R. P. M. Fray Andres Ximenez, del órden de San Gerónimo.—Madrid, 1764.» En el prólogo confiesa ingénuamente que copia á Sigüenza y á Santos, sin mencionar, por su desconocimiento, á Velazquez. Daré una muestra en algunos pa-

sajes para ver cómo el escrito de Velazquez experimentaba más ó ménos felices correcciones.

Velazquez.

El de las bodas de Caná de Galilea donde Cristo está obrando el milagro de la conversion del agua en vino: es de PAULO CALIARI VERONES, copioso de figuras de aquella nobleza y disposicion rara que tuvo este gran pintor en lo que hizo: asi en los que están sentados á la mesa como en los que les sirven; ay admirables cabezas y casi todas parecen retratos: la de la Virgen no, porque tiene mayor decoro y divinidad y siendo muy hermosa corresponde proporcionadamente á la edad de Christo, que está á su lado, cosa en que yerran muchos Pintores, que pintando á Christo en la edad perfecta pintan Niña á su madre: ay una figura en pie vestida de blanco, acompañada de otras, que parece entra de fuera y se ha suspendido á la vista del milagro que le refiere uno de los que están á la mesa: delante de ella está un negrillo de espaldas y como que la sirve: es amarillo su vestido y sus manchas hacen gran armonía á la composicion.

Santos.

A mano izquierda de la puerta en el testero hay otro de Pablo Veronés de vara y media de alto y dos varas y mas de largo, original famoso en que representa la historia de las bodas de Caná de Galilea donde Christo, Señor Nuestro, obró el milagro de la conversion del agua en vino. Vése la mesa muy copiosa de convidados y todos con aquel trato, disposicion y nobleza que tuvo este gran pintor en lo que hizo. En los que sirven á la mesa hay admirables cabezas y casi todas parecen retratos: la de la Virgen no, porque tiene mayor decoro y divinidad, y siendo muy hermosa, corresponde proporcionadamente á la edad de Christo, cosa en que yerran muchísimos pintores, que pintando á Christo en la edad perfecta, pintan niña á su madre. Hay una figura en pie vestida de blanco, acompañada de otras, que parece entra de fuera y se ha suspendido á vista del milagro, que le refiere uno de los que están á la mesa y un negrillo que sirve á ella con vestido amarillo hacen gran armonía á la composicion.

Ximenez.

A mano izquierda de la puerta en el testero hay otro de Paulo Verones de mas de vara y media de alto y dos varas y mas de largo, original famoso en que representa la Historia de las bodas de Caná de Galilea, donde Christo, Señor Nuestro, obró el milagro de la conversion del agua en vino. Vése la mesa muy copiosa de convidados y todos con aquel trato, disposicion y nobleza que tuvo este gran pintor: una figura que se mira en pie vestida de blanco acompañada de otras que parece entra de fuera y se ha suspendido á vista del milagro que le refiere uno de los que están á la mesa y un negrillo que sirve á ella con vestido amarillo hacen gran armonía á la composicion.

MEMORIA DE LAS PINTURAS,

QVE LA MAGESTAD CATHOLICA

DEL REY NUESTRO SEÑOR DON PHILIPE IV

EMBIA

AL MONASTERIO DE SAN LAURENCIO EL REAL DEL ESCURIAL,

ESTE AÑO DE M.DC.LVI.

DESCRIPTAS, Y COLOCADAS,

POR DIEGO DE SYLVA VELAZQVEZ,

Cauallero del Orden de Santiago, Ayuda de Cámara de su Magestad, Aposentador mayor de su Imperial Palacio, Ayuda de la Guarda ropa, Ugier de Cámara, Superintendente extraordinario de las obras Reales, y Pintor de Camara, Apeles deste Siglo.

LA OFRECE, DEDICA, Y CONSAGRA Á LA POSTERIDAD,

DON IVAN DE ALFARO.

Impresa en Roma, en la Oficina de Ludouico Grignano, año de M.DC.LVIII (1).

Cárlos Estuardo, Rey de Inglaterra, digno de mayor fortuna por las excelentes partes de que le dotó naturaleza, con loable y generosa ambicion de ilustrar su palacio y enriquecer su reino con lo más noble, precioso y exquisito que se hallase en los extraños, esparció por ellos personas de gentil espíritu, gusto, inteligencia y noticias, asistidos larga y profusamente de todo lo necesa-

---

(1) Reprodúcese aquí esta portada con la misma ortografía del original. En la reimpresion del texto adopto la de la Academia, salvo los casos en que pudiera alterar el sonido de las voces. Tambien corrijo aquellas leves erratas del impresor, que lo son á todas luces, haciéndolo notar donde la enmienda es algo más que la mera supresion ó cambio de alguna letra.—M. Cañete.

rio para el intento. Discurrieron éstos las provincias; y recogiendo felizmente, con la diligencia y el oro, mucho de lo mejor que por ellas estaba divertido, lo transportaron á Inglaterra y á sus Reales palacios de Guesmenster y Nonciutem (1), para que más dignamente mereciese este nombre con tales adornos. Tuvo entre ellos el primero lugar y mayor aplauso la Pintura, no sólo por la excelencia del arte, sino por hallarse allí altamente acreditada de los originales de mayor estimacion y nombre, de aquellos artífices á quien han dado y dan nuestros siglos la veneracion y culto que los pasados á sus Apéles, Parrasios y Zéusis. Pero muriendo Cárlos trágicamente, vino á tierra en un dia este cuidado y trabajo de tantos. Á la par que la voz de su muerte, voló la de este rico y singular despojo, convocando á su almoneda la fama á todos los Príncipes de Europa. Y como quien para el suyo con tanto desvelo desea en todo todo lo mejor, acudió á ella, por medio del Embajador de España en aquel reino y de otros confidentes, D. Luis Mendez de Haro, Conde-Duque de San Lúcar, y consiguió por grandes precios (sin que se lo pareciese ninguno) los lienzos y tablas que entre tantas buenas se reputaban justamente por las mejores. Traidas á Madrid y reconocida de más cerca su excelencia, y merecer la vista del Rey nuestro Señor, tan superior en su conocimiento, las ofreció á sus piés, y tuvieron el lugar y estimacion condigna en el Real Palacio, sumptuoso Erario y culto aparador donde, obedientes á el imperio de Iupiter, han acumulado las Artes lo más

---

(1) *Westminster* y *Nonsuch*, nombre que vale tanto como *sin igual*. Construido éste en tiempos de la Reina Isabel, perteneció al Príncipe Enrique, hijo del infortunado Carlos I.

admirable y precioso de su caudal, trabajo y honor de muchas edades.

I. *Sacristía.*—Merece el lugar primero, sin admitir competencia, una tabla de *Rafael Sancio de Urbino*, que se llevó de Mántua á Inglaterra, en que está pintada Nuestra Señora con el Niño, Santa Isabel y San Ioan con un país bien aplicado á las figuras, y en su segundo término un San Iosef, excelentísimo todo ello, así en el debujo como en el colorido. La accion y rostro de la Vírgen, más que humano. Faltan palabras para explicar su mucha gracia, la del Niño y el San Iuan. Tiene el Niño el pié sobre una almohada que está en una cuna formada de mimbres; los paños della son verdad. No hay encarecimiento que iguale á el gusto y diligencia desta obra; puédese asegurar sin riesgo que hasta hoy no se ha visto en España cosa igual de su autor. Tiene la tabla de alto cinco piés y un cuarto, y de ancho cuatro poco más, y son algo menores que del natural las figuras (1).

II. *Sacristía.*—Vaya en el segundo lugar, pero no como inferior, el lienzo del Lavatorio de Cristo á sus discípulos la noche de la Cena. Excedióse á sí mismo aquí el gran *Iacobo Tintoretto* (2). Es de excelentísimo capricho, y en la invencion y ejecucion admirable. Dificultosamente se persuade el que lo mira á que es pintura: tal es la fuerza de sus tintas y disposicion de su perspec-

---

(1) Los cuadros existentes en el Museo Real de esta córte llevan aqu la nueva numeracion con que los registra el *Catálogo descriptivo é histórico* de D. Pedro de Madrazo, cuyo primer tomo acaba de salir á luz. La tabla de Rafael que describe nuestro Velazquez, conocida con el nombre de *La Perla*, tiene en aquel depósito de preciosidades artísticas el número 369.

(2) Jacobo Robusti, dicho el Tintoretto.

tiva, que juzga poderse entrar por él, y caminar por su pavimento enlosado de piedras de diferentes colores, que disminuyéndose hacen parecer grande la distancia en la pieza, y que entre las figuras hay aire ambiente. Son de vivísima aptitud todas, segun á lo que atienden. La mesa, asientos, y un perro que está echado, son verdad, no pintura. La facilidad y gala con que está obrado causará asombro á el más despejado y práctico pintor; y, por decirlo de una vez, cuanta pintura se pusiere junto á este lienzo se quedará en términos de Pintura, y tanto más él será tenido por verdad. Este lienzo y otro de la Cena, del mismo tamaño, hizo *Tintoretto* para la iglesia que llaman de San Márcos en Venecia (1), y fué quitado y puesta en su lugar una copia; y aunque se conoce que lo es, de tanta satisfaccion, y su armonía es tal, que siendo original el compañero no se repara en él. Tiene de alto siete piés y medio, y de largo diez y nueve. Son las figuras de el natural (2).

III. *Sacristía.*—La tabla de *Andrea del Sarto* (3), florentino, es muy digna deste lugar, y de ser obra de tan gran maestro. Está Nuestra Señora sentada sobre unas gradas, tiene el Niño con una mano, y con la otra levantado el

---

(1) En el *Catálogo de los Cuadros del Real Monasterio de San Lorenzo, llamado del Escorial*, por D. Vicente Poleró y Toledo (Madrid, 1857), dice una nota de la página 11 que este lienzo se pintó, no para la iglesia de *San Márcos*, sino para la de *Santa Márcola*. El Embajador español D. Alonso de Cárdenas lo compró en la almoneda de Cárlos I de Inglaterra para el Rey D. Felipe IV en la cantidad de 250 libras esterlinas.

(2) Núm. 72 del *Catálogo* de Poleró. Existe aún en la *Sacristía* del Escorial.

(3) Andrés Vannucci ó Vannucchi, denominado Andrés del *Sarto*, por ser hijo de un *sastre* de Florencia.

manto. El Niño está en pié mirando á un Ángel vestido de una tunicela verde divinamente labrada; tiene un libro abierto en las manos, y mira á el Niño que, tendiendo los brazos con rara viveza, parece se arroja á él. De esotro lado hay una figura (en lo principal del cuadro) sentada en las gradas; puédese entender es San Iuan Evangelista, bien que no tiene señas proprias que lo manifiesten. Á lo último de las gradas se ve otra figura pequeña de mujer con un Niño de la mano, y todo ello sobre un país de tintas bien á propósito para la composicion de el cuadro. Llevóse tambien ésta á Inglaterra, de la almoneda del Duque de Mántua (1).

IV. *Capítulo.* — El de las Bodas de Caná de Galilea, donde Cristo está obrando el milagro de la conversion del agua en vino, es de *Paulo Caliari Veronés* (2), copioso de figuras de aquella nobleza y disposicion rara que tuvo este gran pintor en lo que hizo, así en los que están sentados á la mesa, como en los que le sirven. Hay admirables cabezas, y casi todas parecen retratos. La de la Vírgen no, porque tiene mayor decoro y divinidad, y, siendo muy hermosa, corresponde proporcionadamente á la edad de Cristo, que está á su lado, cosa en que yerran muchísimos pintores que, pintando á Cristo en la edad perfecta, pintan niña á su Madre. Hay una figura en pié vestida de blanco, acompañada de otras, que parece entra de fuera y se ha suspendido á la vista del mila-

---

(1) Núm. 385 del Museo Real. Madrazo apunta en su noticioso *Catálogo* que la figura en quien Velazquez piensa ver á San Juan Evangelista *parece San José.* Dado el asunto y la edad que representa dicha figura, es más verosímil la conjetura de Velazquez.

(2) Pablo Cagliari, llamado comunmente Pablo Veronés.

gro que le refiere uno de los que están á la mesa. Delante de ella está un negrillo de espaldas, y como que le sirve; es amarillo su vestido, y sus manchas hacen gran armonía á la composicion. Las figuras son medianas. Lo alto del cuadro cuatro piés y medio, y siete y medio su longitud (1).

Junto con estos cuatro lienzos trajo de Inglaterra otros profanos no ménos excelentes, como son los doce Emperadores que el famoso *Ticiano* pintó para el Duque de Mántua, que han dado de sí tantas copias para mayor nombre y reverencia de los originales (sirven hoy á el adorno de la Real Galería del Mediodía), y con ellos, del mesmo artífice, el retrato del señor Emperador Cárlos Quinto cuando mozo; puesta la mano sobre un lebrel (2). Pero como las cuatro primeras pinturas son, solo de ellas se dice, reservando el hablar en las demas que trajo y dió á su Majestad, para cuando llegue su sazon.

Como sea así que las pinturas se gradúan ellas á sí mesmas con su excelencia y notoriedad, y la de las de esta *Memoria* es tanta, segura va de que nadie imagine darles por ella grado ni antelacion. Con este presupuesto paso á decir de las demas de las muchas que D. Ramiro Nuñez de Guzman, Duque de Medina de las Torres, dió á su Majestad cuando vino de Italia. Van con las cuatro antecedentes las que ahora se siguen.

V. *Sala de Capítulo.*—Una tabla (3) de mano de *Ra-*

---

(1) Núm. 534 del Museo Real.

(2) Museo Real, núm. 453.

(3) Entre la multitud de obras artísticas de que los franceses nos despojaron durante la guerra de la Independencia, fué este cuadro á Paris en 1813. El mal estado de la tabla hizo que allí trasladasen la

fael de Urbino, en que está pintada Nuestra Señora sentada en una silla alta, y delante en lo bajo un cajon ó peana de madera. Á el lado derecho está el mancebo Tobías de rodillas, con el pez en la mano, que refiere su historia, y el Ángel que le acompañó. Es notable la devocion, reverencia y afecto de ambos mirando á la Imágen y á el Niño: todos parece tienen vida. El rostro de la Imágen es hermoso y grave, como tambien el de el Niño, aunque risueño. Tiende el brazo hácia ellos, y el otro carga sobre un San Gerónimo, arrodillado á el otro lado en hábito Cardenalicio, con el Leon á los piés. Desta pintura hace memoria Giorgio Vasari en la vida de Rafael: dice la pintó para Nápoles, y que está en la Capilla del Santo Cristo que habló á S. Tomás. Transportola de aquí á España (1) el Duque, y con otras excelentes la dió á su Majestad. Tiene de alto esta tabla siete piés y medio, y cinco y medio de ancho (2).

VI. *Sacristía.*—En otra de tan alta estimacion como la antecedente, de mano de *Antonio Coregio* (3), está Cristo Resucitado en el Huerto. La Madalena, bellísima, arrodillada á sus piés con ternísimo afecto; el Cristo muy hermoso; el país, en que se finge un amanecer, tan notable que engaña la vista y la alegra igualmente. Tiene de alto cuatro piés y medio, de ancho cerca de cuatro (4).

---

pintura al lienzo en que hoy se conserva. Nos la devolvieron en 1822.

(1) Dice el texto *á la peña*, en vez de *á España*. Me parece errata del impresor.

(2) El lienzo de *la Vírgen del Pez*, nombre que se da generalmente á esta hermosa composicion del pintor de Urbino, se distingue con el núm. 365 en nuestro Museo Real.

(3) Antonio Allegri, llamado el Correggio.

(4) Núm. 132 del Museo.

VII. *Ante Sacristía.*—Otra de *Paulo Veronés*, del Misterio de la Purificacion. Las figuras medianas, pero no les hace falta para parecer vivas. Vese en medio el viejo Simeon, decorado con las insignias y ornamentos del Sumo Sacerdocio, cargado de años, y como que carga el cuerpo grave en dos ministros que lo conducen á la mesa ó altar. La Vírgen arrodillada ante él con el Niño en las manos, sobre un paño blanco, todo él desnudo, bellísimo, tan tierno, y al parecer con una inquietud tan propria de aquella edad, que más parece vivo y de carne que pintado. Acompaña á la Vírgen S. Iosef con una vela en la mano, y detras del altar una mujer con unos pichones en una jaula, pintado todo ello con aquella nobleza y manera grande de su autor. El rostro de la Vírgen, que se ve de medio perfil, es divino, hermosísimo y modesto, y las demas cabezas de las figuras desta historia excelentísimas. Una que está de espaldas delante del Altar, en contraposicion de un paño blanco que le cubre, vestida de una ropa amarilla listada, de otros colores, y un libro abierto en la mano, compone lo historiado maravillosamente. Tiene de alto este cuadro cuatro piés y tres cuartas, de ancho casi cinco (1).

VIII. *Ante Sacristía.*—Otro de *Ticiano*, de la Huida á Egipto. En un natural y hermosísimo país, N. Señora sentada con el Niño en los brazos, mirando á S. Ioan

---

(1) Poleró menciona esta tabla en la *Relacion de los cuadros que en otro tiempo existieron en el Monasterio de San Lorenzo el Real, formada con presencia de los documentos originales y libros de entrega que obran en dicho Monasterio.* No sé dónde está, é ignoro si perecería en el incendio de 7 de Junio de 1671, ó en los que afligieron posteriormente á aquel sagrado asilo de la virtud y de las artes en los reinados de Felipe V y Cárlos III.

que le trae unas cerezas alcanzadas de un árbol por un Ángel; á el otro lado está San Iosef, risueño, mirando al Niño, en pié y arrimado á el báculo. Entre los árboles del país se ve la jumentilla paciendo, y en lo más léjos otros animales. Entre las matas, donde hay unos terrazos que parecen de tierra verdadera, bullen unos conejuelos. De la otra parte, en un charco, unos ánades; todo maravilloso y de la mejor manera de este autor. Son las figuras menores que el natural. El alto del lienzo cinco piés y medio, y doce y medio el largo (1).

IX. *Sacristía.*—Otro del mismo artífice, de un Desposorio de Santa Caterina. Está Nuestra Señora sentada en un país; el Niño echado en su regazo; la Santa arrodillada haciéndole caricias; San Ioan Baptista niño, que trae una fruta á la Vírgen que alarga la mano para tomarla. Es original de gran estimacion. Las figuras menores que el natural. Tiene de alto tres piés y medio, de largo casi cinco (2).

X. *Sacristía.*—Otro cuadro de mano de *Paris Bordone*, de una imágen de Nuestra Señora sentada en un sitial, con el Niño en pié sobre las rodillas. Á su mano derecha un San Antonio de Pádua, y á la otra San Roque, figuras medianas; pintado todo él con muy buen gusto. Tiene de alto tres piés y medio, y de largo poco ménos de cinco (3).

---

(1) Núm. 472 del Museo Real.

(2) No existe en el Escorial ni en el Real Museo. ¿Perecería en algun incendio de aquel Monasterio? En la *Relacion* de Poleró ántes citada se anota en estos términos un cuadro de Ticiano: *La Vírgen, el niño Dios y Santa Catalina.*

(3) Ni el *Catálogo* de Poleró ni el de Madrazo registran obra ninguna de *Paris Bordone*, que á veces logró competir con el gran Ticia-

El Almirante de Castilla Don Iuan Alfonso Gutierrez de Cabrera dió muchas y escogidas pinturas á su Majestad cuando vino de Italia. De ellas van al Escurial las siguientes.

XI. *Capítulo.*—Un lienzo de *Pablo Veronés* en que Cristo, acompañado de los Padres del Limbo, visita á su Madre, que la halla en aquella ausencia y grande afliccion orando. Es de grande afecto el rostro de la Vírgen, y se ven en él á un tiempo exprimidos el del dolor y la alegría. Cristo hermosísimo, con un manto blanco, la está bendiciendo, y vese el más cercano á él el buen Ladron, con su Cruz, y cordeles puestas las manos. Los demas Patriarcas y Profetas, excelentemente pintados y con gran juicio, se conocen por sus insignias. La invencion es rara, el capricho es nuevo, y el concierto y armonía del historiado superior á el encarecimiento. Las figuras son menores que el natural. Tiene de alto cerca de cinco piés, y de largo casi ocho (1).

XII. *Aulilla.*—Otro del mesmo autor. Pintó en él el Martirio de un Santo, que es posible sea San Sebastian. Las figuras dél son muchas, várias en posturas y trajes. Es de lo muy bueno que pintó. El Santo está de rodillas, ya puesto en el sitio donde ha de ser degollado; el verdugo con una mano le desembaraza el cuello, y con la otra tiene la espada. El Santo, con los ojos en el cielo,

---

no, así en sus cuadros como en sus frescos. ¿Sería esta pintura víctima de las llamas en algun incendio del Escorial? Es de advertir que Poleró no la menciona en su *Noticia* de los cuadros procedentes del Monasterio de San Lorenzo que existen ahora en el Museo, ni en la *Relacion* de que se ha hecho mérito anteriormente.

(1) Núm. 108 del *Catálogo* de Poleró. Está en la *Sala Vicarial* del Real Monasterio.

huye el oido á las persuasiones de unos sacerdotes que le señalan una estatua de bronce de una diosa, pintado todo con singular gracia y lindo gusto. Las figuras del natural. El alto es de nueve piés, y de ancho seis y medio (1).

XIII. *Sacristía.*—Otro de Santa Margarita resucitando un muchacho, que sustenta con las manos un viejo acompañado de otras dos personas. Las figuras son del natural, de más de medios cuerpos. Tiénese por de mano de *Micael Ángel Carabacho* (2), por ser muy bueno y de aquella su manera. Tiene de alto cuatro piés y cuarto, y de ancho más de tres y medio (3).

De las pinturas que el Conde de Monterey trajo de Italia y dió á su Majestad, que Dios guarde, van las siguientes.

XIV. *Sacristía.*—Una de *Anival Carache* (4), de la Subida de Nuestra Señora á los cielos. Dejando el sepulcro, sube á lo alto acompañada de Ángeles, y los Apóstoles en diversas posturas la atienden admirados. Es pintura de gran nombre, y de lo bueno que hizo su autor, muy semejante en las manchas y tintas, y en la disposicion de la historia, á las de *Tintoreto*. Tiene de alto cuatro piés y tres cuartos, de ancho tres y medio (5).

XV. *Sacristía.*—Otro cuadro de *Fr. Sebastian del Piombo* (6), veneciano: Cristo con la Cruz acuestas, con

---

(1) Núm. 530 del Museo Real. Representa el *Martirio de San Ginés.*

(2) Miguel Ángel Amerighi, llamado el Caravaggio.

(3) Poleró lo incluye en la *Relacion* de los cuadros que existieron en el Escorial y cuyo paradero ignora.

(4) Aníbal Caracci ó Carracci, pintor de la Escuela boloñesa.

(5) Núm. 90 del Museo Real.

(6) Fray Sebastian Luciano ó Luciani, comunmente llamado Sebastian del Piombo.

una túnica morada clara, pintura de grandeza y fuerza. Es la cabeza del Cristo bellísima, y ella y lo demas de la figura representa bien el peso y fatiga de la Cruz que le agrava. Tiene al lado un sayon; su cabeza, lindamente pintada, parece retrato. Detras dél se ve otra de un armado. La tinta de todo el restó es obscura. Las figuras algo más de medio cuerpo del natural. Deste original andan muchas copias, y hay dos en S. Lorenzo (1) que parecen de la mesma mano. Tiene de alto cuatro piés y medio, y de ancho cuatro escasos (2).

XVI. *Aulilla.*—Otro de mano de *Ticiano:* Cristo mostrado de Pilatos al pueblo, cercado de muchos sayones, figuras todas del natural. Es muy bueno, pero ha padecido mucho y tiene algunos aderezos. Es su altura de más de cuatro piés, su ancho tres y medio (3).

---

(1) La hecha en pizarra, que Poleró anota en su *Relacion* de los cuadros que existieron en el Escorial, y no en la *Noticia* de los que vinieron de allá y se encuentran en el Museo, está señalada en este rico depósito de obras maestras con el núm. 398. La otra lleva en el *Catálogo* de las pinturas de aquel Monasterio el núm. 912, y existe allí en el *Camarin.*

(2) Núm. 395 del Museo Real.

(3) Dice Poleró en su *Noticia* de los cuadros venidos del Escorial y existentes en el Museo, que el anterior *Catálogo* de dicho establecimiento registra este lienzo con el núm. 435. El cuadro que llevaba tal número, señalado ahora con el 48, aparece en el primer tomo del nuevo *Catálogo,* no como de Ticiano, sino como de Leandro Bassano, á quien Madrazo lo atribuye, indicando que perteneció á la coleccion del Real Alcázar y Palacio de Madrid en tiempo de Cárlos II, y que en época posterior formó parte de la dotacion del Escorial, de donde procede. Que vino al Museo Real como de Ticiano, lo prueba el hecho de haberlo incluido Madrazo mismo entre las obras del insigne colorista en anteriores ediciones de su *Catálogo.* ¿Por qué ahora se lo adjudica á Bassano? El entendido ilustrador de los cuadros del Museo Real no ha tenido á bien decirlo. Cumple, pues, atenerse á la opinion del

Acompañan á las referidas otras pinturas sacras, hasta llenar el número veinte y cuatro, que son estas.

XVII. *Sacristía.*—El S. Sebastian famoso del gran *Ticiano* (que fué de los Condes de Benavente), figura del natural, en un nicho, desnuda, las manos atrás y clavadas dos flechas, la cabeza levantada á el Cielo con grande afecto y viveza; y fuera de estar el cuerpo lindamente plantado, está colorido tan divinamente, que parece vivo y de carne (1).

XVIII. *Aulilla.*—Otra pintura del mismo autor, de figuras poco menores que el natural: es del Sepulcro de Cristo, muy semejante en todo lo principal á la que está en la Iglesia vieja de San Lorenzo, y no ménos excelente. Tiene de alto cinco piés, y seis de largo (2).

XIX. Otra de *Paulo Veronés*, de la Mujer adúltera. Tráela una tropa de sayones á la presencia de Cristo, atadas las manos y llorosa, y Cristo, señalándola con majestad, vuelve á hablar á los Fariseos que la acusan. Es lienzo digno de su autor. Su alto cuatro piés, y el largo cuatro y medio (3).

XX. Un Ecce Homo, de *Ticiano*, de medio cuerpo, colorido milagrosamente. Hay dél muchas copias. Su alto dos piés y tres cuartos, de ancho poco más de dos (4).

---

gran Velazquez, segun el cual esta obra es *de mano de Ticiano* y ademas *muy buena*.

(1) No consta en el *Catálogo* de Madrazo. Poleró lo menciona en su *Relacion* de los cuadros que existieron en el Escorial. Si desapareció en alguno de los repetidos incendios del Monasterio, su pérdida es extremadamente sensible, porque todos cuantos hablan de él encarecen su mérito y lo califican de *famoso*.

(2) Núm. 464 del Museo Real.

(3) Núm. 537 del mismo.

(4) Núm. 473 del *Catálogo* de Poleró. Existe en la *Iglesia vieja* del Escorial.

XXI. Otro cuadro del mesmo tamaño, de la Vírgen ansiada y llorosa mirando á su Hijo, de mano de *Ticiano* (1).

XXII. Otro de *Pablo Veronés*, de la Adoracion de los Reyes, bien lleno de figuras medianas, pintado con buen gusto y disposicion. El alto cuatro piés y cuarto, el ancho cuatro y medio (2).

XXIII. Otro del mismo maestro y tamaño: Cristo entre los dos Ladrones, y Longínos en la accion de herirle; desmayada Nuestra Señora, teniéndola San Ioan, la Madalena y otros; los soldados sorteando la vestidura (3).

XXIIII. La tabla enviada últimamente del Conde de Castrillo, Virey de Nápoles, á su Majestad, pintura de *Rafael*, con que queda encarecida bastantemente. Son las figuras casi del natural, con un país, y en su léjos el Iordan y el Baptismo de Cristo. Su alto siete piés, de ancho cinco (4).

Con estas van otras diez y siete pinturas, la mayor parte de los mesmos autores. Por excusar la repeticion se dirán sumariamente, junto con el lugar en que se colocan éstas y aquéllas.

La tabla de *Rafael*, con la Vírgen, el Niño, S. Ioan y Santa Isabel, se pone en la parte principal de la Sacristía, en el altar, al pié del Cristo, por ser para vista de cerca y estar allí en conveniente distancia (5).

---

(1) Núm. 470 de dicho *Catálogo*. Se encuentra donde el anterior.

(2) Núm. 541 del Museo Real.

(3) Núm. 536 del mismo.

(4) Núm. 368 del mismo.

(5) ¿Sería ésta la que cita Poleró entre los cuadros que existieron en el Escorial, sin incluirla en la *Noticia* de los que están hoy en el Real Museo procedentes de aquella casa? Sospecho que sí, porque en

El Lavatorio de *Tintoreto* (1) se pone en medio de la Sacristía, á la parte de los cajones, y baja hasta ellos desde lo alto de la cornisa.

Á su lado derecho la tabla de *Andrea del Sarto* (2).

Tras ella el Prendimiento, de mano de *Luqueto* (3). Tiene de alto seis piés y medio, y de ancho cinco. Es de lo bueno que hizo este autor (4).

Y la última por este lado el Ecce Homo de *Paulo Veronés* (5). Es del mesmo tamaño que la pintura antecedente, y ambas las dió con las demas á su Majestad, para este fin, D. Luis Mendez de Haro, Conde Duque de San Lúcar.

El Cristo á la Coluna de *Lúcas Cangiaso* (6).

Á el lado izquierdo la pintura de *Ticiano* que ántes estaba en la misma Sacristía. Tras ella la Visitacion de la Vírgen, que vino de Nápoles (7). Despues, rematando este lienzo, el de el Prendimiento de mano de *Ticiano* (8), que solia estar en la Ante Sacristía, y estos dos lienzos se re-

---

ninguna *Sacra-Familia* de Rafael custodiada en nuestro Museo falta la figura de San José.

(1) Es el mencionado en la página 503.

(2) Citada en la página 504.

(3) Lúcas Cangiasi ó Cambiasi, dicho tambien *Luqueto*.

(4) Poleró no menciona esta obra, ni consta en el *Catálogo* de Madrazo. Tal vez fuese de las que perecieron en los incendios del Escorial.

(5) Poleró lo cita en su *Relacion* de los cuadros que existieron en el Monasterio de San Lorenzo. No está allí ni en el Museo Real, á lo ménos entre los que goza el público.

(6) El ya nombrado *Luqueto*. Lo registra *Poleró* en su *Catálogo* con el núm. 180, y se halla en el *Claustro principal alto* del Escorial.

(7) Es la tabla de Rafael de que se ha hecho mérito, y cuya pintura fué trasladada á lienzo en París ántes que nos la devolvieran los franceses con arreglo al tratado de 1815.

(8) No he podido averiguar su paradero.

ducen á el mismo tamaño que los antecedentes que les corresponden.

Estas siete pinturas ocupan el espacio que hay entre los cajones y la cornisa. Por cima de ella corren las siguientes, gobernando su cuenta como las de abajo.

Encima del lavatorio, frontero de la ventana que está á el otro lado, se pone el celebrado lienzo de la Madalena, del *Ticiano* (1), que estaba en esta misma pieza.

Á la mano derecha deste, la pintura de Santa Margarita, de la mano del *Caravacho* (2), resucitando un niño.

Tras ella la pintura de la moneda (3), de mano de *Ticiano*, que tambien estaba en este sitio.

Luego la Subida de Nuestra Señora á los cielos, de mano de *Aníbal Carache* (4), y en el último espacio una pintura de *Paulo Veronés*, del Sacrificio de Abrahan (5).

Á el lado izquierdo el Cristo de la Cruz acuestas de *Fr. Sebastian del Piombo* (6).

Tras él, el lienzo de San Ioseph con el Niño en brazos, de *Guido Boloñés* (7), y de lo mejor que hizo (8).

---

(1) Menciónalo Poleró entre las pinturas que existieron en el Escorial. Madrazo apunta, en las curiosas noticias de su interesante resúmen biográfico de Ticiano, que el arte *llora perdida* esta famosa obra.

(2) La misma de Miguel Ángel Caravaggio anteriormente descrita.

(3) Entiendo que en la venta de los cuadros robados á España durante la guerra de la Independencia por el Mariscal Soult, la adquirió el Museo de Londres en 62.000 francos. Véase el *Catalogue raisonné des Tableaux de la Galerie de feu M. le Maréchal-Général Soult:* París, 1852, pág. 43.

(4) La ya descrita por Velazquez.

(5) Núm. 539 del Museo Real.

(6) El mismo de que se habla en la página 511.

(7) Guido Reni, natural de Calvenzano, cerca de Bolonia.

(8) Poleró incluye esta obra en su *Relacion* tantas veces mencionada. Tratándose de un cuadro que, segun Velazquez, era de lo mejor

Luego la pintura de *Antonio Corregio*, de Cristo y la Madalena en el Huerto (1). Y por último, la Imágen de Nuestra Señora con el Niño al pecho, de *Guido Boloñés* (2). Todas estas nueve pinturas se reducen á cinco piés de alto, sin los marcos, y tres y tres cuartos de ancho.

Sobre las dos puertas de la testera principal, colaterales á el Altar, se pone en la de mano derecha una tabla de Nuestra Señora y Santa Caterina, que estaba ántes en el Capítulo y parece de mano de *Giorgion de Castel Franco* (3). En la de mano izquierda una pintura de mano de *Ticiano*, de Cristo mostrado al pueblo (4). Una y otra, de figuras más que medias, estaban en uno de los Capítulos.

En la testera de abajo, á el lado de la puerta por donde se entra, corresponden otras dos pinturas á las que se han dicho. Encima de la de mano derecha está la Imágen de Nuestra Señora, Santa Caterina y San Ioan Baptista niño, de mano de *Ticiano* (5).

Sobre la de mano izquierda la pintura de Nuestra Señora, San Antonio de Padua y San Roque, del *Bordonon* (6). Estas cuatro pinturas se reducen á cinco piés

---

que hizo el pintor boloñés, es muy sensible ignorar dónde se encuentra.

(1) Citada en la página 507.

(2) Está en igual caso que la antecedente del mismo autor.

(3) Jorge Barbarelli, llamado el *Giorgione*. Ni Madrazo ni Poleró mencionan este cuadro en sus catálogos respectivos. No existe, pues, ni en el Museo ni en el Escorial.

(4) Es la que Madrazo adjudica ahora á Leandro Bassano.

(5) No la citan ni Poleró ni Madrazo. ¿Sería, como otras várias cuyo paradero no se sabe, de las que perecieron entre las llamas?

(6) Juan Antonio Regillo ó Licinio, conocido por el *Pordenone*, nombre del pueblo donde nació. Este cuadro lleva en el Museo Real el núm. 345.

poco más por largo, y tres y un cuarto por lo alto.

En el lado enfrente de los cajones se reparten diez pinturas por debajo de la cornisa, que comenzando su cuenta por la parte superior, se colocan así.

Una Madalena, de mano de *Tintoreto*, de más de medio cuerpo, despojándose (tiene cuatro piés y medio de alto, y de ancho cuatro piés), se pone en el primero pilar de entre las ventanas. Es pintura de estimacion (1).

El San Sebastian famoso del *Ticiano* (2), en el segundo.

En el tercero, Cristo en el Limbo, de mano del *Piombo* (3), y tiene ocho piés de alto, y de ancho cuatro, como el San Sebastian.

En el cuarto otra pintura de la Madalena, ya despojada y orando, del mismo (4).

En el quinto, que corresponde á éste (cogen entre los dos la ventana del medio), se pone San Gerónimo penitente, de mano de *Vandyck* (5), con un Ángel que le tiene la pluma (6). Éste y el antecedente tienen á seis piés menos cuarto de alto, y de ancho cuatro y medio poco más.

---

(1) Núm. 93 del *Catálogo* de Poleró. Está en la *Sacristía* del Escorial.

(2) Véase la primera nota de la pág. 513.

(3) Núm. 396 del Real Museo, donde hace algunos años se le despojó de su paternidad (que se le ha devuelto al fin con mejor acuerdo) para atribuirlo al mudo Juan Fernandez Navarrete.

(4) Ignoro su paradero.

(5) Antonio Van Dyck.

(6) Entre los cuadros de Van Dyck que existieron en el Escorial, cita Poleró un *San Gerónimo meditando en su retiro*. ¿Sería éste? El *Catálogo* del Museo Real no lo menciona.

En el sexto pilar Cristo Crucificado, que estaba ántes en la Aulilla, de *Ticiano* (1).

En el séptimo, San Juan Bautista, de la misma mano (2), que estaba en la Aulilla. Su tamaño es el mesmo que el de San Sebastian y el de Cristo en el Limbo.

En el octavo y último una Santa Margarita con el Dragon, de mano de *Ticiano*, de más de medio cuerpo (3). Ésta y la de la Madalena despojándose tienen cuatro piés y medio de alto, y de ancho cuatro piés. Y debajo destas y de la pintura que le corresponde en el primero pilar, se ponen dos Espejos guarnecidos de la misma talla dorada, como las pinturas, y en los dos lados que abrazan la ventana del medio, debajo de las pinturas de la Madalena y S. Gerónimo, por ser de menor caida, hacen correspondencia á los Espejos dos pinturas casi de igual tamaño, la una del Nacimiento de Cristo, de *Andrea Schiavon* (4), y la otra una Imágen de Nuestra Señora con el Niño y S. Juan, de mano de *Rafael* (5). Tienen á tres piés y cuarto de alto, y dos y medio de ancho. Con que queda ajustado el adorno de la Sacristía.

La Ante Sacristía se viste de diez pinturas con marcos uniformes, en esta manera:

Sobre la fuente que sirve de lavatorio, la Huida á Egip-

---

(1) Núm. 88 del *Catálogo* de Poleró. Está en la *Sacristía* del Escorial.

(2) Núm. 98 del mismo. Id.

(3) Núm. 486 del Museo Real.

(4) Andrés Schiavone, pintor de la Escuela veneciana, admirado del Tintoretto como colorista, y favorecido de Ticiano. Poleró incluye este cuadro del *Nacimiento* en la *Relacion* de los que existieron en el Escorial y cuyo paradero ignora.

(5) Núm. 370 del Museo Real.

to, de mano del *Ticiano* (1). Coge todo su largo ajustado.

Sobre las dos puertas que están á sus lados, los dos cuadros de la Adoracion de los Reyes y de la Crucifixion, de mano del *Veronés* (2), que como el de enmedio se ajustan al ancho de las puertas.

Sobre las toallas del uno y otro lado, se pone en el de la Iglesia una pintura de Nuestra Señora con el Niño en los brazos, la Madalena que la adora y otros dos santos, de mano de *Vandyck* (3).

En la parte de la Sacristía, al lado derecho de su puerta, una pintura de *Pedro Pablo Rubbens*, del Castillo de Emaús (4), y al izquierdo el famoso lienzo de la Purificacion, de mano de *Paulo Veronés* (5).

Debajo de él, con el mismo ancho, el de la Mujer adúltera, del mismo autor (6).

Enfrente destos dos (que es al lado de la puerta que sale á la Iglesia), y sobre unos cajones, se pone un lienzo del Sepulcro de Cristo, de *Tintoreto* (7).

Al lado de la que sale al claustro, un lienzo de *Paulo Veronés*, de la Predicacion de San Juan (8), de la misma caida que el de la Huida á Egipto que le corresponde; y

---

(1) V. la primera nota de la página 509.

(2) Citados ya en la página 514.

(3) No existe en el Escorial ni en el Museo. Ignoro qué habrá sido de él.

(4) Núm. 407 del Museo Real, segun la quinta edicion de su *Catálogo*, que áun rige para las pinturas de la Escuela flamenca.

(5) V. la nota de la página 508.

(6) V. la tercera nota de la página 513.

(7) Núm. 39 del *Catálogo* de Poleró. Se halla en la *Sala Prioral* del Real Monasterio de S. Lorenzo.

(8) No consta en el *Catálogo* de Poleró, ni en el del Museo Real.

á su lado una pintura de los Apóstoles S. Pedro y S. Pablo, de *Josef de Ribera* (1).

De todas las cuarenta y una pinturas están solamente cinco por acomodar, respecto de que sus tamaños no han sido los convenientes; y así quedan puestas en los Capítulos miéntras llegan otras que se esperan, para que todas tengan su lugar.

Estas pinturas sagradas, entresacadas de las que de todo género adornan el Real Palacio de su Majestad, son las que envia ahora su Majestad al Real Convento de San Lorenzo, dando con apartarlas de su vista nuevo y singular testimonio de su amor á aquella casa, y de que para vestirla majestuosamente no dudará nunca (á ser necesario) desnudar la que habita de lo más estimable.

Advirtió su Majestad estar pobres de pintura algunas piezas, y en particular las dos referidas, y no dilató el reparo de esta falta. Providencia sin duda de su grande abuelo, pues ya que previno á su gran piedad en la erección de aquesta sacra estupenda Mole, le dejó mucho lugar vacío, para que logre su Real ánimo en su exornacion, y aumento, á que, reconocidos sus Religiosos debidamente, piden incesablemente á Dios prospere y alargue vida que tanto importa.

---

(1) La incluye Polero entre las que existieron en el Escorial, pero sin saber qué ha sido de ella.

DON LUIS GONZALEZ BRABO.

EPÍSTOLA NECROLÓGICA (1)

DIRIGIDA

AL Sr. MARQUÉS DE MOLINS,

DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

No quisiera escribir, Marqués amado,
La vida del ilustre consejero
Del principio y del fin del gran reinado.
¿Qué he de decir del noble compañero
Que adoró lo pasado con vehemencia,
Miéntras yo amé con fe lo venidero?
Estoy pronto, Marqués, á la obediencia;
Mas ¿no es hacer á la razon agravios
Que escriba yo una epístola sin ciencia,
Cuando pueden honrarle con sus labios
Canalejas, Molins, Ferrer del Rio,
Plutarcos de valer de tantos sabios?

(1) El Reglamento de la Academia Española dispone que cuando fallece un Académico numerario escriba su necrología otro individuo de número.

Su talento sabrá, mejor que el mio,
Pintar sucesos tristes ó risueños,
Que yo he olvidado, ó de que ya me rio.
¡Qué bien hace el que imita á los pequeños!
Miéntras buscó el poder, otros buscaban
Sus libros, sus quimeras y sus sueños;
Y, cuanto más sus alas se elevaban,
Más ante él unas dichas engañosas,
Como Ítaca ante Ulíses, se escapaban.
Pues yo solo sé de él, entre otras cosas,
Que tuvo una mujer hermosa y buena,
Y tres hijas discretas y donosas [1],
Con su mucha bondad, de encanto llena,
Escosura, Olivan, Ochoa y Puente,
Que hacen su gloria de aumentar la ajena,
Pueden decir con ánimo indulgente
Si fué un hombre de estado, el que en su vida
Nunca supo ser frio interiormente;
Y si su fe, por la pasion vencida,
Por no ser más tenaz, cayó en el yerro
De verse en inconstancia convertida.
Jamas en el poder, ni en el destierro,
Pudo pasar, como otros, su existencia
Con dos ó tres propósitos de hierro.
Yo declaro que creo en mi conciencia
Que por órden fatal de su destino
Siempre hubo en él más genio que prudencia.
Dotado de pasion y estro divino,
Fué comun en su olímpica oratoria
El hacer de una idea un torbellino.
Marqués, puesto que saben de memoria
Guerra, Hartzenbusch, Cañete y Juan Valera

Lo que sueña, al dormir, la humana historia,
Que pinten describiendo su carrera
(Mejor que quien tan poco en esta vida
Los peldaños gastó de su escalera)
De su fortuna la ilusion perdida;
La ingratitud siguiendo á su desgracia;
Su rápido subir; su gran caida;
Su saludo á la jóven *democracia* [2];
Su Guirigay [3], que de juzgar me abstengo
Por dudar de su mérito y su gracia.
¿No tienen más saber que el que yo tengo
Cutanda, Rivas y Manuel Silvela,
Tan doctos por derecho de abolengo,
Para historiar, desde la misma escuela,
La vida de nuestro héroe, más variada
Que la misma ficcion de la novela?
Y como amigo fiel y camarada,
¿No mirais á Pezuela á vuestro lado,
Del último Borbon primera espada,
Que lo tuvo en Ardoz como soldado [4],
Y que sabe que fué su vida entera
Un riesgo eternamente transformado?
Él decirnos podrá de qué manera
Defendiendo á Leon, una memoria
Dejó en el mundo grande y duradera [5].
Y, con ejemplos de su misma historia,
Dirá tambien qué obcecacion es esa
Que el poder equivoca con la gloria,
Y que, en su anhelo, de aspirar no cesa
Á un renombre que llega solamente
Á dos piés más allá de nuestra huesa.
¡Cuán poco piensa en general la gente

Que, excepto lo que amamos y nos ama,
Es el resto del mundo indiferente!
No respondais á la ambicion si os llama.
Nos causan ménos mal nuestras flaquezas,
Que esa idea maldita de la fama.
¡Dichoso el que desprecia las grandezas,
Y vive con su mesa abastecida
De queso, pan, legumbres y cerezas!
Podia con su gracia sin medida
Describirnos Segovia al poderoso
Que subió, sin pensar en la caida,
Y tambien unos años de reposo
En que espejo fué á ser de embajadores,
Siendo en Lisboa y Lóndres venturoso [6];
Y, al fin de este descanso en sus dolores,
Cual sabio embajador, decirnos Cueto
Como ha seguido Ulíses sus errores.
Y ¡qué trabajo harian tan completo
Rubí, Tamayo y Adelardo Ayala,
Como hijos de Shakespeare y de Moreto,
Si, al recorrer de la pasion la escala,
Quisiesen hoy decirnos de qué modo
Ahuyenta á la amistad la suerte mala,
Qué es la ambicion, que lo trastorna todo,
Que en un mundo tan grande y tan pequeño
Nada hay debajo de ella, incluso el lodo!
¿Cómo saldré, Marqués, de este árduo empeño,
Yo, pecador, que á la virtud ultrajo,
La holganza entremezclando con el sueño?
¿Por qué no dais á Olózaga el trabajo,
Á quien Brabo acusó, como él decia,
«Poniendo su cabeza sobre un tajo»? [7].

¿Fué el vivo acusador donde queria?
El hombre va donde lo arrastra el viento,
Y, siempre que se mueve, Dios le guia.
¿Cuál de ellos olvidó por un momento,
En ánsia de mandar arrebatado,
Que es la virtud más grande que el talento?
¡Oh sangrientas antítesis del hado!
Muchos años despues, léjos de España,
Siguió el acusador al acusado,
Y algo llevó en su faz por tierra extraña
De aquella luz que fulguró en el trecho
Que recorrió Moisés por la montaña.
Es tan brutal la autoridad del hecho,
Que, áun siendo justa, es la justicia odiosa
Cuando hace entrar en cólera al derecho.
¡Cómo empieza á cubrir la eterna losa
Recuerdos tan ardientes y hoy tan frios!
¡Cuánto rumor para tan poca cosa!
Mas ¿por qué en vez de los tercetos mios
No han de cantar su vida en alto coro
Castelar, Nocedal, Cánovas, Rios,
Que en este siglo, ante sus lenguas de oro,
Con perdon de la Grecia, el gran tribuno
Tal vez sería un orador de foro?
Ellos podrán pintarnos, cual ninguno,
Á ese vulgo que grita imperturbable
¡Muera Jesus! porque lo grita alguno,
Y hablarnos de aquel genio inimitable
Que en diez discursos repitió la historia
Del motin de una noche memorable [8].
¿Qué fué de aquel poder y aquella gloria?
Es ya vano decirlo, aunque no es vano

El dar algun repaso á la memoria.
¿Qué fué de él? Para el cielo soberano
No es un héroe mayor que un hormiguero,
Y es lo mismo una flor que el Oceano.
Él fué donde, quitándose el sombrero,
Fueron reyes tambien y emperadores:
Á pedir pan y paz al extranjero.
Echemos ya sobre su tumba flores.
Calumniado cayó como vencido.
¿Caerán con más honor los vencedores?
De un grande á esta miseria reducido,
¿Qué nos queda? Una pálida memoria,
Y una sombra de un bien desvanecido.
Si fué ó no justo, lo dirá la historia;
Pues no siempre el pendon de los mejores
Se lleva en este mundo la victoria.
Y ¿fueron de él tan sólo sus errores,
Hoy que al más bravo corazon consterna
El dirigir á pueblos de habladores?
Faltó en pensar, cual todo el que gobierna,
Si en la forma (no el fondo) es preferible
El dorio al jonio: la cuestion eterna.
Y ¿faltó en más? No sé; pero es posible.
Él creyó gobernar con los mejores,
Perpétua aspiracion á un imposible.
Mas lleguemos al fin, que odios y amores
Muy pronto un mismo polvo los espera,
Confundiendo á oprimidos y á opresores;
Y, suceda en el mundo lo que quiera,
Ya sus prados traerá de flores llenos,
Como el año anterior, la primavera.
Todos se creen los más y los más buenos,

Hasta que viene á revelar la muerte
Cuál vale más, esto es, cuál vale ménos.
Se humilla al débil y se teme al fuerte,
Y el vulgo nunca ve con simpatía
Ni á las virtudes ni á la buena suerte.
Siempre pasó lo mismo, desde el dia
En que estaba en el mar Sierra Nevada
Escondiendo la frente todavía.
¡Luchar! ¡Subir! Y al fin de la jornada
Hallar calumnias, decepciones, males.....
Debe haber Dios, sinó..... todo esto es nada.
¿Por qué querrán las leyes inmortales
Que sea todo triunfo pasajero
Y haya más enemigos que imparciales?
Siendo un leon más dulce que un cordero,
Ya herido, le acosaron con encono
La envidia y la ambicion, el mundo entero.
Pero yo en nombre suyo les perdono,
Como él arriba, perdonando, cuenta
Á los muchos apóstatas del trono.
¡Calcule el alma, de rencor exenta,
Lo triste que habrá muerto un gaditano
Bajo un sol que ni alumbra ni calienta![2].
¡Premie el cielo dolor tan sobrehumano,
Cuando el mérito pese de este duelo
El que pesa los astros con la mano!
Halló en Biarritz, por fin, su desconsuelo
La postrera estacion de su calvario,
Bajo un vaho que en Francia llaman cielo.
Así un liberto, en punto solitario,
Á Pompeyo enterró bajo la arena
Con la ayuda de un pobre legionario.

Morir en el destierro es grande pena;
Mas nos marca la entrada y la salida
El que saca los siglos á la escena.
Una tragedia griega harto sabida:
—«Volved» dice «los ojos ¡oh mortales!
Hácia el último dia de la vida.»—
¡Qué rancias vanidades terrenales!
Cuando se va á morir todo es locura,
Y verdades y sueños son iguales.
Murió; pero nos dice la *Escritura:*
—«No lo busque entre muertos quien le llora,
Que está lleno de vida allá en la altura.»—
Está en la altura, el que ya sabe ahora
Lo que le dice el rio á su ribera,
El mar al sol y el pájaro á la aurora;
El hombre que al llegar su hora postrera
—«¡Mis hijas!» exclamó, «¡Perdon, Dios mio!»—
La última hora es la existencia entera.
Y despues de este fin solemne y pío,
Que haria merecer la santa palma
Á toda una existencia de extravío,
Porque el cielo le dé la eterna calma
Recemos hoy con corazon ferviente,
Cual por nosotros rogará su alma
Á la diestra del Dios omnipotente.

RAMON DE CAMPOAMOR.

NOTAS.

[1] Contrajo matrimonio con la señora Doña Joaquina Romea, hermana del eminente actor de este apellido, de la cual dejó tres hijas: Luisa, Leonor y Blanca.

[2] Alusion á una frase de su discurso en el salon del Teatro Real, á raíz de la revolucion de 1854, en la misma junta en que Castelar se dió á conocer como orador.

[3] Alude al periódico llamado así, que Gonzalez Brabo dió á luz en 1839, y en el cual usó el seudónimo de *Ibrahim Clareté*.

[4] Viniendo de Cataluña en calidad de secretario del general Serrano, éste le envió con una comunicacion para el general Narvaez. Por esta casualidad se halló en la accion de Torrejon de Ardoz, acaecida, como todos saben, en 1843.

[5] Como capitan de cazadores del octavo batallon de la Milicia ciudadana, fué de los que más excitaron al Ayuntamiento de Madrid, en 1840, al pronunciamiento de Setiembre; y profesando todavía las mismas ideas, escribió la defensa del Conde de Belascoain, é hizo particularmente cuanto pudo por excitar á sus compañeros á favor del procesado.

[6] Inopinadamente se le vió de presidente del Consejo de Ministros á principios de Diciembre de 1843, para llevar el acta Real de acusacion contra D. Salustiano Olózaga á las Córtes, y al sucederle el Duque de Valencia, en la primavera siguiente, se le nombró embajador en Lisboa. — A fines de 1856 fué con igual categoría á Lóndres. — Por muerte del Duque de Valencia, el 23 de Abril de 1868, subió de nuevo á Presidente del Consejo de Ministros.

[7] Frase suya en el muy borrascoso debate á que dió márgen la citada acta en el Congreso de Diputados.

[8] La del 10 de Abril de 1865, llamada vulgarmente por tal circunstancia *Noche de San Daniel*.

[9] D. Luis Gonzalez Brabo, hijo de D. Manuel y de Doña María Antonia Lopez de Arjona, natural de Granada, nació en Cádiz el 8 de Julio de 1811, y fué bautizado el 10 en la parroquia de San Antonio de dicha ciudad.

[10] Palabras de Gonzalez Brabo en el acto de morir en los brazos de dos amigos y dentro del coche de uno de ellos, en el cual acababa de salir de noche para respirar alguna frescura.

DISCURSO

DEL

Excmo. Sr. DON SALUSTIANO DE OLÓZAGA [1].

Señores: Suelen llegar á puestos importantes en la milicia, cargados de años y faltos de conocimientos científicos, los que con más modesto propósito sentaron plaza de soldados rasos. Estos oficiales, para distinguirlos de los facultativos, son conocidos con el nombre de *prácticos*. Así me explico yo la singular benevolencia con que ha querido honrarme la Academia, y me señalo el apartado, y hasta ahora vacío, sitio, que en ella puedo ocupar.

Verdad es que en diversas épocas, y alguna ya muy remota, ha habido muchos y muy distinguidos Académicos, no solo entre los presentes, sino entre los que, para desgracia de las letras españolas, murieron ántes de tiempo, que juzgándome con bondadosa parcialidad, ó encariñados con el compañero de otras Academias, quisieron dispensarme este honor. Lo rehusé con obstinacion, re-

(1) Leído en la Junta pública que celebró la Real Academia Española para darle posesion de su plaza de número, el dia 23 de Abril de 1871.

conociendo sinceramente mi insuficiencia; pero al aceptar ahora el que me ha hecho la Academia, y al dar gracias por ello, como las doy con todo el calor de mi alma, á los ilustres Indivíduos que la componen, debo recordar con el acento vivo de la gratitud los nombres, aunque no los cite, de los que quisieron anticiparme una honra tan señalada.

Erraban grandemente, desconociendo que el único título que podía autorizarme á llamar á las puertas de esta sabia Corporacion, era haber cultivado empíricamente la lengua castellana, hablando en público más de medio siglo, en el foro, en la tribuna y en toda clase de reuniones populares; y que el único tributo que puedo yo pagar es la exposicion, la declaracion ingenua de las dificultades y tropiezos que he hallado en tan larga y escabrosa carrera.

Quiso mi mala suerte que, ántes de contar quince abriles, se me presentara una ocasion, que parecía natural para—ó sintiera una tentacion irresistible de—exponer ante un público numeroso y apasionado mis pobres ideas en agraz. Me dijeron que había hecho un discurso; y como al que los hace, buenos ó malos, le dan un nombre, que no profanaré yo ahora, aplicándoselo á un niño, me di á observar atentamente, y áun á imitar hasta donde podía, á los que en mi sentir merecían ser considerados como oradores. Los había á la sazon muy populares, cuyo más rico arsenal era la Mitología; y dediquéme con afan á su estudio, y no hallaba deleite igual al que me procuraban las graciosas fábulas y extrañas invenciones de la gentilidad; pero, á decir verdad como hombre honrado, jamas acerté á aliñar con semejante salsa el pasto que había de dar á mis cristianos y sufridos oyentes. «Los

dioses no quieren (me decía yo tristemente) que sea orador, y no lo seré.»

No cuento los desengaños que sufrí por otro lado, cuando quise aprenderme de memoria todas las reglas de la retórica y todas las figuras que solían esmaltar los discursos que más admiracion y noble envidia me causaban. Pronto conocí que el mérito, ó el brillo más propiamente, del estilo figurado consistía en la originalidad, y que ésta se debía de todo en todo á la inspiracion; y contando poco con la mia, eché por otro camino. Los que yo emprendí y abandoné, las sendas y veredas por las que en vano buscaba el arte de la oratoria, que creía que había de ser fácil y sencillo, cuando todos lo ejercitaban, no merecen ser señalados á la Academia, ni caen propiamente bajo su jurisdiccion.

Creo que únicamente tengo derecho á decir algo de los tropiezos, de las dificultades y de las desventuras que encontré desde que, hace más de cincuenta años, emprendí una lucha que dura todavía, y cada vez con más desventaja por mi parte, con mi dulce y querido enemigo, la lengua castellana. Entré en ella sin preparacion ninguna, porque (vergüenza da decirlo, pero es justo recordarlo) á principios de este siglo no se enseñaba generalmente en nuestras escuelas la gramática de la lengua que hablamos los españoles, ni este gran vacío de nuestra educacion literaria se llenaba despues en la enseñanza secundaria ni superior; ántes, por el contrario, se cuidaba de no poner en nuestras manos ningun libro en español; pues todos los de texto, hasta los de matemáticas, estaban escritos en — ó traducidos al — latin. *Aprender gramática* significaba en aquellos tiempos estudiar la lengua *latina;* y áun de este estudio se hablaba de un modo tan

despreciativo, que de cualquier pobre labrador, que se cargaba de hijos, se solía decir (al ménos en mi provincia): «Bien puede *echar* uno ó dos *á la gramática*, para hacerlos frailes ó curas.»

Entrando, pues, á hacer un estudio práctico de nuestra lengua, que era el único instrumento que había de manejar toda mi vida, y que tanto me importaba conocer, me dejé seducir por el ejemplo de algunos oradores, entónces muy aplaudidos, á cuya prodigiosa facundia no bastaba jamas ningun verbo, por propio y significativo que fuera, sino que le habían de acompañar con otros tres ó cuatro, cuando ménos, acercándose algunas veces á la docena. Y no limitaban tal lujo y exuberancia de palabras á la parte más importante de la oracion, sino que la extendían á los adjetivos, y hasta á los adverbios. Henchían así los períodos, y los hacían brillar con peregrinas y largas cadenas de nombres ó de verbos, que colocaban unas veces de mayor á menor para concluir casi en cero, y otras al reves, en un *crescendo* tal, que subía á los cielos. Me encantaba á mí, como á todos los oyentes en general, tanta profusion de voces, y con tal arte ordenadas; pero ¡menguado de mí! cuando quería remedar tanta riqueza y tal plenitud de sonidos, no se me ocurría más que una palabra para una idea. «Es imposible, me decía, que todas sean propias; y, entre tantas, es muy difícil fijarse en la que el mismo orador prefiere, ó en la que mejor corresponde á su pensamiento.» Dudando si esto, que á mí tan fundado me parecía, sería solo un consuelo inventado por mi amor propio contra la esterilidad de mi imaginacion, di con un libro, escrito por uno de los más ilustres españoles, que se distinguía mucho en esta Academia en los últimos años del siglo

pasado, y que explicaba y demostraba perfectamente que lo que yo consideraba como una belleza, tanto más rara, cuanto más difícil era imitarla, era un vicio, un verdadero vicio, á que él daba el nombre de *verbismo*. «¡Loado sea Dios! exclamé entónces, pues éste es el único vicio en el que estoy seguro de que no incurriré jamas.»

Pero esto no quiere decir que dos ó más verbos no puedan ir juntos, si cada uno representa una idea diferente. Lo malo es que tambien suele ser diferente la preposicion que cada uno de ellos rige. Oradores, verdaderos oradores, y escritores muy distinguidos, salen del paso con gran facilidad; y por una licencia, que ninguna regla de sintáxis autoriza, ni la claridad consiente las más veces, mutilan las preposiciones que no les convienen, y violentan y falsean los verbos que las exigen, sujetándolos á un régimen que rechazan, y que puede variar su significacion; pues no es peculiar y privativo de la lengua inglesa, como algunos han creído, el que las preposiciones modifiquen y áun varíen por completo la significacion de los verbos.

Y ya que he nombrado la lengua inglesa, diré, aunque de pasada, que en ella encontré el remedio á la falta de propiedad con que en la nuestra sujetan algunos á un mismo régimen los verbos que lo tienen muy diverso. En esto, como en todo lo que obedece á reglas ó leyes, son muy mirados los ingleses; y al escribir ó pronunciar un verbo, le unen, como si hiciera parte de él, la preposicion que corresponda, sin cuidarse de que quede como colgado de ella el sentido de la oracion. Por más extrañeza que esto cause á nuestros oídos, me agradaba á mí este nimio respeto á la sintáxis, y sobre todo la perspicuidad que da al lenguaje; pero yo me habría guardado bien de

importar á nuestro idioma semejante anglicismo. Por fortuna, no de nuestra lengua únicamente, sino de todas las ciencias morales y políticas, Jovellanos había estudiado la lengua inglesa; y en algunos escritos de aquella nacion se encuentra el gérmen de muchas y muy fecundas ideas que tanto han contribuído á inmortalizar su nombre. Jovellanos, pues, adoptó el régimen inglés; y aunque en esto le hayan imitado pocos, quizá porque les parezca una afectacion á los que no están familiarizados con el idioma de que lo tomó, yo lo creo (sin pretender tener voto en la materia) muy digno de imitacion, y por mi parte le estoy muy reconocido, porque no se me alcanzaba otro medio de vencer la dificultad que había encontrado.

No son pocas las que he hallado para usar con propiedad las palabras y las frases que han dejado de emplearse en su sentido recto, y que se usan exclusivamente en el translaticio. No sé con qué conciencia literaria puede atreverse nadie á usar en este sentido una expresion, cuyo primitivo significado no conoce. Las palabras figuradas las pudieron usar con acierto los que conocían bien su sentido propio; mas cuando han dejado de usarse de esta manera, cuando no se sabe bien lo que significaban, ¿qué traslacion se puede hacer, que no sea arriesgada! y ¿qué mucho que en este escollo hayan tropezado y hayan caído tantas gentes, cuando no han podido evitarlo algunos oradores muy notables y escritores muy distinguidos! Los que no podemos imitarlos en las bellezas, tenemos doble obligacion de no imitarlos en sus pequeñas faltas. Por eso yo en mi juventud iba apuntando todas las expresiones que solo se usan en sentido figurado, con el firme propósito de no emplear ninguna, cuya significacion primitiva no conociese perfectamente. ¡Cuántos errores,

cuántas impropiedades habría yo cometido, en otro caso, en el largo y contínuo tormento que he dado á la lengua! Citaré únicamente dos palabras que recuerdo, en una sola letra, de la que ménos tiene en nuestro Diccionario: la *Che.*

Había un verbo, muy usado sin duda en otros tiempos, *champurrar*, que significa mezclar un líquido con otro; y el uso, caprichoso como siempre, ha preferido dar un rodeo, y se dice *mezclar el vino con agua*, cosa muy frecuente en el dia, ya se deba á los preceptos de la higiene, ya á las exigencias de la moda. Nadie usa ya la palabra *champurrar* en este sentido; y los que la usan en sentido translaticio, la estropean y desfiguran, diciendo algunos *chapurrar*, y los más *chapurrear*, para dar á comprender que hablan mal un idioma extranjero, sin pensar que lo que hablan mal, al expresarse así, es su propia lengua, que lastimosamente han olvidado.

Hay un oficio muy tosco, que viene á ser, respecto del de herrero, lo que es respecto del maestro de obra prima un zapatero de viejo. Se llamaba, y áun en algunos pueblos se llama, *chapucero* al que hace *chapuces* ó remiendos en hierro, y ciertas cosas tan toscas y de tan poco valor, que un herrero desdeñaría dedicarse á ellas. De *chapucero* viene *chapucería;* pero como la raíz ha llegado á ser desconocida, no puede calificarse bien el fruto. La palabra será muy necesaria miéntras en España se hagan algunas cosas toscamente, groseramente, con poco arte, con mal gusto; pero aunque no huelgue en el Diccionario este vocablo, no tendrá, ó al ménos no ha tenido en estos últimos tiempos, mucho uso para expresar lo que realmente significa. Para unos *chapucería* es una mala accion; para otros, una cosa insignificante ó ridícula. No sé lo que se-

ría para el insigne autor del *Sí de las Niñas*, cuando en el acto I.°, escena VI, habiendo dicho doña Irene: «¡Qué pereza tengo de escribir! Pero es preciso, que estará con mucho cuidado mi pobre hermana»; replica Rita: «*¡Qué chapucerías!* No há dos horas, como quien dice, que salimos de allá, y ¡ya empiezan á ir y venir correos! ¡Qué poco me gustan á mí las mujeres gazmoñas y zalameras!» Si, como parece, usó Moratin la palabra *chapucería* como equivalente de *gazmoñería*, no pudo desconocer más completamente su verdadera significacion; pero por fortuna he hallado en la última edicion del *Diccionario de la Academia*, que el epíteto de *chapucero* se aplica, en alguna de nuestras provincias, al *mentiroso;* y como, segun ha dicho un antiguo escritor (1), el encarecimiento es ramo de mentira, hubo de querer decir la criada que no le gustaban las mujeres en exceso ponderativas, exageradas ó alharaquientas. No acuso, pues, formalmente á tan insigne hablista de haber usado con impropiedad una voz en significacion metafórica, por no haberse fijado en su sentido recto; digo solo que en tal error suelen incurrir los que, léjos de estudiar la etimología y el valor de las palabras que han de usar, prefieren las que ménos conocen, ó por amor á la novedad, ó por aparentar una instruccion que no tienen.

Han leído algun escritor místico, que llama á Dios *Sol de Justicia*, ó han oído repetir estas palabras. No se han parado á pensar que si (hablando humanamente, y sin citar la mayor de las autoridades) fuera dado hacer un debido elogio de la Divinidad, no podría ser más comple-

(1) «El encarecer es ramo del mentir.» (*Obras de Lorenzo* (Baltasar) *Gracian*, tomo I. *Oráculo Manual y Arte de Prudencia.*)

to que el que reuniera, en un solo atributo de Dios, lo más grande del mundo físico y lo más grande del mundo moral, llamándole *Sol de Justicia;*—y á un atrevido se le antoja aplicar este epíteto al sol canicular; y tantos lo repiten, que si al mal *huso* no se le quiebra la hueca, andando el tiempo podrán alegar la prescripcion, á falta de todo título legítimo.

Se le ocurrió á alguno comparar, no sin razon, el miedo de algun hombre, ó quizá de alguna mujer, con el de los ciervos, de suyo tímidos y asustadizos; y el adjetivo *cerval* no solo se aplica impropiamente al miedo, considerándolo como sinónimo de *grande*, sino que hay personas, que han estudiado latin, y podrían, por tanto, hallar con gran facilidad la etimología, y lo aplican indistintamente al frio, al calor, ó á cualquier otra cosa que quieren ponderar.

Pero de tantas palabras como el uso vulgar aplica mal, ninguna hay tan notable como el adjetivo *sendos*, *sendas*. ¡Cuántos rodeos no ahorra el poder designar con una sola palabra, que un objeto, que una propiedad, que un accidente pertenece ó se refiere á cada una de las personas de que se trata! Acaso no hay en ningun idioma, al ménos no hay en los pocos que yo conozco, una palabra tan útil y tan significativa como ésta; pero leyó alguno en *Guzman de Alfarache*, parte primera, libro 1: «Tras el mismo vallado estaban dos clérigos sentados, esperando quién los llevara caballeros la vuelta de Cazalla..... detuvieron al arriero, concertáronse con él, y..... subiéronse en *sendos* borricos»; y hubo de decirse el que tal leyera: «Borricos, que son montados por clérigos, buenos borricos, ó al ménos grandes, deberían de ser.» Y como para uno que haya leído la obra de Mateo Aleman, habrá ciento

que hayan leído el *Quijote* (aunque, para vergüenza de los españoles, haya que confesar que es más difícil encontrar en Inglaterra que en España personas acomodadas y, al parecer, algo instruidas, que no conozcan más que de nombre al *Ingenioso Hidalgo* de la Mancha), se les ha pegado de su lectura el adjetivo *sendos*, *sendas*, que Cervántes usa algunas veces, y siempre con grande propiedad. Recorriendo los diversos pasajes en que lo emplea, resulta que, sin gran violencia, han podido creer aquellos á quienes no les gusta dudar, ó no quieren tomarse el trabajo de discurrir, que *sendos* significa *grandes*, *extraordinarios*, *descomunales*.

Si hubieran leído aquellos versos que D. Juan Antonio de Estrada citó, en la *Poblacion general de España* (tomo 1, página 182 de la edicion de Madrid de 1768), y dicen:

> Las siete doncellas francas,
> Por librarse de paganos,
> Se cortaron *sendas* manos,
> Y las tienen los cristianos
> En la villa de Simáncas,

no se les hubiera ocurrido que aquellas interesantes doncellas habían de tener las manos grandes, y mucho ménos descomunales.

Hay, sin embargo, que notar que las palabras aquí citadas, y otras que podrían citarse, igualmente pervertidas por el vulgo, sirven á éste para un solo objeto, para ponderar, para encarecer, para exagerar alguna cosa. ¿Será una mera casualidad esta tendencia á la corrupcion del lenguaje! Es posible; pero no me parece probable, aunque debo confesar que no atino con la razon en que pueda fundarse. Alguna vez se me ha ocurrido, por las

dificultades que yo ¡pobre de mí! he encontrado en hallar la palabra propia para determinar concretamente por medio de un símil el grado de una exageracion cualquiera, si los que se han visto en un apuro semejante, y no se cuidan mucho del modo de salir de él, han preferido las palabras que ménos conocían, como si su aparente vaguedad pudiera cubrir el vacío que no sabían llenar de otro modo. Así *sendos*, que no tiene singular, y *cerval* y *Sol de Justicia* son tan grandes como la ignorancia y el atrevimiento de los que usan estas palabras sin saber lo que significan.

Pero áun aquellas, cuya significacion no puede ofrecer ninguna duda, me han dado á mí mucho que hacer, por la falta de correccion con que se emplean generalmente. ¿Por qué al que habla mal, pecando contra las leyes de la honestidad y el decoro, se le ha de llamar *mal hablado*, y al que piensa mal ó con malicia, *mal pensado!* Se comprende que del que come mal ó viste mal se diga *mal comido* ó *mal vestido*, porque, salvos los casos de una codicia absurda ó de un cinismo ridículo é insolente, se los considera como pacientes en vez de agentes voluntarios; pero el pensamiento y la palabra son lo que hay de más activo en el hombre, son propiamente el hombre. Para lo de *mal hablado* encontré un arcaísmo que, si no disculpa, explica, al ménos, cómo pudo introducirse. Pero *mal pensado* me ha parecido siempre una frase femenina. Yo, al ménos, no la he oído con gusto más que á las señoras; y aunque la autoridad de éstas sobre toda clase de usos y costumbres sea para mí decisiva y áun soberana, creo que esta expresion debe dejarse para el Diccionario particular, íntimo y significativo de las damas.

Y ya que las nombro, me ha de permitir la Academia

que hable de otra dificultad, que, sin este recuerdo, habría seguramente pasado por alto. Desde los primeros años de mi juventud me repugnaba oir que á una señora de su casa la llamasen la *dueña* de la casa. Es tanto lo que en prosa y verso han escrito contra las *dueñas* nuestros mejores autores satíricos, que este nombre tenía para mí un dejo muy desagradable. Han sido con ellas tan crueles algunos refranes; inspiran tan poco respeto en nuestro teatro sus tocas y sus medias tocas; es tan difícil de definir su estado (que toca en lo monjil, sin perder su carácter de servidumbre), que por nada en el mundo habría yo llamado *dueña* á una *señora*. Sin embargo, no oía otra cosa, y me limitaba á protestar con mi silencio; pero cierto apego tenaz á las primeras ideas, y mi aficion á las locuciones vulgares, en las que suele hallar, contra los caprichos de la moda, asilo seguro la pureza de nuestro idioma, me hicieron observar que el lenguaje de la galantería y del amor protestaba más enérgicamente que yo contra semejante acepcion de la palabra *dueña*. Cuando áun se hacían en la Mancha aquellas, en su tiempo, famosas ligas, de tan desmesurada longitud, que podían dar cinco ó seis vueltas á la más robusta pierna, se distinguían las de los hombres por no llevar mote ni palabra alguna; y en las de las señoras (á las que se suponía que se las habían de regalar sus amantes, sus novios ó sus esposos) se leía siempre aquel popular letrero de: *Viva mi dueño*. Y ¡cuántos mozos, ó enamorados, ú ociosos ó dados á la penitencia, y esperanzados de alcanzar por ella el logro de sus deseos, no han pintado en sus brazos y áun en sus pechos, con granos de pólvora amasados en su sangre, para que dure tanto como su vida, un corazon con flechas, solo por tener el gusto de poner

debajo *Viva mi dueño! Mi dueño*, para la inmensa mayoría de los españoles, equivale á *la señora de mis pensamientos;* pero como no lo entiende así la gente más culta, vacilaba mi ánimo entre mi inclinacion á—y mi conformidad con —la mayoría, y el respeto que, por otra parte, me inspiraba la clase más distinguida. De esta incertidumbre me sacó el que ha sido para mí maestro de la lengua, el gran Jovellanos; y desde que vi que su autoridad sancionaba el voto universal del vulgo, dije y diré siempre, aunque sienta la extrañeza que á muchos cause, *la dueño de la casa.*

Pero prescindiendo de las palabras, me ha confundido muchas veces su caprichosa colocacion.

Ántes los ignorantes, lo mismo que los sabios, llamaban al Sumo Pontífice *el Padre Santo;* y de algun tiempo á esta parte hay quien le antepone el adjetivo, confundiéndole con los *Santos Padres*, á quienes, por su ciencia y su piedad, ha dado este nombre la Iglesia. *Mi particular amigo*, se decía ántes, en oposicion á la generalidad de los amigos, como se dice *amigo particular*, para indicar que no es amigo político; ahora se truecan y confunden estas locuciones de modo, que no es fácil distinguir lo que se quiere dar á entender. *La independencia temporal de Roma* ha significado, hace mil años, la union del poder civil y el espiritual en la persona del Papa; y en el dia se suele decir *la temporal independencia de Roma;* esto es, la independencia de Roma por cierto tiempo, cuando la independencia de que se trata debe ser eterna, á juício de los que así hablan.

Pues si tal confusion produce la transposicion de un solo adjetivo, ¿cuánto mayor y más frecuente tiene que ser la que resulta de otras transposiciones más graves, y del hipérbaton peculiar de nuestro idioma!

Si los que no hemos aprendido á manejarlo con perfeccion fuéramos más modestos; si nos atuviéramos á su sintáxis natural para decir lo que pensamos, no seríamos seguramente elegantes; pero seríamos claros, que es lo que más importa, y lo único que se puede exigir al que habla ó al que escribe. Por desgracia, sucede lo contrario; y los que ménos saben son los que se creen con más derecho á valerse de todas las licencias sintáxicas, que solo pueden usar acertadamente los grandes maestros de la lengua. Áun éstos suelen incurrir á veces en grande oscuridad por la colocacion indebida de algunas palabras, hasta el punto de dejar perplejo al lector, dando lugar á que crea lo contrario de lo que quisieron decir. Los comentarios al *Quijote*, que escribió el sabio Académico Clemencin, aunque en ocasiones sean por demas severos, prueban cuánto pueden pecar contra la claridad áun los mejores escritores, por las transposiciones indebidas de las palabras. Y si se analizasen de esta manera las obras de todos nuestros clásicos, se vería que ni el mismo Quevedo, que es acaso el que con más soltura y donaire ha manejado nuestra lengua, fué en esto algunas veces tan poco afortunado como Cervántes. Sirva de muestra el pasaje siguiente.

En la *Vida del Buscon*, capítulo XII, párrafo último, dice así:

«Confieso que, *aunque iban mezcladas con risa* las calamidades del dicho hidalgo, me entretuvieron.»

La risa no podía estorbar, sino favorecer, el entretenimiento; y para expresar la idea del autor, parece que debía haber dicho: «Confieso que las calamidades del dicho hidalgo me entretuvieron; aunque *es verdad que* iban mezcladas con risa.»

Para vencer, hasta donde era dado á mis débiles fuerzas, todas las dificultades que dejo apuntadas, y otras muchas que omito, porque su enumeracion sería en extremo prolija y cansada, me ha servido de grande auxilio la escuela práctica de nuestro Parlamento. Podrá España envidiar á otras naciones sus sabios, sus hombres de estado, sus grandes capitanes; pero á ninguna ha debido envidiar en este siglo sus oradores; y el que ha pasado principalmente su vida oyéndolos un dia y otro dia, y hallando en ello su mayor deleite; por muy escasa que sea su aptitud, siendo grande la aficion, algo ha debido aprender. Por desgracia, hay oradores á quienes es imposible imitar. Todos hemos conocido uno, honor de la tribuna española, que ocupaba tambien en esta ilustre Academia un lugar muy distinguido, y que unía á su gran facundia y volubilidad de lengua una memoria prodigiosa. Brotaban espontáneamente de sus labios los más largos períodos que se habrán oído desde el orígen de la lengua castellana, con tal copia de ideas, con tal variedad de incisos, que embelesados los oyentes, no deseaban que llegara el fin, ni acertaban cuál podía ser, quedando siempre sorprendidos al ver cerrarse aquel círculo perfecto, sin haberse apartado ni un solo instante de la idea primitiva, á que se referían todas las accesorias, ni del régimen gramatical que su exposicion exigía. Si alguno intentara imitarle, metería trabajosamente un inciso en otro, como hacen los chinos con esas bolas de marfil, labradas por dentro y por fuera, que solo nos admiran por la paciencia y el tiempo que en ellas habrán empleado.

Y si en lo que toca á la oratoria hay modelos que es imposible imitar, en lo que toca al lenguaje oficial de nuestro Parlamento hay frases que no se comprende cómo

han podido ser introducidas, ni cómo pueden ser toleradas por nuestros legisladores.

Había estado algun tiempo en Francia, huyendo de las persecuciones en su patria, un General, que vino á ser Presidente del Estamento de Procuradores; y un dia, no habiendo asunto de que tratar al siguiente, dijo al levantar la sesion: «Para la primera, *se avisará á domicilio.*» La forma, la esencia y hasta el nombre de nuestra Asamblea popular, se ha cambiado desde entónces muchas veces. Solo el maldito galicismo ha sobrevivido.

Lo mismo ha sucedido con una fórmula absurda, que se repite nada ménos que tres veces al fin de cada votacion nominal. Se trata de saber si algun diputado ha dejado de tomar parte en ella, y se pregunta: «¿Falta algun señor diputado por votar?»; como si allí se votaran ó se eligieran diputados.

Verdad es que nuestros insignes oradores pueden redimir con los grandes servicios que prestan á la lengua, estos descuídos de las asambleas legislativas, y que el mal no es privativo de ellas, sino que se extiende á todas las clases oficiales, que han sido, como la Curia, en todos tiempos, en España, refractarias al estudio del idioma patrio. ¿Cómo, si no, se les había de ocurrir que el participio *presupuesto* del verbo *presuponer* necesitaba otro verbo, y cómo habrían inventado el de *presupuestar!*

Pero no son solas esas clases, son todas las de la sociedad, las que cometen todos los dias graves faltas de correccion. ¿Quién no habrá escrito, ó firmado al ménos, cartas de recomendacion, que son el achaque endémico de España, en que se diga á un Ministro ó á un Magistrado: «Le recomiendo eficazmente *á* don Fulano de tal»! Es decir, que recomendamos el Ministro á la bondad del

pretendiente, y el juez le recomendamos á la clemencia del reo.

Mas estas y otras más graves incorrecciones son cosa de poca monta para el comun de las gentes, y áun para algunos que el nacimiento ó la fortuna ha colocado en altas posiciones, sociales ó políticas. Suelen decir, con más ó ménos sinceridad, y con mayor ó menor deseo y esperanza de no ser creídos: «Yo no soy orador, yo no soy literato»;—y se creen dispensados de conocer la única lengua que han hablado y han de hablar toda su vida. Pero todos están obligados, por su propio interes, á entender con claridad lo que se les dice ó escribe, y más todavía á hacerse entender de quien los escuche. Y esto es justamente en algunos casos lo más difícil, y ésta es la dificultad que confieso sin rubor que muchas veces no he podido vencer, por más esfuerzos que he hecho.

Oía yo de niño (y ¿quién no lo habrá oído?), como una especie de acertijo, aquel dicho vulgar: «El que se come un huevo sin sal, se comería á *su* padre y á *su* madre.» Encontraba cierta agudeza en la vaguedad elástica de la ponderacion del hambre, que solo se podía aplacar comiéndose un gallo y una gallina, y que podía llegar hasta el extremo de comerse al padre y á la madre del que se hubiese comido el huevo. Pero andando el tiempo, y leyendo algunos libros, y deseando entender bien lo que leía, encontré que el aplicar indistintamente el pronombre posesivo *su* á las cosas y á las personas era un gran defecto de nuestro idioma; y no pude ménos de contemplar con envidia la facilidad con que la lengua inglesa evita la confusion y las ambigüedades á que la nuestra está sujeta.

Consultando sobre esto varios pasajes de nuestros clá-

sicos, observé que buscaban con arte cualquier rodeo que los librase de dar en este escollo, como quien conoce que llegándolo á tocar, va á caer, sin remedio, en la oscuridad. Así ha sucedido á nuestros más insignes escritores, cuando, por descuído ó por necesidad del posesivo *su*, empleaban el fatal pronombre.

Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*, edicion de Valencia, año 1776, página 231, dice:

«A ésta (una morisca viuda) se llegó un primo suyo..... trataba con él Abenhumeya, loando *sus* buenas partes y conversacion, tanto, que á desearla ver le inclinó; y contento de ella, por no ofender al amigo, disimulábalo.»

Parece que Abenhumeya era el que alababa á la viuda; y no debía ser sino el primo.

Lope de Vega, en *El Peregrino*, tomo III de las *Obras sueltas*, pág. 14, dice:

«No era de ménos consideracion en estos tiempos el sentimiento y pena de Doricleo, que con mortales ansias, orilla del mar, estuvo mil veces por imitar las despeñadas ninfas en el robo de Europa; pero pareciéndole que obligaba á *sus* padres, y daba á la ciudad satisfaccion de *su* honra, compró un navío, y cargándole de granas..... puso la proa á Argel, y dió al viento velas.»

No se comprende bien si el plural *sus* se refiere á los padres de una robada doncella (que no pudo ser la antigua Europa, sino una moderna Florinda), ó si alude á los padres del mismo Doricleo; el segundo *su* lo mismo puede referirse á Doricleo que á los padres de éste, que á la ciudad, que era Barcelona.

En un soneto de Quevedo se leen los siguientes versos:

De amenazas del Ponto rodeado,
Y de enojos del viento sacudido,

Tu pompa es la borrasca, y *su* gemido
Más aplauso te da que no cuidado.

El *su* de gemido ¿se refiere á la borrasca, al viento ó al Ponto?

En otro soneto, que leyendo el primer verso no hay que decir que tambien es de Quevedo, se leen los siguientes:

Diez años en su suegra vivió preso,
Á mujer y sin sueldo condenado;
Vivió bajo el poder de *su* cuñado;
Tuvo un hijo no más, tonto y travieso.

¿Vivió bajo el poder del cuñado propio, ó del cuñado de la mujer, ó del cuñado de la suegra?

No es fácil ponerlo en claro, aunque nada era difícil para Quevedo, cuando quería; pero le gustaba la ambigüedad del *su*, como lo prueba aquella tan sabida letrilla:

Que el letrado venga á ser
Rico por *su* mujer bella,
Más por *su* parecer della,
Que por *su* buen parecer; etc.....

Algunos clásicos cuidaban de evitar la oscuridad, por medio de un paréntesis, como se ve en el *Símbolo de la Fe*, parte II, cap. XVIII.

«Tales fueron (dícese allí) las batallas de los gloriosos mártires en Tiro, á do habían venido de las partes de Egipto. Y no menores fueron las que en *su* provincia (digo, en Egipto) vencieron otros bienaventurados.....»

Como se había nombrado á Tiro y Egipto, creyó fray Luis de Granada que no quedaba claro el *su*, si no se explicaba á qué nombre pertenecía.

Esto, en verdad, no es curar el mal, sino ponerle un

parche; pero, áun así y todo, deberían los escritores, cuando otra cosa no es posible, seguir tan respetable ejemplo. Pero lo desdeñan generalmente, al ménos en las cosas serias. Hay quienes lo hacen en estilo festivo; mas no con el ánimo de aclarar, sino de descubrir por este medio alguna intencion maliciosa, ó cuando ménos, epigramática.

No sé por qué han de descuidar tanto los buenos autores la claridad, que debe ser sin duda la condicion primera de todo escrito; y no es de extrañar que los demas sigan ejemplo tan cómodo y arrastren así la opinion general. Confieso que en esto, como en algunas otras cosas, no puedo ceder sin protesta al voto de la mayoría. Dicen generalmente, cuando encuentran algun pasaje oscuro: «Sería de desear que estuviera más claro; pero se puede entender, y esto basta.» «No basta (decía Quintiliano), no basta que se pueda entender, sino que se ha de procurar que no se pueda, de ninguna manera, dejar de entender: *Ne omnino possit non intelligere.*» Y el que no quiera ó no pueda escribir así, que escriba acertijos, que cuanto más oscuros estén, más mérito tendrán. Y si hay lectores que gusten de adivinar las ideas y los sentimientos de los autores oscuros, y se crean en esto infalibles, piensen que el idioma sirve tambien para otros usos, en los que no se puede dejar nada á la imaginacion, y en que importa mucho evitar que haya ni una sola frase, ni una sola palabra, que pueda admitir dos diversas interpretaciones. Un *su* ambiguo en un contrato puede dar armas para defenderse al que de mala fe se niegue á cumplirlo; en un testamento puede dejar sin efecto la última voluntad del testador, y en la miseria á las personas de su predileccion, á quienes dejaba la herencia. ¡A cuántos

pleitos, y por consiguiente, á cuántas injusticias (que en éstas, más que en otras cuestiones, son fáciles de cometer) ha dado lugar la mala redaccion de los documentos públicos! Y eso que, segun la máxima que los curiales han conseguido hacer proverbial, de que «lo que abunda no daña», solían y áun suelen escribirse con tales redundancias y repeticiones, que si por un lado cae sobre una palabra alguna sombra, hay, por otros, tantos golpes de luz, que la disipan fácilmente; pero en este nuevo idioma que el telégrafo nos obliga á formar, y que nos condena á todos á la mayor concision posible, ¿cómo nos hemos de entender, si conservamos en él palabras, natural y áun esencialmente ambiguas, cuando no podemos explicarlas! Si se hace algun dia un diccionario manual telegráfico, espero que no se insertará en él, sin graves modificaciones, el pronombre posesivo *su*. Pero no solo será necesario un diccionario, sino una gramática especial, que deje ménos enalágica, ménos suelta, ménos caprichosa nuestra sintáxis, y más sujeto á reglas fijas al comun de los escritores, que á buen seguro que estorben ni á los poetas ni á los maestros de la lengua.

Entónces será ésta tan clara y tan precisa como la lengua inglesa, sin dejar por eso de ser la más armoniosa y la más bella de todas las que se hablan en Europa. Yo me gozo ya en contemplar su porvenir, como si pudiera, en mi avanzada edad, alcanzar el dia en que haya de llegar á su mayor perfeccion. Solo los que han pasado muchos años ausentes de su país, mal de su grado, saben el cariño que se tiene al idioma patrio. La lengua es la historia de la patria, el testimonio vivo de las naciones que la han poblado, la preponderancia de ciertas razas, las modificaciones hechas por otras, el depósito de las tradi-

ciones de todas ellas, el tesoro de las ideas acumuladas por sus más insignes ingenios; la lengua es la patria misma para los que viven léjos de ella. ¡Cómo suspira el proscrito por volver á oir su dulce acento! Y cuando el acaso le depara esta fortuna, ¡con qué ternura fraternal contempla á los compatriotas que nunca ha visto ántes, y que probablemente no ha de volver á ver más en la vida! Miéntras dure la mia no olvidaré la profunda impresion que sentí al verme un dia en la sinagoga de los judíos españoles en Lóndres. Hace cerca de cuatro siglos que la Inquisicion los lanzó del suelo patrio; y conservan nuestra lengua, aunque con algunas voces que nosotros hemos desechado por anticuadas, y entre sí no hablan otra, y en castellano está, como dice la portada, al final del libro *reimprimido* en Amsterdam, *el órden de las oraciones cotidianas*, que no se les cae nunca de las manos. ¿Hay algun idioma en el mundo al que, en competencia con una lengua como la inglesa, se haya adherido jamas ninguna raza con tanto amor y tanta perseverancia!

No se ha conservado con tanta pureza en América, donde los españoles aclimataron desde luégo algunos provincialismos, que no han sido admitidos generalmente en la Península; y el nuevo órden de cosas ha introducido algunos neologismos, que ofenden á nuestros oídos. Pero se nota de algun tiempo á esta parte una reaccion saludable, y al frente de ella se han puesto los hombres más eminentes de aquellas repúblicas. Si pudiera yo mostrar una carta, escrita por el ilustre Presidente de Méjico, estoy seguro de que encantaría á los Señores Académicos, por su gusto clásico y por la severidad de su castizo lenguaje.

Y la riqueza y la vida de la América, y su nueva civi-

lizacion, que ha de vencer necesariamente las fatales consecuencias de los disturbios pasados y presentes, aseguran en el mundo un gran porvenir á la lengua de Cervántes.

Pero aunque no contáramos con tan poderosos auxiliares, bastarían los ingenios españoles para que la lengua castellana, purgada de las faltas que ligeramente hemos apuntado, recobre la importancia que adquirió en los mejores tiempos de nuestra monarquía. No ha perdido, por fortuna, nada de su antiguo vigor, ni de su majestuoso decir, ni de la energía de su frase, ni de la flexibilidad de su régimen, ni de la gracia que le prestan sus aumentativos y diminutivos, ni de la pompa de sus cadencias, ni del número de sus largos y magníficos períodos.

Pero no he de ser yo quien cante las alabanzas de nuestra lengua, porque temería que me aplicasen las palabras de un crítico frances contra un mal humanista, que había publicado un elogio de la lengua latina. «Ese elogio, decía, es tanto más de agradecer, cuanto que el que lo ha escrito no tiene el honor de conocer á la señora á quien prodiga sus alabanzas.»

Aquí iba á concluir, prometiendo á la Academia confesar en puridad, en las sesiones ordinarias, otros muchos tropiezos que he encontrado, y que no me he atrevido á declarar en público, cuando la casualidad, que suele hacer cosas muy buenas, pero que pocas veces las hace á tiempo, ha puesto en mis manos un libro, en el que está el discurso que leyó Voltaire en su recepcion en la Academia Francesa. Grande ha sido mi sorpresa al ver que escogió exactamente el mismo tema, que yo (casi por necesidad) he tenido que tratar. Poco importaba esta

singular coincidencia; pero cuando he visto que se lamentaba, como yo, de la anfibología del pronombre *su*, y que ni su grande autoridad, ni el siglo á que dió su nombre, ni éste, que va ya tan adelantado, han bastado á corregirla, me he convencido de la inutilidad de mi propósito, y he querido romper las cuartillas que al correr de la pluma y con frecuentes interrupciones había escrito.

La frase que Voltaire ponía por ejemplo es ésta: *Il lui parlait de son affaire*, y decía con mucha razon que no se podía entender de quién era el negocio, si del que hablaba, ó de aquel á quien hablaba. Pues, á pesar de Voltaire y de la gran precision y claridad que desde su tiempo ha adquirido la lengua francesa, la frase ha quedado estereotipada, y es de las que se usan con más frecuencia.

Pero no sé si he cedido á una sugestion de la pereza, que no tenía gana de echarse á buscar otro tema, ó á la inspiracion del patriotismo, á la que he debido lo poco bueno que he hecho en toda mi vida; ello es que me he dicho á mí mismo de esta manera eficaz con que nos hablamos interiormente: «¿Quién sabe si, al ver que los franceses han querido, y no han podido, librar á su lengua de este lunar, no servirá de estímulo á los españoles para arrancarlo de una vez del bello rostro de la lengua castellana!»

CONTESTACION

DEL

Excmo. Sr. DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

AL DISCURSO ANTERIOR.

Señores: Dia memorable, de generoso júbilo para la Academia Española es aquel en que ve llegar á sus modestos umbrales candidato á quien llaman la voz de nuestro deber y nuestros afectos, unida al eco universal que se repite dentro y fuera de los españoles dominios; voz que proclama hoy al patricio insigne, colmado de merecimientos en larga y desigual carrera de dignidades, alternativa de luchas y triunfos, y cuya frente se corona con el lauro inmarcesible de la elocuencia. Quieto albergue de las letras pacíficas esta neutral morada, que igualmente recibe á la juventud y á los años mayores, encuentra en ella desahogado taller la edad vigorosa, y tranquilas tareas, noble término de otras, quien prefiere y necesita dulce descanso. Así, allá en las inmediaciones del polo, no dudan acercarse á una roca viajeros que han recorrido el mundo, y graban en ella, para noticia de venideros exploradores: «Aquí nos paramos, pues aquí ya se nos acaba la tierra» (1).

(1) *Hic tandem stetimus, nobis ubi defuit orbis.*

Véanse: *Œuvres de Regnard. Notice sur l'auteur.*

La Academia Española, benévola siempre y obsequiosa con sus Indivíduos, así con los que há tiempo juntó, como con los que nuevamente reune, se dignó conferirme el honroso encargo de dar al nuevo Académico la bienvenida, acto en el cual toma ella para sí las felicitaciones. No ha buscado un contraste, que no fuera caritativo; proporciona, sí, al que es entre sus hermanos inferior á todos, pública y solemne ocasion de manifestar al Excelentísimo Sr. D. Salustiano de Olózaga las obligaciones que tiene (que tengo) con el eminente orador, por inolvidables deudas, bien antiguas ya, de agradecimiento.

Punto de reposo para el nuevo Académico puede parecer esta casa; no ha de ser, sin embargo, para su inteligencia incansable, reposo inactivo. Su Discurso lo prueba: nuestros oyentes han asistido en él á una de nuestras ordinarias sesiones, y algunas ocuparán acaso ciertas especies de las que toca. Trabajo es completamente académico; y bien deberá parecer que discurra sobre dificultades de nuestro idioma quien lleva tantos años de práctica felicísima de superarlas y embellecerlas. Todo lenguaje tiene realmente sus asperezas, que se allanan con el estudio: el mejor, pero el más largo tambien, el de más atractivo, el más autorizado, es el que se hace sobre el ejercicio práctico público, sobre la viva voz de los grandes maestros. El pensamiento, rectamente concebido por el espíritu, animado por la pasion, expresado en voz que arrebata, fortalecido con el ademan que impone, leccion viva resulta, que la memoria conserva indeleble; y no se le puede comparar el mudo y solitario lenguaje del libro: habla el uno por señas; el otro hiere el oído, fascina los ojos, sobrecoge el corazon, convence el entendimiento, y la voluntad se le postra. El libro, empero, es indispensa-

ble. Los infinitos estudiosos, que no pueden oir de contínuo á los maestros del bien decir, ni en las cátedras, ni en el púlpito, ni en el foro, ni en los parlamentos, necesitan valerse del consultor en signos, paciente y leal compañero, que nos habla con ménos viveza, pero cuyo auxilio se tiene á mano siempre que se necesita.

No han debido acudir sobrado ni á la enseñanza escrita ni hablada, los que dan en ciertos errores que el Sr. de Olózaga señala en su magistral Discurso. Es comun el acertado empleo de la expresion, *Sol de Justicia;* y los que la usan mal no tienen disculpa, si alegan que no la han podido leer en libros de necesaria consulta: Dios mismo designó así al Sumo Juez de vivos y muertos en el capítulo cuarto, versículo segundo del último de los profetas, Malaquías (1). Más disculpa cabe á los que impro-

---

(1) *La Biblia Vulgata Latina, traducida en español por el Ilustrísimo Sr. Obispo de Segovia Don Phelipe Scio de San Miguel.* Tomo XI, páginas 281 y 282.

Et orietur vobis timentibus nomen meum Sol justitiæ..... Y nacerá para vosotros, los que teméis mi nombre, el *Sol de justicia.*—Y dice la nota correspondiente: «Entónces comparecerá Jesu-Christo, lleno de gloria y majestad, y como un *Sol de justicia*, arrojará de sí rayos de viva luz, que no podrán soportar los impíos.»

Alvar Gómez, señor de las villas de Pioz y Afarzon, *Theológica Descripcion de los Misterios Sagrados* (canto VI, copla 23). Háblase con la Virgen Nuestra Señora:

> Tú eres aquella de donde ha tomado
> Su púrpura sacra (su sagrada sangre) mi *Sol de Justicia.*

Fray Fernando de Zárate, *Discursos de la Paciencia Cristiana* (Biblioteca de Autores Españoles, tomo XXVII, pág. 561):

«Longinós, centurion, á quien (segun el Metafraste) se había encomendado la guarda del cuerpo de Cristo, llegóse cerca, y abrióle el lado derecho con una lanza, hasta el corazon. Esta herida no la sintió

piamente aplican el adjetivo *sendos;* y acaso podrá convenir indicarles algo sobre la historia de la voz; pues ya que es, aunque añeja, no desusada, importa emplearla debidamente.

En nuestro *Diccionario* primero, que solemos llamar el de *Autoridades*, porque trae para casi toda diccion ejemplos que enseñan la manera de usarla, se lee que el plural *sendos*, *sendas*, que proviene de las voces latinas *singuli*, *singulæ*, *singula* (cuyos acusativos masculino y femenino son *singulos* y *singulas*), quiere decir *cada uno de dos, ó más;* y se cita una ley allí del *Fuero Real*, que contiene dicha voz en terminacion femenina: á esa autoridad preferimos otra, que abraza tambien la terminacion del género masculino. La ley 15 del lib. VIII, tít. III del *Fuero Juzgo* trata de las reses que, habiéndose entrado á pacer en sembrados ó viña, son halladas por el dueño del campo, quien se las lleva en prendas, y no admite la justa indemnizacion que el dueño del ganado se ofrece á dar por el perjuicio que hubiesen hecho. Dícese en el texto original latino, respecto al detentor de las reses: *Si hoc ita fecisse convincitur, per singula capita maiora singulos solidos reddat, per minora capita singulos tremisses.* Tenemos aquí ya los *singulos* y *singulas* indicados (*singula* es plural):

---

el Señor, por estar ya muerto; pero bajó al corazon de la Madre á dar el golpe..... y entónces vió puesto al *Sol de Justicia*..... volver á llover..... aquella poca de agua y sangre; y luégo comenzó á dar fruto en la tierra, pues los ojos secos de Longinos, segun se dice, regados con aquella agua, reverdecieron y vieron la luz del cielo.»

Don Diego de Saavedra Fajardo (*Empresas políticas*, en la 75):

«No sé si me atreva á decir que en el mismo Faraon y en su reino parece que está figurado el de Francia, y el castigo que le amenaza aquel divino *Sol de Justicia.*»

veamos cómo aparece traducido este trozo en la version, que se supone hecha durante la vida de Fernando III. El texto escogido por Alonso de Villadiego dice: «Si esto le fur (le fuere) provado, por cada cabeza de ganado mayor peche (pague) *senlos* soldos (*sendos* sueldos) al señor del ganado, é por cada cabeza de ganado menor, *senlas* meayas (*sendas* meajas, monedas de corto valor). «En lugar de *senlos* y *senlas*, que traía el original publicado por Villadiego, los códices del *Fuero Juzgo*, existentes aún en las Bibliotecas de Toledo y del Escorial, traen *sendos* y *sendas;* con lo cual se evidencia que una y otra forma son las mismas palabras, distantes ya no poco del orígen latino, y con la significacion de *cada cual su*, ó bien otra análoga. Los seis tomos en folio, de que consta el primer *Diccionario* de la Academia Española, son obra cara y de difícil manejo, nada á propósito para andar en todas las casas: no es así de extrañar que, á fines del siglo pasado, personas de rica instruccion y escasos haberes ignoraran el significado de una voz, entónces ménos corriente aún que nuestro costoso primer *Diccionario*. Don Juan Pablo Forner, sujeto de copiosa doctrina y acedo carácter, escribió contra D. Tomás de Iriarte una fábula satírica, procaz y difusa (1), que publicó suelta, precedida de un prólogo; y aludiendo al prólogo mismo, trata de excusar el haber insertado allí (dice) «una tan luenga prefacion á un poema tan *sendo.*» Iriarte, poco ménos bilioso que el agrio Forner, replicó, no sin razon, diciendo (2): «Me he echado á discutir qué querrá decir poema tan *sendo;* y

(1) *El asno erudito*. Madrid, 1872.

(2) *Coleccion de Obras..... de D. Tomás de Iriarte*, tomo VI, páginas 380 y 381.

si acaso no es errata de imprenta en lugar de *poema tan sandio*, no doy en la verdadera significacion; pues aunque hago memoria de que se dice *sendos*, *sendas*, en plural, y creo que sé lo que significa, no me acuerdo de haber oído jamas *sendo*, en singular..... Yo estoy en que esta voz es siempre plural; estoy tambien en que significa *cada uno de dos*, ó cosa semejante.» Hasta aquí va perfectamente el discretísimo autor de las *Fábulas literarias*, que se ciñe á copiar al *Diccionario de Autoridades;* en lo que sigue, habla de cuenta propia, y se extravía un poco. Añade, pues, el Sr. D. Tomás: «Cuando decimos *le dió* (un fulano cualquiera) *sendos garrotazos* (á otro cualquier fulano), entendemos que le dió *uno y otro garrotazo*, ó *uno tras otro*, ó *garrotazos uno á uno*.—Con tiento, sobrino, hubiera podido (algun tiempo ántes) decir al fabulista *fabulizado* su buen tio, D. Juan de Iriarte, benemérito individuo de nuestra Academia: tente en buenas; que ibas bien, y te tuerces. El plural *sendos*, como quiere decir *cada uno de dos*, *á lo ménos*, reclama forzosamente, si va en acusativo, un nominativo ó verbo plural, ó despues de sí alguna expresion que declare y aplique bien la accion de los *sendos*. Si en tu ejemplo dijeras: le dió *sendos garrotazos en los hombros*, acertarías á expresar que el repartidor asentó al recibidor un garrotazo en cada hombro; pero eso de *le dió sendos garrotazos*, no añadiendo más, resulta mal dicho; y estaría bien, verbi-gracia, escribiendo que tú y tus hermanos daríais al Sr. Forner *sendas graves lecciones*, ésto es, una grave leccion cada uno; leccion, digo, de gramática y de cortesía, que fuera mejor que de garrotazos. Recuerda que Cervántes, cuando nos pinta el miedo con que Sancho se llegaba á subir en el caballo Clavileño, para caminar por los aires, «mirando á todos los del jar-

din tiernamente y con lágrimas, dijo que le *ayudasen* en aquel trance con *sendos* paternostres y *sendas* avemarías.» *Ayudasen* escribió Miguel de Cervántes, refiriéndose á los que se hallaban presentes, no que le *ayudase uno con sendos padre-nuestros*, porque el *uno* excluiría el *sendos*, y el *sendos* excluye el singular, á no ser singular colectivo: pedía el pobre Sancho que *cada cual* rezase por él *un* padre nuestro con *su* avemaría. Lo mismo se observa cuando entraron en Barcelona D. Quijote y su famoso escudero: escribe Cervántes que «dos muchachos..... más malos que el malo..... traviesos y atrevidos..... se entraron por la gente; y alzando el uno la cola del Rucio, y el otro la de Rocinante, les pusieron y encajaron *sendos* manojos de aliagas.» Ya echas de ver que, delante del plural *sendos*, van los dos verbos *encajaron* y *pusieron*, regidos de los dos singulares que forman plural, el *un muchacho* y el otro *ídem;* es decir, que cada chico de aquellos puso á cada bestia su punzante ramillete, *loco citato.*» — Esto hubiera podido decir al D. Tomás el D. Juan, su tio, si no se hubiese muerto unos once años ántes.

Ahora bien, si de escritores de tanta instruccion como Iriarte y Forner, ignoraba el uno qué significa la voz en que nos ocupamos, y el otro no lo sabía bien (aunque poseía ejemplar de nuestro *Diccionario*), poco extraño parecerá que en nuestros dias, un autor dramático, ya difunto, no escaso de mérito, D. Manuel Eduardo de Gorostiza, escribiese estos versos en su comedia, *Indulgencia para todos*, acto I, primera escena:

> Por mucho ménos, tu tia,
> Doña Leonor de Peralta
> Y Quincóces, dió á su novio
> Unas *sendas* calabazas,

Sin mirar que era Marqués
Y rico y tonto;

y en la escena v del acto III:

..... ¿Hay toros de cuerda
En tu lugar? Si los hay,
No asistas, porque se llevan
Á veces *sendos* porrazos.

Estos *sendos* y *sendas*, que parecen significar irónicamente *buenos* y *buenas*, esto es, *grandes*, *recios*, ó como ahora se dice en sentido de burla, *magníficos* ó *soberbios*, no van por la *senda* que siguió y nos mostró Miguel de Cervántes.

Y con éste y otros ejemplos, disculpable parecerá que un diccionarista, cuyo nombre sería triste recuerdo para los vecinos de esta calle de Valverde, imprimiese en su *Diccionario* que *sendos* tenía singular, y significaba, entre otras cosas, *fuertes* y *famosos*. Húbose de equivocar en esto y en muchísimas cosas más. Para no imitarle nosotros, ó no usemos la voz, que no es, aunque útil, de las más necesarias, ó usémosla como Cervántes, que no es mala guía.

Equivocaciones de esta especie, Señores, que no significan sino que se ignora el valor de un vocablo de poco uso, nada tienen de particular, porque no hay hombre que sepa todas las voces de un idioma. Los mismos que no usan bien la locucion figurada *Sol de Justicia*, y el adjetivo *sendos*, usan perfectamente frases que no dejan de ofrecer dificultad al extranjero que aprende el castellano. Cualquiera persona del vulgo dice: *En mi vida estuve en Pamplona;* y todos los que le oyen entienden que el tal nunca se ha visto en aquella plaza; pero la verdad es que

el *no*, el adverbio negativo, se omite en la frase. Otro cuenta que iban N. y N. caminando á Segovia, y *á lo mejor* se les rompió una rueda del coche. Y la verdad es que no fué, ni se trata de decir que fué, á lo mejor ó peor del camino, sino *de improviso*, *de pronto*, *cuando ménos pensaron*, *cuando no se esperaba*. Otro (y fué un extranjero doctísimo) leyó en una farsa antigua nuestra el verso,

Maldita la cosa le aqueja temor;

y no cayó en la cuenta de que *maldita la cosa* equivale á *ninguna*, ó á *nada;* expresion, por cierto, digna de la piedad de nuestros mayores, quienes, sabiendo que no se debe maldecir, á lo más que se atrevían era á figurar una maldicion, que había de caer en vacío : ya no se repara en escrúpulos semejantes. Los que aciertan en lo uno y yerran en lo otro, los que andan bien por camino escabroso y tropiezan en llano, deberán tener presente (como suele decirse) que lo errado no vale; que si forma ley en las lenguas el error general, que nadie contradice, no merece consideracion cuando es de pocos, y protestan en contra los más, y con razon sobrada. No hagamos lo que aquel pobre demente, de quien dijo el P. José Francisco de Isla que habiendo oído una vez el plural *ditirambos*, y no sabiendo lo que significaba, le dió la aplicacion que le pareció, y llamaba *ditirambos* á los zapatos. Tal vez aquello sería cuento; pero lo que ha sido verdad, que recordarán acaso algunos que me oyen, fué que debilitándose lastimosamente el juício en Madrid á un antiguo y muy estimable Oficial de Hacienda, llamaba *cupones* á cualesquiera cosas de pobre valor; y en lugar de decir *esa anciana pobre*, *vecina nuestra*, decía á cada paso *esa anciana*

cuponera, *nuestra vecina*. Conviene, pues, evitar que se formen autores *ditirámbicos* ó *cuponeros*.

Otro uso erróneo se deja notar en algun escrito de fecha no remota, uso (ó abuso, por mejor decir) que puede citarse despues de los que tan justamente censura el señor Olózaga. Sabemos todos los que hablamos el español de ambas Castillas, de Aragon y la Andalucía, que el pronombre *se* es precisa y únicamente de tercera persona, singular ó plural, y sirve como de auxiliar á los pronombres *él* ó *ella*, *ellos* y *ellas*, ó sus equivalentes. Expresiones comunísimas son: «Juan *se* va de Madrid, segun *se* propuso; él *se* entenderá; ustedes *se* ausentarán despues; algunos *se* afligen; pero usted (persona diferente de los *algunos*), usted *se* alegra.» Si la oracion última se hubiese de traducir, empleando el antiguo tratamiento de *vos*, todo español diría: *vos os alegráis;* y á ninguno se le ocurriría decir *vos os alegra*, usando equivocadamente el pronombre de segunda persona de plural *vos*, como si fuera igual á *usted*, pronombre, ó voz pronominal, de tercera persona de singular.—Pues hay, sin embargo, quien, ofuscándose al introducir en una oracion el monosílabo *se*, precediendo á *me* y *os*, ha perdido de vista al primero, y ha concordado solamente el último con el verbo en locuciones parecidas á éstas: *se me os quejáis*, *se me os desentendéis*, *se me os arrepentís*, que debieran ser: *vos os arrepentís*, *vos os desentendéis vos os quejáis* (me) *á mí*, es decir, *hablándome* ó *tratando conmigo*. En estas oraciones de verbo reflexivo aparece claro que el *vos* que se queja, se desentiende y se arrepiente, habla con un *yo;* y el *vos* y el *yo* no hablan de otra alguna persona ó cosa: por lo cual ese otro *se* de allá del principio, que no significa *á vos*, sino *á él*, ó *á usted*, carece de ofi-

cio, queda excedente, se halla de más en la frase, y no viene al caso ni como elemento gramatical propio, ni como pleonasmo plausible ni tolerable. Tendría el *se* lugar oportuno si, refiriéndonos á tercera persona, dijésemos, por ejemplo: «vais á fulano y *se* me le os quejáis»; esto es, «os quejáis á él, á él (*se le*), á gusto mio, ó con gusto ó por consejo mio, ó complaciéndome.» El *me* pleonástico, ese *me* entre acusativo y dativo, que es de mucha expresion, ese *me* ingerido entre el *se* y el *le*, ambos en caso indirecto, está bien colocado, porque entónces el *vos*, representado por el *os*, rige al verbo *quejáis*, cuya accion recae sobre el *le* y su variante *se*, lo cual no se verifica en el *se me os quejáis*, donde no interviene tercera persona, como interviniera si dijéramos *se me queja usted*, ó *usía*, y de ahí subiendo, porque hasta las majestades pueden quejarse. Procúrese, pues, no confundir los pronombres, ó las personas gramaticales, con las personas humanas, reales y verdaderas. Un Sr. Obispo, á ruego de su anciana madre, otorga una súplica, y dice: «*Yo* concedo tal ó cual cosa.» La señora madre contesta al hijo: «*Tú* haces bien, y yo *te* lo agradezco.» El secretario de la diócesis comunica al pretendiente la nueva de que *Su Ilustrísima* conviene en lo que se *le* ha pedido; y en el documento se escribe: «*Nós*, D. Fulano de tal, concedemos»,..... etc. La individualidad del Prelado aparece expresada con el pronombre de primera persona de singular, *yo;* con las voces de segunda persona *tú* y *te*, con el tratamiento *Su Ilustrísima*, que es tercera persona de singular como *le*, y con el pronombre *Nós*, que es segunda en plural; la entidad real y verdadera es una siempre, el Obispo; mas cada pronombre con que se le designa debe regir en el verbo la persona gramatical ó voz de la conjugacion que pida el pro-

nombre, y no otra, como en los ejemplos que se reprueban, donde, si buscamos la concordia entre el *se* y el verbo, resultan los tres despropósitos *se quejáis*, *se desentendéis*, *se arrepentís*. — Perdóneseme lo pedantesco y trivial de la digresion, y consiéntaseme dolerme de que, en el año 1871, todavía convenga explicar pronombres y concordancias en sesion pública de nuestra Academia. Ciento treinta y nueve años há que el burlon padre Isla escarneció despiadadamente á un pobre cirujano latino (y á pesar de su latin, simple sangrador en la aldea de Zamarramala), el cual había escrito, en un folleto sobre cura de sabañones, la pecadora frasecilla: «*Vuestra merced*, sabio doctor, me *enseñaréis*.....» (1) El padre Isla, echándosele encima, cual cigüeña cazadora sobre torpe lombriz, exclamaba diciendo: «¿Habrán visto los moldes, en todos sus luengos dias, paloteado de voces más necio ni más estrafalario! Aquel casar la tercera persona de singular con la segunda de plural, ¿no es un matrimonio elegante!..... *Vuestra merced me enseñaréis* ¿no es un milagro de las concordancias! Y ¿no será muchísima razon que todos demos las gracias al señor latino, porque nos ha librado de la pesadísima corma en que nos habían constituido las reglas gramaticales, precisándonos á concordar el verbo con el nombre en número y persona!..... Ya nos hallamos libres de este manantial perenne de solecismos; y así, sin incurrir en la más ligera culpa contra la buena gramática, ni exponernos á que nos silben los chulos, ó nos gruñan los académicos, teniéndonos por vizcaínos re-

(1) *Cartas de Juan de la Encina:* carta tercera. Véase la *Biblioteca de Autores Españoles*, tomo xv, que comprende las *Obras escogidas del P. J. F. de Isla*, pág. 418, columna segunda.

cien trasplantados del vascuence, podemos decir sin rubor, con grandísima entereza: «Vuestra merced, señor latino, no sabes lo que te pescáis, porque haces usted una mezcla de lenguaje, que es para alabar á Dios, y vos nos causas risa, como quiera que las simplezas de vos nos muevan á desprecio de tí.»

Ha dado todavía el pronombre *se* lugar á otros yerros. Buen latino era, y buen escritor castellano, un distinguido personaje, que imprimió en una obra suya, la cual se ha reimpreso despues, este verso octosílabo:

Sentadse, chicos, *sentadse.*

Sentarse querría decir, ó *sentaos.* Y ya que tropezamos con el modo imperativo, que sirve tambien para el prohibitivo y otros usos, bueno será advertir que ofrece una dificultad, en la cual han tropezado algunos. « *Venid conmigo* (dice un padre á sus hijos); pero que sea con modo: no *vengáis* corriendo.» *Venid*, ha dicho, y despues *no vengáis*, voz de imperativo la primera, de subjuntivo la segunda. ¿Por qué no ha dicho *no venid?* Porque la práctica general lo rechaza. Y ¿hay razon para ello? Segun algunos, la del uso constante no bastará; pues, en efecto, hay quien escribe *no venid*, ó cosa por el estilo. Espero que los innovadores, ademas de las razones puramente lógicas que pueden alegarse, nos presenten varios ejemplos respetables que autoricen la novedad; yo no recuerdo más que el refran *ni fia ni porfia, ni entres en cofradía* (1), cláusula en la cual (solo, acaso, por la fuerza de

(1) Despues he recordado otro imperativo con negacion, que es indudablemente de autor de gran nota. En *El Conde Lucanor*, enxemplo 35, escribió el insigne D. Juan Manuel: *Non fablad, callad.* — Véase

la consonancia *ía-ía*) aparecen precedidas de negacion dos voces de imperativo y una de subjuntivo. Así tambien, para llamar *carnecerías* en lugar de *carnicerías* á los despachos de la *carne*, convendrá esperar á que haya en ellos (porque todavía no los hay) alguno que otro *carnecero*.

La dificultad en el uso del pronombre ó adjetivo *suyo*, *suya* (*su* y *sus*), dificultad reconocida por la Academia, y la más grave de cuantas ha señalado el Sr. Olózaga, no es de las que se resuelven con un precepto, ó se excusan con un aviso. Por *imperfeccion* de la lengua la tenemos nosotros tambien, y no se le conoce otro remedio que (1) emplear el pronombre ó adjetivo de modo que solo se pueda referir á un nombre, lo cual es más fácil de prescribir que de ejecutar. Bien conocería tal recurso un escritor como Quevedo, peritísimo en todas ciencias y letras; y sin embargo, no siempre se valió de él de suerte que no pueda hacérsele alguna objecion, si bien de leve importancia; pues cuando en estos reparos gramaticales menudos se procede con buena fe (que no es lo comun), el crítico de conciencia sana entiende siempre al escritor medianamente correcto. Ha citado el Sr. Olózaga el soneto de Quevedo, á un *escollo;* soneto cuyos primeras versos son aquellos tan valientes que dicen:

> De amenazas del Ponto rodeado,
> Y de enojos del viento sacudido,
> Tu pompa es la borrasca, y *su* gemido
> Más aplauso te da que no cuidado.

---

en el tomo LI de la *Biblioteca de Autores Españoles* la pág. 406, columna primera.

(1) *Gramática de la Lengua Castellana*, por la Academia Española. Nueva edicion, corregida y aumentada. 1870. Pág. 175.

Si tomamos por ley que el adjetivo *su* haya de referirse al nombre anterior más cercano, entónces el *gemido* no puede ser sino de la *borrasca;* pero si queremos aplicar la propia ley á la letrilla del mismo Quevedo, citada por el Sr. Olózaga, el sentido más probable de los versos contradice la regla. La copla de la letrilla principia así:

> Que el letrado venga á ser
> Rico por *su* mujer bella,
> Más por *su* parecer della,
> Que por *su* buen parecer; etc.

En el segundo *su*, equivalente al artículo *el*, no hay tropiezo: se refiere á la cara hermosa de la *letrada;* pero el tercer *su*, al cual precede la contraccion *della* (esto es, *de ella*, de la mujer), este otro *su*, decimos, no debe referirse á ella, sino al marido; y es caso contrario al del soneto, donde siguen inmediatamente al nombre *borrasca* las palabras *y su gemido.* Con razon, pues, indica el señor de Olózaga que el autor debía de pararse poco en reglas, bien seguro de que su ingenio (el de él, no el de ellas) había siempre de conseguir que se le comprendiese.

Esta es, repetimos, dificultad verdadera y grande; otras son puramente faltas del necesario estudio. Decir, por ejemplo, *traspieses* por *traspiés*, *desandó* por *desanduvo*, *dintel* por *umbral*, *ínsulas* por *ínfulas*, *latente* (oculto) por *latiente* (lo que late), *epílogo* por *prólogo; atravesar un puente*, cuando al pasar por él en toda su longitud, lo que se atraviesa es el rio; *asestar un coscorron*, *un palo*, *una puñalada*, como si se hiciese puntería, á la manera que cuando se dispara un fusil, otro nombre merecen que el de dificultades. No tienen tan fácil respuesta varias dudas que ocurren para la legítima pronunciacion de no pocas voces. Hemos dicho *Anibál*, y decimos *Aníbal; Dário*, y

decimos *Darío; Nestór*, y decimos *Néstor; Rusía*, y decimos *Rusia; Penelopé*, y decimos *Penélope; Teofilo*, y decimos *Teófilo; Tersicoré* y *Tersicóre*, y decimos *Terpsícore; Sardanapálo*, y decimos *Sardanápalo.* La pronunciacion antigua de estas voces varió, y hoy es otra, constante y fija. Lo mismo podemos advertir de porcion de nombres, insertos en el *Arte Poética* de Juan Díaz Rengifo, ó (determinando el verdadero autor de la obra) el P. Diego García de Rengifo, obra en la cual no se puede dudar cuál es la pronunciacion de una palabra en sus últimas sílabas, viendo los consonantes de que cada una va acompañada. El P. Rengifo pronunciaba, por ejemplo, *Agátocles, Álcmena* (la madre de Hércules), *aloé, Átila, ciclópe, Cleópatra, Démocles* (el que llamamos nosotros *Damócles*), *Édipo, Ésquilo, genulí, Héleno, Hetéocles* (el hijo de Edipo), *jáüla* (esdrújulo como *fábula*), *lugúbre, Maságeta, Pátroclo, Pérseo, Policrátes, Polínico* (*Polinice* hoy, el otro hijo de Edipo), *Praxíteles, Prométeo, Prosérpina, Téreo, Téseo* y *Trasibúlo.* Tales nombres aparecen usados con diferente acentuacion por otros autores en la misma época, y es (mala ó buena) la que ha prevalecido; la de Rengifo no era autoridad suficiente, porque formó su libro teniendo á la vista otro de la misma materia, que publicó en idioma toscano Antonio de Tempo; y el buen padre atendió demasiado á la prosodia italiana, conforme las más veces con la latina. Sobre esas voces no hay cuestion; tampoco sobre el doble uso actual de otras, como *Arquimédes* y *Arquímedes, concláve* y *cónclave, Euridíce* y *Eurídice;* pero ¿hemos de pronunciar *vizcáino*, ó *vizcaíno*, ó uno y otro? ¿*periódo* ó *período, telégrama* ó *telegráma, Candía* ó *Cándia, Rávena* ó *Ravéna, austriáco* ó *austríaco, circúito* y *gratúito* ó *circuíto* y *gratuíto?* Acerca de algunas voces de és-

tas ha declarado ya su opinion la Academia; respecto de otras, la tiene tambien formulada, y el público la juzgará cuando salga á luz el *Diccionario de la Rima*, ya concluído: trabajo, Señores, no poco importante para el mejor uso del idioma.

Y el mejor uso del lenguaje es deber, gala y beneficio de todo hombre; que nadie puede menospreciar, ni áun mirar sin respeto, aquel tesoro familiar de dulces sonidos que sirvió de expresion al santo amor de la madre, á la honesta predileccion de la esposa, á las inocentes alegrías del niño. El habla, dón precioso del Criador, no se nos ha dado para usarlo en mal, ni mal, ni áun para emplearlo con indiferencia en la vida, sino para cultivarlo y ponerlo en el grado de perfeccion posible: se nos fia el capital, pero á beneficio de inventario. A la verdad, Señores, sin la palabra, no hay sociedad; y sin sociedad, el hombre vale ménos que el bruto. No tenemos el instinto del pájaro, para buscar y entretejer los espartos, ramillas y lana de su pobre nido; ni el saber del castor, que fabrica su casa, defendiéndola de inundaciones; ni áun el de la diminuta hormiga, que ahonda el suelo y establece en él asilo y trojes para sí y sus compañeras. Sin el vínculo de la voz, el trabajo de un hombre sería tal vez inútil para otro, que lo destruiría por malignidad ó capricho; y pasarían siglos y siglos, y viviríamos en huecos de peñas, ó á lo más en la choza salvaje: por la palabra sabe el hombre qué fueron los que vivieron ántes, y quién los crió, y qué debe ser él, y qué pueden esperar sus últimos nietos; y unido el caudal de saber y de trabajo de este hombre y aquel, y el de la generacion que precede con el de la que sigue, unas heredan á otras, y sabe más, y ejecuta más, y merece más, y tambien goza más, la que mejor

sabe aprovechar la inteligente herencia que ha recibido. El habla es la defensa, el respeto, la dulzura, el amor, la ley, el bien de la vida del sér que piensa; usada en mal, es ruina del mundo. El habla que salió balbuciente y ruda de entre los escombros del imperio romano, la que se albergó en Covadonga, se entronizó en Toledo, hizo enmudecer al árabe de Granada y á los ídolos de Méjico y los oráculos del Sol de los Incas; la lengua en que suspiró Garcilaso, dirigieron himnos á la Divinidad Leon y Herrera, Quintana celebró la imprenta, y exhaló grito de dolor y de ira la patriótica musa del *Dos de Mayo*, digna es de que nosotros le conservemos su rica y augusta corona; y si no podemos añadirle diamantes, no empañemos con mano impura la brillantez vivísima de los que tiene.

He dicho.

SÁTIRA

CONTRA

LOS VICIOS INTRODUCIDOS EN LA POESÍA CASTELLANA [1].

Suspicione si quis errabit sua,
Et rapiet ad se quod erit commune omnium,
Stultè nudabit animi conscientiam.
PHAEDR, lib. III, in Prol.

Éste era mi deseo: ser muy sabio,
Llevar mi fama al contrapuesto polo,
Hacer colgar los hombres de mi labio,
Robar el plectro al inflamado Apolo,
Y lograr el renombre de poeta,
Más brillante que el polvo del Pactolo.
¿A qué Tiron la adulacion no inquieta,
De la futura gloria premio vano,
Que al obstinado estudio le sujeta?
La noche apénas al desvelo humano
Brindaba con su paz, y á los mortales
Dulce apartaba del trabajo insano,
Negado al blando sueño, los umbrales
Del aposento lóbrego me hallaban,
Do puesto dí á mil nombres inmortales.
Los senos de la tierra descansaban
En un silencio universal sumidos,
Que ni los blandos céfiros turbaban:

(1) Premiada por la Real Academia Española, en Junta que celebró el dia 15 de Octubre de 1782.

Y yo, en doctas vigilias consumidos
Los momentos de paz, hasta la aurora
Dilataba el trabajo á mis sentidos.
Atónito tal vez con la sonora
Trompa del que no tiene patria cierta,
Me inflamé entre la lumbre que atesora.
Hallábala tal vez en la encubierta,
Si grave, usurpacion del Mantuano (1),
Que al gentil imitar abrió la puerta.
Docto Catulo, Horacio sobrehumano,
Y el que el Ponto humanó con su blandura,
Más dulce cuanto al bien ménos cercano,
Al solícito ingenio, donde apura
Su conato el saber, más llana hacian
La del Parnaso inaccesible altura.
Las obras al deseo respondian;
Que aunque medroso, emulacion y gloria
La pluma entre los dedos me ponian.
¿Y logré, por ventura, meritoria
Hacer solicitud tan desvelada,
Por más que guie á la inmortal memoria?
En números la voz aprisionada
Me lleva á la prision de la miseria,
Si mi razon no acude apresurada:
Que, cierta ya del gusto de su Hesperia,
Me abdicó de la suerte de mi genio,
Dando á mi estudio interesal materia.
En vano fia en el favor Cilenio
La heredada pobreza hallar socorro,
Que avive el fuego en el ardiente ingenio.
Apláudese lo escrito, por el corro
Resuena la alabanza; mas ninguno
Cubre el aplauso con dorado forro:
Y el mísero poeta, poco ayuno
Del viento del aplauso, lo va acaso
Del sustento á sus fuerzas oportuno.
No fué jurisperito Garcilaso,

---

(1) Es bien sabido que Virgilio fué un admirable imitador de Homero. Macrovio empleó todo el libro quinto de sus *Saturnales* en manifestar la destreza de sus imitaciones.

Y oprimiérale el hambre, si en sus gentes
No hallára patrimonio, ó fuera escaso.
Astrea, que huyó al cielo, hace prudentes
Por vanas imprudencias del recelo,
Que inventó los dominios diferentes:
Y aquel que obliga á descender del cielo
La inspiracion divina que le inflama,
Es en poco tenido acá en el suelo.
Detesta la maldad, la virtud ama,
Sus dones acredita, y cuidadoso
Recomienda su precio y los derrama.
Éste no es ejercicio provechoso:
Al causídico estruendo se someta,
Y esfuerce los delitos animoso.
Que si tuerce la ley cuando interpreta
Su espíritu flexible, y por la suma
Del oro abriga un vicio, no es poeta.
Él irá descasando, por su pluma,
En el hinchado coche, y en sus arcas
Crecerá la moneda cual la espuma.
¡Cuán poco debe á las fatales Parcas
Quien de ellas, al nacer, recibe el fuego
Del aliento que canta á los monarcas!
Hará inmortal en el divino pliego
Que dictaron las Musas al magnate
Que disipa la plata en vano juego;
Y no podrá alcanzar un vil rescate
De su necesidad, del que sus perros
Regalará con indio chocolate.
Con todo, en mí sufriera yo esos yerros
Por ver siquiera hambrienta á toda lira
Que intima al gusto y la razon destierros.
No el cielo á muchos el fervor inspira
Que hace divino al vate, y se descubre
Á cada paso quien en sí le admira.
Cual suele sacudir el fresco Octubre
La lluvia de las hojas que desprende,
Y dellas los desnudos campos cubre,
Que si corre enojado el viento, y hiende
La esfera clara, á obscurecerla llega
La innumerable suma que desciende:
No ménos abundante el orbe anega

La poética turba que le oprime,
Que á todo trance su furor despliega.
Éste canta su amor, aquél le gime,
Trabajos al Estado convenientes,
Con que se aumente su poder y anime.
Tal se calza coturnos eminentes,
Que ofrecen un bufon al gran concurso,
Consejero de reyes muy prudentes.
¿Pues qué el que trueca á su escritura el curso,
Y del soberbio zueco se apodera
Para mostrar la pompa en el discurso?
Allí es ver cómo esgrime y acelera
Su lengua en la oracion régia y altiva
La airada majestad de una ramera.
¡Ó tú, cualquiera á quien benigna priva
La suerte del calor que nos endiosa
Cuando la mente su agudeza aviva;
Si envidias un furor que no reposa,
Y eres tan infeliz que le deseas,
Porque en aplauso universal rebosa;
Ántes forzado á pretender te veas
Con mérito y sin sombra en la gran córte,
Donde viven con hambre las tareas:
Do el prepotente empeño es fijo norte,
Que lleva al puerto á que seguro aspira
Quien sabe cuánto el adular importe:
Donde aunque insta en el trabajo, y mira
Al bien comun el rústico estudioso,
Al fin con canas y hambre se retira!
Primero, doctamente perezoso,
Por no saber ganar un grave paje,
Arcaduz del esclavo poderoso,
Sufras llorando el inhumano ultraje
De ver á tus estudios preferido
Un charlatan que adula con buen traje:
Ántes logres renombre de sufrido
En este triste género de afrenta,
Bien por el gran Cervántes conocido,
Que hacer número intentes en la cuenta
Del bando que en forjar versos malditos
Su edad consume y su saber ostenta.
Hiciera Dios no fuesen infinitos;

Pero el arte de Apolo es insolente,
Y produce más vanos que peritos.
¿Dió crédito al aplauso indiferente
Del oficioso vulgo un Don Faustino,
Que le busca ó le pide ansiosamente?
Basta así: ya su espíritu es divino,
Sus versos lo serán, y áun su lucerna
Ya á la divinidad se abre camino.
No fué la de Cleántes más eterna,
Bien ya en el Pesianacto esclareciese (1)
La ley que al hombre en el vivir gobierna.
Versos ha de escribir, mal que nos pese,
Y mal que pese al arte, no habrá caso
En que su voz no acuda y se atraviese.
¿De algun señor la esposa pare acaso,
Como acostumbran todas, al noveno?
Al punto sale nuestro Mevio al paso,
Y muy colmado de entusiasmo, y lleno
De sibilino ardor, nos pronostica
Que el niño tiene traza de ser bueno:
Las glorias venideras le publica,
Y si el niño se escapa al otro mundo,
Al fin valió la adulacion que aplica.
¡Oh negra Musa, de saber inmundo,
Que va á hacer, por medrar, sus cumplimientos
A las obras de un útero fecundo!
Pero ¿súplenlo, al fin, los pensamientos?
No allí eleccion, no riguroso juicio,
Que castigue los vanos ornamentos.
Crece en los versos lujurioso el vicio,
Cual la pompa en la vid de fruto escasa
Y pródiga del verde desperdicio.
Y áun si fuera excelente, aunque sin tasa,
La sufriera el varon contentadizo
Que llanamente por lo bueno pasa.
Rara vez un talento satisfizo
Á la oreja de Apolo: una excelencia
Ménos notable los efectos hizo.

---

(1) Pesianacto era el nombre peculiar del Pórtico ó Stoa en que enseñaba Cenon y dió nombre á su secta. Cleántes, cuya lucerna quedó en proverbio, le sucedió en la enseñanza, la cual versaba principalmente sobre la moral.

Túvolos el de Mantua en competencia
Del que formó guerreras las Deidades (1),
Ridícula invencion de antigua ciencia;
Pero neutrales siempre las edades
Futuras, sus bellezas admiraron,
Sin hacer hincapié en las poquedades.
Los versos que divinos ser hallaron
Y nombraron los siglos posteriores,
Al autor que los hizo no agradaron;
Y estima un miserable por mejores
Los suyos, y prorumpe enfurecido,
Si con él no ven todos sus primores.
Sé que nunca un poeta he conocido
(Y he conocido muchos) que no entienda
De sí ser el más docto y entendido;
Y así salen los frutos de la Hacienda,
Que, adulándole el grito de la fama,
Hacer procura que su nombre extienda.
Escribe mucho, y cuanto escribe ama:
Publícalo sin tiento, y á la envidia
Luégo achaca las críticas que llama.
Lidia con fieras quien con hombres lidia
Que se tienen por fértiles, mostrando
Su frente los desiertos de Numidia.
Vocean todos que el dichoso bando
De aquellos á quien ama el docto Númen
Se deja apénas ver de cuando en cuando,
Y todos entre tanto se presumen
Destinados al bando venturoso,
Probándolo las resmas que consumen.
Proscríbales un verso poco airoso
Por lánguido, vacío, tardo, ó duro
El amigo censor dulce y juicioso.
Primero sobre sí llame el conjuro
De un vengativo á su venganza atento,
Que el ceño claro del poeta obscuro.
Le hará ver que es el Pindo su aposento,
Y en él juntas las Musas elocuentes

(1) Nadie niega que hay defectos en la *Eneida*, á pesar de Escalígero. Macrovio destinó un capítulo para probar que Virgilio imitó hasta los defectos de Homero, y esto es lo que indica la sentencia del terceto.

Le inspiran grave y sonoroso acento.
Alegará que oyeron sus sirvientes
El reprendido verso, y le admiraron.
¡Jueces de gran razon, é indiferentes!
Que dos profundas damas le aprobaron,
Doctas en el frances y en geometría,
Y que cuatro peinados ya inventaron:
Que un abate, gran hombre en geografía,
Le alabó la pureza castellana,
Citándole un frances que así escribia.
Razon completa que la suya allana
En tiempos que el dialecto de Toledo
Se estudia en la leyenda galicana:
¿A qué pobre censor no pondrán miedo
Testimonios tan graves y excelentes?
Cruzaráse los labios con el dedo:
Y reputando así por eminentes
Sus luces nuestro ufano mentecato,
Porque le emulen las futuras gentes,
Hará que abra Carmona su retrato,
Ó que el lienzo avivado por Maella
Cuelgue en su habitacion junto á Torcuato.
Con tal gusto, ¿qué mucho si descuella
El arte, y de la cítara española
La perfeccion, ya consumada, sella?
De aquí aquella abundancia que enarbola
Sobre toda nacion sus estandartes,
En nuestra escena respetada y sola:
Acciones concertadas de cien partes,
Cuya unidad no pasa de mil años,
Segun requieren aprobadas artes.
¿Por qué ofenderá tanto á los extraños,
Que el arte ignoran del exacto Lope,
Nuestra traza en los cómicos engaños?
¿Tan gran pecado es que vea en Jope
Embarcarse una reina el circunstante,
Y luégo luégo en Tetuan la tope?
«Señor, que no ha pasado un solo instante.»
En el arte son siglos bien contados.
Horacio lo reprueba.—*Es ignorante.*
«Ó vos, gran Calderon, si mis cansados
»Discursos no tomais acaso á enojo,

»Pues son tantos los vuestros venerados,
»Responded: si en el arte el grande arrojo
»De escribir sin concierto se mantiene,
»¿Ese arte en qué se funda?—*En el antojo.*
»Lacónica respuesta, y que conviene
»Bien con la autoridad de la persona
»Que asegurada ya su opinion tiene.
»Mas la naturaleza, que pregona
»Sus leyes inviolables, quejaráse,
»Si á su verdad la ejecucion no abona.»
Quien tal pronuncia sin comer se pase.
«¡Oh oráculo sagrado! yo dijera
»(Sufrid que á replicaros me propase),
»Que en vez de escribir mal, otro eligiera
»Término á su vivir, pues que el sustento
»No está sólo en el fin desa carrera.»
El vulgo ha de tener divertimiento:
Es necio, y neciamente se divierte.
«Diviértase en buen hora: es justo intento;
»Pero no ayude yo, cuando pervierte
»La opinion de la patria, á pervertilla,
»Si excede un tanto á la vulgar mi suerte.
»Fuera de que, si es necia la cuadrilla
»De la plebe infeliz, del sabio el cargo
»Es afear el error que la mancilla:
»No el dar por dulce lo que en sí es amargo,
»Ni aumentar al doliente la dolencia
»Con indulgente ó con infiel descargo.
»Pero ¡ó cuánta es del vulgo la paciencia,
»Cuando con tanta ve que á su ignorancia
»Se atribuye la cómica impudencia!
»Aquel que no distingue la distancia
»Que hay del arte al capricho, sólo aprueba
»Lo que no hace al deleite repugnancia.
»En lo agradable se embelesa y ceba:
»Para él éste es el arte, otros ignora:
»Aplaudirá á Terencio, si le eleva,
»Y arrojará á Carcino con sonora
»Salva de agudo silbo, si del templo
»No ve salir el héroe que colora (1).

(1) El habérsele olvidado á este trágico griego hacer salir á Anfiarao de un

»Quizá más de lo justo me destemplo
»En replicaros ya; pero en la Grecia
»Me está llamando el memorable ejemplo:
»En cuyos espectáculos la necia
»Turba, de quien acá sin luz bastante
»Se cree que el arte y la razon desprecia,
»Desde que de la máscara el semblante
»Esquilo hizo mejor, y heroicamente
»La acompañó de espíritu elegante,
»Acostumbrada al arte, é insolente
»La oreja con el juicio de su ciencia,
»Mofó lo escrito mal é impertinente.
»Tal vez suele ser útil la insolencia,
»Y contra los poetas necesaria,
»Y áun así se ve en ellos resistencia.
»España, en producir extraordinaria,
»Dió tragedias con arte un tiempo á Roma,
»Y es hoy, si ella las tiene, opinion vária.
»En la invencion sin repugnancia doma
»Al resto de la tierra. ¿Por qué injusta
»Tanta amplitud en disponer se toma?
»¿Por qué, ó gran Calderon, á la robusta
»Locucion, y al primor del artificio
»No unió sus leyes la prudencia justa?
»La diestra plebe, como en propio oficio,
»A atender lo excelente acostumbrada,
»Notára luégo y repugnára el vicio.
»De este modo fué Grecia amaestrada,
»Y fuéralo mi España tambien de éste,
»Si pluguiera á una Musa venerada.
»Si á la tuya indiscreta, aunque celeste,
»Pluguiera, ó Lope, que corrió sin freno,
»Puesto que un grado á tu opinion le cueste.
»Oh, ya siquiera de tu ingenio ameno
»Recibiera la patria esta ventura,
»Que apartára lo propio de lo ajeno.
»Siquiera, acreditando su cultura
»Como un necio imitar acreditaron,

---

templo á vista del espectador, de donde se le suponia salir, fué causa de que se le silbase la tragedia. Tanta era la delicadeza que reinaba en el vulgo de Aténas.

»Siguieran los demas la senda dura:
»Aquélla digo, que observando hallaron
»La razon y la astuta perspicacia,
»Que en cada cosa el sér investigaron.
»Prudente así, y en aplaudir reacia,
»La plebe, no hoy de mártires bufones
»A celebrar corriera la eficacia (1):
»Ni aprobára los míseros centones
»Donde extranjeras frases adulteran
»La habla de los Saavedras y Leones:
»Que hay hoy ingenios que enmendar esperan
»La corrupcion del arte, corrompiendo
»La majestad que respetar debieran.
»Tales, tales perjuicios padeciendo
»Está, ó buen Calderon, por vuestro antojo,
»La nacion que burlasteis escribiendo:
»Y tales sufrirá con el sonrojo
»De tocar su dolencia incorregible,
»Miéntras que el sol se nos descubra rojo,
»Si el autor á quien todo le es posible
»No alguno nos envia que desmiembre
»Portentoso este daño irresistible.»
Paso, sús, que no estamos en Diciembre,
Ni su celo es romano, ni él mi esclavo,
Para que impune las injurias siembre.
Si es justo el celo, su designio alabo;
Mas expresar con desvergüenza el celo,
Por qué ha de hacerse, de entender no acabo.
¿Querrá el Don Delicado que al desvelo
Del poético ardor se una la flema,
Que el arte induce comprimiendo el vuelo?
Pues sepa el ignorante que se extrema,
Dando en el vicio opuesto como tonto,
Que nunca tiene el medio en su poema.
Cuando yo ardiente en mi hipogrifo monto,
Y le hago ir en parejas con el viento,
Aunque pez sin escama, vivo y pronto,

(1) Poco ántes que se empezára á escribir esta Sátira se representó en Madrid con mucho aplauso la comedia de *Los Siete Durmientes*, obra de Moreto, disparatadísima. Su unidad de tiempo pasa de doscientos años, y el gracioso es uno de los siete, con nombre de Serapion.

¿ Privaré al auditorio del contento
De ver cuál se despeña una doncella
Por dar á toda la arte cumplimiento?
¿ Y en dónde hay arte, como ver aquella
Belleza ir de peñascos en peñascos
Rodando, sin que el golpe la haga mella?
¿ Vestir las lagartijas de damascos (1),
Y que ocupen el monstruo cristalino
De ochenta naves los pintados cascos?
Desengáñese, y crea que el camino
De acertar á agradar es el que enseña
Enredo no creible y peregrino.
La imitacion de la verdad no empeña,
Ni es muestra de agudeza en tiempo, cuando
La verdad por inútil se desdeña.
La antigüedad me opone levantando
Sus obras, y hay defectos garrafales
No ménos en Aquíles que en Orlando.
¿ Por qué, como aquel duerme en sus Reales
Casi hasta el fin, y en su quietud porfía
Sin que le duelan los argivos males (2),
No hará Moreto que la tropa pía
De los siete en un punto pase y duerma
Doscientos años en la gruta fria?
Sufriráse en Homero hallar enferma
Una deidad, y deshonesta á Juno,
Dejando la ara de su samo yerma,
Tramar dolos á Júpiter, y en uno
Yacer con él hasta dormirle, en tanto
Que cumple sus propósitos Neptuno (3);

---

(1) Calderon, describiendo un sitio ameno en una comedia, puso estos versos:

Baja por un peñasco
El lagarto vestido de damasco.

En lo que creen algunos que se le olvidó distinguir el color.

(2) El mayor defecto que se ha imputado á Homero es haber tenido á Aquíles encerrado en su tienda casi hasta el fin del poema, sin obrar en la mayor parte de él. Si Homero hizo esto, ¿por qué Moreto no podria hacer que su drama comprendiese doscientos años? De tales disculpas suelen valerse los que defienden la corrupcion del arte.

(3) Pitágoras solia contar á sus discípulos que habia visto en el infierno á Ho-

¿Y en mí será delito que en el manto
De una frágil mortal esconda el vicio
Que él descubrió en los inmortales tanto?
Reforme, pues, ó recupere el juicio,
Y entienda que en el arte del agrado
El rigor siempre sufre sacrificio.
Triunfe, pues, el antojo: al adorado
Teólogo teatral yo respondiera,
Si á mí hubiera su arenga encaminado:
Que si de la enseñanza, que pudiera
Lograrse entre el sabor del regocijo,
Se carece en la cómica quimera,
Se ve por eso, en recompensa, fijo
Mantenerse en el aire un gran palacio,
Fábrica de una maga y escondrijo.
Allí aprende la plebe si despacio
Los maderos caminan por el viento,
Ó si con breveded corren su espacio.
Hácese recto así el entendimiento,
Y no hay como expresar cuánto se afila
La virtud en lo extraño del portento.
¿Pues qué, si perlas y esmeraldas hila
La estéril abundancia del poeta
En los hechos que finge ó recopila?
¿Ó si es parcial de la moderna seta,
Ver cómo *mete en boga* un terminillo,
Que pudiera ilustrar una gaceta?
Á *entrar en pormenores* no me humillo,
Ni he gustado jamas de *hacer detalles:*
Mi estilo siempre fué bajo y sencillo.
Dejo el teatro, y en diversas calles
Métome, pues, y paso á conceptista,
Ya á las cúpulas cante, ya á los valles.
Guíame el buen Gracian en la conquista
De este imperio sutil, y pido á Febo
Un ingenio veloz y anatomista.
Préstame sus vestiglos el Erebo;

---

mero ahorcado de un árbol, en pena de las maldades que habia atribuido á los Dioses. A la verdad, si en esto hubo alguna ciencia simbólica, los símbolos eran bien poco decentes. El pasaje á que se alude aquí, que está en el lib. XIV de la *Iliada*, desde el verso 159, es más para leido que para copiado.

Y por no dar su nombre á cada cosa
Será toda metáfora mi cebo.
Tus mejillas ¡ó Silvia! serán rosa,
Y rosa que arda sobre helada nieve,
Formando amor union tan prodigiosa.
Si lloras, cantaré que el cielo llueve
Perlas de sus luceros celestiales,
Que el fuego de mi fe consume y bebe.
Si te peinas, diré que los raudales
De tu castaño golfo surcan bellas
De un ebúrneo bajel puntas iguales.
Embozarán tus párpados estrellas;
Que aunque no tienen niñas y es constante
Que excede al deste globo el bulto dellas,
Diez mil leguas de luz clara y brillante
Bien caben en tu frente peregrina,
Que áun del orbe solar ser puede Atlante.
¿Te ries, Silvia? Pues á fe que inclina
Á más de seis bellezas veteranas
Habla que tan de véras desatina.
Bien sé que tú á escucharla no te allanas,
Ni tampoco por ella trocarias
La que articulan hoy bocas livianas:
Que si se han de aprobar habladurías,
Á adulteradas frases no sutiles
Prefieres puras sutilezas mias.
Pero unas y otras en tu juicio viles
Comparecen, y nace, segun creo,
De que son tus espíritus viriles.
Jamas tú consentiste que un deseo,
Torpe en sí, con los números disfrace
El fin á que encamina su rodeo.
Traslada al verso su malicia, y hace
Que se lea más vivo en el afeite
Lo que en sí áun sin ornato satisface.
Añade incitamentos al deleite
Que ya incita por sí; vela, y se esmera
En guarnecer el fuego con aceite.
La arte en tanto inocente, de sincera,
Casta y grave matrona, es convertida
En infame ó adúltera ramera.
Con docta obscenidad prostituida,

Sabiamente lasciva, y de mil modos
Armando lazos á la honesta vida.
¿Por qué ya no encuadernan los beodos
Volúmenes de versos admirables
Donde se aplauda la embriaguez á todos?
No son, no, los del Teyo despreciables;
Pero únicos al fin, y que no ofrecen
Ejemplo á inteligencias miserables.
¿Qué vale la virtud en donde crecen
Amores, celos, ruegos, esperanzas,
Tósigos que la enervan y adormecen?
Poner á las virtudes asechanzas
En público, al poeta sólo es dado
Sin miedo de jurídicas balanzas.
Pero, por fin, que pierda enamorado
El precio de las horas en canciones,
En que cuenta que llora un gran barbado,
¿Al público qué importan sus pasiones,
Para que, por sonar bien razonadas,
Las divulgue y repita en impresiones?
Aprovéchen, ocioso, en las armadas
Tus obras cuando opriman al Britano:
Por mí serán entónces celebradas.
Por concertar un pensamiento vano
Pasarás cuatro noches en vigilia,
Del todo inútil al linaje humano;
Y porque goces tú con tu familia
Próspera paz, ¿no velarás dos horas
Con el monarca que tu bien auxilia?
Ó ya que involuntario te acaloras,
Sintiendo en tí el comercio de los cielos,
¿Por qué el torpe sujeto no mejoras?
Adopten una vez esos desvelos
La persuasion de la verdad, ó alaben
La gloria militar y sus anhelos:
Vibren endecasílabos que acaben
Con el lujo servil que nos corrompe,
Y con los vicios sus contiendas traben.
De un lado á la casada, que interrompe
La quietud del esposo por las galas
Que á toda costa desperdicia y rompe:
De otro acometa á las soberbias alas

De la suelta doncella que se entona,
Porque empina el cabello á empíreas salas:
De Andrómaca dirás que es la persona,
Si enmitrada la miras por la frente,
Cuando el monte de gasas la corona.
Con prohijado pelo hace eminente,
Tal vez sobre una calva venerable,
El greñudo edificio impertinente.
Quien debe al cielo inspiracion afable,
Oyendo los vocablos de la moda
(Diccionario, ó risible ó execrable),
¿Á cantar sus sandeces se acomoda,
Sin que el mímico lujo le conmueva
Que ocupa la nacion un tiempo goda?
Ea, que no..... mas sí, que nunca ceba
Su colmilluda sima, áun cuando hambriento,
El lobo en otro que su especie lleva.
Si las ropas, los rizos y el ungüento
Me ofrecen un poeta femenino,
En quien el sexo de hombre está violento,
¿Cuál será de sus versos el destino,
Sino el deleite impuro, el que profano
Dilata á la lasciva el vil camino?
¡Oh entendimiento, entendimiento humano!
¿Para esto el gran vigor te es concedido
Que al Criador inmortal te hace cercano?
Desta causa, no de otra, han procedido
Romances y sonetos á millares,
Plaga que nuestra lengua ha padecido.
Mas, por dicha, ellos son tan singulares
En amor filosófico, que dejan
Incomprensibles siempre sus lugares.
Grande ventura que al lector aquejan,
Si entenderlos procura, tan de gana,
Que más sus manos ya no los manejan.
Es muy temible á la miseria humana
La molestia, y la evita hasta en sus gustos,
Si en sus gustos la oprime y amilana.
Leerá, si claros son, versos adustos;
Y dejará deleites tenebrosos,
En cuya obscuridad recela sustos.
Tal fin tengan por mí los amorosos,

Ya escolásticas églogas animen,
Ya celebren zagales venturosos.
Me matan dos pastores cuando esgrimen
Dialécticas ternezas, ingiriendo
Suspiros metafísicos que gimen.
Tales los hay, que pintan con horrendo
Estrépito de voces tempestades,
Que al trágico espantáran más tremendo.
Cercado de sencillas soledades,
Ó simple morador de ruda aldea,
Donde áun viven desnudas las verdades,
¿De quién esa elocuencia, que apedrea,
Heredaste entre gruesos alcornoques,
Patria apénas de un ave que gorjea?
No sufre, no, la abarca los retoques,
Que pulen el coturno: su oro deja
Antes, Sileno, que el desprecio toques:
Que, si notarlo quieres, no apareja
Á un rústico del noble el aparato
Sin la burla del pueblo que moteja.
No es por ventura tan molesto el trato
Del que todo lo funda en antiguallas;
Aunque ¿á quién podrá ser del todo grato?
Porque ¿qué tengo yo con las murallas
De Tébas, que me obligue en todo trance
Á rogar la virtud de levantallas? (1).
Tántalo ha de salir en cualquier lance
De imposible esperanza, ó devaneo,
Que al deseado objeto no dé alcance.
Mi sueño siempre al cargo de Morfeo:
Gentílico mi nombre, no cristiano,
Que el parecerlo en verso es caso feo.
Llamarme Mario, porque fué tirano,
Es caso muy honesto; ¿pero Pedro?
No es nombre de pontífice pagano.
La oliva de Minerva agobia al cedro
Del Líbano, y el hecho es tan donoso,

---

(1) *Dictus et Amphion Thebanae conditor arcis*
Saxa movére sono testitudinis, et prece blanda
Ducere quo vellet

HORAT., *Poet.*, v. 394 y sig.

Que poco en fama, si lo evito, medro.
¡Ó tres y cuatro veces venturoso,
Tú, Maron, á quien nunca de Francisco
Usar el bronco nombre fué forzoso!
Títiro el zagal era de tu aprisco
En los campos de Mantua, cuando Roma
Despeñó reyes del Tarpeyo risco:
Y el mio será Títiro, aunque coma
Pan castellano, y sus cabrillas paste
Cerca del Tajo en extremeña loma.
Fábula griega en español engaste:
Si esto sólo del vulgo me retira,
Daráme Ovidio el material que baste:
Que si lo que no entiende, más admira
La ignorancia, antiquísimos dislates
Sé yo, que por saberlos no suspira.
¡Ó tú, si no mi Pílades, mi Acátes,
Ya con constancia Belorofontéa
La diva amistad sube sus quilates.
No por su bella Andrómeda rodea
Sobre el alado bruto de Medusa
El Semi-Dios á la serpiente fea
Con tanto ardor, como encendido excusa
Mi pecho tus dejectos Aragneos,
Si bien Discordia de su poma usa.
Dios me libre, mi amigo, de rodeos
Tan rancios, cuando hubiere de decirte
Que tu fe no responde á mis deseos.
Esto, más que obligar, fuera inducirte
Á huir de mí cien leguas asombrado,
Cual de hombre que intentase maldecirte.
Tal procuro yo hacerlo, cuando hinchado
Me acomete el que culto grecizante
Vive en su misma patria desterrado:
Que el que sobrellevar pueda un pedante,
Que por hablar latino corrompido
Abandona en su idioma lo elegante,
Bien merece renombre de sufrido,
Y sufrirá á un señor de nueva estofa
Á excelsa dignidad recien subido.
Tal vez se encuentra quien la causa mofa
Deste decir, y á Góngora desprecia,

Porque en él sin recelo filosofa.
Quien juzga así con equidad no aprecia:
Porque ¿qué culpa tiene un yerro sabio
De que le imite la caterva necia?
¡Ó rebaño servil! ¿Por qué en mi labio
No sufres la elocuencia de Cratino,
Libre y pronta á cualquiera desagravio?
Si autoriza á algun grave desatino
El nombre de un varon, á quien la fama
Venera en sus aciertos por divino;
El siervo imitador ciego á la llama
Que luce en el acierto, torpemente
Remeda sólo el vicio que le infama:
Y esto si acaso imita, porque hay gente
De quien se dice con loor que imita
Cuando roba y usurpa abiertamente.
No contrahace la piedra el que la quita
De otro anillo y al suyo la traslada,
Porque á distinto cerco la remita.
Hubo en cierta ciudad, harto nombrada,
Un pintor, cuya mano merecia,
Más al favor que al gusto ser buscada.
(Merecen así muchos todavía:
Y si el mundo caduca, segun dicen,
Tal arte de ser hábil no se enfria.)
Pues como sus amigos solemnicen
A nuestro gran pintor, y á todas gentes,
Para que acudan á su mano, aticen;
Movido de alabanzas tan frecuentes
Le buscó en su oficina un hombre grave,
Cuyo rostro era grato á unos ausentes.
Ofrecióle el pintor en cuanto cabe
La admirable destreza de su mano
Con parola abundante y voz suave.
Le sentó con precepto soberano
De no mover el rostro á alguna parte,
So pena de emplear su ciencia en vano.
Dijeras que copiaba de Anaxarte
El fabuloso bulto bien diez horas
Que obrando estuvo el retratista en su arte.
Al cabo de las cuales, con sonoras
Voces, dando de mano á sus barnices,

Y echándola á unas hojas cortadoras:
Tened, dijo, Señor: vuestras narices
Cortaré, y pegarélas en mi obra,
Pues no pueden copiarlas mis matices.
Si así imitais, la habilidad os sobra,
Respondió el retratado: y desnudando
El instrumento que el honor recobra,
Tambien yo sé copiar (añadió, dando
Con él en tierra) como vos, amigo:
Vedlo: y dejó al pobrete voceando.
Si en esto estriba el retratar, yo digo
Que retratára así de buena gana
Al bando imitador que aquí persigo.
Pase por fin, si el pensamiento gana,
Como en las manos del divino Laso
Los de latina cítara ó toscana:
Que si mejora de sentido el paso,
Y en el robo aparece más amable,
Pulir lo tosco no es culpable caso.
Si un concepto vulgar hago admirable,
Ó le subo de punto, que me estime
Mi lengua este favor es razonable.
Ni se hallará tal necio que lastime,
Que acicale el menor de los Leonardos
La cruda espada que el de Aquino esgrime (1).
Mas convertir en toscos los gallardos,
Hurtar empeorando, y con ahinco
Velar para imitar versos bastardos,
¿Quién no dirá que aquéste en todos cinco
Falta el comun sentido, y dar debiera
Desde su patria á Zaragoza un brinco?
¡Sarna de ser autor! si se apodera
Tu prurito de un seso de alcornoque,
¿Qué novedad de su invencion se espera?
No leerá original que no provoque
Su furia de escribir, ni obra aplaudida
Á cuya imitacion no se desboque.

---

(1) Bartolomé Leonardo de Argensola es en muchos lugares de sus *sátiras* un excelente imitador de Juvenal. Éste fué natural de Aquino, como él mismo lo expresa (sátir. 3, v. 315).

¿Prestó naturaleza con debida
Templanza la viveza al gran Quevedo
Que al satírico equívoco convida?
La alabanza comun llamó el remedo
De la turba, y cundió el perverso estilo
En tanto grado, cual decir no puedo.
Lo que era gloria en el jocoso filo
De la picante sátira, ó en juego,
Que á argumento vulgar debe su hilo,
Con furor indecible pasó luégo
Al teatro, á la lira: hasta las aras
Oyeron en equívocos el ruego.
Amor, celos, contentos, prendas claras,
Loores á un vil juguete encomendados
Con cuantas cosas en mundo hay caras,
Pusieron en tinieblas los sagrados
Nombres que al Tajo, al Turia, al Manzanáres
Cantaron sus dulcísimos cuidados.
Derribó la ignorancia los altares
De la simple belleza, que esparcia
En triste soledad tristes pesares:
Y en tanto que en el tráfago se oia
Del tumulto civil la voz hinchada
De una turba infeliz que se aplaudia,
La belleza á los bosques desterrada,
Cual sombra errante en solitaria selva,
Gritaba su infortunio lastimada.
¿Qué buzo podrá haber que desenvuelva,
Aunque al Delio Socrático se apele
Y á empresa tan difícil se resuelva,
Metáforas inmensas, con que suele
Desmentir sus sentencias el tumulto,
Que tanto al gusto acrisolado duele?
Si á entender no te das, poeta oculto,
Di, ¿para quién escribes? Si á adivinos,
Den á tu lobreguez ellos indulto.
Mis sentidos, á fe, no son tan finos:
Ni jamas fuí político profeta
Que señala á los reyes sus destinos.
El que de altos ministros interpreta
La voluntad, y por el oro alcanza
Que será suyo el puesto que le inquieta:

Quien anda cuidadoso en la tardanza
Del ajeno vivir, porque previene
Que aquella dignidad en sí afianza:
Quien adula al magnate, porque tiene
Por cierto que será así preferido
Al fiel sirviente que á adular no viene:
El que se hace escritor, bien persuadido
Que, si no por sus letras, á lo ménos
Será por sus enlaces aplaudido:
Genios de este jaez, que así de ajenos
Sentimientos disponen, son sin duda
Para aclarar enigmas los más buenos.
Si para la virtud, á ellos acuda
Quien pretenda saberlo; que hombres tales
Traen siempre en boca la verdad desnuda.
Por mí nací á la luz en tan fatales
Dias, que áun ahora en contemplarlo vierto
El humor por los poros en raudales.
Cuanto vicio ha imitado ó descubierto
La corrupcion en tiempos diferentes
Que en algo se apartaron del acierto:
Metáforas hinchadas, insolentes
Traslaciones, equívocos, agravios
De las leyes más simples y prudentes,
Conceptos que conservan los resabios
De la árabe dialéctica, que aplican
Al de Estagira los flamantes sabios,
Y cuantos extravíos perjudican
Al docto poetar, en sus entrañas
Las obras de aquel tiempo multiplican.
No traman más sutiles las arañas
Sus telas que tramaron sus sonetos
Graves coplistas de las dos Españas.
Hasta velos claustrales de discretos
Se preciaron, y votos virginales
Cantaron sus amores en cuartetos.....
Pero ¿á qué efecto renovar los males
Curados ya tal vez? Nos son empero
Dañosas todavía sus señales.
Ellas son, ellas son el asidero
Del maligno extranjero que nos odia,
Tras debernos aplauso el extranjero.

¿Quién le podrá arrancar la palinodia,
Si para hacerse fuerte en todo caso
Tiene aquellos defectos en custodia?
Tiénelos no menores su Parnaso;
Pero no es el de España, rudo suelo
De quien hacer mencion no quiso el Taso.
Nuestra edad en el ímprobo desvelo
Del estudio no funda las noticias
Que ilustran y eternizan un cerbelo.
En breve diccionario colecticias
Mil ciencias epilogan el trabajo
Y son á los Narcisos más propicias.
Cuanto hay del Gánges al dorado Tajo,
Ó cuanto desde el austro á los triones,
Sábia naturaleza en sí contrajo:
Lo comprende en cortísimas lecciones
Un Don Lindo, que emplea veinte meses
En saber ajustarse los calzones.
Allí toman su orígen los reveses
Que al salvaje español tiran y vuelven
Abates italianos muy corteses (1).
Cortan, hienden, deciden y resuelven,
Como pudiera Apolo; y con tal juicio,
Que siempre nos condenan, nunca absuelven.
La invencion, la prudencia, el artificio
No son dones del suelo de Trajano;
Los Sénecas ya dieron de ello indicio.
Español fué el Marini, no italiano,
Y el buen Manuel Tesauro es punto fijo
Que nació bajo el cielo castellano (2).
¡Italia producir un tan vil hijo,
Que en todo sutilice vanamente,
En reiterar sofismas muy prolijo!
¡Calumnia abominable é imprudente!

---

(1) Las contiendas que se han suscitado y continúan en Italia sobre la literatura española, han dado ocasion á estos tercetos. Los abates Tiraboschi y Bettineli son los mantenedores de nuestra ignorancia.

(2) Hoy dia llaman en Italia *marinesco* al estilo que peca en demasiada floridez y sofistería. El caballero Juan Bautista Marini le llevó en los versos á un punto inaccesible; pero en la prosa, los nuestros, que se reputan por sutilísimos, todos juntos no equivalen á un Conde Manuel Tesauro.

Cuando á su clima da la astrología
El influjo del signo más prudente.
Acá sólo domina guerra impía,
Impresion del sañudo Sagitario,
Silvestre signo de estacion sombría (1).
Tras èsto, si no esparce ni un diario,
Ni ostenta dictadores á manadas
Que sojuzguen el mundo literario :
Si sus obras científicas fundadas
Van siempre en las noticias primitivas,
No en las pedantemente alfabetadas :
Si no expone ningunas abortivas,
Ó espurias, ó monstruosas, como cuando
¡Ó gran Cuadrio! de trágicos le privas (2):
Si ser docto no quiere, amontonando
Colecciones de inciertas colecciones,
Ó en todo vagamente salpicando :
Si llenan solidísimas razones,
No leves epigramas, sus escritos,
Raciocinios, y no declamaciones :
Careciendo de tales requisitos
El suelo que dió patria al buen Lucano,
¿Cómo tendrá poetas exquisitos?
Peligroso ejercicio y muy cercano
Al más triste, á la fe, es el ejercicio
Que el cielo favorece con su mano :
En España, el más grande sacrificio
Que hacer puede á la patria un varon fuerte,
Si ni áun al extranjero halla propicio.

---

(1) Cuando habia astrólogos en el mundo enseñaban que el signo de Sagitario era el dominante en España, y le atribuian las cualidades de silvestre, sañudo, guerrero, y otras que ellos entendian maravillosamente. Los italianos, que atribuyen nuestra inclinacion á sutilizar á la naturaleza del clima, debieran averiguar si aquel signo tiene tambien la cualidad de sutilizante.

(2) El abate Francisco Javier Cuadrio, ex-jesuita, que ha escrito la *Historia universal de la poesía*, dedicando una *particela* especial del tomo III, en que trata de la tragedia, para dar noticia de las de los chinos; tragedias que, segun él, no sólo no guardan regla alguna, pero que ni áun tienen sucesos trágicos (*tragici eventi*), no se ha dignado colocar á los españoles ni áun siquiera junto á las tragedias sin sucesos trágicos de los chinos. ¡Raro discernimiento de historiador!

Yo el genio de hacer versos á la suerte
Debí; pero si el sabio la domina,
El genio inclinaráme hasta la muerte;
Mas yo sabré enfrenar lo que me inclina.

JUAN PABLO FORNER.

ORACION FÚNEBRE

QUE, POR ENCARGO

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

Y EN LAS HOÑRAS

DE MIGUEL DE CERVÁNTES

Y DEMAS INGENIOS ESPAÑOLES,

PRONUNCIÓ

EN LA IGLESIA DE MONJAS TRINITARIAS DE MADRID, EL 29 DE ABRIL DE 1867,

EL P. D. CAYETANO FERNANDEZ,

del Oratorio de San Felipe Neri de Sevilla (1).

Corpora ipsorum in pace sepulta sunt, et vivit nomen eorum in generationem et generationem. (Eccli. 44, XIV.)

Ellos murieron en paz, y sus nombres vivirán eternamente.

Señores: Dios no ha hecho la muerte. Y la Escritura divina se adelanta á consignarlo así, cual si quisiera alejar para siempre de Dios un cargo terrible que formula á todas horas la mísera y doliente humanidad. *Deus mortem non fecit* (2).

¡Ay! ¡Como que la muerte, primogénita del pecado, es la que ha hecho correr, hilo á hilo, más lágrimas de los ojos del hombre, y brotar ayes más lastimeros de los

(1) Era entónces el P. Fernandez Académico electo. El 16 de Abril de 1871 tomó posesion de su plaza de número.

(2) Sap. I, XIII.

pechos humanos! Con razon los poetas agotaron sus epítetos luctuosos, llamándola amarga, impía, desgarradora, cruel: los filósofos, cogidos del espanto, creyéronla bien definida con decir *terribilior omnium terribilium*, que es lo más terrible entre las cosas terribles. Para los que se amaban no habia contra ella sino el triste consuelo de que una misma urna guardase mezcladas sus cenizas; y es famosa, en fin, esta exclamacion de un Rey de Amalec, cuya alma era oprimida, al morir, con el dolor de todas las separaciones. *¡Siccine separat amara mors!* ¡Con que así nos separa de todo la amarga muerte!

Y sin embargo, Señores, hasta la muerte es hermosa en presencia de nuestra Religion. ¡Ah! Vosotros, que sois maestros de lo bello, decid si no es hermoso y hasta sublime el ver la tumba cristiana rodeada de lucientes hachas, símbolos de la fe; oir la fúnebre salmodia, expresion de la esperanza, y ese *Regem cui omnia vivunt*, tantas veces repetido en presencia de la misma muerte, para bendecir llenos de caridad á Aquel que ha destruido su fatal imperio! Mas ¿qué mucho que os parezca bello, si vuestra razon, levantada por vuestra creencia, forma de todo eso camino luminoso, á manera de puente solidísimo, para comunicaros dulcemente con séres muy amados que ya habitan la eternidad?

Y siendo esto así, ¿cuánto más bello, cuánto más glorioso y magnífico no debe pareceros ese túmulo que ahí en medio se levanta, que, sobre ser túmulo cristiano, es nada ménos que el del escritor eminente, del soldado animoso, príncipe de nuestros ingenios, MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA, y monumento tambien que simboliza y renueva la memoria de los demas autores, que enriquecieron en vida las letras españolas?

¿Me preguntais acaso el motivo, la razon estética de esa nueva, profunda y sublime impresion que á su vista experimentáis? Pues, dejad que yo medite y madure un instante mi contestacion.—Yo observo, Señores, que sobre esa tumba hay un libro, de inestimable valor por lo que es en sí, y grande, más grande todavía por otra significacion con que ahí le miro: es *El Ingenioso Hidalgo* de Cervántes: significa tambien ó me recuerda todo el inmenso y majestuoso cúmulo de nuestra literatura hasta la edad presente.—Yo observo, ademas, que habéis colocado allí honrosos laureles, coronas inmortales, y la Cruz! una cruz que lo remata y lo domina todo; y..... ya con esto no es posible equivocarse. Responderos puedo sin titubear: ese túmulo es bellísimo, es sublime, porque..... ¿no lo veis?.... porque él nos está ofreciendo la gloriosa síntesis de todo cuanto los ingenios españoles han hecho por nosotros durante su vida, y de todo lo que nosotros debemos hacer por ellos despues de su muerte. ¡Oh! y ellos han hecho tanto por nosotros, que no han podido ménos que morir en paz. *Corpora ipsorum in pace sepulta sunt.* Y nosotros debemos hacer tanto por ellos, que sus nombres no perezcan nunca. *Et nomen eorum vivit in generationem et generationem.*

Ahora, si me exigís menuda, extensa y cumplida demostracion de estos hechos, vais á obtenerla, Señores: justamente me propongo hacer de ella el objeto único de mi oracion, deteniéndome, con debido órden y segun su importancia, en los dos indicados puntos: beneficios de esos famosos muertos; recompensas de estos ilustres vivos.

No dirécis que mi pensamiento no es óbvio, sencillo: es hasta trivial. Mas ¿cómo podria yo remontarme á unos

espacios donde mis alas no sabrian moverse, y ménos en estas mis difíciles circunstancias? Acaso, y sin acaso (pues lo creo con la mayor sinceridad de mi alma), jamas orador alguno se puso á usar de la palabra con mayores dificultades que las que sobre mí pesan en este instante. La solemnidad augusta de estos fúnebres obsequios; lo selecto del auditorio; la honra misma de la Academia que, con una indulgencia sin ejemplo, acaba de abrirme sus gloriosas puertas; el recuerdo vivo aún de los conceptos altísimos que con frase sonora y uncion divina se han oido, en este dia y en este lugar, de boca de eminentes y sapientísimos Prelados..... todo esto, Señores, bien entendido, justamente ponderado, bastaria para abatir un aliento más poderoso que el mio. Mas..... ¿lo creeréis? Estoy tranquilo. Desde que me he separado de vosotros, y á cada peldaño que he subido hasta colocarme en esta sagrada cátedra, me he sentido crecer y serenárseme el corazon. ¿Sabéis por qué? Porque es el Sacerdote el que sube á hablaros, y el ministro de Dios ha dejado en el suelo cualquiera otra consideracion; porque, si á vuestro lado me encontraré siempre pequeño y en la actitud de aprender, aquí, Señores, subo á enseñar, y con la alteza de mi sacerdotal encargo. Así, no pido al cielo otra cosa que la gracia de mi ministerio; no pido á vosotros más que la benignidad de un cristiano auditorio. Que no han de falterme, espero, ni la una ni la otra; y en esta confianza, atrévome á continuar.

Léjos de mí, Señores, la temeridad presuntuosa de traer á este sagrado sitio un discurso puramente literario, que vosotros hariais mil veces mejor que yo, y para lo cual no era menester venir al templo, ni doblar ante el Sér Supremo las rodillas, ni ofrecerle, cual lo habeis hecho, un

sacrificio de infinito valor. Si alguna vez parece que falto á este propósito, no me juzgueis al punto: es que asiento las premisas, que nos llevarán al cabo á consecuencias enteramente morales y religiosas; y estas premisas, como impuestas en cierto modo por la índole de esta solemnidad, ni yo acierto á alterarlas, ni á sustituirlas por manera alguna. Ya con esto, nadie puede extrañar que, dejando á un lado la profana pompa de introduccion erudita y todo lujo de brillantes rodeos, venga modestamente á mi asunto, apresurándome á satisfacer vuestra religiosa curiosidad. Esta, á lo que entiendo, se formula ó explica primero en semejante pregunta. «¿Cuáles son los favores que hemos recibido de esos famosos muertos? Ó ¿qué es lo que ellos han hecho por nosotros?» Y yo, Señores, respondiendo de lo que han hecho por lo que han sido y son para nosotros, contesto con exactitud, empleando al efecto tres palabras, las más venturosas que encierra vuestro diccionario; porque digo, y demostraré muy en breve, que ellos son nuestros Maestros, nuestros Padres, nuestras delicias.

¡Nuestros Maestros! ¿Y exige esto demostracion? Desde lo más alto y profundo de la ciencia, hasta lo más donoso y rico de la palabra; todo cuanto esos ilustres Ingenios alcanzaron, entendieron y expresaron en castiza, noble y armoniosa frase; lo que constituye toda doctrina y todo humano saber, es decir, las nociones de la verdad, de la bondad, de la belleza..... todo, todo esto está en vosotros, lo poseéis vosotros, forma, por asimilacion, vuestro intelectual patrimonio. ¿De quién lo hubisteis sino de los libros, de las enseñanzas de esos Maestros, que venís á honrar ante esa tumba? ¿De quién prendió en vosotros la luz divina de lo *verdadero*, sino de esa brillante línea

de sabios, que comienza en el Obispo Idacio y San Isidoro de Sevilla; pasa luégo por el Cardenal Cisneros, Benito Arias, Melchor Cano, Maldonado, Suarez (grandes teólogos); y, tocando en Morales, Mariana, Sandoval, B. Argensola, Abarca, Solís (famosos historiadores), se extiende hasta los malogrados Bálmes, Donoso Cortés y Pastor Diaz, eminentes y cristianos filósofos? ¿Dónde bebisteis las saludables aguas de lo *bueno*, sino en esa corriente limpidísima, inagotable, que brota en nuestro suelo, allá en los PP. Pedro Pascual, Jacobo de Benavente; dilátase caudalosa en Fr. Luis de Granada, Maestro Ávila, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Rivadeneyra, Malon de Chaide, Estella; áun continúa en los PP. Rodriguez, Puente, Villacastin, Zárate, y avanza hasta el popular *Libro de los niños* de vuestro Martinez de la Rosa? ¿Adónde, finalmente, acudisteis por las dichosas prescripciones de lo *bello* (vuestra *gaya sciencia*), sino á ese vasto y amenísimo jardin, por todo extremo variado y admirable, que nace en el *Poema del Cid*, Juan de Mena, Garcilaso, etc.; brilla con todo su encanto en Fr. Luis de Leon, Lope, Calderon, Herrera, Moratin, Quintana, y avanza hasta los *Romances* del Duque de Rivas y el *Hombre de mundo* de Ventura de la Vega? ¡Ah, señores Académicos! suprimid por un instante esos famosos nombres y tantos otros, que enumerar no puedo; cortad toda comunicacion con esas galerías de hombres célebres, escalonados en la pendiente de tantos siglos; eclipsad esos magníficos luminares, que tan de cerca han seguido en nuestra Patria al sol de la inteligencia, y..... ¿qué maravilla, si os encontrais de repente á oscuras, ignorantes, mudos..... sin ciencias, sin historia, sin habla, sin literatura? Mas eso no es posible; y hasta es quimera imaginar que no haya sido lo

que realmente fué. Trabajaron, pues, para vosotros; todo lo sabéis por ellos; vuestro es el fruto de sus vigilias. ¿No es la verdad que debéis estar muy reconocidos á vuestros Maestros?

Sí, Señores; y la Religion acoge y bendice tambien su óptima dádiva; porque, como todo don perfecto, viene del Padre de las luces; porque nuestra Religion sacrosanta adora al Dios de las ciencias; porque la Religion es madre, y no puede olvidar que todos ellos fueron sus hijos, que, ántes que sabios y literatos y distinguidos ingenios, tuvieron fe, profesaron y enaltecieron las máximas del Catolicismo. ¡Oh! En esto ha sido una y constante la enseñanza de vuestros Maestros. Sin contar, de entre ellos, los que han merecido ser colocados en el catálogo de los Santos, y que, por lo mismo, no demandan hoy, sino que más bien apadrinan vuestras plegarias, ¿no es inconcuso que la forma católica ha sido siempre la forma de nuestros clásicos escritores? ¿No es verdad que nuestros mejores poetas se han inspirado en la Biblia? ¿No es cierto que nuestros místicos son los mejores del mundo? ¿No es evidente que hasta nuestro genio dramático, que despues tantas veces ha desmentido su orígen, tuvo que dar sus primeros pasos en el templo, como si en esta gran nacion nada fuese posible sin recibir oportunamente un bautismo cristiano? ¿Y sería acaso esta fe, una fe muerta, como la llama el Apóstol, que no trascendiese para nada á sus obras? ¡Oh! venga á contestar por todos y en representacion de todos, si no como Santo, como tipo egregio de patrios escritores, el cumplido caballero, el soldado valiente, el autor celebérrimo, y, más que todo, fervoroso cristiano, nuestro Miguel de Cervántes, cuyo aniversario mortuorio celebramos.

En este dia, Señores, y en una pobre morada no léjos de este venerando asilo; acaso en esta misma hora, agonizaba en humilde lecho el inmortal Cervántes, y ya se disponia á devolver el depósito de su grande alma en manos del Criador. ¿Sabéis de dónde nace aquella su paz venturosa, aquel sosiego admirable, de que en vano querria hacer alarde el más firme y pertinaz estóico? Nace del testimonio de su conciencia, que en aquella hora, como en vastísimo panorama, le presenta una por una las virtudes de su cristiana vida. Piadosos fueron sus padres, cristiana fué su educacion, cristianos sus estudios, cristianos los rasgos de su vigorosa juventud..... Mas ¿cómo en breve cuadro podria trazaros un cumplido recuerdo?

¡Aguas de Lepanto, famosas por el suceso más grandioso que presenciaron los siglos, famosas sois tambien, porque corristeis un dia mezcladas con la generosa sangre de nuestro héroe! Vedle, Señores, en la galera Marquesa: rendido por maligna fiebre, que de todo servicio le excusaba, yace en el lecho del dolor un momento ántes del combate. Dase empero la señal, y Cervántes no es ya suyo: denodado sube á cubierta, busca los más peligrosos puestos, colócase á la cabeza de doce hombres en el lugar del esquife; y allí, allí fué donde, rechazando con intrepidez y hasta el fin las arremetidas fieras de aquellos bárbaros enemigos de Dios, recibió dos disparos de arcabuz, uno en el pecho, otro en la mano izquierda, que se la deshizo, á punto de no poderse valer más de ella. ¿Y queréis saber la causa que impulsaba tanto heroismo? ¡Oh! escuchad: es una ardorosa confesion de fe, que recuerda las de los primeros siglos de la Iglesia, con la que el soldado y literato español responde al empeño de sus jefes, que no querian permitirle abandonase el lecho

para asistir al combate. «Aunque esté enfermo é con calentura, decia nuestro Cervántes, más vale pelear en servicio de Dios é de S. M., é morir por ellos, que bajarme so cubierta.» Así son, Señores, las lecciones prácticas de vuestros Maestros.

Pero ¡oh gloriosas prisiones, que con tanto acierto habéis sido colocadas sobre el túmulo de vuestro cautivo de Argel! hablad: vosotras mejor que nadie podeis decirnos los ejemplos de virtud cristiana, de que allá fuisteis en verdad testigos bien molestos. Vosotras, al oprimir sus juveniles miembros, notar pudisteis los latidos de aquel corazon, lleno siempre de grandes empresas, y manantial fecundo de los más honrosos sentimientos. Vosotras le visteis atado de piés y manos, ya con la cuerda al cuello para ser ahorcado: una sola palabra puede salvarle; pero esa palabra es gran perfidia, y Cervántes prefiere la muerte á la perfidia. Le visteis animar á los tímidos para que perseverasen fieles á sus creencias, alentar á los apóstatas para que volviesen á ellas, tratar á todos con particular dulzura, con sus haberes pobrísimos socorrer liberalmente á los necesitados, cumplir con rigorosa exactitud los deberes cristianos, y, al compas de vuestros hierros, desahogar su fe en dulces y armoniosos versos en honor de la Vírgen Madre, y sobre los más piadosos asuntos. ¿Qué más, Señores?

Pero ¡ah! con algun otro fin habeis colocado ese libro sobre una tumba cristiana. Y no es por cierto difícil adivinarlo. Quereis acreditar solemnemente que, si el cristiano autor del *Quijote* ha sido vuestro maestro de ingeniosa composicion, de purísimo lenguaje, de discrecion sin segunda, ese libro ejerce todavía un magisterio más alto: pertenece en su intencion primera á la Religion y á las

costumbres. Sí, Señores; esto podria ignorarlo el vulgo, pero de ninguna manera vosotros. Harto sabéis lo que eran los libros de caballerías; no ignoráis la avidez con que eran leidos ó devorados por todos, ni que, aparte de sus monstruosas concepciones y escasísimo mérito literario, en su mayor número adulteraban las creencias, y traian la corrupcion de las costumbres: eran casi casi tan malos bajo este doble aspecto, allá en su época, como la novela francesa en nuestro siglo. Porque en ellos la supersticion hacía tanto daño á la fe, como en esta la incredulidad; y á más de esto, porque una poderosa mezcla de estupendo maravilloso y de loco apasionamiento trastornaba los cerebros y derretia los corazones; y era así cómo la doncella aprendia sus devaneos, el jóven sus temeridades, la esposa su infidelidad, los potentados sus desafueros, y la familia y la sociedad entera amenazaban ruina y gran fracaso, no obstante los esfuerzos de un Víves, de un Venégas y otros sabios, que, sin éxito, tronaban contra tales libros. Y bien, Señores: como cristiano, comprendió Cervántes la gravedad del mal; y hallando en su talento recursos felicísimos, como cristiano se propuso remediarlo. Ahora, si lo consiguió ó no con su *Ingenioso Hidalgo*, no hay sino ver que tan menguadas leyendas relegadas fueron inmediatamente al olvido y cayeron en sin igual desprecio. Era, pues, la Religion el sol que fecundaba á aquel grande ingenio, y tambien la regla que lo moderaba. «Ántes me hubiera cortado la mano con que las escribí, dice él mismo en el prólogo de sus *Novelas ejemplares*, que sacarlas al público, si todo en ellas no fuera medido por el discurso cristiano.» Y así era la verdad, por lo ménos, en su religiosa intencion.

Bien se me trasluce, Cristianos, que en este mismo ins-

tante le memoria os irá con citas y volverá con recuerdos..... no habiendo sido todo limpio ni probado en algunos de vuestros Maestros, ni áun en el propio Miguel de Cervántes, en cuyo honor más nos empeña la solemnidad de este dia; que el chiste no ha sido siempre casto, que la intencion no ha sido siempre benévola, y que más de un desliz ha empañado vidas por otra parte muy gloriosas. Pero recordad, Señores, cuál actitud es la nuestra. ¡Ah! no nos hemos reunido aquí para celebrar la apoteósis de los griegos, sino los funerales cristianos; y en ellos comienza todo por el temor del juicio, por el rubor de la culpa y la esperanza de misericordia. *Ingemisco tanquam reus; culpa rubet vultus meus; supplicanti parce, Deus.*

Nadie, sin embargo, se atreveria á negar que, por lo comun, la vida de vuestros Maestros nos suministra documentos preciosísimos, que ¡ojalá, ojalá! no olvidasen nunca en la suya los verdaderos sabios, ni los que de tales se precian en nuestros peligrosos dias. Ellos nos enseñan que se puede tener talento, mucho talento, y ser fervoroso cristiano; porque, ¿quién podrá tener á ménos adorar lo que tan de corazon adoró Cervántes, CUYO INGENIO (lo habeis escrito en el mármol) ADMIRA EL MUNDO? Ellos nos enseñan que se puede ser literato sin ser impío, rechazando lo que de su edad decia Lactancio, *homines litterati minus credunt;* porque los hombres dados á la amena literatura eran entónces flojos creyentes. Ellos nos enseñan que nada sienta mejor á lo distinguido del ingenio y á la alteza de ciertas almas, que las perlas de virtudes con que se adorna la vida; que se puede ser chistoso, sin ser liviano; y crítico, sin ser mordaz; y alegre, sin ser impúdico; agradecido, sin ser bajo; sobresalir entre mu-

chos, sin probar por esto orgullo; y conocer el mérito ajeno, sin dejarse comer por la envidia. ¿Quién más benigno con sus émulos, más indulgente con sus adversarios, más agradecido con sus protectores, más humilde con todos que el varon insigne, cuyas honras particularmente celebramos? ¿Quién más sufrido? ¡Ah! en este punto (perdónenme si exagero) yo me atrevo á calificar de mártir á nuestro héroe! mártir, digo, del talento; pues, con la conciencia de un alma gigante, mirándose desconocido de su tiempo y de sus hombres; humillado, pobre, torturado por las ocupaciones más ímprobas y más opuestas á un hombre de su ingenio, pudo decir con razon que su talento era su principal verdugo, mas que la Religion fué su principal consuelo.

¡Ah, señores Académicos! ingrata, injusta fué su época con nuestro Cervántes: ingrata por lo comun con nuestros Maestros: es ese achaque antiguo de literarios merecimientos. Pero la posteridad viene al cabo, y la posteridad siempre es justa. Ved por qué nosotros, los que hoy vivimos, que somos la posteridad respecto de tales ingenios, harto poco hacemos con decirles Maestros; debemos tambien llamarles Padres.

Nuestros Padres, sí; Padres de nuestra amada Patria. Porque, si padre es el que hace existir y avalora y caracteriza á su hechura, ¿quiénes con mejor título pueden llamarse Padres de nuestra noble España, que esos ilustres Muertos? Norabuena quede para los ociosos la fútil cuanto manoseada cuestion sobre preferencia entre las letras y las armas; pero, si fundadores son de un país, de una nacion, los que extienden su territorio y adelantan sus fronteras y las fortalecen con castillos, porque le dan lo que podemos llamar el cuerpo; padres y fundadores de esa patria son los

que con su ciencia y sus escritos le dan su pensamiento, le dan su esplendor, el brillo por el cual se la reconoce y respeta por los extraños, le dan su forma característica, su expresion, su verbo; digámoslo de una vez, los que le dan el alma. Y esto es lo que han hecho por esta Patria querida esos Padres generosos.—Su *pensamiento* dije; porque ellos son los que, atrayendo las individualidades, todas las inteligencias españolas, hácia su inteligencia elevadísima, como soles que llevan tras sí en perpétua unidad todo un sistema celeste, han formado nuestra unidad de espíritu y de corazon, la verdadera unidad nacional; y nos han obligado á quererla, á conservarla como la sangre, como la vida, como la honra, dándonos la conciencia de lo que hemos sido, y de lo que podemos ser, con la verdad de sus historias, con la prudencia de sus leyes, con el entusiasmo de sus poesías, con las dulzuras inefables de su religiosa fe.

Su *esplendor*, dije tambien; porque ellos son los que, mejor que el Derecho de gentes, nos han granjeado el respeto y consideracion de las naciones; que, gracias á sus esfuerzos, podemos ofrecer al mundo en Mariana y Solís la epopeya de nuestras hazañas; en el *Fuero Juzgo* y las *Partidas*, la sabiduría de nuestros códigos; en las *Moradas*, la *Guía de Pecadores*, el *Símbolo de la Fe*, la *Perfecta Casada*, etc., la pura fe y entrañable piedad de nuestros corazones; en Leon, Lope de Vega, Calderon, Fernando de Herrera, Francisco de Rioja y otros infinitos..... ¿Sabeis qué? La medida exacta de la alteza de ingenio y fina penetracion de nuestra gente; pues, como sabéis, en nada se significan mejor esas dotes de un gran pueblo que en la talla de sus insignes poetas. Como sabéis, digo; que no sois vosotros, ni podriais serlo, de cierto vulgo

ilustrado á medias, que llama á la poesía un pasatiempo, y al poeta un visionario; no. Sabéis, y no es indigno del sacerdote recordarlo aquí, que la poesía es muestra grande y sublime de la jerarquía intelectual y moral de una nacion; porque es el poeta el más bello y genuino representante de las ideas que alcanzan sus hijos, como de los sentimientos que los embellecen. No ignoráis los nombres que daba á esa clase de séres el buen juicio de los antiguos; no sólo los nombraba genios, llamábalos tambien divinos, les decia profetas, *vates!* Suponíase, pues, dice un sabio moderno que, por un favor rehusado á los demas talentos, el poeta se eleva á contemplar la verdad en su mismo orígen, tomando á veces de allí, del foco original de toda ciencia, de Dios, hasta el presentimiento de los sucesos futuros; y que, alimentándose de la más pura sustancia de la sabiduría, debia el poeta ser reconocido por el rey del pensamiento. Y no es todo exageracion, Señores; porque, como de decir acaba un prelado católico sapientísimo (1), «si la inteligencia es un sol, la poesía es su rayo más brillante y más ardiente.» Hablo (ya se deja entender) de la verdadera poesía y de los buenos poetas. Ved si no la grandiosa figura de los vates de Israel, de ese pueblo mirado por Dios con estimacion singularísima: ellos tienen en una mano la cítara, en otra la espada; en la siniestra el cetro, en la diestra el incensario. Y es que, sometidos á la inspiracion propiamente divina, que los penetra y devora, fueron lo que debieron ser: cantaron á su Dios como lengua humana no volverá á cantarle; cantaron tambien la naturaleza, y eran al

(1) Mgr. Plantier.

propio tiempo, entre los suyos, los maestros de las virtudes, el eco de sus alegrías, la expresion de sus arrepentimientos. Si, pues, los grandes poetas son gloria de una nacion, y la gloria es la que trae y conserva y asegura el respeto y consideracion de los demas pueblos, España puede llamar padres á los poetas insignes que ese túmulo nos recuerda, como la Roma pagana, no obstante su predileccion por el estruendo y los triunfos de las armas, miraba con filial reverencia los laureles de Virgilio, entrelazados con los sangrientos laureles de César.

Su pensamiento..... su esplendor..... pero su *verbo*, dije en tercer lugar. Porque ellos son, esos famosos Muertos, los que han unido y apretado en nudo estrecho, indisoluble, las cosas diversas, las relaciones múltiples, infinitas, que caben dentro de un mismo espíritu nacional; pero tan fuertemente, Señores, que la inmensidad de los mares no basta á separarlas, ni ejércitos poderosos bastarán á dividirlas. ¿Sabéis con qué? ¡Ah! Vosotros me adiviná is: con el encanto de la lengua castellana. — No hay patria, se ha dicho, donde no hay lengua comun; así donde está la lengua está la patria, porque va con ella todo cuanto nos representa el nombre de esta dulce Madre, como la aromática esencia, una vez aspirada, lleva á nuestra imaginacion la gala y hermosura de la flor de donde ha salido. ¿No sentísteis nunca que os latia el corazon de filial ternura al oiros saludar en lejanos climas en la armoniosa lengua de Cervántes? Pues bien, esa lengua, para nosotros sinónimo de España; esa lengua, de que sois custodios, celosísimos guardadores, ellos son, esos generosos Padres, los que asídua y afanosamente han venido elaborándola, nada ménos que desde el *Poema del Cid* en la poesía, y desde el Fuero de Avilés, como ha

querido fingirse, en la prosa. Ellos la han formado, la han pulido, la han hermoseado, la han enriquecido con trabajo ímprobo y tarea enojosa, dándole al cabo esa pureza, elegancia y gallardía que la elevan á ser uno de los más bellos idiomas que han sonado jamas en los labios de los hombres. Y por ventura, ¿los que tal hacen no merecen que los saludemos respetuosamente como á padres? Quien lo dude, Señores, repare otra vez en aquel libro; recuerde cuál es allí su representacion duplicada, y hallará en él la fe de esa paternidad y la partida de nuestra filiacion. Por lo que, si se nos pusiese en la necesidad terrible de elegir para nuestra España entre la pérdida, por ejemplo, de nuestro Cervántes y la de una parte de nuestro territorio, ¡oh! yo no vacilaria en seguir á aquel inglés ilustre (1) que sublimó su patriotismo, estimando en más para su Patria la gloria de Shakespeare que todas sus Indias Orientales.

Padres son, pues, los que han dado á nuestra España su pensamiento, su gloria, la expresion de su nacionalidad. Mas si consideramos ahora, Señores, lo que esos grandes ingenios han dado y dan que gozar deliciosamente con sus escritos á nuestro espíritu y á nuestro corazon, ¡ah! es forzoso decirlo todavía, no sólo nuestros Maestros, no sólo nuestros padres; son tambien nuestras delicias.

Sí, Señores; y es el espíritu religioso, unido al poético y al que podemos llamar patriótico-monárquico, dominante siempre en las producciones de nuestros ingenios, lo que hace que ellos sean fuente pura y muy regalada de

---

(1) Carlysle.

placer para nuestras almas españolas. La historia entera viene á justificarlo.—Cuanto á la poesía, ella es desde su infancia, si se quiere, *popular;* todavía más *heróica*, *caballeresca;* pero sobre todo *cristiana:* ahí están el *Poema del Cid*, la *Adoracion de los Reyes*, los poemas de Gonzalo de Berceo, las cantigas de D. Alfonso el Sabio, y todo, todo cuanto la musa nacional produjo entónces magnífico y sorprendente, al rumor de las batallas, al paso que se reconstruian los pueblos, y bajo la égida salvadora de generaciones de reyes tan cristianos como valientes. Viene luégo nuestro gran siglo, ¡el décimosexto siglo! en el cual á altura inmensurable subieron los elementos de nuestra dicha; porque la Iglesia de España alcanza su edad de oro; porque nuestra monarquía campea en los ámbitos de dos mundos; porque nuestros sabios son admirados en todas partes, en los concilios, en las cátedras, en los gabinetes; y entónces, entónces..... ¿qué hizo nuestra literatura? ¿Qué canta nuestra poesía? Eco siempre fiel de la nacion, cuya vida exalta y embellece, canta principalmente tres cosas: DIOS, PATRIA y REY. Y como estas tres cosas estaban en nuestro corazon, en nuestra sangre, en nuestro fundamento, no hay que decir que, con júbilo de nuestras potencias, los cantares á Dios son dulcísimos, los himnos á la Patria son grandiosos, las trovas al monarca son heróicas. ¿Quién no se arroba al escuchar la voz suavísima del estático San Juan de la Cruz, y la de aquella mujer, por todo extremo admirable, que es una de las mayores glorias españolas, Santa Teresa de Jesus, cuando en melifluos versos desahogan sus corazones abrasados en el amor de Jesucristo: y al oir la de tantos y tantos como consagraron su ingenio á cantar las cristianas glorias? ¡Cuánta fe, Señores,

cuánto amor no revela este solo estribillo de la castellana doctora!

Vivo sin vivir en mí;
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.

Y hablando de delicias, ¿qué puede ser comparado al contento, al entusiasmo, al delirio con que el pueblo español asistia á los *misterios*, á las comedias á lo *divino*, á los *autos sacramentales*, si hemos de creer todo lo que sobre la materia inquirió y nos refiere el modesto é inolvidable Gonzalez Pedroso en uno de los trozos más elocuentes que se han escrito en el castellano idioma? Más todavía. ¡Fray Luis de Leon! ¡Fernando de Herrera! ¡Francisco de Rioja! ¡Qué tres nombres, señores, sobre infinitos otros, tan dulces, tan simpáticos para el espiritualismo proverbial, heróico de los españoles! ¡Quién con el primero no se eleva á Dios por el suave, misterioso encanto de la *Noche serena*, y con el mismo no se toma de tristísima ternura al decir á Jesus, que ya desaparece en las nubes:

Y ¿dejas, Pastor santo,
Tu grey en este valle, hondo, escuro,
En soledad y llanto;
Y tú, rompiendo el puro
Aire, te vas al inmortal seguro!

¿Quién no siente ensancharse su corazon y arrebatársele el alma al escuchar á Herrera, que así entona glorias de España por los triunfos del cristianismo sobre la media luna:

Cantemos al Señor, que en la llanura
Venció del ancho mar al Trace fiero.
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
Salud y gloria nuestra;

ó con Rioja no paladea la dulce, melancólica filosofía que el gran poeta hace caer sobre las grandezas humanas, ciudades populosas, soberbios edificios.....

cuya afrenta
Publica el amarillo jaramago (1),

y la paz y contento de la virtud con que convida al hombre en aquella *Epístola moral*, que será eterna, cuando dice:

Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo, un sueño breve,
Que no perturben deudas ni pesares?

Y de nuestros prosistas místicos, ¿quién nunca acabaria de hablar, si de ponderar hubiera el tesoro de delicias que sus libros vierten en el alma del lector cristiano, ya con la sublimidad de sus pensamientos, ya con su decir donoso y elegante? ¡Oh! en este punto tenemos tanto y tan bueno, que apénas es posible elegir sin exponerse á dejar lo mejor. Los *Nombres de Cristo*, la *Exposicion del libro de Job*, la *Perfecta Casada* del maestro Leon, la *Oracion y Meditacion*, la *Guía de Pecadores*, la *Introduccion al Símbolo de la Fe* de Fray Luis de Granada; el *Alcázar interior*, los *Avisos*, las *Cartas* de Santa Teresa, y todo, todo lo de este ángel, que encarnó en España para bien y honra nuestra..... ¿qué son todas estas obras, y otras infinitas del mismo género, sino manantial inagotable de delicias, de sabrosos consuelos, de dichosa espiritualidad? ¿Qué era lo que escuchaba el gran Lista ¡nues-

(1) Supónese, por seguir la general creencia, que la célebre oda á las *Ruinas de Itálica* es de Rioja, no ignorando que más ilustrada crítica la atribuye hoy á Rodrigo Caro.

tro maestro Lista! en las últimas horas de su vida, para llenar de dulzura esas horas tan amargas? Lo sé muy bien, Señores: las Cartas de Santa Teresa. ¿Cuál era el único hilo con que el *despreocupado* abate Marchena permanecia preso, digámoslo así, en las creencias católicas? Era el encanto de la *Guía de Pecadores*, que perseveró en leer toda su vida.

Y ya que de delicias se trata, ¿podríase no hacer mencion especialísima de ese libro, el *Ingenioso Hidalgo*, que es (permítaseme decirlo) el quita-pesares de toda mala ventura, el solaz de todo descanso y el antídoto de toda tristeza? Él recrea á los doctos con la profundidad de sus sentencias, regala á los gobernantes con sus máximas sapientísimas, deleita á los literatos con lo selecto de la frase, alegra al anciano con la amenidad de los sucesos, trasporta al niño con lo maravilloso de sus invenciones, y á todos todos divierte con la abundancia de su chiste, con la finura de su sátira, con lo honesto de sus donaires. ¡Ingenio felicísimo, Señores, el de nuestro Cervántes. Y bien podemos decir que, si todos nuestros escritores han sido y son nuestras delicias, Cervántes ha sido, es y será siempre las delicias de nuestros escritores.

Empero, la verdad es que, despues de considerar á ese hombre extraordinario bajo el triple aspecto que le es propio, el ánimo queda indeciso, confuso, sin saber por qué manera debemos más á su singular talento, si por lo que nos enseña, ó por lo que nos glorifica, ó por lo que nos deleita. Pero mi confusion, Señores, llega á lo sumo al fijar otra vez mi vista en ese glorioso túmulo, recuerdo solemnísimo de tantos sabios, de tantos escritores, de tantos ingenios como han honrado las letras españolas. Así es que cuando ya en estos momentos quisiera yo re-

unirlos en vuestra presencia, y contarlos todos, si posible fuera, y condensar en breve resúmen todo lo que en el curso de los tiempos han hecho por nosotros, enseñándonos, engrandeciéndonos y deleitándonos, ¡ah! el alma sale de sí, y no acierta sino á percibir una voz que baja del cielo, *Audivi vocem de cœlo;* pero voz de tres sonidos, semejante á la que oyó en espíritu el Evangelista en Pátmos: *tanquam vocem aquarum multarum*, como voz de las abundantes aguas de su doctrina; *tanquam vocem tonitrui magni*, como voz poderosa que nos concilia el respeto y consideracion de los extraños; voz, en fin, que, articulada en la sonora lengua castellana, parece *sicut citharœdorum citharizantium in citharis suis*, como de tañedores que tañen en sus propias cítaras (1). Y esta voz, Señores, es la de la persuasion íntima en que estamos, de que ellos son nuestros maestros, de que ellos son nuestros padres, de que ellos son nuestras delicias. ¡Tanto es lo que han hecho por nosotros esos célebres difuntos! Y por lo que, contando con la divina misericordia, que perdona las faltas, y con la divina justicia, que premia toda buena obra, creer podemos piadosamente que todos están en Dios; que todos viven en Dios; que todos han terminado su carrera en paz. *Corpora ipsorum in pace sepulta sunt.*

Y bien, Señores; otra pregunta veo ahora asomar á vuestros labios, y en la que debo ocuparme con brevedad si he de poner no lejano término á este ya cansado discurso. «Si tanto es lo que esos ingenios han hecho por nosotros, ¿qué es lo que nosotros debemos hacer por ellos?» *¿Quam mercedem dabimus eis?* decís con el reco-

(1) Apoc. 14, 11.

nocido Tobías. Y respondo, Señores Académicos, tambien con sólo tres palabras, que yo sé van á encontrar eco en vuestra alma generosa: les debemos lágrimas, recuerdos, oraciones.

¡Lágrimas! Y ¿os parecerá mezquino este tributo? ¡Ah! no: es muy alto, es excelente. Despues de nuestra alma, despues de la sangre de nuestras venas, nada tenemos, nada que sea, humanamente hablando, más noble ni más íntimo. El hombre no ha recibido del cielo don más precioso, poder más grande que el dón y el poder de las lágrimas. ¿Qué es lo que no expresan las lágrimas? ¿Qué es lo que no se consigue con lágrimas? ¡Ah! Dios ha puesto tan subido su precio y dado tanta eficacia á este dón misterioso, que Él mismo se deja vencer por su medio; bastando una sola, caida de los ojos humanos para encadenar sus brazos y triunfar de su corazon. ¡Tanta dignidad, tanto valor, tanto poder y fecundidad hay en las lágrimas! Luego, si en memoria de esos bienhechores que ya no existen, el pesar nos arranca lágrimas del corazon, no será, no, tributo despreciable el que ofrezcamos ante su tumba; porque con lo más rico de nuestra existencia, con lo más precioso del sentimiento es con lo que formamos ese tributo, ofrenda del alma, testimonio irrecusable del verdadero amor.

Cierto que muchos de los objetos carísimos á quienes honramos en este dia, no sólo no piden, sino que rechazan nuestras lágrimas, anegados como se hallan en el piélago de inefables delicias con que la vision de Dios los embriaga y rodea: no ignoráis que las letras españolas están bien representadas en el cielo mismo, y que á representantes tan ilustres la tierra entera da culto en sus altares, como justos, como venerables, como santos. Cier-

to tambien que de muchos de nuestros ingenios nos separan, no sólo el sepulcro, sino luengos siglos, numerosas generaciones; y que el tiempo, que todo lo abate y consume, sin destruir la estima que les debemos, hará poco ménos que imposible en su favor la ternura del sentimiento y de las lágrimas. Mas si esto es así, porque nuestro espíritu, preso aún en las cadenas del tiempo y del espacio, no puede naturalmente dilatarse y vivir, como hará un dia, en lazo estrecho de caridad con los hombres de todos los tiempos y de todas las edades..... ¡Ah! venid, venid, Señores: bajo ese fúnebre paño yacen tambien, entre osamentas áridas, los tibios restos de muchos de los que habeis conocido, con quienes habeis conversado, y que han sido, respecto de vosotros, objetos de filial y santa veneracion, ó de dulce y fraternal cariño. ¡Ah! sólo en breve plazo de tres años, ¡cuánto duelo, cuántas víctimas!..... Mora, Alcalá Galiano, Duque de Rivas (Director dignísimo de la Academia), Pacheco, Marqués de Pidal, Ventura de la Vega, ¿dónde, dónde están? ¡Ay! en la última conmemoracion solemne de nuestros difuntos, sentados estaban con vosotros en esos escaños; hoy ya están allí, ¡en la eternidad! Desiertas se ven aún en vuestras asambleas las sillas que tan dignamente ocupaban; el luto y lágrimas de sus hijos, de sus esposas, de sus amigos, no han cesado todavía. Ved porqué vosotros, que sois aquí en este dia el eco fiel, la representacion de las dos madres más tiernas que se conocen, la Religion y la Patria, con la Patria y la Religion pagar debéis ante esa tumba el tributo de vuestras lágrimas á los que por triplicado vínculo obligan nuestros corazones. Y no hay dudarlo, Señores; la Religion llora hoy á tan preclaros hijos: como véis, se cubre de luto y entona esos ayes plañide-

ros que habéis oido, y que parecen pegarse al alma segun lo triste que nos la dejan. *Dimitte ergo me*, ha dicho, *ut plangam paululum dolorem meum* (1). Y nuestra Patria á su vez, mezclando sus lágrimas con las de la religion, llora tambien por sus numerosos hijos, como aquella madre que cansaba los ecos de Ramá sin querer consolarse, porque sus hijos no existian. *Rachel plorans filios suos, et noluit consolari, quia non sunt.*

Y sin embargo, Señores, tratándose de pagar á muertos tan ilustres la deuda sagrada del reconocimiento y del amor, claro es que todo no ha de limitarse en lágrimas; porque al cabo todos los sentimientos humanos, por grandes y generosos que sean, faltando lo que voy á nombrar, son en la vida transitorios, fugaces; amenazados están de eterno olvido. Y bien, ¿qué es lo que salva de esa segunda muerte lo que triunfa del tiempo, sino la memoria, los recuerdos? ¡Los recuerdos..... que detienen y clavan lo que se desliza, que tornan presente lo que pasó, que hacen vivir lo que ya no es! Hé aquí por qué los recuerdos deben de entrar por mucho en la merecida recompensa de esos bienhechores. Pero recuerdos, no de una hora ni de un dia solamente, sino los recuerdos de los siglos, los recuerdos de la Historia, que es la que recoge y guarda los merecimientos y los sacrificios, y los registra en sus anales, los graba en el mármol ó en el bronce, los conserva, los perpetúa, los eterniza, mandándolos á las edades futuras, á posteridades remotas, coronados de gloria y de inmortalidad. Y no creáis, Católicos, que éstas palabras *recuerdos*, *gloria*, *inmortalidad*, sean palabras va-

(1) Job. 10, xx.

cías de sentido, ó que no haya en tales cosas, humanas sin duda, sino vanidad y nada. Porque, si abro por muchas páginas la *Sagrada Escritura*, mostraros puedo al mismo Espíritu de Dios tejiendo las alabanzas de los sabios y de su sabiduría, mandando que se conserve su memoria, y excitándonos á encomiar á los varones eminentes que por su ingenio se cubrieron de gloria en su generacion. *Laudemus viros gloriosos in generatione sua.....* dice el hijo de Sirac, *prudentia prædíti..... in peritia sua requirentes modos musicos, et narrantes carmina scripturarum.* Ni podia ser de otro modo, Señores; porque si el agradecimiento es el recuerdo del corazon, el recuerdo de la Historia es el reconocimiento de la patria. Es, pues, justo que esos hijos beneméritos de España, que nos han dedicado sus vigilias, sus estudios, sus tareas, reciban en recompensa la vida de los recuerdos, de la inmortalidad, de la gloria; es justo que sus nombres no perezcan como su vida; que su memoria florezca hoy sobre esa tumba, á fin de que, á siglos y siglos de distancia, baste pronunciar dos ó tres nombres, Cervántes, Calderon, Herrera..... para que en el momento esas palabras hagan estremecer de entusiasmo á España entera, y nos inflamen y nos electricen con la enumeracion de sus obras, con el encanto de sus versos, con la elegancia de sus escritos. Y como esto es justo, Señores, la Academia Española no ha podido ignorarlo, y lo promueve y lo practica. Dícelo bien alto la misma institucion de esta fúnebre solemnidad; pero muy particularmente el esmerado celo y muy prolijo cuidado con que publica las obras y escribe las vidas de esos floridos ingenios, y teje sus alabanzas y consagra su memoria. ¿Quién mejor que los hijos conservarian los recuerdos de sus padres?

Y ya con esto, Señores, si yo no hablase á cristianos, podria dar aquí por terminada mi tarea; porque, despues de lo que acabo de decir, despues de lágrimas y de honrosos recuerdos, humanamente hablando ¿qué nos queda? Nada. Diré más: digo que áun de esas mismas cosas yo entiendo que ninguna llega á la eternidad: ambas se detienen en los límites del tiempo. Llorad enhorabuena sobre una tumba, y ¿qué lograis? No más que humedecer los umbrales de la eternidad: vuestras lágrimas no pasan más adelante. Rodeadla de honor y de recuerdos, ¿qué haceis? No más que un poco de ruido, que podrá atravesar los siglos, pero que no traspasará las puertas de la eternidad. Luego ¿nos vemos reducidos á la imposibilidad de ofrecer á esos queridos muertos algo más que lágrimas estériles, vanos honores, recuerdos impotentes? ¿No ha puesto Dios en nuestros labios y en nuestro corazon cosa más eficaz, que penetre al otro lado de este mundo, y ganando el lugar de la prueba, lleve allí la luz, el refrigerio y la paz? ¡Oh! sí; hemos recibido de Dios esta facultad, este don maravilloso. Dios, para formarlo, toma en su mano el corazon del hombre; infunde en él la esperanza y el amor, y del amor y la esperanza toma vida, nace la oracion. Dios hizo más: como esta oracion habia de ser por sí sola impotente, Dios la animó, la fortificó con su gracia, la empapó en la Sangre de su Hijo; y transfigurada por esa gracia y ennoblecida por esa Sangre victoriosa, la oracion obtuvo fuerzas y fecundidad sobrehumanas. Y ¿quién lo duda, Señores? Hoy, aquí mismo, han debido realizarse estos consoladores misterios; sentir hemos podido todos, con los sentidos de la fe, el poder y la eficacia de la oracion. Yo la veo: partiendo de nuestros labios, de los labios de todos mis oyentes, la oracion ha sal-

vado el tiempo y el espacio, ha llegado á las puertas de la eternidad. En ellas se ha encontrado con este fúnebre concierto de lágrimas y honrosos recuerdos, que es lo que humanamente podemos dar. Pero ¡ah! más poderosa que todos ellos, no se detiene allí; rebasa el temeroso umbral, elévase sobre las alas de los ángeles, sube hasta el trono de Dios, va derecho á su corazon, lo toca, lo ablanda..... hace callar á la justicia, mueve á hablar el perdon. Entónces, con la nueva de misericordia, nuestra plegaria baja del divino alcázar á los abismos de la expiacion; se cierne sobre las almas que aguardaban hasta este dia la hora de su rescate, apaga el fuego abrasador que las devoraba, y, rompiendo sus cadenas, les devuelve la libertad y la ventura. Hé aquí, Cristianos, lo que puede la oracion por los difuntos; lo que acaba de hacer la vuestra en favor de esas queridas almas: ella es más fecunda que las lágrimas, tiene más precio que los honores, va más léjos que los recuerdos. Para ella no hay obstáculos, no hay distancia, no hay duracion: el Cielo se abre en su presencia, el infierno se cierra á su voz; lo puede todo, lo obtiene todo, triunfa de todo..... ¡Ah! Santa y saludable es, dice la Escritura, la idea de orar por los difuntos, para que se les perdonen sus pecados. *Sancta ergo et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut à peccatis solvantur.* No es, pues, sin motivo el habérosla presentado como la mayor de todas las recompensas que podeis tributar á esos gloriosos ingenios, y como la más imprescindible, si habéis de pagarles la gran deuda de sus beneficios; porque, habiendo hecho tanto por vosotros, no han podido ménos de morir en paz, *Corpora ipsorum in pace sepulta sunt;* al paso que, con vuestras lágrimas y recuerdos, hacéis amables y eternizais sus nombres en la tierra, por vuestra

amorosa plegaria obtendréis que ellos sean tambien inscritos en el Cielo. Así esos nombres vivirán eternamente, *et nomen eorum vivit in generationem et generationem.*

He concluido, Señores. Pero habiendo hablado tanto de los muertos, ¿á vosotros los vivos nada añadirá el ministro de la palabra? Costoso me sería por cierto. Sea, pues, lo único, Señores de la Academia, el daros y darme parabien cordialísimo, porque guardáis con fidelidad las lecciones, porque seguís sin alteracion la senda de esos ilustres antepasados nuestros. Sí; lo declara bien esa actitud doliente y suplicante con que habéis venido al templo á arrodillaros delante de esa tumba, no para mezclar vuestros laureles con los suyos, vuestra gloria con su gloria en este solemne espectáculo. ¡Vuestra gloria! ¡ah! Yo no debo en vuestra presencia ni pronunciar su nombre; que *ante mortem ne laudes hominem*, me dice el Eclesiástico (1). Y nada hay más enemigo de la gloria que la gloria misma, puesto que muchos que triunfaron de todo, que lo vencieron todo, dejáronse vencer de su gloria, no pudiendo soportar el peso de sus propios lauros. Mucho ménos nombrar debiera yo esa gloria aquí, donde todo lo que nos rodea predica del modo más severo y elocuente esta terrible verdad: *Gloria stercus et vermis!* ¡Gloria humana, estiércol y gusanos!.... aquí, donde, si la Religion honra á esos muertos, y toma en boca sus alabanzas, y consagra su memoria, ¿sabeis por qué es? Porque juzga, como madre piadosa, que sus hijos terminaron su carrera en paz, es decir, en amistad de Dios, habiendo con las virtudes santificado las letras, y con las letras esmaltado las vir-

(1) XI, 30.

tudes. De otra suerte, Señores, silencio profundo reinaria ahora en este lugar; porque la Religion no tiene coronas sinó para las sienes del justo.—Complázcome, pues, en esa vuestra piedad: el mundo sabe por ella que la Academia Española es esencialmente católica; y al veros venir á orar al Padre de las luces por el reposo eterno de vuestros hermanos difuntos, dirán los buenos todos, y dicen cuantos os miran: *Hæc est vera fraternitas*, esta sí que es verdadera fraternidad.

Felicítome tambien, porque es puntualmente en este santuario, en vuestro devoto templo, venerables Esposas de Jesucristo, donde tiene lugar este insigne y caritativo Oficio; no sólo ya por el concepto de que, como ángeles de oracion que sois, vuestras plegarias habrán sido las primeras, y (lo diré tambien) las más poderosas para alcanzar el descanso de esas almas, sino muy particularmente, porque sois TRINITARIAS; es decir, sois de esa Familia Redentora, á cuya abnegacion y esfuerzos debió en mucha parte España la libertad del gran Cervántes, y hoy debe por lo mismo la inmensa gloria que él nos ha legado. ¡Ah! Vosotras fuisteis sus libertadoras en vida, sois sus guardadoras en muerte, como custodias de su sepulcro..... ¿No habéis de ser en este dia las redentoras de su alma y de las de sus ilustres compañeros, si aún lo necesitan?

Compláceme ademas sobremanera, respetabilísimos oyentes en general, el veros acudir en tan crecido número al sagrado recinto, dando así á este glorioso y triste aniversario el carácter de un duelo público, en el cual todos los hijos de la madre España se interesan debidamente por los que han allegado para nosotros tanta luz, tanto esplendor, tanta felicidad. Oremos, pues, todos, Señores;

oremos por que sus almas gocen tambien de la luz, de la gloria y felicidad que nunca mueren.

No con otro fin ese venerable é insigne Pastor, representante ilustre del Vicario de Jesucristo en la tierra (1), tomando en sus manos, primero el turíbulo del santuario y despues la Víctima Propiciatoria, se ha colocado entre los vivos y los muertos, como Aaron, pidiendo al Dominador de todos los séres por los que viven y por los que ya no son; pidiendo por los muertos, es decir, por las almas de esos ingenios españoles, para que el Dios de las misericordias las introduzca en su reposo eterno; pidiendo por los vivos, esto es, por nuestros Católicos Monarcas, remuneradores larguísimos, como sus antepasados gloriosos, de los literarios merecimientos; por la España entera, que tan entusiasta se muestra hoy por la memoria de sus preclaros hijos; y con grande especialidad, y hasta por un deber de justicia, por la Academia Española; ¡por la Academia, Señores! á fin de que este primer cuerpo literario de una nacion siempre católica, acierte á mantener constantemente ileso el espíritu religioso que hemos heredado de nuestros mayores, y defienda y asegure y enaltezca el Catolicismo con su pluma y con su palabra; porque con la palabra y con la pluma suele verse hoy atacado por malos españoles y por peores cristianos. Y no en verdad, señores Académicos, porque la religion necesite de vosotros, sino porque vosotros y yo y todos necesitamos de ella; pues, siendo la mejor y más bondadosa de las madres, ella es la única que tiene consuelos para los que trabajamos en la tierra, sufragios para los que padecen en el purgatorio, y palmas y coronas para los que reinan en el Cielo.

(1) Era celebrante el Excmo. y Rmmo. Sr. Nuncio de S. S.

INTERPRETACION

DE

DOS FRASES QUE SE LEEN EN UN DOCUMENTO DEL SIGLO IX.

La Academia Española tiene sumo gusto en dar publicidad á la interpretacion muy oportuna que el Sr. D. Pedro Perez de la Sala, ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, hace de ciertas palabras de un documento del siglo IX, publicado por el Sr. D. Tomas Muñoz y Romero en su apreciable *Coleccion de Fueros municipales y Cartas pueblas de los Reinos de Castilla, Leon, Corona de Aragon y Navarra.* La interpretacion es tanto más importante, cuanto que ya corria con crédito la no acertada del diligente colector.

Hé aquí el breve pero útil trabajo que el autor se sirvió comunicar á la Academia por conducto del excelentísimo Sr. D. Eduardo Saavedra, á la sazon Director general de Obras públicas:

«En la disertacion relativa á los fueros de Leon, impresa en la *Coleccion de Fueros*, y en las páginas 124 y 125, se hace mencion de un documento del siglo IX con las siguientes frases: *facere sepes et várganos;* y *sallare et pastores esse.* Respecto de la primera supone el Sr. Mu-

ñoz que *sepes* es una errata por *retes*, y que *várgano* significa caña de pescar, haciéndolo derivar de *vergatum*. No hay necesidad de alambicar tanto para encontrar el verdadero sentido; *facere sepes et várganos* no significa fabricar ó componer *redes y cañas*, sino formar ó componer *seves* (setos) y *várganos*, manera de cerrar las fincas con una palizada al rededor de ella; y áun hoy mismo se dice en las tasaciones de fincas, *cerrada de seve y várgano;* y en el país se usa con frecuencia el refran *si el cielo se cayese se metería por los várganos.*

»El *sallare* no debe tomarse, á mi juicio, en la acepcion ordinaria de *salar*, sino de *sallar*, operacion de labranza que consiste en remover la tierra despues que la planta ha brotado, y que se encomienda ordinariamente á las mujeres : entónces queda claro el sentido de la frase *debent sallare et pastores esse.*

«Pedro Perez de la Sala.»

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

En el discurso del Sr. de Cueto, en elogio del Duque de Rivas, reimpreso en el cuaderno 8.° de estas *Memorias*, se reprodujeron las siguientes erratas y omisiones, que por la prisa, indispensable entónces, no pudieron evitarse en la edicion primera:

ERRATAS MÁS NOTABLES.

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
522	28	ni alcanzan.	no alcanzan
554	14	de 1834.	de 1835
577	25	¡Ay, encantos! jamás habrá bastantes,	¡Ay! encantos jamas habrá bastantes,
581	18	Cruzar con los *poyáes de San Bento*.	Cruzar por los *Poyáes de San Bento*,
592	16	en una contestacion.	en la contestacion
593	6	á que le.	á que la

ADICIONES.

1.ª

En la página 560, donde dice: «como Shakspeare tomaba de las novelas de Giraldi Cynthio, de Bocaccio, de Belleforest», debe añadirse: «y de Montemayor, cuya *Diana* le inspiró la historia de Julia y Proteus en *The two gentlemen of Verona.*»

2.ª

A la nota de la misma página, 560, debe añadirse lo siguiente:

«Habiendo regresado Mr. Mérimée á París en aquel mismo año, tomó nota del libro citado en la carta anterior, y más adelante escribió al Sr. de Cueto lo siguiente:

Biarritz, 28 *Septembre* 1866.

Je regrette fort de ne pouvoir vous faire visite en Espagne cette année, mais je n'ai pas assez de santé pour m'exposer aux vents du Guadarrama et aux rhumes qui s'en suivent... Votre lettre m'arrive ici après d'assez longues évolutions à ma poursuite.....

Le titre du livre d'où j'ai tiré une des aventures des Âmes du Purgatoire, *le duel avec le moine, est :* Aventures de Pierre Pinson, 2 *volumes in* 12.°, *de la fin du* XVIII *siècle... Ce livre m'a laissé l'impression d'un récit véritable, orné de quelques inventions assez plates par l'homme de lettres qui aura été chargé de revoir les mémoires de l'auteur. Pierre Pinson est un de ces aventuriers de bas étage qui courent le monde, et vivent assez mal partout de leur esprit. Celui-là avait été soldat, puis coureur, puis bouffon.*

3.ª

En la página 566, despues de las palabras «en *La prueba de las promesas*, de Alarcon», añádase: «en el auto *Sueños hay que verdades son*, de Calderon; en *El sueño es vida*, del portugues Couto Pestana; en *Sueños hay que lecciones son, y efectos del desengaño*, refundicion de D. Manuel Andres Igual.

4.ª

En la página 595, despues del párrafo que termina así: «Aquel hombre podia morir, pero no podia envejecer», añádase otro párrafo separado en estos términos:

«El Duque de Rivas amaba de véras á sus amigos. Por eso tenía tantos. Los veia y los escuchaba con deleite, y jamas la vanidad intelectual, funesto achaque que tantas veces entibia ó envenena las relaciones de los hombres, trajo sombra alguna á la dulce y apacible esfera en que él colocaba la amistad. Innumerable sería la lista completa de sus verdaderos amigos. Pero debo hacer aquí memoria de tres de ellos (por cierto individuos tambien de esta Academia), porque ocuparon sin tregua en su alma un lugar profundo y excepcional: el Sr. D. Juan Nicasio Gallego, el Duque de Frias y el Marqués de Molins. Con los dos últimos, que para él fueron siempre *Bernardino Frias* y *Mariano Roca*, le unian vínculos de intenso cariño y de fraternal confianza. En D. Juan Nicasio Gallego veia siempre, no sólo un amigo tierno y constante, sino un maestro eminente de idioma y de acendrado gusto, sin embargo de que ambos diferian entre sí grandemente en sus instintos literarios. Para el uno no habia hechizo en la poesía sin acicalamiento académico; para el otro sin inspiracion libre y popular. Áun recuerdo las chistosas polémicas familiares en que el Duque de Rivas atacaba con agudeza la *rutina clásica*, y Gallego, con no ménos donaire, los *desvaríos románticos* de Víctor Hugo.

TROVAS

Á LA

REINA NUESTRA SEÑORA

(DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON),

POR LA SALUD RECUPERADA

DE NUESTRO AMADO MONARCA, SU AUGUSTO ESPOSO,

EL SEÑOR DON FERNANDO VII,

Y EN CELEBRIDAD DE SUS BENÉFICOS DECRETOS.

POR

DON AGUSTIN DURÁN [1].

Yo soy aquel, Señora,
Que modulando el arpa dulcemente
Al Régio Alcázar penetré, y mi canto,
Llevado por las auras de Occidente,
En el hablar de antiguos caballeros
Y de nobles guerreros,
De la heroica Castilla prez y gloria,
Al templo de Memoria
Ensalzó vuestros dones soberanos,
Honor de los leales castellanos.

---

(1) De estas *Trovas* se hicieron dos ediciones en 1832. Reimprímense ahora en las presentes *Memorias*, no sólo porque se han hecho raras y merecen ser conocidas, sino cumpliendo el acuerdo que há tiempo tomó la Academia Española de ir dando á la estampa, autorizada competentemente, las obras literarias del Sr. Durán.

INTRODUCCION.

Cual vagorosa y pálida fantasma
Los ámbitos de Esperia discurria
La discordia fatal; mas vino el dia,
Y á los rayos de un Sol resplandeciente
Se ostenta la virtud hermosa y pura,
Y triunfa lealtad, y da á su frente
Áurea corona de eternal ventura.

Cumplióse la esperanza
Que en mi anhelante corazon ardia
Cuando en lengua no usada repetia
La ley de amor que se publica agora.
Á vuestro ruego se debió, Señora,
Y á vuestro tierno llanto,
Que regaló la mano soberana
Del castellano Rey, y al dulce encanto
De amor y de ternura:
¡Qué no puede Piedad con Hermosura!

Mas ¡oh Reina! mi lira,
Mi lira, que cantó vuestros loores
En aquel noble idioma
Que á los reyes hablaron mis mayores,
De nuevo agora toma
El vuelo que empezó cuando cantára
Aquel feliz momento
De cumplida esperanza
Y plácido contento,
Do, cual Cipria salir de entre las olas,
Jugar con los amores,
Pisar la arena produciendo flores,
Te miraron las playas españolas.

Y tambien te ensalcé, sublime diosa,
De Parténope á Esperia dón preciado,
Ya como dulce Esposa,
Ya como erguida flor de la mañana,
Que fecunda y lozana
De Régia sucesion nos ofreciera

El suspirado bien y opimos frutos;
Ya como Madre, en fin, que nos cumpliera
Cuanto en ferviente anhelo
Humildes demandábamos al cielo.

COMIENZA LA TROVA.

Átropos cercava el lecho doliente
Del Reye querido, del noble Fernando,
É con su tixera Lachésis consiente
Ir ya de su vida el filo cortando.
España llorosa con triste gemido
En vano procura assir d'Esperanza
El borde del manto que lleva vestido,
C'amor áun apénas á verle l'alcanza.

Finojos en tierra, é puesta en el cielo
La vista, las manos piadosas tendidas,
La sangre en las venas parada qual yelo,
Apénas pronuncia sus prieces rendidas.
Via de discordia l'agudo puñal
La Dueña fermosa cevarse en su pecho;
Sintió en sus entrañas ferida mortal
Por odios causada, furor é despecho.

Et via funestos los campos yermados,
Et via de sangre cubierta la tierra,
Et via ¡qué horror! los valles sembrados
De cruentos despojos de más cruda guerra.
—«Volvedme, clamára, ¡oh Dios prepotente!
»Del caro Monarca la presciosa vida;
»Volvedla, volvedla, mostradvos clemente,
»C'aún non soy de males antiguos guarida:

»Aún tengo en el seno profundas señales,
»Qu'extraños fizieran por verme leal,
»É aún fierve discordia, qu'á los naturales
»Separa et divide con ódio fatal.
»¡Ay de mí! ¿Quál fuera mi grave mancilla
»Si el Sol que m'alumbra agora acabára?
»Lo que ¡ay infelice! á la florescilla
»Si el Rey de los astros su luz apagára.»—

Tornó Dios los ojos al ruego ferviente
Que la madre España ácia él dirigia,
É vió cabe el lecho del Reye doliente
La muy cara Espossa que triste gemia:
Et vióla angustiada, el pecho pasado
D'acervos dolores, d'agudo tormento,
En amargo planto el rostro bañado,
Ansi fallesciente et ya sin aliento.

Pálidos agora, si un tiempo ostentáran
Sus labios presciosos al carmin vencer,
Se miran qual lirios que yelos quemáran
Apénas comienza su Aurora á nascer:
Mustias las mexillas, qu'ántes rosas fueron,
Hoy á l'azucena prestáran albura;
Al rostro fermoso aún más lo fizieron
L'angustia, la pena, dolor é tristura.

Amor la sostiene, amor del qu'adora;
Descanso refuye, se niega al reposo,
É qual si nasciesse homilde pastora,
Ansí l'alta Regna atiende al Esposso.
Ella sus dolores amante calmava,
Conhorte le diera su boca divina,
É á par qu'á Fernando la muerte amagava,
La dulce esperanza fallóla en Cristina.

¿Et qu'estónces fizo el vil cortesano?
¿Qu'estónces fiziera el fiel servidor?
L'uno retirava su pérfida mano,
L'otro triste planto vierte de dolor.
Empero Cristina, toda á sus amores,
Non mira ni atiende, non pone memoria
Al brillo del Trono, qu'entre los dolores
Estan sus deberes, et falla su gloria.

Horrible discordia, magüer escondida,
Su fúnebre tea comienza á esgremir:
¡Ay quántos de males, España aflexida!
¡Ay quántos de males ternás que sofrir!
Mas non, qu'el Potente depuso su rayo,
Et pára del tiempo las alas ligieras;

Al brazo de muerte causóle desmayo,
É al punto l' embota sus armas muy fieràs.

Como d'un letargo recuerda el leon
Qu'á Iberia domina, poderoso, fuerte,
Et siente el latido d'aquel corazon
Que tuvo ya elado la mano de muerte.
En torno á sí escucha et va desechando
Del alma entorpida el frio veleño,
É dice á los hommes : — «Aún vive Fernando,
» Aún vive et alienta, España, tu dueño. » —

Estonce, Cristina, tus ojos brillaron,
Tu faz añublada s'ostenta radiante,
Lágrimas tu rostro presciosas bañaron,
Et muestras plasciente l'augusto semblante.
— « Mi amor, mi regalo, mi bien, dulce Esposso,
» Ya non compro cara la dicha de verte ;
» ¡Oh felice dia, do fallo reposo!
» ¡Triunfo de mi gloria, que vence á la muerte! »

Dixo. Commovido á tan dulce encanto
É á tamañas pruebas de virtud é amor,
El Reye bennino enjuga aquel llanto,
Que ya es d'alegranza, si fué de dolor.
É asióse del Cetro señal de poder,
É dióle á la regna de su corazon,
É díxola estonce : — « Tú debes de ser
» Soláz et plascencia de nuessa nascion.

» En tanto qu'el cielo me torna salud
» El bien de la Patria te fio, t'entrego ;
» Manda, rige, impera, et sea virtud
» Íris de concordia, de paz, de sossiego.
» Verá que su estrella lusciente l'inclina
» Ansí el Castellano leal, siempre fiel,
» Á ser venturoso por vos, mi Cristina,
» Miéntras brille l'astro de nuessa Isabel.

» Por fembras Castiella tambien fué regida,
» É un mundo adquirimos allá en Occidente ;
» Granada por fembras se vió conquerida,

»Por fembras triunfamos del Moro valiente.
»Aragon, Navarra ansí s'adunaron,
»É á Castiella dieron la fuerte et leal
»Por fembras el Cetro, é á España l'ornaron
»De l'áurea corona que non tiene igual.

»D'alcuña de Reyes la muy noble rama,
»Venida del tronco de un grande Borbon,
»Por fembras al Cetro Castiella la llama,
»É á fembras se debe la Real succession.
»Ansí todo el tiempo que yaga doliente
»Falle en vos, Cristina, bienaventuranza
»El Regno, et m'aclame piadoso, clemente,
»Me dando en l'Espossa sincera loanza.

»Si empero á mi vida destino fatal
»La flama apagasse con que brilla agora,
»Seredes del pueblo somisso, leal,
»Plasciente conhorte, et fiel guardadora.
»Por vos coronada, de nuessos mayores
»En el regio Trono, veráse Isabel,
»La prenda inocente de nuessos amores,
»Sin mengua, é ceñida del sacro laurel.»—

Atal fabló el Reye, et luz de consuelo,
La paz, l'alegranza su pecho bañaron;
Contento divino deciende del cielo,
É todas dolencias d'allí s'apartaron.
Respira la Patria; ya l'aura d'amor,
Batiendo sus alas, circunda la tierra;
Ya pálidos fuyen crueza é rigor;
Et truécanse paces anuncios de guerra.

La Madre del pueblo prestando obediencia
Al regio querer, tremola la palma
D'aquel dón divino de santa clemencia,
Que penas guaresce, remedio del alma.
Et non, non creades fatiga perdona,
C'al punto s'allega prudentes varones,
É ansí les dirige la noble Matrona
Con voz falagüeña atales razones.

—« Del Reye mi dueño, del siempre piadoso,
» Oid, ricos homes; oid, mis leales,
» Oid de mi labio el muy generoso
» Decreto que fina los odios é males.
» Ábrase á Minerva el templo cerrado,
» Perezca ignorancia, que triunfe el saber,
» Resuenen los ecos d'Apolo sagrado,
» É tornen sublimes de nuevo á nascer.

» Vuelva el infelice al pié de los lares,
» L'espossa é los fijos contemple anheloso,
» É á quien de la Patria separan los mares
» Fallar pueda en ella l'ansiado reposo.
» É si á pesar mio d'esta bienandanza
» Alguno mezquino disfrutar non puede,
» De verse en mejora la dulce esperanza
» En su desventura al ménos le quede.

» Magüer que lexano, su triste gemir
» Será respondido de mi corazon,
» É acaso en un tiempo podrá conseguir
» Del Reye á mi ruego feliz compasion.
» En tanto, qu'espere fallar el soláz,
» Ca ya me preparo á enjugar su lloro,
» Et ya le conduce al templo de paz
» La mano piadosa del dueño qu'adoro.»—

CABO.

Ansí de la Regna la fabla beninna
Cesó blandamiente; el pueblo gozoso
Exclama adunado: — *Loor á* Cristina,
Que triunfe años luengos á par de su Esposso.
É yo de mis dueños leal servidor,
Qu'acato á las fembras qual cosa divina,
É soy caballero, é soy trovador,
Ensalzo á los Reyes Fernando é Cristina.

Á LOS SEÑORES SUSCRITORES Y AL PÚBLICO.

Circunstancias inevitables han retrasado mucho más de lo que hubiera sido de apetecer la publicacion del presente cuaderno, cuarto y último del tercer tomo de estas MEMORIAS. *En adelante se publicarán los cuadernos de dos en dos meses, al precio ya establecido, formando cada cuatro un tomo como hasta aquí.*

ÍNDICE.

Páginas.

Leyenda de las Tres Toronjas del vergel de Amor, por D. Agustin Durán. 5

Oracion fúnebre, que por encargo de la Real Academia Española, y en las honras de Miguel de Cervántes y demas ingenios españoles, pronunció en la iglesia de monjas Trinitarias de Madrid, el dia 23 de Abril de 1863, el Ilmo. Sr. D. Francisco de Paula Benavides y Navarrete, obispo de Sigüenza y Académico correspondiente.. 88

Discurso en accion de gracias, leido ante la Real Academia Española por D. José Musso y Valiente, al tiempo de tomar posesion de la plaza de Honorario. 106

Del principio de autoridad en el órden literario; discurso leido por el Excmo. Sr. D. Antonio de los Rios y Rosas, al ser recibido en la Real Academia Española como individuo de número. 129

Contestacion al discurso anterior, por D. Fermin de la Puente y Apezechea. 151

Apéndices á la contestacion anterior. 212

A los españoles en sus discordias civiles; composicion hecha en uno de los primeros meses de 1823, en Gibraltar, donde el autor se hallaba emigrado, por D. José Musso y Valiente. . . 225

Sobre la formacion y progresos del idioma castellano; discurso leido por D. Martin Fernandez de Navarrete, al tomar posesion de su plaza de Académico honorario. 230

Oracion fúnebre, que por encargo de la Real Academia Española, y en las honras de Miguel de Cervántes y demas ingenios españoles, pronunció en las monjas Trinitarias de Madrid, el dia 23 de Abril de 1864, el Ilmo. Sr. D. Francisco de Paula Jimenez, obispo de Teruel.. 242

De la influencia ejercida en el idioma y en el teatro español por la escuela clásica que floreció desde mediados del postrer siglo; discurso leido ante la Real Academia Española por el Excelentísimo Sr. D. Manuel Silvela, al tomar posesion de su plaza de Académico de número. 259

Páginas.

Contestacion al discurso anterior, por el Excmo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo. 307

La verdad divina da eminente esplendor á la palabra humana; discurso de D. Cayetano Fernandez, leido en Junta pública al tomar posesion de su plaza de Académico de número, el dia 16 de Abril de 1871. 360

Contestacion al discurso anterior, pronunciada por el Excmo. señor Marqués de Molins, Director de la Academia. 404

El libro IV de la *Eneida*, traducido por D. Miguel Antonio Caro, Académico correspondiente en Santa Fe de Bogotá. 442

Noticia de D. Diego Velazquez y Silva como escritor, ofrecida á la Real Academia Española por el individuo correspondiente D. Adolfo de Castro. 479

Memoria de las pinturas que la magestad cathólica del Rey nuestro Señor don Philipe IV embia al monasterio de San Laurencio el Real del Escurial, este año de M.DC.LVI, descriptas y colocadas por Diego de Sylva Velazquez. 500

Don Luis Gonzalez Brabo. Epístola necrológica, dirigida al señor Marqués de Molins, Director de la Real Academia Española, por el Académico de número D. Ramon de Campoamor. . . 521

Discurso del Excmo. Sr. D. Salustiano de Olózaga, leido en la Junta pública que celebró la Real Academia Española, para darle posesion de su plaza de número, el dia 23 de Abril de 1871. 530

Contestacion del Excmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch al discurso anterior. 552

Sátira contra los vicios introducidos en la poesía castellana, escrita por D. Juan Pablo Forner, y premiada por la Real Academia Española en Junta que celebró el dia 15 de Octubre de 1872. 572

Interpretacion de dos frases que se leen en un documento del siglo IX. 626

Advertencia importante. 628

Trovas á la Reina nuestra señora (doña María Cristina de Borbon) por la salud recuperada de nuestro amado monarca, su augusto esposo, el Sr. D. Fernando VII, y en celebridad de sus benéficos decretos; por D. Agustin Durán. 631

Á los señores Suscritores y al Público. 638